

Tim Parks

Sueño con ríos y mares

Traducción
Eugenia Vázquez Nacarino



 **BAJA**
EBOOKS.COM

«De un tiempo a esta parte me rondan, acaso a modo de bendiciones, sueños de ríos y mares, sueños de agua». Albert James, brillante y polémico antropólogo, muere unos días después de escribirle estas líneas a su hijo John, que vive en Londres. Tras dejar a su novia y el laboratorio donde está ultimando su tesis doctoral, John viaja a Delhi para reunirse con su madre. Pero la naturaleza de la investigación de James, así como las circunstancias de su muerte, distan mucho de ser claras.

Parks ha escrito un asombroso thriller psicológico con la bulliciosa y enigmática Delhi como escenario: la búsqueda de la esencia de un hombre que era más de lo que todos creían saber.



Tim Parks

Sueño con ríos y mares

ePub r1.0

xelenio 09.11.13

Título original: *Dreams of rivers and seas*

Tim Parks, 2008

Traducción: Eugenia Vázquez Nacarino

Editor digital: xelenio

ePub base r1.0

más libros en **Bajaebooks.com**

Quienes estén familiarizados con Gregory Bateson y su obra advertirán que he utilizado elementos de su biografía y sus escritos en la creación del personaje de Albert James. De la misma manera, quedará claro que tan sólo ciertos aspectos de sus respectivas vidas guardan similitudes: Bateson no vivió nunca en Delhi, ni tampoco fue jamás acusado de mala conducta en ningún sentido; asimismo, y a diferencia de James, se casó en más de una ocasión y tuvo muchos hijos. Los lectores que deseen profundizar en su notable obra no deberían bajo ningún concepto consultar las páginas que siguen, las cuales pertenecen por entero al ámbito de la ficción.

Seguimos adelante con nuestras investigaciones y abordamos toda clase de problemas, como si algún día pudiéramos alcanzar el pensamiento que nos hiciera libres.

Gregory Bateson

PRIMERA PARTE

Tres elefantes

Nada más recibir la breve llamada telefónica de su madre anunciándole la muerte de su padre, John James respiró hondo, reservó un billete en el primer vuelo disponible a Delhi, hizo que Elaine lo llevara en coche a Heathrow, viajó toda la noche y, al llegar al aeropuerto Indira Gandhi, halló el tiempo mucho más fresco de lo que había imaginado. El funeral se oficiaría a la mañana siguiente. Su madre no estaba en el apartamento, pero la anciana sirvienta lo dejó entrar y le dijo que la señora James había ido a la clínica, como de costumbre.

—Clínica —dijo—. La señora ha ido a clínica.

John dejó la bolsa de viaje en la única habitación para invitados y se sentó en la cama. Se quedó mirando las estanterías cargadas de libros y exhaló un suspiro. ¿Me doy una ducha? De repente sintió que perdía empuje, un ligero vértigo. No, lo importante era ver el cadáver de su padre.

Se levantó y volvió a la cocina, donde la sirvienta estaba barriendo el suelo. ¿Tenía algún teléfono, le preguntó, en el que localizar a su madre? La cabeza de la mujer se sacudía con un temblor extraño mientras no dejaba de mirarlo con detenimiento. Parecía que a la anciana le costara entenderle. John repitió la pregunta.

—Tengo que llamar a mi madre, a la clínica.

—Clínica —dijo la mujer, con la cabeza aún temblequeante. Empezó a darle indicaciones para llegar allí. Utilizaba los brazos, imitando a una persona que sale por la puerta y gira a la derecha. John decidió que el paseo le sentaría bien y se marchó.

Fuera, a pesar de que la temperatura era más fresca, había la misma luz velada y cegadora que recordaba de otros viajes a oriente; en el aire se respiraba el mismo olor acre, la misma mezcla curiosa de tráfico frenético, puestos de comida a pie de carretera, animales lánguidos y mendigos insistentes a cada paso. Le dio la impresión de estar de vacaciones. Trabajo demasiado, decidió. Esto le sacudiría las telarañas.

Alguien trató de venderle postales del casco antiguo, alhajas, collares, imágenes sagradas. Sonrió y dijo que no con la cabeza. Sin embargo, no acertaba a dar con la clínica. Las calles, anchas, parecían una sucesión de edificios que se encadenaran unos con otros, algunos a distancias considerables, todos ellos cercados por muros rojizos deteriorados. Grandes árboles mediaban entre los edificios y bandadas de cuervos graznaban en el follaje. John sacó el móvil del bolsillo y le envió un mensaje a Elaine: «¡Increíble! Mi madre no está en casa, no sé adónde llamarla. Ahora ando perdido buscándola. Ojalá estuvieras aquí. Besos. J.».

El padre de John había muerto de cáncer, pero el final había llegado antes de lo esperado. Por lo que John había averiguado sobre el cáncer de próstata, no tendría por qué haber habido una preocupación inmediata. Incluso en la India, esas cosas podían mantenerse a raya durante muchos años. De hecho, había occidentales que iban a Delhi a someterse a operaciones más baratas. Y su padre siempre hubiera podido volver al Reino Unido si requería un tratamiento especial.

—John, tu padre ha muerto esta mañana —le había dicho su madre. Por la voz no había alcanzado a calibrar su estado de ánimo. Estaba en el laboratorio del sótano del centro; el centrifugador hacía

ruido y había poca cobertura. A pesar de ello, tuvo la certeza de que no lloraba. Su madre era una mujer fuerte. Y él mismo se había tomado la noticia con calma, cuando menos. No había llorado. No había estado siquiera al borde de las lágrimas. Así que la famosa investigación de papá ha quedado en nada; ésas fueron las primeras palabras que se le pasaron por la cabeza. No se disgustó. Más bien al contrario, como si cierto hecho lamentable se hubiera atajado a tiempo.

Únicamente cuando habló con Elaine alcanzó a percibir el dramatismo de la noticia.

—¡Ay, John, no me digas! —gritó ella—. ¡Dios mío! ¡John! —se olvidó de sus propios problemas. Había que arreglar el asunto del vuelo—. ¡Qué horror! Hay que comprobar que el visado tenga aún validez. Ha sido tan repentino... Ay, ¡y pobrecita, tu madre! ¡Pobrecita!

¿Iba a enterrarlo allí, en el extranjero? Seguro que no, ¿verdad? ¿Y qué pasaba con el dinero? Que John no tenía nada en la cuenta corriente lo sabía todo el mundo. Usó la tarjeta de crédito para pagar el billete de avión.

—¿Y qué hay del futuro, John? ¿Qué va a ser de tu pobre madre, qué pasará con tu mensualidad?

Elaine encontró un cajero automático e insistió en que aceptara doscientas libras, aunque a ella también la mantenían sus padres.

Camino del aeropuerto a John le dio la impresión de que, a pesar de tanta urgencia, no era más que mero aspaviento. Su novia aprovechaba la ocasión para ver cómo reaccionaba su hombre en una crisis, y demostrar de paso lo práctica y sensata que podía ser. La adoraba, pero aquello era teatro. Estaba interpretando. El teatro era su vocación, al fin y al cabo. Todo lo dramático entrañaba diversión para Elaine.

No, ahora se daba cuenta de que el único pensamiento relevante de aquellas veinticuatro horas, desde que recibiera la llamada telefónica de su madre, había sido tomar conciencia de que no volvería a ver a su padre nunca más. Las palabras acudieron a él en el avión. Habían pasado una película en hindi sobre un hombre que tenía que casarse con una mujer, pero a todas luces estaba enamorado de otra que, por razones que a John no le habían quedado claras, no era de su conveniencia. «No volverás a verlo nunca», se halló musitando de repente.

En el instante mismo en que las palabras entraron en su cabeza sintió una alerta desconocida. Aquella nueva actitud vigilante se perfiló con mayor nitidez que la llamada telefónica o cualquier cosa que su madre hubiera dicho. Entonces, tratando de evocar a su padre sin dejar de mirar la película, porque las chicas eran bonitas y le gustaban los vivos colores y cierta artificialidad llena de encanto típica de esos romances indios, se dio cuenta de que no tenía una imagen de su padre en la cabeza: ojos verdigrises, larguirucho, con entradas en el cabello rubio rojizo y nariz fina; cierto aire distraído, a veces distante. Poco más que un retrato robot. O ni siquiera eso. No volveré a ver a papá, pensó. Y decidió que lo primero que debía hacer al llegar a Delhi era ver el cadáver de su padre. Vería a su padre muerto y grabaría al hombre en su memoria por el resto de sus días. Salvo que ahora, deambulando por una ancha avenida de Nueva Delhi en cuyos márgenes el viento mecía la hierba seca y aquí y allá había indigentes envueltos en harapos, incapaz de encontrar la clínica de su madre, no sabía dónde estaba su padre.

Era fantástico poder comunicarse por sms de la India a Maida Vale, poder chatear con Elaine a diez mil kilómetros de distancia, y en cambio no ser capaz de encontrar a tu madre a la vuelta de la

esquina. La sirvienta había parecido muy confiada al darle las indicaciones.

—Recto, señor, ¡siempre recto! —había hecho un gesto firme con la mano que hizo que se le levantara la tela morada del sari—. Vaya recto. Luego gire izquierda en semáforo rojo. Sí. Sí. Carretera muy larga, señor —llevaba una blusa amarilla debajo. Tal vez había imaginado que tenía chófer.

«Ojalá pudiera estar ahí —le respondió Elaine—. Audición hoy en el Rep. Cruza los dedos». «Buena suerte, Bella», contestó él.

Debería preguntarle a alguien, decidió John, pero en aquella zona de la ciudad no había transeúntes. Un hombre en cuclillas, con la espalda apoyada en un árbol, se limitó a sacudir la cabeza, envuelta en un turbante. Tenía los dedos metidos en un cuenco. En cierto momento, un mototaxi se arrimó al borde de la carretera y empezó a seguirle a paso de peatón.

John se volvió.

—¿Hay una clínica por aquí cerca? —preguntó.

El vehículo se detuvo.

—¿Clínica, señor? ¿Qué clínica? —los ojos del hombre estaban hundidos en las cuencas—. ¿No se siente bien, señor? ¿Necesita doctor? —también él llevaba turbante, y el cuerpo cubierto con túnicas holgadas. A John le llamó la atención la delgadez extrema de las muñecas, apoyadas en el manillar—. Sí, yo le llevo, señor. Suba. Yo le llevo.

John recordó que se suponía que el precio había que acordarlo antes.

—Cincuenta rupias —dijo el hombre. Sólo cincuenta rupias. Ni siquiera le pareció que mereciera la pena regatear. Zigzaguearon por el caos del tráfico, resonante de bocinazos. Cuando un atasco los obligó a detenerse, el conductor ahuyentó a los pedigüños. Una chiquilla movía los brazos de un modo poco natural. El conductor gritó algo en hindi. Seguro que no es éste el lugar que me indicó la sirvienta, pensó John, y cuando caminó por entre el barro y los ladrillos rotos hasta la recepción de un pequeño hospital privado, allí no conocían a ninguna doctora James.

—Helen James —repitió John.

—No, señor. Me temo que no, señor. No hay nadie con ese nombre entre el personal de nuestro centro.

John cogió un taxi normal y corriente para volver al apartamento. La sirvienta le abrió la puerta. Parecía inútil contarle sus aventuras. Al mirar el reloj se dio cuenta de que aún era muy temprano, apenas la hora de comer. Tengo *jet lag*, decidió. Fue a la nevera y la encontró prácticamente vacía, salvo por dos packs de seis de coca-cola. Sonrió. Aun en aquellas circunstancias, su madre se había acordado de sus coca-colas.

John abrió una lata, encontró unas galletas saladas y un poco de queso y fue a sentarse al sofá. El mobiliario de la habitación era occidental, pero sobrio. Propio de los James. En ninguno de sus viajes habían arropado nunca la voluntad de asimilarse al país; eran bastante impermeables a las culturas que estudiaban y a las que ofrecían su ayuda. Sin embargo, tampoco parecían precisar las comodidades que exigían otros expatriados. John siguió masticando concienzudamente. La única impresión de abigarramiento procedía de las paredes, donde se apilaban desde el suelo hasta el techo libros, cajas archivadoras, viejas cintas de casete, vídeos etiquetados con pulcritud. Buscaré

un álbum de fotos, decidió.

No encontró ningún álbum. Los carpesanos albergaban publicaciones científicas, muchas de ellas fotocopiadas. Había carpetas llenas de notas, notas mecanografiadas, notas manuscritas. Algunas de ellas eran muy antiguas. Los vídeos eran trabajos de su padre y no contendrían imágenes de él, así como tampoco en las cintas de audio estaría registrada su voz. John sabía esas cosas. La suya era una familia que daba científicos, generación tras generación. Si es que podía decirse eso de él, su padre había sido el más insignificante de todos ellos, un hombre demasiado reflexivo para obtener verdaderos logros. Un hombre que hacía castillos en el aire. Yo lo superaré, reflexionó John. Tal vez ya lo haya hecho.

Al fin encontró una pequeña foto en blanco y negro en una de las publicaciones con las que su padre había colaborado. «Hacia una epistemología del instinto», se titulaba el artículo. John escrutó la imagen granulada. El papel era de poca calidad y amarilleaba. Advirtió la sonrisa irónica en su rostro. John miró más de cerca. Recordaba aquella sonrisa. ¿O acaso no sería más que una mueca? Acercó la foto a la ventana, pero la imagen pareció disolverse bajo el resplandor del cielo indio. No acertó a precisarlo. Aun así, nítido o no, era su padre, no cabía duda. Algo en el modo en que caían los mechones del pelo, cierta angulosidad de la mandíbula. En el exterior, a lo lejos, una columna de humo se alzaba por encima de los bloques de pisos, como si hubiera neumáticos ardiendo en los límites de la ciudad. John fue a darse una ducha.

Al volver de un turno de ocho horas en la clínica, Helen James llegó a casa y encontró a la sirvienta señalando con aspavientos hacia el dormitorio, al tiempo que se llevaba un dedo a los labios.

—¡Señor John está aquí! ¡Su hijo, señora, ha venido!

Helen abrió la puerta del cuarto de invitados. John yacía en la cama completamente vestido, los rasgos de su bello rostro suavizados por el sueño, el antebrazo de piel clara sobre la almohada. Qué inverosímil presencia, pensó Helen. John no guardaba un verdadero parecido con ella ni con Albert, tan ágil y relajado se lo veía.

Helen había resistido la poderosa tentación, dos o tres días antes, de no contar a su hijo nada de todo aquello. ¿Por qué decírselo a nadie? Desde luego hubiera preferido que su matrimonio se extinguiera sin la presencia de ningún testigo. Habría preferido un funeral sin más asistencia que la suya propia, o no organizar ceremonia de ninguna clase, ceñirlo a la mera incineración. En un sueño, apenas hacía tres semanas, se había visto cargando el cuerpo de su marido hasta una pira funeraria junto a la orilla del río —en modo alguno le resultaba una carga pesada—, lo tendía en el barro al borde del agua mientras los *wallahs* de los servicios funerarios amontonaban la madera, luego tomaba su mano y hablaba con él mientras lo veía arder, y ella cantaba y el río seguía su curso. Un sueño peculiarmente indio, pensó. Cuando se despertó, él volvía del cuarto de baño arrastrando los pies. Le hubiera gustado ser ella misma quien lo incinerase, empujar el ataúd hacia el interior del horno, recoger las cenizas, barrerlas con sus propias manos hasta los faldones de su vestido, y ser ella quien las escondiera, a solas, en un lugar que tan sólo ella conociese. Sí, sí, había soñado con hacer eso; había fantaseado con esa idea. Sin embargo, a la mañana siguiente de la larga y terrible última noche, había llamado a John al móvil.

—Tu padre ha muerto esta mañana —era un deber, ni más ni menos. No puedes negarle a un hijo la muerte de su padre. John es para mí un deber, y una carga, pensó. Sacudió la cabeza. Qué ropas tan buenas llevaba. Le pareció más grande y más adulto de lo que alcanzaba a concebir. Había dos latas de coca-cola vacías junto a la cama.

—Tendremos que hablar de dinero, muchachito —dijo en un susurro.

Helen se quitó la ropa de trabajo y luego se sentó a la mesa del salón a echar una ojeada al periódico y a tomar té. A cada momento se detenía, con la cabeza ladeada, como a la escucha. Son días frágiles, pensó; pero al final acabaría por superarlo. La muerte de una pareja no es la peor manera de poner fin a una relación. De repente, Helen decidió que no quería comer a solas con su hijo. Llamó a un colega y más tarde, alrededor de las siete, despertó al chico.

—John, mi amor, saldremos a cenar por ahí, ¿te importa?

Cuando John apareció en el salón, Kulwant Singh ya estaba allí. Un sij. El joven había hecho ademán de preguntar sin pérdida de tiempo cómo había ocurrido, por qué su padre había muerto tan de improviso, si apenas un par de meses antes los médicos habían hablado de una esperanza de vida normal. ¿Acaso había dejado algún mensaje en especial para su hijo? Sin embargo, la señora James ya los hacía salir del apartamento; había un pequeño restaurante al que llevaba mucho tiempo sin ir,

dijo.

—No hago bien la digestión si ceno tarde —parecía la misma de siempre, hasta tal punto que su hijo quedó desconcertado.

Kulwant era un hombre con papada, jovial, de constitución recia, que había vuelto hacía poco de un viaje a Londres y al cual le hacía mucha gracia, según él mismo contó, aquello de la boda de Carlos y Camilla.

—Me parece divertidísimo —no dejaba de decir mientras cenaban—, esos dos viejecitos casándose, ¿me entiendes? Me parece divertidísimo.

Exactamente igual que si estuviera en un pub con los amigos de Elaine en Londres, John empezó a hacerse mala sangre por la absoluta imbecilidad de la realeza. Era increíble, protestó, que incluso los extranjeros acabaran seducidos por aquel culebrón.

Por un instante, el doctor indio pareció ofendido.

—Los indios no somos simples extranjeros —protestó. A continuación optó por la indulgencia y soltó una risita—. No, en serio, ¡es divertidísimo!

—¿Qué edad tienen exactamente? —preguntó Helen. No acertaba a recordarlo.

—Cincuenta y muchos —dijo Kulwant—. Desde luego, lo que es seguro es que ya no están en época fértil.

—Pero ¿a quién le importa la edad que tengan? —insistió John—. Es la atención de la prensa lo que resulta exasperante y absurdo, cuando cualquiera con la mitad de talento es ignorado de por vida.

—No debemos hablar tan sólo de las personas de talento —se rió Kulwant—. ¡Hay tan pocas!

Mientras comía en silencio, Helen agradeció que nadie hubiera mencionado a Albert. Ella tenía cincuenta y tres años.

—La verdad es que esto me gusta —John hablaba con entusiasmo mientras caminaban un trecho antes de encontrar un taxi. Kulwant se había marchado a toda prisa en un mototaxi—. Me gusta el olor del aire, y los *rickshaws*, y los animales —miraba a una chica que vestía un sari y se balanceaba sentada a mujeriegas en un escúter—. ¿Vas a quedarte aquí?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —le dijo Helen—. Tengo la clínica. Tengo a mis pacientes.

—Me alegro. Así vendremos a verte —se refería a Elaine.

—Me ha parecido que no te gustaba mucho Kulwant —le dijo su madre.

—Ah, no, me resultó agradable. Es sólo que me subo por las paredes cuando pienso que estoy en un restaurante en el corazón del subcontinente comiendo a saber qué cosa picante que fuera aquello con un tipo que lleva un turbante verde satinado y de lo único que quiere hablar es de si Harry era el hijo del mayordomo y de si Carlos tuvo los cojones de asesinar a Di.

—¿Y de qué querías hablar tú, vamos a ver?

—No lo sé —John se echó a reír—. Del color de su turbante, a lo mejor. ¿Los colores guardan alguna simbología, o algo por el estilo?

—¿Por qué no se lo preguntaste?

En este momento John sacó un par de monedas del bolsillo para librarse de dos chiquillos que se le habían prendido a las mangas. De inmediato apareció otra docena de niños. A pesar de la pobre

iluminación, la calle seguía concurrida. Tantísimagente parecía llevar alguna carga, en los brazos, sobre la cabeza, en carritos y bicicletas, como si la vida fuese un incesante trajín de paquetes voluminosos que iban de uno a otro lado. Mucha gente ocupaba también la acera, agachada. Helen ahuyentó a los chiquillos.

—No quería ofenderle —dijo John—. ¿Sabes qué pasa? Que nunca estoy seguro de lo que puedo preguntar o de lo que no.

—Kulwant está muy liado con los preparativos de la boda de su hija —dijo Helen—. Por desgracia, la chica se lastimó una rodilla justo cuando parecía que todo estaba ya atado. Bajaba de un autobús en medio del tráfico y una motocicleta la arrolló. Fue bastante cerca de aquí, en realidad. Tuvieron que emplear el dinero que habían ahorrado para la boda en los costes de la operación. Estas cosas aquí no son gratis. Así que ahora la familia del novio se ha enfriado.

—Vaya... —fue todo lo que a John se le ocurrió decir—. Pensaba que ya habían dejado atrás eso de concertar matrimonios.

—Ni mucho menos —Helen se detuvo en el bordillo y paró a un taxi con la mano.

—Y, entonces, ¿cómo se entiende ese viaje a Londres, si anda mal de dinero?

—Está financiado por las farmacéuticas, para que prescriba las medicinas correctas. A quienes pueden permitírselas, claro está. Si mis pacientes consiguieran únicamente lo que pueden costearse, no recibirían nunca ningún tratamiento.

Madre e hijo guardaron silencio durante el trayecto de vuelta a su apartamento, pero cuando se pusieron cómodos en el salón, John dijo por fin:

—Me gustaría poder ver a papá, mañana, antes del funeral.

Helen había ido a ocupar su lugar en la gran mesa de la sala. Dejó escapar un suspiro.

—Sabía que querías, pero hice sellar el ataúd esta mañana.

Al cabo de un breve silencio, John hizo un intento:

—¿Y no pueden abrirlo?

La madre miró a su hijo. Era un joven muy bien hecho, con aquellos ojos grises y separados, el cabello suave y abundante. Suspiró de nuevo.

—No es agradable de ver, John. Vale más recordarlo como era.

—No soy ningún niño —protestó John.

—Han pasado ya cuarenta y ocho horas —dijo Helen—. Y no está congelado, precisamente. Aquí estas cosas suelen hacerse sin perder un segundo, ¿sabes?

—Mamá, dedico todo mi tiempo a estudiar la diferencia entre las células vivas y las células muertas. Estamos en el mismo ramo.

Su madre no respondió. John se volvió a la ventana.

—¿Cómo es que ocurrió tan deprisa?

—Había metástasis.

—En ese caso, ¿por qué no volvió a Inglaterra?

—Ya sabes cómo era, John.

El joven se sintió burlado. Había imaginado que comprendería y sentiría empatía por el difícil trance que atravesaba su madre. Ella le explicaría cómo había sido aquel final, lo compartiría con él.

Su padre habría dejado un mensaje de alguna clase, algunas palabras para que él las rumiara. Verían juntos fotografías. La de su padre había sido una vida intensa, llena de viajes e ideas. Sentirían el consuelo y la cercanía, y hablarían sobre cómo encarar el futuro. En lugar de eso, el hijo se sentía frustrado, e incluso enfadado. Fue a la cocina, abrió la nevera, sacó una coca-cola y fue a sentarse al sofá, frente al televisor.

—Te has acordado de las coca-colas —dijo de mala gana.

—¿Cómo iba a olvidarme? —su madre esbozó una sonrisa—. Háblame de ti, John. ¿Cómo progresa tu tesis?

—Ya está casi terminada —dijo—. Aunque la tesis es sólo un detalle, si lo comparamos con la investigación en sí misma. Supone un enfoque totalmente nuevo de la tuberculosis.

—¿Y esa chica de la que me has hablado?

—¿Elaine? —suavizó el tono—. Nos va muy bien. Es actriz, está buscando sus primeros trabajos de interpretación.

—Bueno, esperemos que esta vez funcione —dijo su madre.

John tenía la costumbre de dejarse abandonar por novias bonitas. Su madre sonrió con expresión irónica. John no dijo nada.

—Entonces, ¿cuándo acabas?

—Si en el laboratorio van bien las cosas, esta primavera.

—¿Y después?

—Me cogerán para el proyecto que estamos desarrollando.

—¿Estás seguro?

—Claro, soy el mejor.

Su madre lo miró fijamente.

—¿Y no crees que sería una buena idea adquirir antes un poco de experiencia? A menudo es de gran ayuda para la investigación ver unas cuantas cosas. Aquí podrías estudiar un montón de casos de tuberculosis, si te interesara. Ya sabes que tu padre...

—Mamá —John sacudió la cabeza—. En el campo en el que me muevo, el mero hecho de entender toda la información necesaria para dar incluso el paso más insignificante podría llevarte toda una vida. Has de especializarte, más y más, es el único camino. No queda tiempo para pajarear de un lado a otro. Y todo se hace en el laboratorio, no examinando a los pacientes. No hace falta ver a los enfermos.

Permanecieron sentados en silencio. Helen, tras la ancha mesa; John, con la pierna estirada en el reposabrazos del sofá, agitando la coca-cola en la lata como si fuera coñac. Muy pronto, estaba seguro, su madre se levantaría y daría las buenas noches. Desde que tenía memoria, su madre había preferido sentarse a la mesa en lugar de hacerlo en un sillón o en el sofá. Allí donde hubieran vivido, un extremo de la mesa del comedor estaba ocupado por sus papeles y su correspondencia, en épocas más recientes por su ordenador portátil, además de un par de revistas: el *Medical Digest*, el boletín trimestral de la *British Medical Association*. Era como si Helen James creara una pequeña oficina o un nido propio en el interior del nido mayor, el hogar.

Y en el pasado Albert habría estado presente también, por supuesto, escuchando una y otra vez

sus cintas de audio, enfrascado en los vídeos que había grabado, redactando sus interminables notas. Cuando ella no estaba en la clínica, cuando él no se ausentaba para llevar a cabo sus investigaciones, rara era la ocasión en que ambos no se encontraban juntos en la misma habitación. Comentaban las ideas de Albert. Su padre era quien aportaba las ideas, por lo común sentado en el suelo, rebuscando entre pilas de viejas cintas y libros y notas. La casa entera era el despacho de Albert, y también su cocina y su dormitorio. No trazaba fronteras.

«Escucha esto», decía, y a continuación discutían cierta hipótesis, la volvían del derecho y del revés (rara vez estaban de acuerdo), en ocasiones vivamente exaltados, hasta que ella se ponía de pie (era una mujer alta, grácil, angulosa), hacía a un lado un libro que en realidad no había estado leyendo, o una carta que no había logrado terminar, y anunciaba que se iba a la cama: «Yo no sé lo que haréis los demás —decía—, pero esta pobre muchacha necesita estar como nueva por la mañana para ir a la clínica». Necesitaba recuperar energía, según decía, para sus pacientes y sus dolencias. Había vidas que salvar. No le apetecía (aunque sonreía al decirlo) pasar sus días cruzada de brazos filmando las conversaciones de otros.

Después su padre aún seguía una hora o más levantado, o tal vez se pasaba media noche en vela, reproduciendo una y otra vez los cuatro o cinco minutos de la cinta de vídeo, siempre los mismos, una conversación que hubiera filmado en el mercado, en el banco, en el hospital, en una ceremonia religiosa, con frecuencia en un idioma que no entendía. Y mientras veía la cinta, concentrado en ella, exclamaba «¡Ajá!», o «¡No! No es eso», sin dar muestra alguna de advertir la presencia de su hijo ni explicarle nunca qué buscaba exactamente o qué era lo que se traía entre manos. Era una situación que le había permitido a John escapar de muchas cosas con el paso de los años.

—Bueno, me voy a la cama —anunció Helen James con brusquedad. Se puso de pie—. Si te soy sincera, John, he tenido un par de meses difíciles. Necesito recobrar fuerzas. Y, por si fuera poco, en este momento andamos cortos de personal.

Su hijo se levantó para darle un abrazo. Por lo que alcanzaba a recordar, en los lugares donde su madre había trabajado siempre habían ido justos de personal.

—¿Y no te pidió papá que me dijeras nada? —preguntó.

Los ojos de su madre se apartaron de los suyos con un parpadeo.

—No sé... —lo intentó de nuevo. Albergaba la sospecha de estar pidiendo, acaso, demasiado—. ¿No hubo ningún consejo, ningún mensaje para mí?

Helen James rodeó a su hijo con los brazos y lo estrechó con fuerza. Era el primer contacto verdadero. Ambos miraban por encima del hombro del otro.

—Tu padre estaba enfermo —susurró ella. John apretó la mejilla contra la de su madre—. Un par de días antes del final, dijo: «Si John tiene tiempo de salir un poco, asegúrate de que visite por lo menos los sepulcros sufíes y, si es posible, que haga el recorrido hasta Agra para ver el Taj».

—¡Ay, Dios, típico de papá! —se rió John, aunque al borde de las lágrimas—. ¿Y cómo voy a hacer eso? Me marcho el jueves, mamá. Si no, haré que todo el laboratorio se atrase por mi culpa.

—Dos días dan para mucho —dijo ella. Deshizo el abrazo, pero siguió agarrada a él, a escasa distancia. Tenía lágrimas en los ojos, aunque sonreía—. Qué necesidad hay de estar aquí dando vueltas con tu madre, ¿verdad?

Después de que se fuera a dormir, John empezó a pasar los canales de la televisión. ¿Por qué me he exaltado tanto con esa historia de Carlos y Camilla?, se preguntó. De pronto se sentía completamente despejado, y además inquieto. ¿Qué ocurriría en el laboratorio si no estaba él allí para seguir el hilo de los acontecimientos? Era el único que siempre estaba presente.

Fue al cuarto de invitados, sacó su portátil y recorrió en la pantalla los listados de las lecturas que habían ido tomando.

«¿Cómo fue la prueba? —le escribió a Elaine en un mensaje de texto—. Todo bien por aquí. Mamá quiere demostrar que controla la situación».

La chica no contestó. John sacó un ejemplar de una publicación sobre teorías de la comunicación. No había ni un solo hueco en la pared donde no hubiera estantes, y todos los libros y las revistas estaban garabateados por doquier con la letra apiñada de su padre. Había algunas palabras subrayadas, otras tachadas. Los comentarios de los márgenes desbordaban las páginas. No todos ellos parecían guardar mucha relación con el texto junto al que aparecían escritos. En un artículo titulado «Cibernética e invertebrados», Albert James había anotado: «EMPIEZA Y ACABA CON EL ALIENTO». Y, debajo de esto, en una letra minúscula, sumamente inclinada, decía: «Bebe todas las noches sustitutos ceremoniales para algo que no ha ocurrido. ¿Qué es ese algo, sin embargo?».

John meneó la cabeza. Era la clase de distracción que siempre le había impedido a su padre aportar algo concreto. Su madre, por lo menos, cambiaba la vida de las personas en el día a día, con sus diagnósticos y sus medicinas. A mitad de un artículo sobre anomalías del lóbulo izquierdo en esquizofrénicos crónicos, halló la nota: «¡No SABER nada! Tan sólo observaciones, historias».

Una vez más, John frunció el ceño. Tal vez el verdadero problema de su padre, pensó, fuera su incapacidad de trabajar en equipo, con otra gente, por un objetivo compartido; algo esencial en los tiempos que corren, si se tiene en cuenta la mera magnitud de trabajo preparatorio necesario para llegar a entender cualquier cosa. Uno se convertía en el eslabón de una cadena más larga, contribuyendo a ella con una sola aportación; su padre, en cambio, siempre había ido por libre, tratando de hallar la solución al mundo entero sin ayuda de nadie.

Aunque no se sentía cansado propiamente, John se tumbó en la pequeña cama esperando a que el sueño acudiera a él. Era imposible pensar con provecho sobre su trabajo si no estaba en el laboratorio. Descomponer las partículas más minúsculas y aislar otras aún más pequeñas, manipularlas, incluso los espirales más diminutos de ADN, de ARN, los ribosomas, todos y cada uno de los fosfolípidos: ése era el camino por el que progresar. Ésa era la forma de poner nuevos fármacos en manos de gente como su madre. No emborronar las publicaciones de otros con ocurrencias raras. John se sentía inquieto. Era frustrante no haber podido ver el cuerpo de su padre. ¿A qué he venido si no, a fin de cuentas?

De repente estaba soñando. Era un sueño agitado. Caminaba por las mismas avenidas anchas que había recorrido aquella misma mañana, sólo que llevaba una única sandalia de cuero, normal y corriente, aunque en realidad bastante elegante, mientras que el dedo gordo del otro pie estaba embutido en un zapatito blanco, de niña pequeña, al parecer, que arrastraba por la acera porque no había manera de que su pie llegara a caber jamás allí adentro. Y lo que lo irritaba por encima de todo

—era un sueño malhumorado— era que cuando el hombre indio de la tienda del aeropuerto le había dicho que de su número sólo disponía de la sandalia del pie derecho y que lo mejor era que se la llevara y la emparejara con aquel ridículo zapatito blanco de mujer para el pie izquierdo, había aceptado sin rechistar aquella estúpida solución. ¡Cómo puedes ser tan estúpido! ¡Si de algo se necesita un par, John, y del mismo tamaño por añadidura, es de zapatos! «¡Simetría! —solía decir su padre—. En el corazón de la vida está la simetría». Y mientras avanzaba con los pies a rastras por la acera llena de cascotes, sorteando a los pordioseros entre el barullo de los cláxones de los coches y el griterío de los conductores de *rickshaws* que ofrecían sus servicios, se debatía entre volver a la tienda a protestar, porque lo cierto era que había pagado diecisiete libras por aquel par dispar — ¡diecisiete libras del dinero de mis padres!—, o encaminarse en cambio a las tumbas sufíes, donde vería el cuerpo de su padre por última vez.

—John! —susurró una voz—. John, es hora de levantarse —su madre lo sacudía por el hombro. El funeral era a las diez.

Elaine le había recordado a John que debía llevar un traje negro. John no tenía traje. Había logrado desenterrar una chaqueta azul marino. Elaine lo había ayudado a hacer el equipaje. Tampoco tenía corbata. «No he llevado corbata desde el colegio», dijo. Entonces se había echado a reír, pero ahora, mientras se vestía, lo embargó la inquietud. Habría sido lo correcto llevar corbata en el funeral de su padre. ¿Debía acaso preguntarle a su madre si había alguna en el apartamento? La duda misma lo sorprendió. ¿Cuándo me ha preocupado lo más mínimo la vestimenta? A su padre no le importó nunca. Su padre había escandalizado en numerosas ocasiones a un público prestigioso al presentarse con una vieja camiseta gastada a dar conferencias. Siempre llevaba la misma ropa. Su atuendo formaba parte de la leyenda de la familia, más memorable de hecho que la clase de cosas de las que había hablado en sus charlas.

¿Cómo habrían amortajado a su padre para el ataúd?, se preguntó John. El pensamiento lo detuvo. Respiró hondo. ¿Con sus viejos vaqueros, con la cremallera que nunca se quedaba arriba, en su sitio? Cuando fue al salón encontró a su madre ataviada con un vestido negro muy formal. Aquello tampoco lo había previsto. Había encontrado incluso un sombrero negro para la ocasión. Tal vez la palabra apropiada fuera un casquete.

—¿Voy bien? —preguntó John.

—¿Qué quieres decir? —Helen metía unos papeles en el bolso. No había reparado en cómo iba vestido su hijo. Tampoco había hecho mención alguna del desayuno—. El chófer está esperando.

Cuando ya iban montados en el coche, John se preguntó por vez primera qué clase de funeral habría dispuesto su madre. Estaban en la India. No tenía ni la más remota idea de cómo sería un funeral indio. Por otra parte, jamás había pensado acerca del funeral de su padre. Sin embargo, no creía que fuera a ser por el rito hindú.

—¿Has invitado a mucha gente? —preguntó.

Helen James parecía distraída. Mantenía la espalda erguida.

—Me preguntaba si habrá aparecido alguna nota necrológica en alguna parte —siguió John. En el fondo, aún le rondaba la idea de que tal vez pudiera insistir en ver el cadáver en la funeraria. Sintió que estaba en su derecho y que no debía renunciar a él.

—Perdona, ¿qué decías? —dijo Helen.

El coche se había detenido frente a la puerta de un establecimiento que John supuso una ferretería, pero resultó ser la funeraria. Había coches y mototaxis aparcados en doble fila, y su madre bajó y cruzó de un salto la profunda alcantarilla para hablar con un anciano de porte distinguido enfundado en una americana cruzada negra, aunque llevara también un incongruente gorro de lana amarillo y guantes del mismo color. No hacía tanto frío. John vio a su madre rebuscando en el bolso y sacando papeles, y luego hurgar en busca de algo más. Eran gestos que lo devolvieron a la infancia. Se daba cuenta de que, a la par de compadecerse de su madre por haber enviudado tan pronto y súbitamente, también se sentía intimidado por ella. ¿Qué sentido tiene haber venido, si no quería que lo viera? Ella afrontaba la muerte casi a diario en su trabajo, desde luego. Entonces advirtió que

cuatro hombres se las ingeniaban para pasar por entre los coches en doble fila balanceando un ataúd por encima de sus cabezas. Un coche fúnebre, destartado aunque con un curioso aire americano, había doblado la esquina y se había detenido en una tercera fila, bloqueando la carretera, echando bocanadas de humo negruzco. Se inició un barullo de cláxones. Una mujer que llevaba una cesta enorme sobre la cabeza se abrió paso entre el tráfico. Los conductores se lanzaban gritos unos a otros mientras los cuatro hombres forcejeaban para pasar el ataúd entre los coches aparcados. La caja lacada, aparatosa, parecía sumamente pesada. ¿De veras pretendía pedirles que la abrieran?

—¿Cuánto costará todo esto? —inquirió John cuando su madre trepó de nuevo al coche y cerró de un portazo. El coche fúnebre empezó a circular delante de ellos.

—Perdona, ¿qué decías? —dijo ella de nuevo. John no acertaba a precisar si su madre estaba sufriendo o tan sólo tenía la cabeza en otra parte.

—No, nada, me preguntaba si todo esto sale caro —repitió.

—Todo es caro, cariño —dijo ella.

Avanzaron por las calles tras el coche fúnebre en medio del tráfico, invariablemente caótico.

—Vamos a un cementerio protestante, al norte de la ciudad —explicó entonces Helen James—. Es un antiguo recinto militar que hoy en día utilizan muchos expatriados y cristianos locales. Acaban de construir un crematorio moderno anexo, porque se están quedando sin espacio para sepulturas —frunció el ceño al ver un bloque deteriorado de edificaciones bajas de ladrillo, abarrotado de mujeres que daban vueltas alrededor de carretones repletos de fruta—. Los cristianos siguen teniéndole bastante ojeriza a la incineración —continuó—. Hacen hincapié en los pasajes de la Biblia donde se sugiere que el cuerpo debe conservarse intacto hasta el día de la resurrección, aunque probablemente la verdadera pega sea que la incineración es una costumbre hindú. Sería más fácil que los cristianos la adoptaran si los hindúes hicieran algo distinto, no sé si me entiendes —John reconoció la clase de razonamiento propio de su padre.

—¿Y el funeral será en el cementerio? —preguntó.

—No hay funeral —replicó Helen—. No en sentido estricto.

John se sintió inquieto. No era así como debía haber acontecido la muerte de su padre. Sin embargo, toda su infancia la había pasado con la conciencia de que otras familias se integraban en el mundo de un modo distinto al de los James. Los James estaban en perpetuo movimiento, llevaban a cabo una misión, siempre estaban estudiando y brindando su ayuda adondequiera que fuesen, aunque sin llegar nunca a formar parte de las cosas. Era una buena baza cuando se trataba de impresionar a las chicas con la retahíla de nombres de los lugares donde habías crecido. «No sé cómo puedes conformarte con Maida Vale después de la infancia que has tenido», decía Elaine meneando la cabeza. Los padres de Elaine, que vivían en Finchley, se oponían en redondo a que fuera actriz. A John le hubiera gustado poder escribirle un mensaje en aquel preciso momento, pero parecía poco apropiado sacar el móvil justo entonces, sentado al lado de su madre mientras seguían al coche fúnebre que llevaba el ataúd de su padre por las carreteras obstruidas. Una chiquilla chapoteaba por la alcantarilla a la par del taxi, haciendo rodar un neumático de coche gastado con los brazos extendidos.

Salvo por algunas plantas exóticas, el cementerio guardaba un notable parecido con los

camposantos ingleses: lleno de maleza y bastante abandonado. Se diría que las lápidas eran decididamente victorianas, con ángeles sucios sosteniendo placas en forma de pergamino donde se leían intrincados caracteres negruzcos. Incluso se respiraba cierto clima crudo y neblinoso; no obstante, los cuervos eran sin duda más grandes que los cuervos londinenses. Cuando el coche atravesó la verja de la entrada, las aves alzaron el vuelo en una tormenta de aleteos y planearon en círculos por encima de las tumbas, con unos graznidos tan estridentes que acallaron el sonido de los cláxones de la calle. Entonces John advirtió la presencia de dos o tres figuras envueltas en velos, que parecían dormir entre los sepulcros. Aquí y allá, en cuclillas, varias mujeres cortaban la hierba tosca y desmandada con sendas hoces. Había parches de tierra roja removida, pedazos de chapa de zinc abandonados.

El coche fúnebre enfiló por un camino estrecho siguiendo el muro que cercaba el recinto, hasta llegar a un claro donde una construcción baja de cemento estaba coronada por lo que a todas luces era una chimenea. Tan sólo estamos mamá y yo, advirtió John al bajar del coche. Ya los hombres de la funeraria deslizaban el ataúd y lo colocaban sobre un carrito de acero reluciente. La mera idea lo disgustó. Su padre amaba a la gente.

—¿No hay nadie más? —preguntó. Su madre estaba cubriéndose los ojos con un velo, que John no había detectado en el sombrero hasta aquel momento. Parecía una doliente de película, alta y erguida, con un porte contenido y digno en su sufrimiento. John, por su parte, se sintió un actor sin papel en aquel drama.

En el interior del crematorio, el exiguo espacio albergaba una docena de bancos alineados en filas desiguales. Qué humedad había. En el frente se levantaba una tarima de ladrillo y, contra la pared, una especie de mostrador con meditas llevaba hasta una cortina morada que cubría una abertura de la pared. Helen James y su hijo se hicieron a un lado de la puerta mientras los hombres empujaban el carrito del ataúd. Resultaba inverosímil, con el acabado brillante y los accesorios de bronce.

—Mamá, ¿es que nadie va a decir nada? —preguntó John.

Sin embargo, su madre ya había empezado a caminar tras el carrito que traqueteaba y chirriaba por el suelo de hormigón. Los hombres de la funeraria hablaban y mascaban.

Al borde del pánico, John la siguió. Que su padre estuviera de veras encerrado en aquella caja le parecía inconcebible. Debería haberlo visto ahí estirado, pensó. Debería haberme despedido de él. ¿Por qué no había flores? La India estaba llena de coronas y guirnaldas. ¿Por qué su madre no había optado por enviar en avión los restos mortales a Londres? Por alguna razón, en aquel momento temió que descargaran el ataúd sobre la mesa de rueditas y lo deslizaran directamente tras la cortina violeta, al otro lado de la cual aguardaba, sin lugar a dudas, el horno incinerador. Su padre quedaría anulado de este mundo sin que se dijera nada en su memoria.

Helen James se sentó en la primera fila. Ahora John vio que había un gran botón rojo en la pared, junto a la cortina. No había esperado aquellas emociones. Él no había mantenido nunca una relación estrecha con su padre. Los últimos años, aquel hombre había llegado a parecerle un obstáculo, se avergonzaba de él. Dio un traspie con el banco y se situó junto a su madre.

—¿Puedo ir a besar el ataúd?

Estaba sudando; Helen James, en cambio, permanecía sentada con la espalda perfectamente erguida, y a través de la gasa negra del velo mantenía la mirada fija en la caja reluciente, colocada ahora sobre el mostrador con ruedas.

Al observarla con detenimiento, John tuvo la impresión de que su madre llevaba a cabo un ritual íntimo. Había sabido cómo iban a ser aquellos momentos, estaba preparada y concentrada, en tanto que él se sentía completamente desanclado, su mente presa de un tumulto de sensaciones. No tengo nada, las palabras se le cruzaron por la cabeza. No me dejó nada.

John creyó ver que los labios de su madre se movían tras el velo. Estaba hablando con su padre. Había velado su rostro para suprimir el ruido de fondo, pensó, para mantener su última conversación con su padre en paz. Y ahora parecía mecerse hacia atrás y hacia delante, con un balanceo apenas perceptible, en el banco. Cumple con algún voto. Sintió la punzada de los celos. Ella se mecía hacia atrás y hacia delante; era un movimiento extraño, similar al de un trance. Está hablando con él.

Entonces a John se le ocurrió que debía ponerse en pie, ir corriendo al frente, arrodillarse delante del ataúd y besarlo. Apoyaría la cabeza sobre la madera brillante. Pudo verse haciéndolo. Percibió en los labios el sabor de la madera pulida. Sus ojos estarían cerrados. Todo su cuerpo se mantenía en tensión en aquel momento para acometer aquel gesto lleno de dramatismo, besar el ataúd de su padre antes de que se deslizara y el fuego lo engullera.

Pero no, no debía. Molestaría a su madre. Era el día de su madre, no el suyo. No debía interrumpir la última comunión con su marido. John se sintió paralizado por cierta sensación de ineptitud, y de indignación también. Empezó a temblar y tuvo que taparse la cara con las manos para ocultar las lágrimas. Quería y al mismo tiempo no quería ver cómo el ataúd se deslizaba y pasaba al otro lado de la cortina. ¿Quién pulsaría el botón? Que lo hiciera ya, pensó, ¡que lo hiciera de una vez!

Entonces dijo una voz:

—¿Señora James?

La cabeza de John se irguió como movida por un resorte. Quien había hablado era un anciano indio con alzacuello que se acercaba desde el extremo del banco. Con la cabeza inclinada hacia delante, canoso y afable, el clérigo empezó a preguntarle algo a su madre en voz apenas susurrada. Un ruido procedente del fondo de la sala le impidió a John escuchar lo que se decía; oyó pasos y un murmullo de voces. La gente entraba en fila y el rumor poseía un timbre curioso, tintineante.

John torció el cuello. Una docena de personas de mediana edad, de las cuales tres o cuatro eran blancas, junto con unas cuantas más jóvenes, todas indias, entre las que había una mujer muy atractiva, avanzaban junto a los bancos. Dos o tres se acercaron e hicieron ademán de estrecharle la mano a su madre, pero tan concentrada en el ataúd de su esposo la hallaron que sin duda su fijeza los disuadió. Saludaron a John con una inclinación de cabeza, al parecer a sabiendas de quién era, y se fueron colocando en los bancos de detrás. Entre tanto, el sonsonete tintineante de las voces se hacía cada vez más audible, hasta que, al volver de nuevo la cabeza, John vio para su sorpresa que un enjambre de niñas hacía su entrada por la puerta del crematorio, contenido durante un instante por una monja pechugona que fruncía el ceño y bisbiseaba para reprocharles su atrevimiento.

Atisbando el interior y dándose empujoncitos unas a otras, las chicas debían de tener unos quince

o dieciséis años, a lo sumo. Todas eran indias, pero llevaban el tipo de uniforme que había caído en desuso en Inglaterra hacía mucho: blazer verde con ribete dorado, falda verde, sombrero verde con cintas doradas, zapatos negros de vestir con hebillas plateadas que chasqueaban contra el duro suelo y repiqueteaban. Y mientras avanzaban por el pasillo en aquel bullir de verde y dorado, la atmósfera cambió. El aire del lugar empezó a agitarse y se perfumó de repente. Bajo los sombreros, el cabello de las muchachas relucía, como untado de aceite. Los ojos de las chicas brillaban, la piel rebosaba vida. La monja, india también, siseaba para que guardaran silencio mientras las muchachas iban aproximándose a las primeras filas, de dos en dos por el pasillo; John alcanzó a ver que todas sostenían entre las manos una pequeña bolsita de plástico transparente, teñida de cierto contenido amarillo. ¿De qué iba todo aquello?

Helen James no se había vuelto a mirar, pero tampoco dio muestra de sorpresa. Solemnes y excitadas, las chicas se adelantaron, hicieron una reverencia ante el ataúd, se persignaron y esparcieron sobre la madera pulida pétalos amarillos. Contemplando la escena, John sintió que lo invadía una poderosa sensación de alivio, al tiempo que de añoranza. Qué pies tan pequeños y delicados tenían las chicas, que volvían en fila para ocupar los últimos bancos. Inesperadamente lo asaltó el recuerdo del zapatito diminuto del sueño. ¿Por qué no he traído flores?, se preguntó. El ataúd estaba cubierto de pétalos.

—Las monjas y las alumnas del colegio de St. Anne's —anunció la monja, de pie en la tarima— deseamos expresar nuestra gratitud más profunda y sincera por el trabajo de Albert James en nuestra pequeña y humilde comunidad —esbozó una sonrisa—. Era muy querido entre nosotros. Que descanse en la paz de Dios y sea recordado siempre en nuestros corazones.

Mientras hablaba, John vio pasar el último par de tobillos. La chica, con la mirada gacha y estrujándose las manos, se apresuraba detrás de sus amigas. Así que mi padre acabó degradado a dar clases en una escuela, pensó.

Entonces, uno de los hombres indios de más edad caminó al frente y ocupó el lugar de la monja. Permanecía de pie, aunque encorvado, envuelto en una larga kurta blanca.

—La Sociedad Teosófica de Delhi —dijo, pestañeando tras unas lentes con montura al aire— le desea a Albert James un regreso apacible y ameno al Gran Círculo del Ser, que fue siempre el objeto de su distinguidísima obra.

—Muy cierto —dijo alguien por lo bajo.

Hablaron otras tres personas. Demacrado y vehemente, un inglés de mandíbula colgante dijo, en su condición de director del Consejo Británico, que siempre había recurrido a Albert para que le explicara todo lo que a él le resultaba misterioso de India, lo cual, holgaba decirlo, era mucho. El Instituto Zoológico de la Universidad de Delhi, anunció una sobria india de mediana edad, estaba profundamente en deuda con el profesor James por su contribución en varios programas de investigación.

—Podíamos contar con que el profesor James —dijo con solemnidad— añadiera siempre dimensiones inesperadas a cualquier proyecto.

—Estoy aquí en representación de la Escuela de Arte Dramático de Delhi —declaró un joven con vaqueros. Con la mirada chispeante y haciendo gala de su aplomo, ocupó la tarima de un modo que

no lo habían hecho los demás—. Hacemos teatro juvenil —sonrió—. Bueno, tan sólo deseamos aprovechar la ocasión para darle las gracias a Albi, con una gratitud que nace del fondo de nuestro corazón, por su fascinante enfoque para entender la dramaturgia. Deben ustedes saber que trató de enseñarnos a un puñado de nosotros una manera de interactuar completamente nueva. Nadie le pagaba y lo admirábamos muchísimo. Aprendimos mucho de él y lo pasamos bien juntos. Tal vez algún día llevemos a escena lo que nos enseñó. Eso espero, en cualquier caso.

Con cierto exceso de complacencia en sí mismo, el joven actor se volvió y dio unas palmadas sobre el ataúd.

—Gracias, Albi —luego tropezó al bajar de la tarima. Entre sus amigos hubo algunas risas ahogadas.

—¿Señora James? —dijo el clérigo. Había permanecido de pie detrás de los demás, y entonces le hizo una seña a la madre de John. Así que todo aquello había estado planeado, pensó John: las flores, la media docena de gestos de homenaje telegráficos. Se sintió sumamente aliviado. Sin embargo, un sentimiento semejante a la culpa lo invadió ante la idea de que él, por su parte, no había ofrecido nada. No lo habían invitado a hablar, como si fuera un extraño allí.

Helen James caminó hacia la plataforma de ladrillo, subió y se situó junto al féretro. Se volvió, titubeó, rigurosamente erguida en su vestido y su velo negros.

—¿Qué puede decirse? —preguntó. Hablaba bajo, pero no le falló la voz—. Albert era mi vida, mi destino —guardó silencio un instante—. Y yo fui lo mismo para él. Su vida y su destino —repitió—. Ésa es la verdad.

Helen James respiró hondo, como si se dispusiera a iniciar un discurso más largo, y entonces, con un movimiento rápido, se volvió y pulsó el botón rojo de la pared.

El zumbido de un motor eléctrico subrayó la tensión de las miradas, fijas en la escena. Las flores amarillas fueron barridas de la tapa reluciente del ataúd y el suelo quedó sembrado de ellas mientras el féretro se alejaba deslizándose tras la cortina morada. Los dos colores, el amarillo y el morado, parecían formar una línea divisoria que su padre atravesaba en aquellos precisos momentos. John lo vio irse, vio los labios de su madre moverse bajo el velo, los pétalos caer al suelo. Detrás de él, una de las chicas se había puesto a sollozar. Justo antes de que el féretro se perdiera de vista, Helen James se llevó las manos a la cara y las apretó contra la boca sin apartar el velo. Se oyó el chasquido metálico de la portezuela del horno cerrándose suavemente, y a continuación un fragor apagado. Durante unos instantes, la sala quedó en silencio ante la constancia del cuerpo ardiendo. Después John se puso en pie para abrazar a su madre.

Al salir del crematorio del brazo de su hijo, Helen James sintió que se adentraba en un inmenso yermo. Albert se había ido. Había traspasado un umbral. Se sintió aturdida. Aceptó los pésames y las condolencias de aquellas personas. No las conocía bien. A continuación agradeció a las colegialas su presencia.

—Ha sido muy amable por vuestra parte. Os estoy muy agradecida.

—Su esposo era un profesor tan generoso y docto —dijo la monja con una ligera reverencia y tomando la mano de Helen entre las suyas—. Las chicas lo adoraban, señora James —había de levantar la voz para acallar el graznido de los cuervos—. Todos lo adorábamos.

El cielo de mediodía parecía haberse tornado más blanco, haber adquirido una consistencia lechosa por encima de los pájaros que volaban en redondo, y cuando Helen dijo que no, que no había planeado un almuerzo, que en realidad no había planeado nada de nada, ni siquiera había tenido tiempo, a decir verdad, y además la requerían en la clínica, por supuesto, los asistentes que venían de la universidad protestaron, insistieron con rotundidad en llevarla a ella y a su hijo a comer.

—En memoria de Albert. Es lo menos que podemos hacer.

—Yo me apunto —dijo John. Era un alivio haber salido de la penumbra pegajosa del crematorio.

Helen vaciló. Luego lo vio como una solución:

—Llévennos adonde quieran —dijo con una sonrisa—. ¿Usted también viene, verdad? —se volvió al director de la Sociedad Teosófica, y luego respondió a la pregunta que éste le había formulado hacía un instante—. Me pidió que las esparciera en el Yamuna. Éste es mi hijo, John; John, el doctor Bhagwan Coomaraswamy, director de la Sociedad Teosófica.

—Me temo que no sé muy bien qué es la teosofía —confesó John, y alguien se rió.

El grupo estaba aún dividiéndose en varios coches cuando apareció un taxi en la avenida. Hacía rato que el coche fúnebre se había marchado. Las colegialas estaban subiendo a un autocar prehistórico. Un hombre se apeó del taxi; un europeo, o acaso norteamericano, enfundado en ropas occidentales arrugadas. Desde el extraño vacío que iba formándose en su mente, Helen cayó en la cuenta de que el hombre acababa de bajarse de un avión. Caminaba directo hacia ella, con la mano tendida. La pilló con la guardia baja.

—Usted debe de ser Helen James.

Su cara, algo rolliza, le daba el aire de un muchacho que ha envejecido sin hacerse adulto. Enseguida quedaba claro que sería cordial y entusiasta, y que eran la clase de cordialidad y entusiasmo que resultaban irritantes. Como por reflejo, Helen se levantó el velo, y luego lo dejó caer de nuevo. Lo miró a través de la gasa.

—Me temo que llego tarde —dijo el desconocido. Hablaba con acento americano y levantó la vista por encima del crematorio, hacia donde una columna de humo negruzco se desovillaba en la calima.

Helen James se irguió.

—Disculpe —dijo—, me temo que yo no...

—Mi nombre es Paul Roberts. Qué contrariedad haber llegado tarde. Mi vuelo llegó con retraso —sonrió a modo de disculpa—. La cuestión es que me gustaría mucho hablar con usted, señora James.

Helen no acertaba a comprender quién podía ser aquel hombre o cómo, procedente de Inglaterra o incluso de Estados Unidos, había podido tener noticia del funeral. En aquel momento tan sólo deseaba estar a solas. Únicamente la necesidad de encontrarle a John algo que hacer la había movido a aceptar la invitación a almorzar. Los otros ocupaban ya los diversos coches, listos para marcharse y a la espera.

—¿De qué se trata? —preguntó no obstante, automáticamente.

—Ah, descuide, nada que no pueda esperar —dijo el hombre—. Atraviesa usted un momento doloroso. Tal vez si me dejara su número de teléfono...

Automáticamente, de nuevo, Helen le dictó el número, pero mientras el hombre lo marcaba en un móvil, sintió crecer la resistencia en su interior.

—Haga el favor de decirme de qué se trata. Así quizás le ahorre la molestia.

Paul Roberts parecía seguro de sí mismo.

—Señora James, me propongo escribir una biografía de su esposo. Creo que Albert James ha sido un individuo extraordinario y que la historia de su vida servirá de inspiración para muchos. Su obra merece recopilarse, revisarse y reeditarse. Tal y como lo veo yo, el mundo no ha empezado siquiera a entender cuánto le debe.

Helen sintió que le asestaban un golpe inesperado.

—Por supuesto, usted entenderá —decía el norteamericano, y el entusiasmo insuflaba vida a su rostro— que para mí sería de suma importancia contar con su bendición en este proyecto, señora James. Con su autorización, por así decirlo. En calidad de esposa. Tal mandato abriría muchas puertas, procediendo de usted. La obra adquiriría la credibilidad que un gran hombre merece.

Helen James trataba por todos los medios de no oír, de no dejarse penetrar por las palabras, al tiempo que las escuchaba a la perfección, que entendía exactamente lo que le estaba diciendo. El rugido de un motor echó a los cuervos a graznar por el aire. Traía el discurso preparado, pensó. En derredor, de todas partes emanaba la bruma que envolvía la ciudad, siempre acompañada de aquel peculiar olor acre. A través de ella se veía, muy de tanto en cuando, el espectro del sol.

Paul Roberts había dejado de hablar. Aguardaba expectante.

—Hablémoslo por teléfono —acertó a decir Helen entre dientes.

No se dijo nada sobre Albert James durante el almuerzo. Con mucha sencillez, los habían llevado a la cantina de la universidad, donde cada cual se sirvió en platos de hojalata arroz y dal, y luego se sentaron en los bancos que flanqueaban por ambos lados las concurridas mesas, recubiertas de plástico. El presidente de la Sociedad Teosófica mencionó una nueva biografía de Annie Besant, mientras que los más jóvenes, a quienes entonces se les habían unido otros amigos, discutían acaloradamente sobre los planes del gobierno de reservar plazas en la universidad para las castas inferiores. La relación entre un individuo y el *ethos* que lo rodea es imposible de obviar al tiempo que escurridiza, estaba diciendo el teósofo. La falta de expresividad le tersaba el rostro, pequeño y añoso.

—En ese sentido —añadió—, no difiere mucho de la relación entre padre e hijo, ¿no creéis?

Enfrente, al otro lado de la mesa, Helen James comía igual que si cumpliera con un deber. John no seguía la conversación. La mujer joven sentada a su lado, la belleza del grupo, había empezado a hacerle preguntas sobre su investigación y él se lanzó a describirle, lleno de entusiasmo, los complejos experimentos en los que su equipo estaba trabajando. Había atraído su interés el puro desafío técnico, le explicó, que entrañaban tantos y tantos experimentos en la actualidad. Por encima de todo había que aislar las partículas más diminutas, soldadas unas a otras de los modos más intrincados.

Una chica menuda de piel oscura y su compañero de gafas y expresión grave se unieron a la conversación. El objetivo del proyecto en el que trabajaba en aquellos momentos, les explicó John, era establecer todas las condiciones, pero todas sin excepción, que se requerían para mantener el ciclo vital de cierta micobacteria de la tuberculosis después de que hubiera entrado en el estado de letargo que sigue a la infección inicial: nutrientes, producción de proteínas, resistencia de las paredes celulares, hábitat, condiciones para la reproducción, etcétera.

—Lo que quieres decir —sugirió el hombre de rostro grave— es que estáis intentando matar la bacteria con todos los medios posibles.

Sin embargo, acababa de llegar un mensaje al móvil de John. Sintió la vibración en el bolsillo. «Audición de pena —leyó—. Mierda de director». John exhaló un suspiro y dejó el teléfono a un lado.

—Bueno, sí y no —le contestó al hombre de gafas—. Tratamos de hallar el modo de evitar una reactivación de la bacteria en letargo de la que es portadora alrededor de un tercio de la población del planeta. En serio, un tercio. De manera que, como es obvio, estamos estudiando las condiciones que se requieren para el letargo y cuáles para la reactivación, de manera que otros puedan contemplar formas de privar a la bacteria de esas condiciones.

A continuación, John explicó que, personalmente, él era tan sólo un eslabón de una larguísima cadena de investigadores, en modo alguno lineal o directa. Procuraban desarrollar una droga que eliminara aquella bacteria, o impidiera por lo menos que se reactivara, aunque por medio de los procedimientos más simples que fuera posible, cuanto menos tóxicos mejor. Ése era el avance al que

aspiraban: la prevención no tóxica. Sin efectos secundarios. Respondería a Elaine más tarde, pensó, le mandaría un mensaje de consuelo.

Un equipo, dijo, estudiaba el ciclo vital de la bacteria, cómo pasaba de activa a durmiente y viceversa; otro se centraba en su bioquímica, en su estructura celular —«a fin de identificar su vulnerabilidad, los puntos débiles a los que atacar, por así decirlo»—; otro, por su parte, estudiaba qué sustancias podían servir para atacar con eficacia esos puntos débiles, o de algún modo comprometer una o más de las muchas condiciones esenciales de su supervivencia. Después, otros estudiaban el efecto tóxico de aquellas sustancias, mientras que alguien más pensaba en el modo de obtenerlas y almacenarlas, y por último había quien tomaba en consideración cómo fabricarlas.

—Nadie aspira a entenderlo todo, como podéis imaginar —concluyó John, como si repitiera una verdad profunda—. Quiero decir que no creo que sea posible comprenderlo todo realmente, ni aunque se tratara del proyecto farmacéutico más ordinario de los que se llevan a cabo hoy en día. Nadie se molesta ni siquiera en intentarlo. Sería igual que tratar de abarcar el mundo entero en la mente.

Mientras hablaba, los indios mantenían una atención halagadora, tan distinta de la actitud que tenían los amigos del grupo de teatro de Elaine. John sonrió antes de dar un sorbo a una taza de té dulzón, empalagoso. Se hizo una pausa en la conversación.

—El triunfo sería —se oyó comentar al teósofo en el relativo silencio—, como tu querido Albert escribió en una ocasión, si no me equivoco, alcanzar un punto en el que uno no tenga más biografía que el propio Dios. ¿Te imaginas qué liberación? Carecer por completo de una historia personal.

Mientras decía estas palabras, Helen James echó atrás la silla, se levantó y anunció que debía marcharse. La clínica siempre estaba desbordada, dijo, durante aquellos períodos de frío. John se limpió con la servilleta. Le pareció que su madre había palidecido.

—No, no —le dijo al instante—. Tú quédate, cariño. Es maravilloso oírte tan entusiasmado con tu trabajo. Es tan alentador... Ah, John tiene muchas ganas de visitar las tumbas sufíes —anunció su madre al resto de la mesa—. Si alguien tiene tiempo, tal vez pueda llevarlo allí esta tarde.

De inmediato hubo un murmullo de ofrecimientos. La gente parecía educada hasta tal punto que rozaba la ironía.

—Yo te llevaré —dijo la mujer sentada a su lado. Tenía una frente amplia, bellos ojos oscuros; en cambio, las estrechas mejillas no encajaban bien en aquel rostro, y rodeaban unos labios fruncidos, llenos.

Durante un instante, Helen le sostuvo la mirada.

—Gracias, Sharmistha. John, te veré esta noche, cariño. Gracias a todos —repitió—. Os agradezco mucho vuestra amabilidad —y se marchó apresuradamente.

—Pobre Helen —dijo alguien tras un breve silencio—. Trabaja tan duro...

Uno de los hombres blancos de mayor edad, a tres o cuatro asientos de él, se inclinó para preguntar.

—¿Cómo lo está encajando tu madre, John? ¿Hay algo que esté en nuestra mano hacer?

A John lo tomó por sorpresa. Tragó el bocado. El lema de su madre, dijo, siempre había sido «Adelante a toda costa». A continuación se halló enfrascado en una anécdota ejemplar, una de las

leyendas más sonadas de la familia. En Nueva Guinea, su madre había seguido trabajando como si tal cosa en la clínica cuando la tribu local, quejándose por que su padre hubiera sometido a una muchacha a un embrujo que le había hecho perder el bebé que llevaba en su vientre, la había amenazado —¡a su madre, no a su padre!— con cortarle la cabeza y reducirla según sus ritos, pues al parecer el modo de vengarse en aquella parte del mundo no era matar al hombre que te había ofendido, sino a su esposa.

—¡Qué práctico! —dijo alguien en tono de chanza.

—Pues, bueno, aquella gente se quedó tan sorprendida cuando mi madre siguió pasando consulta y distribuyendo medicinas como de costumbre, que la dejaron en paz. De alguna manera se dieron cuenta de que ella no pertenecía a su mundo, imagino. No consiguieron que se inmutara.

—¿Y Albert? —preguntó alguien con mayor sobriedad—. Eso tuvo que ser mientras escribía *Wau*. ¿Cómo reaccionó Albert?

—Yo aún no había nacido —les dijo John—, conozco la historia sólo de oídas —sin embargo, añadió—: Mi padre siempre se preocupaba por todo, y ése era el motivo de que recabara tanta información acerca de cualquier cosa, aunque en realidad nunca hiciera nada.

Fue un comentario cruel, y de inmediato John se dio cuenta de que no debería haber dicho aquello el día del funeral de su padre.

El teósofo lo observaba con atención.

—Hay más sabiduría en lo que dices de lo que imaginas, mi muchacho —dijo con su acento ceremonioso y entrecortado. Esbozó apenas una débil sonrisa tras las gruesas lentes.

Hacía ya años que nadie llamaba a John «mi muchacho». Empujó atrás su silla y se sintió listo para marcharse.

La mujer a la que su madre había llamado Sharmistha debía de rondar los veintiocho años, pensó John, y en aquel momento se dio cuenta de que era bastante bajita, aunque exquisitamente modelada. Se había traído consigo a uno de los europeos de más edad, el cual resultó ser alemán. ¿Qué clase de relación los unía? A John no le importaba. Aún no había respondido a Elaine, que estaba acostumbrada a recibir respuestas inmediatas a sus mensajes, sobre todo cuando algún revés la dejaba abatida. Aunque, por otro lado, era el día del funeral de su padre.

—Para Nueva Delhi lo que se necesita es un buen taxi, uno rápido —decía el alemán, alegremente—, pero en la Vieja Delhi un moto taxi es el único modo de desplazarse, de verdad. Lo tienen mucho mejor para ir zigzagueando entre el tráfico.

La neblina era en aquel momento aún más densa. El aire rezumaba humedad.

—¡Y yo sólo he traído ropa ligera! —protestó John—. No me hubiera imaginado que iba a encontrar aquí un tiempo así.

—A las mujeres no se les permite acceder al interior de las tumbas —decía Sharmistha, como para explicar por qué no le había quedado más remedio que pedirle a Heinrich que los acompañara—. ¿Tienes frío?

—Un poco —dijo John.

Incluso resguardados por la pesada lona impermeable que colgaba del armazón del mototaxi, el

aire era fresco cuando cogían velocidad. El conductor llevaba lo que parecía una toalla enrollada en la cabeza. Cuando se detuvieron en un semáforo, John apartó la lona hacia un lado y encontró a tres chavales sin casco montados en un escúter a escasos centímetros de distancia; uno de ellos llevaba un cántaro de leche en cada mano. Gritaban y reían en medio del humo de los tubos de escape.

Al alargar la vista, después, y observar los vehículos arracimados en el cruce y que desbordaban sobre el barro reseco por ambos lados, a los peatones abriéndose paso por las camionetas y los autobuses, una carreta tirada por un burro en la que se apilaba un alto montón de chatarra, a John lo asombró el frenesí y la densidad de la vida allí. ¿Por qué su padre había elegido siempre lugares como aquél? ¿Por qué no había vivido nunca en una ciudad sensata, donde poder llevar las cosas a término?

—Perdona, debería haberte preguntado a qué os dedicáis vosotros —se volvió a Sharmistha—. Sólo he hablado de mí.

—Heinrich se dedica a la psiquiatría —dijo ella—. Lleva ya veinte años en la India.

El hombre se inclinó hacia delante y sonrió. Iban los tres apretujados en el mototaxi.

—Yo, en cambio, no estoy realmente en la universidad —prosiguió Sharmistha—. Me limito a escribir para publicaciones científicas y cosas por el estilo. En estos momentos estoy trabajando con alguna otra gente del departamento de Zoología, están estudiando una araña que produce una clase de seda más resistente de lo normal. Estoy escribiendo para ellos un libro sobre eso.

John se esforzó por mostrar interés, pero el perfume de Sharmistha lo distrajo de repente. No lo había advertido antes, un olor dulce y fuerte que lo atraía poderosamente.

—El equipo para el que trabajo —prosiguió ella— se interesa sobre todo en los procesos químicos por los cuales la araña hace la seda. Están intentando reproducirlo de manera sintética. Sin embargo, tu padre estaba interesado en ciertos patrones y estratos de comunicación. Así fue como se involucró en el proyecto. Estaba convencido de que todo el proceso de elaboración de la telaraña era en esencia una estructura comunicativa.

—No podía ser de otra manera —contestó John.

—¿Y por qué tienes tantas ganas de ver las tumbas? —preguntó ella—. ¿Has oído hablar mucho de ellas?

—Para nada —John se dio cuenta de que se sentía mal—. Parece ser que mi padre dijo que debía ir a verlas, y también el Taj Mahal. Está en una ciudad cercana, ¿verdad? Dios sabe por qué. Yo sólo vine para su funeral.

Se hizo un breve silencio, luego Heinrich se inclinó de nuevo hacia delante. Era la suya una cara recia, huesuda, solemne, y hablaba con marcado acento alemán.

—Es porque el Taj es otra tumba —dijo—, la tumba más famosa del mundo. De este modo tu padre te está invitando a pensar cómo se celebra la muerte.

—¡Claro! —Sharmistha echó a reír. Sacudía la cabeza—. ¡Eso es propio de él! Así es como tu padre hacía las cosas, invitando a los demás a pensar —luego, bajando el tono de voz, añadió—: Ha sido muy curioso oírte hablar durante la comida, ¿sabes, John? Porque era como volver a oír a tu padre de nuevo. ¡Sí! La misma actitud, la misma voz, e incluso a veces las mismas expresiones faciales, aun cuando vuestras caras sean tan distintas. Albert también se entusiasmaba siempre con lo

que hacía, aunque por supuesto nunca habría dicho las cosas que tú has dicho.

John no supo cómo tomarse aquel comentario.

—¿En qué sentido? —preguntó al fin. Sin embargo, la mujer no contestó. Habían llegado.

John había esperado algo majestuoso, de manera que, cuando saltaron del mototaxi en el Fuerte Rojo, supuso que debía de tratarse de aquello. Le pareció una construcción terriblemente sólida y fea, con aquellas inmensas fortificaciones; un gran bastión de la muerte. En lugar de eso, Sharmistha lo tomó del brazo y echaron a caminar en dirección contraria, por calles tan atestadas de gente, tan estrechas y confusas que se sintió alerta, amenazado.

—Maravilloso, ¿no crees? —dijo Heinrich.

Había niños sentados en muros derruidos, y hombres envueltos en túnicas blancas permanecían acucillados en el suelo entre el grueso de los viandantes, donde pequeños templos chillones se alzaban junto a puestos de comida y almacenes de alfombras, y un escaparate abigarrado anunciaba teléfonos móviles.

Torcieron por calles más y más estrechas, incluso pasajes, y tal vez a causa de la niebla, o quizás era más tarde de lo que John imaginaba, el aire se oscureció y entonces encontraron escalones y arcos, hasta que, bajo lo que parecía un pequeño pórtico, tuvieron que detenerse y un hombre quiso hacerse cargo de sus zapatos y taparles el pelo con gorros de ducha. No podían entrar a las tumbas con la cabeza descubierta. Debían apagar sus teléfonos móviles.

John se agachó y se desató los zapatos. Heinrich estaba hablando de la tradición sufi y mencionaba a los místicos sagrados allí enterrados, diciendo que lo aconsejable era dejar un billete junto a una de las tumbas llegado el momento, de veinte o de cincuenta; convenía al menos llevar uno preparado, en señal de respeto, aunque en absoluto se trataba de una obligación. John, sin embargo, apenas lo escuchaba. ¿Qué hago perdiendo mi tiempo aquí?, no cesaba de repetirse. Aún no había mantenido con su madre una verdadera conversación. Tal vez debería haber optado por coger el primer vuelo justo después del funeral.

Al descender los escalones que llevaban al complejo funerario propiamente dicho, tomó conciencia del ruido. Junto a un pequeño santuario había una docena de hombres sentados en un patio de cemento. Envueltos en túnicas blancas, se mecían al ritmo constante del tambor, dando palmadas y cantando de forma poco melodiosa. Dos antorchas humeantes en la pared del frente hacían que el lugar resultara a un tiempo más oscuro y más brillante que el día en el exterior.

—No puedo entrar ahí —dijo Sharmistha mientras Heinrich se acercaba a una de las pequeñas edificaciones. Ardía incienso en alguna parte. Un hombre custodiaba la verja; un chiquillo golpeó a John en el brazo.

—Guía. Hola, señor. Soy su guía. Veinte rupias —le dijo. John se sintió dispuesto a golpearlo. Por alguna razón, aquel canto y aquellos tambores repetitivos lo hicieron estremecerse. Lo odió con todo su corazón.

En el interior de la tumba, una edificación no mayor que un dormitorio de dimensiones reducidas, cuatro hombres estaban sentados con las piernas cruzadas en las puntas de un túmulo verdoso, el cual era sin duda la tumba del santísimo hombre. Heinrich empezó a rodear la sepultura en silencio. Daba la impresión de que alguien hubiera pintado un montículo de cemento o tierra prensada de un verde

intenso y luego lo hubieran salpicado espléndidamente con los mismos pétalos de caléndula que las colegialas habían esparcido sobre el ataúd de su padre. Otro visitante estaba postrado por completo en el suelo, impidiendo el paso, musitando rezos, besando literalmente el suelo, y a todas luces en un estado emocional alterado. Y en aquel instante John advirtió que había dinero en la zanja de escasa profundidad que bordeaba el túmulo funerario, y que además era bastante. Sin embargo, estaba resuelto a no añadir nada más.

—El sepulcro se custodia durante todas las horas del día, por toda la eternidad —susurró Heinrich.

John sintió que lo invadía la ira. En cierto sentido, sin asomo de duda, su padre había sido siempre un perfecto idiota.

—¿Estaría en lo cierto al suponer —preguntó el biógrafo— que la verdad sobre la muerte de Albert es que rechazó el tratamiento?

Helen James había accedido a hablar con aquel hombre. La tarde daba paso a la noche en el salón del hotel Ashoka. Aquella mañana había experimentado un alivio inmediato apenas John se marchó a Agra a ver el Taj. Estaba orgullosa del chico, pero su hijo le parecía superfluo. Después, en la clínica, se había sentido desorientada. Era angustioso. Tomó conciencia de que trabajaba sin lograr concentrarse y desapasionadamente. Toda su vida, dondequiera que Albert conseguía subvenciones para uno de sus proyectos, ella había prestado servicio en alguna clínica local, sin cobrar por ello. Su energía, su entrega no fueron nunca salvo ilimitadas. Bajo el destello de su mirada rápida, el tacto firme de sus dedos expertos en la piel reseca, incluso los hombres y las mujeres de las culturas más ajenas vencían su escepticismo. *Wagan*, la llamaban entre los iatmul: doctora hechicera.

Los primeros años, en Kenia y en Nueva Guinea, Albert y ella habían montado sus propios consultorios y habían trabajado juntos: ella, examinando las heridas infectadas, auscultando las toses feas, distribuyendo medicinas; mientras, él se dedicaba a las tareas de laboratorio y al papeleo. Helen era médico; Albert, biólogo. Eso había dado el empuje a su matrimonio, en un principio. Ambos habían compartido el deseo de marcharse de Inglaterra. Cada uno había necesitado el carisma del otro para acometer la ruptura, y ambos sabían que únicamente podrían conquistar y conservar al otro si estaban dispuestos a dejarlo todo atrás. Entregarían su talento a los más pobres del mundo. Ninguna otra explicación requerían sus viajes.

Con el tiempo, Albert se echó atrás. Durante un período de cinco o seis años había empezado a poner en duda lo acertado de la decisión. Apartándose de la biología para adentrarse en los campos de la antropología, la cinésica, la proxémica, la cibernética, había desarrollado su célebre teoría del estudio no manipulativo: cualquier cultura establecida es más sabia que sus visitantes foráneos y presuntos benefactores; un consultorio médico salvaba vidas individuales, pero alteraba los hábitos de la mente, las tradiciones de la comunidad, las actitudes ante la enfermedad y la muerte; se trataba de cambios que entrañaban consecuencias inconmensurables en todos los ámbitos de la vida. Escribió artículos acerca de las ecologías culturales delicadas, autocorrectivas —él mismo era un hombre de gran delicadeza—, sobre la diferenciación de la personalidad complementaria en dinámicas sociales complejas. Los intelectuales contrarios al orden establecido se rindieron a Albert.

En aquel punto, Helen tuvo a John. Para ella fue una época difícil. Cierta ímpetu se había perdido. De ser una pareja, o un equipo, al parecer se habían convertido en una familia. ¿Acaso lo fuimos alguna vez?, se preguntó. Resultó que Helen echaba de menos su trabajo, el trabajo que había compartido con Albert. Echaba de menos curar a la gente. Y, por si fuera poco, no podía ayudar a su marido en los proyectos en los que se hallaba embarcado entonces. En el plano intelectual, se había alejado de ella. Tampoco podía tratar de convertirse en una mujer como las de allí; ambos habían

llegado a la conclusión de que un europeo no podría nunca pertenecer a una cultura premoderna. La conciencia occidental te lo impedía. Mandaron a John, como no podía ser de otro modo, al colegio en Inglaterra. El chico iba y venía. Así que Helen empezó a poner su pericia médica al servicio de clínicas gestionadas por equipos locales que seguían patrones locales, a recibir instrucciones de otros. No podía decirse que aquello fuera muy intrusivo, protestó.

Helen revivía en su trabajo. Sonreía a las mujeres nativas, intimidaba a sus maridos suspicaces. Examinando un párpado supurante, apretando una jeringuilla, ella estaba al mando. A Albert pareció satisfacerle el acuerdo.

—Las decisiones que yo tomo me atañen sólo a mí mismo —dijo—, a nadie más.

En aquel momento estaba estudiando las relaciones entre la palabra escrita y el gesto físico, entre los patrones de la comunicación y el *ethos* colectivo. A veces permanecía sentado durante horas en la clínica donde trabajara Helen, hablando con los pacientes al azar. Hacía bocetos, tomaba notas. Escribió un artículo capital: «Posturas en la oración y el cortejo en las culturas cristiana, hindú y musulmana». Empezaron a llegar invitaciones a conferencias. Ninguno de los dos sintió necesidad de otro hijo.

En aquellas clínicas locales, Helen había trabajado por debajo de su potencial, visitando a más pacientes de los que humanamente era posible atender como es debido. Con frecuencia se había hallado desprovista de las herramientas de diagnóstico necesarias, sin medicinas sofisticadas, sin las instalaciones adecuadas para ocuparse de los pacientes, sin intérprete. No le quedó más remedio que remitirse a su intuición, que se aguzó enormemente. Podía oler la enfermedad.

—Albert estudia el *ethos* y el *pathos* locales —comentaba burlona en los raros actos sociales a los que asistía—, mientras que yo me pongo al servicio del vulgar deseo de seguir con vida.

Sin embargo, jamás se planteó retirar la devoción que profesaba a su marido. Más bien ocurrió lo contrario. Sus viajes cobraron sentido entonces precisamente por obra de la brillantez de Albert: las teorías que desarrollaba hallarían resonancia en lo que empezaba ya a llamarse globalización, la fusión de todas las culturas. Éramos una de esas parejas especiales —era lo primero que debía decirle a aquel aspirante a biógrafo— que se dedican por completo uno al otro, aun cuando tengan ideas distintas en cuanto a cuál era la misión que llevar a cabo. Eso era justo lo que había hecho su matrimonio tan sólido.

Sin embargo, ¿de veras queremos que haya una biografía? Helen no había dejado de darle vueltas a la cuestión mientras pasaba consulta a sus pacientes en la clínica. Se abrió paso entre los cuerpos que se amontonaban en la sala de espera. Había un hombre con una hernia testicular grave. Helen no acertaba a concentrarse. Cierta desazón sin palabras la corroía tras esos pensamientos. Mientras examinaba un profundo absceso en el cuello de un niño, formuló la pregunta: ¿cuán vieja es una mujer, una viuda, a los cincuenta y tres años?

Había accedido a encontrarse con Paul Roberts en su hotel porque no quería que viera los libros de Albert si la visitaba en su apartamento. Sería difícil impedirle a aquel tipo que se acercara a la estantería y empezara a sacar cosas. Ella debía revisarlo todo antes. Sin embargo, en aquel momento no se veía con fuerzas para revisar la procelosa obra de su marido. Le faltaban fuerzas.

—¿Quién era? —había preguntado John la noche anterior cuando colgó el teléfono tras la llamada del biógrafo.

—Alguien con quien tengo que verme —le dijo.

Su hijo la había mirado fijamente. El chico estaba tumbado en el sofá con la coca-cola en una mano. Había encendido la televisión. Siempre que John volvía a casa de la escuela —y volver a casa significaba ir a Afganistán, o a Laos, o a Zambia—, la nevera estaba llena de coca-cola para él. Helen adoraba su grosero apetito juvenil, y al mismo tiempo la irritaba. Quería ser estricta, quería hacerle comer los platos vegetarianos típicos de la región, que se diera cuenta de que el dinero no nace de los árboles, quería que pasara algún tiempo en la clínica, a la que acudían tan sólo los más desfavorecidos de entre los pobres. Quería restregar su rostro joven e instruido en la inmundicia. Y también quería mimarlo y disfrutar de su juventud y su complacencia. Parecía un desconocido, y ella misma se sentía extraña cuando él estaba allí.

—Háblame de papá —pidió John otra vez.

Helen dijo que no podía hablar.

—Murió aquí mismo —dijo con un suspiro—, en nuestro dormitorio. Ya sabes que siempre decía: «No puedes mantener el equilibrio de la ecuación de la vida sin la muerte» —frunció el ceño—. Tal vez la próxima vez que vengas a verme estaré preparada —luego añadió—: Sufrió mucho, aunque nunca dejó que se ocuparan de él. Ya sabes cómo era. Al final, la verdad es que deseaba morir.

Mientras hablaba, los ojos de John no se apartaron de ella ni un instante. Era violento. El chico trataba de acercarse. Helen quería abrazarlo, pero supo que no lo haría. Tampoco lo presionaría para que fuese con ella y viera el trabajo que desempeñaba en la clínica.

—John, mi amor, lo cierto es —le dijo sin que viniera a cuento— que apenas tenemos dinero. Es un problema, ya imaginarás. Ahora los diversos ingresos que tu padre recibía en forma de subvenciones se secarán, claro, y me temo que apenas hay nada en la hucha. Tendrás que emanciparte tan pronto como sea posible.

Era una exageración, pero surtió efecto.

—Albert no tenía seguro de ningún tipo —explicó. Ocupaba su lugar, sentada a la gran mesa del comedor—. Ya sabes que nunca nos preocupamos mucho por esa clase de cosas.

—Pero ¿cuánto dinero hay? —preguntó John. Su estado de ánimo había cambiado. Se puso alerta y agresivo, sin dejar de agitar la lata de coca-cola vacía, como para comprobar que ya no quedara—. Quiero decir que, puesto que tendré que encontrar fondos por otro lado, tengo que saber cuándo va a ser eso.

—Cuando vuelvas, deberías ir a ver a tus abuelos —dijo ella—. Estoy segura de que ellos pueden echar una mano.

Madre e hijo habían discutido entonces. Fue inesperado y desagradable. Desde luego, Helen no había querido discutir el día mismo del funeral de Albert, pero el muchacho era obstinado.

De ninguna manera, repetía una y otra vez, iba a ir arrastrándose hasta la abuelita Janet para pedirle dinero.

—A la vieja bruja no, joder.

—También está mi padre —respondió ella con afectación.

—¡Anda, si el abuelo Jack está chocho perdido! —objetó John. Con extrema beligerancia, empezó a decirle a Helen que era ella quien debía ponerse en contacto con su propia madre—. Hazlo tú. Tú eres su hija.

—¡Si contigo se le cae la baba! —exclamó Helen.

—A lo mejor hace diez años era así —dijo John—. ¡No puedes cortar por lo sano con tu familia durante media vida y volver luego a rastras a pedirles dinero!

—Ay, John, John, John... —Helen se echó a reír—. ¡Vamos, no exageres! Deberías dar gracias a Dios de no estar en la calle con una bacineta entre las manos —guardó silencio y clavó su mirada en él—. ¿Por qué siempre has temido tanto a la gente, John? Siempre te ha dado miedo trabajar, pedir cosas a la gente. La abuela Janet te ayudaría encantada.

—¡No es que me dé miedo, joder! —repuso. Insistía en soltar tacos. Helen nunca decía palabrotas—. Y trabajo catorce horas diarias, para tu información.

—Pero no por dinero. Nunca has movido un dedo por dinero en todos estos años.

—¡Bueno, tampoco tú lo has hecho! Siempre te enorgulleces de no trabajar por dinero.

—Pero es que no lo necesito. Y, además, lo que yo hago es diferente.

—Todo el mundo necesita dinero.

Helen sonrió con indulgencia.

—Yo no, John, de verdad —le dijo—. Mientras siga trabajando en la clínica, no me hace falta. La gente es generosa. Me pagan en especias. Aquí la vida es barata. Y no necesito latas de coca-cola con cada comida, ni camisas o pantalones elegantes.

—Es el alquiler lo que más cuesta —objetó John—. No te imaginas cómo está Londres. No tengo coche. Nunca voy a comer por ahí. De hecho, allí tampoco bebo coca-cola. Sólo lo hago cuando tú la compras. Vivo como un monje —se hizo un largo silencio—. Papá debería haber pensado en esto —dijo con tono acusador.

—Ay, cielos, John —se echó a reír de nuevo—. Tienes que espabilarte y mantenerte, y resulta que es culpa del pobre Albert.

John había meneado la cabeza y había apartado la mirada de ella para volverla a la televisión, donde un reportero bajito y regordete de la BBC que vestía una camisa turquesa entrevistaba a tenderos marroquíes acerca de los defectos de la democracia.

—Tu padre lo arriesgó todo —dijo Helen— para llevar sus estudios en direcciones poco convencionales. No te imaginas cuánto le costó encontrar subvenciones para algunos de sus proyectos —guardó silencio—. Y, desde luego, a tu edad no dependíamos de la ayuda de nuestros padres. Cuando nos fuimos a Kenia no teníamos nada. Una tienda de campaña y una máquina de escribir, y nada más.

—Sólo porque odiabas a tu madre —dijo él.

—No la odiaba. Únicamente no nos llevábamos bien —y luego añadió—: Los padres de tu padre tampoco eran pobres, pero nunca cogimos su dinero. Cortamos por lo sano.

John cambió de canal. Se puso a ver un programa en hindi que parecía tratar sobre el teatro tradicional, o tal vez sobre su desaparición. Helen lo observó. Estaba nerviosa. Si sigue

presionándome, no podré contenerme y soltaré alguna fresca, pensó. Sin embargo, el muchacho se contuvo, igual que un animal incapaz de canalizar su energía. John no sabía qué movimiento hacer. Entonces quiso que se marchara de la casa. Quería su trabajo en la clínica, nada más.

—Ni loco voy a arrastrarme hasta la abuela Janet —repitió al fin.

Helen soltó una risotada. Incluso dio alguna palmada.

—Y si tan justos de dinero vamos —dijo a continuación, volviéndose contra ella—, ya me dirás qué sentido tiene pagarme un taxi y un hotel para que vaya a ver un monumento de mierda que me importa una mierda. El rollo sufi me pareció patético. ¡Si todo era primitivo! Prefiero volver a casa. Tengo trabajo que hacer en el laboratorio. Trabajo serio.

—Ya lo he arreglado todo para mañana —le dijo ella con calma—. Tu padre tenía muchas ganas de que vieras el Taj. Estas cosas aquí no cuestan mucho.

—No pienso hacerlo —repitió John. Lo interrumpió el pitido de un mensaje que llegaba a su teléfono. Sacó el aparato del bolsillo, frunció el ceño y se levantó—. Mira, da igual —dijo—. Buenas noches, aún sigo con el desfase horario, me voy a acostar.

Al cabo de unos minutos, Helen lo había seguido, había tocado a su puerta, la había abierto despacio.

—Anda, hablemos de cosas agradables, John —le había pedido—. Háblame de esa novia tuya. Supongo que es ella quien te manda los mensajes.

—Ya te he hablado de ella.

Helen aguardó en el umbral de la puerta.

—Anda metida en teatro —dijo—, pero ya te lo conté. La verdad es que Elaine posiblemente sea la persona más divertida que he conocido nunca. En serio, es capaz de imitar cualquier voz. Incluso mejor que papá.

—Aunque no los reclamamos de los monos, supongo —Helen enarcó una ceja.

—No, los reclamamos de mono, no —John sonrió. Albert James había publicado un famoso estudio acerca de señales metacomunicativas en comunidades de monos. Hacía imitaciones desternillantes—. Pero por teléfono puede hacer que la voz más disparatada suene del todo convincente —frunció el ceño—. Lo que pasa es que le está costando un poco conseguir una primera oportunidad desde que acabó en la escuela de arte dramático. Su padre no deja de agobiarla con eso de encontrar un trabajo como Dios manda.

Helen lo miró detenidamente.

—Debe de ser una vida dura, supongo, la del teatro, el cine...

—Tendrías que conocerla, mamá —John levantó la vista, con el entusiasmo renovado de repente—. Es muy guapa. Seguro que te gustaría.

Era una característica de todos los miembros de la familia James cambiar de tema en cuestión de segundos. Nadie pedía jamás disculpas.

—El hermano de tu padre quería ser dramaturgo, ya lo sabes —dijo Helen.

—Ya —John frunció el ceño—. De hecho, mamá, ésa es precisamente la clase de historia que tengo que procurar no contarle...

Al recordar aquel comentario de su hijo a la tarde del día siguiente, casi lo primero que Helen James le dijo a Paul Roberts fue:

—No puede entender a Albert, señor Roberts, sin tener presente a su hermano John. Es por ahí por donde debería empezar.

—¿El que se suicidó? —repuso el norteamericano.

Su brusquedad tomó desprevenida a Helen.

—Entre otras cosas, sí —dijo secamente. El mero hecho de estar en un hotel como el Ashoka restauraba en ella la clase de identidad rebelde, contraria al sistema, en la que se sentía más cómoda. Aquel lujo ostentoso era obsceno. Sin embargo, no podía evitar sentirse impresionada por que el americano se alojara allí. Suponía unos ingresos nada despreciables.

Ocupaban una mesa de la Sala de Bambú donde revoloteaban camareros de paso indulgente que saludaban a la clientela con inclinaciones de cabeza y se deshacían en reverencias. Helen había pedido un té y había tenido que hacer frente al lío absurdo de escoger entre una docena de marcas de una bandeja de plata. Música india manaba sin rumbo desde los paños drapeados iluminados con luces de neón, sin alcanzar nunca a oírse de veras, aunque tampoco ausente en ningún momento. También la tapicería de los asientos pretendía evocar cierto color local, pero en el cual los occidentales se sintieran cómodos. Paul Roberts le había preguntado a su invitada si le importaba que tomara una ginebra.

—Estoy algo nervioso, la verdad —dijo riéndose. Su rostro tenía cierto aire irlandés, pensó Helen; rubicundo, entusiasta y un poco estúpido.

Desde luego, era un tipo precipitado. Tan pronto llegaron las bebidas, con los inevitables frutos secos y galletas, las cucharillas relucientes y las servilletas blancas dobladas con esmero, le espetó:

—Puesto que me ha dicho por dónde debería empezar, ¿puedo dar por hecho, señora James, que le parece bien que acometa este libro? ¿Puedo contar con su ayuda?

Helen se había puesto un sencillo vestido de lana gris, muy elegante. Había tomado conciencia de que se vestía para la ocasión. Una ocasión sin Albert.

—No sé nada sobre usted —dijo ella con cortesía—. Estoy un poco sorprendida, a decir verdad, de encontrar a un admirador de Albert hospedado en el Ashoka.

—¿Ah, sí? —el americano enarcó una ceja—. Me marché precipitadamente, la oficina de turismo india me hizo la reserva.

Helen lo escrutó. ¿Habría podido ser un alumno, tal vez, de la breve temporada en que Albert dio clases en Estados Unidos?

—Señora James, mantenía correspondencia con su marido desde hace un tiempo, por correo electrónico. Habíamos tanteado, de algún modo, la cuestión de la biografía. Yo desconocía que estuviera enfermo. No tenía ni idea. No comentó nada al respecto.

Helen dio un sorbo de té.

—¿No le mencionó él la correspondencia que manteníamos?

—No.

—Puedo enseñarle los correos electrónicos —dijo Paul Roberts—, aunque, como le digo, apenas

estábamos en una fase de exploración.

Una vez más, Helen no dijo nada. Notaba que aquel hombre desprendía una energía impetuosa, una energía más coercitiva que ingenua. Quería gustarle, aunque únicamente por ser ella la mujer de Albert, por supuesto.

—La idea —continuó el americano, inclinándose hacia ella con cierto apremio— era una biografía que concediera el mismo espacio a su pensamiento que a su vida. Ya me entiende, que mostrara cómo una cosa nacía de la otra, y dejar clara la relevancia que ese pensamiento encierra en el mundo contemporáneo.

Helen rehusó llenar el silencio durante unos instantes.

—Cuénteme algo de usted —dijo al fin.

—¿Qué puedo contarle? —el americano se apoyó de nuevo en el respaldo. Tenía unos labios llenos, satisfechos, una nariz bastante ancha, mejillas rubicundas—. Mi padre era un clérigo evangelista. Me crié en Albany. Soy la oveja negra de la familia, supongo. Licenciado en Filosofía, en Harvard. Unos pocos cursos de posgrado mezclados con el periodismo por libre, hasta que me metí en el *Globe*, me refiero al *Boston Globe*, y acabé trabajando para ellos como corresponsal en el extranjero. En los últimos años he publicado un par de libros. Una especie de biografía novelada de Gandhi, por así decirlo, que pertenece a la colección de biografías abreviadas que edita Harcourt Brace, y luego una historia de viajes: *Noches en Asia*. Cuando ambas alcanzaron el éxito, fui dejando el periodismo del día a día. Pura suerte, imagino. En cualquier caso, fue gracias a ese éxito que logré que un editor se interesara en Albert James.

En este punto, Paul Roberts se inclinó de nuevo hacia delante desde el otro lado de la mesa lacada y clavó sus ojos en los de Helen James.

—Este libro, sin embargo, señora James, será mucho más serio que los dos anteriores, se lo aseguro. Se trata del libro que quiero escribir. Verá, tengo la convicción de que su esposo ha sido uno de los individuos más importantes de nuestra era. Quiero decir que estaba en el centro de la contradicción moderna, y lo sabía. La comunicación, la conciencia, la intervención, la no intervención, la ecología mental y la vida global, dentro o fuera: el problema es conseguir que la gente comprenda lo que Albert había entendido.

Helen James sintió una punzada de dolor. Las lágrimas acudían a sus ojos. Se levantó.

—Gracias, señor Roberts. Me marcharé y pensaré en ello —cogió la chaqueta del respaldo de la silla.

El americano se alarmó.

—Señora James, quédese, por favor. Discúlpeme. Tal vez he obrado con poco tacto. Yo...

Helen se volvió. También él se había puesto de pie. Llevaba un elegante traje azul sin corbata. Su cara irradiaba cierta clase de vivacidad constreñida, igual que un perro que esperara aprobación y se viera de repente encerrado en su caseta.

—Tengo que ir al baño —dijo Helen.

Encontró la zona de los servicios al pie de un largo tramo de escaleras, cavernoso y revestido de mármol blanco. Debía lavarse la cara, refrescarse los ojos.

—Lloraré a solas con Albert —dijo en voz alta— cuando esparza las cenizas. No será con nadie

más.

Una chica de piel oscura se deslizó de un taburete y se apresuró a dejar correr el agua del lavamanos para ella; una muchacha bonita de pelo abundante, peinado en una trenza. Puso el tapón y comprobó la temperatura del agua. Los grifos eran de bronce y se les había sacado brillo. La chica le ofreció una barra nueva de jabón rosado en un platito de porcelana, luego cogió una toalla blanca esponjosa y la sostuvo con las manos tendidas a la espera de que acabara. Una chica para mi hijo, pensó Helen. Hay tantas chicas jóvenes. Observó aquellas manos oscuras y suaves secar las suyas propias, el granate y dorado del uniforme de inspiración colonial. La muchacha había advertido que estaba afligida.

—¿Todo bien, señora? ¿Necesita alguna otra cosa?

Helen abrió el monedero para darle una propina. Podía marcharse del hotel en aquel momento si lo deseaba; en el salón no había dejado nada. Podía pasar la noche sola, empezar a revisar las cosas de Albert. Tantas cosas habían muerto en el apartamento; tantos lugares parecían deshabitados, desiertos. Se inclinó para echarse un vistazo en el espejo reluciente. El cuarto de baño era suntuoso. El mármol, blanco como el azúcar glasé. Su cara parecía descolorida, velada.

—¿Necesita la señora un poco de maquillaje? —la muchacha volvió—. Disponemos de pintalabios, señora.

Desganada, con determinación, Helen subió las escaleras de regreso al Salón del Bambú. Hablaron durante dos horas. En primer lugar debía explicarle por qué era la oveja negra de la familia, le dijo ella.

—Ah, pues porque me divorcié, figúrese usted —dijo Paul Roberts riéndose. Era la suya una risa explosiva—. El divorcio parecía casi impensable en el medio donde yo me crié, ¿sabe? Tan sólo los tíos depravados se divorciaban, y sólo las brujas los tentaban. Aunque no me cabe duda de que usted sabe perfectamente cómo es la Nueva Inglaterra puritana. ¡Y por si fuera poco fumo! Por desgracia, es cierto. Soy un fumador compulsivo. Y fumar es cosa del demonio. Por no mencionar mi decisión de estudiar Filosofía. El divorcio, a fin de cuentas, no fue más que una confirmación.

Helen sonrió.

—¿Y volvió a casarse?

—¡Claro! ¡Y me divorcié de nuevo! —el americano soltó una risotada más sonora todavía.

—Qué lástima.

—En modo alguno.

—¿Y tiene hijos?

—Tres. Dos de mi primera ex, uno de mi segunda. Una especie de simetría estupenda si uno desea confundir los tipos lógicos.

Aquél era el vocabulario de Albert. El hombre estaba representando un papel.

—Me apetece un vodka —le dijo Helen. No sonreía—. Vodka con limón y mucho hielo.

—Será un placer —el hombre sonrió e hizo una seña con la mano.

Cuando llegó la bebida le dijo a aquel hombre, más joven que ella, que en realidad nunca le había gustado la India. Donde más feliz había sido era en los lugares menos contaminados: Nueva Guinea, Borneo. No empleaba la palabra *primitivos*. Después de Estados Unidos, sin embargo,

Albert había considerado importante ubicarse en el punto de mayor roce entre lo tradicional y lo moderno, en la línea misma de fundición, la denominaba, o de confluencia: lo que la India significaba.

Al mencionar los Estados Unidos, observó con atención la reacción del periodista.

—Pasé un tiempo radicado en Delhi con el *Globe*. Un lugar apasionante —dijo tan sólo. Helen apuró el vodka de un trago y se sintió mejor. Sin consultarle, Paul Roberts le pidió otro.

—Lo que Albert quería hacer —dijo Helen— era sentar las bases de un modelo cibernético que nos permitiera predecir cómo los sistemas culturales absorben el influjo de las ideas occidentales y las transforman. Incluso la gestión de una clínica, sin ir más lejos, dista muchísimo aquí de como se hace en Europa.

El americano aprovechó su comentario para traer a colación la época en la que había cubierto el enfrentamiento entre fundamentalistas islámicos e hindúes en el templo que marca el lugar donde nació Krishna y que, por supuesto, estaba apenas a tiro de piedra —y muchas piedras se habían lanzado— de cierta mezquita importante. En dos ocasiones había quedado atrapado en fuego cruzado.

—Y, puesto que hacía muy poco había leído *Posturas en la oración y el cortejo* —le dijo—, no cesaba de preguntarme qué extraería Albert James de todo aquello, ¿sabe? Habría logrado captar el patrón subyacente tras la confrontación. A menudo me sorprendía, leyendo cosas tuyas, que nunca se hubiera ofrecido a mediar en esa clase de situaciones.

Helen miró fijamente al hombre.

—La equivocación más grande que comete la gente con Albert —dijo, enérgica— es suponer que él veía «utilidad» de cualquier clase en su pensamiento. Eso va muy desencaminado.

—Lo sé, lo sé —el americano se reponía con facilidad—. Sé que eso era lo que él pensaba. Sin embargo, a mí sus ideas me cambiaron la vida. Tal vez no pretendían ser útiles o alterar nada, pero lo hacían. Eso es lo que ocurre con las ideas. O podría ser que en el fondo no se tratara más que de un problema léxico —sonrió—. Me refiero a que ¿qué queremos decir exactamente cuando hablamos de utilidad? Disculpe, ¿le molesta si fumo?

—En absoluto —dijo Helen. Detestaba los cigarrillos.

Un camarero salió de la nada con un encendedor.

—¡Vaya, gracias! —exclamó Paul Roberts—. ¡Esto sí que es ser útil! —dijo con una carcajada. En momentos como aquéllos su desparpajo encerraba algo vulgar. Se llevó el cigarrillo a los labios llenos, carnosos. De súbito, el rostro se le ensombreció—. Señora James, sé que no debería preguntárselo, pero la cuestión me atormenta. Me refiero al hecho de haber estado manteniendo correspondencia con un gran hombre que estaba muriéndose, y que sin embargo nunca mencionó que padecía una enfermedad. Deseo saber, si me permite preguntárselo, si su esposo llevó sus ideas no intervencionistas hasta el punto de rechazar un tratamiento médico. ¿A ello se debe lo ocurrido? Le ruego me disculpe si de nuevo estoy siendo indiscreto.

Asimiló la rapidez con que el hombre pasaba de la puerilidad a la astucia, de cimentar las bases de su credibilidad a sacarle provecho, acaso en exceso, como en aquel caso. Muy despacio, respondió:

—Depende de lo que entienda usted por tratamiento. Un problema léxico.

—*Touché* —dijo Roberts.

—Creo que el punto de partida es su hermano John, y también su padre —sugirió Helen de nuevo.

Paul Roberts la escuchó respetuoso unos instantes mientras ella hablaba de las circunstancias que habían desembocado en el suicidio de John James. Era una vieja historia.

—¿Y usted?

—¿Disculpe?

—Usted, señora James. Sin duda, la relación más importante en la vida de Albert es la que tuvo con usted, ¿no le parece? Treinta años juntos, ¿no es así? Tal vez el punto de partida sea usted misma.

Helen se mordió el labio. Apuró su copa.

—Yo adoraba a Albert y gocé del privilegio de hacer posibles algunas cosas para él. A cambio, él fue el compañero más fiel y fascinante que una mujer podría desear a su lado.

Unos momentos después, cuando Helen se levantó para marcharse, Paul Roberts le preguntó si sabía dónde podía ponerse en contacto con una tal Sharmistha Puri, con quien al parecer Albert había estado trabajando.

—En varios proyectos sobre arañas.

—No tengo ni idea —le dijo Helen.

Ellie, este viaje ha sido tan frustrante... Apenas he hablado con mi madre, no llegué a ver a mi padre, y vuelvo ya mañana por la noche. Una gente de la Universidad de Delhi me invitó a pasarme a ver lo que están haciendo (¡con arañas!), un proyecto en el que mi padre se había implicado, pero mi madre insistió en que un taxi me llevara a Agrá para visitar el Taj Mahal. Mientras ella está trabajando, claro. Al parecer, la idea fue de él. Mi padre defendía ese rollo de que la única forma de mantener una comunicación aceptable con la gente era enviarles mensajes por medio del pensamiento divergente. Así que ahora se supone que debo visitar el lugar tratando de imaginar lo que él quería que yo comprendiera. La historia es que una princesa de tez oscura, bella y fiel, etcétera, etcétera, del siglo XVII murió al dar a luz, y su marido, el sultán, dedicó un gigantesco mausoleo en su memoria. Mensajes posibles: el sultán y su mujer eran mi madre y mi padre..., en cuyo caso, ¿quién o qué murió cuando yo nací? Mmmm, ¿todo es culpa mía? O una opción distinta: sí, los ricos y los poderosos pueden ser desgraciados, pero los avances de la obstetricia nos habrían privado de una obra arquitectónica colosal. Tarará. Y yo aquí reconcomiéndome: ¿por qué mi padre no escribió una carta de despedida? ¿Por qué no me llamó por teléfono, por el amor de Dios? Estoy cabreado, y encima me parece que me estoy poniendo enfermo. Aquí hay algo maloliente en el aire. Mi madre va a esparcir las cenizas en un río de por aquí —me parece tan primitivo—, pero para entonces ya me habré marchado.

John dejó de teclear. No era propio de él escribir lo primero que le acudiera a la cabeza. Salvo por los pequeños ventiladores eléctricos que había encima de cada pantalla, el abarrotado local podría haber sido un cibercafé de la zona alta de Edgware Road. La gente, a grandes rasgos, parecía la misma, absorta y en otra parte, con sus porciones de comida envuelta en papel, las cabezas moviéndose con brusquedad de arriba abajo, del teclado a la pantalla.

Estupendo que te hayan llamado del teatro, sobre todo después de que pensaras que lo habías hecho de pena.

Dejó de escribir otra vez. Su novia le había enviado tres o cuatro mensajes en una rápida sucesión: la habían llamado; había ido a ver al director; al fin y al cabo no parecía mal tío, de hecho era bastante encantador. John volvió a sentir que se encontraba en el lado equivocado del planeta. Y daba la impresión de que su cuerpo tuviera perfecta conciencia de aquella dislocación geográfica.

Tecleando con dos dedos, empezó a decirle cuántas ganas tenía de volver a hacer el amor con ella. Se interrumpió. No acertaba a decidirse entre escribir «follar» o «hacer el amor». Había una jerga que solían emplear, un lenguaje íntimo sin pretensiones: el caballero calvo se levantaría alguna vez y rendiría tributo a la dama barbuda, etcétera, etcétera. Era de una puerilidad estúpida, pero era íntimo. Deseaba regresar a aquella intimidad. ¿De veras había sido necesario ir al funeral de su padre? Imaginaba el cuerpo elástico de Elaine sucumbiendo al suyo; gloria. Después de lo cual,

pasaría el día entero en el laboratorio con la centrifugadora, el ordenador, las muestras del enorme frigorífico. Aquélla era la vida que cobraba sentido. John dejó de repente lo que estaba haciendo, abrió otra ventana del Explorer, fue a Google y tecleó: «Albert James antropólogo».

La pantalla se llenó de entradas. La mayoría parecían referencias a artículos de oscuras publicaciones de años anteriores. Nada reciente. La mirada de John los recorrió con una ansiedad extraña. Aquello era lo que quedaba de su padre. Fragmentos virtuales. Podían seguir a la deriva en la Red durante décadas, mucho después de que sus cenizas fueran arrastradas hasta el océano. Nada envejece o se descompone en la Red. En la tercera página encontró: «James, Albert: "La originalidad del pecado", artículo presentado ante la Sociedad Teosófica, Zurich, 1989». Al recordar al doctor Coom... no sé cuántos, John hizo clic y avanzó por el texto que aparecía en pantalla.

«Y he ahí que el mundo era simétrico —leyó— y, como tal, en buena medida redundante. Cada animal tenía su pareja. La hembra podía deducirse a partir del macho, y el macho a partir de la hembra. Todo ser viviente crecía y adoptaba su forma necesaria. Era éste un mundo especular. Por esa razón lo llamaron jardín. Su naturaleza simétrica cancelaba el tiempo. Cada elemento reflejaba su otra mitad en perfecto equilibrio».

John pasó rápidamente el resto del texto. Su padre había perdido el norte antes incluso de los noventa. Miró la hora en su reloj. En cualquier momento iba a pasar a buscarlo el chófer.

«... oficialmente, por supuesto, la Sierpe tentó al Hombre con el señuelo del conocimiento. Con toda probabilidad nos hallamos ante la cortina de humo más extraordinaria de la historia. O, mejor dicho, es justo esta cortina de humo la que hace posible la historia misma. Tomen en consideración, damas y caballeros: el verdadero crimen, sin duda, no estribó en comerse la manzana para obtener el conocimiento. ¿Cómo íbamos a sentirnos avergonzados de anhelar el conocimiento? El pecado fue comer la manzana (el mero hecho de pensar en comer una manzana cualquiera) por una razón que nada tenía que ver con las manzanas, una razón distinta del apetito, al margen de la simetría ecológicamente perfecta del jardín. He ahí el despertar de la magia y de la técnica».

¿De qué demonios hablaba? John contempló la pantalla. Toda la vida, a su padre lo habían obsesionado las formas, determinar la estructura de las cosas: de los cangrejos y los nervios de las hojas, de los escarabajos y los cristales. «La forma del comportamiento —solía decir—. La forma de la vida».

«El demonio, por consiguiente, es el impulso de utilizar algo para un propósito ajeno, abandonar...».

—Señor John —dijo una voz.

John se volvió. Había aparecido el chófer, acompañado de un hombre enfundado en un elegante traje gris. Su madre incluso había contratado a un guía. John apagó el ordenador sin enviar el correo electrónico.

Habían atravesado en coche la brumosa mañana, y ahora lucía el sol. En el exterior del recinto, el conductor había aparcado en una calle donde el barro y el asfalto se mezclaban en terrones alrededor de los tenderetes cuyos artículos, pequeños y coloridos, la mayoría de los cuales se vendían envueltos en papel de aluminio y plástico, John no acertó a precisar.

—No podemos llegar hasta las puertas del Taj, señor John —le explicó el guía—. Es para que la contaminación no lo estropee. No se permite la entrada a vehículos contaminantes en el kilómetro escaso que nos separa de allí. Es un lugar muy sagrado. Así que ahora estamos accediendo al aparcamiento, desde donde tiene tres opciones: puede ir a pie, puede coger un *rickshaw*, o, y esto es lo que yo le recomiendo, puede coger el autobús eléctrico, que sale cada cuarto de hora y es gratuito.

Para irritar al guía, John optó por ir a pie. Tenía náuseas. Enseguida lamentó su decisión, porque de inmediato, por aquella ancha avenida peatonal flanqueada por muros altos, tuvo que lidiar con la insistencia de los vendedores ambulantes como nunca antes. Todo el mundo vendía souvenirs del Taj, fotografías, adornos, bordados. El guía siguió adelante sin prestarles atención. John sacudía la cabeza, dolorida.

—No, gracias. No, gracias —musitaba.

—¡Hola! ¿Te gusta elefante?

Un hombre joven lo interceptó, de hecho le cerró el paso, y ambos quedaron enfrentados, cara a cara.

—¡Mire, señor, piedra verde, elefante tallado a mano! ¡Hola, señor! Seiscientas rupias, señor.

En la mano sostenía un elefante, de unos quince centímetros de altura, toscamente tallado en una piedra verdosa de aspecto vítreo. Sonreía de oreja a oreja, poniendo al descubierto una dentadura manchada. John negó con la cabeza, pero el vendedor no tenía intención de hacerse a un lado.

—¡Elefante de piedra! Sólo seiscientas rupias, señor.

John esbozó una sonrisa de hastío.

—¡Ganga! —insistió el joven—. ¡Precio muy bueno! —llevaba una camisa gris, tan lavada que parecía una gasa. Debían de ser más o menos de la misma edad. John trató de reanudar la marcha. El vendedor ambulante protestó—: ¡No, señor, hola! ¡Hola, usted no entiende! Cree que sólo un elefante de piedra, pero ¡mire, mire! Dentro de un elefante de piedra, señor, ¡dos elefantes de piedra!

Igual que si llevara a cabo un truco de prestidigitación, el joven deslizó la mano de la base del adorno a fin de dejar que de su interior saliera un elefante más pequeño, con el mismo diseño.

—No uno, ¡dos elefantes de piedra! —gritó el hombre, fingiendo asombro—. Dos elefantes de piedra, señor. Piedra verde. Hola. Piedra preciosa, señor. ¡Sólo quinientas rupias!

—De verdad que no —replicó John—. No, de verdad, gracias.

Sin embargo, el joven indio había cruzado su mirada con la del inglés y la sostuvo. Los dientes estaban teñidos de rosa, por el betel, y le brillaban los ojos. La cara en su conjunto era vivaz y expresiva.

—¿No le gustan elefantes de piedra? Quinientas rupias, señor. ¿No hago el mejor precio? —se rió con incredulidad—. Mire, un elefante de piedra —volvió a meter el ornamento más pequeño en el de mayor tamaño—. No, no uno, señor, ¡dos elefantes de piedra! —sacó el pequeño de nuevo—. Cuatrocientas rupias, señor —dijo.

—No, gracias. Muy amable, pero no.

John trató de esquivar la mirada fija y brillante del indio. Buscó con los ojos a su guía, que había seguido caminando y estaba unos pasos más allá. Vestido con indumentaria europea, su acento sugería que había vivido un tiempo en Estados Unidos. Su rostro era regordete, bigotudo,

obsequioso; llevaba un pulcro corte de pelo y el cabello engominado. En aquel momento permanecía observándolo, plantado en medio de la concurrida avenida peatonal, con un deje de burla en sus labios llenos: por eso uno no debía ir caminando hasta el Taj.

John echó a andar, pero el vendedor no estaba dispuesto a dejarlo marchar.

—Señor, señor, no son dos elefantes de piedra. ¡No! —sacudió la cabeza con teatralidad—. No son dos elefantes de piedra. ¡Señor! ¡Tres elefantes de piedra! ¡Tres! Trescientas cincuenta rupias.

John no lograba zafarse de él. Algo en aquel joven parecía engranar con el mareo que sentía.

—Sostenga aquí, sostenga, por favor —dijo el vendedor—, no compre, sólo mire, señor. ¡Por favor, sostenga!

Dejó el elefante más grande en las manos de John y después, de la base del pequeño, extrajo un tercer elefante, una minúscula criatura de piedra de apenas tres centímetros de alto.

—¡Tres elefantes de piedra, señor! Trescientas rupias. Muy buen precio para elefante sonriente. El elefante sonriente. Dios de familia feliz, señor. Armonía doméstica. India. Tres elefantes, señor. Shiva, Parvati, Ganesh. Familia, señor. Familia sagrada. Tres elefantes.

John no sabía qué decir. El joven lo miraba fijamente a los ojos. Llevaba la camisa manchada con cercos de sudor, los pantalones raídos. Elefantes, elefantes, elefantes. A John le daba la impresión de padecer una especie de intoxicación.

—Uno, dos, tres elefantes, señor. Piedra verde. Piedra preciosa. Sólo trescientas rupias, señor.

John sacó la cartera, contó tres billetes de cien rupias y se los entregó. Un grupo de americanos que habían permanecido a escasos metros de distancia siguiendo la escena con interés estallaron en sonrisas y aplausos.

—Pero quédate con los elefantes —dijo John con aspereza—. Coge las trescientas rupias, pero quédate con tus dichosos elefantes —intentó devolverle el que ya le había dado.

El joven retrocedió.

—No, señor. Tres elefantes. Tus elefantes, señor —ya se había guardado el dinero en el bolsillo y ahora pretendía meter los dos elefantes pequeños en su lugar, dentro del más grande. Por un instante se enzarzaron en una suerte de refriega.

—De verdad, no puedo ir cargando este peso de un lado a otro —objetó John. No quería aquellos mazacotes. Se sentía mareado—. Coge el dinero, es un regalo.

—¡Tus elefantes, señor! Tres elefantes.

John empezó a preguntarse cuánto inglés sabía el muchacho. ¿Acaso no debería estar encantado de obtener aquel dinero a cambio de nada?

—¡Señor John! —el guía se apresuró a reunirse con él—. Señor John, haga el favor, usted ha pagado los elefantes. Debe llevárselos. Este hombre no es un mendigo, hará usted que se ofenda.

John respiró hondo. Algo en el aire lo había exasperado. No quería visitar la India, sólo ver el cuerpo de su padre por última vez. Se las arregló para esbozar una sonrisa fatigada y permitió al hombre desembarazarse de los elefantes, que entonces él sostuvo entre ambas manos. Pesaban lo suyo.

—Gracias —dijo con un hilo de voz.

—Gracias, señor, gracias —el vendedor ambulante empezaba ya a alejarse—. Tres elefantes,

señor —repitió aún, y los ojos se le ensancharon en una sonrisa de despedida que, pensó John, sólo podía ser de burla.

A continuación, a medida que se acercaban a las verjas del recinto, el guía empezó a desgranarle todo aquel lío sobre el gran amor que el sultán Shah Jahan profesó a su esposa, Mumtaz Mahal, cuyo nombre significaba «la predilecta de palacio».

—Ambos estaban profundamente enamorados —repetía el guía—, incluso después de nueve años de matrimonio, cuando la bella Mumtaz...

—¿Quieres conocer las ideas de mi padre sobre el amor? —preguntó John de improviso.

—Disculpe, señor, no sé qué quiere decir —dijo el guía—. La bella Mumtaz...

—Mi padre —continuó John— creía que la palabra *amor* poseía una función lingüística especial. No denotaba nada real, pero se introducía en una relación para comprometer a la otra persona a una obligación. Es una especie de arma, para que las personas acepten un patrón que desea imponerse sobre ellos.

—Perdone, pero no le entiendo —insistió el guía.

Para entonces aguardaban su turno en una cola que conducía a una entrada más bien modesta en una pared de arenisca. Con una sonrisa educada, el guía inquirió:

—¿Y qué opina su madre de esto?

—¿Mi madre? —John meneó la cabeza—. Mi madre amaba a mi padre hasta la muerte.

El guía se echó a reír. John sintió que se le despejaba un tanto la cabeza. Mientras, la cola avanzaba poco a poco. Los extranjeros, al parecer, habían de pagar diez veces más que los lugareños.

—Porque tienen diez veces más dinero —explicó el guía con complacencia.

John seguía cargando con los tres elefantes.

—¿Qué nombres eran esos que ha mencionado el chico? —preguntó—. Al hablar de las familias sagradas.

—Sólo decía estupideces para turistas —protestó el guía—. Shiva y Parvati no son elefantes. Sólo Ganesh es elefante o, mejor dicho, tiene cabeza de elefante.

—Se los regalaré a mi novia —le dijo John. ¡No un elefante, no dos elefantes, señor, sino tres elefantes! Pudo oírse imitando el acento del vendedor para Elaine.

—¿Quiere usted mucho a su novia? —inquirió el guía. Lo preguntó con tono de chanza, como si la explicación que John le había dado de la postura del difunto Albert James sobre el amor hubiera creado una suerte de complicidad entre ellos. Sin embargo, John contestó con gravedad:

—La verdad es que sí.

Se sorprendió de oírse diciendo aquello. Nunca se lo había dicho a Elaine a la cara.

Entonces le dijeron que debía entregarle el móvil a un guardia.

—No se permite acceder con teléfonos móviles al recinto, porque con ello se profana el lugar sagrado —explicó el guía—. Es una distracción para la mente. A lo mejor le da por ponerse a llamar a su novia, ¿no? —se rió—. Se lo devolverá, señor, descuide.

Unos pasos más y se hallaron contemplando el Taj Mahal. La famosa fachada blanca flotaba en un estanque construido a modo de espejo. Allí se erigía la gran cúpula central, los minaretes a ambos

lados. Sólo entonces John se dio cuenta de que había visto mil fotos de aquella edificación. Ya conocía el lugar, y por ello no lo impresionó. El guía se sintió de nuevo obligado a lanzarse a una larga perorata:

—Puesto que la arquitectura mogul no permitía añadidos después de que la obra estuviera terminada, la construcción debía planificarse a la perfección desde el principio. De ahí la maravillosa simetría, como puede usted ver, del trazado; el equilibrio de...

—¿Qué estudiaste en Estados Unidos? —lo atajó John.

—Iba a iniciar unos estudios, pero hubo un problema de dinero, señor.

—Vaya, lo siento —dijo John.

—Debe tomarse su tiempo —le aconsejó el guía—. Es una obra muy bella. Admírela tanto rato como quiera.

John se negó a contemplar el reflejo de la fachada en el agua cautiva. Se puso en camino a paso rápido en dirección al monumento mismo. Era un incordio tener que cargar con los elefantes.

—Nunca he acompañado a alguien que haga la visita tan rápido —gimoteaba el guía.

—Pero es mejor para ti, ¿verdad? —le preguntó John—. Así llegarás antes a casa.

«Es de suponer que lo que tu padre quería que hicieras —había comentado Heinrich mientras volvían en el mototaxi la noche anterior— era visitar estas dos tumbas, tan distintas entre sí, una detrás de la otra». «¡Claro! Quiere que extraigas algún sentido de la comparación», había añadido la fragante Sharmistha. ¿Cómo he podido consentir que me acosaran hasta hacerme venir aquí?, se preguntó John. ¿Por qué me tratan siempre como a un estudiante?

A continuación le tocó quitarse los zapatos en la puerta.

—Puede darle una propina al guardazapatos, pero sólo si usted quiere —le informó el guía—. No es obligatorio.

John no lo hizo.

—¿Así que los zapatos se consideran igual que los teléfonos y el humo de los coches? —preguntó.

—Traen suciedad del exterior, sí. Éste es un lugar sagrado.

—Por lógica, entonces, debería contener el aliento —dijo John. «Empieza y acaba con el aliento», había escrito su padre. ¿Qué demonios podía significar aquello?

Sin embargo, una vez en el interior del edificio, John se detuvo al fin a mirar. A pesar de la multitud, los empujones, la profanación generalizada, el Taj resultaba asombroso por su ambición y su blancura paralizada.

—Vea también la perfecta simetría de las flores taraceadas en las piedras multicolores. Cómo se duplican por todas partes. Esto es ámbar. Y repare en los caracteres árabes, mire: esto es topacio, ha sido adaptado ex profeso para ser perfectamente geométrico, de manera que dé la sensación de que las palabras emanan de la misma perfección que en el caso de los dibujos florales.

John pasó unos minutos estudiando las paredes y las columnas. Aguardó su turno para ver de cerca las letras taraceadas. Carecían de significado para él, a pesar de los puntos y rabillos magníficamente trazados. ¿Qué es el lenguaje si no puedes descifrarlo? A su alrededor, la gente se arremolinaba y se movía inquieta, mientras todo lo relativo a la edificación misma transmitía un

equilibrio y una quietud que encandilaban.

—Parecen bacterias vistas en un microscopio electrónico —le dijo John al guía con provocación deliberada. Le habría gustado tocarlas, pero no estaba permitido. Cada dibujo encajaba en el siguiente en una sucesión interminable de espirales de repetición: flores grises de mármol en bajorrelieve; otras de pétalos rojos, azules y dorados, con incrustaciones semipreciosas. El abuelo de John había sido botánico.

—Y en el medio exacto —decía el guía— de todas estas maravillas, mire, este cenotafio...

—Con el cadáver de la dama.

—No. No, en realidad no. Llegado el momento, el sarcófago de la princesa, y después el del sultán, se enterraron en el suelo. Por conveniencia. Sin embargo, la idea original era ponerlos en estos sepulcros taraceados, detrás de la pantalla de piedras preciosas. Aquí la celosía de la piedra, como puede ver, alcanza su máxima delicadeza, y llega a parecerse, realmente, al centro de una tela de araña. Un artefacto encantador que no tiene rival en el mundo entero.

John se apresuró a la salida. Le pediría al chófer que se encaminara directamente a Delhi. No quería pasar la noche en Agra. No quería ver la fortificación de la que le habían hablado. Quería hablar con su madre.

—Por lo menos tiene que ver el río —insistió el guía—, y también la mezquita y el *jawab*.

John accedió a caminar bordeando el mausoleo para echar un vistazo al río.

—Un vistazo rápido —insistió—. ¿Y eso del *jawab* cómo se come?

—Un *jawab* es algo que se construye tan sólo para equilibrar algo más —dijo el guía—. Verá, la mezquita es la mezquita, la que está a un lado del Taj; y el *jawab* sirve de contrapeso de la mezquita por el otro lado, pero no es una mezquita. No es nada, salvo un *jawab*.

John meneó la cabeza. Llegaron al parapeto que se alzaba detrás del mausoleo y contempló la vasta desolación de la cuenca del río y la serpiente de agua en la lejanía, que trazaba sus meandros por los llanos de arena con unas montañas bajas a modo de telón de fondo. Dominaba el color marrón. Junto al río, figuras en miniatura vestidas con saris de vivo colorido —amarillo, lila, verde y dorado— habían surcado unas líneas frágiles sobre el terreno informe.

—Remueven la tierra para plantar melones —el guía no tenía ninguna intención de dejar de hablar—. Estos terrenos fluviales son muy fértiles. Cuando viene la lluvia, todo crece muy rápido.

John observó las figuras diminutas vestidas con vivos colores, trabajando mientras transcurría la tarde. Un camello se abrió paso por el agua cargando un enorme fardo parduzco.

—¿Cómo se llama?

—¿A qué se refiere?

—El río, ¿cómo se llama?

—Éste es el Yamuna.

—Ahora quiero irme, de verdad —dijo John.

Tras recuperar el móvil en la verja del recinto, preguntó:

—Por cierto, ¿el niño murió?

De nuevo, el guía no le entendió.

—El recién nacido que provocó la muerte de la princesa amada.

Ya estaban a bordo del autobús eléctrico.

—Gauhara Begum fue el decimocuarto hijo de Mumtaz Mahal —al hombre lo complació aquella última oportunidad de desplegar sus conocimientos—. Gauhara creció y tuvo una larga vida. Mumtaz era la segunda esposa del sultán —añadió—, pero era su predilecta.

El trayecto de regreso a Delhi duró tres horas grises y aburridas. John sentía la mente embotada. No era capaz de seguir la charla del conductor. Era ya noche cerrada cuando llegó. Su madre estaba sentada a la mesa donde solía, bajo una cortante luz eléctrica.

—Pero, cariño, ¡si el hotel ya estaba pagado! —parecía a un tiempo preocupada y, aunque John no acertaba a entenderlo, más joven también. Puesto que no quería que hiciera ningún comentario sobre los elefantes, los llevó a la habitación sin pérdida de tiempo. Necesitaba una ducha, le dijo. En ese momento llegó un mensaje de Elaine; le preguntaba la hora exacta de su llegada. Sin embargo, le era imposible meterse ahora en el vaivén del sms.

—¿Mamá? —John volvió al salón—. Escucha...

Ella estaba repasando unos papeles que había esparcidos por la mesa.

—Dime, ¿disfrutaste del Taj, por lo menos? —le preguntó sin levantar la vista. Llevaba las gafas de lectura.

—Ha sido un tostón —dijo él. Dio media vuelta, fue a la cocina y sacó una coca-cola de la nevera—. ¿Qué estás ojeando? —preguntó al volver al comedor. No se sentó.

—Nada, papeles viejos —dijo su madre.

—Cuéntame —daba vueltas a la lata entre ambas manos, chupando las gotas del interior del borde.

—Bah, nada que pueda interesarte.

—De acuerdo, pero ¿qué?

Ella dejó escapar un suspiro, sin parar de leer.

—Ya te lo he dicho, cosas viejas.

John dio un par de pasos y con brusquedad dejó la lata encima de la mesa, al lado de su madre.

—¡Dime qué, joder, de una puta vez! —el líquido salpicó la superficie de madera.

—¡John! —Helen James parecía alarmada. Echó atrás la silla, cogió un paquete de pañuelos de papel. John retrocedió uno o dos pasos, sacudiendo la cabeza.

—Perdona —dijo. Se sentó en el sofá.

—John, ¿puede saberse por qué te has puesto así? No es más que una cosa inédita de tu padre con la que no quería aburrirte —vaciló antes de añadir—: Y más sabiendo que esas excursiones ya te han aburrido tanto.

Su hijo se había tapado la cara con las manos.

—No me encuentro bien —dijo.

Helen James aguardó. Parecía titubeante, no se decidía a ponerse las gafas de nuevo.

—Espero que hayas sido cuidadoso con la comida —comentó, y su voz recobró la calma.

—Claro que sí. Pero desde que llegué me siento raro.

—¿En qué sentido?

John trató de pensar la respuesta.

—Dentro de mi cabeza.

—No deberías beber de las latas directamente —le dijo ella—. Nunca sabes dónde han podido estar almacenadas. Tenemos más y más casos de leptospirosis desde que a la gente le ha dado por beber de las latas.

Al levantar la vista, John tuvo la extraña impresión de que su madre envejecía y rejuvenecía por momentos ante sus ojos, casi del mismo modo en que una luz se debilita y luego recobra intensidad. En un instante era vieja. Había una telaraña de arrugas alrededor de sus ojos legañosos. Habría de cuidar de ella. Al instante siguiente volvía a ser joven. Mamá es tan joven, pensó. Sacudió la cabeza. Deseable. Ella se puso las gafas y volvió a concentrarse en sus papeles.

John aguardó un rato, y luego dijo en voz baja:

—Mamá, no voy a ir a suplicarle a tu madre para que me dé dinero.

Ella respiró hondo.

—No hacía falta que volvieras con tanta prisa de Agra para sacar ese tema otra vez.

—Creo que tú deberías hablar con ella. Es tu madre.

Helen suspiró.

—John, tienes veinticuatro años. Eres un adulto. Eres tú quien vive en Inglaterra y quien necesita el dinero. Además, es un hecho que a mi madre siempre le gustaron más los niños que las niñas. Prefería a mi hermano que a mí. A ti que a sus nietas.

—Pero...

John se interrumpió. La rabia que había sentido un momento antes había agotado sus fuerzas. Sin que viniera a cuento, pensó: tengo que casarme con Elaine.

—Entonces, ¿de qué va este trabajo de papá? —preguntó con vaguedad—. ¿Es el rollo ese de las arañas?

—No, no es eso. Esto es algo que hizo tiempo atrás, de hecho va sobre sexo.

—La simetría del sexo —dijo John riendo.

—¡No seas malo, John! —Helen James sonrió con indulgencia—. Parece evidente que cualquiera que desee decir algo definitivo sobre la comunicación ha de hablar de sexo.

—Y de las telas de araña.

—John, el sistema de comunicaciones más grande del mundo se llama «red». Ya sabes que tu padre abordaba las cosas desde ángulos diversos.

Una vez más, John tuvo la impresión de que su madre era una mujer joven en el interior de una anciana. Se burlaba de él. O una anciana en el interior de una joven. En un momento, la piel se le aparecía moteada y flácida; luego, sonreía y se tornaba firme y lozana. Le escribiría a Elaine un mensaje en cuanto se fuera a su cuarto. ¿Quieres casarte conmigo? Se lo pediría aquella misma noche.

—Este artículo trata de las señales metacomunicativas que envían los perfumes, cómo enmascaran e imitan las señales naturales de las feromonas.

—Suena interesante —dijo John por inercia.

—A Albert le preocupaba el caso en que la señal metacomunicativa se introduce de forma artificial, algo típico de la cosmética occidental contemporánea, y establece un contexto relacional que va en sentido contrario de los mensajes más directos de la gestualidad o el habla, causando

incomodidad o confusión en el receptor. El olor de la dama incita, pero su comportamiento rechaza.

—Estupendo —se había terminado la coca-cola y se chupaba ahora el dorso pegajoso de la mano.

—¿John? —lo llamó Helen.

—¿Sí?

—Después de las ganas que tenías de que te contara de qué trataba, no pareces muy interesado, ¿verdad, corazón?

La miró fijamente. A diferencia de Elaine, su madre nunca usaba perfume.

—Bueno, si te parece bien seguiré leyendo. La cuestión es que he estado planteándome la posibilidad de publicar algunas de estas cosas antiguas.

—Vaya tomadura de pelo.

—¿Cómo dices?

Lo había dicho en voz baja, apenas un murmullo. Le sonrió a su madre con aire pueril, incapaz de repetir lo que había dicho. Ella lo miró, desconcertada, y a continuación apartó los papeles a un lado, levantó el cordón que sujetaba las gafas por encima de la cabeza y volvió la silla hacia él.

—John, hay algo importante que debo decirte —se inclinó hacia delante con las manos entre las rodillas, meciéndose levemente en la silla. El tono de su voz había cambiado por completo—. John, hay un hombre que quiere escribir la biografía de tu padre. Un periodista. Norteamericano. He estado hablando con él esta tarde.

John se irguió.

—Vaya, ¡es estupendo!

—Sí, ¿verdad? —titubeó—. Por supuesto, debo saber qué te parece la idea.

—Ah —John no supo cómo interpretar la pregunta.

—Pensaba que a lo mejor te molestaba el hecho de que alguien escribiera sobre papá.

No acertaba a entender adónde quería ir a parar.

—¿Por qué iba a molestarme? Así me enteraría de algo, por fin —estalló en una carcajada. La noticia, inesperada, lo había devuelto a sus cabales. Cuando su madre no contestó, sin embargo, frunció el ceño—. Aunque estoy un poco sorprendido. Si te soy sincero, pensaba que papá había quedado bastante olvidado —guardó silencio antes de añadir—: Los amigos de Elaine no han oído hablar de él para nada.

—Sin duda hay mucha gente de la que los amigos de Elaine no han oído hablar —repuso Helen con sequedad.

—Perdona, mamá, quería decir que...

—John, cada semana tu padre recibía una invitación por lo menos para dar tal o cual conferencia. Y probablemente seguirán llegándole durante un tiempo, porque no quiso hacer pública su enfermedad. Lo que sucede es que estos últimos años no aceptaba invitaciones con frecuencia.

—Bueno, es sólo que nunca se le menciona. Me refiero a los periódicos, a las publicaciones científicas.

—Tu padre siempre estuvo en los márgenes, John, ya lo sabes. Y cuando los periódicos le pedían entrevistas o comentarios, él siempre se negaba. Odiaba la prensa. Incluso con las conferencias me

decía: «Ve tú, Helen. Tú puedes dar una charla mejor que yo».

—¿Y por qué no lo hacías?

Su madre se encogió de hombros.

—Al margen del hecho de que la gente a quien quería oír era a Albert y no a mí, yo tenía cosas que hacer. Me necesitaban en la clínica.

Por un momento dio la impresión de que hubiese olvidado lo que iba a decir y volvió a concentrarse en los papeles esparcidos sobre la mesa, hasta que se dio cuenta de que no llevaba puestas las gafas, de manera que no podía leer. La mente de John también trataba con ansiedad de retomar un hilo, como si un sendero se hubiera borrado en pleno campo.

—¿Sabes, mamá? —dijo de repente—. Le di a Elaine *Comportamiento en patrones* para que lo leyera —se rió con risa de niño—. Claro, uno tiene que fanfarronear un poco de las credenciales intelectuales de la familia, ¿no? En realidad fue el primer regalo que le hice. En cualquier caso, Elaine dijo que al leerlo daba la impresión de que papá tuviera algo de enorme importancia que difundir, y hubiera escrito todo un libro para asegurarse de que nadie averiguara jamás de qué se trataba.

Helen frunció el ceño.

—El estilo de Albert no es fácil para los no iniciados.

—Por eso supongo que si la biografía explica a papá a un público más amplio, tal vez no sea una mala idea, ¿verdad? A lo mejor sus libros empiezan a venderse y puede sacarse algún dinero.

Por primera vez su madre se rió con verdadero regocijo.

—¡Ay, John, John, John! —sacudió la cabeza—. ¡Eres incorregible, con esa obsesión tuya por el dinero! ¿Te acuerdas cuando decías: «Espabila y escribe algo que venda, papá, para que yo pueda vivir de los derechos de autor»?

—Sólo bromeaba —John sonrió.

Apartándose el cabello de la cara, Helen se inclinó hacia delante desde el otro lado de la mesa.

—Pero ¿sabes qué dijo ese hombre, John?

—¿Quién?

—Ese escritor, el que quiere hacer la biografía.

John aguardó a que continuara, alegre por alguna extraña razón.

—Dijo... —Helen titubeó—. Dijo que en tu padre veía a un *individuo* ejemplar, digno de admiración.

—¿Y? Eso parece positivo.

—Ya, pero es un poco curioso que diga eso precisamente de tu padre, ¿no crees?

Al ver que su hijo seguía sin captarlo, su madre le dijo:

—Bueno, ¿cuál era el título de su libro, por Dios?

—¡Ah, es verdad! —dijo John.

Albert James había publicado *Individuos míticos* en 1973. Tras provocar cierta agitación durante un tiempo en los círculos de antropología, el libro se leyó mayoritariamente como un ejercicio de nostalgia holística revestido de jerga moderna, hasta que años después lo descubrieran entusiastas de la teoría de la comunicación que creyeron que James había sugerido que los sistemas complejos de

interacción social tenían precedencia sobre el escurridizo concepto de identidad individual.

—No sé si me entiendes, pero no inspira mucha confianza, en mi opinión —dijo Helen—, el que hiciera hincapié en la *individualidad* de tu padre. Lo último que nos hace falta es una biografía estúpida.

—Mientras sea elogioso —dijo John—, no veo qué mal puede hacer.

—Tal vez —dijo Helen James—. Aún no me he decidido.

Él la miró con detenimiento. Ahora volvía a ser vieja. Sus ojos estaban atrapados bajo una malla de arrugas. En un instante se pondría de pie y se iría a la cama. Lo invadió una urgencia inexplicable.

—Mamá, de verdad, no sé por qué razón podrías no querer una biografía de papá. ¡Él fue tu vida! Fue una relación fantástica, la vuestra. Una biografía lo mantendría vivo.

—Preferiría que la gente leyera sus libros —dijo ella, cortante.

—Pero no van a hacerlo, ¿o sí? —sin pensar, John preguntó—: No estarás preocupada por aquella historia de los tribunales, ¿verdad?

—¿Cómo? —sonrió—. ¡Cielos, no! Aquello fue una pura calumnia.

—Aun así, en la medida en que afectó su carrera...

Cuando John estaba en el último año del internado, acusaron a su padre de mantener relaciones sexuales con una prostituta menor de edad en Chicago. Era una historia que hacía aguas por todos lados.

—Desde luego interrumpió su trabajo —asintió Helen—. En ese sentido, un biógrafo tendría que mencionarla. Sin embargo, el escándalo fue el hecho de que aquel disparate llegara a los tribunales. No, el problema, tal y como yo lo veo, es si este hombre hará justicia a tu padre en el plano intelectual.

—Claro, pero eso no puedes saberlo hasta que haya escrito el libro. Por lo menos se toma a papá en serio.

Después de otra pausa, Helen James anunció:

—¿Sabes que yo asistí a algunas conferencias y presenté artículos en su nombre? —se echó a reír.

—¿En serio?

—Durante un año, o más. Cuando estábamos en Estados Unidos. Fue todo un éxito, especialmente una en Nueva York. Y la de Melbourne también. Yo sólo pasaba unas cuantas diapositivas, explicaba lo que tu padre se traía entre manos, leía uno o dos párrafos suyos. En realidad aparecían más reacciones de ese modo que cuando era él quien presentaba las cosas. Ya sabes cómo solía irse por las ramas.

—Cuánto me hubiera gustado verte.

—Sí, habría sido divertido.

—¿Y por qué lo dejaste?

Helen miró a su hijo. El chico era una carga.

—Ah, no podía continuar con aquello. Siempre me quedaba con la sensación de simplificar terriblemente las cosas. El modo en que funcionaba su mente iba mucho más al fondo que las palabras que yo utilizaba. De hecho, supongo que la clave de mi éxito era que yo diluía sus ideas. Le

daba a tu padre un sesgo más político, más tópico, en tanto que él siempre se alejó de cualquier clase de aplicación práctica.

—¿Y qué? Nadie empieza por lo más difícil.

—Y luego pasó todo aquello del juicio. Me necesitaba cerca mientras las cosas volvían a su cauce. Me refiero a que pasó seis meses sin contestar al teléfono. No salía.

—Ya —dijo John. Una vez más, le dio la extraña impresión de que su madre no permanecía fija. Quería que se quedara quieta.

—Luego nos trasladamos aquí y el trabajo de tu padre volvió a tomar una dirección nueva. Fue un cambio bastante radical.

John no dijo nada. El trabajo de su padre siempre había ido envuelto en aquel inmenso halo de misterio. Sin embargo, ¿qué había descubierto aquel hombre, qué había dado al mundo? Nada.

—Claro que —añadió entonces Helen con vivacidad, mirando a su hijo espatarrado en el sofá— cualquier biografía de tu padre sería por fuerza una biografía de la familia, en cierto sentido.

John se crujió los nudillos.

—¿Tú crees?

—Lo más probable es que ese hombre quiera entrevistarte.

—Está bien. Me limitaré a contar las cosas tal como eran. En definitiva, yo pasaba la mayor parte del tiempo fuera, en la escuela. No sé nada.

—Sólo durante el período lectivo.

—El período lectivo eran dos terceras partes del año.

—Te escribíamos.

—Ese tipo no va a interesarse por la clase de cartas que me escribía papá. De todos modos, las tiré todas.

—¿Y últimamente? —preguntó Helen James.

John frunció el ceño.

—No me ha escrito desde hace años. Y tampoco mandaba nunca correos electrónicos.

—¿No?

—No.

Helen exhaló un suspiro.

—Supongo que es en qué medida toda esa gente quiere investigar en la vida privada de uno lo que me preocupa.

—¿Qué gente?

—Bueno, ese biógrafo.

John, de repente, se sintió irritado.

—¿Qué vida privada? Yo no recuerdo nada en especial que fuera privado.

—John, estás siendo hostil otra vez.

—No soy hostil, es sólo que no lo entiendo. ¿Qué hizo papá en la vida, aparte de trabajar? O tú, que para el caso es lo mismo. Siempre ibas desesperada por conseguir esta o aquella medicina para algún niño moribundo.

Helen James retrocedió.

—Ay, yo qué sé, sólo procuro obrar con un poco de prudencia, nada más. Ese hombre pretende que les diga a nuestros amigos si deben o no hablar con él.

—Sin duda el asunto clave —dijo John— es si vas a darle acceso a los papeles de papá.

—No tengo problema con eso —dijo Helen—, siempre que yo los revise antes.

—Pues muy bien. Eso debería bastarle a cualquiera. Llevaría toda una vida el mero hecho de ordenarlos.

Ella esbozó una sonrisa. Volvió a apoyarse en el respaldo.

—Tienes razón —dijo—. Es cierto, gracias. A veces hace falta que alguien que ve las cosas desde fuera diga lo evidente.

El chico no recordaba que su madre le hubiera respondido jamás de aquel modo. Rebosaba alegría.

—¿Por qué no me dijiste —preguntó en voz baja— que iba a ver el río donde has previsto esparcir las cenizas de papá?

—Ah —ella sonrió—. No lo preguntaste, ¿o sí, John? Tú nunca preguntas nada.

Mientras hablaba se le quebró la voz. John se puso de pie de un salto para abrazarla, pero su madre dejó caer la cabeza, enterrando la barbilla en el pecho. Únicamente tendió una mano para agarrar la suya.

—No puedo creer que se haya ido —murmuró Helen—. No puedo creer que haya ocurrido. No sé qué hacer, ni sé quién soy, ni cómo vivir.

Al cabo de un rato, en su habitación, John escribió un mensaje en el móvil: «Ellie, aunque así de buenas a primeras parezca una locura, ¿quieres casarte conmigo? Me he dado cuenta de que te amo. De verdad. Por favor, cástate conmigo. Hagámoslo y seamos felices».

La pantallita resplandecía. Releyó el mensaje a conciencia. ¿Eran las palabras acertadas? No se decidía a enviarlo.

Agitado, John caminaba de un lado a otro del pequeño dormitorio. Cuando se detuvo, oyó a su madre moverse también en su habitación. La habitación en la que había muerto su padre. ¿Por qué no merecí una invitación para venir antes de que todo llegara a su fin? No lo pediste, John, le diría ella. ¿Debía pedirle a Elaine que se casara con él? Resultaba difícil dar con palabras que no estuvieran trilladas y gastadas por el uso.

John sacó un libro de la estantería. Durante toda su infancia, las paredes de las habitaciones habían estado cubiertas por los libros que su padre escribía, por los libros que leía. Aquél era de un tal Aby Warburg: *El ritual de la serpiente*. John echó un vistazo a sus páginas. Había fotos en blanco y negro de tribus primitivas vestidas con pieles y plumas, y luego reproducciones de dibujos infantiles donde se habían representado los relámpagos sobre las montañas como si manaran serpientes zigzagueantes de una nube baja. Con trazo prieto de lápiz, grueso y ondulado, su padre había subrayado la frase: «Allá donde el dolor humano en su perplejidad busca redimirse, nos aproximamos a la imagen de la sierpe».

El chico se tumbó en la cama y no logró conciliar el sueño. Las manos no cesaban de moverse. Se obligó a llevar su mente de vuelta a Londres, al laboratorio. El trabajo en el que estaban enfrascados consistía en desactivar el ARN de una bacteria latente de tuberculosis, de inducir a los ribosomas a un

comportamiento antinatural, de manera que la enfermedad no pudiera volver a reproducirse nunca más. ¿Debía enviarle a Elaine el mensaje o no? Su madre continuaba caminando por la habitación contigua. John recordaba lo extraña que le había parecido esa noche; en un instante se opacaba, al siguiente resplandecía.

¡Mándalo! Agarró el teléfono y apretó los botones correspondientes. Mientras observaba, el sobrecito salió volando por la pantalla iluminada. ¡Hecho! Sintió una satisfacción enorme. ¡Sí! Salió de la cama y se encaminó a decirle a su madre: «¡Mamá, le he pedido que se case conmigo!». Sin embargo, se detuvo. Deberías esperar la respuesta de Elaine. Su madre siempre se había burlado de que lo dejaran sus novias, como si estuviera condenado a ser un desastre con las mujeres. ¿Qué hora era en Inglaterra? Primera hora de la noche. Volvió a la cama. El teléfono vibraría sobre el tablero de madera de la mesilla de noche. El sonido bastaría para despertarlo. Los tres elefantes estaban allí también, uno dentro del otro. Vibrarían y harían ruido. El paso ya estaba dado.

John yacía a oscuras, a la espera. Su padre había empezado como biólogo. ¿Qué lo llevó a extraviarse de su camino? Se licenció con notas excelentes, y su doctorado fue igual de brillante. Había hecho un trabajo interesante a propósito de las amebas. Al parecer. «El mayor desafío al que nos enfrentamos cuando tratamos de explicar el origen de la vida —le vinieron a la mente las clases magistrales del profesor Wilson— no es la cuestión de si cierta colisión fortuita de electricidad y sustancia química podría haber generado células vivas. Sabemos que fue posible. El verdadero misterio es el momento en que el ARN empieza a replicarse y la cosa creada por un azar fortuito se reproduce a sí misma. ¿Quién sabe cuántos millones de células primitivas vivieron y murieron antes de que una empezara a prolongarse la vida en el tiempo en forma de especie, el patrón que regirá el curso de las generaciones? Tal vez sea aquí donde podamos hallar un conjunto de objetivos para atacar las células que deseamos destruir, decirle a cada una de las células que sólo es una, que una vida basta. Luego podemos dejar que el individuo viva tanto como quiera. El patrón se ha roto y no puede hacerse daño alguno».

John nunca había tenido problemas para dormir. Normalmente. Admiraba al profesor Wilson, aunque la distancia entre concepto y experimento era enorme. Parecía extraño que Elaine no hubiera respondido en el acto, pensó, a un mensaje tan trascendental. Siempre tenía el móvil a mano. La primera respuesta sería alguna desdramatización jocosa, decidió John. Pero no había duda de que Elaine era la mujer acertada.

John encendió la lamparita del velador y encontró *El ritual de la serpiente*. «Escrito en un hospital psiquiátrico —empezaba el prefacio— a modo de penitencia...». John sacudió la cabeza. En el margen, su padre había escrito: «¡Éxtasis de la derrota y la reverencia final!». Era curioso el modo en que su padre escribía cosas que no guardaban relación alguna con las páginas que estaba leyendo. Debajo de uno de los dibujos de serpientes, halló las palabras: «Si no hay química, no hay conocimiento». El teléfono zumbó a su lado tan alto que John dio un respingo.

«Qué dulce eres, Jo, pero tal vez justo ahora no sea una gran idea. ¡Están pasando tantas cosas! Fiestón. Te veo mañana, guapo. Buen vuelo. Besos, E.»

En algún momento de la noche John salió de la cama, cogió los tres elefantes, cruzó el salón, abrió la puerta del dormitorio de su madre, se quedó de pie junto a la cabecera de la cama. El ritmo

de la respiración de Helen se alteró con un leve ronquido. El objeto de piedra se hizo pesado al alzar la mano. Los dos elementos albergados en el interior se movieron apenas dentro del más grande.

—Albert —murmuró su madre. Parecía haber detectado una presencia—. ¡Oh, Albert!

Helen se incorporó de súbito. John dio media vuelta, fue corriendo al salón y estrelló los elefantes en el tablero de madera de la mesa.

SEGUNDA PARTE

Sueño con ríos y mares

Todo el mundo supuso que para esparcir las cenizas en el Yamuna ella iría a Allahabad, o incluso al templo de Yamunotri. O cuando menos a Agra, a las anchurosas orillas de arena que se extienden por debajo del Taj. No conocían a Albert. «El Yamuna, a su paso por Delhi», le había recalcado. Su pobre hijo ni siquiera se había dado cuenta de que el Yamuna pasaba por la ciudad. «En la ciudad misma —insistió Albert—, junto al resto de la porquería. O desde el puente de Wazi, si lo prefieres. En los Ghats no, por favor. Y tampoco en la zona donde trabajan las lavanderas». No le gustaría, dijo entre risas, aparecer en forma de mota en la camisa almidonada de algún *wallah* administrativo.

—Tus cenizas serán lo más limpio del río —le había dicho Helen—. Eso es una cloaca.

En este momento le pareció extraño que aquellas conversaciones hubieran tenido lugar. Treinta años de vida en común habían tocado a su fin.

—Si pudiera ser un acto *hermoso* —había dicho Albert. Ella le había dicho un centenar de veces que estaba loco, que tenía que luchar. Sin embargo, Albert se había empeñado—. Antes de que sea demasiado tarde —dijo. Debí de decirlo una docena de veces—. Antes de que sea demasiado tarde.

Durante dos semanas Helen había conservado las cenizas en el apartamento, aplazando el trayecto hasta el río. Los restos de su marido le habían sido entregados en una pequeña caja de plástico, no muy distinta a las cajas, recordó, en las que se servían los helados en las cafeterías estadounidenses. Y resultó que la gente encargada de la administración del crematorio conocía bien a Albert. Solía ir allí a observar a los dolientes durante las incineraciones, del mismo modo que asistía a las bodas, o iba a la Bolsa o a los distintos templos, a partidos de cricket, zoológicos o campos de juego. Había pedido permiso para grabar en vídeo. Debían de ser para la nueva edición de *Posturas*. Nadie como Albert entendía los mensajes que expresaban las personas, y las mil maneras en que todo mensaje puede malentenderse.

«En cada movimiento y cada gesto, siempre hay algo más de lo necesario —decía—, un aura estética».

—¿Fue una muerte dolorosa, señora? —la anciana del crematorio le había preguntado, solícita.

Había un extenso formulario que cumplimentar. Helen había pedido un bolígrafo.

—Mi marido solía decir que la muerte sólo es dolorosa para los vivos —contestó.

Durante dos semanas había dejado las cenizas encima de la mesa. La pequeña caja de plástico tapaba el lugar exacto donde John había hecho pedazos el feo adorno que había comprado. ¿Por qué razón había obrado de aquel modo? No le importaba que hubiera estropeado la mesa, pero el comportamiento de su hijo le había parecido alarmante. La mitad de la noche, el chico había permanecido en el sofá temblando y repitiendo una y otra vez que se sentía enfermo, cuando a todas luces no lo estaba; John no sabía lo que era la enfermedad. Había sentido un gran alivio cuando al fin se marchó.

Ahora Helen James aprovechó las suposiciones de la gente y anunció que se ausentaría de la clínica dos días para llevar a cabo una ceremonia que en realidad apenas le ocuparía unos momentos. ¿Cuándo fue la última vez que se había tomado dos días libres? Toda su vida, Albert y ella habían

vivido en países que concedían suma importancia al sacramento y a la ceremonia. Habían ido al Tercer Mundo con el objeto de paliar la pobreza, y Albert había acabado estudiando las ceremonias populares y aceptando la pobreza. A ella le parecía que la aceptaba. Siempre existía un continuo, afirmaba en el prólogo a *Posturas*, entre el modo en que una sociedad rezaba, el modo en que hacía el amor, el modo en que mataba; sin embargo, Helen y Albert no habían cultivado ceremonias propias. No rezaban, y matar no se les habría pasado jamás por la cabeza.

Entonces, después de que él abandonara el ejercicio de la medicina, cada uno había optado por seguir su propio camino. A Helen siempre la animaría el sufrimiento o la injusticia, siempre se veía con mayor limpidez reflejada en los ojos de un niño aquejado de fiebre o enfurecida ante alguna mutilación ritual, ante cierto tabú sin sentido que dejara a un hombre moribundo en el margen de la carretera. Entonces volvía a encarnarse en la hija rebelde, combatía a los progenitores egoístas, a su hermano cruel, oportunista. Albert, en cambio, había imaginado un mundo donde todo se equilibraba en un sistema de impulso individual y respuesta colectiva que se corregía solo, como por arte de magia. «Las catástrofes que experimentamos a lo largo de nuestras vidas constituyen apenas una mínima fracción del latido acompasado del universo», escribió. En sus días malos, sin embargo, temía que el mundo pudiera acabarse en cualquier momento; la humanidad se estaba destruyendo y él, Albert James, no había hecho nada por impedirlo.

Metió la caja con las cenizas en una bolsa de plástico, y se estaba echando un chal sobre los hombros cuando la hija y la nieta adolescente de la sirvienta llegaron para llevarse la ropa de la colada. La mujer de más edad parloteaba en hindi mientras doblaba sábanas con gestos rápidos, idénticos. Llevaban saris brillantes y compartían un vínculo evidente. Sin embargo, la chica permanecía sentada en silencio a la mesa del comedor y recorría con ojos desmesurados la habitación, movida por una mezcla de curiosidad y turbación.

—Su hijo no se quedó mucho tiempo, ¿verdad, señora James? —dijo la chica con educación. Era menuda, de piel más oscura que su madre; el cabello, tirante, realzaba sus altos pómulos y un *bindi* relucía en mitad de su frente. Mientras hablaba, la muchacha advirtió la profunda muesca en el tablero de la mesa y alargó la mano para tocar la madera astillada con la yema de los dedos.

—Sí, qué pena que no lo conocieras —dijo Helen—. Tenía que volver, por su trabajo.

La chica se volvió y su madre se acercó presurosa con el pequeño hatillo de ropa para lavar. Habría menos ahora que Albert ya no estaba.

—Vimala es tan afortunada —anunció—. ¡Tenemos una feliz noticia que contarle, señora James!

La irritación nubló un instante el rostro de la muchacha.

—¡Va a casarse! —anunció la lavandera.

—Oh, es suerte tan grande —dijo la abuela, siguiéndola y dando palmadas—. Es buena familia. Él es buen muchacho, y la familia también es buena. Son conocidos nuestros, y de misma comunidad. También del negocio de lavandería.

La muchacha forzó una sonrisa, pero instantes después se volvió con brusquedad desde la puerta y clavó su mirada en la de la inglesa.

—Lamento lo del señor Albert —dijo.

Antes de que Helen pudiera asimilar la intensidad de la mirada, madre e hija se habían ido, y

sólo alcanzó a oír el chancleteo de las suelas de sus sandalias en los escalones de cemento. La abuela se disponía ya a volver a la cocina, tarareando alguna canción hindi.

—¿Le gusta a Vimala su hombre? —preguntó Helen.

—¿Por qué no? —Lochana sonreía—. No hay nada más hermoso para una muchacha que matrimonio.

—Albert —musitó Helen al salir a la calle—. Éste es nuestro último paseo juntos. Disfrutémoslo.

Lo sensato habría sido ir en busca de un taxi. Nadie va a pie en Delhi. En lugar de eso, Helen se puso en camino balanceando la bolsa en una mano. Era un día apacible, el aire empezaba a templarse. La estación fría había tocado a su fin. Cuando encontró Hoshir Singh Road, la cruzó para tomar Lodhi Road. Los mototaxis ralentizaban la marcha al pasar a su lado, pero ella negaba con la cabeza. Vimala había ido al St. Anne's, se acordó ahora, donde Albert había dado clases. En lugar de pagar a Lochana, habían contribuido a pagar el colegio de la niña.

—Era ilógico que te dedicaras a dar clases —murmuró—, era irracional contribuir a la educación de una chica si no creías en la intervención.

Recordó a la colegiala que se había echado a llorar en el crematorio, una muchacha que sin duda había escuchado con atención las extrañas clases de Albert, no habría perdido detalle al modo en que sostenía un alto una estrella de mar muerta.

«Si nunca hubierais visto una de éstas, niñas, ¿cómo sabrías pese a todo que antes había sido un ser vivo?».

«Hay cosas que sabes que no sabes que sabes». A Albert le encantaba decir eso. A la gente le encantaba oírsele decir. También solía comentar lo estupendo que sería no hacerse mayor.

Helen giró a la izquierda ante la tumba de Humayun. Ya llevaba media hora larga caminando.

«Quiero disolverme en la inmundicia —le había dicho Albert. Se alineaban allí los inevitables autocares de turistas. Le dijo que había empezado a sentir que ya formaba parte de la tierra rojiza y fangosa de Delhi, el sedimento pesado que cubría el lecho del Yamuna—. Las ceremonias no se inventan —insistió—. Deben darse de manera natural».

—Y así fue —susurró Helen ahora—, así fue, Albert, al final.

No obtuvo respuesta de él. Lo imaginaba caminando a su lado, con su andar de hombre alto, arrastrando ligeramente los pies. Oyó sus pisadas.

—Cometimos equivocaciones con John —añadió entre dientes.

No levantó la mirada frente a la Puerta de la India. Un chiquillo rastrillaba la arena junto al pavimento. Si había una parte de Delhi que a Helen le desagradaba más que el resto, era la Delhi del Raj. Los olores a comida de una sucesión de tenderetes de Mathura Road no lograron hacerle volver la cabeza. Has de comer para trabajar como es debido, se reprendió con severidad. Le hubiera gustado oír a Albert decírselo. «¡Has de comer, Helen!». Sin embargo, Albert iba entrechocando con sus rodillas.

Helen empezó a pensar acerca de la biografía. Se estaba acercando al monumento a Mahatma Gandhi y ya había transcurrido media mañana. ¿Por qué la gente viajaba tan lejos para ver apenas unas pocas losas de piedra, cuando el mejor modo de recordar al hombre era leer su obra? Resultaba curioso, recordó en ese instante, que aquel americano hubiera escrito una biografía de Gandhi. Albert

lo había considerado un monstruo de la manipulación.

Caminó hasta el pretil y contempló el río. Había pensado pasar revista ordenadamente y con alegría a su vida en común: ¿te acuerdas de cuando nos conocimos; de la discusión en la cena que dio Timothy; de cuando llegamos a Kankan y el bote se hundió junto al desembarcadero? Sin embargo, el esfuerzo mental se le antojó ahora excesivo. Jamás hubiera imaginado que sería tan duro llenar el mundo sin él.

Las exiguas aguas invernales del Yamuna corrían a cierta distancia, lentas y marrones entre los bancos de lodo cuajados de desperdicios. Dos o tres personas se dedicaban al rebusco en las márgenes, removiendo cualquier cosa que pareciera prometedora.

—Entonces, ¿dónde quieres que te esparza? —preguntó.

Empezó por enfilarse hacia el norte poco menos de un kilómetro, hasta pasar los Ghats, en dirección al Fuerte Rojo. Ahí tuvo que abandonar el río. La ciudad era enorme, el tráfico asfixiante. Permaneció a un lado para dejar pasar una procesión. No acertó a reconocer las imágenes que llevaban. Los pasos de la danza y el son de los tambores eran siempre los mismos: una algarabía variopinta. Veía aquellas manifestaciones como un vestigio tedioso del pasado; odiaba los rituales y los festejos del Diwali a los que sus amigos la invitaban. A Albert le encantaban. Adoraba ser el convidado de piedra. Helen se detuvo y respiró hondo.

La muchedumbre habitual se congregaba alrededor del fortín: los vendedores ambulantes, los aspirantes a guías y el remolino de norteamericanos. Los vendedores supieron al instante que ella no estaba allí para comprar. Sólo los *wallahs* de los *rickshaws* la importunaban; se dieron cuenta de que estaba cansada. ¿Cómo se le ocurrió a su hijo comprar un elefante de piedra?

—Cuando entró a la habitación, pensé que eras tú, Albert —dijo en voz alta.

Siguió la carretera a través de una multitud de carretilleros e improvisadas chabolas que se alineaban a lo largo del río, y luego tomó por el viejo puente de hierro. El agolpamiento de camionetas, *rickshaws* y taxis era frenético. Al coger por el paseo peatonal, un tren pasó con estruendo por encima de su cabeza. La estructura tembló. Al mirar por entre la viguería de hierro, vio a hombres y muchachos colgando de las puertas abiertas. Entonces advirtió que una criatura sin piernas que llevaba la cabeza cubierta con un trapo rojo brillante se daba impulso hacia ella desde un carrito con rueditas. Dio media vuelta. No pensaba dar nada a los pordioseros.

Helen siguió caminando. Era exasperante lo difícil que resultaba llegar a la orilla del río. De continuo te veías obligado a retroceder hasta la carretera principal. Tan sólo necesito un lugar tranquilo, pensó, un poco de privacidad. Fuimos siempre una pareja celosa de nuestra privacidad. A menos de un kilómetro más adelante, titubeó al pasar junto a la entrada de la zona donde se llevaba a cabo la incineración según el rito hindú. Había estado allí cuando habían muerto pacientes con los que había trabado relación. Había visto las piras y el humo y la consistencia ordinaria, semejante a la de la turba, que resultaba de la destrucción del cuerpo.

—No mezclaré tus cenizas con las tuyas —dijo en un susurro.

Poco después se adentró en el recinto de un pequeño templo sij y, tras los coches aparcados, encontró el río. Un muchacho estaba bañándose. Tres o cuatro mujeres permanecían de pie en el agua restregando ropa. A sus espaldas, una neblina de polución pendía sobre la ciudad. Mi vida se ha

acabado, pensó. Había disfrutado llevando velo en el funeral. Tal vez sólo era capaz de trabajar de verdad cuando Albert estaba ahí para decirme que no era lo correcto.

—Es lo único que soy capaz de hacer —le respondía ella.

—Hazlo —le había susurrado Albert—. Helen, hazlo ahora, por favor, ¡esta misma noche!

Volvió a la carretera. Aquél no era el lugar.

Justo antes del puente de Wazi encontró un sendero que serpenteaba entre montículos de tierra y hierba y árboles inclinados. Aquí y allá, hombres en cuclillas se resguardaban bajo telas de lona; las mujeres llevaban cestos y sacos auestas. En un pequeño claro, un santuario improvisado llamaba la atención por lo que parecía una exuberancia de espumillón en tonos rojos y azules y pedazos de azúcar y pastel, en forma de recargada ofrenda a tal o cual divinidad.

El río se hallaba a cien metros de distancia cuando tropezó con un pequeño monumento, una única losa de arenisca, en memoria, rezaba la inscripción, de un grupo de colegiales que habían muerto en un accidente de autobús. Helen recordó vagamente haber leído en los periódicos acerca de los destrozos y las pintadas que el monumento había sufrido. Se detuvo. Alguien había cagado encima. La hierba de alrededor estaba seca y pajiza, aguardando la lluvia. «Veintiocho escolares», leyó en hindi. Su autobús se había precipitado por entre las rejas del puente. Ocho años atrás.

Se volvió. El puente de Wazirabad soportaba la única vía de circunvalación para cruzar el Yamuna. El bramido del tráfico era ensordecedor. Se sentó en la losa conmemorativa, resquebrajada de parte a parte. De algún lado le llegaron los redobles de un tambor. El artículo, recordó, publicado en el *Times of India*, había deplorado el hecho de que, tras la vil profanación del monumento, los padres se hubieran visto obligados a llevar a cabo el *havan* anual a orillas del agua, bajo el puente.

Helen sacudió la cabeza: aquella sinrazón de comunicarse con los muertos, pensó, de celebrar los aniversarios. Aquella sinrazón de creer en las almas y prender lucecitas y quemar incienso y ofrecer platos de fruta al tiempo que caminaban metidos hasta la cintura en ríos asquerosos que se suponían sagrados. De repente, la viuda se enfadó consigo misma.

—Ahora no puedes hablar con Albert —murmuró—. Los muertos, muertos están —dijo en voz alta—. Se ha ido. Todo lo que estás haciendo es falso y estúpido.

En un gesto que no había imaginado, metió la mano en la bolsa de plástico, sacó la caja y tiró de la tapa.

No se abría. Hizo un nuevo intento, tirando con las uñas desde abajo. Qué absurdo. Trató de hacer palanca. No había forma. ¿Está cerrada al vacío? Qué extraño. Y acudieron a su mente los *Tres hombres en una barca*, de Jerome K. Jerome, y la escena de la lata de piña.

—¡Albert! —exclamó.

Tal vez fuera de melocotones. A Albert le había encantado *Tres hombres en una barca*. O albaricoques. También adoraba *Alicia en el país de las maravillas*.

—¡Albert, ayúdame a sacarte de ahí!

En cierto sentido, su marido siempre había sido muy inglés.

En ese instante, Helen prorrumpió en una carcajada algo desafortunada. ¡Ya estoy hablando con él otra vez! Una uña se le torció y sintió una intensa punzada de dolor. Tal vez debería dejar la caja encima del monumento, junto a los colegiales, y nada más. Siempre dijo que lo que más le gustaba

era dar clase a los niños, aun cuando nunca quiso tener hijos. «Los niños están deliciosamente inacabados —decía—, son bellas propuestas». Sin embargo, si no esparcía ella las cenizas, alguien podía tomar posesión de ellas. Alguien podía llevarse a Albert consigo.

Estudió la caja con detenimiento. ¿De qué modo la habían sellado? Era plástico blanco, sencillo y corriente, una tapa ajustada a un reborde. Una vez más, la colocó encima del monumento, parchado de malas hierbas y líquenes muertos. Era sin lugar a dudas una mierda humana. Albert diría que el respeto y el vandalismo se necesitan uno al otro, que el monumento y la cagada formaban parte de un mismo patrón. Entonces apoyó un pie en la caja y descansó su peso en él. La caja no cedió. Con cuidado, Helen se levantó hasta apoyar los dos pies en la caja, encima de Albert. Nada. ¿Por qué la habían hecho tan resistente? Dio unos ligeros botes. La caja se quebró y se abrió de súbito. Tambaleándose, Helen tuvo que poner una mano en el suelo para no caerse. El plástico se había rajado y ahí estaba Albert: polvo gris.

Helen se alejó del lugar. Un nerviosismo exacerbado se apoderó de ella. ¿Qué estoy haciendo aquí? Permaneció unos instantes junto a la margen del río, contemplando el concurrido puente desde el cual había caído el autobús escolar. El agua seguía su curso. Luego volvió y bordeó el monumento pisando el pasto muerto y crecido, mirando la caja. Dio dos o tres vueltas más a su alrededor. El aire estaba en calma, así que la ceniza polvorienta se había vertido un poco y seguía aún en la losa de piedra. Helen se agachó y observó con detenimiento. Levantó la caja con ambas manos y la sacudió con violencia encima de la losa. La ceniza de su marido le alcanzó el rostro. Se lamió los labios. Notó un gusto acre.

—Enseña a los niños, Albert —dijo en un susurro.

Cogió un taxi de vuelta. Aun así, tardó cuarenta minutos. ¿Por qué había desobedecido las instrucciones que le había dado? En Albert había despertado cierta fascinación por el agua. Había llegado a captar, según decía, el papel del agua en relación con los patrones y las estructuras. Deseaba que el agua se lo llevara. Un patrón se completa con su disolución, decía. Se alegraba de que el Yamuna fuera un río sucio. Allí era donde quería ir a parar. Entonces cayó en la cuenta de que ni la bolsa de plástico ni la caja rota obraban ya en su poder. No recordaba haber comprobado que estuviera debidamente vacía. He añadido basura a Delhi, pensó. Algún chiquillo que vendiera desperdicios la recogería.

Tan pronto llegó a casa, Helen fue directa al teléfono y llamó al Ashoka.

—Me temo que el señor Roberts no contesta, señora.

—Pero ¿está en su habitación?

—Lo siento, eso no puedo saberlo, señora. ¿Quiere que le deje algún recado?

—No —dijo Helen—. O sí. Sí. Por favor —titubeó—. El mensaje es de parte de Helen James. Sí, J-a-m-e-s —aguardó mientras el hombre tomaba nota—. El mensaje es: no le daré mi consentimiento.

—No le daré —repitió el recepcionista.

—No le daré mi consentimiento.

Querido John...

Había encontrado la carta a su regreso. Elaine lo recogió en Heathrow, pero iba con prisa, había quedado para una lectura dramatizada de la obra.

—Ven aquí a darme un beso —insistió él.

La tomó del brazo. Estaba ya entrada la tarde. Podemos hacer el amor, pensó. Ella se había puesto perfume. Sus compañeros de piso debían de estar en el trabajo. Encima de la mesa, junto a la cama, el sobre de correo por avión con los sellos indios distrajo su atención. Abrió la carta, rasgando el sobre.

Querido John, de un tiempo a esta parte...

—No, debería irme corriendo —decía Elaine. Había varias hojas manuscritas.

—Es mi padre —dijo. Se sentó en la cama. Durante todo el trayecto desde Heathrow parecían haber estado más distantes en los asientos delanteros del coche que mandándose mensajes a diez mil kilómetros.

«Fue un detalle muy bonito que me dijeras aquello de casarnos», había dicho entonces, poniendo un mohín con su boca de elfo, y luego se había echado a reír. El perfume siempre lo excitaba. Ahora, en cambio, le preguntó:

—¿Tu padre? ¡Qué raro!

Querido John, de un tiempo a esta parte me rondan, acaso a modo de bendiciones, sueños de ríos y mares, sueños de agua.

John meneó la cabeza. ¿De qué iba aquello?

La chica permaneció de pie mirándolo, con la blusa blanca ceñida, la cabeza ladeada y una mueca de curiosidad.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó—. ¿Cuándo la mandó? Debería irme pitando —repitió. Se había cambiado el peinado; los rizos se le encrespaban bajo una cinta rosa. Parecía más segura de sí misma, más picara.

John echó un rápido vistazo a las páginas. Eran ocho, escritas por ambas caras con letra apretada. Habría querido agarrar a Elaine, vencer la incomodidad del viaje en coche sometiendo sus cuerpos al placer. Deseaba volver a la solidez de su vida. La carta de su padre lo confundió. No tendría que estar allí, pero ya no podía ignorarla.

—Veámonos luego —dijo Elaine. Estaba ya en la puerta—. Tengo que irme.

Querido John, de un tiempo a esta parte me rondan, acaso a modo de bendiciones, sueños de ríos y mares, sueños de agua. Poca duda cabe, aun cuando recuerde tan sólo tres o cuatro de esos sueños, que forman, por así decirlo, una secuencia. Si, por ejemplo, uno topara con

ellos bajo la apariencia de cierto número de guiones cinematográficos que no guardarán relación entre sí, no podría por menos que advertir, pese a todo, que cada uno de ellos guarda una suerte de familiaridad con el otro, semejante a la que existe entre personas de una misma raza...

John arrojó los papeles al suelo. Se puso de pie y fue hasta la cocina. ¿Por qué diablos, desde su lecho de muerte, su padre había decidido escribirle aquello? Y con aquel tono aleccionador que adoptaba. John encendió la tetera y llamó al laboratorio. Eran las seis de la tarde.

—Más noticias de las que en realidad te gustaría oír —dijo Martin con ironía. Era un licenciado en prácticas—. Una universidad australiana ha publicado algo justamente en nuestra línea de trabajo.

John había querido ponerse al corriente de cómo progresaban los diversos experimentos del proyecto. Había una proteína que intentaban producir sintéticamente, trataban de aislar ciertos genes. En lugar de eso, no le quedó más remedio que enterarse de que un equipo de la Universidad de Adelaida había hallado una enzima que engañaba al ribosoma de la bacteria de la tuberculosis para que hiciese copias falsas de sí misma.

—¿Todavía está Simon ahí? —preguntó.

Los demás estaban en una reunión en Glaxo, dijo Martin.

John colgó el teléfono. El tío que en realidad alquilaba aquel piso era un periodista deportivo de poca monta, Peter. El lugar estaba lleno de pósters de astros del deporte y modelos bonitas: chicas complacientes y seductoras, hombres jóvenes que apretaban los dientes al entrar en acción. Taza de té en mano, John volvió a su cuarto arrastrando los pies y cogió de nuevo la carta de su padre. Había también algo del banco.

El primer sueño —leyó— o, por lo menos, el primero que he logrado recordar, puesto que fue sólo al tomar conciencia de lo que he denominado secuenciación de estos sueños cuando decidí retroceder y buscar cierta lógica de control que...

¿De verdad voy a leer estas chorradas?, se preguntó John. Se sentía inquieto. Tal vez pudiera telefonar directamente a Glaxo. La letra de su padre se inclinaba de manera vertiginosa, aunque observó que era muy regular, como si las estocadas vigorosas se hubieran canalizado y contenido con determinación.

... empieza en la costa. Una extensa playa que se abre al mar. Tal vez es Cromer. Tal vez es Indonesia, o Goa. Estoy de vacaciones con una especie de grupo, una docena de personas que permanecen de pie temblando a orillas del agua. Yo estoy solo detrás de ellos. Decido pavonearme; pasaré junto a ellos corriendo y me zambulliré en el mar. Me quito la ropa y empiezo a correr. Cuando llego adonde están los otros, me doy cuenta de que no me he puesto el traje de baño. Sin traje de baño no puedo volverme hacia ellos. Llego a una pequeña valla, de esas que los obreros colocan cuando hay un agujero en la carretera. Y hay un agujero en la arena, lleno de agua negruzca, salobre. Derribo la valla y me meto en el agujero.

John bebió el té. Su padre siempre había optado por comunicarse en clave. Ése era su encanto y su perdición. Si fuera cualquier otro quien hubiera escrito aquello, John lo habría tirado a la papelera sin pensárselo dos veces.

El segundo sueño está lleno de barro, más que de arena. Voy caminando...

Interrumpió la lectura para echar un vistazo a la carta de Barclays. «Su descubierto actual es de 1487 libras...». Le pedían una entrevista. ¿Por qué no había escrito su padre algo práctico acerca del dinero? ¿De verdad no había ningún seguro de vida? ¿O sobre el pasado, sobre el hecho de ser padre e hijo? ¿A quién le importaban sus sueños?

Voy caminando con tu madre por el corazón del casco antiguo, junto al río. Digo del casco antiguo, pero no sé de qué ciudad. Podría ser Cambridge, podría ser Delhi, o incluso Angoram. Nos inquieta descubrir que no hay agua en el río, tan sólo barro. Espío a alguien joven y atractivo sentado en el pretil, y él, o tal vez ella, me dice que se marcha al mar el fin de semana. Las cosas se han puesto feas en la ciudad ahora que el río se ha secado. Al darme la vuelta, veo un periódico viejo enterrado en el barro. Lo desentierro y veo la fecha: 7 de agosto de 1945.

John apuró el té. ¿Acaso era el 7 de agosto una fecha significativa? Su padre había nacido en 1945, pero en enero.

John hojeó el resto de las páginas por ver si encerraban algo de mayor interés. La inclinación sostenida de los rabillos en los que las letras manuscritas se prolongaban hacia arriba y hacia abajo creaba cierto efecto fascinador, tal vez porque coincidía con la escritura fantasma de la otra cara de la hoja en multitud de ángulos rectos. Daba la impresión de ser una cuadrícula, o una red, o de que una cara del folio cancelara la otra.

No es mi intención abordar contigo, John —encontró su nombre al fin, mediada la carta—, la posible interpretación de estos sueños. Siempre que emergen patrones regulares en el material que estudiamos, nos vemos tentados a interpretar que «significan» esto o aquello, descartando así, por decirlo de algún modo, el aura metafórica en favor de la cascara cognitiva. Sin embargo...

—¡Qué capullo pretencioso! ¡Papá! Te estás muriendo, joder. ¡Di algo real!

El tercer sueño...

—¡Los sueños son absurdos! —gritó John.

Se puso en pie y pateó la maleta. A su padre se le había ido la cabeza. ¿Cómo había podido su madre aguantarlo? Metástasis cerebral, a lo mejor. Habría sido propio de su padre no acudir al médico hasta que ya fue demasiado tarde; o visitar a algún curandero local. Le encantaba todo ese

rollo. Probablemente para sacar a su madre de quicio, para rechazar la rama de la medicina que ella practicaba. Su padre no tomaba nunca fármacos. Sin embargo, John recordó el sueño de los zapatos desparejados que le habían vendido en la tienda del aeropuerto. Frunció el ceño. ¿Por qué había dejado en él una impresión tan honda?

El tercer sueño, y el último con que te molestaré, no es tan nítido como los otros. Nuevamente estaba de vacaciones con un grupo de gente, pero en particular iba en compañía de alguien más joven, una figura poco clara, amable y subordinada, una sombra grácil a mi lado. Dejamos a los demás para montar una tienda de campaña en un acantilado arenoso que daba directamente al mar. Era un lugar precioso, pero antes de que hubiéramos acabado, la marea había empapado la arena y la tienda se hundía. Tratamos de moverla, pero no tuvimos más remedio que renunciar. Luego bajamos hasta el mar, este acompañante más joven y yo. El oleaje era majestuoso e incitante, pero no nos tiramos al agua.

Eran las seis y media. En la calle, en Maida Vale, la noche invernal había caído, así que el cristal de la ventana le devolvió a John su reflejo. Echó un vistazo a su imagen espectral y de inmediato apartó la mirada. Debería deshacer el equipaje, decidió. Había mucho que hacer al día siguiente. Saltándose un tramo de la carta, encontró:

Sin embargo, la cuestión que quería plantearte en esta larga y de seguro inesperada carta...

Curioso de repente —pues no había habido mención de ninguna enfermedad, menos aún una muerte inminente—, John volvió de nuevo a la primera página. ¿Había alguna fecha? No, empezaba simplemente con «Querido John». ¿Dónde he puesto el sobre? Con las prisas, lo había arrojado a un lado. Estaba en el suelo, junto a las zapatillas ennegrecidas y la maraña de cables del ordenador. El matasellos se leía sin dificultad. 18 de enero. Echó cuentas. Eso fue el día después de que muriera. Sin embargo, John se fijó ahora en que la dirección no estaba escrita por su padre de puño y letra. Parecía en cambio letra de niño. En lugar de «Vale» habían puesto «Veil». «Maida Veil».

... inesperada carta es que en nuestros tratos con el mundo y con nuestros semejantes será necesario tener en cuenta el sistema en su conjunto, todo, y evitar sobre todas las cosas quedar encerrados en el proceso general de polarización que opera en la sociedad, un proceso en sí mismo subordinado a...

John no trató siquiera de buscarle a aquello pies ni cabeza. Su mirada resbaló un par de párrafos más abajo.

En Nueva Guinea existe la creencia de que los rasgos del carácter en las familias saltan una generación: padre e hijo poseen rasgos opuestos, mientras que abuelo y nieto se parecen. Ciertamente, tú tienes más en común con tu abuelo de lo que tengo yo. Igual que tú (y que tu

madre, dicho sea de paso), él era muy práctico. Y mi hermano y yo nos parecíamos en cuanto a que diferíamos de nuestro padre, si bien nos oponíamos en nuestros modos de diferir. La muerte de mi hermano, como bien sabes, surgió en buena medida de un terrible triángulo de incomprensión formado por él mismo, la chica con la que quería casarse y tu abuelo, un triángulo en el cual cada uno siguió su propia diagonal hasta el extremo.

Lo que me gustaría sugerir acerca de estos sueños, por lo tanto...

Sonó el teléfono. John se sintió aliviado y decepcionado a un tiempo. A su extraña manera, tal vez su padre se aproximaba por fin a decir algo. Aún quedaba una página más.

—Buenas noches, señor Southwood, soy Neville Ingrams, de Open Technologies, una compañía de *software* especializada en gestión de datos bancarios. Como bien debe saber...

—Perdone, pero el señor Southwood no está en este momento —dijo John—. No puedo... —entonces preguntó—: ¿Elaine?

—¿Disculpe? Mi nombre es Neville Ingrams —se hizo un breve silencio—. Pensaba que tal vez pudiera interesarle un paquete de programas destinados a incrementar...

Pero Elaine se echó a reír.

—¡Por un momento te la he pegado! ¿A que sí?

—Dios, por un momento sí. Creí que de verdad era un hombre.

El tono de su voz cambió.

—Bueno, sólo te llamo para decirte que luego no podré ir.

—Vaya.

—Hay una especie de reunión del reparto, ya sabes, después de la lectura. Me conviene alternar un poco.

—¿Y después, tarde... tarde?

—Se va a alargar, me parece. Tú deberías dormir. ¿Qué decía la carta?

—No me importa lo tarde que sea —dijo John—. Anda, vente cuando acabes.

—Ya veré —pareció titubear—. El paquete que le proponemos, señor Southwood, le permitiría coordinar todo el abanico de sus actividades, negocios, sociales y familiares, en tiempo real, introduciendo una herramienta inteligente y autónoma...

—Tengo un regalo para ti —la interrumpió.

—Mmm, en este caso... ¿Qué es?

—Tendrás que venir a averiguarlo. O, mejor aún, me recoges y vamos a tu casa. O ya voy yo caminando.

Al colgar el teléfono, John volvió de nuevo a la carta y se dio cuenta de que estaba leyendo las últimas líneas:

... acerca del equilibrio de los elementos básicos, el agua y la tierra, o la creación y la disolución, mientras que el tono emocional lo crea este compañero fantasmal (¿acaso la persona joven que se marcha en busca del mar en el segundo sueño es la misma que me acompaña en el tercero? ¿Y serán tal vez ambas figuras trasuntos de ti, John, o de mi hermano,

o en cualquier caso una figura que preciso desesperadamente para complementar mi naturaleza, del mismo modo que él/ella quizás...?

La carta acababa en mitad de la frase, en mitad del paréntesis.

John se quedó absorto en aquellas últimas líneas. *Desesperadamente*. Era una expresión imprevista. La desesperación no era propia de su padre, desde luego. Pasó las páginas hacia atrás y hacia delante para comprobar que no hubiera traspapelado alguna. No. Estaban en orden. De cualquier manera, aquella frase se detenía en mitad de la página: una figura que preciso desesperadamente. Su padre no había acabado la carta. Entonces, ¿por qué la había mandado? O tal vez había decidido no acabarla y no mandarla. Escribir «desesperadamente» se lo había impedido. O tal vez recordar a su hermano le hizo pensar en su propia muerte. Pero, entonces, ¿quién la había enviado? Su madre no.

John estudió el sobre de nuevo. Acaso se tratara de una broma. Durante los años en que Albert James aún solía escribir a su hijo, los años de escuela, en ocasiones aseguraba que Helen y él habían descubierto un animal extraño, todavía sin clasificar, con siete patas, quizás, o dos cabezas, o que habían «recogido» cierta ceremonia curiosa en la que los jefes de tal o cual tribu bailaban con zancos. Hacía elaborados dibujos. Ofrecía profusos análisis acerca de la historia evolutiva de la bestia que se había inventado.

«Me gusta ver si te das cuenta de que estoy jugando, John», le decía si su hijo se decepcionaba.

No puede ser, pensó John contemplando la última frase de la carta, no puede ser que uno juegue cuando se está muriendo. A Elaine, por ejemplo, no se le ocurriría hacer una llamada divertida como la de hacía un rato si creyera estar enferma de muerte.

Peter, el periodista deportivo, llegó a casa, y luego Jean-Pierre, el francés con quien John compartía habitación. Estuvieron charlando. La joven novia de Peter se presentó allí con una botella de vodka. Era rumana. Como de costumbre, discutieron. A Petra le gustaba flirtear. Era bonita. Jean-Pierre siguió el juego y sirvió unas copas. Era un chico corpulento con una risa compulsiva. En ausencia de refrescos, metieron la batidora eléctrica en una lata de tomate pelado. John se alegraba de tener una novia inglesa con la que sentirse a sus anchas. Con ella no había barreras lingüísticas ni culturales. Y además no era dada al flirteo.

—¿Te diste algún revolcón en la India, señor Guaperas? —preguntó Petra—. ¿Te ligaste a algunas indias morenitas y picantes? —trató de imitar la danza del vientre.

—No te pases, que el pobre iba al funeral de su padre —protestó Peter.

John dejó a los demás en la cocina y se fue a deshacer el equipaje. Los elefantes estaban en una bolsa de plástico, junto a calcetines y ropa interior sucia. Los puso en la mesita de noche. El más grande había perdido parte de la trompa. El pequeño ahora se le antojó tallado de un modo sumamente rudimentario. ¿Por qué los compré?, se preguntó. «Tres elefantes, señor, no uno». John se sentó y estudió aquellos objetos. No podía regalarlos hasta que hubiera pegado la trompa. ¿Cómo se rompió?, preguntaría Elaine.

—¡Johnny, al teléfono! —gritó Jean-Pierre.

No lo había oído sonar. Le trajeron el inalámbrico.

—¿Cómo fue? —Simon, el jefe del equipo de investigación, fue respetuoso—. ¿Tu madre va tirando? —luego le explicó que, en efecto, Glaxo parecía haberse enfriado un poco. Pedían resultados concretos antes de renovarles la subvención. No se trataba tanto de que los Australianos hubieran publicado como de una futura reorganización de los departamentos en los distintos países—. Deberíamos reunirnos mañana para ver qué podemos ofrecer, teniendo en cuenta que es un trabajo en proceso.

Eran las diez. Sin ponerse el abrigo, John salió del piso.

«Estaré en tu casa», le dijo a Elaine en un mensaje de texto.

Se había levantado un molesto viento propio del mes de enero. El trayecto para remontar Edgware Road y adentrarse en West Hampstead se le hizo largo y duro. Iba demasiado ligero de ropa. De repente vio a su padre, con el pelo raleante y el andar desgarrado, avanzando con los pies a rastras por las arenas desiertas. Le sobrevino una intensa pena, con visos de vergüenza, incluso. *La muerte de mi hermano surgió en buena medida de un terrible triángulo de incomprensión. ¿Por qué había sacado su padre aquella historia remota? El abuelo de John había alcanzado la celebridad gracias a su trabajo en el campo de la genética. John no había leído nunca el libro que había escrito. ¿Acaso papá trataba de decirme algo sobre mi carrera: que en tanto que él precisaba las cualidades del abuelo a modo de correctivo, yo precisaba las suyas? Del mismo modo que él/ella quizás... me necesita a mí.* Así es como habría continuado. ¡Lo que faltaba! En ese instante John se dio cuenta de que su padre debió de abandonar la carta precisamente porque fue incapaz de escribir eso, incapaz de escribir las palabras «me necesita». Se le llenaron los ojos de lágrimas. *Una figura que preciso desesperadamente. Una sombra grácil. ¿Por qué su padre no era capaz de hablar abiertamente?*

«Será muy tarde —Elaine le devolvió el mensaje—. Quédate en casa».

John siguió caminando. Pulsó uno de los cuatro timbres. Una chica, Frances, lo dejó entrar y dentro estaba también la otra compañera de piso de Elaine, Nancy, viendo un debate sobre los flujos migratorios de la población. Las dos chicas discutían con la televisión, sentadas encima de sus piernas. Eran presencias voluminosas, hostiles.

—Esperaré a Elaine en su cuarto —les dijo.

La cama estaba rodeada de pósters de actores y actrices. John no sabía sus nombres, pero era evidente que estaban vestidos para la escena. No eran la clase de personas con las que pudieras mezclarte o charlar realmente de tú a tú.

—Elaine es única —murmuró.

Se quitó los zapatos y se tumbó en la cama. La almohada olía a Elaine. Enterró la cara en ella. Tomó vaga conciencia de que Frances y Nancy hablaban en voz baja en su dormitorio. Su mente empezó a vagar. Luego, completamente a oscuras, se halló de repente de pie y dirigiéndose tambaleante a la habitación de su madre, con los pesados elefantes de piedra en la mano.

—¡Albert!

John se incorporó, desorientado.

Había un motor en marcha en la calle. Con cierta sensación de debilidad, ligeramente mareado, se acercó a la ventana. Elaine estaba de pie junto a un coche a la luz macilenta de la calle; la falda se le arremolinaba en las piernas. Se inclinó para meter la cabeza en el coche, reía. A John le encantaba

cierta timidez muy suya, que sin embargo no le impedía parecer natural. Le encantaba que necesitara que él le diera ánimos, que le dijera lo guapa que era.

—Te he esperado —dijo desde la oscuridad.

—¡John! —la chica dio un respingo y encendió el interruptor con brusquedad—. ¡Mierda, qué susto me has dado, te dije que no vinieras!

—Es que me moría por verte —dijo—. Y te mandé un mensaje.

—Tenía el teléfono apagado —repuso, cortante.

Le dio la impresión de que pasaba un tiempo más largo de lo imprescindible en el baño. John estuvo a punto de quedarse dormido de nuevo. Finalmente se acercó a la cama, pero al instante se apartó.

—Mira esto. Hay un trocito de la obra donde interviene la mímica. Hay una gran explosión, entonces yo tengo que moverme en una especie de trance. Lo que pasa es que no consigo que me salga bien.

Se quitó la falda y empezó a dar vueltas por la pequeña habitación, en bragas y camiseta. Los brazos se balanceaban de un lado a otro, rozando las estanterías. Con una expresión abstraída, su cara resplandecía.

—Eres preciosa —le dijo.

—¡Shhh! Acabo de sobrevivir a una explosión terrible.

Andaba buscando algo, primero en la distancia, en el aire, luego bajo sus pies. Se estiraba, se ponía en cuclillas. Estaba muy quieta, y a continuación se movía con suma gracilidad. John se angustiaba. Eran casi las dos de la madrugada.

—¿Sabes que mi tío escribió una obra de teatro? —dijo—. Al parecer, cuando nadie quiso llevarla a escena se suicidó.

—¿Cómo? —Elaine se detuvo.

John dejó escapar una risa nerviosa.

—No querían llevar a escena su obra, la de mi tío, y hubo no sé qué pelea con su novia y mi abuelo. Se suicidó.

—¡Pero John! ¡Dios mío! ¿Cuándo?

—Fue antes de que yo naciera.

—Ah. Entonces, ¿por qué me cuentas eso ahora?

—Ellie. De verdad quiero casarme contigo —dijo—. Estoy loco por ti.

La chica frunció el ceño.

—No puedes decir estos disparates así como así.

—¿Por qué no? Es lo que siento.

—Acabo de conseguir este papel, John —le dijo con dulzura—. Necesito concentrarme. Hay una escena en la que todo el mundo salta por los aires. Yo pierdo a mi hijo.

—Bueno, ¡pues concéntrate! Yo te daré todo el apoyo que pueda.

—John, ¡tenemos veintitrés años!

—Veinticuatro —rectificó él. Se apoyó en un codo—. Somos adultos, ¿o no? Eso nos ayudará con nuestro trabajo, no será ningún obstáculo. Formaremos un equipo.

Ella se quedó de pie junto a la cama, levantándose en puntas de pie y bajando de nuevo.

—No me has dicho qué te ha parecido la mímica. Cuando me muevo rápido, se supone que salgo volando por la explosión. Pero también estoy revisitando mi pasado. Mira.

Repitió el movimiento, dando vueltas alrededor de la habitación. Una mano golpeó contra el armario.

—¡Huy! —se revisó los nudillos—. Hanyaki dice que soy demasiado obvia. Que parece que haga pantomima.

—¿Es japonés el director?

—Ah, ¿no te lo dije? —se echó a reír—. John, relájate, vas enchufadísimo. Si seguimos juntos dentro de un año o dos, entonces tal vez podamos hablar de ir más en serio. ¿Quién sabe?

—Pues vivamos juntos.

Ella le dedicó una sonrisa de perplejidad y se sentó en la silla junto al escritorio, haciéndola girar de acá para allá.

—¿Ha sido él quien te ha traído a casa? —preguntó John—. Pensaba que habías ido en tu coche.

—Le queda de camino —sonrió—. ¿Y mi regalo?

—Al deshacer el equipaje vi que se había roto.

—¿Y no lo has traído? ¡Ay, John! ¡Todo promesas, y luego nada!

Mirándolo por encima del hombro, Elaine balanceó la silla y se apartó rodando de él, en un gesto de fingida desilusión. John se puso en pie de un salto desde la cama y fue a agarrarla. Sus manos la rodearon para abarcarle los pechos. Apretó la cara contra su pelo. La silla giró mientras trataba de arrancarla de ella. Ella forcejeó.

—¡Eh!

Las manos la apresaban con fuerza. El olor había despertado algo animal.

—Vamos, Ellie —empezó a forzarla.

—John! Mierda.

—¡Vamos!

La había puesto en pie y estaba toqueteándole la blusa. La tela se rasgó.

—¡Basta! —un codo alcanzó a John en el cuello—. ¡No!

—¿Ellie? —llamó una voz de chica.

Hubo ruidos de pasos en el rellano.

Fue leer *Wau* lo que le había permitido a Paul Roberts divorciarse. «Su libro fue un catalizador del cambio y la liberación en mi vida —le había escrito en su primera carta a Albert James—. Me gustaría hacer llegar la visión terapéutica que usted propone a un público más amplio».

«¿Liberación de qué en favor de qué?», había respondido James.

En el entorno lujoso del Ashoka, Paul Roberts recorrió sus notas en la pantalla del ordenador portátil.

Albert (por Einstein) William (por Blake) James.

Nacido en el seno de una de las familias de científicos más destacadas de Inglaterra.

Criado en el ateísmo. O más bien: la ciencia entendida como religión. Padre dedicado al campo de la genética. Polemista agresivo. También sumamente culto. Salidas al teatro, a la ópera. Propietario de lienzos originales de artistas de talla mundial (Munch, Braque). En el postfacio a *Wau*, James atribuye a su padre la cita de que el arte constituye una forma de expresión más elevada, la cual está fuera del alcance de los James, una familia de ciencia.

Su hermana mayor, Amelia, atropellada por conductor ebrio mientras celebraba la doble matrícula de honor en Botánica y Química.

James, catorce años.

Hermano mayor, John, se niega a estudiar ciencias, bebe, se dedica al juego y a las faldas. Se enamora de una belleza irlandesa, Bridget MacDowell, quien vive tres meses con él antes de huir, al parecer con un hombre de más edad. Violentas discusiones con el padre por dinero. Escribe poemas, novelas, obras teatrales. Sin éxito. El padre le corta la pensión. John se corta las venas en el cuarto de baño del National Theatre.

James, diecisiete años.

Expectativas paternas, todas en el tercer hijo, previamente considerado un chico torpe. Matrícula de honor en Biología. Trabajo de campo, amebas. Le cuenta a su tutor que no le satisface la naturaleza impersonal de la ciencia formal. Conoce a una joven doctora muy politizada, Helen Sommers. Boda y misión de ayuda médica en el Tercer Mundo.

James, veintisiete años.

Kenia. Laos. Borneo. Metamorfosis. James renuncia a la biología y a la filantropía médica en favor de la antropología. Escribe *Wau*. Nacimiento de John James.

Paul frunció el ceño. Había leído *Wau* por accidente. ¿A quién se le habría ocurrido leer una obra que dedicaba quinientas páginas a examinar una ceremonia singular ejecutada entre sobrinos y sus tíos maternos en una remota tribu de cazadores de cabezas? Paul andaba entonces enfrascado en Gandhi y estaba escribiendo una serie de artículos para el *Globe*, indagando en las posibilidades de resistencia civil no violenta en la Norteamérica contemporánea. Entre tanto, libraba una batalla con su segunda mujer. Combatía también a una amante. Había una joven china preciosa.

—Puesto que estás disfrutando de un viaje exótico —comentó el director artístico—, ¿qué te parece echarle un vistazo a esto?

Le entregó a Paul un ejemplar de prensa. Ningún periodista había oído hablar de la editorial.

«¿Por qué razón las descripciones literarias de una cultura son más satisfactorias que los análisis científicos —empezaba *Wau*—, si bien los análisis científicos dan la impresión, no obstante, de ser más "útiles"? ¿Acaso pueden ambos fusionarse, o se excluyen mutuamente, al igual que ocurre con la contemplación y la acción?».

Albert James procedía entonces a hablar en detalle, aparentemente al azar, acerca de un grupo de personas que vivían en cabañas construidas sobre pilotes en la ciénaga. Se dedicaban a la pesca, recogían sagú, memorizaban largas listas de nombres ancestrales, competían por ver quién oficiaría las ceremonias de iniciación más dolorosas con sus hijos adolescentes, y se deleitaban en el homicidio siempre que podían. «Nunca me ha quedado claro —había escrito James— por qué un detalle debía primar por encima de otro; existe una unidad del *ethos* en el modo en que un cazador apresta una flecha, su mujer se pone en cuclillas junto al recipiente donde prepara la comida y se invita a un niño a clavar una lanza en la barriga de un prisionero indefenso». A fin de demostrar el hecho, James había llenado las páginas de fotografías, aunque ahí el factor unificador más reseñable era la mala calidad de las imágenes.

Paul Roberts no había sido capaz de entender en un principio por qué aquel libro singular había dejado en él una huella tan honda. En modo alguno las obsesiones puritanas de su madre y de su esposa, la agresividad posesiva de su amante podían compararse a los patrones conductuales de un puñado de salvajes. Sin embargo, por vez primera alcanzó a entender hasta qué punto su propia identidad y su comportamiento se hallaban sujetos a un patrón de rituales encubiertos. De continuo transgredía él una larga lista de cosas que deben hacerse y cosas que no, pero siempre en secreto y siempre atenazado por la culpa necesaria para retraerse de cualquier decisión que ofendiera verdaderamente el *statu quo*. Toda tu rebeldía, se dijo el periodista —y en ese momento había descubierto la obra previa de James, *Individuos míticos*—, es una rebelión de cartón piedra, prevista en el guión que tu cultura está llevando a escena desde hace generaciones. Tan sólo haces el papel del chico malo. Era hora de ser auténtico, pensó Paul.

En una coda a *Wau*, James había descrito el efecto devastador que sobre la tribu tuvo el regreso de un grupo de hombres jóvenes que habían ido a Australia a trabajar en las minas de cobre y, a su vuelta, habían dejado de observar las reglas. Dejaban caer con indiferencia los nombres tabú de los tótems familiares. No sentían la necesidad de mantener sus instrumentos musicales perpetuamente ocultos de las mujeres. «El conjunto de la compleja estructura que regía la vida de la tribu quedó arrasada —había escrito James—, igual que una tela de araña por un golpe de viento. Sin embargo, como bien sabemos, la araña no conoce la fatiga a la hora de reconstruir su red».

«La liberación que su libro me procuró —había respondido Paul a la provocación de su mentor— estribó en la revelación del cúmulo de relaciones que me ligaron a una situación infeliz y que a nada conducía».

«Extraño —replicó James (utilizaba una cursiva minúscula que hacía bastante difícil la lectura de sus correos electrónicos)—, las situaciones infelices suelen ser las más productivas».

Siete años después de *Wau*, en Chicago, James había dado con la teoría que le brindó una notoriedad pasajera: una clasificación esquemática de las estructuras familiares y la tipología de conflictos capaces de ocasionar las neurosis correspondientes: anorexia, compulsiones, fobias. Abrazada por los terapeutas como una herramienta poderosa, *Sistemas y cordura* fue puesta en la picota por asociaciones de familias y empresas farmacéuticas. James había hecho todo cuanto estaba en su mano por alejarse de la controversia, declarando que su libro era más una obra con perspectiva estética que psicológica —la mayoría de los ejemplos que ofrecía estaban sacados de novelas, no de la vida—, cuando dos policías acudieron a su casa para interrogarle acerca de las declaraciones de una portorriqueña de quince años.

Paul echó de nuevo un vistazo a la carpeta donde había guardado la correspondencia de ambos. Había sido subyugante. Albert James tenía por costumbre responder de inmediato, en cuestión de minutos, o si no sólo al cabo de un lapso de tres o cuatro semanas. Podía ser telegráfico, o por el contrario cultivar una ampulosidad tediosa. «Puede abordar mis ideas, cómo no, pero haga el favor de no exhumar mi cadáver», fue su primera reacción a la propuesta de la biografía. ¿Acaso estaba ya enfermo? Paul se lo preguntaba ahora. Interrogado sobre el proyecto en que estaba trabajando en aquel momento, James le había respondido: «La Tierra Encantada». Ante su insistencia, le había mandado un archivo de Word de unas cuarenta páginas con consideraciones sumamente técnicas acerca de la naturaleza de las telas de araña. «La diferencia determinante entre las arañas y sus víctimas —concluía— es que, mientras que las primeras se desplazan con soltura dentro de la estructura pegajosa que ellas mismas han creado (algo que la ciencia debe explicar aún a fondo), estas últimas no pueden hacerlo, o cuando menos no hasta que han devenido una misma cosa, por así decirlo, con la araña, o con sus tripas».

«Todo lo que usted me dice —había respondido Paul— alimenta en mí el afán de seguir adelante con este libro».

Sin embargo, el otro se mantenía esquivo. Paul había viajado a Delhi sin pérdida de tiempo al recibir un mensaje de la cuenta de correo electrónico de Albert James: «EL SEÑOR ALBERT HA FALLECIDO. INCINERACIÓN EN EL CEMENTERIO INGLÉS». «¿Podría decirme quién ha enviado este mensaje?», contestó desde su Blackberry, ya en el aeropuerto. No obtuvo respuesta. Paul había hablado largo y tendido con Sharmistha Puri y su compañero, Heinrich, en su apartamento del Saket, pero Sharmistha le explicó que se había comunicado siempre con Albert por teléfono, o bien en las reuniones semanales del equipo de investigación para el que ella escribía. Él había mencionado que estaba enfermo y se habían producido dos o tres ausencias largas, pero ella no tenía ni idea acerca de dónde lo trataban o qué le ocurría.

—Era un hombre —y en ese punto la bella mujer pasó la lengua por sus dientes deslumbrantes— que siempre quería saber de ti. Saber de los demás. No hablaba nunca de sí mismo.

—Sabía escuchar como nadie —terció Heinrich—. Acudió a mi consulta de psiquiatría en unas pocas ocasiones. Se limitaba a tomar asiento junto a los pacientes y a escuchar durante horas. Escuchaba incluso cuando hablaban en bengalí o gujarati, que no conocía en absoluto. Siempre me decía que no les diera más fármacos y que los dejara en paz.

El alemán era alto, enjuto de carnes, animoso y correcto, y tenía por costumbre romper en

sonoras risotadas. Tenía unas cejas canosas impresionantes. Sentada en unos cojines junto a él, con la espalda apoyada en la pared, Sharmistha era dueña de una belleza serena, un tanto furtiva, y mantenía la cabeza siempre ladeada.

—Cuando te preguntaba acerca de tu vida —explicó—, comprendías que tanteaba en busca de patrones de comportamiento, que ponía a prueba hipótesis. Lo curioso es que no podías evitar cooperar. Él decía: «Debes tratarme como si en realidad no estuviera aquí, Sharmistha».

—¿Sabe que acostumbraba a pedir permiso para poner una cámara de vídeo en cenas y esa clase de reuniones? —Heinrich meneó la cabeza—. Simplemente para colocarla y dejar que grabara. Igual que una cámara de seguridad.

—Ahora que lo pienso —dijo Sharmistha, riéndose por lo bajo—, Albert fue probablemente el único hombre, aparte de mi padre, que nunca trató de seducirme.

—Ah, ¡pero si te sedujo completamente! —repuso Heinrich, y se dio una palmada en la pierna, presa del entusiasmo—. ¡Tú estabas enamorada de él, Shasha! ¡Y él de ti! ¡Y lo mismo ocurrió con su hijo justo después del funeral! La primera vez que lo viste, y no pudiste resistirte al chico.

—Albert conquistaba a todo el mundo —reconoció Sharmistha.

Paul Roberts observó a la pareja. De vez en cuando ambos intercambiaban sonrisas cómplices. Una diferencia de edad de unos veinte años, aventuró. Sin embargo, no acertaron a contarle una sola anécdota concreta que pudiera poner en su libro, nada que Albert James hubiera hecho realmente.

—¿Le fue de ayuda en su trabajo? —le preguntó a la mujer.

Sharmistha frunció el ceño.

—Verá, mi trabajo consiste tan sólo en hacer de este proyecto sobre las arañas un libro interesante. Un sucedáneo, si me disculpa la broma. Hablando con Albert tenías la sensación de que te proporcionaba ideas fantásticas. ¿La araña estaba interesada exclusivamente en atrapar moscas, o había acaso una voluntad estética en la telaraña misma, o incluso era posible que existiera una rivalidad estética entre arañas: algo así como a ver quién es capaz de hacer la telaraña más prolija? ¿O la telaraña más cautivadora? ¿El hecho de estar en el interior de una red entrañaba cierto factor de comodidad? ¿Cuál era la relación entre el mundo circundante y la propia tela de araña? ¿Interactuaban? ¿Cómo se sentía la araña al pasar del uno a la otra? ¿La araña se regodeaba con su presa, o daba por hecho que la comida aparecía a su antojo y tal vez no asociara en absoluto las moscas atrapadas con el propósito de construir la red? ¿Se las comía sencillamente para evitar que le desbarataran la tela? ¿Era posible hallar rasgos individuales dentro del patrón común de construcción de telarañas que se extraía de la especie?, y, de serlo, ¿por qué? ¿Una araña se distingue a sí misma de otras arañas? ¿Cómo? ¿Los diferentes ángulos de la telaraña crean diferentes clases de vibraciones cuando el conjunto se perturba, y cómo experimentaba eso la araña?

Sharmistha se echó a reír.

—Albert podía seguir hasta el infinito. De verdad. A lo mejor a veces sólo bromeaba. En cualquier caso, cuando volví a la redacción del libro me di cuenta de que él sólo lo había complicado todo enormemente. Para poder hacer algo, tuve que olvidarme de todas y cada una de las palabras que él había dicho.

La joven sonrió, con las manos perfectamente quietas sobre el sari verde esmeralda que le cubría

las piernas. Una sedosidad espléndida se advertía en su piel en el punto donde la barbilla se unía con el cuello, bajo unos pendientes de plata finamente labrados. Paul no acertó a decidirse entre si envidiar a Heinrich o compadecerlo.

Se le hizo difícil al norteamericano saber en qué emplear su tiempo en Delhi. Había tenido la intención de llegar y sacarle a Albert la historia de su vida en una serie de entrevistas. Había solicitado un visado, y acababa de obtenerlo cuando llegó el correo electrónico anunciando la muerte de aquel hombre. Fue unos días antes de que Paul tomara conciencia de cuán profundamente aquello alteraba su proyecto. Oír los detalles y las ideas de sus labios habría sido una cosa; reconstruirlos a través de una investigación era otra muy distinta. Aquello no podía plantearse igual que la biografía de Gandhi, donde había bastado con aplicar sus habilidades periodísticas y su especialidad en filosofía para ofrecer un sesgo propio a un material que ya se había escrito más de mil veces. Por el contrario, nadie sabía realmente gran cosa sobre James. En el ámbito público podía disponer tan sólo de los libros (notables), los artículos (curiosos) y algunas ponencias (desconcertantes). Así que, ahora que ya no lo tenía allí para entrevistarle, evidentemente era esencial obtener la cooperación de la mujer con la que había pasado su vida. Pero no la apremies, se dijo Paul. No seas morboso.

Por otra parte, Paul Roberts no era de la clase de hombre amigo de dedicar demasiado tiempo a un único proyecto. James se había convertido en un objeto de veneración para él; le encantaría convertir a aquel hombre en una figura de culto; sin embargo, un libro no dejaba de ser una iniciativa comercial. Paul era emprendedor. Al quedarse en la India se perdía a una novia, se saltaba las visitas a sus hijos. Si las cosas iban con lentitud, empezaría a inquietarse.

¿Por dónde seguir, entonces? El hijo de Albert James había desaparecido casi antes de que el biógrafo tomara conciencia de que estaba allí. Hablar con él implicaba un viaje a Londres. Tal vez lo hiciera de regreso a Estados Unidos. Entre tanto, llamó por teléfono y a continuación siguió las indicaciones de Sharmistha hasta la sede de la Sociedad Teosófica, ubicada en una calle tranquila junto al Jardín de Rosnahara. Empezaba a hacer más calor. Detrás del murete del jardín había árboles en pleno estallido de flores anaranjadas.

El doctor Bhagwan Coomaraswamy únicamente había hablado con Albert James, según dijo, en las reuniones mensuales de la sociedad.

—Aquí, sí, en este preciso lugar.

Vestido con una túnica blanca, el indio agitó un brazo flácido y sin fuerza aparente para señalar las paredes forradas de estanterías y muebles de madera oscura. A Paul le sorprendió el tamaño de la edificación, la cantidad de gente, mayor y joven, inclinada sobre las mesas de caoba consultando antiguas publicaciones periódicas y tomando notas. Los bustos de mármol de hombres ilustres en rincones llenos de polvo daban al espacio cierto aire colonial.

—La ambición del profesor James —declaró el doctor Coomaraswamy con voz aguda, gutural— era explorar el territorio del chamán con las herramientas y los procedimientos mentales del científico. ¿Sabía usted?

El doctor esbozó una extraña sonrisa mirándolo por encima de las gafas. ¿Doctor en qué?, se preguntó Paul. Ambos permanecían de pie en medio de la habitación. El americano no había sido invitado a tomar asiento.

—Albert atesoraba una vocación por transitar los senderos difíciles, señor Roberts. Admirable e infructuosa.

—¿Por qué cree usted que James vino a Delhi? —preguntó Paul.

El doctor Coomaraswamy sopesó la cuestión. Aquel hombre irradiaba una benevolencia escurridiza que resultaba irritante y, de algún modo, armonizaba con su túnica, planchada con esmero, con el olor de la piel recién afeitada, con cierta complacencia inexpugnable que se delataba en el parpadeo de sus ojos tras las lentes con montura al aire.

—Tal vez la respuesta —dijo el indio, al fin— estriba en un comentario que Albert me hizo en una ocasión con respecto a la historia reciente de nuestro país. La Partición, de la que usted sin duda está al corriente, la masacre de tantos musulmanes. Dijo que Delhi era una ciudad que de continuo lo llevaba a recordar la violencia, a pesar de que nunca se sentía amenazado personalmente: él no formaba parte de nuestra disputa.

Paul Roberts no se dejó impresionar.

—En todo el mundo hay disputas a las que Albert James era ajeno —comentó. El indio delgado, ascético, le hacía sentir torpe y falto de tacto.

Con una sonrisa condescendiente, el doctor Coomaraswamy dijo que lamentaba no conocer a nadie que pudiera prestarle al biógrafo verdadera ayuda, nadie que mantuviese una relación estrecha con Albert James; al margen de la señora James, por descontado.

—Albert tenía muchos conocidos —dijo— y uno o dos discípulos fervientes, pero amigos, no, no lo creo —empezó a avanzar hacia la puerta.

—¿Cuál era su interés en la teosofía? —preguntó Paul—. Quiero decir, ¿se trataba de un interés académico o personal?

—Dudo mucho que Albert hubiera hecho distinción alguna entre esas categorías.

—Pero ¿hablaba acaso de ello como parte de su investigación?

—No hablaba nunca de su investigación.

Paul estaba resuelto a que no lo apresuraran para marcharse.

—Supongo que —dijo—, puesto que acudía con regularidad a la Sociedad Teosófica, ustedes debieron de hablar de teosofía. Me refiero a si creía en la reencarnación, a si creía en los Maestros.

Coomaraswamy dejó escapar un suspiro.

—El profesor James llegaba unos minutos después de que hubiera dado comienzo la reunión, escuchaba al orador que aquella tarde presentara su trabajo, se tomaba una taza de té después y se iba a casa.

—¿Cree que aspiraba a convertirse él mismo en un Maestro? —aventuró Paul—. ¿En un Mahatma, un Guardián, que tal vez pudiera guiar a la humanidad desde más allá de la tumba?

—Uno no aspira a convertirse en un Guardián, ¿no le parece, señor Roberts? —el hombre, exasperante, tosió y se aclaró la garganta—. Eso sería vanidad. Uno aspira a la sabiduría. Un Maestro se convierte en Maestro sólo por elección.

Estaban ya en la puerta. Coomaraswamy la abrió y lo saludó con una pequeña inclinación de cabeza. La conversación apenas había durado cinco minutos. Paul se detuvo en el umbral.

—La teosofía enseña la necesidad de la experiencia personal de lo divino, sin mediación. ¿Estoy

en lo cierto? Ésa es la esencia del cotarro.

Empleó la palabra *cotarro* deliberadamente. El indio enarcó una ceja.

—Así pues, ¿diría usted que Albert James había alcanzado o bien perseguía esa clase de experiencia?

Coomaraswamy esbozó una sonrisa lánguida.

—A decir verdad, eso no es de mi incumbencia, ni tampoco de la suya, ¿no cree, señor Roberts?

A la tarde del día siguiente, Paul cogió un taxi hasta el St. Anne's. Una vez más, había sido Sharmistha quien le había facilitado el nombre del colegio. Tras atravesar el caos de Connaught Place, recordó cuánto le disgustaba Delhi. Era un trasiego constante de cuerpos, olores, ruidos, todos ellos ajenos y en su mayoría faltos de atractivo, carentes de la eficacia de lo moderno así como del encanto de la tradición. Obtendré toda la información que pueda, pensó, y luego volveré a Boston. Sólo las mujeres apresaban su mirada, los saris brillantes a mujeriegas en los escúteres, los tobillos balanceándose. Sin embargo, parecía no existir manera de acercarse a ellas.

—¿Había alguna razón particular —le preguntó a la hermana Nirmala— por la que Albert James quisiera dar clases aquí?

La directora, rolliza, reflexionó.

—Mandó su currículo, igual que tantos otros, señor —dijo—. Me temo que, a pesar de sus muchas obras y su inteligencia superior, el pobre señor Albert necesitaba cantar para ganarse el pan. Nos preocupaba, cuando se presentó para el puesto, que un hombre de su notable categoría no se tomara muy seriamente un trabajo tan humilde como el que podíamos ofrecerle. Ya sabe usted lo que ocurre a veces con los hombres de intelecto, consideran indigno enseñar a los niños. En cambio, en lo relativo a la esencia, el señor Albert era sumamente cumplidor. De lo más cumplidor, sí señor. En realidad puede decirse que era un santo, si algo así es posible en un hombre que no es cristiano. Siempre nos congratulamos mucho de contarle entre nuestro personal docente.

Construido en los pastizales plagados de inmundicia del norte de la ciudad, el St. Anne's era un proyecto otrora ambicioso venido a menos, una categoría común en la India. Paul Roberts le pidió a la directora que le permitiera hablar con la última clase que había tenido el señor James a su cargo. Resultó que las chicas estuvieron encantadas de librarse de unos minutos de la lección de matemáticas y parlotearon de buena gana.

—¡Chicas! —gritó la hermana, con una voz que a Paul se le antojó sorprendentemente estentórea. Las niñas movieron inquietas los muslos, vestidas con sus uniformes verdes y dorados. Era un aula con cierto aire anticuado que reconfortaba, los pupitres parecían sacados de los años cincuenta—. Chicas, nuestro visitante americano está escribiendo un libro sobre vuestro antiguo y maravilloso profesor, el señor James. Desea haceros unas preguntas. Puesto que es un hombre de cierta notoriedad, espero que deseéis mostrarle el máximo respeto.

Las chicas miraron al corpulento americano y se rieron con disimulo.

Paul trató de sonreír. No se le había ocurrido lo potente que sería la experiencia de hacer frente a una clase de muchachas adolescentes expectantes y despiertas. Flotaba un fuerte olor animal en la habitación. Se recostó contra la mesa del profesor, tratando de parecer a un tiempo vigoroso y relajado.

—Chicas, simplemente quería saber si... mmm... si vosotras, jovencitas, tenéis alguna historia que pudierais contarme sobre la manera de dar clase de Albert James.

A Paul le incomodaba que la hermana Nirmala hubiera decidido permanecer en el aula. Tal vez habría cosas que no fueran a decir en presencia de la monja. Algunas de las chicas se miraron. Hubo murmullos en hindi. Todas llevaban el cabello recogido en coletas negras y relucientes.

—Vamos, chicas —dijo la hermana con tono expeditivo—. Todo el mundo sabe que adorabais al señor Albert.

—Era una gran diversión para nosotras —al fin dijo una voz.

—¿En qué sentido? —preguntó Roberts.

—Nadie suspendía nunca un examen con él —dijo un rostro radiante.

Hubo risas. Era curioso pensar en el larguirucho, abstruso Albert James conduciendo hasta allí tres días por semana para plantarse frente a aquellas chiquillas. Había algo inquietante en la vivacidad aprisionada de sus cuerpos, en la feminidad concentrada.

—Nos pedía que dibujáramos el clima —dijo una niña.

—¿Que dibujarais el clima?

—Y que inventáramos nuevos insectos —dijo otra.

—Al señor James le gustaba aplicar métodos muy experimentales —admitió la hermana Nirmala.

—Luego teníamos que pensar en maneras de cambiar el mundo para que se adaptara al nuevo insecto que habíamos dibujado.

—O al clima que habíamos inventado.

—A veces grababa una cinta de la lección —dijo una voz—. Y la veíamos en el ordenador.

—¿Por qué razón lo hacía? —preguntó Paul Roberts—. ¿Os lo decía?

Nadie contestó. Cuando una chica hablaba en voz alta se individualizaba y se definía; en cambio, cuando todas cerraban la boca eran un único animal silencioso. En primera fila, una chiquilla menuda se pellizcaba las cutículas de las uñas. No tenía intención de levantar la mirada.

—¿Cuál creéis ahora que era, tratando de volver la vista atrás, la cosa más importante que el señor James intentaba enseñaros? Es decir, ¿podríais resumirla en unas pocas palabras?

—Enseñaba ciencia —dijo una voz.

—El señor no se refería a eso —protestó otra chica, y estalló en una risita nerviosa. Voces esporádicas se alzaron, como liberadas de una expectación silenciosa.

Por último, una chiquilla solemne, mofletuda, de la segunda fila dijo:

—El señor James nos decía que incluso cuando una lección trata sobre arañas o serpientes es también sobre todas nosotras en el aula. Dijo: lo que dibujáis es lo que sois. Y lo que fueron vuestros antepasados. El modo en que dibujáis un elefante es India.

—La historia de India —matizó alguien.

—Y el futuro.

Hacia el fondo del aula, otra chiquilla se tapó la cara con ambas manos. Parecía que empezaba a despertarse cierta emoción. Al igual que le había ocurrido con Coomaraswamy, aunque de un modo completamente distinto, Paul tuvo de nuevo la impresión de que no se le revelaba la información esencial. Si hubiera llegado a Delhi apenas unas semanas antes y hubiera conocido a Albert James en

persona, todo habría cobrado sentido. En lugar de eso había llegado sólo a tiempo de ver la columna de humo que salía por la chimenea del crematorio. Su hombre se le había escapado.

Al volver a la habitación del hotel, Paul encontró un trozo de papel amarillo bajo la puerta con las palabras: «MENSAJE TELEFÓNICO. De: *Sra. James*. Mensaje: *No le daré mi consentimiento.*»

John envió a su madre un correo electrónico, pero no recibió respuesta.

—No puedes obligarme a hacer lo que no quiero —le había dicho Elaine—, del mismo modo que no puede mi padre.

«No tengo dinero, mamá», escribió John otra vez. No quería llamar por teléfono. Elaine le había recordado que le debía doscientas libras. No quería ni oír hablar de irse a vivir juntos.

—Si vuelves a hacerme daño, se acabó —dijo.

John trató de enterrarse en el laboratorio diez o doce horas al día, pero su entusiasmo para descifrar el mundo invisible de la expresión genética de la tuberculosis decaía. En Adelaida, un grupo de australianos había hecho algo muy parecido a lo que su propio equipo se había propuesto. Habían inducido a un ribosoma a un comportamiento raro justo en el momento en que la bacteria pasaba del letargo al estado activo. Incluso en el otro extremo del mundo esas ideas estaban en el aire. Era una expresión que su padre había empleado con frecuencia. «No somos dueños de nuestras mentes, John. Estas cosas están en el aire».

Embobado delante de la pantalla del ordenador, John meneó la cabeza. Debería haberme enfrentado a papá, debería haberle salido al encuentro. ¿Con qué razón? «Mamá —escribió—, en estos momentos tengo una deuda de dos mil libras».

Tecleó de nuevo el nombre de su padre en Google. Esta vez pinchó en busca de imágenes. Aparecieron una docena de caras. Ninguna de ellas conocida. Era la primera de veintitrés páginas. Podrías escribir una historia de la fotografía. Las había a cientos. Alguien estaba componiendo un árbol genealógico que se remontaba a la década de 1860. Había un Albert James con un parche en el ojo y un bigote daliniano, un muchacho negro con gorra de béisbol, un pescador capaz que había muerto en el *Hood*, un buque de guerra de la flota de Su Majestad. «No olvidaremos», rezaba el pie de la fotografía.

El padre de John aparecía en la cuarta página, sus ojos verdes risueños y afligidos. Curiosamente, posaba del brazo de un zulú vestido con el atuendo de la tribu de pies a cabeza que sostenía una lanza. En la décima página había una caricatura de Albert James publicada en el *New York Review* poco después de la publicación de *Posturas*. Al artista no se le había ocurrido nada mejor que enfatizar las orejas de soplillo del antropólogo.

Su madre no le contestó. Parecía increíble. Elaine le aseguró a John que le había perdonado, pero estaba muy, muy ocupada con los ensayos.

—Consigue algún trabajo remunerado —le dijo—. Algo a media jornada.

La chica parecía intrigada y asustada por lo que había ocurrido entre ellos aquella noche. Ambos tenían moratones. Ninguno de los dos quiso hablar de ello.

«MADRE —escribió John—, POR FAVOR DIME SI HAS RECIBIDO MI CORREO».

—Trata de obligarme a que vaya a suplicarle a mi abuela —le dijo a Elaine—, a que vaya a pedirle dinero a la vieja bruja —no lo haría.

En un gesto imprevisto, John envió una copia del correo electrónico a la antigua dirección de su

padre. ¿Cómo averiguaba Yahoo que uno había muerto? A lo mejor su madre revisaba la cuenta de correo de su padre para informar a quienes no hubiera alcanzado la noticia. De inmediato le llegó una respuesta automática: «Albert James lamenta no poder responder su correo electrónico por el momento». Figuraba un número de teléfono. «En caso de emergencia, llame al...».

John miró el número largamente. No era el teléfono de casa en Delhi. ¿Un móvil, tal vez? Al joven lo embargó la ansiedad. Durante tres noches consecutivas había soñado que su padre estaba en el laboratorio de St. Mary's, en el sótano, a un tiempo vivo y muerto. La convicción de que los sueños carecen de significado no le fue de gran ayuda. Estaba inquieto. El ataúd debía abrirse, soñaba, y había que hacerse algo al respecto. Debían centrifugarse algunas células. Sin embargo, el ataúd era también la mesa de disecciones. John extraía bacterias de los pulmones de un ratón. Aquello siempre era peliagudo. En un sueño, el sótano donde se ubicaba el laboratorio estaba inundado hasta la altura de la rodilla de agua estancada. Tal vez eran aguas residuales. El ataúd flotaba a la deriva, chocaba contra las paredes. ¿Cómo iba a trabajar en una superficie que no dejaba de moverse? Es sin lugar a dudas una secuencia de sueños, había escrito su padre. Sin embargo, ¿qué sentido tenían, preguntaba John, las reflexiones que no llevan a ninguna acción útil, que nada aportan al mundo? Ignóralas.

En el laboratorio real, sus compañeros y él debían analizar las propiedades de cientos y cientos de genes: los que continuaban expresándose después del contacto de la bacteria de la tuberculosis con el sistema inmunológico, y los que no. En eso consistía el paso del estado activo al estado latente. Cada gen debe examinarse con minuciosidad, cada experimento complejo tiene que repetirse al menos tres veces. Glaxo estaba en lo cierto al decir que el único sentido de toda investigación era llegar a un producto. Llevaría tiempo. La tercera noche John abordó el ataúd, pero no logró abrirlo. No había tapa, ni bisagras, ni cierre. Parecía hecho de una sola pieza. Aun así, como a través de cristal esmerilado, podía ver el rostro de su padre en el interior. Movía los labios. Se explicaba.

Contarle esos sueños a Elaine, a John no se le escapaba, hizo que recobrar por él cierta simpatía. Su novio era ahora más interesante, ya no lo consideraba simplemente un fanático de la ciencia; atravesaba por un momento difícil.

—Demuestra que lo querías —dijo con vehemencia. A veces lo tomaba de la mano, como si estuviera enfermo; le acariciaba el cabello rubio de la frente y le plantaba un beso junto a la oreja. Sin embargo, volvió a recordarle las doscientas libras—: Al fin y al cabo no era mío, Jo; era dinero de mi padre.

Los días y las semanas pasaron. John le explicó al organizador de su proyecto cuál era su situación. Estaba sin un penique. Comprensivo y paternal, Simon no salía de su asombro al enterarse de que su joven colaborador hubiera estado contando tan a ciegas con un contrato una vez terminada su tesis.

—¿Y no has hablado para nada con Personal? —le preguntó—. ¿Ni siquiera has tramitado una solicitud con el comité de becas?

John dijo que lo había creído cosa segura. A fin de cuentas, lo felicitaban constantemente por la meticulosidad de su trabajo. La gente parecía considerarlo una parte esencial del proyecto.

—La investigación es fácil en comparación con conseguir que te paguen por ello —bromeó

Simon. No alcanzaba a entender cómo el joven, por añadidura su mejor alumno, podía haber sido tan ingenuo. Todos los demás parecían estar al tanto—. Indagaré por ahí —dijo—. No podemos permitirnos perderte.

John ya se sentía perdido. Gorreaba comidas. Recorría a pie los cinco kilómetros que había de su casa al laboratorio.

—¿Por qué no cobras el paro? —le preguntaban algunos amigos.

«¡MAMÁ!». Envío otro correo electrónico. Aumentó el tamaño de la fuente hasta un treinta y seis y cambió el color al rojo. No se iría al paro. No. Estoy haciendo un trabajo extremadamente complejo en un campo en el que se maneja mucho dinero, se dijo, y aun así a mí no me toca ni un penique. Se sentía humillado. «¡MADRE!». Usó la negrita cursiva. No le contestó. Se está vengando de mí por aporrearle la mesa, pensó. Sabía que la mesa era lo de menos. Fue el momento del dormitorio lo que de veras contaba. Se lava las manos, no quiere saber nada de mí.

—¿Por qué no la llamas? —preguntó Elaine—. ¿Cómo esperas que los demás te ayuden, si tú mismo no buscas ayuda?

Elaine era cariñosa con él, pero andaba ocupada. En el pasado, ella había sido la vulnerable. Ahora se dedicaba a sus ensayos, tenía un lugar en el mundo. Mientras practicaba la escena de mímica en el comedor, caminaba tambaleante alrededor del sofá con la mirada perdida, los brazos meciéndose lánguidamente.

—Después de la explosión —dijo—, se supone que debo ir en busca de mi bebé. Pero ¿cómo puedo saber realmente lo que ocurre después de una explosión?

John la observó, se fijó sobre todo en sus brazos y sus muñecas. Eran los movimientos de una planta acuática, pensó.

Al volver a Maida Vale se sentaba en la cama y lanzaba los tres elefantes verdes contra la diana que había sobre la cama de Jean-Pierre. Entrechocaban y caían en el cobertor. A veces uno se golpeaba con otro. Se quebraban. Ni había intentado arreglarlos. ¡No un elefante, no dos elefantes, sino tres, tres elefantes! Los había echado a perder. No podías siquiera meter uno dentro del otro.

Se fue pronto a la cama. Soñó que alcanzaba la orilla en un bote descubierto entre marismas sembradas de postes a los que habían clavado cabezas humanas cercenadas. ¿Por qué estaba soñando tanto? Entre ellas estaba la cabeza de su padre. «No es fácil investigar sobre el terreno a los cazadores de cabezas», era una frase memorable de su padre que aparecía en las primeras páginas de *Wau*. Se convirtió en una broma de la familia.

«No es fácil investigar sobre el terreno las bombas nucleares», empezaba su madre durante la cena. «Ni los hábitos de indumentaria de los fantasmas», retrucaba su padre. «Ni los pensamientos de una criatura en el útero», remataba su madre.

«Tu padre lo arriesgó todo —le había dicho a John aquella noche— para llevar sus estudios en direcciones poco convencionales».

—¿Por qué demonios compraste esas cosas horribles? —le había preguntado después de que estrellara los elefantes en el tablero de la mesa. John no conseguía quitarse la voz de su madre de la cabeza—. ¡Mira que son feos! ¡Qué espantosos son!

Finalmente, Peter, su compañero de piso, le advirtió que si no podía pagar el alquiler tendría que

dejar su habitación. Había hablado con Jean-Pierre al respecto.

—El mes que viene —dijo—. Lo siento.

No obstante, cuarenta y ocho horas después de esta conversación, cuando John se halló frente a la soberbia casa esquinera de su abuela en Richmond, tuvo la impresión de haber llegado allí por accidente; había salido a pasear en Maida Vale y había tropezado con aquel lugar, a trece kilómetros de distancia. En ningún momento había planeado aparecer allí.

Los padres de Helen James vivían en una calle tranquila próxima al río. La casa debía de valer una fortuna, pensó John al empujar la verja del jardín. Sintió la mandíbula dolorida por la tensión. Era tan joven cuando iba allí a pasar los días de fiesta; llegaba en un taxi, jugaba, lo mimaban, veía la televisión, se aburría y lo metían de nuevo en un taxi de regreso.

Una fina llovizna caía de un cielo lento, agitado. John dio media vuelta y traspasó la verja otra vez; se puso a caminar por la acera de un lado a otro, detrás de los setos. Dio una patada a la pared.

«¿Por qué siempre has temido tanto a la gente, John? —le había preguntado su madre—. Siempre te ha dado miedo pedir cosas, porque siempre lo has tenido todo en bandeja», afirmó respondiendo a su propia pregunta.

—A Elaine se lo pedí —murmuró ahora.

Elaine lo había rechazado. En toda su vida, John jamás había sido violento. Apenas sabía lo que era la violencia. Me están obligando a mendigar, se dijo. Pateó una cañería del desagüe. Me mandan a Winchester y luego me obligan a mendigar. Me preparan para una carrera sumamente profesional, la carrera de la familia James, en biología, y de repente me abandonan a mi suerte. No me queda más remedio que mendigar. Su padre le había escrito con frecuencia al colegio, mucho más que su madre, pero las cartas eran ensayos de explicar cosas, como si columbrara hasta qué punto un niño podía estar hecho para entender tal o cual idea, según este o aquel rasgo idiosincrático. Venían acompañadas de anécdotas y dibujos. No daban respuesta a las preguntas que John siempre hacía: ¿adónde iremos las próximas vacaciones?, ¿no hay un colegio en Chicago al que yo pueda ir?

John se alejó caminando. Encontraría un trabajo, cualquiera, y se olvidaría del laboratorio. Veremos cómo reacciona mamá. Sus padres lo habían preparado para que siguiese aquella carrera. La familia James había dado científicos generación tras generación. Iban a buenos colegios, sacaban buenas notas. Y, de repente, una llamada telefónica, un funeral, y se convertía en un desposeído. Veamos cómo reacciona a que su hijo sea un lavaplatos. Mi madre examina a diario toda clase de enfermedad horrenda, se dijo; toca la piel infectada, estudia bocas llagadas, cose fistulas anales. En cambio, no piensa contestar a mi correo.

John se detuvo en la calle silenciosa.

—Tu padre ha muerto —susurró. Recordó al joven indio que le había vendido los elefantes. «Hola, señor. ¿Busca una ganga, señor?». Ése era el espíritu. Véndete. John se dirigió con determinación a la puerta principal de la casa de sus abuelos.

Con poco más de ochenta años, la abuela Janet era todo lo que no era su hija: floreada y llena de volantes, habladora, seductora, perfumada, pija.

—¡Johnny! —gritó—. ¡Ay, señor! —pendientes y joyas adornaban su cutis empolvado, elegantes

medias negras le cubrían las piernas—. ¡Johnny el desaparecido! ¡Pues sí, aquí está! ¿No llamamos nunca, John James, no anunciamos nuestras rarísimas visitas, mi muchachito? Anda, ¡entra, entra! ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuántos años?

A las cuatro de la tarde su abuela insistió en preparar unos gin-tonics. Le ofreció unos cigarrillos largos. Colocó al joven en un mullido sofá de cuero.

—Vamos, cuéntamelo todo. ¡Todo!

Pareció encantada cuando su nieto empezó a soltarle sus problemas a bocajarro. John no había fumado desde hacía siglos, y sin embargo en aquel momento aceptó un cigarrillo tras otro. Le escocían los ojos y tosió. Necesitaba dinero para vivir, dijo quejumbroso. Estaba en una situación sumamente difícil. Estaba a punto de que lo desahuciaran. La abuela Janet asentía y suspiraba.

—Por supuesto —decía—, por supuesto que tu madre no podría acudir a mí en persona, ¿verdad? No podría escribirme a mí directamente. O telefonar. ¡Orgullosa hasta decir basta!

John se había terminado ya su ginebra. Guardaba un recuerdo vago de aquel ambiente rancio, tapizado. Se sintió exhausto, avergonzado de sí mismo, pueril. Había hablado demasiado rápido. El humo se le había subido a la cabeza. Por último, se reclinó en el asiento y clavó la mirada en los ojos legañosos de la anciana.

—Pero, por Dios, ¡qué guapo te has puesto! —exclamó su abuela. Se levantó para besarle, y a John lo invadió una nube de perfume. Llevaba pintados los labios, bordeados de arrugas, y el cutis empolvado—. ¡Sólo Dios sabe de dónde te viene la belleza! ¡Jack! —gritó con aparente alegría—. Tu nieto está aquí. ¡Eh, Jack! ¡Por el amor de Dios!

—Gritó a voz en cuello. John advirtió que llevaba tacones altos. Nadie acudió. —Está hecho un carcamal, el pobre— dijo divertida. —Se pasa la tarde entera durmiendo. No baja nunca. Y está sordo como una tapia.

Riendo y meneando la cabeza, insistió en que John le hablara de sus proyectos.

—Tienes que contármelo todo, querido. Si nos pides que invirtamos en ti, habremos de saber adónde van a parar nuestros recursos, ¿o no te parece lo justo? Todo, ahora mismo. Bien sabes que a los Sommers les gusta obtener un buen rendimiento de su dinero.

Sirvió otra copa. John recabó sus ideas y empezó a darle explicaciones sobre la estructura celular, el sistema inmunológico, la tuberculosis. La anciana no le quitaba ojo, asintiendo con aire solemne.

—Sí —decía—. Sí, sí, he oído hablar de ello, sí, ya sé.

John era consciente de que no tenía ni idea.

—¡Jack! —gritaba de vez en cuando, aunque con escaso entusiasmo.

—Así pues, existen cinco ciclos metabólicos —le explicó.

—Caramba, ¿no me digas? —exclamó. Los dedos jugueteaban con un valioso collar—. ¿Quién lo hubiera dicho?

—O bien, otra estrategia —le contaba poco después— consiste en interferir en los mecanismos reproductivos de la bacteria, hacerla impotente, para entendernos. No muere, pero no puede reproducirse.

—¡Impotente! —lo interrumpió la abuela Janet. Parecía ser la primera palabra que realmente

cobrava sentido para ella. Empezó a preguntarle si tenía novia. Se puso en pie, se alisó el vestido floreado, bastante ceñido, y fue a trajinar de nuevo con las bebidas.

—Hay una chica con la que planeo casarme —dijo John.

—¿Hablas de boda? —su abuela hizo una mueca—. Eres un poco joven para casarte, John —meneó la cabeza—. Tu abuelo y yo... —pero la anciana cambió de tercio—. Sería maravilloso sacarte una foto, porque estás guapísimo, pero no tengo ni idea de dónde está la cámara. ¡Jack! —incluso con tacones era más menuda que la madre de John, aunque estaba dotada de una energía nerviosa, crispada—. ¡Jaaaack!

Salió de la sala y se plantó al pie de la escalera para seguir gritando. El parqué estaba tapizado de alfombras.

—¿Dónde está la cámara, Jack? ¡Es tan carcamal! —volvió y tomó asiento de nuevo—. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Tu abuelo y yo no pretendíamos ser ningunos santos —sonrió—. Y tampoco esperábamos que nuestros hijos lo fueran. En modo alguno. Salud, por cierto —se inclinó sobre una mesita de centro para entrecuchar sus vasos. En el interior de los volantes de seda que remataban el escote, John atisbo la flacidez de sus senos—. Desde luego —añadió— hicimos la vista gorda con algunas de las diabluras —dijo con una risita— de tu tío Nick. Podía ser un poco cerdo, tu tío Nick.

—Ya —dijo John, con aire distraído. Sabía que su madre y el hermano de ésta no se hablaban desde que ella se marchó de casa.

—Tu madre, por el contrario, decidió castigarnos a todos con su bondad. Ya desde que cumplió, ay, pues dieciséis o diecisiete años, siempre tuvo que demostrárnoslo, tuvo que dejar bien claro que no necesitaba nuestro dinero para nada.

La abuela Janet aguardó un instante para ver cómo reaccionaba el muchacho. John tomó un sorbo de la copa que acababa de servirle.

—Y para ello, por supuesto, para dedicar toda su vida a hacer el bien, me refiero, tuvo que casarse con un hombre tan ciego y maleable como para seguirla por todos esos rincones del mundo dejados de la mano de Dios, donde con tanta facilidad puede hacerse el bien, ¿me equivoco? Dios tenga en su gloria a tu padre, no fue culpa suya, por supuesto. Bueno, vamos a ver —continuó con nervio—, te daré lo que necesites para superar este momento de dificultad. ¡No faltaba más! Sería un monstruo si no lo hiciese, ¿no crees? La familia es la familia. Un año o dos es el máximo, ¿verdad, cariño? Pongamos dos años, para cubrir el período hasta que te contraten, estoy segura de que así será, porque pareces muy inteligente, de verdad. Con la condición, eso sí, de que prometas no desperdiciar tu talento del mismo modo que lo hicieron tus padres.

Junto con la creciente oleada de alivio, a John no le pasó por alto que, a cambio de la ayuda económica, el precio a pagar sería dar toda la razón a la abuela Janet en la eterna pelea que libraba con su madre.

—No quiero que tires a la basura un cerebro tan dotado —repitió la anciana.

—No lo haré —dijo John.

—La cuestión es... —la anciana ladeó la cabeza, se quedó a la escucha, levantando la mirada hacia la puerta—. Ay, este Jack es un caso perdido —dijo entre risas—. A veces me pregunto si no estará muerto ahí arriba —meneó la cabeza. El cabello, con una cuidada permanente, se movió igual

que si fuera un sombrero holgado—. La cuestión es, Johnny —ahora bajó la voz—, que el Tercer Mundo es un pozo sin fondo. No puedes no estar de acuerdo con eso. Allí lo único que puedes hacer es invertir energías, ¿sabes? ¿Qué ha conseguido tu madre en toda una vida? Ha ayudado a diez mil personas, ¿es eso lo que ha hecho? Ha visto las sonrisas de agradecimiento en sus caras morenas, ¿verdad? Pues no, ¡no ha ayudado a nadie, a nadie en absoluto! Al día siguiente caen enfermos de nuevo. Al día siguiente mueren los hermanos, los hijos. Las esposas. O viven en la desdicha. Conozco el Tercer Mundo, John, y sé que no puede hacerse nada al respecto. Puedes ser todo lo proactivo que quieras, pero en el Tercer Mundo cualquier cosa se convierte en nada. Es una gota en el océano. Los negocios de Jack nos llevaron a Gambia, a Zimbabue, a Nigeria. Yo he visto lo que he visto, y sé lo que sé. Tu madre desperdició su vida en esa idea de salvar al Tercer Mundo, y mientras tanto se negó un lugar en el único mundo que por naturaleza le pertenecía. Inglaterra, Londres. El único lugar donde lo que ella podía hacer hubiera cobrado verdadero sentido.

John asintió.

—¡Y ni siquiera es cristiana! —empezó de nuevo la abuela Janet—. Tendría lógica si tu madre fuera cristiana, ¿no crees, cariño? Habría algún sentido si hubieran estado intentando convertir a las pobres almas Cándidas y ganarles el cielo. Pero ya nadie es religioso de veras, ¿no te parece? Ni ateo, a decir verdad. ¿Tú eres ateo? —preguntó—. Por supuesto que no, querido mío. ¡Tú eres científico! Nadie cree realmente hoy en día que va a ir al cielo. Y un cuerno. Ni a ninguna otra parte. En realidad, todos somos científicos, ¿o no? Aun cuando no entendamos nada de nada. La fe o la falta de fe han dejado de existir, ciertamente. Una palabra obsoleta. O sabes algo o no lo sabes. Así que, ¿por qué entregar tu vida a un puñado de primitivos? Sólo porque el bueno de Jack en los sesenta fue un *tory* de armas tomar que despotricaba contra los sindicatos y apoyaba una Rodesia blanca (a lo que, transcurrido el tiempo, no puedes por menos que darle la razón), tu madre decidió convertirse en una socialista visceral y ha estado castigándonos a todos desde entonces. ¿Y sabes qué? A tu tío Nick en particular. No te imaginas lo disgustado que se quedó cuando ella se distanció de él. Sólo porque se le insinuó a una amiga de Helen un día en que iba bebido. Tu madre no superó nunca aquella pataleta. En cambio, Jack votó a los laboristas en 1997. ¿Sabías eso? Jack «bonos basura», lo llamaban en la Bolsa. ¡Votó a los laboristas! —prorrumpió en una carcajada—. ¡Pensé que las ranas criaban pelo!

Sentado en el profundo sofá de cuero viendo la actuación de su abuela, por algún motivo John se acordó de la situación que se planteó entre su madre y él la última noche que pasó en Delhi. Se había sentido embargado por una tensión fuera de lo común, y un cosquilleo le recorría los dedos, los labios y las orejas, por el exceso de energía. Aún seguía allí, pensó, toda aquella tensión. Todavía estaba en el comedor de su madre. ¿Por qué?

—¿Crees acaso que tu padre se hubiera pasado la vida en el Tercer Mundo —estaba diciendo su abuela— de no haber sido porque tu madre se había esclavizado con esa ruinosa idea de la caridad internacional?

—Pasaron tres años en América —objetó al fin John.

—¡Sí! —exclamó la abuela Janet—. Sí, es cierto, y justo cuando el pobre tipo empezaba a hacerse un nombre propio, va ella y lo arrastra a la tierra de los bongos porque no hay nada que ella

pueda hacer en un país avanzado. O nada que la hubiera hecho sentirse una santa. ¡La santidad es una perversión! —declaró la abuela Janet. Hizo tintinear los cubitos de hielo en su vaso vacío—. Y si voy a darte ese dinero, Johnny querido, debe ser con la firme condición de que no acabe desperdiciado por ahí.

John trató de sonreír.

—Abuela Janet —prometió—, juro solemnemente que me forjaré una carrera en bioquímica con criterio, aquí en Inglaterra, o como mucho en Estados Unidos, y que tan pronto tenga un sueldo empezaré a devolverte el préstamo.

—Aunque... —su abuela hizo una pausa para expulsar el humo por entre los labios fruncidos—. Claro que si tu padre hubiera tenido algo de sentido común, habría hecho que Helen siguiera sus pasos, y no al revés. Igual que Jack hizo conmigo. Nunca hubo duda de cuál era mi lugar, aunque en realidad yo ganaba más que él cuando nos conocimos. ¿No lo sabías? Pues sí, tu abuelita ganaba más en su puesto de secretaria de lo que ganaba él empleado en el banco, o lo que fuera que hiciera.

John guardó silencio. Tras una vitrina alta, un reloj marcaba su tictac en brazos de un ángel de porcelana. La estancia estaba llena de caros objetos Victorianos.

—Papá necesitaba algo que lo ayudara a centrar sus ideas —dijo John al fin.

La abuela Janet se apartó de la ventana y se quedó mirándolo con perplejidad, como si el chico hubiera cambiado de asunto sin que viniera a cuento.

—Me refiero a un proyecto de grupo —dijo John—. Algo impulsado por un motor colectivo. Papá tenía tendencia a estar en todas partes, movido por sus caprichos, o dejándose llevar por la corriente.

—¡Porque tu madre lo quería sólo para ella! Ésa fue otra razón de que se lo llevara a los confines de la tierra. Lo quería en exclusiva para ella —luego, en voz más baja, añadió—: Helen era muy hermosa. ¡Qué desperdicio!

—Lo sé —dijo John con aprecio—. Aún lo es —sintió una punzada de emoción.

La abuela Janet lo miró con severidad.

—No quiero que te cases mientras te doy el sustento. ¿Queda claro? Eres demasiado joven.

—De acuerdo —John se armó de valor—. Necesitaré unas cinco mil libras para empezar —le dijo sin arredrarse.

De pie junto a un escritorio, la anciana cumplimentó un cheque.

—Jack —llamó de nuevo—. ¡Jack, ven a despedirte! —aguardó unos instantes y a continuación sacudió la cabeza—. Probablemente ni te reconocería, me temo.

—Iré arriba —ofreció John.

—No, no, no. Estoy demasiado cansada ahora, Johnny. Esto me ha dejado para el arrastre. Cielos, mira que venir a verme sin avisar siquiera. Soy octogenaria, querido, necesito descansar.

Llegado el momento, casi lo sacó a empujones por la puerta.

Así pues, en apenas hora y media John James había conseguido lo que quería: dinero. Y si el trayecto hasta Richmond había sido un largo y confuso recorrido a trompicones hasta el lugar adonde ni siquiera admitía que encaminaba sus pasos, el regreso a casa de Elaine para darle la buena noticia

fue un placentero viaje sin contratiempos, un viaje de conexiones de metro y satisfacción consciente.

—Ay, tengo ensayo —exclamó su novia. No quiso compartir una botella, pero lo arrastró hasta el dormitorio para el acto sexual más rápido y urgente de todo el tiempo que llevaban juntos—. ¡Es una noticia estupenda saber que no tenemos que casarnos! —gritó. La sonrisa maliciosa desapareció de su cara—. Felicidades, Jo —dijo en un susurro—. Bienvenido de nuevo a la sensatez.

—La verdad es que mi madre adoraba a mi padre —le dijo John un rato después, tras contarle la perorata de su abuela—. Y que mi padre sentía una inmensa admiración por mi madre. Estaban muy unidos —hablaba con la cabeza recostada en la almohada, mientras Elaine se vestía aprisa para salir—. A menudo, ella era la única doctora que hacía las cosas sin recibir un sueldo a cambio. A veces incluso pagaba la medicación de los pacientes de su bolsillo. En caso de emergencia, utilizaba los fondos de las investigaciones de mi padre. Él nunca se opuso. En realidad, mi padre no se oponía nunca a nada.

—Porque ella tenía una verdadera vocación —suspiró Elaine, moviendo las piernas con inquietud—. Y porque realmente la amaba. Espero poder entregarme de ese modo al teatro. Espero tener la oportunidad de hacerlo.

John objetó que aquello era muy distinto.

—Tú haces teatro porque te gusta, y porque quieres ser famosa. Mi madre lo hace todo por los demás.

—No es cierto —Elaine frunció el ceño—. Es porque amo el escenario, el arte que entraña. Es una pasión. ¿Por qué crees que nos quedamos siempre ensayando hasta tan tarde?

Su novio se incorporó un poco para mirarla, con la cabeza temblando, pero no quiso llevarle la contraria. Eran felices por primera vez desde que recibió la noticia de la muerte de su padre. Quizás ahora podrían seguir adelante con sus vidas. Para empezar, el padre de Elaine recuperaría sus doscientas libras.

Sin embargo, una media hora después de que se marchara, John empezó a caminar de un lado a otro de la habitación. ¿Por qué su madre no había contestado a los correos electrónicos que le había mandado? Deberían haber sido sus padres quienes le dieran aquel dinero, pensó, no una abuela chillona que aprovechaba para meter cuchara en su vida. ¿Qué había querido decir con eso de que aún no tenía edad para casarse? No hay nada decidido todavía. En un momento de agitación, John se puso el abrigo y echó a andar hacia su casa, aunque casi de inmediato recaló en un pequeño establecimiento con Internet.

«Papá —tecleó. Los únicos mensajes nuevos que había en su bandeja de entrada eran correos basura—. Papá, te odio por esto».

Las máquinas estaban en el sótano, debajo de una cafetería. Cuando apareció el símbolo que anunciaba que el mensaje había sido entregado, John corrió escaleras arriba y pidió un café. El hombre tras la barra era indio. Qué oportuno, pensó John. Se sentía agotado. Pero ¿por qué oportuno? La mitad del mundo es india.

Se llevó el café abajo y se preguntó en qué iba a emplear la media hora por la que había pagado. Tras el monitor se alzaba la tosca pared de ladrillo del antiguo sótano. El lugar olía a humedad. Al hacer clic en la bandeja de entrada sabía que únicamente encontraría la respuesta automática del

correo de su padre. Aun así, la abrió: «Albert James lamenta... En caso de emergencia, llame al...».

John sacó el móvil y, sin pensarlo, marcó el número. No había cobertura, le dijo el teléfono. Tendría que salir a la calle.

Entonces, por una de esas curiosidades de la sincronización del correo electrónico, al volver del mensaje a la bandeja de entrada, había llegado un mensaje nuevo. «De: Dra. Helen James, Re: DINERO». John advirtió la intensa inquietud que lo invadía mientras movía el cursor para abrirlo.

Querido John,

Lamento que tu situación sea tan acuciante. He estado tratando de dilucidar con exactitud cuáles son los recursos de que disponemos. Poquísimos, me temo. A tu padre siempre le gustó vivir al día. Ya sabes que su versículo favorito de la Biblia era: «Reparad en los lirios del campo, en cómo crecen: no trabajan ni hilan...». Dadas las circunstancias, lo único que está en mi mano hacer es escribirle a tu abuela para pedirle que tenga la amabilidad de depositar algún dinero en tu cuenta. Sin embargo, perdona que te lo diga, tienes ya veinticuatro años y has acabado tu tesis doctoral, algo de lo que estoy muy orgullosa, como lo estaría también tu querido padre. Así las cosas, deberías ser capaz de cuidar de ti mismo y por ello no logro entender el tono de estos correos electrónicos que has estado mandando, como si fueras la víctima de alguna especie de tsunami. Si insistes en ello escribiré a tu abuela, pero te pido que antes lo pienses bien. No me cabe duda de que te sentirás mucho mejor si solventas este problema por tus propios medios, como un hombre, y estoy segura de que ése habría sido también el deseo de tu padre.

Aparte de lo cual todo va bien por aquí. Empieza a hacer calor y el largo verano no tardará en dar comienzo.

Te quiere,

Mamá

John salió apresuradamente de la cafetería y empezó a caminar a buen paso. Sin pensar, se dirigió al este por Edgware Road y puso rumbo al centro, donde Elaine estaría acabando de ensayar. Necesitaba su compañía.

—Necesito algún tipo de medicina —musitó en voz alta—. Una droga.

Pensó distraídamente en la química de las emociones, en el equilibrio cambiante de los genes expresados o suprimidos, en las sutiles alteraciones de los ciclos metabólicos infinitamente superpuestos. Había empezado a llover de nuevo. Si existía algún paraíso para los charlatanes, era la psiquiatría, pensó.

Pasó de largo tiendas de ordenadores, de ropa, de muebles.

—Ahora tengo dinero —dijo entre dientes—. Puedo gastar.

Cruzó hasta Gloucester Place. La humedad flotaba en el aire. La noche era fría. Entonces vio a los actores y las actrices en la esquina de enfrente, que salían ya de la escuela donde ensayaba la compañía. No se quedaban hasta tan tarde, después de todo.

Eran una docena, llevaban impermeables o iban resguardados bajo paraguas. Atravesaron el patio y salieron por la verja de la escuela. Algunos se apresuraron hasta un coche, otros reían; entonces cuatro o cinco se disgregaron en un corrillo oscuro y se dirigieron hacia el pub de la esquina siguiente, The Ploughshare. Qué estúpido nombre, «la reja del arado». Era un pub nuevo. Ahora vio a Elaine cobijándose los brazos en el abrigo mientras caminaba. Hablaba sin parar y se movía con mucha coquetería, como si imitara a otra, contoneándose en su falda vaquera, disfrutando mientras se interpretaba a sí misma. El tipo bajito y fornido que camina tras ella debe de ser el director, pensó John. Sin duda un asiático. Uno de los hombres más jóvenes se puso a cantar, para lucirse. Un barítono. Elaine añadió su voz, pero apenas se la oyó con el ruido del coche que pasó en aquel momento. Elaine tenía una voz preciosa, aunque le faltaba caudal. «Papá me dice siempre que me falta voz», se quejaba. Ahora sacudió el cabello bajo la lluvia y cantó. John vio que era feliz.

Se apresuró a darle alcance. Podremos ir juntos a casa, pensó. Podremos hacer el amor otra vez. Ésa es mi mujer. Ya he elegido.

Justo cuando el grupo se detuvo en la puerta para abrirse paso, el director achaparrado rodeó la cintura de Elaine con un brazo y la atrajo hacia sí. Estaban detrás de los demás. Los actores aguardaban a que otro grupo saliera en fila india para poder entrar. Hubo una confusión momentánea. John vio que el brazo abarcaba, en efecto, la cintura de su novia. Y siguió abarcándola con firmeza.

La sala de espera de las consultas externas era asfixiante. Paul Roberts se había abierto paso sorteando un cuerpo tendido en el suelo, había sentido el agolpamiento de mujeres con bebés en brazos, de ancianos con vendajes, de olores decididamente desagradables, y se había retirado. Traspasada la verja, había media docena de mujeres sentadas debajo de un camión guareciéndose del sol. El asfalto estaba resquebrajado y roto. Algunas llevaban niños con ellas. El camión mismo parecía sacado de los años cuarenta, sin que desde entonces lo hubieran limpiado ni una sola vez.

Paul se puso a caminar de arriba abajo. La clínica estaba señalizada con un panel blanco en el que había inscrita una cruz roja. Había un muro rojizo lleno de suciedad, una valla de madera. Observó a una mujer en una de las ventanas de arriba lavándose los dientes mientras miraba a la calle, a un chiquillo volando una cometa desde la azotea, a un cerdo hozando entre la porquería en la alcantarilla. Era la Vieja Delhi, junto a las vías del tren, y todo estaba mugriento. La cometa del niño se enredó en los cables de la luz. Entonces una mendiga empezó a atosigarlo.

—Hola, señor —era una niña, una chiquilla que le tironeaba de los pantalones—. Por favor, señor.

La estrategia habitual de Paul era alejarse caminando a paso enérgico, pero aquella mañana estaba resuelto a apostarse en la puerta de las consultas externas hasta que llegara Helen James. Sentía crecer en su interior la frustración. La niña lo agarró entonces de la muñeca.

—¡Señor!

Paul encontró dos rupias para ahuyentarla y en ese mismo momento Helen se apeó de un mototaxi.

—Carece de sentido dar a los pedigüenos —le dijo la mujer, y ya había pasado de largo y entrado en la clínica. De inmediato hubo un clamor de voces.

—¡Hola, hola, señora!

Paul procuró no rezagarse de la multitud mientras ella giraba a la derecha y enfilaba un largo pasillo.

—¿Qué es lo que teme que diga en este libro? —le gritó—. ¿No puede reconsiderarlo?

Dándole la espalda, Helen sacó una llave para abrir la puerta de su consultorio. Llevaba un vestido verde claro.

—No tiene ningún derecho a acosarme —le dijo.

—Por favor —repuso él—, le pido una sola conversación más, y luego me marcharé de Delhi. No creo que eso pueda llamarse acoso.

Mientras se descalzaba en el umbral, la viuda levantó la vista. Había en su rostro una expresión dura, aunque también fatigada, y de repente vulnerable. Detrás de ella, Paul alcanzó a ver una habitación desnuda, apenas amueblada con una mesa, un lavamanos, un armario metálico, pósters en hindi. Por un segundo, la mujer le permitió mirarla a los ojos.

—¿Por qué insiste?

—Señora James, por favor, si pudiéramos simplemente...

Ella dio media vuelta y se alejó a coger una bata blanca de una percha.

—Vuelva mañana por la tarde, a las cinco —su tono era brusco. La gente ya se disputaba quién sería el primero en cruzar la puerta—. Y entonces le explicaré por qué su proyecto es una mala idea. ¡Por favor, todo el mundo! —levantó la voz—. En orden de llegada, por favor. Salvo las urgencias.

Resultó que aquella mañana había una urgencia, pero la madre de la chiquilla no se había percatado de ello y, en consecuencia, Helen no la visitó hasta pasadas las doce: una niña de cuatro años con un dolor de oídos agudo, la cara abotargada por una gran hinchazón, la piel seca y ardiendo.

—¿Hace cuánto que está así? —Helen habló en hindi elemental.

—Dos semanas —la mujer parecía dudosa—. Puede que tres. Yo trabajo mucho, doctora —tenía cinco hijos, le dijo. Su marido estaba fuera. Ella vivía fuera de la ciudad, al sur.

La chiquilla gritaba cuando la tocaban. Se llamaba Shruti. Un médico local le había dado unas pastillas, pero no había mejorado. No, la madre no sabía qué clase de pastillas. Eran blancas, tan grandes que tenía que partirlas por la mitad para que pudiera tragarlas. Helen fue al teléfono y habló con el supervisor de planta.

—Entonces tendrás que ponerla en una estera en alguna parte —le dijo al hombre con firmeza—. Diría que tres o cuatro días, si es que no es ya una meningitis.

A la madre le angustiaba dejar a la niña sola, así como le inquietaba perder su empleo si se quedaba. Helen fue tajante.

—La medicina debe administrársele constantemente, en el hospital, con un gota a gota. Debe llevarle este papel al supervisor —carecía de sentido tratar de explicarle la idea del gota a gota—. Siga el pasillo, luego a la derecha. Pregunte por Shobha Devi.

La cabeza de la madre temblaba de perplejidad. La chiquilla gimoteaba en el delirio de la fiebre. Helen sonrió.

—Shruti puede ponerse mejor, señora Ram, pero sólo si la deja usted aquí. ¿No lo entiende? Debe dejar a Shruti con nosotros. Está muy enferma. Podría morir.

A las dos de la tarde Helen había visitado a más de cincuenta pacientes. Cuando el último se fue, permaneció unos minutos sentada a solas. Era un alivio haber recuperado un poco de concentración y energía después de aquellos días imposibles de enero. Sin embargo, cuanto más tiempo transcurría, más evidente se hacía que las cosas no eran como habían sido antes de la muerte de Albert. Uno tenía que aceptar, había pensado siempre, que un trabajo como aquél sería extenuante y rutinario, aun cuando lidiara en todo momento con la vida y la muerte. Y a menudo descorazonador. Había que aceptar que quedaba poco tiempo para los cumplidos o para felicitarse uno mismo. Aprendías a sobrellevarlo. Ella siempre había sido obstinada. ¿Por qué la ausencia de Albert hacía que le resultara mucho más difícil?

La verdad era que, en el pasado, rara había sido la ocasión en que Helen se había dejado llevar por el desánimo. Por norma, los pacientes respondían con rapidez a la medicación y se recuperaban con celeridad, lo cual era gratificante; o, de lo contrario, morían pronto. Te olvidabas de ellos. Te acostumbrabas. Algunos dejaban sus camas sin ser dados de alta. Nunca sabrías lo que les había ocurrido. Muchos de los pacientes externos se iban de allí con sus medicinas y no volvían para hacer un seguimiento de su evolución.

—Lo que has hecho —había sugerido Albert en una ocasión— es volver el espíritu competitivo que te inculcaron en casa contra un oponente que jamás dará tregua: la enfermedad. Y además en el Tercer Mundo.

Era igual que combatir al océano, objetó, o a un río desbordado.

—Siempre será un enemigo más fácil que mi madre y mi padre —había contestado Helen, con sorna—. O que mi terrible hermano.

Mientras se lavaba ahora las manos, se miró al espejo.

—Albert —dijo moviendo los labios—. Albert.

Tal vez lo había elegido por marido porque sabía que él nunca competiría; Albert nunca le haría daño, y siempre se negaba a que lo hiriera en las muchas ocasiones en que ella había querido hacerle daño. Era mi espectador, se dijo de improviso. Ahora sólo me queda el espejo.

Escrutando el interior de sus iris verdigrises, el enigma de sus pupilas, Helen experimentó un instante de vértigo. Sintió su propia presencia con tal intensidad que a punto estuvo de desmayarse. Tuvo que apartarse y cubrirse los ojos con una mano.

Helen almorzó en la pequeña cantina de la clínica con un joven doctor holandés que había llegado para cumplir servicio voluntario. Ella le explicó las opciones con que contaban allí para tratar a un enfermo de cáncer a largo plazo.

—O sea, ¿he de aceptar que no puedo hacer nada? —inquirió con gravedad.

Era un hombre joven y guapo, del tipo de los que hasta cinco o diez años atrás se le hubiera insinuado.

—Yo lo veo de un modo más positivo —Helen sonrió—. Nunca desperdiciamos recursos en una causa perdida.

A última hora de la tarde visitó a los pacientes hospitalizados que le correspondían. Con dos sondas de suero alimentándole el débil palito que era su brazo, la pequeña Shruti yacía sobre una pila de esteras, profundamente dormida. La fiebre le había bajado un poco, pero la piel todavía le ardía. Al día siguiente sabrían si su madre la había llevado a tiempo.

Helen volvió al consultorio a recoger sus zapatos de calle. Fue entonces, mientras cerraba la puerta con llave para irse a casa, cuando vio al muchacho. Dobló tambaleándose la esquina del pasillo desde la derecha, seguido por la hermana de guardia.

—¡He encontrado a este granuja, estaba merodeando junto a la puerta de la cocina! —se quejó la mujer—. El muy ladronzuelo —intentaba echar al muchacho del edificio—. ¡No habla una palabra de hindi, ni tampoco de inglés!

Helen reconoció al instante las orejas de soplillo, que le daban un aire cómico, así como los ojos exhaustos, calculadores.

—Ya ha estado aquí antes —le dijo a la hermana.

El chico tuvo un acceso de tos. Parecía que apenas pudiera mantenerse en pie.

—¡Tápate la boca! —la hermana de guardia sacudió la cabeza—. Creo que le echa cuento, doctora James. Estaba intentando robar comida y ahora finge estar enfermo. Las consultas externas están cerradas —lo reprendió—, tendrás que esperar hasta mañana, si es eso lo que andas buscando.

—Voy a echarle un vistazo, Meena —dijo Helen—. Ya ha estado aquí antes —Helen se acercó al

chico, le puso una mano en el hombro y lo condujo hasta la puerta de su consultorio.

De unos dieciséis años, el muchacho había aparecido en algún momento del otoño anterior. En octubre o principios de noviembre. Había llegado solo. Helen se acordaba porque comunicarse con él había sido poco menos que imposible. No sabía una palabra de ninguna de las lenguas en que trató de hablarle. Había llamado a una enfermera, luego al supervisor. No pudieron sacarle nada. Tosía, se enjugaba la frente con una mano, se ponía los dedos en el pecho y jadeaba, con los ojos muy abiertos. Pero habían comprendido ya que padecía de tuberculosis. Helen podía olerlo.

Dio la casualidad de que fuera uno de los días en que Albert había pasado por la clínica. A Albert siempre lo atraía la gente que había allí, y nada le interesaba más que un desafío comunicativo. Se había sentado con el muchacho durante horas mientras aguardaba a que le practicasen diversas pruebas.

—Es birmano —informó Albert al supervisor de planta—. Su nombre es Than-Htay, o Maung Than-Htay, tiene padre y dos hermanas. Su padre era profesor en la aldea donde vivían. A su madre la mataron los soldados y vinieron a Delhi como refugiados. Estaba viviendo y trabajando en una tejeduría de seda, pero cuando empezó a toser le dijeron que se marchara. No fue capaz de encontrar a su padre. Ahora está solo, mendigando y comiendo en los templos sijs.

Era el procedimiento habitual en un caso como aquél llamar a una clínica especializada en tuberculosis, pero tras algunos tiras y aflojas resultó que había problemas con que el chico fuera birmano. El dinero estatal dedicado a los pacientes indigentes no podía dedicarse a extranjeros, aun cuando se hallaran en situación de asilo, lo cual ni siquiera era seguro en el caso del muchacho. Así que lo habían mantenido en la clínica para que iniciara el tratamiento, y lo dejaron marcharse cuando ya no era infeccioso.

En tanto que la enfermedad que padecía no lo impresionó, a Albert lo habían fascinado los inusuales gestos y expresiones faciales del chico, en particular el extraño modo en que torcía la cabeza al hablar. En parte se debía a que era birmano y en parte, pensaba Albert, a que sufría de una leve sordera. Cada movimiento, cada sonrisa, cuando fruncía el ceño o hacía una mueca lo exageraba todo con gran teatralidad. Sin duda ésa era la razón de que no captara el hindi, concluyó. Helen recordó que Albert había grabado al muchacho en vídeo. Luego, cuando abandonó el hospital, Helen se olvidó de él rápidamente. Ya no era responsabilidad suya.

Sin una palabra lo sentó en una silla y le hizo inclinarse hacia delante, levantó la camiseta sucia y presionó el estetoscopio contra la espalda. Había un resuello semejante al de un borboteo a través del lodo. Probablemente había dejado de tomar los antibióticos en el mismo momento en que lo dieron de alta. Ahora iba a hacer falta algo más fuerte.

Fue a sentarse enfrente de él. El muchacho miraba pacientemente al vacío por entre sus enormes orejas. No acertaba a recordar su nombre. Los nombres exóticos siempre se le iban de la cabeza. Una mueca de infelicidad le curvaba el labio superior, tenía la nariz un tanto chata, los ojos se advertían sagaces bajo unos párpados caídos. Era la política de la clínica no readmitir a quienes no hubieran cumplido con un período de tratamiento inicial. Ésa era una norma que dejaban clara a todo paciente al que daban de alta. Y Helen sabía que ya había más de una treintena en la sala de veinticinco camas. Exhaló un suspiro. El chico esbozó una débil sonrisa y dijo algo. Helen no entendió qué.

Tenía la voz muy tomada por el catarro.

—¿A-bet? —era una pregunta. Le siguieron unas pocas sílabas incomprensibles y, a continuación, de nuevo los labios de aquel muchacho enfermo repitieron el nombre familiar—: ¿A-bet?

A la tarde del día siguiente Paul Roberts y ella se sentaron en una cafetería del mercado de Khan. El aire acondicionado estaba muy fuerte y Paul sintió verdadero frío. A fin de compensarlo pidió tarta de queso y comió con un apetito que a Helen James le pareció pueril.

—Nadie quiere un libro sobre alguien que era completamente bueno —le dijo al americano.

Disfrutar de la comida le dio confianza a Paul.

—¿Y qué?

Ahora que la viuda había accedido a hablar de nuevo con él, albergaba la certeza de que cambiaría de opinión.

—Pues que una biografía de Albert no tiene ningún sentido. Sería un fracaso.

—Todo el mundo suponía que Gandhi era completamente bueno, y mire por dónde yo soy sólo uno de los muchos que han escrito sobre él. Y las ventas son más que sustanciosas.

—La vida de Gandhi era la política —dijo ella—. Su no violencia era interesante precisamente porque estaba en la palestra. Y ahora aparece su efigie en todos los billetes de banco de la India. En cambio, Albert se mantuvo al margen de cualquier lucha. Su rostro no aparecerá nunca en ninguna parte —por un momento, el labio le tembló. Había llegado a la clínica aquella mañana y había encontrado muerta a la pequeña Shruti, de cuatro años—. Lo único que usted podría hacer es elaborar una síntesis de su pensamiento. Eso sería útil, y yo le brindaría toda la ayuda que estuviera en mi mano darle.

—No soy un académico —objetó Paul—. Quiero poner a Albert ante la mirada del público. Quiero darle la visibilidad que merecía.

Helen dio un sorbo a su café.

—Quiere hacer dinero a costa suya.

—No —protestó Paul—. Quiero que la gente se interese en su manera de entender el mundo.

—No se lo permitiré.

Paul Roberts encendió un cigarrillo. Al inhalar logró hallar su sonrisa más encantadora.

—Con todo respeto, le diré que no puede usted impedir que escriba el libro. Cualquier libro. El problema es que sin su ayuda no será tan bueno.

Sosteniendo el cigarrillo a la altura de la rodilla, se inclinó hacia delante desde el otro lado de la mesa. Su cara rubicunda y sus ojos azules parecían sinceros, incluso apremiantes, y su abundante cabello rizado y la solidez de su corpulencia creaban una impresión de energía y aplomo masculinos.

—Señora James —su voz era un tanto ronca—. Tengo una propuesta que hacerle. ¿Por qué no participa usted del proyecto? La memoria de su marido es una especie de herencia, ¿no le parece? Todos sus papeles obran en su poder. En exclusividad. Trabajemos juntos. Podemos acordar un porcentaje de los derechos y usted podrá examinarlo todo antes de su publicación.

—Yo no necesito dinero —respondió Helen.

Paul enarcó una ceja.

—¿Y la clínica?

—La clínica no me paga nada.

—Eso es lo que imaginaba. Así pues...

—Eso es asunto mío. Voy tirando.

—Por supuesto —titubeó—. Entonces, ¿planea seguir trabajando ahí?

—¿Acaso hay alguna razón por la que no debiera?

Paul no había esperado que lo desviara de la cuestión de aquella manera.

—Bueno —aventuró—, pensé que tal vez decidiera marcharse ahora que algo importante ha cambiado en su vida. A veces un cambio propicia otro.

—Albert no desempeñaba ningún papel en mi vida laboral —dijo Helen James con aire cansino—, o al menos no durante los últimos veinte años. Así que su muerte difícilmente afecta mi labor.

Paul dio un golpecito a su cigarrillo para desprender la ceniza.

—Pensaba más bien desde un punto de vista... —inhaló de nuevo—. Bueno, pensando en una posible compañía. No del trabajo como tal. Aquí en Delhi...

—Por favor —lo atajó ella con brusquedad—. Soy vieja y mi vida se ha acabado. Albert era mi vida. No necesito compañía.

Paul se encogió de hombros.

—No era mi intención ofenderla.

La cara de Helen se puso colorada por la emoción reprimida. Paul se compadeció; no se decidía a seguir hablando.

—Perdone si estoy a punto de meter la pata de nuevo, pero me ha impactado de veras lo que acaba de decir. Ha dado a entender que va a seguir trabajando en la clínica, haciendo frente a esa oleada de enfermedad a diario, por lo menos en parte porque siente que su vida se ha acabado. ¿A qué edad? ¿Cincuenta y dos o cincuenta y tres años? Verá, sencillamente es que...

—¡Por el amor del cielo!

Helen sacudió la cabeza sin dar crédito a lo que oía. Se volvió hacia la ventana y miró hacia el callejón. Un agolpamiento de carretones y escúteres que se adelantaban unos a otros zigzagueando y sorteaban a mujeres cruzadas de piernas en el suelo junto a cestos de fruta brillante y a niños descalzos en busca de diversión. Extrañamente, la escena era insonora a través del grueso cristal de la ventana de la cafetería.

Se volvió a él de nuevo.

—No quiero ayudarle con su libro, y eso es todo —alargó el brazo en busca de su bolso—. Y en esta ocasión, señor Roberts, si no ofende su orgullo, yo pagaré la cuenta.

—Por mí, estupendo.

Paul permanecía tenso en la silla, sus mejillas llenas surcadas por las arrugas de una sonrisa de educada resignación. Ella se puso en pie y con dificultad empezó a deslizarse entre el banco y la mesa para marcharse. Sabía que Helen James se iba a su pesar; se había vestido con esmero para el encuentro con una falda y una chaqueta de corte elegante. Es un poco más alta que yo, advirtió el hombre. En el último momento le preguntó:

—Entonces, ¿qué es lo que teme que escriba?

—No empiece otra vez con esa tontería.

Sin embargo, se había detenido.

—¿Es que no se da cuenta —le dijo Paul— de la historia de amor tan extraordinaria que han vivido: usted y Albert juntos durante treinta años, su valentía en todas estas misiones médicas, la mente excepcional de su marido? —Paul guardó silencio—. Por cierto, ¿no nos tuteábamos ya al final de nuestra primera entrevista?

—Eso fue después de dos vodkas —torció los labios—. Hay en usted una presunción que no me gusta. Tal vez sea algo propio de América. A fin de cuentas, simplemente van a lo que van, y nada más.

—Supongo que me hago pesado para sacar adelante mi trabajo —dijo Paul—. Como haría cualquiera.

Al cabo de un breve silencio, sacudió la cabeza y empezó de nuevo:

—Aunque la verdad es que hay algo que no entiendo en todo esto.

Ella seguía de pie con una mano fina, nervuda, apoyada encima de la mesa.

—Y supongo que me intriga, y tal vez me hace ser un poco avasallador. Me da la impresión de que usted está... digamos que negándose el placer de hablar sobre Albert. No me cabe duda de que para usted sería un disfrute hablar de él. Así que empiezo a creer que no habla porque hay algo que no debe decirse.

Ella tomó asiento de nuevo.

—Dios, qué impertinente es usted —frunció el ceño—. Y resulta que además está muy equivocado.

—Convéncame —Paul se reclinó de nuevo en el respaldo, aunque mantuvo sus gruesos antebrazos estirados encima de la mesa—. Convéncame de que Albert James fue sólo un buen hombre que nunca hizo nada que mereciera un libro. La verdad es que al menos le debe usted eso. Sería...

—Por favor —lo interrumpió Helen—, difícilmente puedo deberle algo que él mismo nunca deseó.

Miró al americano con una franqueza inusual.

—¿No se le ocurre pensar que me complacería mucho charlar con usted, o en realidad con tanta gente como hiciera falta, si no estuviera básicamente interesado en obtener dinero a costa de Albert?

—Lamento que sea ésa la impresión que tiene —dijo Paul sin alterarse.

Helen consultó su reloj, hizo girar la correa atrás y adelante en la muñeca, pareció reflexionar.

—De acuerdo, le daré dos horas. Dos horas. A lo largo de las cuales le contaré todo lo que hay que saber. ¿Le parece eso justo? Luego puede perder la esperanza y renunciar al proyecto y dejarme en paz.

Paul sonrió abiertamente.

—Acepto. ¡Camarero! —llamó. Le preguntó al joven que se acercó si servían alcohol.

—Desde luego, señor.

—¡Excelente! —se volvió a Helen—. ¿Qué tomará usted?

Ella cedió.

—Un gin-tonic.

—Pero sólo servimos alcohol con el almuerzo del domingo, señor —dijo el camarero—. Sólo tenemos licencia para el almuerzo del domingo.

—Bueno, pues sírvanos un almuerzo de domingo.

—Pero hoy no es domingo, señor.

Paul se echó a reír.

—De acuerdo. Tomaré otro café.

Sin embargo, Helen James dijo que no, que sabía dónde podrían tomar una copa.

—Y sí, puedes llamarme Helen —le dijo.

—Nos conocimos en una cena que organizaban unos amigos, en el norte de Londres. En Finsbury Park. Recuerdo la caminata desde el metro. Yo trabajaba en urgencias, en el Royal Free. En Hampstead. Era mi primer empleo.

Helen había llevado al americano al jardín del Centro Internacional de la India. Paul había estado allí en una ocasión. Ella bebía vodka, él whisky. «Dos horas», había repetido Helen. Era un agradable espacio florido, animado pero tranquilo. Dos o tres conocidos la habían saludado con la cabeza. Hacía ya más de seis semanas que Albert había muerto.

—Yo estaba muy interesada en política por entonces. Todavía lo estoy. El acceso a la medicina siempre me ha parecido tan importante como la medicina misma. Todo el mundo defendía lo público frente a lo privado, en aquel momento era la cuestión candente; o lo uno o lo otro, nadie pensaba en una síntesis, y Albert estaba allí sentado en silencio, sin decir nada. Lo cierto es que sólo advertías su presencia porque era muy alto y trataba de ocultarlo, encorvándose, sentándose sobre las manos y cosas por el estilo. Entonces, bastante de improviso, dijo algo así como: «Si a la encantadora señorita le preocupa de veras la gente que no tiene acceso a tratamiento, lo lógico sería que estuviera en Botswana, no en Hampstead. Y si los jóvenes caballeros están realmente convencidos de la perversidad de la medicina estatal, seguro que están deseando coger el primer vuelo a Dallas».

Paul sonrió.

—¿Como si fuera una especie de árbitro?

—Albert siempre permanecía al margen de una discusión, y luego de repente hacía algún comentario al respecto. Se limitaba a definir posicionamientos, por lo general haciendo que sonaran un tanto ingenuos, y luego daba un paso atrás de nuevo. Podía ser bastante ofensivo.

—Así pues, no todo en él era pureza y bondad.

—Estaba al margen de todo —Helen se encogió de hombros—. Ser bueno es a menudo una ofensa en sí mismo.

—Yo diría que ahí la buena persona eras tú. Él carecía de cualquier interés personal por tomar partido en la discusión.

—Como quieras.

—En cambio, estaba interesado en ti.

—Llevó un tiempo... —Helen se interrumpió—. Pero volviendo a aquella conversación, yo le dije que en realidad sí, estaba contemplando la posibilidad del voluntariado.

—Entonces, ¿planeabas ya irte a otro país?

A Helen se le nubló la mirada.

—Sí, sí lo había pensado. Quería. Pero digamos que se hizo más real después de decírselo a Albert. Así que un año después nos casamos y, como probablemente sabes, enseguida nos marchamos a Kenia...

—¡Un momento! —Paul levantó una mano—. No puedes dar esos saltos hacia delante. ¿Cómo os hicisteis amantes, cómo os casasteis, cómo es que decidisteis ir a Kenia?

—Nos casamos en una oficina del registro.

—Eso ya lo sé. Por favor, ¿no puedes darme aunque sea una idea del noviazgo? ¿Hubo cartas de amor? ¿Tuvisteis que romper con otros... digamos... otros compromisos?

Helen miró fijamente al hombre. Paul le sostuvo la mirada. La mujer tenía una cara ovalada, atenta, y le brillaban los ojos, que captaban la luz vespertina. No acertaba a descifrarla. Entre tanto, camareros de librea blanca se movían con lenta formalidad india entre las mesas que ocupaba la gente acomodada de Delhi: señoras envueltas en saris de colores vivos, clientes que daban sorbos a sus cócteles y hablaban con animación y complacencia.

—La primera vez que salimos —dijo la mujer al fin— me invitó a ir a un concierto de música clásica. A Albert le encantaba la música clásica, pero yo tenía que ir a una reunión política. Al final vino a buscarme a casa, me llevó en coche a mi reunión, luego fue al concierto por su cuenta, y nos encontramos de nuevo después, para que me acompañara a casa. Recuerdo que mi madre quedó muy impresionada cuando pasó a buscarme, porque pensaba que aquel hombre me llevaba a un recital de música seria y, claro, Albert tenía cierto aire de académico desgarrado —Helen se echó a reír—. Hicimos eso muchas veces. Me ahorraba tener que contar adonde iba realmente. Mis padres solían darme mucho la tabarra por mis ideas políticas.

Paul sacudió la cabeza.

—¿Y después?

—Nos casamos y nos fuimos a Kenia.

—¿Antes de intercambiar besos?

Helen suspiró.

—Albert era un hombre maravilloso. Eso es todo lo que diré.

Paul se mordió el labio por dentro y frunció el ceño.

—Como te decía, estábamos en contacto con un organismo local que tenía mucho interés en extender el tratamiento médico más allá de la zona urbana. Las enfermedades infecciosas eran la preocupación principal. La idea era que estableciéramos un centro de tratamiento y vacunación a unos trescientos kilómetros al este de Nairobi, y disponer de una camioneta para llevar las medicinas a los poblados. Albert llevaría las pruebas de laboratorio de las afecciones más importantes. Yo me ocuparía de trabajar directamente con la gente.

—Pero, de los dos, ¿quién fue el que en realidad decidió ir?

—Yo no habría ido sin él.

—No estoy seguro de entenderte.

Pareció meditar su respuesta.

—Albert era el más tierno de los hombres. A decir verdad, a veces me hacía pensar que era más tierno de lo que dicta la naturaleza. Sin embargo, a él parecía gustarle que yo fuera brusca y práctica.

—Tal vez más brusca y práctica de lo que dicta la naturaleza.

Helen se rió.

—Alguna gente es de esa opinión. En cualquier caso, lo que estoy diciendo es que él me dio ánimos, pero le gustaba permanecer en segundo plano. Le entusiasmaba la idea de ir, pero tal vez más de estar lejos de Inglaterra, o de su familia, o simplemente de verme haciendo lo que estaba resuelta a hacer. No lo sé. A veces pensabas que una decisión había sido tuya, y meses después sentías que en realidad era Albert quien te había coaccionado a tomarla, por el mero hecho de estar ahí observándote.

Una vez más la luz se reflejó en sus ojos. Alargó la mano y se arregló el lazo que le sujetaba el pelo. Era cabello color miel vetado de gris. El lazo era verde. Tras ponérselo bien, dijo con un tono completamente distinto:

—Pide otra copa.

El americano obedeció al instante.

—¿Y cómo fue el trabajo en Kenia?

—No hay nada que decir salvo que lo había a espuestas: una afluencia constante de personas con toda clase de dolencias y, como siempre ocurre en esos lugares, todo el inventario de problemas políticos, de obstáculos, de faltas de comprensión y de trabas que puedas imaginar: bandas que trataban de sacar tajada y controlar cómo distribuíamos las pocas camas de que disponíamos, intentando decirnos con quiénes podíamos trabajar y con quiénes no. Siempre era cuesta arriba. Siempre estábamos agotados.

—¿Y cómo se sentía Albert? Me refiero a que su formación era la investigación científica, no el trabajo médico.

Llegaron las bebidas. Helen se tomó la mitad de su copa de un trago.

—Odio los cuervos de este país —anunció. Los pájaros empezaban a descender al pasto a medida que caía la noche—. Albert le daba un enfoque intelectual. Le movía la curiosidad, no el trabajo mismo. La parte que más disfrutaba era aprender el idioma. Nunca he conocido a nadie que pudiera captar tantas cosas hablando tan poco. Era una esponja. Incluso quería que habláramos swahili en casa, cuando yo apenas era capaz de decir: «¿Dónde duele?». Siempre le encantó emplear las lenguas locales, aun cuando se pasara adivinando la mayor parte del tiempo. Y a pesar de que siempre las hablara todas ellas con un marcado acento inglés.

—Así que fue aprender lenguas lo que empezó a distanciarlo de la cooperación para acercarlo a la antropología.

—Podría ser —Helen apartó la vista y miró hacia el centro del jardín. Bajó la barbilla—. La verdad era... —dijo, volviéndose de nuevo y levantando su copa—. La verdad era que Albert siempre se rió de mí. En cierto sentido. Me admiraba... y a la vez se reía de mí.

Helen James prorrumpió en una carcajada nerviosa.

—Mira por dónde, he dicho algo que no esperabas, señor Biógrafo. Lo amaba profundamente y él se burlaba de mí, me alentaba y al mismo tiempo se reía de mí. Bueno, basta. No quiero que escribas

ese libro. No serías capaz de apresar a Albert en él. Por otra parte —y en ese momento su sonrisa fue más cuerda—, sería muy agradable si quisieras llevarme a cenar... señor.

—Llamaré a un taxi —dijo Paul.

Entonces hablaron de la India. Si bien el sistema de castas era mucho menos estricto, la mentalidad subyacente permanecía intacta, pensaba ella, y sancionaba cualquier forma de desigualdad. Al igual que la idea disparatada de que te reencarnabas en aquello que fuera digno de ti.

—A Albert le encantaban todas las intrincaciones de las castas; qué come tal grupo y qué ropas lleva en tales o cuáles ocasiones. A mí me da una pereza terrible. He intentado aprenderme las historias de sus dioses, pero nunca logro recordarlas: Parvati, Shiva cortándole a Ganesh la cabeza, Garuda, Shesha. No sé cómo puede alguien tomarse en serio todo ese batiburrillo. Puedes ver de dónde viene todo Bollywood. Albert lo adoraba, todos los mitos y la estúpida fanfarria que los envuelve. Aunque su mente nunca se plegó. Al final, también se burlaba de todo eso.

Había llevado al americano a un local de Vasant Vihar donde subieron tres tramos de escaleras hasta una sala apenas amueblada con unas cuantas mesas, demasiado juntas, donde servían comida sencilla y muy condimentada. A Paul le llamó la atención el apetito de la mujer. Había pedido cordero y cerveza. Era como si de repente se hubiera acordado de comer y beber. Era una mujer guapa, pensó Paul. Tenía aún una melena abundante. Mantenía los hombros bien erguidos, los pechos se veían llenos. Y parecía hacerlo todo con gran determinación: comer, beber. Era fría, casi despiadada.

—A mí la India me ha parecido siempre estimulante y brutal —dijo Paul de repente—. Siempre me alegra mucho llegar aquí, pero mucho más me alegra volver a casa, no sé si me entiendes. Cuando aterrizo en Estados Unidos y salgo del avión siento un alivio increíble.

—Eso se supera —le dijo ella— al cabo de unos años.

—¿Y no piensas para nada en tu país?

—¿Te refieres a Inglaterra? De vez en cuando. Pero no tendría sentido volver.

—Allí tendrías a tu hijo.

Apenas pareció prestar atención a aquel último comentario.

—¿Por qué no me hablas de tu próxima esposa? —le preguntó ella—. Porque imagino que hay otra en camino.

Paul se echó a reír.

—Bueno, ¿y quién es impertinente ahora?

—Yo no pienso escribir un libro sobre eso, ¿a que no? De todos modos, tú mismo dejas muy claro que eres un hombre sensual.

—¿En serio?

—Sí.

—Pues no, no hay nadie —dijo.

Helen lo miró de soslayo.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó con una sonrisa irónica—. ¿O temes decirlo?

—De acuerdo —respondió entre risas—. Tiene veintiséis años. Se llama Amy.

—¡Ajá! Una diferencia de edad de... ¿cuánto? ¿Quince años?

—Me siento halagado. Diecisiete.

—¿Y no la echas de menos?

—Cruzamos correos electrónicos cada día.

—Así que va en serio.

Él se encogió de hombros.

—Lo pasamos bien.

—Y eso en tu opinión es algo serio.

Paul reflexionó.

—Una cosa que siempre me ha impresionado sobre la India es que, a pesar de toda la vitalidad que hay aquí, no es un país muy sexy. Las mujeres son bonitas, pero no te piden sexo a gritos: van muy tapadas y son contenidas —titubeó—. A lo mejor es por eso que me encanta volver.

—A tu frenética vida amorosa.

—Bueno, no querría exagerar.

—Tú mismo dijiste que eras compulsivo.

—¿Eso dije?

Helen frunció el ceño.

—Albert pensaba que uno de los problemas de occidente es que la gente no tuviera tanto una vida como una vida sexual. ¿Sabes? Todo se reduce a citarse y emparejarse mecánicamente. Admiraba el modo en que aquí las relaciones se mantienen más bajo control.

—¿Lo admiraba y a la vez se burlaba de ello?

—Exacto. La burla y la admiración eran una y la misma cosa para Albert.

—Pero ¿cómo es eso posible?

—No tengo ni idea.

—Pero...

—En su caso era así —dijo Helen—. Cuanto más amara Albert una cosa, menos se sentía parte de ella. Incluso la vida misma. A lo mejor es algo parecido a observar a los niños. Los adoras y te hacen gracia. Eso mismo sentía él por los cazadores de cabezas de Nueva Guinea. Otra alternativa sería decir que él era un niño observando a los adultos. Ya sabes lo ridículos y superfluos que les parecemos a los críos.

—Cierto en el caso de mis hijos, desde luego —accedió Paul—, siempre que puedo pasar cinco minutos con ellos.

Sin embargo, Helen había apartado la mirada.

—Albert siempre decía que le hubiera gustado ser un niño para siempre —la idea pareció sumirla en un estado meditabundo.

No quiso ningún dulce ni café, sino que pidió directamente la cuenta. Ha acaparado la velada, pensó Paul. Él dejó que ocurriera y se dio cuenta de que, aunque ella había cambiado el enfoque de su encuentro por completo, no había dejado de sentir en ningún momento una marcada continuidad, incluso una intensificación de la verdadera naturaleza de la mujer: una luchadora, decidió.

—Esta corre de mi cuenta —propuso.

—Gracias —dijo ella. Al pie de la escalera, Helen sonrió y lo tomó del brazo—. Ven conmigo.

La zona, un barrio residencial, bullía de coches y cláxones y toda variedad de puestos de comida a pie de carretera, de hombres que anunciaban a gritos sus mercaderías, grupos que comían cruzados de piernas en el suelo de platos de papel de aluminio. Helen dio una palmada a una vaca atada a una bomba de agua.

—¡Hola, *Daisy*, bonita! —se volvió riendo para mirar a Paul de frente—. ¡No es demencial que les toquen los genitales para purificarse! ¿Se te ocurre algo menos puro que el coño de una vaca?

Helen James avanzaba a grandes zancadas, poco menos que desbocada, tirando del americano, que la seguía. Dice que la India no le gusta, pensó, pero salta a la vista que aquí está a sus anchas. A sus anchas, aunque quizás no le guste. Sin previo aviso, Helen empezó a cruzar la calle. Paul se halló conducido a través de por lo menos cuatro carriles atestados de coches, escúteres, mototaxis, autobuses, camiones, inmersos todos en una marea de cláxones y volantazos. Cada nuevo encuentro con un vehículo era un desafío audaz e insolente. Reinaba el caos. Helen se reía mientras los faros lanzaban destellos y cambiaban bruscamente de dirección.

Al otro lado, tras meterse con dificultad por entre los vehículos aparcados, Paul descubrió que su meta era el mostrador de una licorería que daba a la calle.

—Media pinta de Royal Challenge y una bolsa de agua —le dijo Helen al hombre. El tendero llevaba una bufanda alrededor del cuello, a pesar de la tibieza de la noche—. Pasa —le dijo a Paul con una seña.

La licorería era un espacio minúsculo lleno de estanterías mugrientas con una gran nevera para la cerveza. Helen pasó por detrás del mostrador y traspasó una puerta al fondo. Paul la siguió hasta una habitación en cuyas paredes se apilaban cajas de cerveza. Había tan sólo unos cuantos taburetes de plástico diseminados al tuntún. Un hombre de poco más de sesenta años estaba sentado solo, bebiendo whisky de un vaso de plástico. Los saludó con una inclinación de la cabeza, pero sin sonreír.

—Siéntate —dijo Helen, cogiendo un taburete.

—Podríamos haber encontrado un bar más agradable —protestó Paul—. Podríamos haber ido al Ashoka.

—Éste es más de mi estilo —le dijo ella—. Y más barato.

El dueño se quedó en la puerta sonriendo de oreja a oreja. Era rollizo, panzudo, con la cara picada de viruela.

—Hola, madam, sí, madam.

Era evidente que la conocía. La habitación estaba iluminada por una bombilla desnuda. Helen dividió el whisky en dos vasos, rasgó la esquina de la bolsa de agua con dientes fuertes y, sosteniéndola con cuidado con ambas manos, sirvió. Paul permaneció sentado en una caja, observando. Las muñecas y los dedos de la mujer eran rápidos y los movimientos resueltos.

—No tenía ni idea de que existieran estos lugares —dijo.

—Así pues —Helen le tendió un vaso—, ¿qué es lo que imaginas que te oculto sobre mi genial esposo? El hombre más inteligente del siglo xx. Un crítico llegó a escribir eso en una ocasión.

Paul bebió. El whisky era áspero.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Estoy segura de que crees que lo sabes.

Helen le dijo entonces algo en hindi al hombre de la puerta y él se rió enseñando unos dientes marrones; el hombre que bebía solo asintió con melancolía.

—La verdad, no lo sé —dijo Paul—. Una aventura, supongo. O varias aventuras. Es difícil superar treinta años de matrimonio sin un solo accidente.

Ella estaba ya riéndose.

—Eso es lo que pensaría un post-puritano de Nueva Inglaterra con varios divorcios y jovencuelas a sus espaldas.

Paul decidió recoger el guante.

—Bueno, hubo aquel asunto en Chicago con la...

—Albert fue absuelto.

Paul dio un sorbo de whisky.

—¿A pesar de que una docena o más de los demás hombres a los que la chica había acusado acabarían todos por confesar?

—Sí, a pesar de eso. Siempre supe que no lo había hecho.

—Pero ¿cómo puedes estar tan segura? Un tipo que vende seguros de casa en casa trae con él a una chica y la ofrece como prostituta. Ésa era la historia, ¿verdad? Después, cuando la policía da con ellos, la chica delata a todos los que se han acostado con ella. ¿Cómo puedes estar segura de que, de todos ellos, Albert era el único inocente?

—Estoy segura —dijo Helen James con serenidad—. Conocía a Albert perfectamente. Y fue absuelto.

—Por falta de pruebas.

—¿Qué pruebas podían presentar una u otra parte? —Helen hizo una pausa—. ¿Crees que iba a preocuparme que escribieras el libro por eso, cuando ha sido de dominio público durante años? No guarda ninguna relación con eso.

—Bueno...

Un hombre joven entró en la trastienda con precipitación, agarrando con fuerza su botellín de cuarto de whisky y la correspondiente bolsa de agua. Se sentó en un taburete apenas a un paso de Helen y desenroscó el tapón. Antes de servirse la bebida, apoyó la boca de la botella en la pared y la inclinó un poco, de manera que unas gotas de whisky resbalaron por los ladrillos desnudos. Paul levantó una ceja.

—Para los dioses —dijo Helen, riéndose.

El indio sonrió, como si aquello fuera una broma. Vació la mitad de la botella en el vaso y lo apuró de un trago; luego hizo lo mismo con el resto. En menos de cinco minutos había terminado y se había ido.

—Impresionante —dijo Paul.

—Lo toman como una pequeña ceremonia —le explicó Helen—. A Albert le encantaba observar a la gente bebiendo.

—Entonces, ¿cuál es el motivo? —le preguntó Paul.

Ella se encogió de hombros. Con sus largas piernas cruzadas sobre el pequeño taburete, Paul tomó conciencia de que trataba con una mujer que todavía sabía cómo jugar las cartas de las que una mujer dispone.

—¿Acaso no quieres que la gente conozca a Albert, que lea su obra?

Ella echó atrás la cabeza y empezó a reír.

—A lo mejor es sólo que no quiero que tú escribas el libro.

De repente dejó caer hacia delante el peso de su cuerpo desde el taburete, se balanceó un momento y por poco no se desplomó sobre él. Paul sonrió y la agarró de un brazo.

—Pero ¿por qué no?

Ella lo miró a los ojos con dureza.

—Porque no me gustas, Paul —trataba de ponerse en pie—. No me gustas nada. Me recuerdas a mi hermano: otro hombre repugnante que tiene que conseguir a toda costa lo que quiere.

Se tambaleó, lo apartó de un empujón y se precipitó a la calle dando traspiés.

TERCERA PARTE

En la red

«Estoy aquí», escribió en un mensaje de texto mientras aguardaba en la cola de inmigración. Había los acostumbrados empujones para conseguir el mejor puesto. John los dejó empujar. El calor era ya sofocante. La luz fluorescente resultaba opresiva. Cuando la cola volvía atrás en su serpiente de cuerdas, la gente se escabullía para atajar. Te metían el hombro por delante. Este lugar es una batalla, pensó John. Tenía la mente en otra parte. Tenía la mente puesta en el teléfono, pero no hubo contestación.

—¿Dónde va a alojarse? —le preguntó el oficial de inmigración cuando dio un paso hasta el mostrador. John lo miró de hito en hito—. ¿Dónde va a alojarse, señor? No ha escrito ninguna dirección en su tarjeta de desembarque.

John estaba en blanco.

—Con mis padres. Cerca de los jardines de Lodhi.

Le dio la dirección.

—Estuvo aquí sólo hace tres meses, señor —el oficial examinó su pasaporte—. ¿Cuál es el propósito de su visita, por favor?

—Mi padre está enfermo —dijo John—. Se está muriendo.

El oficial lo miró a los ojos. John cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Lamento mucho oír eso, señor —dijo el hombre, y le tendió el pasaporte.

Después John se dirigió a la salida. No tenía equipaje que recoger. Enseguida empezaron a agarrarlo del brazo para ofrecerle taxis, hoteles, visitas a los lugares de interés.

—¡Señor! —era un hombre con pantalones marrones, camisa azul—. ¿Busca un chófer, señor?

—¡Hola, hola! Hotel, señor, ¿está buscando un hotel?

Todos llevaban pantalones y camisas de telas lisas, feúchas, grises o marrones. Todos decían «señor». De repente había una mujer con las mejillas despellejadas llenas de parches lechosos. Se puso de pie frente a él. Los labios flácidos también parecían camino de pelarse. Suplicaba en hindi, con las manos extendidas. John se abrió paso con dificultad entre la concurrencia y salió a la explanada delantera, donde lo recibió una tremenda ráfaga de calor y cláxones. ¿Cómo voy a coger un taxi, se preguntó, si no sé adónde voy?

Ya estaba sudando. Debía aguardar una respuesta a su mensaje. Volvió a escribir por sms: «¿Dónde y cuándo podemos encontrarnos?». No había ningún lugar donde entretener la espera. Ni una sombra. Eran nada más que las siete de la mañana. Tal vez el teléfono estuviera apagado. Lo abordaban hombres constantemente.

—¿Agua, señor?

—¿Refrigerio?

—¿Zumos, señor? ¡Hola!

Alguien soplaba un silbato. Podría llamar y averiguarlo, pensó. No quería llamar. No quería explicarse ante un extraño por teléfono.

Los taxis marrones avanzaban con lentitud y ejercían presión a lo largo de la explanada, apilados

en aquel espacio igual que animales que se hacinaran para pasar por una cancela. Una voz gritó:

—*Pa-tai-yei, ma-ti-alli-yei!* —algo parecido. Y luego de nuevo—: *Pa-tai-yei!* —era un bramido —*Ma-ti-alli-yei!*

El hombre vendía algo. John permaneció de pie con la cabeza apoyada en el muro, ahuyentando con la mano a todos los que se acercaban. Un hombre alto tenía tres cajas sobre la cabeza.

—No, gracias. No, no, gracias.

El tamaño de las maletas de la gente era extraordinario. Un hombre con un turbante rojo de tela brillante empujaba penosamente un carretón cargado, mientras que una anciana de panza regordeta y enjovada desgranaba una arenga a su lado. Un perro se acercó a oler la pierna de John, un chucho sin gracia. Debía esperar.

Entonces el teléfono vibró y había un mensaje.

«¡JO! ¿DÓNDE ESTÁS? NO PUEDES HABERTE IDO EN SERIO A LA INDIA. ¿POR QUÉ?».

Era el mensaje que no tocaba. Leyó aquellas palabras dos veces, pero no contestó. No estoy preparado para contestar. Tampoco se había sentido preparado para decírselo a Simon. Ni siquiera había llamado para decir que estaba enfermo. El viaje se había impuesto por sí solo. Debo volver a la India. Debía hacer frente a aquella turbulencia que había atrapado su mente y había hecho imposible la vida. No era algo que pudieras contarle a un oficial de inmigración. Debo reponerme, pensó. Debía castigar a Elaine. «La investigación científica tradicional sólo puede llevarse a cabo desde una posición de equilibrio, desde un nivel plano, en resumen, en las condiciones más artificiales». Eso era algo que su padre había escrito. John había encontrado el artículo en la Red. «Con guantes esterilizados en espacios esterilizados —había escrito su padre—. Con una mente lúcida y aséptica». La mente de John era un mar embravecido, un río que ha desbordado su cauce.

Durante el vuelo, una serie de sueños habían dejado en él tan sólo una impresión de ardua brega. Nada de imágenes o historias. Al despertar sintió los músculos cansados, la espalda dolorida. Había estado empujando carretas, cargando cajas encima de la cabeza toda la noche, mientras el Airbus cruzaba Europa, el Medio Oriente, Irán, Pakistán. Estaba trabajando por una vida desahogada, se dijo, trabajando como un perro para encontrar una posición holgada. Y ahora había otro perro a sus pies. Otro chucho. Todos los perros parecen el mismo perro en Delhi, pensó, chuchos descarnados y tensos. Observó a una mujer con un bebé colgado en bandolera al pecho y un chiquillo más mayor a la espalda. Caminaba despreocupada por entre los taxis hostiles y el clamor de las bocinas. Un conductor bajó la ventanilla para escupir.

A las ocho John había empezado a sentirse agresivo. No quería cacahuetes. No quería comprar melaza recién exprimida. Había un hombre moliendo caña de azúcar. Dentro de un momento voy a golpear a alguien, murmuró. Lo haré. Entonces se vio sorprendido por la idea de que Elaine había escrito aquel mensaje en mitad de la noche. Ahora son las tres y media de la madrugada en el Reino Unido. Observó a los europeos que se dejaban conducir hasta limusinas, o que acababan metidos en taxis. Un anciano se desvaneció y hubo que sentarlo encima de su maleta. Elaine estaba despierta cuando no debería estarlo. Un sij sostenía en alto una pancarta que decía «SR. TINOTY».

Cada vez hacía más calor; el cielo estaba emborronado y untuoso por el calor. El SR. TINOTY no

llegaba. El sij aguardaba pacientemente. Entonces llegó una fila de mujeres que cargaban encima de la cabeza arena en anchos cuencos de escasa profundidad. Había unos andamios que John vio en aquel momento, a su izquierda. Las mujeres iban de un lado a otro con los cuencos de arena apoyados en la cabeza sobre toallas, con sus saris chillones manchados de polvo. ¿Y si no obtengo respuesta a mi mensaje?

Un compresor de aire se puso en marcha, a continuación una taladradora. ¿Qué diría la abuela Janet si supiera que era así como estaba gastando su dinero? La taladradora empezó a comerse el pavimento de cemento. Su padre se jactaba siempre, recordó John, de no llevar nunca a cabo exactamente la investigación que había descrito al solicitar una subvención. Siempre se iba por la tangente. ¡Qué carta tan estúpida había escrito! *Me rondan, acaso a modo de bendiciones, sueños de ríos y mares, sueños de agua.*

«Jamás entenderían lo que realmente me proponía hacer», había dicho su padre, risueño.

«Pero él siempre rentabilizaba la inversión», añadía su madre.

¿De verdad lo creía? ¿Qué había en su trabajo de rentable? Cuando esté preparado la sorprenderé, pensó John. Apareceré sin avisar y lo hablaremos todo seriamente. A las nueve y media fue a pelear a la ventanilla de los taxis de prepago.

—A Connaught Place —les dijo.

John James hizo que lo dejaran en el anillo interior de la plaza central de la ciudad. Vagó durante unos minutos frente a los escaparates de las tiendas de lujo, pero la ropa que llevaba puesta pesaba demasiado con aquel calor. Y aquí los hoteles serán caros, cayó en la cuenta. Dobló al azar por una calle radial y deambuló durante tal vez un cuarto de hora, mirando las calles a derecha e izquierda en busca de letreros de hoteles, evitando a los mendigos bajo un puente del ferrocarril, ahuyentando con la mano a los conductores de *rickshaws*.

¿Por qué estoy alejándome tanto?, se preguntó. Había pasado hoteles sin entrar en ninguno. ¿Por qué no lo había hecho? Le daba la impresión de que debía de estar próximo a la Vieja Delhi y lo asaltó la idea de que en realidad no sabía nada de la ciudad, ni tampoco de la India, a decir verdad. El bolso de viaje que llevaba al hombro se le antojaba ahora increíblemente engorroso. Sentía el roce de las costuras de los vaqueros en la entrepierna. No tendría que haber venido, decidió. Lo que de verdad hubiera sido sensato habría sido seguir adelante en el laboratorio, obligando a su mente a volver a los cauces acostumbrados. Sin embargo, llevaba meses intentándolo sin éxito. Había tratado de hacer frente a Elaine. Seguro que ella le había escrito aquel mensaje en mitad de la noche porque acababa de volver a casa y había encontrado su nota. Entonces John se dio cuenta de que no había entrado en los hoteles porque en realidad no deseaba estar allí. Seguía albergando la esperanza de que todo aquello pudiera evitarse. Encuentra una habitación ahora mismo, se dijo, o te desmayarás.

—Hola, señor. ¿En qué puedo ayudarle, señor?

John había subido con dificultad las escaleras desde la calle. El hotel Govind estaba en el cuarto piso. Una mujer arrancaba pétalos de un montón de flores y con ellos iba formando dibujos en un ancho cuenco con agua que había sobre el mostrador de la recepción.

—Novecientas rupias la noche —le dijo la mujer.

John observó que se ponía un pétalo amarillo en la yema de un dedo. El dibujo consistía en una serie de círculos concéntricos. Un botones lo llevó por un largo pasillo, rodearon luego el hueco de una escalera y por último bajaron unos escalones. Había un cerrojo y un candado en la puerta. La habitación era estrecha y de color marrón, con un ventanuco que daba a una calle lateral con el empedrado roto, llena de motocicletas y carretones. No había papel de váter, sino una pequeña manguera para lavarte sentado en la taza. John se duchó, se estiró en la cama y cerró los ojos.

«Estás obsesionado con la idea de organizar y solucionar tu vida —le había dicho Elaine—. Para poder así enterrarte en tu estúpido laboratorio con tu maldita investigación».

«Estás tarado —le gritó cuando él había tratado de hablar de Hanyaki—. Si empiezas a venir a los ensayos a vigilarme no conseguiré relajarme, no seré capaz de moverme».

Lejos de ser dulce con ella, se lamentó, el director no paraba de quejarse de que no ponía el empeño necesario. De que no ponía la debida atención en el papel. Por eso se quedaba hasta tan tarde. El director la humillaba constantemente.

Desde entonces Elaine hacía el amor con ansiedad y entusiasmo, pero John había empezado a preguntarse si no sería todo falso. Era una lujuria impostada, igual que las voces que imitaba por teléfono. El sexo era una razón para la ironía. Elaine impostaba el sexo. Lo arrastraba hasta la cama, pero en realidad no quería hacer el amor. Así lo sentía él entonces. No era capaz de discernir si sus orgasmos eran auténticos o no. Eso lo inquietaba. Se corría teatralmente, pensaba. Tal vez Elaine no podía hacer las cosas si no las interpretaba.

John estaba perdido. Algo insondable e incomprensible había ocurrido entre ellos. Empezó cuando él fue a la India, o cuando ella consiguió el papel en la obra. Trataba de un atentado terrorista en un aeropuerto. O tal vez cuando le pedí que se casara conmigo. Hacían el amor y después ella lo abrazaba y lo colmaba de arrullos de chiquillo. Él no quería arrullos. Era un adulto. Elaine había puesto en escena toda aquella consternación cuando murió su padre, pensaba ahora. Aquélla fue la primera vez que lo había advertido. Actuó para demostrar que era capaz de actuar. Su familia la quería en la oficina de una compañía aseguradora, o tras el mostrador de un banco. El mundo real, como decía su padre. Ella trabajó su capacidad de actuar. Caminando a casa una noche, John sacó el móvil del bolsillo y llamó al número que aparecía en las respuestas automáticas del correo electrónico de su padre. Estaba en Edgware Road. El prefijo de la India era el 0091, recordó. Enseguida hubo señal de llamada. Una voz grabada habló, primero en hindi y luego en inglés. «La persona a la que llama no se encuentra disponible».

Había enviado un mensaje de texto. «¿Quién es? Soy el hijo de Albert James». Quizá si regresaba a la India podía reparar lo que se hubiera torcido la última vez. Entonces podría volver a casa y sentirse realmente allí. No hubo respuesta. Leyendo un artículo académico sobre la utilidad de los focos radiactivos para localizar la expresión genética de las células cancerígenas, se había hallado escribiendo en el margen: «Es el enigma lo que atrapa la mente». Se quedó mirando los torcidos renglones escritos a mano al lado de la pulcra columna del artículo impreso. No era algo que hiciera normalmente. «Por favor, póngase en contacto conmigo», escribió en un mensaje al número que figuraba en el correo electrónico de su padre. Sólo entonces se dio cuenta de que Simon estaba de

pie en la puerta, observándolo.

—Nos gustaría montar una presentación para la gente de Glaxo —le dijo el director—. Algo con PowerPoint, como de costumbre, aunque necesitamos impresionarlos.

John trabajó con eficiencia en el laboratorio a lo largo de abril y mayo, pero se limitaba a cubrir el expediente. La gente suponía que el bajón energético se debía a la dificultad que afrontaba para obtener una beca. No era para menos. Preparó una presentación para Simon. En ella decía lo evidente: había que pasar por miles y miles de permutaciones antes de que pudieran reconstruir el modo en que una bacteria pasa de estar activa a durmiente, y luego años después del letargo a la actividad. Sabía que Simon no pondría objeciones: era una presentación lúcida y bien documentada, ágil, a John se le daban bien esas cosas. Sin embargo, tampoco quedaría satisfecho. Faltaba algo, el entusiasmo de un compromiso más profundo, una idea imaginativa. Mientras tomaban asiento para mostrar al equipo de Glaxo las diapositivas, un mensaje llegó a su móvil: «Su padre era amigo mío. Me llamo Ananya».

¿Era un nombre de mujer o de hombre? No era la primera vez que John cometía aquella equivocación. Lo comprobó en cuanto hubo acabado la presentación. La primera entrada de Google correspondía a una tienda de moda, luego le seguía una organización benéfica. Pinchó en un enlace: *Ananya descubre la India*. «*Ananya* significa "ningún otro" en sánscrito —leyó—. Y la India es como ningún otro país, extraordinaria, inaleable». *Inaleable* era una palabra extraña para una página turística, pensó John. ¿Qué significaba, en realidad? Que no se mezcla. Que no se corrompe. Sin embargo, la India era pura mezcla. Seleccionó «Imágenes» y halló fotografías de mujeres indias. Ananya Chatterjee, Ananya Roy, Ananya Das. «Su padre era amigo mío». ¿Qué clase de amigo?

John había estado distraído durante la presentación ante el equipo de Glaxo. No había impresionado, y pese a todo no conseguía que eso le preocupara.

«Vaya tomadura de pelo», le había dicho a su madre aquella noche, después de la excursión al Taj. Cómo es posible, se preguntó John, decir cosas que uno no ha previsto decir, o plantear quejas que carecen de sentido, incluso para ti mismo. ¿De qué manera le había parecido una tomadura de pelo? Sin embargo, así es como acuden las ideas, cuando menos las esperas. Están en el aire.

Aunque no en el aire del laboratorio. En el trabajo, las ideas no acudían a él.

—Estás liada con ese Hanyaki o como se llame, ¿verdad? —acusó a Elaine. Inició la conversación justo después de hacer el amor—. Puedo sentirlo, Ellie. Sé que pasa algo.

Elaine guardó silencio.

—Si no me crees cuando lo niego —dijo—, ¿para qué voy a decir nada? —y secamente añadió—: En realidad me estoy tirando a todos los tíos del reparto. Y a las chicas también. Mmm, cariño, ¿hoy haremos un trío o dobles parejas?

En el fondo, lo único que John quería era trabajar. No podía. Tal vez el fondo no era en absoluto profundo. Ahora que tenía un poco de dinero, cogió la costumbre de beber mientras Elaine iba a los ensayos. Se aprovisionaba de unas cuantas botellas de cerveza en el piso, y también guardaba algo de whisky. Había empezado con el funeral de su padre, pensó. Asistieron aquellas muchachas, se esparcieron los pétalos amarillos, se dijeron los breves discursos, pero la ceremonia había terminado antes de empezar. *Una figura que preciso desesperadamente*, había escrito su padre. *Del*

mismo modo que él/ella quizás... Por alguna razón, no fue un funeral como es debido, pensaba John. Y yo no necesitaba nada hasta que ocurrió todo esto. «Albert era mi vida —dijo su madre—, y yo fui lo mismo para él». Y enseguida había pulsado el botón. Su padre había desaparecido entre el oro y el morado. «¿Estabas presente cuando mi padre murió?», le escribió a Ananya en un mensaje. Tres días después obtuvo respuesta: «Me gustaría conocerle».

A medida que pasaban los días, John se dio cuenta de que tan sólo era cuestión de tiempo. Eran días vacíos. Estaba asustado. Seguía trabajando doce horas al día en el laboratorio, pero en su cabeza ya no formaba parte del equipo. Seguía viendo a Elaine casi a diario y hacían el amor, pero no estaba con ella. Te has convertido en un solitario, pensó. Aquel japonés era por lo menos veinte años mayor que Elaine.

En el laboratorio, Simon le preguntó si había algún problema; había solicitado, le dijo el supervisor, una beca de investigación extra:

—Haré todo cuanto esté en mi mano por mantenerte, John.

Elaine le preguntó por qué estaba tan distante. Le traía pequeños regalos. Le compraba golosinas y pastelitos. John tenía la golosinería propia del hombre joven. Los engullía con whisky. Ella trataba de implicarlo en chismes acerca de su padre, que ahora se ofrecía a comprarle un piso a cambio de que encontrara el consabido empleo como Dios manda.

—Se asustan de cualquiera que tenga una vocación —decía Elaine—. A ver si no me va a quedar más remedio que huir al Tercer Mundo para que me tomen en serio.

John la escuchaba, pero no acertaba a reunir la indignación con la que la había apoyado en el pasado.

—Me gustaría saber en qué andaba trabajando mi padre cuando murió —dijo a modo de tentativa—. Me gustaría saber por qué se interesó por las arañas, de entre todas las cosas posibles —se echó a reír—. A lo mejor ni siquiera murió de cáncer. Tal vez le picó una tarántula.

Elaine le preguntó si todavía tenía aquellos sueños extraños del ataúd en el laboratorio inundado. Ya no.

—Sabes, mi padre nunca tuvo coche —le contó—, no aprendió nunca a conducir.

—¿Y? —le preguntó ella.

—Solía decir que los conductores estaban encerrados en una lógica de asesinos y víctimas, persiguiéndose unos a otros por una retícula de calles.

—Tu padre estaba como un cencerro —comentó Elaine—. Aunque, claro, seguro que tu madre lo llevaba en coche a todas partes.

—Siempre vivían en lugares donde puedes permitirte coger un taxi —explicó John—. En el supuesto de que hubiera carreteras.

«¿Puedo enviarte un correo electrónico?» le preguntó a Ananya en un mensaje de texto. Como siempre, la respuesta llegó al cabo de unos días. No disponía de correo electrónico. «Me gustaría conocerle —le repitió ella—. ¿Está en Delhi?». John guardaba sus mensajes en el móvil y los releía. «Su padre era amigo mío». «Me gustaría conocerle». «No tengo correo electrónico». No era gran cosa. John le escribió un correo a su madre: había visto a la abuela Janet, le contó, y ella le había dado algo de dinero. «Se pasó buena parte del rato hablando pestes de ti, por descontado. Por cierto,

mamá, ¿conoces a alguien que viva en Delhi llamada Ananya?».

Leyó lo que había escrito: «que viva en Delhi» era muy vago. Recordaba el modo en que su madre había cedido a la emoción aquella última noche en el piso.

—No puedo creer que se haya ido, John. Sencillamente, no puedo creer que haya ocurrido —había dicho aquellas palabras al pie de la letra, como si de verdad no pudiera creerlo. Había hablado sin trampa ni cartón—. No sé qué hacer, ni sé quién soy —había dicho.

John no envió el correo electrónico. Sin embargo, le parecía escandaloso que su madre no hubiera vuelto a escribirle para averiguar qué había sido de él, si había conseguido algún dinero o si estaba durmiendo en la calle. Con vaguedad, se preguntó qué iba a ser de ella. Envejecería y moriría en una tierra extranjera. ¿Qué ocurriría si caía enferma? No pediría ayuda. Tal vez no habrá nadie para darme la noticia de su muerte. ¿Acaso importan estas cosas? Elaine le dijo que le gustaría mucho ir a Delhi a conocer a la madre de John. No veía cuándo iba a encontrar el hueco, repuso él con acritud, primero con los ensayos y luego todo el tiempo que la obra estuviera en cartel.

—Lo que tú digas —dijo ella.

Llegó el momento en que John ya no pudo resistir por más tiempo. Era una cuestión física, o así lo sentía. Hacia finales de mayo. Pero no hay diferencia entre las cosas físicas y las mentales, John se dio cuenta entonces. En cuestión de unas pocas horas estaba en Heathrow, tenía su billete, estaba en el aire. Quedaban todavía seiscientas libras del dinero de la abuela Janet.

En el hotel Govind, John se despertó poco después de mediodía. Tenía la boca seca por el aire acondicionado y había un mosquito revoloteando. Se rascó un tobillo. Era extraño, pensó, hallarse en la misma ciudad que su madre sin que ella lo supiera. Entonces se acordó y cogió el teléfono con un gesto rápido. Había otro mensaje de Elaine. «Un día me pides que me case contigo, al siguiente sales huyendo. ¿Qué se supone que debo pensar? No he pegado ojo en toda la noche».

John necesitaba comer. Salió, encontró un sitio que daba a la calle y se sentó. Le ponía nervioso ser el único blanco y ver grupos de hombres jóvenes que no le quitaban el ojo de encima. Sólo había hombres en el local, inclinaban la cabeza sobre cuencos de papel de aluminio.

—Un poco de *dal* —pidió—. Por favor. Un *chapatti*. Un poco de cordero. Un botellín de agua.

Es una locura estar aquí, decidió. El calor resultaba asfixiante. La abuela Janet estaba en lo cierto al decir que era de locos pasar la vida lejos del hogar. Hay un lugar que tiene sentido, y luego están todos los demás lugares. Los ventiladores le arrojaban aire a través de una rejilla. Sin embargo, John no tenía un hogar. Nunca lo había tenido. Salvo por el laboratorio. «Me alojo en el hotel Govind, cerca de Bhavbhuti Marg —escribió en un mensaje de texto—. Por favor, ponte en contacto conmigo».

Se sentía a un tiempo apático y tenso. Era extraño que hubiese visitado tantos países en la infancia, y en cambio nunca hubiera aprendido gran cosa sobre ellos. Le había entusiasmado Chicago, pero sus padres se habían ido antes de que tuviera la oportunidad de descubrir el lugar. ¿Era posible, se preguntó John ahora, que la relación de su padre con la tal Ananya encerrara algo turbio? El matrimonio perfecto de sus padres había cimentado la mitología de la familia James, era el punto fijo de su movimiento constante. Formaban una pareja ejemplar, verdaderos compañeros. «Compañeros de travesía», se reía su madre. ¿Cómo iba John a forjar una relación que compitiera con aquella?

La comida era buena. Después de comer deambuló por las calles. Hacía demasiado calor. Se había puesto pantalones cortos y sandalias; parecía increíble que los indios pudieran llevar calcetines y zapatos y pantalones largos con aquel calor. Necesitaba agua. En un cruce observó a una chiquilla sacando piojos del pelo de su madre mientras la mujer permanecía sentada en el suelo polvoriento, golpeando con las manos un tambor. La niña estaba en cuclillas, cambiando el peso de una pierna a la otra, y los dedos levantaban mechones del pelo de su madre y arrancaban los piojos. Entre tanto, la mujer sostenía un ritmo lánguido sobre la piel de las congas. John se inclinó y depositó una moneda en el pedazo de arpillera que había a su lado.

Hasta la tercera mañana no llegó un mensaje. Estaba en su teléfono cuando se despertó. «Venga al puente cercano al Fuerte Rojo. A las seis p. m. Llevaré una bicicleta».

Sin embargo, John estaba entonces con diarrea. Tal vez había sido por lavarse los dientes con el agua del grifo. Llamó a recepción y le trajeron pastillas, plátanos, agua embotellada. Pasó la mayor parte del día en el váter, lavándose una y otra vez.

—Caos —murmuró.

John se enojaba más y más por haber venido. Lo había atraído hasta allí contra su voluntad un hilo misterioso. De miles de kilómetros de longitud. Su arácnido padre había tendido aquel hilo, atrayéndolo a un lugar carente de sentido. Nunca he estado muy apegado a mis padres, pensó, y aquí estoy, arrojando por la borda todo por lo que he trabajado, para averiguar lo que hay detrás de un hombre que no alcanzó ninguna meta en la vida. ¿Por qué no esperar a la biografía?, pensó con una risa amarga. A las cinco se marchó del hotel.

Había planeado ir a pie. Era poco más de un kilómetro, pensó. A los cien metros titubeó. Estaba entrando en la Vieja Delhi. Las aceras concurridas y el tráfico denso requerían un esfuerzo mayúsculo. Su estómago parecía a punto de ceder. Las cosas se movían a su alrededor.

—¿Necesita ayuda, señor?

Enseguida tuvo a un hombre pegado a él.

—¡Hola, señor! ¿Adónde va?

El indio rondaría los cuarenta, y sus mejillas café con leche oscuro asomaban bajo una mata de pelo. Un ojo permanecía inmóvil y sin vida, mientras que el otro brillaba vivaracho. Sonreía constantemente y, bajo el cabello negro y grueso, la cabeza no cesaba de moverse.

—¡Venga conmigo, por favor, señor!

John trató de resistirse, si bien apenas unos instantes después se halló elevado del suelo, sentado en un *rickshaw* tirado por una bicicleta.

Nunca antes había tomado un *rickshaw* de los de verdad. No había querido. Las finas pantorrillas de aquel hombre menudo esforzándose por tirar de él encerraban algo obscuro. John contuvo el vientre mientras contemplaba el bullicio de las calles.

Puesto que el conductor imaginaba que era un turista que quería ver los lugares de interés, se apartó de su recorrido para llevarlo por Chandni Chowk. El *rickshaw* ralentizó hasta ir a paso de peatón por entre la multitud concentrada en el mercado. Los vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías a voz en cuello. Abalorios y abanicos pasaban por delante de sus narices a cada paso.

John estaba aturdido. Cuando apareció el Fuerte Rojo, imponente y sólido al final de la calle, comprendió al instante la atracción de un orden islámico estricto. Necesito un lugar amurallado, pensó, un lugar tranquilo, donde uno pueda pensar y trabajar. Los musulmanes habían sido grandes científicos en la antigüedad, recordó. ¿De veras lo fueron? Crearon espacios artificiales. Con aquellos... ¿cómo se llamaban? *Jawabs*. En aras de la simetría. ¿Por qué demonios su padre lo había mandado hasta el Taj? Ahora voy a verme con una mujer que conoció a mi padre, se recordó. Y voy a verme con ella a espaldas de mi madre. A espaldas de mi novia. Ese aspecto no se le había ocurrido antes. Como si yo tuviera un hijo con Elaine y dentro de veinte años ese hijo fuera a visitar a una mujer que me hubiera conocido, sin hablar del asunto con Elaine. O como si el hijo del director japonés fuera a visitar a Elaine sin decírselo a su madre, la esposa del director. John sonrió. «Incluso los paranoicos pueden ser traicionados», recordó. Era algo que su padre había dicho en una ocasión. Nunca habría imaginado que recordaría tantas cosas de las que su padre había dicho.

El conductor del *rickshaw* lo llevó hacia la izquierda de la fortaleza, por una empinada pendiente donde había puestos de fruta, cerdos y alcantarillas inmundas. En realidad era bastante agradable que lo llevaran a uno. Las ruedas del vehículo llevaban una amortiguación estupenda, y el cojín sobre el

que iba sentado era grueso. Estaba a gusto. Otros en la calle subían penosamente la cuesta. El conductor tuvo que contener el impulso de los pedales cuando la pendiente empezó a descender en picado y el vehículo se aceleró. Pasaron bajo un puente de carretera donde había cuerpos durmientes entre la basura y las moscas, y luego bajaron hasta la orilla sucia, para llegar por último al puente.

John se dio cuenta entonces de que lo había visto antes en fotografía: una estructura de mecano larga, desvencijada, que formaba dos puentes paralelos de un solo sentido, cada uno de ellos con dos niveles, por los que el tráfico rodado discurría hacia un lado o el otro en los niveles inferiores, mientras que los trenes pasaban con estruendo por arriba en el mismo sentido.

—Puede dejarme aquí —dijo John.

El conductor no quería dejarlo.

—¿Adónde quiere ir, señor?

—Aquí me va bien. Muchas gracias.

Eran las seis menos diez.

—¿Quiere cruzar el puente, señor? ¿O quiere ir a los Ghats? Muy bonitos. Vijay Ghat. Raj Ghat.

John sacó la cartera y le dio al conductor cien rupias. Era una exageración. Saltó del asiento.

—Tengo que encontrarme con alguien —dijo.

—Yo le espero, señor. A lo mejor puedo llevar a dos personas, señor. Usted y su amigo, señor.

En lugar de alentarle a irse, el dinero había hecho que el hombre se empeñara en quedarse.

—No quiero que espere. Mi amiga vendrá en bicicleta.

El conductor no pensaba marcharse. Sacó el *rickshaw* de la calle y lo aparcó en la orilla fangosa. A John le sonaron otra vez las tripas. Dejó al hombre en la orilla y fue hasta el punto donde los peatones y los ciclistas cruzaban el puente por una pasarela separada de la carretera mediante rejas de hierro. Todo estaba hecho de hierro negruzco, saltaba a la vista que era viejo. Apretó los dientes y contuvo el estómago. Seis metros por debajo pasaba lento el río marrón, moteado de basura. Había niños nadando como ratas en una espuma amarillenta. Ancha y melancólica, la orilla del otro lado parecía desconectada del trajín ruidoso del puente. ¿Qué clase de mujer sería?, se preguntó. ¿Europeizada? ¿Cincuentona? ¿Treintañera? Un sij entrado en carnes arrastraba un escúter estropeado. Pasaron dos chicas musulmanas con burka. ¿A quién le habría dado su padre su teléfono móvil?

—¿Es el señor John? —se volvió y encontró una sonrisa nerviosa y protuberante, dientes relucientes e irregulares. Una muchacha adolescente, con pantalones holgados y blusón, detuvo su bicicleta y apoyó un pie en el suelo—. Soy Ananya. Vamos, debe caminar a mi lado.

Saltó de la bicicleta y empezó a empujarla por el puente.

—No quiero que la gente nos vea —dijo.

John no preguntó por qué, sino que acomodó su paso al de la chica por los tablones de madera. Era mucho más menuda que él, caminaba con una ligereza grácil. Por el rabillo del ojo, John advirtió que el conductor de *rickshaw* los seguía.

—Pensé que serías más mayor —dijo John.

La chica se volvió. Llevaba el pelo recogido en una gruesa trenza negra y reluciente. Las mejillas eran redondas y oscuras.

—El señor Albert tenía muchos amigos jóvenes —dijo riéndose.

La bicicleta mediaba entre ambos. Era una de esas bicicletas antiguas de señora. Los pantalones y el blusón de la chica eran color verde guisante, llevaba un pañuelo granate anudado al cuello. Las manos, sobre el manillar, eran diminutas. El tráfico rugía y el puente reverberaba y se estremecía.

—El señor Albert era muy cariñoso —la muchacha tuvo que levantar la voz—. Nosotros intentábamos ayudarlo en su investigación.

—¿En qué investigación? —preguntó John.

—Pues su investigación —dijo ella con vaguedad. Sonrió, inclinándose hacia delante para empujar la bici—. Éramos muchos. Diez, doce. Interpretábamos cosas.

—¿Y mi madre sabía de vosotros?

La muchacha pareció desconcertada.

—Pero ¿cómo lo conociste? —preguntó John—. ¿Por qué te dio su teléfono?

La chica pareció complacida de explicar la historia.

—Yo estaba bailando en una boda. Trabajo con mi padre; tiene una tienda de saris. Fue en una boda. El señor Albert nos pidió a mí y otros bailarines que le ayudáramos. Conocía a una de las otras chicas. Vimala. Teníamos que interpretar cosas. Era un teatro. Era muy bonito. Él quería a chicas que no fueran actrices. Debíamos impedir catástrofes.

—¿Cómo?

En ese momento se desató una tormenta de bocinazos. Hacia la mitad del puente un mototaxi se había estropeado y el conductor estaba cambiando una rueda. Entre los raíles de hierro a cada lado, apenas quedaba espacio para que pasaran otros vehículos. A John le llamó la atención la urgencia de los cláxones y la calma que por contraste se dibujaba en las caras de los conductores. Como si aquella gente estuviera a un tiempo frenética y en paz. Mientras cambiaba la rueda, el hombre del mototaxi permanecía bastante impasible ante el clamor que había provocado. El conductor del *rickshaw* de John mantenía su posición a escasos pasos por detrás de ellos. Cuando John se volvió, una sonrisa desmesurada salió de sus labios manchados.

—¿A qué te refieres con eso de impedir catástrofes? ¿Y el teléfono?

—Ay —se rió ella—, ¡tienes tantas preguntas!

Mientras hablaban, constantemente tenían que hacerse a un lado para dar paso a los peatones que venían en sentido contrario. Más allá del río, el día se disolvía de repente en la noche y el humo se alzaba en columnas luminosas desde los bancos de arena.

—Albert quería que explicáramos aquellas historias —dijo la chica—, y también que hiciéramos bailes y representáramos cosas.

—Pero ¿por qué?

Ella se encogió de hombros, luego detuvo la bicicleta un instante. Su frente se arrugó.

—Había una expresión que él solía utilizar. La he olvidado. Nos lo pasábamos bien con él. Hice algunos amigos nuevos. Debíamos preparar una representación. Todo el mundo estaba muy entusiasmado. Entonces el señor Albert murió.

El puente tenía más de cuatrocientos metros de largo. Siguieron caminando, haciéndose a un lado para que pasara un hombre con una cabra. Era sólo otro de los proyectos antropológicos de mi padre,

pensó John. He desperdiciado cientos de libras para encontrarme con una chiquilla boba a la que papá había engatusado para uno de sus estrambóticos proyectos.

—Las personas son perros rabiosos —anunció la chica. Se le iluminó la cara. De nuevo, detuvo la bicicleta—. Las personas son perros rabiosos. Eso era algo que el señor Albert decía.

—¿Perros rabiosos? ¿Y?

—Debemos impedir que muerdan.

—Pero ¿cómo?

Ella sacudió la cabeza.

—Ésa era su investigación.

Cuando John captó su mirada, se dio cuenta de que ella misma no entendía por qué se había metido en todo aquello. Era muy probable que su padre no quisiera que lo entendieran.

—Nosotros lo pasábamos bien.

Se aproximaban al final del puente. John alcanzó a ver a un policía dirigiendo el tránsito en el lugar donde los vehículos que cruzaban el río confluían en el terraplén.

—Pero ¿por qué razón te dio su teléfono?

—No lo sé. Dijo que se marchaba. Los números de tus otros amigos están en el teléfono, dijo, si queréis quedar cuando yo no esté, si queréis seguir adelante con la representación.

La chica miró a John, un tanto a la defensiva.

—Así que te dio su teléfono cuando supo que iba a morir.

—La batería no sirve —dijo ella—. Sólo funciona cuando puedo ponerle el cargador. En la tienda de mi padre. Y no voy todos los días.

Dejaron la pasarela y siguieron caminando por el terraplén.

—Debemos despedirnos —dijo ella—. Mi padre pasará enseguida con el escúter.

—Pero... —John lo buscó con la mirada.

Ella lo observó con detenimiento, apresándose un labio bajo los dientes salidos.

—También quería decir... ¿es usted su hijo?

—Sí.

—No se parece a él.

—Claro que soy su hijo.

—Su padre no parecía tan enfermo, señor John. Fue extraño que me diera el teléfono. Dijo que había pasado por casualidad por la tienda de mi padre y entró. Dijo que debíamos seguir adelante aun sin él, que debía usar el teléfono, pero los otros discutieron todos y lo dejamos.

—Oye, ¿tú enviaste una carta para mí de su parte?

—¿Cómo dice?

—De mi padre. ¿Encontraste una carta que él había escrito y me la mandaste?

—No entiendo —dijo ella.

John volvió al hotel con el conductor del *rickshaw* que lo esperaba cerca, sonriendo y haciendo señas, seguro de su presa. Se sumergieron en el caos recalentado del tráfico de regreso al centro. Bajo un balcón, había una cabra encaramada en un gran bloque de madera, con una cadena enrollada al cuello de manera que si iba más allá del bloque se ahorcaría. Procedente de las torres de Jama

Masjid, un lamento que llamaba a la oración tensaba la oscuridad. Una multitud subía en tropel los escalones a través de la luz humeante de las farolas. John sintió que toda la fuerza y la determinación se habían desecado en su interior.

Querida Helen (si me permites el trato de confianza),

Dentro de poco regresaré a Boston, pero antes de marcharme quería mostrarte las páginas que abren esta biografía, con la esperanza de que cambies de opinión respecto a lo de prestarme tu colaboración.

Como verás, la introducción ofrece un sucinto repaso de la vida de tu marido, donde se da a entender el alcance y la ambición de su trabajo. Con el fin de abrir el apetito del lector, he osado conjeturar que su objetivo final consistía en hallar un nuevo estado mental, o un patrón de conducta, que proporcionara el punto de partida para una solución a muchas de las crisis actuales: políticas, medioambientales y existenciales.

En el segundo capítulo he esbozado los principales accidentes formativos de la infancia de Albert, y aquí estaría muy agradecido si pudieras corregir cualquier cosa que haya malinterpretado.

Huelga decir que el hecho de que hayas decidido no respaldar mi trabajo no sólo constituye un serio revés, sino que ocasiona también un considerable pesar en lo personal. Habría sido un inmenso placer trabajar contigo.

Atentamente,

Paul Roberts

Paul había llevado en persona aquella carta junto con cincuenta páginas mecanografiadas a la clínica de Helen James, y menos de cuarenta y ocho horas después recibió un mensaje telefónico en el cual lo invitaba a cenar en su piso. Aquello lo alentó enormemente. Su trabajo la había convencido, pensaba, y a modo de recompensa ahora tendría la oportunidad de ver la casa de Albert James. Aprestándose para salir al calor sofocante de la noche, Paul se afeitó con esmero y se vistió para conquistar con un traje claro de lino y camisa granate.

Sin embargo, al llegar al apartamento de los James, el americano descubrió que no era el único invitado de la velada.

—Voy a presentarte a Kulwant Singh —dijo Helen James con voz radiante, mientras lo conducía a la habitación que era el corazón de la casa. Se trataba de algo parecido a una fiesta. Un sij corpulento con un turbante azul soberbio y unos viejos pantalones holgados que lucía una barba abundante estaba sentado en el suelo cruzado de piernas, apoyado contra los estantes de bricolaje donde se alineaban los libros, mientras una señora de mediana edad con un abdomen considerable estaba de rodillas en un cojín y se inclinaba hacia delante en el centro de la estancia, pontificando con vehemencia frente a un inglés enjuto de carnes y su joven acompañante china.

Quitándose los zapatos, Paul se disculpó por no unirse a los demás en el suelo —«No soy un tipo flexible, así de simple», confesó— y ocupó un lugar en el sofá, donde de inmediato le sirvió una

especie de cóctel una chica alta que, descalza, correteaba con gracia de un lado a otro llevando bebidas y algunos aperitivos. Apenas Helen se había sentado junto a él para hacer las presentaciones de rigor y ya estaba de nuevo en pie para recibir a otra pareja, esta vez dos joviales ancianos indios. Un sencillo vestido blanco de algodón le daba un aspecto bastante aniñado para una mujer de su edad. Dirigiéndose a la puerta, gritó:

—Ah, por cierto, Aradhna, el señor Roberts es un experto en Gandhi.

Al volver, entre la ráfaga de apretones de manos, Helen le anunció acerca de la mujer que hablaba con vivo interés desde el cojín:

—Aradhna Verma es presidenta de la Fundación Gandhi de Delhi.

Así que, antes siquiera de poder echar un vistazo al apartamento a sus anchas, Paul se halló envuelto en una polémica en torno al modo en que los medios de comunicación indios tan sólo prestaban atención a la difícil situación de los pobres campesinos si a tal o cual celebridad le daba por decir una palabra en defensa suya.

—¡E incluso entonces —se lamentaba la señora Verma, exultante de indignación— los periodistas se interesan siempre más por la celebridad de turno que por los pobres! Quieren saber cuáles son los planes de Arundhati Roy para las vacaciones, o adónde va a rodar su marido su próxima película, cuando ella está tratando de hablarles de un paquete de emergencia para los morosos de microcréditos. ¿Os hacéis una idea —inquirió la mujer a los allí reunidos— de cuántos granjeros pobres se han suicidado por problemas con sus endeudamientos sólo en el último año? Es una vergüenza. ¡Miles! Muchas de sus esposas se han matado también. Y prácticamente en todos los casos podría haberse salvado una vida donando tan sólo mil rupias. ¡Mil rupias! O con el arresto de los prestamistas, por descontado, que son todos unos bellacos de la peor calaña. La policía debería trincarlos sin pérdida de tiempo, pero por supuesto acepta sobornos. ¡Y esos periodistas quieren saber si Arundhati va a ir al festival de cine de Cannes!

Elegantemente vestida con un sari gris plateado y una blusa naranja, con los dedos ensortijados enlazados sobre las rodillas, Aradhna Verma se balanceaba persuasiva de atrás hacia delante al tiempo que hablaba. La decisión de arrodillarse la había puesto en una posición dominante sobre quienes estaban sentados con las piernas cruzadas, y siempre que había un atisbo de interrupción levantaba la voz, que parecía resonar desde las profundidades de su abdomen macizo. Sólo cuando aceptó otro gin-tonic, a Paul se le presentó la oportunidad de comentar:

—Claro que el propio Gandhi fue toda una celebridad.

La mujer se volvió hacia él.

—Lo que digo es que la lección del Mahatma ha quedado muy olvidada por los hombres de prensa de hoy, y por ello debemos encontrar modos más agresivos y creativos de atraer su atención sobre las prioridades que él estableció.

—¿Agresivos? —preguntó Paul. La muchacha ofreció una bandeja de pinchos—. Gracias —dijo. Le encantaba comer.

—La no violencia no significa que debemos ser pasivos —repuso la mujer—. Es una confusión en la que vosotros los europeos caéis constantemente. O colonizáis el mundo con vuestras armas de asalto u os quedáis apoltronados sin hacer otra cosa que lloriquear y hablar de paz y amor.

—Yo soy americano —se rió Paul—. Lo cual es aún peor, imagino —levantando la mirada para incluir al resto del grupo, dijo—: Tal vez el problema sea que las celebridades son realmente mucho más interesantes para los lectores que los pobres campesinos. Desde luego, Gandhi era más interesante que las personas a las que trataba de ayudar.

—Pero ¿es que para ustedes las noticias son sólo cuestión de lo que es interesante? —replicó Aradhna Verma—. ¡Un hombre se mata por carecer de mil rupias y a usted le preocupa el entretenimiento!

Lamentando haber tomado parte, Paul recordó cuán en serio se tomaban los indios las discusiones sobre política y cuántos aperitivos podían devorar antes de sentarse a la mesa. El sij, sin embargo, sonreía bajo unos párpados pesados.

—Me temo que he olvidado su nombre —le dijo Paul.

—Kulwant Singh —alargó el brazo para tenderle una mano grande. Su voz era gratamente profunda, tenía unos ojillos picaros.

—¿Y cómo sigue tu hija, Kulwant? —intervino Helen. El hielo de su bebida tintineó mientras tomaba asiento en el sofá—. La pobre chica se hirió una pierna en un accidente de tránsito —le explicó a Paul, solapando su voz al zumbido de la mujer de la Fundación Gandhi, que de ese modo se vio obligada a ceñirse a hablar con el inglés y la chica china.

—Me temo que la boda se ha suspendido —dijo Kulwant. Torció el gesto—. No por la familia del novio, finalmente, sino porque Jasmeet se ofendió mucho al enterarse de que estuvieron que sí, que no, mientras ella precisaba la operación. Ahora dice que no piensa casarse con alguien para quien no significa más que bienes y pertenencias. Quiere igualdad.

—¡Bien dicho! —Helen dio palmas, y con un guiño añadió—: La hija de Kulwant a veces ayudaba a Albert en su investigación.

—¡Qué interesante! ¿Y de qué modo? —preguntó Paul.

Kulwant se encogió de hombros.

—¡A mí no me preguntes! Pero la verdad —dijo volviéndose a Helen— es que Jasmeet fue tonta al poner reparos a ese titubeo por la parte del novio. Nadie querría casar a su hijo con una chica que tuviera una sola pierna, ¿no es comprensible? De haber llegado el caso, lo cual a Dios gracias no ocurrió. A mi entender, su familia tenía todo el derecho a esperar —con cierto aire socarrón, dijo—: ¿Acaso Albert se habría casado contigo si sólo hubieras tenido una pierna?

A Paul le sorprendió la poca delicadeza de la pregunta, teniendo en cuenta el reciente fallecimiento del hombre, pero a Helen pareció hacerle gracia.

—Estoy segura de que sí —dijo—. Aunque tal vez las piernas no fueran la principal preocupación de Albert.

El sij estalló en una carcajada grosera, como si conociera cierta información que hiciera aquel comentario hilarante. Resopló y sacó un pañuelo.

—Jesús —dijo Helen con una sonrisa, y continuó—: ¿Qué dices tú, Paul? ¿Te casarías con tu preciosidad de Boston..., disculpa, he olvidado su nombre..., si perdiera una de sus sensuales piernas? —dirigiéndose al sij, se extendió—: Nuestro querido señor Roberts está a punto de casarse por tercera vez.

—Ah, mis más calurosas felicitaciones, señor —Kulwant inclinó su turbante. Había algo malicioso en el modo en que sus labios húmedos se movían en la barba oscura—. ¡Ustedes los americanos son tan emprendedores! Me temo que en la religión sij el matrimonio es para siempre, como mi querida esposa no se cansa nunca de recordarme.

—¿Te casarías con ella —repitió Helen— si la chica sufriera algún accidente?

—La verdad es que no pensaba casarme la semana que viene —se entretuvo Paul. Se daba cuenta de que Helen James lo ponía constantemente a prueba, como si no le pareciera lo bastante serio—. Si pienso en ello, no obstante... —dijo—. No, no lo haría. Tiene usted razón —le dijo a Kulwant—, a un hombre le gusta casarse con una chica con dos buenos zancos.

—¡Algo con que lo rodee a uno por la cintura! —el sij se echó a reír con estridencia.

—¿De qué estáis hablando por aquí ahora? —preguntó la señora Verma.

Helen se alisó el vestido sobre el regazo.

—Nuestro amigo americano acaba de comentar que si su joven novia pierde una pierna, finalmente no se decidirá por hacer de ella la tercera señora Roberts.

—¡Vaya! ¿Es que está enferma? —preguntó la muchacha china.

Paul se echó a reír.

—Es una situación puramente hipotética. Me han provocado para que dijera algo políticamente incorrecto.

—¿Y cuánto más joven que usted es la chica, si me permite la pregunta? —inquirió Aradhna Verma.

—Diecisiete años menor que yo.

—¡Pero es lamentable! —la mujer del centro Gandhi dio una palmada de asombro—. ¡Qué lamentable! —el tejido plateado de su sari resbaló—. Quiero decir que ¿qué clase de compañía puede hallar un hombre adulto con una chiquilla de esa edad? ¿Y qué es lo que ella puede ver en usted, la pobre, cuando debería estar meneando el culito en la discoteca?

—Sin duda ve en mí quince kilos de más —admitió Paul—. Pero le aseguro que nos entendemos de maravilla.

—Como una casa en llamas —se rió el sij, y tuvo que limpiarse de nuevo la nariz.

Las mujeres fingieron protestar.

Paul añadió:

—De hecho, de todas sus enseñanzas, siempre pensé que la postura de Gandhi en relación al celibato era la que tenía menos sentido. ¿De verdad era necesario ser célibe?

—El celibato es el distintivo del santo —respondió Aradhna Verma con rigor—. La renuncia a los asuntos de la carne puede tener una influencia muy grande en tus discípulos. Es la garantía de la pureza —aun así, también ella ahora dio paso a una sonrisa—. Sin embargo, no creo que a ninguna de nosotras nos complaciera mucho si nuestros maridos nos obligaran a ello, como el Mahatma hizo con Kasturbai. ¿Os lo imagináis? Escucha, esposa, ¡no más sexo!

—El problema no es el celibato con la propia esposa —observó Kulwant—, ¡sino con las demás!

—Eso seguro —dijo Helen. Se puso en pie de un salto y se fue a toda prisa a la cocina.

Llegaron más invitados. Se ofrecieron más bebidas. Al quedarse al margen de una discusión entre el inglés afable y la mujer de la Fundación Gandhi sobre si el Raj Británico había exacerbado intencionadamente las divisiones de castas, Paul tuvo al fin la oportunidad de echar un vistazo a su alrededor. Enseguida le quedó claro que el apartamento era más pequeño de lo que había imaginado, y más destartado. La tapicería del sofá estaba gastada, probablemente fuera de segunda mano o hubieran alquilado el piso amueblado. Los cojines del suelo no eran sino viejas almohadas polvorientas, en modo alguno las telas espléndidas de vivo colorido que solían lucir las familias indias. El aire acondicionado hacía ruido y le daba a la estancia un olor rancio, húmedo. No había adornos de ninguna clase, ni cuadros en la pared, lo que desde luego era curioso. Nada de fotografías, advirtió Paul, de Albert y Helen, ni siquiera de su hijo. Estarían en el dormitorio, tal vez. Su libro precisaría fotos.

Entre tanto, angulosa y enérgica como de costumbre, Helen parecía estar de un humor variable. Se unió al grupo alrededor del sofá, desplegó ingenio y sofisticación, pero en cierto modo se la veía frágil, inquieta. El ambiente de la reunión subrayaba en realidad cierta crispación en ella, como cuando se había ido a la cocina apresuradamente justo cuando la mujer de la Fundación Gandhi empezaba a relajarse. Al observarla iniciar otra ronda de presentaciones —«Hakim Azad. Sí, el laureado director», decía—, Paul tuvo la impresión de que su anfitriona cumplía con las formalidades. Tenía la mente en otra parte.

—Damas y caballeros —anunció Helen con un toque de ironía, cuando por fin ocuparon sus asientos a la mesa—, como probablemente habrán adivinado, ésta es la primera cena que organizo en mucho tiempo —se echó a reír—. Normalmente estoy en la cama a las nueve, lo admito. Albert adoraba las fiestas, aunque por desgracia sólo las que se hacían en casas ajenas. Así que supongo que si estar sola tiene alguna triste ventaja, es que ahora puedo corresponder a vuestra generosidad de los últimos cinco años. Es maravilloso ver este mísero y viejo piso tan lleno.

Era una alusión un tanto extraña, pensó Paul, a la marcha de Albert, y por un momento se hizo el silencio. Luego, cabeceando profusamente, la pareja de ancianos empezó a felicitar a Helen por aquella velada encantadora y a recordar que solía haber muchas más cenas agradables veinte años atrás. Ahora las fiestas parecían coto exclusivo de la gente joven y próspera dedicada a la informática.

—Sencillamente sentí que sin Albert corría el peligro de caer en un agujero negro —confió Helen en un tono más íntimo a la joven china, mientras se acomodaban en sendas sillas. Sin embargo, le había permitido a Paul oír aquella confesión; deliberadamente, pensó él. Y se había sentado a su lado. A buen seguro iba a decirle lo que pensaba de las páginas que le había mandado. ¿Por qué otra razón si no lo había invitado?

En la mesa, la defensora de Gandhi monopolizó la conversación. No tenía reparos en hablar con la boca llena. Junto a ella, con una kurta larga de color blanco, el apuesto Hakim Azad se quejaba de que las causas medioambientales se estaban quedando privadas de subvención. Dirigía documentales de naturaleza. Habló de los tigres de Madhya Pradesh. Paul comía y escuchaba. ¿Qué clase de relación mantenía Albert James con aquellas personas? Las únicas concesiones al medioambiente, dijo Aradhna Verma, eran las que se hacían a expensas de los pobres, cuando se les ordenaba que no

utilizaran cierto pesticida ni cultivaran un pedazo de tierra donde habitaba una rara serpiente.

De improviso, Helen protestó:

—Aradhna, lo importante no es emprenderla con los medios de comunicación o culpar a los ricos, sino que nosotros mismos hagamos lo correcto y luego mantengamos la boca cerrada. Si empiezo a enumerar las atrocidades que veo a diario, no acabaría nunca. Encuentra un problema pequeño y resuélvelo.

La directora de la Fundación Gandhi no se molestó.

—Helen, cariño, se trata de cómo optimizar el impacto que dejamos en el mundo, ¿o no? Si tú salvas una vida en la clínica, eso es muy positivo; pero si yo convengo a otros cien o a otros mil para que salven vidas, aún lo es más. Eso es lo que hizo el Mahatma.

Helen se volvió a Paul.

—Nuestro invitado americano ha escrito un libro sobre Gandhi y acaba de empezar una biografía de Albert. Sí —dijo respondiendo a las expresiones de sorpresa—, quiere poner negro sobre blanco la vida de Albert. Y bien, ¿qué opinas sobre esto, Paul?

En aquel momento había una docena de personas alrededor de la mesa, comiendo con los dedos, servidos por la joven india silenciosa y una anciana que hasta entonces había presidido la cocina, entre ollas y sartenes. Repartidos por la mesa había platos y salsas y condimentos de toda clase. Ante el anuncio inesperado de Helen, los invitados dirigieron a una los ojos al fornido americano de camisa granate y traje de lino.

—No hay nada que yo pueda decir al público indio sobre el Mahatma —objetó Paul.

—Inténtalo —lo desafió Aradhna Verma.

—¿Advierte usted alguna similitud con Albert? —preguntó alguien—. Quiero decir que ambos eran hombres de ideas extraordinarias. Y también hombres de paz.

Paul dejó el tenedor. Miró en derredor a los presentes. Helen lo colocaba de nuevo en el centro de todas las miradas.

—Es evidente —dijo sopesando sus palabras— que el Mahatma era un estratega y propagandista excepcional. Entendía la vida como un deber moral y creía en el valor absoluto de la intervención personal en los asuntos públicos. Más aún, creía que se podía actuar con decisión y aun así mantenerse puro a través de la desobediencia pasiva.

Hizo una pausa.

—Albert, por su parte..., caramba... —Paul se pasó una mano por la hirsuta línea donde le nacía el pelo—. Supongo que empecé este proyecto sin entender realmente por qué. Albert no creía en que se pudiera actuar y permanecer puro. O tal vez la pureza no era una cuestión relevante para él. Quizás ni siquiera creía en que actuar tuviera sentido alguno. Él...

Paul se interrumpió. Se respiraba cierta incomodidad. Incluso la muchacha del servicio se quedó quieta junto a la mesa, con la bandeja colgando de su brazo delgado, a la escucha, observando. Cuando Paul levantó la mirada, ella bajó la suya. Lo tomó desprevenido la curiosa sumisión de su actitud. Era muy atractiva.

Relajado y cortés, el inglés dijo:

—Me temo que debo confesar que sé muy poco acerca de la obra de Albert. Sólo nos veíamos

cuando se dejaba caer por el consejo para sugerir tal o cual proyecto. Me temo que sus ideas no encajaron nunca del todo con lo que se perseguía en Londres. Tal vez usted podría decirme por cuál de sus libros empezar.

—Graham dirige el Consejo Británico de Delhi —explicó Helen.

—Los títulos fundamentales caen por su propio peso —dijo Paul. Mencionó dos o tres y tomó un sorbo de vino—. Ejercieron en mí una influencia enorme —añadió.

—¿En qué sentido? —inquirió el director de cine.

Paul no acertaba a entender si de veras desconocían el trabajo de James, o bien existía una suerte de conspiración de silencio.

—En cualquier caso, es la historia de Albert la que a mí me interesa —dijo eludiendo la pregunta—. No sólo sus ideas. Es una historia distinta. Más difícil de contar, tal vez.

La chica del servicio seguía aún inmóvil junto a la mesa. Llevaba el pelo dividido con una meticulosa raya al medio, como una colegiala; el cuero cabelludo era casi blanco. Una abundante melena negra caía reluciente por la espalda.

—Por favor, continúe —insistió Hakim Azad—. A lo que aspira todo artista es a influir en la vida de las personas.

—Desde luego, Albert era un científico —objetó la señora de la pareja de ancianos—. No era un artista.

—El arte existe en todas sus manifestaciones —comentó su esposo.

—De acuerdo —Paul metió un bastón de apio en una salsa roja y miró a su alrededor—. Resumámoslo así: al creer en la acción, Gandhi se situó en el centro de uno de los relatos más extraordinarios del siglo, la independencia de la India, y lo sacrificó todo por ella: el apetito, la riqueza, el sexo, él...

—No fue exactamente un sacrificio, y no fue exactamente por la independencia —objetó la señora Verma—. Lo que Gandhi pretendía era...

—¡Por favor! —la atajó Helen con acritud.

—Deja que este señor dé su opinión —terció la anciana—. Albert era un hombre tan encantador, ¿no os parece? —dijo afectuosa.

—Eso en cuanto a Gandhi —dijo Paul—. Albert, en cambio, se mantuvo al margen de cualquier historia, o se introducía en las historias fugazmente, pero sólo para desbaratarlas, o complicarlas. Sus trabajos siempre te hacen sentir...

—¿Sí? —todas las caras lo miraban expectantes.

—Bueno, creo que la idea subyacente, por embarazosa que pueda parecer... —sin embargo, se interrumpió de nuevo. Se apoyó en el respaldo, sonrió abiertamente—: ¿Por qué no aguardan a leer el libro, amigos? La influencia de un hombre no se extingue el día en que lo enterramos. Tal vez algún día me sentaré a cenar con el presidente de la Fundación James de Delhi.

El director de cine se echó a reír.

—Bien dicho —aplaudió—. Estaremos todos en vilo hasta que se publique su libro.

Entre la sensación de alivio general porque hubiera pasado el momento difícil, Helen comentó:

—No es eso lo que Albert hubiera querido, a pesar de todo.

—¿El qué?

—Una fundación, ni siquiera una biografía —frunció el ceño—. Bueno... —titubeó. Daba la impresión de que no se decidía a hablar—. En realidad... —de nuevo vaciló un instante. Respiró hondo—: La mayor ambición de Albert era ser un fantasma.

—¿Un fantasma? —Kulwant enarcó una ceja.

—¿A qué te refieres?

Helen hizo entonces un esfuerzo decidido por sonreír.

—Albert quería estar presente y no estarlo. Igual que un fantasma. O el tipo que sostiene la cámara en una película.

—Interesante —dijo Hakim—. Desde luego, resultaría más sencillo filmar a los tigres si fuera un fantasma.

—Entonces, tal vez esté aquí ahora —sugirió la joven china—. Estoy segura de que todos vemos a los muertos de vez en cuando. Mi madre vio al espectro de mi padre muchas veces —se interrumpió—. ¿Cómo sabéis, por ejemplo, cuando hay una gran multitud de gente, que algunas de esas personas no están muertas?

La joven sirvienta se volvió sobre sus talones y se marchó apresuradamente, golpeando la bandeja en el marco de la puerta.

Pocos minutos después, cuando fue al cuarto de baño, Paul se convenció de que oía llorar en alguna parte. Al mirar el espejo mientras se secaba las manos, vio un estante en la pared que había a sus espaldas y, tras volverse, cogió un informe anual del Real Instituto de Antropología. Todos los márgenes estaban repletos de unas anotaciones enmarañadas, hechas con una letra minúscula, inclinada. Paul tuvo que darle la vuelta al libro y sostenerlo justo debajo de la luz: «Probaría —leyó — que aquello cuyo patrón me he pasado la vida tratando de trazar no es más que una inmensa tautología: Si P, entonces P».

Comieron dulces y tomaron *lassi*. La custodia de Gandhi había acaparado una vez más la velada. A pesar del aparente respaldo de Helen a su papel de biógrafo, Paul se sentía inquieto. Debía hablar con ella cara a cara y sin ambages, y al día siguiente reservaría un billete de vuelta a casa. De otro modo se quedaría rezagado. Perdería a Amy, en caso de que no lo hubiera hecho ya.

—Hace veinte años —decía la señora Verma—, la gente hablaba mucho de socialismo e igualdad de oportunidades, pero eso ya no sucede. Hoy en día todos nos resignamos a los barrios de chabolas, a los niños mendigos y al tráfico de órganos. De lo único que hablamos es de Bollywood y de las estatuas de Ganesh que aceptan la leche de los devotos.

—Ah, leí sobre ello —comentó el tipo del Consejo Británico.

En ese momento, la anciana se encargó de recordar a todos los presentes que hacia el final de la temporada del monzón, la gente del norte de Bombay había empezado a beber agua del mar porque Ganesh había obrado un milagro y la había vuelto dulce.

—¡Cuando evidentemente no era más que la lluvia del monzón llevando agua dulce al océano!

—¡Lo veis, incluso ahora nos apartamos del tema! —se lamentó la directora de la Fundación Gandhi.

—A los pobres siempre los tendréis con vosotros —terció Paul, provocador. Sería el último

invitado en marcharse, decidió. Tenía que hablar en serio con Helen.

Sin embargo, el americano no había contado con Kulwant Singh. Apenas acabó de comer, la custodia de Gandhi recordó otra cita. El inglés se limpió la boca con la servilleta y su novia y él se pusieron en pie: al día siguiente debía estar en el despacho a primera hora. Al director de documentales lo asaltó la preocupación de beber demasiado antes de conducir. La pareja de ancianos, que resultaron ser vecinos del piso de arriba, se quejaron de cansancio. Todos ellos se excusaron y se marcharon antes de la medianoche, dándole a Helen grandes muestras de agradecimiento. La joven que había servido la mesa y la anciana sirvienta habían fregado los platos y se habían ido también. En cambio, el sij seguía allí. Había aparecido una botella de whisky y el hombre le estaba dando duro. Helen también empezó a beber. Parecía alterada.

El sij comenzó a contar anécdotas escabrosas sobre el hospital en el que trabajaba. Un joven doctor compañero suyo, sij igual que él, había ido a Estados Unidos invitado por un anciano paciente americano, que le había pagado así a cambio de sexo.

—¡Sí, era un hombre! —confirmó Kulwant—. Quería que este joven doctor se lo tirara. Se lo pidió así tal cual. «¡Dame por el culo!» —Kulwant saboreó las palabras—. ¡Qué granuja! Así que mi colega fue, con su esposa y su familia, y ahora se está instalando en Los Ángeles. El americano le da una casa. ¡Por darle por el culo! Ésa es la clase de globalización que tal vez salvará a la India.

Helen sonrió. A Paul le sorprendió que no tuviera problemas con aquel tipo de conversaciones.

—Kulwant trabaja en un hospital privado ofreciendo cirugía menor de alta calidad a extranjeros —explicó—. Todo se paga en dólares, euros o libras. Además, hace algunas horas en nuestra clínica, para salvar su alma.

El sij dejó con estrépito su vaso encima de la mesa.

—Es porque prefiero trabajar gratis para los pobres que ir al templo a rezar. A mi mujer le digo, Guru Nanak me perdonará por no ir al templo, porque soy caritativo con los pobres. Mi mujer se pasa el día entero en el templo, cada santo día —se sirvió otra copa—. ¡Beba y sea feliz, señor americano! ¡Cuando uno es feliz, Dios es feliz! Todos somos felices.

Era la una de la madrugada y el hombre no parecía tener intención de marcharse. Helen se había puesto meditabunda. Al igual que muchos de los que tienen la costumbre de acostarse temprano, una vez abandonada su rutina pareció perder la noción del tiempo.

—Hiciste muy bien organizando una pequeña reunión —le decía Kulwant—. Necesitas tener amigos. No puedes pasarte la vida llorando a tu difunto marido, que Dios acoja su noble espíritu. Bebamos a la salud del señor Gandhi —anunció de repente, y cogió de nuevo la botella.

En su desesperación, Paul dijo:

—Helen, ¿podemos hablar acerca del libro? ¿Has leído las páginas que te envié?

Ella lo miró. Por un momento pareció no recordar quién era o de qué le estaba hablando. Luego dijo:

—De acuerdo, sí —y dirigiéndose al sij, añadió—: Kulwant, me temo que ahora has de marcharte. Tengo que hablar de negocios con Paul.

—Podéis hablar delante de mí —declaró Kulwant alegremente—. Sé guardar silencio en asuntos como éste. Mudo como una tumba. Qué digo, ¡como dos tumbas! —se echó a reír.

—Por favor, Kulwant —dijo Helen.

El sij endureció la mirada, luego se puso en pie, se subió los holgados pantalones grises que llevaba, suspiró, esbozó una sonrisa.

—Una velada estupenda —dijo en un tono más alto de lo necesario—. Y muchas gracias, señora.

—Vamos, no seas payaso —se rió Helen.

En cuanto lo hubo acompañado hasta la puerta, volvió y dijo:

—Quédate aquí esta noche. Por favor, Paul.

—Temo no ser capaz de conciliar el sueño a estas horas —le dijo Helen—. Y entonces pasaré la noche hablando con Albert.

Se sentó a la mesa y apoyó las manos en la superficie de madera. El americano la irritaba, y sin embargo le había pedido que se quedara.

—Este lugar está tan vacío... —añadió. Sacudía la cabeza—. ¡Pensar que organicé esta reunión para tener la mente puesta en otra parte!

Paul se sintió incómodo. Cuando decidió escribir acerca de Albert James, lo hizo con la intención de llevar su trabajo en una dirección nueva, liberarse de los mecanismos coercitivos de la edición y crecer como escritor. Por otro lado, sin embargo, nunca había tenido intenciones de entrar a formar parte de la historia de los James.

—Lo siento —dijo en voz baja.

—Me parece que el alcohol me desvela. Me ocurrió lo mismo la noche que cenamos juntos.

—Puede tener ese efecto —dijo Paul.

—Entonces caigo en un monólogo interminable, hablándole a Albert. O diálogo. Cuando llevas tanto tiempo de casados como nosotros, puedes incluso imaginar las respuestas.

—Supongo que así es —Paul se compadecía de ella, pero era cauteloso. La mezcla de austeridad y un punto de enajenación en aquella mujer lo desconcertaba; y Helen era una mujer atractiva. Debió de haber sido sumamente hermosa cuando Albert se la llevó a Kenia. O ella a él.

—En cuanto cierro los ojos, él aparece.

El aire acondicionado parecía entonces más ruidoso; en el salón reinaba la quietud.

—¿Y qué es lo que le dices? —preguntó Paul. Por lo visto, no había manera de empezar a hablar del libro sin más.

—Le pregunto si es feliz, si está en paz, si cree que hicimos lo correcto... En general, me refiero. Ay, ya sé que es estúpido. Sé que está muerto. O le hablo de mis pacientes. Tenemos ahora un chico con tuberculosis, por ejemplo, un chaval al que Albert conocía y que le gustaba. Está muy enfermo —negó con la cabeza—. Albert tenía aquella teoría de que cuando una persona está próxima a la muerte, fuera del alcance de este mundo, su mente entra en un estado especial que le concede una sabiduría superior. Los celtas lo llamaban *faery*. Creo que también existe una palabra en hindi. Él esperaba alcanzar ese estado y permanecer allí un tiempo, tal vez incluso expresar lo que descubriera —se encogió de hombros—. Al final, todas sus ideas encerraban ciertas contradicciones.

—¿No decía algo al respecto en la conclusión de *Posturas*?

—«Una idea no merece consideración a menos que contenga una contradicción» —citó ella—. ¿Quieres otra copa?

—Ya he tomado bastantes —dijo Paul.

Helen se sirvió.

—Es curioso, pero he hablado más con él desde que murió de lo que había hablado en los últimos cinco o seis años.

Paul la observó; la mujer tendía a no dejar que sus miradas se encontraran. Con un hilo de voz, le dijo:

—Supongo que un día pasará.

—A veces da la sensación de que cuanto menos hiciera Albert realmente, más efecto ejercía en la gente, y más atraía a los demás hacia él.

Entonces, con un brusco cambio de su tono de voz, Helen dijo:

—Pero, claro, lo que te interesa saber es si te dejaré mirar sus papeles, ¿verdad? Y esos vídeos —señaló las estanterías.

—A eso vine a la India.

Ella frunció el ceño.

—Sigo sin querer que escribas ese libro. No es que esté protegiendo ningún secreto. Simplemente no me gustaría que expusieras hasta qué punto... En fin... —tomó aire antes de continuar—: Hasta qué punto fracasó Albert, su sentido de derrota.

—¿No te gustaron las páginas que te di?

—No las miré.

Decepcionado, Paul la observó en silencio.

—Entonces, ¿por qué invitarme aquí esta noche, por qué anunciar delante de todo el mundo que estoy escribiendo ese libro?

—Demasiado alcohol —dijo ella con aire cansino.

Paul no acertaba a comprender.

—Pero ¿y si yo no creyese que Albert fracasara? Los libros constituyen en sí mismos una aportación fundamental. Como te dije, con mucho gusto te pediría que vieras...

—No piensas rendirte, ¿verdad? —lo interrumpió. Había un deje de rabia en su voz—. Eres igual que mi hermano. No eres capaz de imaginar no hacer algo que tú, Paul Roberts, has decidido llevar a cabo. No puedes dejar de salirte con la tuya. Eso te tiene atrapado, tu propia determinación.

Paul quiso objetar, pero halló a Helen mirándolo fijamente a los ojos.

—Escucha, Albert estaba obsesionado con los logros, en cierto sentido, o con la cuestión de obtener resultados. Procedía de una familia donde siempre se habían cosechado logros relevantes. Eso era lo que se esperaba de él. Su padre lo esperaba. Su madre lo esperaba. Yo misma lo esperaba. Y él lo esperaba de sí mismo. Sin embargo, las ideas se habían interpuesto en su camino. Todas eran ideas que le decían: no hagas esto, no hagas lo otro, sólo conseguirás hacer daño. Siempre que publicaba algo, se sentía culpable. ¿Sabías eso? Pensaba que se malinterpretaría lo que dijera. Afectaría a la gente. ¿Por qué crees que escribía de manera tan enrevesada, que cambiaba de áreas de estudio con tanta frecuencia? Se le ocurría una idea magnífica, la gente empezaba a actuar con arreglo a ella, y entonces él se distanciaba enseguida diciendo que no le habían entendido, que nunca había pretendido que se actuara en consecuencia. Albert no quería una biografía. Jamás leyó una sola reseña acerca de su obra. Detestaba ver su nombre impreso, su fotografía, que lo convirtieran en objeto de debate. En cuanto se le prestaba alguna atención, desaparecía. Eso era el logro para él. Se desvanecía. Estás perdiendo el tiempo.

Helen dejó de hablar y empujó la silla hacia atrás, apartándola de la mesa. Fugazmente pensó en

el muchacho birmano. También él quería desaparecer, lo percibía. Than-Htay y Albert eran almas gemelas.

—Ya está —anunció—. Me voy a la cama —se puso de pie—. Te llamaré a un taxi.

A Paul lo tomó desprevenido. Sin embargo, precisamente aquellos rápidos cambios de humor hacían difícil marcharse. Con serenidad, dijo:

—Si no vas a poder dormir, ¿por qué no vemos uno de los vídeos de Albert?

Ella se había acercado a coger el teléfono de una mesa baja junto a la ventana. Lo sostuvo en alto un momento y Paul oyó un mensaje grabado. Luego colgó el auricular. Pareció meditarlo, suspiró.

—De acuerdo.

—Estupendo —Paul cogió la botella y se sirvió media copa, después de todo. En el mismo instante, las luces se apagaron.

—¡Apagón! —gritó Helen—. Ay, bendita Delhi. Aguarda. Hay velas en la cocina, en alguna parte —parecía complacida.

Paul permaneció sentado a oscuras, escuchándola moverse alrededor de la mesa. Su vestido lo rozó al pasar, y después se había ido hacia la cocina. No lleva perfume, advirtió Paul. Sin el aire acondicionado, la habitación estaba en silencio. Oyó una risita.

—Debe de ser Albert —comentó Helen en voz alta—. No quiere que veamos sus viejos vídeos.

Una llama apareció trémula a la par que ella volvía hacia la mesa. Cuando parpadeó, Helen hubo de cubrirla con la mano, de manera que la luz se proyectó en su rostro. Se le antojó joven y llena de vida.

Entonces, después de dejar la vela en la mesa y sentarse frente a él, se inclinó hacia delante y puso una mano sobre la suya. Fue un gesto cargado de naturalidad, como si fueran viejos amigos, o hermana y hermano menor. La mano seguía sobre la suya.

—Lamento todo esto, Paul —dijo—. Me estoy comportando raro. Y Albert y yo éramos gente tan científica.

Sin pensarlo, Paul giró la muñeca, de modo que la palma quedó hacia arriba y las dos manos se estrecharon. De inmediato lo sorprendió la intimidad del contacto; una energía cargada de ansiedad se transmitía directamente a su interior. Levantó la vista buscando los ojos de Helen, pero ella miraba las manos de ambos: la suya, nervuda y fría, encima; la de Paul, sólida y gordezuela, debajo.

—Así que nada de vídeo, supongo —dijo Helen con un suspiro, al tiempo que retiraba la mano.

Permanecieron sentados en silencio. Entonces, tal vez porque la llama estaba de más entre los dos, Helen deslizó el platillo con la vela hacia un lado de la mesa. Resbalando por la superficie, la vela se inclinó y estuvo a punto de caerse. Paul la cogió al vuelo.

—¡Ay!

Una gota de cera caliente le había caído en la mano. Apretó ésta contra la boca.

—¡Maldita sea, me he quemado!

—¡Lo siento! ¿Estás bien?

—Es sólo una pequeña quemadura, nada de cuidado.

—Ha sido por culpa de esa estúpida muesca —dijo ella—. Ven a la cocina, la pondremos debajo del grifo.

—No, ya está —dijo, sin dejar de soplar sobre el dorso de la mano.

—¿Estás seguro? —Helen lo observó mientras él hinchaba el pecho de aire y lo expulsaba de nuevo. Al cabo de un momento, dijo—: ¿Puedes creerte que John, mi hijo, hizo eso? Esa muesca de ahí.

Le explicó lo ocurrido, cuando ella y su hijo se fueron a dormir la última noche que John pasó en Delhi. El chico se había mostrado bastante beligerante.

—De repente me desperté ¡y había alguien en el dormitorio! Mantenía el brazo en alto, levantado encima de mí. Por un segundo tuve la certeza de que era Albert. Ya sé que es completamente irracional. En cualquier caso, John vino hacia aquí corriendo y estampó el estúpido adorno que llevaba en la mano sobre la mesa, justo en el lugar donde trabajo siempre. Era un objeto bastante pesado.

—Qué extraño —coincidió Paul.

Con naturalidad, ella le preguntó:

—¿Crees que pretendía matarme?

—¡Por Dios! ¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Hay en él cierto resentimiento. Al fin y al cabo, estaba sosteniendo aquel pedrusco encima de mi cabeza. ¿Qué otra intención podía tener?

Paul reflexionó.

—¿A qué te refieres con eso de que hay en él resentimiento?

—Es como un hombre adulto con el resentimiento de un chiquillo. No sé por qué. Supongo que Albert no estaba hecho para ser padre.

—¿No quería hijos?

Con un chasquido y un zumbido volvió la luz. Helen se levantó de un salto y fue a las estanterías del otro lado de la habitación.

—Entonces, ¿qué película quieres ver, señor Biógrafo?

Paul se encogió de hombros.

—Cualquiera que creas que puede ser interesante.

—Perdí el hilo de su orden para catalogar las cosas —Helen sacó tres de las cintas menos polvorientas y buscó el mando a distancia que había en el sofá. Mientras se sentaba, el televisor se encendió con un anuncio de un club nocturno de las afueras—. Ponlo tú —dijo—. Casi me da miedo mirar.

—Si te incomoda lo dejamos.

—No, en realidad no es miedo —dijo. Bajó la voz ligeramente—. Es sólo que no puedo creer que se haya ido. No me veo capaz de funcionar sin él.

Paul dejó la mesa, cogió la cinta de sus manos, la metió por la ranura de la televisión y retrocedió hasta el sofá.

—La luz —dijo ella.

Paul se levantó de nuevo y apagó la luz.

Tras treinta segundos de oscuridad, la cinta empezó de improviso con la imagen de un hombre arrodillado en la calle; su mano derecha, empuñando un cepillo, se movía de atrás hacia delante junto

a la alcantarilla. El suelo estaba pavimentado con grandes losas irregulares, había un poste de telégrafo con una bolsa de plástico hecha trizas a un lado. Debía de ser la temporada de los monzones, porque todo estaba mojado y el sol velado por la humedad tenía aquel resplandor peculiar propio de la época.

El antebrazo del hombre se movía acompasadamente mientras empujaba el barro por la alcantarilla con una especie de cepillo corto y rígido. Pasaba gente por la calle, un carretón alargado que empujaban dos hombres, un burro. De fondo se oía el sonido ambiente, motos, los gritos de un vendedor ambulante. La cámara debía de estar en un trípode, porque era una imagen fija. A continuación llegó un perro y olisqueó la alcantarilla, un perro flaco y hambriento, y el hombre levantó la vista y sonrió de oreja a oreja. Los pocos dientes eran marrones, los ojos estaban inyectados en sangre, y llevaba un turbante flojo de color naranja, una de cuyas puntas le colgaba sobre el hombro.

—Está limpiando el alcantarillado —dijo Paul.

—No lo creo.

Estaban sentados a poco más de un palmo de distancia. Entre ellos había una tensión agradable, pensó Helen. Jamás habría visto sola uno de los vídeos de Albert.

De la bolsa de plástico el hombre sacó una palangana y empezó a echar barro en ella. En aquel momento advirtieron que le faltaba la punta de un dedo índice. Tenía las muñecas llenas de cicatrices. El perro ladró y el hombre miró con atención la palangana de barro. Metió los dedos, removiéndola, la levantó y dejó que el fango chorreara de nuevo al suelo. Debía de ser consciente de la presencia de la cámara, porque entonces miró hacia ella, sacudió la cabeza y dijo algo, apenas audible por encima del sonido de un motor.

—¿Qué ha dicho?

—Ni idea —dijo Helen.

Se quedaron en el sofá, absortos en la imagen. Debían de ser las dos de la mañana. La cámara permanecía fija en el hombre acucillado en la alcantarilla, que de nuevo barría el barro, reunía paletadas de lodo, lo examinaba, hacía algún mohín, meneaba la cabeza de manera que la borla del turbante se balanceaba de un lado a otro.

—Ah —suspiró Helen—, ya sé —tocó la manga de Paul—. Es un tipo de una de las calles que dan al Bazar Chawri. Le he visto allí.

—¿Y qué está haciendo? —Paul también se sentía cómodo. El misterio de aquel vídeo se le antojaba mucho más sencillo que la conversación anterior.

—Observa.

El hombre tenía la vista clavada en la sucia palangana de plástico. Sin embargo, en aquella ocasión levantó la mirada y sonrió. Dejó la palangana en el suelo, hurgó en su bolsa y sacó una vieja lata de tabaco. La cámara no hizo intento alguno de acercarse con el zoom, sino que se desplazó ligeramente a medida que el hombre se movía hasta ponerse en cuclillas en la acera rota. Sacó unas pinzas de la caja de hojalata, se inclinó a continuación sobre la palangana y, con cuidado, extrajo algo de ella. Hubo un destello diminuto mientras metía aquello en la lata, sea lo que fuera, la cerraba y se ponía de nuevo a cepillar el barro de la alcantarilla.

—¿De qué iba todo eso?

—Es la zona donde están los joyeros y los orfebres. Hay tipos que criban las alcantarillas en busca de oro, debe de haber pepitas sueltas y limaduras que acaban en la cloaca.

—Qué locura.

—Supongo que luego lo revenden a las mismas tiendas. A quien no desperdicia nada le falta.

La cámara seguía fija en el hombre, que había vuelto a su trabajo con atención renovada. Transcurrían los minutos. Paul se volvió un instante y vio que Helen miraba la pantalla fijamente.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó.

—En Albert, detrás de la cámara.

El hombre se entretuvo a encender un cigarrillo, sentado en cuclillas. Sonrió y gritó algo a la cámara, al parecer ofreciendo tabaco. No se oyó respuesta. Entonces, tan de repente como había empezado, la larga toma acabó. Hubo unos segundos borrosos y apareció otra imagen. Esta vez había un niño sobre tierra prensada, con una mano a la espalda.

—Canicas —sonrió Paul—. No había visto jugar a canicas desde hacía siglos.

El niño las hacía rodar hacia un agujero, a unos tres metros de distancia. Guardaba las bolas en una tarrina de plástico. El vidrio, con su giro de color, se movía erráticamente por el suelo irregular. El muchacho gritó, en su deseo de que la canica siguiera avanzando. Utilizó la mano para allanar un desnivel, desmigando la tierra y luego prensándola de nuevo. Al fondo, la gente entraba y salía de un gran portal en lo alto de un tramo de escaleras.

—Es un movimiento similar al hombre que cepillaba el barro —observó Paul—. Ese balanceo del brazo cuando lanza la canica. Y la atención puesta en el suelo, en la tierra.

—Podría ser.

Cuando por fin una canica estuvo al borde del agujero y cayó dentro, el chico se volvió a la cámara, riendo y señalando.

—¿Imágenes de éxito?

—Lo pasaré —dijo Helen.

Debían de ser unos quince minutos de aquel chico nervudo con sus canicas. Entonces dio comienzo otra secuencia: en esta ocasión, una joven estaba arrodillada en los Ghats, frotando una sábana tendida sobre la piedra. La frotaba con un pan de jabón. Se repetía de nuevo el movimiento brioso del brazo hacia fuera. La muchacha se detuvo y vertió agua encima de un cubo; el Yamuna fluía, turbio, por la parte superior de la imagen. La chica se puso a frotar otra vez. Su brazo delgado, moviéndose de atrás hacia delante por la sábana entre la espuma de jabón, tenía una elegancia rítmica.

—No hay oro ni agujero al que aspirar esta vez.

—Blancura —dijo Helen—. Pureza.

La cámara se mantenía enfocada en el cuerpo de la chica, que se mecía en el interior de su sari oscuro. Entonces ella también se volvió a la cámara y sonrió. Paul reconoció a la muchacha que les había servido la comida aquella noche. Llevaba el mismo *bindi* verde.

—Es tu chica, la que servía.

—Vimala. Su padre lleva una lavandería —Helen paró el vídeo—. Busquemos otro. Esto es

monótono.

—A mí me gustaba —dijo Paul—. No sé por qué. Es relajante.

—¿Ver trabajar a los demás? —repuso Helen, con sequedad—. Ésa era la vida de Albert.

—Tiene algo de hipnótico. Llegas a sentir realmente su presencia —cogió otra cinta de las manos de Helen y fue a ponerla en el reproductor—. ¿No tenía dvd?

—Se pasó a alguna cosa informatizada apenas hace unos meses, pero nunca vi los resultados.

A continuación fue el turno de las danzas. Aun así, se trataba de un vídeo distinto. Ninguna imagen u objeto duraba más de unos pocos segundos y, sin embargo, cada gesto era recuperado y tenía continuidad en otro movimiento de una situación diferente: el brazo extendido de una bailarina se convertía en un hombre que tendía el suyo para dar un apretón de manos, y luego una mujer alargaba la mano para cerrar un grifo, para que después un barbero se moviera para cortar con tijera el cabello de alguien en el patio exterior de la estación central. Cuando la bailarina describía un arco con el brazo, lo mismo hacían un guía turístico frente al Fuerte Rojo, una mujer que recitaba su *puyá* en las aguas del Yamuna, un cocinero que llevaba una bandeja de pastelillos del horno a la mesa. Entre medias, a modo de fogonazos, aparecían fotogramas de deidades hindúes tomados de estatuas o pinturas, filmadas siempre para que ocuparan el mismo espacio en la pantalla, y retomando después el gesto de los otros sujetos. Era como si la misma persona se transformara sin cesar, ejecutando siempre movimientos reconocibles, inevitables: agacharse, mecer, agitar los brazos.

—Intrigante —dijo Paul.

Helen le tocó la manga de la camisa.

—Ésa es Jasmeet, la hija de Kulwant.

—¿La bailarina? —la imagen ya había dado paso a otra.

—Sí.

—Una chica preciosa.

—¿Verdad que sí?

La bailarina reaparecía una y otra vez, cada diez imágenes más o menos, de manera que su túnica amarilla brillante y su blusón morado ofrecían una puntuación rítmica del resto de las imágenes. Bailaba sobre una tarima en una fiesta de alguna clase: el cabello aceitado y lustroso, las manos teñidas con henna, la cara tersa y sin expresión. De repente su pirueta se convertía en un soldado que daba media vuelta con su fusil en el Fuerte Rojo, en un pescador que se torsionaba para recoger el hilo de su caña.

—Es una verdadera pena que se lastimara la pierna —dijo Paul.

Durante un segundo, Helen reconoció al muchacho birmano. Lanzó una piedra al río para hacer cabrillas y desapareció. Hubo un quiebro de muñeca, el cuerpo se volvió, el rostro quedó encuadrado. Helen paró el vídeo. Estaba sorprendida, desconcertada. Albert tuvo que ver a Than-Htay después de que abandonara la clínica, cuando ya había dejado de tomar la medicación. No se lo había dicho.

—¿Qué ocurre?

Ella sacudió la cabeza.

—Ay, es el mismo perro con distinto collar cuando ves a lo que él apuntaba, ¿no crees? ¿Uno

más?

—No puedo creer que haya tantos —dijo Paul—. ¿Por qué no vendió nada a la televisión?

—Los tenía catalogados y, de alguna manera, unos con otros mantenían referencias cruzadas. Había una lógica en la edición de las cintas. Siempre estaba planeando una versión definitiva. Un compendio de todos los gestos, de todos los patrones de la gestualidad.

Paul cogió otro. Aquella cinta llevaba el título *Trabajo en red* escrito a mano en un adhesivo. Paul lo metió por la ranura y volvió a sentarse. Una araña tejía su tela.

—El recinto de la universidad —dijo Helen—. En lo alto de la Cresta. Donde está la cantina estudiantil.

Paul observó el veloz ir y venir de una enorme araña amarilla que se movía por el espacio acotado entre dos ramas, una a poco más de metro y medio de la otra aunque a alturas distintas, de manera que la telaraña quedaba sesgada, simétrica en sus principales círculos concéntricos, pero compleja en cuanto a la adaptación a cada pequeña rama y cada hoja. No había sonido. Todas las patas de la araña temblaban mientras ésta, concienzuda y delicada, tanteaba su camino por los hilos. Entonces una mariposa de luz chocó con la seda.

—Esto no me gusta —dijo Helen.

—Supongo que si mi trabajo va a decir algo al respecto, tendré que captar el aspecto zoológico.

Vieron cómo la polilla quedaba envuelta en hilo de seda, y luego era izada hasta lo alto de la telaraña.

—No escribas nada, Paul.

De repente, deliberadamente, Helen se apoyó contra él. Al cabo de unos momentos murmuró:

—Nadie admiraba el trabajo de Albert más que yo, pero al final estaba enfermo. Sabía que había fracasado. Estudiaba las arañas sólo a fin de que nadie pudiera imaginar que prescribía métodos para cambiar los patrones de conducta de esos insectos. Temía a los seres humanos.

Paul sintió el peso de la mujer recostada contra él. El artículo que Albert James le había mandado por correo electrónico, recordó, describía una especie de araña cuya hembra hacía girar la tela, y los machos, de menor tamaño, corrían el riesgo de ser confundidos por presas cuando se acercaban a ella. «Los hilos de anclaje que fijan la telaraña son más fuertes que el nailon —había escrito Albert—. Hasta ahora, los intentos de producir la seda por medios sintéticos han fracasado».

—Helen —dijo Paul en voz baja. Al mismo tiempo, lo impresionó el mero tamaño de la tela que aquella araña estaba tejiendo; debía de medir por lo menos tres metros de ancho, pero por el modo en que la cámara estaba situada, daba la impresión de que la criatura se desplazara por toda la extensión de una vieja fachada de ladrillo que se alzaba unos quince metros por detrás de los árboles donde la tela pendía. Ligeramente emborronados por los filamentos de la seda y el cambio de foco, un goteo constante de hombres y mujeres jóvenes entraba y salía con prisa por una puerta de vaivén. Paul inclinó la cabeza y vio que Helen había cerrado los ojos.

—Por favor —le suplicó entre dientes—, apágalo ya, ahora. Albert no estaba bien al final. Creo que el cáncer le había llegado a la cabeza. Tan sólo quería morir.

—¿Cuánto tiempo estuvo enfermo? —preguntó Paul.

La araña permanecía quieta en una zona borrosa, justo al lado del centro de la tela.

—No quiero pensar en ello.

Helen reclinó la cabeza contra su hombro, como si pudiera horadar un cobijo en aquel hueco. Le gustaba la solidez del hombre, su franqueza y su insistencia, y aquéllas eran también las cualidades que la irritaban. Entonces la asaltó la extraña ocurrencia de que Paul era un enviado. ¿Acaso no había llegado el día mismo del funeral? Albert lo había enviado. Había mandado al biógrafo. Y a Than-Htay también. Eran emisarios.

Aún con los ojos cerrados, Helen habló.

—Una cosa maravillosa de Albert era lo buen imitador que era. Cuando salías con él, siempre se quedaba escuchando a la gente y copiándola. Después de una velada como la de hoy, se lo habría pasado en grande imitando a Aradhna: ¿te haces una idea, Helen, de cuántos intocables se han castrado a sí mismos en la Bengala Oriental el mes pasado? ¿Sabes cuántas viudas han saltado sobre las piras de sus esposos en Tamil Nadu?

—Yo no sabría imitar ni aunque me fuera la vida en ello —dijo Paul.

—Tampoco yo, como acabas de comprobar.

—Bueno, no sé —apuntó con el mando a distancia y apagó el televisor. De nuevo se quedaron a oscuras.

—¿Te ha gustado Kulwant? —le preguntó Helen.

—Mucho. Un tipo divertido. Y agradable también.

Ella no se movió; en cambio, Paul se dio cuenta de que él le había rodeado los hombros con un brazo. Tal vez Helen necesitara consuelo. De todos modos, sin pensar, dijo:

—En realidad, de haberse tratado de cualquier otra situación, habría imaginado que era un amante, ¿sabes?

El aire acondicionado seguía funcionando a marchas forzadas.

Al final, ella contestó:

—¿Eso habrías pensado?

—He dicho que en cualquier otra situación.

Helen exhaló un suspiro.

—¿Y no te preocupa que estar aquí en plena noche con Helen James pueda comprometer tu relación con la pequeña damisela de Massachusetts?

—¿Por qué?

—Bueno, no me gustaría estropear nada que fuera importante para ti —seguía con la cabeza recostada en su hombro.

—¿Por qué esa ironía tan poco sutil todo el tiempo? —objetó Paul.

—Quizás para protegerme.

Le hincó los dedos con ferocidad en el muslo y se puso en pie de un salto, aún a oscuras.

—¡Ay! —Paul se sobresaltó.

—Te prepararé la cama libre —dijo en un tono de voz muy distinto.

Se había ido. La luz se encendió en una habitación a espaldas de Paul. Todavía le dolía la pierna. Al cabo de un momento se puso en pie y fue a verla, mientras remetía una sábana bajera alrededor de una estrecha cama individual. Todo se le antojó muy enérgico, muy femenino.

—Es muy amable por tu parte —le dijo sin convicción—. Podría coger un taxi, si lo prefieres.

—Por favor, quédate —no levantó la vista al hablar. Su voz sonaba neutra. Al marcharse de la habitación unos momentos después, añadió—: Tú ahora sueña con tu chiquita. Yo hablaré con mi espectro.

John nunca había pasado tanto tiempo solo. Lo angustiaba, pero era incapaz de romper el hechizo. «Al menos una palabra —le escribió Elaine—. No puedes desaparecer así». Exhausto tras otro día de dolores de estómago, soñó con exámenes. Signos y números aparecían bajo su bolígrafo, pero los dictaba una voluntad ajena a la suya. No sabía con certeza qué ecuación se suponía que debía resolver. Presa del pánico, se despertó.

Por la mañana se dio una ducha y desayunó en el terrado. La ropa que llevaba parecía húmeda. El primer día, cuando la recepcionista le había señalado la azotea, se había imaginado bonitos manteles y un bufé bajo toldos de bambú. En lo alto de la escalera empinada y estrecha encontró dos sillas de plástico y una mesa desvencijada que bailaba sobre el asfalto irregular del terrado desierto. Todos los demás tomaban el desayuno en sus habitaciones, con el aire acondicionado.

John caminó hasta el pretil. A un lado estaban las fachadas acristaladas del centro empresarial de Delhi, pero si mirabas hacia el otro lado se alcanzaba a ver, por entre las cuerdas de tender la ropa y las antenas, la Puerta de la India. El sol brillaba pálido a través de la calima. El aire caliente estaba saturado de pájaros y graznidos, bocinazos y gritos de vendedores callejeros, olor a gasolina y a quemado. Cuando el camarero le trajo los huevos revueltos, el hombre tuvo que ahuyentar los cuervos con la mano. Gritó con regocijo:

—¡Tienen mucha hambre, señor!

Los pájaros se congregaban mientras John comía; oía sus garras rasguñando la chapa ondulada de zinc que cubría el hueco de las escaleras.

El camarero le había dejado un ejemplar del *Times of India* en la bandeja y leyó un artículo acerca de las pruebas de sida obligatorias para los trabajadores del ferrocarril. Un laboratorio de Bombay reivindicaba haber descubierto un cóctel de proteínas que alargaba la vida hasta veinte años. No abundó en los detalles. Aunque su padre había ido por libre, a John se le ocurrió pensar que nunca había reivindicado logros drásticos. Antes bien, al contrario. Los patrones acerca de los cuales escribía nunca eran susceptibles de manipulación útil, estaban sujetos a la destrucción. John dejó de masticar. Papá era un derrotista, pensó. No me ayudó porque no creía que fuera posible ayudar.

Mientras esparcía la mermelada, John observó a los cuervos. Hacía calor, calor, calor. Respiraba calor por las fosas nasales. Hoy iré a ver a mamá, decidió. Una tensión constante lo atraía hacia ella. Con igual constancia, él se resistía. No quería verla. Necesitaba resolver algo, antes de acudir a su madre. ¿Resolver qué? Algo que la obligara a entrar en razón.

Mientras terminaba de comer, sintió que la frustración se trocaba en rabia. Estoy aquí aislado. Mi carrera se ha frustrado antes de empezar. El laboratorio ya no le querría. Elaine no me querrá. Nadie le daría más dinero. Permaneció sentado a la mesa, rodeado por los cuervos, que galleaban por el pretil, por encima del hueco de la escalera. Su padre tenía arrugas alrededor de los ojos que se asemejaban a la forma de las patas de aquellas aves.

—Si quieres estudiar patrones no tienes más que ponerte frente a un espejo —decía su madre entre risas.

Las comisuras de los ojos de su padre eran deltas de río. Estaba siempre tenso, sumamente concentrado. Concentrado, ¿en qué? En sueños, en sueños de jóvenes acompañantes. *¿Y serán tal vez ambas figuras trasuntos de ti, John?* había escrito: un joven amigo que plantaba una tienda de campaña con el achacoso y avejentado Albert James, que caminaba con él por la playa, junto al oleaje. La frente de su padre siempre tuvo surcos profundos. Elaine debe de ser una compañía de esa clase para el director japonés, pensó John. Una cría. Era obsceno, teniendo en cuenta la diferencia de edad. «¿No eres consciente —le había escrito ella— de que desapareciendo así provocarás justo lo que temes que ocurra?». Iré a ver a mamá y le exigiré una explicación, decidió John. Empujó la silla hacia atrás. Antes de llegar a la escalera, los picos de los cuervos repiqueteaban ya en su plato de hojalata.

Tan pronto estuvo en la calle le entraron retortijones. Tuvo que volver al hotel a toda prisa. ¿Cómo vas a hacer nada con la barriga como la tienes? Una parte de él se alegró. Después, aún se enojó más. Estaba furioso. Los plátanos eran la solución. Volvió a la calle y encontró a una mujer arrodillada sobre los talones, rodeada de cestos de fruta. Había limas, peras, manzanas, cosas que no reconoció apilados en montones de colores relucientes. Estaba despachando a una anciana. A su lado, en un carretón, un joven yacía dormido.

—Tres plátanos —dijo John.

Las motos se abrían paso apremiantes por entre la muchedumbre. Era una calle estrecha. La vendedora no le entendió. Había desplegado un paraguas para proteger sus mercancías del sol. El hombre joven se levantó y dijo algo. Entonces ella cogió un gran racimo de plátanos enanos y se los ofreció.

—Sólo tres —repitió John. Por la mente se le cruzó que toda aquella parafernalia de la India interponía en el camino obstáculos horribles. Le mostró a la mujer tres dedos, pero ella meneó la cabeza. Necesitaba actuar, ir directamente a su madre, y en lugar de eso pasaba apuros comprando plátanos para asentar un estómago envenenado por las interminables bacterias de aquel país mugriento. ¿Cómo ibas a solucionar nada en la India?

Aun así, todo encerraba también cierta fascinación: los cestos, los montones de fruta, la mancha escarlata en la frente de la mujer, sus finas muñecas asomando de las sombras del sari. Todo era mucho más exuberante y salvaje que la vida en Maida Vale. Es hermoso, pensó John de pronto.

Irguiéndose, el joven del carretón habló con agresividad a la mujer. Parecía contrariado. Llevaba un cordón de oro alrededor del cuello. John sacó un billete de cien rupias y le dieron cincuenta y cinco de vuelta. Ahora tenía una docena de plátanos verdes. Era absurdo, pero sonreía. Me alegro de estar distraído, pensó.

Se quedó de pie apoyado contra un muro, y de inmediato lo rodearon niños que tendían las manos hacia él. Negó con la cabeza, pero empezaron a gritar. Le costaba pelar el plátano, comérselo y sostener el racimo con todas aquellas manitas tendidas hacia él, tocándole la ropa. Arrancó un par de plátanos para los niños, pero entonces fueron ellos los que negaron con la cabeza. ¡Nada de plátanos! Querían dinero. Un plátano se partió por la mitad. John se abrió paso entre los niños y se dirigió hacia la plaza y los mototaxis aparcados.

En lugar de dar la dirección de su madre, pidió que lo llevaran a la universidad. Su madre estaría

en la clínica, recordó, y no sabía la dirección. Sintió alivio. Puedo ir al piso esta noche. Le llegó un mensaje al móvil. «Te quiero, John. ¿Por qué me castigas?». Pagó al conductor y le preguntó a un transeúnte dónde estaba el departamento de Zoología. La gente lo mandó por tal y cual camino. Eran calles arboladas, y habría sido un paseo agradable de no ser por el calor. Entonces reconoció el edificio donde habían comido después del funeral de su padre.

Todavía con el racimo de plátanos a cuestas encontró la cantina y, recostándose en un árbol, miró a través de las puertas acristaladas mientras los estudiantes iban de un lado a otro con sus bandejas. Con qué rapidez, pensó al recordar la conversación de aquel día, había perdido interés en su trabajo, en los micrófagos y los granulomas, en la glicólisis y los fosfatos de pentosas. No sentía ningún deseo de averiguar si allí había gente trabajando en su misma dirección; tal vez incluso en aquel edificio. No quería saber de qué equipamiento disponían sus laboratorios. Igual que si hubiera nacido ayer, se dijo con extrañeza.

John volvió a la entrada, se sentó en un escalón, se comió un plátano y se puso a mirar. Los chavales se agrupaban en círculos que se movían y se dispersaban, una mano en la muñeca de un compañero, la otra sujetando un teléfono. Chicas y chicos reían, todo era sumamente familiar. ¿Qué me importaba en realidad, entonces, el trabajo que estaba haciendo?, se preguntó. La posición que me concedía en un equipo, tal vez. Le encantaba trabajar con otra gente; él destacaba, pero en asuntos más bien impersonales: la microquímica de la célula, la batalla entre la infección y el sistema inmunológico. Trabajabas con otras personas para entender algo, no para entenderte con ellas. Había un objetivo colectivo claramente definido: una nueva droga. Sin embargo, fuera del equipo no le interesaba en absoluto la tuberculosis micobacteriana. No le importaba la gente que la padecía. Apenas sentía interés por Elaine. Mi vida ha sido una sucesión de instituciones, una tras otra, pensó. Se sentía a gusto en la escalinata de una universidad. Había participado en la liga universitaria de cricket, en el club de remo, en los proyectos colectivos del laboratorio. Siempre ponía de mi parte. Si regresara al laboratorio, volvería a interesarme otra vez, pensó. Enseguida. Igual que una luz que se enciende al entrar en una habitación. Sabía que sería así. Disfrutaría sometiendo su mente a las rutas metabólicas, a las cadenas de hidrocarburos, formando un equipo con los demás, demostrándoles lo que era capaz de hacer. En cambio, a su padre siempre le habían apasionado las investigaciones que llevaba a cabo; no necesitaba estar en un laboratorio o en ningún lugar en especial. Y estudiaba solo. Si se creaba un equipo, su padre lo abandonaba. Sin embargo, lo que estudiaba siempre guardaba relación con la gente, no eran cuestiones impersonales. Con una mujer que vendía plátanos, por ejemplo. Su padre habría grabado un vídeo. Una niña sacando liendres del pelo de su madre. Vagamente, sin acertar a traducirlo en palabras, John sintió un atisbo de comprensión.

—¿Disculpa? ¿Eres el señor James?

Levantó la mirada y vio al profesor de gafas joven y entusiasta que meses atrás se había sentado a la mesa enfrente de él.

—Hola —dijo John. Tenía la boca llena. Incomodado por los plátanos, se puso de pie aturulladamente—. Me temo que no recuerdo tu nombre. Pero ¿cómo me has reconocido?

—No hay muchos europeos por aquí, ¿no te parece? —dijo con una carcajada—. Soy Dinesh,

aunque creo que no te dije mi nombre.

Dinesh lo llevó a la cantina para tomar un té y John recordó para qué había ido a la universidad.

—Estaba buscando a Sharmistha —dijo—, ¿recuerdas? La mujer que se sentó a mi lado aquel día en el almuerzo. No sé su apellido.

—Puri —le contestó—. Sharmistha Puri.

Empezó a hablar de lo interesantes que le habían parecido los comentarios de John aquel día: que cualquier fenómeno vital resultaba demasiado complejo para que una sola mente alcanzara a comprenderlo, de manera que las mentes debían conectarse en una estructura. Él estaba trabajando en teoría de la comunicación, donde por supuesto a la mayoría de la gente le interesaba saber cómo transmitir un mensaje a otra persona para que se comportara de cierta manera, comprara algo o votara a tal o cual partido, olvidando que toda comunicación era bidireccional.

El indio rió y encendió un cigarrillo.

—¡Los empresarios y los políticos son tan ingenuos! Imaginan que son ellos quienes llevan la batuta, pero su comportamiento está más determinado por el público de lo que ocurre a la inversa. Éste era el campo de tu padre, claro está. Venía a darles una charla a los estudiantes un par de veces al año. Recuerdo que dijo: «Únicamente un muerto es capaz de comunicar sin sufrir alteración alguna. O Dios, por supuesto. ¡No hay respuesta para las estrellas!».

John miró al hombre de hito en hito.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla? —preguntó—. A Sharmistha, me refiero.

Dinesh lo condujo por el campus hasta el departamento de Zoología, donde finalmente encontraron un despacho donde tal vez tuvieran el número de teléfono de Sharmistha. Un ventilador daba vueltas con parsimonia, agitando un desorden de papeles. Una mujer de mediana edad empezó a hacer un mundo de las normas de privacidad. Los tapizados delataban mucho uso y los teléfonos, prehistóricos, llevaban candados en el disco.

—Por favor, señora, éste es el hijo del profesor James. La doctora Puri estará encantada de tener noticias tuyas —protestó Dinesh—. Llámala desde mi móvil —le ofreció Dinesh en el pasillo. Parecía haber entendido que el joven inglés pasaba por alguna clase de crisis. Tal vez crea que me he enamorado de ella, pensó John.

Contestó un hombre. Aunque John supuso por su acento que debía de tratarse del alemán que los había acompañado a las tumbas sufíes, no lo saludó y se limitó a preguntar por Sharmistha.

—Soy John James —le dijo a la mujer.

—¡Vaya, qué maravilla oírte!

Enseguida se dio cuenta de que había llamado en un momento embarazoso.

—He vuelto a la India unos días. Me preguntaba si podríamos vernos.

Ella tapó el auricular para comentar algo con el alemán. Luego habló, llena de entusiasmo.

—Ven esta noche, John, hay una fiesta campera, fuera de la ciudad.

John oyó la voz del alemán de fondo.

—Pasaré a recogerte por la casa de tu madre. Sobre las nueve.

—No estoy en casa de mi madre —le dio la dirección del hotel. Justo al lado de Bhavbhuti Marg.

—¿Y eso?

—No estoy aquí por mi madre —dijo con rotundidad.

—Qué interesante. ¿Por qué estás aquí, entonces?

John vaciló.

—Es complicado de explicar.

Dinesh no le quitaba la vista de encima.

—Toma un cigarrillo —le dijo.

John aceptó.

—¿Qué es una fiesta campera? —le preguntó.

—Una especie de fiesta al aire libre hasta altas horas de la noche para los ricos y la gente chic —dijo Dinesh—. Odio esas historias.

John pasó la tarde dando vueltas. Debía decidir qué hacer. Cuando el calor se hacía insoportable iba una o dos paradas en metro, que tenía aire acondicionado. Le daba igual dónde estaba, pero exploraba las calles como si éstas pudieran encerrar la respuesta a sus preguntas. Los cables enmarañados que caían combados de los postes del telégrafo, los letreros variopintos de las tiendas, las colegialas apilándose en los mototaxis apresaban su mirada de un modo que las escenas callejeras nunca lo habían hecho en el pasado.

Cerca de la estación principal de la Vieja Delhi recibió otro mensaje de Elaine: «Pienso en la vez en que nos bañamos desnudos en el Cam. No dejo de llorar». John entró en una tienda de telas y en el lapso de cinco minutos pagó casi tres mil rupias por un chal de *pashmina* pura. No contestó a Elaine. Hizo bien en no casarse conmigo, decidió. El chal era de un pálido tono lila con bordados dorados. Tal vez había pagado más de la cuenta. Iría de maravilla con su pelo negro rizado y su piel de camelia. No podía permitirse aquel regalo. No entendía lo que una chica como Elaine podía ver en un hombre tan mayor como Hanyaki. Quizás se tratara sólo del papel en la obra. Tal vez fuera una jugada hábil. Únicamente entonces se dio cuenta de que ya no llevaba los plátanos.

Después de otro viaje en metro, de otro paseo lento, advirtió que estaba al lado del río, en el recinto de un templo.

—¡Señor! —un muchacho larguirucho quería servirle de guía—. ¡Señor, señor!

John continuó alejándose. Bajó por la ribera enfangada y observó a los hombres que se tiraban al agua desde el murete próximo a una compuerta de desagüe. Era una gran represa. El chico lo siguió. El agua borboteaba y hacía remolinos. Había tres o cuatro hombres zambulléndose. Caminaban descalzos por un saliente de mampostería entre las compuertas, luego se tiraban al agua.

—La gente tira cosas al agua para que les dé buena suerte —le explicó el muchacho—. Cuando mueren parientes, a lo mejor es anillo o joyas de muerto, lo tiran ahí, desde puente —señaló—. Esos hombres bucean en el río para encontrarlo.

—¿Y la gente que tira las cosas no se molesta? —preguntó John. En el momento en que habló, supo que había aceptado un contrato y que tendría que pagar.

—¿Molesta?

—Si no se enfadan.

—¿Por qué enfadarse? —preguntó el joven guía—. Si algo está en río, está en río. Puedes coger.

John observó. Vestidos con pantalones cortos, los hombres se zambullían en el agua revuelta para

emerger veinte metros más abajo, arrastrados por la corriente. John imaginó sus dedos hurgando en el lecho de lodo, en la oscuridad llena de remolinos.

—Es de locos —dijo.

El chico habló con gesto serio.

—Nadar aquí es muy peligroso, señor. A veces mueren. ¡Pero están frescos con el calor!

John recordó la noche en que se bañaron desnudos en el Cam después de una fiesta. Elaine tenía la piel de gallina, pero estaba hermosa cuando se tiró al agua. Se estiró de puntillas en la orilla, con sus pechos altos. Había sido uno de sus mejores momentos juntos. Voy caminando con tu madre junto al río, recordó la carta de su padre. Pero no hay agua, tan sólo barro. No poseo nada de mi padre que arrojar al agua, pensó John.

—Búscome un *rickshaw* —le dijo al guía—. Llévame al puente del ferrocarril.

Desde las cinco y media hasta las siete esperó a Ananya en el mismo lugar donde se encontraron la otra vez. Le envió un mensaje diciéndole que aguardaría allí. No apareció, y tampoco le respondió. John se sentía mareado por el calor prolongado del día y pagó cincuenta rupias por una botella de agua. Por lo menos su estómago había aguantado. A las siete y media llegó de vuelta al hotel.

—Alguien vino a verle, señor.

Tras el mostrador de la recepción, la misma mujer con aire eficiente estaba sentada junto al cuenco de agua y los pétalos flotantes; cuando la gente pasaba, el agua se agitaba en anchos espirales de brillante colorido.

—Era una señorita, señor. Esperó mucho tiempo, después se marchó.

—¿Dejó algún mensaje?

La mujer sonrió al advertir su entusiasmo.

—Ningún mensaje, señor. Esperó, pero como usted no venía, se fue.

En su habitación, después de darse una ducha, John se sentó frente a la minúscula mesa bajo la pantalla de televisión que sobresalía de la pared. Encontró un bolígrafo en su bolsa y, después de buscar un poco, un trozo de papel: la lista de lavandería del hotel. Empezó a anotar cosas. Escribió unas pocas líneas acerca de los perros que había visto. «Como si todos fueran el mismo perro, delgado, marrón, olisqueando y cagando y suplicando». Escribió el nombre «Dinesh». ¿Por qué la gente iba a tirar un objeto valioso al río, a sabiendas de que había hombres que lo sacarían? Todos los sueños de su padre trataban de encuentros con gente a la vera del agua. *El oleaje era majestuoso* —había escrito—, *pero no nos tiramos al agua*.

Entonces John empezó un boceto. Era la cara de una muchacha. Trató de recordar la sonrisa torcida de Elaine. La sonrisa y el hecho de que fuera asimétrica eran Elaine misma. No sabía dibujar. El pelo le salió espantoso. Después pasó a dibujar un elefante. Se rió entre dientes, y convirtió la trompa en una gruesa serpiente. Enlázalo todo con un garabato enrevesado, decidió. Empezó a tirar líneas entre la chica y el elefante, entre la serpiente y las palabras. Era extraño contemplar las palabras como parte de los dibujos. Hacia las diez sonó el teléfono.

—Alguien pregunta por usted en recepción, señor.

En el coche, John encontró a Sharmistha, Heinrich y a otra pareja, Priya y Rajit. Seguían a unos amigos, que iban demasiado rápido en un Ambassador blanco del gobierno y desaparecían a cada momento. Hubo frecuentes llamadas de móvil para averiguar dónde se habían metido. Rajit conducía; un hombre lento, apagado y prudente que lucía un fino bigote. John estaba en el asiento trasero al lado de Sharmistha, tan menuda que le permitía gozar de una vista franca del rostro huesudo de Heinrich, que resplandecía, como restregado a cepillo, por detrás de su cabeza. El hombre, mayor que los demás, fumaba y reía sardónicamente. Todo el mundo estaba contento, habían estado bebiendo. Era la fiesta de un célebre arquitecto alemán que volvía a Europa. Nadie lo conocía en persona, salvo alguien del coche de delante. El lugar estaba al sur de la ciudad. Las carreteras carecían de alumbrado, eran caóticas.

—Es viernes por la noche —exclamó Sharmistha—, y mi estúpido libro está casi acabado. Dios, ¡estoy harta de las arañas! ¡Quiero sacudirme esas telarañas de encima!

En cuanto llegaron a la fiesta, John deseó no haber ido. En el límite de una barriada de chabolas, el coche enfiló por la entrada que se abría en un muro largo y alto. Completamente segregados en el interior había una amplia explanada de césped, árboles, una casa baja, enorme, estucada en blanco. En una hilera de mesas servían comida y bebida una docena de sirvientes, todos de chaquetilla blanca, mientras que un discjockey había montado luces estroboscópicas en lo alto de una pequeña pendiente y estaba invitando a la gente a bailar un auténtico batiburrillo de ritmos disco y temas orientales.

Sharmistha desapareció. La gente, una multitud surtida de indios y europeos, daba vueltas por allí y bailaba. John encontró un plato y se sirvió varias clases de comida. Los sabores parecían enfrentados unos con otros, y también con su estómago. En la mesa de las bebidas se tomó un gin-tonic, luego otro. Era una noche calurosa. No había suficiente hielo. Bien podría emborracharme, pensó. Trató de responder a un indio de mediana edad que le preguntó algo, pero resultaba imposible comunicarse con el estruendo de la música. El hombre hubiera seguido hablando, le puso a John una mano en el hombro, pero John se rindió y se apartó de allí. Se sentó en el césped y se puso a mirar a los que bailaban. No había mucho entusiasmo. Los cuerpos de las mujeres se movían con gracia, pero no eran excitantes. Quería volver al hotel. Debía de ser Ananya quien había pasado a preguntar por él. Tendría que haber ido a ver a su madre. Ése había sido el plan. Entonces se encendieron las luces alrededor de la piscina.

La piscina estaba detrás de las mesas, cerca de la casa. John se acercó hasta allí. Media docena de personas estaban ya en el agua, iluminada desde arriba y desde el interior. Otros permanecían sentados en el borde, bebiendo y dando de beber a las bocas de los nadadores. Ahí se podía hablar; la música estaba más lejos. De repente Sharmistha estaba a su lado, en bañador.

—¡Salta al agua! —tenía una voz cantarina muy grata al oído. No venía preparado para bañarse, le dijo John—. Al cuerno —se rió ella—, báñate en calzoncillos. ¡O sin nada! ¿A quién le importa?

Menuda y bien contorneada, Sharmistha bajó por la escalerilla y se lanzó al agua luminosa.

Llevaba el pelo recogido en un moño alto. Su traje de baño era ajustado y negro. Cruzó la piscina a nado, dio media vuelta y regresó. Sus ojos oscuros resplandecían incitantes.

—¡Métete! ¡Estúpido!

Un hombre entrado en años empujó a una mujer al agua vestida. Se armó jaleo. Alguien había roto un vaso; dos o tres hombres estaban intentando encontrar los fragmentos en el suelo de la piscina. John se quitó los pantalones y la camisa y los dejó junto a unos arbustos. Los calzoncillos que llevaba eran decentes, pensó. Cuando se metió en el agua, Sharmistha acudió al instante a su lado. Le salpicó. Daba la impresión de estar alocadamente juguetona.

—Ay, he tenido un par de meses duros —dijo riéndose—. Trabajando, trabajando y trabajando. Acerca de esas arañas espeluznantes y sus feas telarañas pegajosas y asquerosas. Pero ¿y tú cómo estás? ¿Cómo va tu investigación?

—Nada especial —dijo él. La bebida no había hecho que se relajara en absoluto.

—Estabas tan entusiasmado con ella la última vez que nos vimos —hablaba con la espalda pegada a una de las paredes de la piscina, únicamente la cabeza sobresalía del agua. Entonces lo cogió del brazo y tiró de él para que se pusiera a su lado—. Bueno, ¿por qué has regresado a Delhi?

—No lo sé.

Volviéndose, miró su cara de frente y la halló insoportablemente hermosa. Los ojos eran inmensos y su mirada dulce; los labios estaban llenos de promesas, los altos pómulos bien definidos. Sharmistha sonreía radiante, burlona. Enarcó una ceja y, antes de que John acertara a entender lo que ocurría, la estaba besando. Ella giró su cuerpo para apretarse contra él, sus besos eran ardientes y profundos. John estaba desconcertado, sin saber siquiera quién de los dos había empezado. Entonces ella empezó a rozarle las piernas con una rodilla por debajo del agua. John besaba con cierta violencia y sonaba la música alrededor, el ruido de risas y gritos, y alguien nadaba de un lado a otro junto a ellos.

—¿Qué hay de Heinrich? —preguntó jadeante.

—Eso no es un problema, corazón —le susurró Sharmistha.

Empezó a besarlo de nuevo. John estaba excitado e inquieto. Ella lo tocaba bajo el agua y él llevó una mano a sus pechos.

—Necesito otra copa —anunció Sharmistha de repente, y nadó hasta la escalera.

John salió del agua, se puso la ropa aprisa, buscó el teléfono y le echó un vistazo. Había un mensaje, en efecto, pero no era de Elaine. «Voy a darle la dirección de su hotel a una persona que conocía a su padre mucho más que yo». Era Ananya.

—A lo mejor has venido a Delhi para volver a verme —dijo Sharmistha con una carcajada. Había aparecido de nuevo con dos vasos—. Es vodka. Ven a conocer a alguna gente.

Se sentaron en el calor de la noche con los pies en el agua y hablaron con un australiano y su novia india. Vivir en Delhi le permitía escribir porque la vida allí era muy barata, explicó el australiano enseguida. Tenía cuarenta y tantos años, era novelista.

—En Sidney estaría luchando sólo para pagar el alquiler —insistió. Su novia fumaba en silencio. John vio a Heinrich de pie en la penumbra, con un plato en la mano. He perdido la noción del tiempo, pensó.

—Vayamos a nadar otra vez —Sharmistha lo tomó de la mano. Parecía no tener ningún problema en mostrar a los demás que mantenían un trato íntimo. Poniéndose en pie, John preguntó:

—¿Crees que mi padre estaba en la India porque es barato?

—¡Tal vez!

Sharmistha aceptó un cigarrillo que alguien le ofrecía y luego bajó al agua, echando la ceniza en un vaso que había en el borde de la piscina. En un instante John estaba a su lado, fumando también. La noche había adquirido una atmósfera aterciopelada, indistinta y verdosa. Inhaló el humo hasta el fondo. Siempre le había parecido que fumar era el más estúpido de los hábitos. Había dos o tres personas nadando, y tenían que mantener los cigarrillos en alto.

—Es curioso cuánto te pareces a él —dijo Sharmistha—. Por cómo hablas, me refiero.

—No me siento muy parecido a él —dijo John—. En realidad estoy un poco mareado. Por cierto, ¿sabías que mi padre había juntado a un grupo de gente para que interpretaran sus vidas, o algo así? Eso me contó alguien.

—Había un chulito de la escuela de teatro en el funeral —dijo ella—. ¿Te acuerdas? —permanecía justo a su lado, su piel morena iluminada por la luz subacuática—. Albert era un hombre fantástico —añadió.

—¡Y al mismo tiempo estaba estudiando las arañas! A veces me cabrea, te lo aseguro —el tono de John se tornó apremiante—. Me refiero al modo en que mi padre desperdició su talento. Haciendo chaladuras de ésas. Me saca de quicio.

Sharmistha observó al chico. Parecía que su intensidad le resultaba atractiva.

—Por lo que pude captar —dijo—, le gustaba pasar mucho tiempo observando las cosas más diversas, a gente diferente, y entonces trataba de buscar coincidencias entre los distintos patrones, trazar mapas. Ésa era una expresión predilecta suya. Buscar coincidencias en los mapas de las cosas. Siempre nos decía que nunca hallaríamos nuevas ideas acerca de las telarañas a menos que tratáramos de contrastar aquellas estructuras con otras muy dispares: redes de metro, los dibujos de los nervios de las hojas, la coreografía.

John sacudió la cabeza. De improviso sintió la boca de Sharmistha en la oreja.

—¿Por qué no pones tu mapa encima del mío esta noche, encanto? ¿Quieres? —estaba besándole el cuello. Le hablaba en susurros. John levantó la mirada y vio que otros los miraban. Una gorda anciana india sonreía mientras caminaba desgarbada en albornoz.

En el coche, de vuelta, Sharmistha tenía de nuevo a Heinrich a un lado y a John al otro. Una vez más, ambos podían verse por encima de la abundante melena de la mujer. El tipo parecía bastante relajado. Ella se había soltado el moño. Delante, Priya iba entonces al volante, mientras que Rajit, que había bebido mucho, no dejaba de volverse y reprender a Heinrich con cara de pocos amigos.

—Deberías andarte con más ojo con tu mujer —lo increpó, y todos pudieron oírlo. El bigote se estiró en el bozo, erizado—. ¿Qué pasa contigo?

Sharmistha no dejaba de reírse. Recostó todo su peso en John y le acarició las piernas.

—Ahora te llevamos al hotel —le dijo Rajit al chico inglés, pero Sharmistha insistió en que John se quedaría a dormir en su casa.

—¡El hotel estará cerrado a las tres de la mañana, Rajit! ¿A que sí, Heiny?

—No lo sé —dijo Heinrich.

Hasta que todos se descalzaron en la entrada, John no entendió ni por asomo que Heinrich y Sharmistha en realidad vivían juntos. He bebido demasiado y he fumado demasiado, pensó.

—Haz café —le pidió Sharmistha al alemán, y condujo a John de la mano por un pasillo hasta el dormitorio. Sus pies descalzos se movían ligeros, prácticamente corría. John la siguió. La proximidad de la mujer lo había abrumado, el olor de su piel, la entrega de sus besos, el tacto suave, certero, de su mano en su cuerpo—. Tienes la ropa húmeda —le dijo.

John se había puesto los pantalones encima de la ropa interior mojada. Ella ya se despojaba de la casaca. Bastante aturdido, John no podía evitar enorgullecerse un tanto de sí mismo, aliviado por haber dejado de pensar en su padre y su madre. En un instante estuvo en la cama, pegado a ella. Alababa la hermosura de su piel, la belleza de su voz. Ni sabía lo que decía. Vagamente, farfulló alguna fórmula sobre tomar precauciones. Los labios de Sharmistha estaban en su cuello; parecía estar cubriéndolo de saliva.

—No te hace falta nada —susurró ella—. De verdad, corazón.

Sus cuerpos se rodeaban el uno al otro. Estoy viviendo, decidió John. Era bueno. Y pensó, a lo mejor aquello iba a ser lo que lo liberara y le devolviera su vida. Puede que incluso le permitiera recuperar a Elaine. Sharmistha lo atraía con fuerza hacia ella. Lo deseaba. Entonces sintió unos dedos fríos en el pie.

De inmediato John quedó electrizado por una alerta sobrecogedora, negativa. Una mano se había posado en la parte alta de su pie. Le acariciaba el tobillo. Sin embargo, las manos de Sharmistha estaban ambas en sus hombros. Separó la cabeza de la almohada con esfuerzo. Por encima del hombro de la chica, Heinrich enarcó sus cejas pobladas y sonrió. En un instante el cuerpo de John se quedó sin fuerza.

—Ay, Dios. No te preocupes, no le hagas caso —susurró Sharmistha. Trató de que su voz sonara tranquilizadora—. No toques —le dijo a Heinrich entre dientes—. ¡Mierda!

John había cerrado los ojos. Yacía estirado boca arriba.

—¿Qué pasa, encanto? —preguntó Sharmistha—. Ignóralo, como si no estuviera.

—No quiero estar aquí —murmuró John.

—Por favor —susurraba con la boca apretada contra su oreja—. Por favor, encanto.

Heinrich dijo con calma:

—Perdona, Shasha. Dejaré que terminéis, vosotros los jóvenes. No te vayas, John. Disfruta. Está borracha —y dejó la habitación.

Cuando abrió los ojos, encontró a Sharmistha mirándolo fijamente. Dejó que lo besara, pero una sobriedad gélida se había apoderado de su cuerpo.

—De verdad que no puedo —dijo—. No debería estar aquí. Debería haber vuelto al hotel.

—Joder —suspiró Sharmistha—. O mejor dicho —sonrió—, de joder nada de nada.

Yacieron juntos unos minutos.

—Joder, joder, joder, joder —Sharmistha sacudía la cabeza.

—Lo siento.

Ella soltó una carcajada discordante.

—Pues no lo sientas, ¿por qué ibas a disculparte?

—Simplemente me gustaría...

—¿Qué?

—Nada.

Ella le acariciaba el pelo.

—Me recuerdas tanto a tu padre cuando hablas, ¿sabes? Aunque no te parezcas en nada a él.

John yacía de espaldas, con las manos enlazadas detrás de la cabeza. Sin pensar, dijo:

—¿Crees que mi padre tuvo otras mujeres? Quiero decir que mi madre y él eran el matrimonio perfecto, formaban un verdadero equipo.

—Eso apenas importa, ¿no crees? —preguntó Sharmistha.

—Siento rabia hacia él —dijo John.

—Eso has dicho.

—Siento ganas de pegarle. De pegarle de verdad. Necesito hacerlo.

Ella se recostó sobre un codo.

—Está muerto. ¿Cómo vas a pegar a alguien que está muerto?

—Así es como me siento —dijo John en un hilo de voz.

Ella se rió para sí.

—Si quieres saber la verdad, a mí me habría encantado irme a la cama con Albert. Lo adoraba. Y yo le gustaba a él. Pasamos algunas tardes juntos, paseamos. Me dijo algunas cosas bellas, pero nunca hizo nada. Ni siquiera me dio un beso.

—Entonces, ¿le era fiel a mi madre?

Sharmistha exhaló un suspiro.

—Cuando le hablé de nuestros problemas, entre Heinrich y yo, dijo que era normal: que las parejas no hicieran el amor.

John trató de imaginar a su padre diciendo aquellas palabras. Al cabo de unos momentos preguntó:

—Pero ¿por qué una mujer como tú iba a interesarse en un tipo como mi padre, tan mayor? Eres increíblemente guapa, y mi padre ni siquiera era atractivo.

—También tú me gustas —dijo ella—. Heinrich es mucho mayor que yo, si se trata de eso.

John no dijo nada.

—Albert era cómplice. Me parece que me entendía completamente. No hacía falta que dijera nada. Y tampoco criticaba jamás. Tan sólo sabía, y tú lo notabas. Eso lo hacía muy sexy. Yo pensaba que sería una gran victoria hacer el amor con él. Un éxito enorme, si lograba atraerlo a mi terreno. Sin embargo, nunca me acerqué siquiera. Tenía unas defensas muy sólidas. O inhibiciones —se rió con cierta acritud—. Lo único que dijo una vez...

Sharmistha se interrumpió.

—Cuéntamelo —John se incorporó en la cama.

—Bueno, cuando le conté que Heinrich y yo habíamos hecho lo que..., vaya, lo que estuvimos a punto de hacer contigo esta noche, ¿me entiendes, verdad? Dijo que envidiaba a Heinrich, le envidiaba por poder mirarme haciendo el amor con otro.

Hacia las siete de la mañana, mientras los demás dormían, John salió solo del apartamento y cogió un mototaxi de vuelta al hotel. En la recepción, una mujer joven se levantó del sofá y caminó hacia él con una marcada cojera.

—¿Es el señor John James? —dijo—. Mi nombre es Jasmeet Singh.

Le tendió la mano. En cuanto John se la estrechó, ella rompió a llorar.

John miró a su alrededor. La recepcionista estaba poniendo flores encima de un trozo de papel.

—Lo siento —dijo. Se sentía exhausto.

—Señor John —la chica lo agarró con fuerza de la mano—. Señor John, me temo que soy la única responsable de la muerte de su padre.

CUARTA PARTE

Un acto de amor

Helen empezó a explicarle a Paul los acontecimientos y los entresijos de la clínica. Habían llevado a más de cuarenta personas de una boda con intoxicación. El director estaba convencido de que el gerente sacaba tajada de los contratistas: fármacos, apósitos, lavandería. Sus mayores problemas en realidad eran la carencia de medicinas, la falta de camas. En aquellos momentos tenían un paciente con tuberculosis, por ejemplo, aquel chico birmano que le había mencionado, que pasaba la noche en una estera, en el patio. Ella llevaba sobre todo a pacientes externos. Claro que si los hospitales públicos funcionaran como es debido, no habría necesidad. O tal vez siempre hay necesidad, en todas partes. Helen se rió.

—Sobre todo cuando en una boda contratas el catering más barato.

—¿Y Kulwant? —quiso saber Paul.

—Pasa consulta a problemas urológicos. Un par de horas a la semana. No basta, ni de lejos. En su clínica privada sólo practica cirugía prostática, a quienes pueden costársela. Muchos de ellos americanos.

—Así pues, imagino que tuvo conocimiento del problema de Albert.

—Kulwant era partidario de operar. Albert no quería oír hablar de ello.

—¿Y Kulwant y él se llevaban bien?

—Albert se llevaba bien con todo el mundo —Helen le lanzó una mirada al americano—. No es algo tan raro rechazar la terapia.

Paul la observó. Cada mañana Helen se marchaba del piso antes de que él se levantara, llegaba a casa por la noche, se aseaba, se cambiaba, sacaba la comida que la sirvienta había preparado. Mientras ella estuvo fuera, durante cinco días consecutivos, Paul había ojeado los libros de Albert, había visto montones de vídeos, sin hallar indicio alguno de que James tuviera entre manos una obra de calado.

—Tenía que tener un portátil —comentó Paul al fin una noche—. ¿No dijiste que usaba una cámara de vídeo?

Helen no le había dado permiso para revisar los papeles de Albert, pero tampoco se lo había negado. No le había pedido que se quedara en el piso, pero no había dado muestras de sorpresa ni puso objeciones cuando al volver aquel primer día lo encontró aún allí.

—¿Tienes idea de dónde está? —preguntó Paul—. Puede haber un libro entero inédito ahí dentro.

—Busqué —dijo ella—. Tenía un portátil, pero no lo encuentro.

—¿Y en la universidad?

—Allí no tenía despacho propio. Sólo iba a hablar de cosas diversas con la gente de varios equipos de investigación. Así funcionaba siempre.

—Tal vez lo dejara en el despacho de algún amigo.

Helen se encogió de hombros.

—No he indagado mucho, la verdad —y añadió—: Los últimos seis meses fueron de mucha tensión. Sufría mucho.

Comieron juntos. *Dal*, verduras, un *chapatti*. Ella mantuvo la mirada fija en la comida.

—Albert estaba loco por la vida —dijo—. Tenía un apetito enorme, casi como el de un niño, sobre todo por ver cosas; y al mismo tiempo ansiaba morir. Dijo que sería emocionante. A veces me parece que mezclaba ambas cosas, como si morir fuera el acto más vital que pudiera llevarse a cabo.

Helen hablaba con un deje de amargura, mirando a Paul de tanto en cuando para comprobar hasta dónde había entendido. Físicamente, el americano era una presencia tranquilizadora. Más tarde, sola en la cama, pronunció el nombre de su marido en voz alta.

—¿Albert? ¿Y bien?

Yacía boca arriba, a la espera.

—¿Llegaste finalmente al patrón de patrones? —¿cómo lo había expresado una vez: la trama en la cual se tejen todas las aguas?—. Tendrías que haber sido poeta —habló a la oscuridad—. ¿Llegaste? —justo antes del final hubo un momento en que él la había mirado con gran intensidad, pero sin poder articular palabra. Hasta bien entrada la madrugada su mente anduvo yendo y viniendo entre la rabia y la ternura.

Retirándose al pequeño dormitorio, Paul nunca se había sentido más próximo a un sujeto ni más lejos de verse capaz de empezar a escribir. Cuantas más notas tomaba, más difícil se hacía. Tal vez Helen estuviera en lo cierto y Albert James hubiera perdido el rumbo después de que se marcharan de Estados Unidos. Fue entonces cuando empezó su interés por los insectos y las arañas. El paso por los tribunales, las acusaciones de una prostituta menor de edad, habían desestabilizado al hombre, era comprensible, al igual que la polémica en torno a sus especulaciones sobre la enfermedad mental. Siempre había fomentado que los demás robaran sus ideas y acapararan la atención.

Paul se había llevado una docena de libros del salón y los tenía apilados encima de la mesita de noche. «Donde la corriente de información se interrumpe necesariamente —leyó la letra garabateada en la guarda del primero—, ahí podemos estar seguros de que nos aproximamos a lo sagrado».

Era un texto académico de teoría de la comunicación, publicado por McGraw-Hill. Paul trató de dar sentido a las palabras. Enseguida había tomado conciencia, tras un rápido examen de las publicaciones que había en aquella casa, de que la primera tarea que se imponía era establecer el orden en que James las había leído; entonces podría extraer más sentido de los comentarios anotados en los márgenes. Sin embargo, ¿cómo acometer aquella tarea? ¿Y qué quería decir con eso de: «Donde la corriente de información se interrumpe necesariamente»? ¿Qué información? ¿Por qué *necesariamente*? ¿A qué se refería cuando mencionaba «lo sagrado»?

Los libros de Albert estaban colocados en los estantes en orden alfabético, de manera que había obras de electrónica junto a novelas, tomos de antropología, historia, filosofía, física, matemáticas. Te daba la impresión de que leía mucho, aunque indiscriminadamente; bien seguía un hilo poco claro, bien se dispersaba a propósito, optaba por distraerse a fin de no seguir un hilo conductor, y desaparecía, por así decir, en los pensamientos de otros, como si pretendiera trazar vínculos entre ellos, expandir su mente al transitar de unos a otros, tal vez precisamente con el objeto de no alcanzar ninguna conclusión propia, como si tal cosa fuera una especie de transgresión.

Muchas de las obras eran ilustradas: libros de arte, iconografía hindú, tejido manual en Cachemira, fotografía de Delhi, Bombay, Calcuta. Con cada autor Albert James parecía entablar una

relación distinta, llegar a un tono particular de entusiasmo o complicidad o consternación. Incluso su caligrafía cambiaba. Antiguas ediciones de *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas o A través del espejo* estaban en especial profusamente anotadas. «¡El terror es el de las ninfas!», había garabateado. Era evidente que había vuelto sobre algunos libros en distintos momentos y había escrito notas junto a otras notas, sobre otras notas, entre otras notas. En un ejemplar del *New York Review*, entre las columnas de un artículo alarmista sobre el calentamiento global, había escrito: «La serpiente, el estanque, ¡el ojo líquido!».

Al quinto día Paul encontró un fajo de cartas. No había ningún archivador en el piso de los James. Había bajado una caja de lo alto del gran armario ropero del dormitorio principal. Aquello era fisgonear en toda regla, pero Helen lo había dejado en la casa a solas. Seguro que era consciente de que aquello podía ocurrir.

Era una caja grande que en otros tiempos sirvió de receptáculo de doce botellas de cerveza Kingfisher. La puso encima de la mesa. Lochana estaba ocupada en la cocina, y Paul se preguntó si la anciana sirvienta referiría a Helen aquellas libertades que él se tomaba, o una vez más si podría pedirle que le diera razón de la chica que había estado allí la noche de la cena, la encantadora muchacha que lavaba sábanas en el vídeo.

Había cartas de Coomaraswamy, de la Sociedad Teosófica, una docena de ellas. Eso lo resumía todo en cuanto a la franqueza del hombre al decir que tan sólo conocía a James de algunos encuentros ocasionales. «Me preguntas si creo que la experiencia religiosa es un terreno propicio para el avenimiento entre la conciencia y la inconciencia —leyó Paul. Su letra era un tanto pueril—. Me dices que concibes nuestra existencia depredadora e hiperconsciente, orientada a un fin y vehiculada por el lenguaje, como un callejón sin salida evolutivo que tan sólo puede conducir a la cancelación de la humanidad del planeta. A mí lo que me preocupa es la escatología atormentada de tus tribulaciones». «No me atañe a mí dictaminar —terminaba una de las cartas de Coomaraswamy—, sino a ti saber si has sido elegido».

Había montones de cartas de patrocinadores y patrocinadores en potencia. Formaban un único fajo sujeto con una goma elástica. «Estimado profesor James, nuestra agencia coincide ampliamente con sus preocupaciones y objetivos. Sin embargo, nos da la impresión de que el proyecto que usted ha presentado es teórico y especulativo en exceso para satisfacer nuestros parámetros de financiación, por modestas que sean sus solicitudes». El membrete en relieve era: La Agencia Federal de Planificación Urbanística, Washington DC. «Sin embargo —continuaba la carta—, si pudiera usted ofrecer ejemplos prácticos de cómo la psicología colectiva de un entorno urbano en particular puede orientarse hacia las actitudes más benevolentes a las que usted alude, nos complacería enormemente reconsiderar nuestra decisión».

Una nota de la Sociedad de Aracnología le preguntaba a Albert James adónde le había conducido su investigación: «Tenemos particular interés por saber de sus consideraciones acerca de las estructuras masculinas y femeninas de las telas de araña».

Un editor de Londres le recordaba a James que la entrega de un texto mecanografiado de unas ochenta mil palabras, que llevaba por título provisional *Trazando mapas de lo incognoscible*, se retrasaba ya más de dieciocho meses y que, de acuerdo con los términos del contrato, el anticipo

inicial de cinco mil libras (pagadas a cuenta en marzo de 2001) debía ahora devolverse. «¿Podría usted garantizarnos —concluía la carta— que el libro está próximo a su término, en cuyo caso no apremiaríamos el retorno del anticipo?».

Paul fue a la ventana, la abrió y encendió un cigarrillo. El día era una ráfaga de calor mezclado con el humo del tráfico. Al parecer James no había conservado copia de las cartas que enviaba, salvo por las que hubiera en su ordenador, claro. Tal vez si Paul apuntara todas las direcciones pudiera pedir a todos los corresponsales que le permitieran consultar lo que James había escrito. Parecía una tarea dura que tal vez diera poco provecho. Coomaraswamy, para empezar, no cooperaría, pues de otro modo habría mencionado aquellas cartas cuando se encontraron.

—O sigo adelante y escribo el maldito libro —dijo Paul entre dientes—, o lo dejo todo y corto por lo sano.

Se sentía inquieto, empezaba a impacientarse. Al morir en el momento en que lo hizo, Albert James se le había escapado de las manos, y al mismo tiempo lo había apartado de su vida cotidiana y lo mantenía apartado todavía. Paul no había revisado el correo electrónico desde hacía días. Estaba perdiendo la noción de la persona que era en Boston. Sin embargo, la fascinación que Albert despertaba en él no parecía que le llevara a ninguna parte. Sus ideas eran más confusas entonces que cuando llegó. Habría sido más sensato, se sorprendió pensando Paul, haberme hecho cargo de un proyecto más sencillo, algo más claramente vendible, una idea que le hubiera permitido investigar desde su país. «Cien héroes americanos» era un proyecto que con certeza se vendería con facilidad. Por otra parte, había arriesgado mucho de sí mismo en aquella biografía. Elegiste deliberadamente a un tipo difícil, pensó, una tarea que te obligara a crecer. Ahora lidia con ello.

Fue a la mesa de la cocina y vació la caja encima del tablero, revisando los papeles con dedos ágiles. Más de la mitad eran invitaciones a conferencias. Apenas les echaba un vistazo. Sobre la paz mundial. Sobre la comunicación entre los reptiles. Sobre el lenguaje y la psicopatogénesis. La exploración de procesos mentales primarios y secundarios. Aprendiendo a aprender a aprender. Hacia una respuesta conductual al calentamiento global.

Entonces dio con una carta manuscrita. Era de alguien que había oído hablar a Albert James en una conferencia en Calcuta, en fecha tan próxima como 2005: «Modelos para el desarrollo de la India». Con bastante probabilidad fuera la última conferencia que James había dado.

Estimado profesor James,

Me encontraba entre los muchos delegados regionales que asistieron a la lectura de su docto artículo sobre la importancia de mantener la flexibilidad en todas las vertientes de la actividad humana. Le confieso que durante su largo discurso me dormí en dos ocasiones (recordará usted cuántos discursos sumamente arduos hubo aquella tarde y, por desgracia, tengo ya muchos años). Solamente después, al recordar los diagramas que usted mostró, di en comprender la extrema importancia de lo que nos estaba explicando: cada vez que imponemos formas rígidas de comportamiento, limitamos nuestra posibilidad de responder a la circunstancia cambiante.

He pensado mucho en ello, profesor James. Es una idea maravillosamente simple; en un principio

parece inocua, pero las consecuencias son del todo nefastas, y algunas personas las hallarán repugnantes. Porque lo que en el fondo usted quiere decir, pienso yo, es que tales principios sagrados como la libertad de los individuos, la democracia, el matrimonio, la monogamia, el respeto por todas las religiones, la importancia suprema de la vida humana, son todas ellas formas de conducta que han sido «fijadas» y que debemos cuestionar antes de que nos aboquen al desastre.

Esto es sumamente polémico. Se trata de principios muy importantes que nuestra sociedad turbulenta y multicultural ha alcanzado con el paso de muchos siglos, tras invertir los mayores esfuerzos y la más estricta disciplina. Si las personas corrientes se liberaran de esos principios, ¿qué sería de ellas? ¿Qué sería de todos nosotros?

Aunque, por supuesto, usted es consciente de eso. Me parece usted un hombre de honda sabiduría, profesor James (una sabiduría que, si me permite usted la licencia, irradia de su propio ser, no de sus palabras). Sin embargo, dice usted que debemos recordar que podemos organizarnos de distintas formas; dice que nada debe haber sagrado si queremos sobrevivir.

Estimado profesor James, mucho desearía yo que hubiera optado usted por arrojar más luz sobre este acertijo ante los delegados y políticos regionales de la India que asistieron a la conferencia. Sus ideas suponen un gran desafío, pero las presenta de manera que quienes le escuchan pueden hacer oídos sordos, o incluso echar un sueñecito. Los delegados le escuchan, realmente quedan cautivados por su carisma, pero de inmediato empiezan a adormilarse. No impulsa usted a la acción.

Me complacería mucho invitarle a nuestro ashram (vea la documentación adjunta), si bien solamente si está usted dispuesto a ofrecer a nuestros miembros (alrededor de trescientos) respuestas más claras acerca de cuáles en su opinión la mejor manera de acometer el desarrollo futuro en el mundo que se cierne a toda prisa sobre nosotros. Al final de su discurso dijo usted que uno de los caminos posibles es «curar la estética del virus de la utilidad». ¿Recuerdo bien sus palabras? Esto no me queda en absoluto claro; como le he dicho, tengo ya muchos años, y tal vez el paso del tiempo me embota los sentidos. A buen seguro no cree usted que debemos pasarnos la vida contemplando obras de arte, ¿o sí?

Estimado profesor, habla usted en clave. Eso no augura nada bueno. ¿Acaso tiene enemigos? Por favor, venga y explíquenos en Uttar Pradesh lo que quiere usted decir. Intuyo que puede ser de importancia.

Le declaro, señor, mi admiración y mi potencial discipulado.

Radha Ladiwale

Paul llevó la caja al dormitorio principal, se subió a una silla y la puso de nuevo en lo alto del armario ropero, entre el polvo y las telarañas. Al bajar echó un vistazo a la habitación. Una vez más,

lo sorprendió que no hubiera fotografías: únicamente la cama, una cómoda, el ropero. Miró en el interior. El suelo de un armario es siempre un lugar donde suelen guardarse cosas. No había nada. Sólo la ropa de Helen, colgada con esmero. Paul dio una ojeada: vestidos lisos y casacas para ir a trabajar. Éste es el primer armario que veo de una mujer que no está lleno a rebosar, pensó.

Aun así, había dos o tres prendas elegantes: un salto de cama de una tela satinada turquesa, un vestido mini negro. Paul lo sacó, lo olió. Algo que debía de llevar de joven. Le pareció extraño que conservara una prenda como aquella, aunque tuviera todavía un buen cuerpo. Algunas mujeres eran afortunadas. Respiró hondo. En la cómoda, entre montones de ropa interior lisa —bragas y sujetadores lavados mil veces—, había media docena de prendas de tacto sedoso. De la ropa de Albert, ni rastro.

Cuando Helen volvió aquella noche le preguntó si podía llevarla a cenar.

—Lochana ha preparado comida —dijo Helen—. Se echará a perder.

—A tomar algo, entonces —le propuso—. He estado encerrado todo el día.

—No creo que sea culpa mía —objetó ella. Estaba cansada. Después frunció los labios, miró alrededor—. De acuerdo. Pero deja que me dé una ducha.

Mientras bajaban las escaleras y salían a la noche calurosa, intercambiando saludos con el barrendero del edificio en el patio delantero, Paul cayó en la cuenta de hasta qué punto debían de parecer una pareja. Helen se había puesto el vestido blanco de algodón, el mismo que llevaba para la cena que dio en su casa, y caminaba ligera, en apariencia inmune al calor. Las gafas de sol le conferían cierta sofisticación. El sudaba enfundado en la americana de lino. Una ardilla listada corría por el muro rosado de los jardines de Lodhi. El aire tenía una cualidad sombría, premonzónica.

—Empiezo a tener problemas con mi proyecto —le dijo a Helen.

Se sentaron en el frescor de una cafetería con aire acondicionado. El camarero les trajo unas bebidas.

—Realmente necesito entender mejor cómo fue el final para Albert. De otro modo no soy capaz de hacerme una idea de conjunto. Estoy perdiendo pie.

Helen no dio muestras de ayudarle. Se soltó el pelo del lazo que lo sujetaba, lo sacudió, se lo ató de nuevo.

—Básicamente —Paul trató de hablar con naturalidad—, necesito información sobre la muerte de Albert; de si pensaba que había llegado a alguna conclusión con su trabajo y, en tal caso, qué conclusión. En este momento es como si su vida llevara a algo de verdadera importancia que no está ahí. Se queda corto.

Helen le dedicó aún una mirada mientras se hacía la coleta. Paul tenía la certeza de que sabía cosas. Por su parte, Helen se preguntaba por qué no le había pedido lisa y llanamente que se marchara. Por último, dijo:

—Podrías hablar con el doctor ayurvédico que lo llevaba. Tengo la dirección en alguna parte.

Paul se irritó.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Nunca te dije que fuera a ayudarte con tu libro.

—Entonces, ¿por qué me permites quedarme en tu casa? ¿Por qué me das ahora esa dirección?

Ella sonrió.

—Tu compañía no viene mal. Eso lo sabes.

Paul titubeó.

—Hoy leí unas cartas, las que hay en la caja encima del armario, en tu dormitorio.

Ella enarcó una ceja.

—No sabía que tuvieras una orden de registro.

—Deberías haber imaginado que miraría por ahí.

—¿Conque debería? Albert no hubiera hecho nunca algo así —antes de que Paul pudiera añadir algo, le dijo—: Mira, me parece que tendrías que preguntarte qué te llevó a decidir con tanta determinación a escribir sobre Albert.

—Ya te lo dije. Empezó al leer *Wau*. Y con la sensación de que existía cierta afinidad...

Ella meneó la cabeza.

—Guarda relación con tu familia, Paul —dijo—. Con tus mujeres, sobre todo.

—¿Y eso a qué viene? —lo tomó desprevenido.

—Tal vez estás buscando el beneplácito para vivir la vida que has elegido, para mantenerte alejado de tus esposas y tus hijos, para tener romances en serie con jovencitas. Necesitas una especie de santo secular o de religión que sustituya a los que te acompañaban mientras crecías, para superar tus sentimientos de culpa. Albert atraía siempre a gente como tú —Helen se interrumpió un instante—. Sin embargo, creo que sería peligroso que le siguieras demasiado lejos.

Se hizo un breve silencio. Con voz tremendamente franca, Paul dijo:

—Helen, ¿por qué no me ayudas un poco? Luego te dejaré en paz.

Ella dio un sorbo a su bebida.

—Hace unos días dijiste que tenías prisa por volver a Massachusetts; a la alegría de tu damisela.

—Y es cierto.

—No es ésa la sensación que da, Paul. Da la sensación de que estás cambiando —Helen vaciló—.

—¿Recuerdas que te dije que eres igual que mi hermano?

Paul asintió.

—Mi hermano era, y probablemente es aún, un hombre de decisiones inquebrantables, hasta un punto que raya en la crueldad. Se llevaba por delante a quien hiciera falta. Pisoteaba a mi madre, y ella lo adoraba por eso. Yo lo odiaba. Mi hermano alentó mi animadversión contra él, porque se dio cuenta de que me sacaría de la familia y eso le daría el control absoluto del dinero de mis padres. Que muy pronto consiguió. Con poco más de veinte años destruyó a una amiga íntima mía. La utilizó de todos los modos imaginables, la dejó embarazada, poco menos que loca.

Helen sonrió con ironía.

—Bueno, ya me perdonarás, pero me había dado la impresión de que tú eras un poco así, y que Albert no era para ti más que un proyecto inteligente, una especie de peldaño hacia la celebridad con tintes de Nueva Era. Pero ahora veo que me equivocaba. Veo que Albert está socavando tu confianza por todos lados. Que es precisamente lo que hacía con todo el mundo. Te estás enmarañando. Si yo fuera tú, dejaría el libro ahora mismo y me iría directo a casa.

Paul procuró no perder la calma.

—Helen, dejemos al margen mis motivos, ¿de acuerdo?, y concentrémonos en el asunto que nos traemos entre manos. Al leer esas cartas tuve la impresión de que había un conflicto en la mente de Albert que estaba alcanzando su momento álgido: por un lado deseaba retirarse a aguas más calmas, por otro se sentía dominado por un imperativo tremendo para, no sé, salvar el planeta, o algo así... —Paul se interrumpió—. Pensé que tal vez se había asustado de sí mismo, por alguna razón. No sé cómo explicarlo.

—Ya te lo conté —dijo ella—, a Albert no le disgustaba estar enfermo. En cierto modo le emocionaba. También te dije que el punto de partida de tu libro tenía que ser su familia.

—Pero su familia eras tú.

Helen no contestó.

—Por cierto, ¿fue a dar una charla al *ashram* de aquel hombre, el que le mandó aquella carta larga escrita a mano?

—¿Qué hombre?

—El doctor Rhada Ladi... no sé cuántos.

—¡Ése es nombre de mujer! —Helen se echó a reír—. A Albert le encantaban los *asbrams*. Lo más probable es que fuera, sí. Se marchó unos días en diciembre, creo recordar. Podrías ir tú mismo a averiguarlo.

—¿Después de ver al doctor ayurvédico?

—Recuérdame que te dé su dirección. Un charlatán, sin duda.

Ambos eran conscientes de la poderosa tensión del momento, de estar ejecutando movimientos decisivos en un juego tácito. Sin embargo, en tanto que Paul sentía que Helen podía ver en él como en un libro abierto —además, no tenía nada que ocultar—, ella seguía pareciéndole un completo enigma. Los labios lívidos y los ojos verdigrises se concentraban con mayor obstinación que los de cualquier otra mujer a la que hubiera conocido.

Como siempre, Helen desvió la mirada. A sabiendas de que Paul estaba cavilando sobre ella, dejó que sus ojos se pasearan por la cafetería conocida. Había adolescentes con indumentaria europea, comiendo aperitivos y bebiendo coca-cola. Tres mujeres adineradas que lucían saris fastuosos juntaban las cabezas para degustar su helado. Era un lugar caro. Entonces, de repente se abrió la puerta de par en par y un chiquillo entró corriendo. Desnudo, flaco como un junco, el pelo enmarañado, los pies mugrientos, el niño pasó como una exhalación junto a las mesas riéndose y chasqueando los dedos a los clientes. Se detuvo al fin delante de Paul y gritó:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —parecía poseído, enseñaba los dientes—. ¡Uh, uh, uh! —la cabeza del chiquillo se sacudía de manera frenética de uno a otro lado a escasos centímetros de los ojos del americano. La caja torácica del niño subía y bajaba agitadamente. El dueño del café apareció y dio un grito; el niño se volvió y, entre alaridos de risa, salió corriendo al calor de la calle.

—¿De qué demonios iba eso? —preguntó Paul. Estaba impresionado.

—Supongo que el chaval sólo quería ver las cosas desde este lado de la ventana, aunque fuera un momento —Helen se rió—. Tendrías que haberte visto la cara.

La escena pareció animarla.

—Escucha, Paul —dijo—. Encanto —añadió con ironía. Lo miró a los ojos, por una vez—. ¿Por

qué no dejas a Albert tranquilo y te quedas en la India a trabajar conmigo? ¿Qué te parece? Podríamos ir a las aldeas donde viven esos chiquillos. Chavales como ése. Hay tanto por hacer. Conozco cantidad de proyectos. Hay un tamtam con estas cosas. Estoy cansada de Delhi. Podrías escribir sobre el trabajo de los cooperantes, si es que tienes que escribir. Hay un mercado para esas cosas. Y aportaría un bien de verdad.

Se rió al ver la sorpresa dibujada en su rostro.

—Después, si realmente te importa tanto tu nena de Boston, si no es un simple divertimento para un libertino, tráetela para aquí y que trabaje con nosotros. Cuantos más, mejor. ¿Qué te importa lo que Albert hiciera al final? Disfrutó de una buena vida, se regodeaba en sus tormentos y sus contradicciones. Puedo entender que se escriba sobre sus ideas, pero no una biografía. Déjalo correr.

Tomó aliento. Hablaba persuasivamente.

—Vamos, Paul —tendió una mano hacia el otro lado de la mesa y la posó sobre la suya—. Sal conmigo a las aldeas, conoce el mundo real. Algún lugar donde sepamos qué hay que hacer y lo hagamos. En eso consiste el vivir. Para ti sería una revelación.

A Paul le pareció más y más difícil mantener la confianza en sí mismo. Había dejado Boston, y ahora ella le pedía que abandonara su trabajo; la persona que él era, de hecho. Al tiempo que encendía un cigarrillo, levantó la mano y pidió otra ronda con una seña mientras Helen seguía hablando.

—Verás cosas que nunca hubieras imaginado. Y tendrás la certeza de estar haciendo algo positivo. Estoy segura de que en el fondo quieres eso, ¿tú no? Perteneces a una familia religiosa. Así que cuando veas recuperarse a alguien de tuberculosis, cuando veas que alguien puede vivir y amar por algo que tú hiciste, te sentirás de maravilla. Más adelante, como te he dicho, incluso puedes ganar algún dinero escribiendo sobre ello. ¿Por qué no? A la gente le va a interesar mucho más eso que lo que nunca le interesaría un viejo excéntrico como Albert.

Paul exhaló el humo. La resistencia ahora era automática. Suspiró.

—Helen —dijo al fin—. Helen, un hombre no muere de repente en su cama de cáncer de próstata, no es así de simple. ¿Verdad que no? No va así la cosa.

Ella retiró su mano y se apoyó de nuevo en el respaldo.

—Lo que quiero decir, porque he estado dándole vueltas, es que debe de haber un largo período en el que alguien aquejado de esa enfermedad está postrado en cama, necesitado de ayuda y cuidados.

—Déjame disfrutar de esta copa —le dijo ella con sequedad—. He tenido un día duro.

Paul la observó. Se sentía satisfecho por haber dado la vuelta a una conversación; sin embargo, también se sentía cruel. Entonces se preguntó si no lo movía más el deseo de desarmar a aquella mujer que satisfacer su sed de información. Se había visto involucrado en algo, algo inusual. Permanecieron en silencio un rato, de modo que pudo cobrar conciencia de la cháchara de alrededor. Había un par de chicas bonitas disfrutando de un *tête-à-tête*. Hablan de hombres, pensó Paul de inmediato.

—Hoy se me han muerto dos pacientes —le dijo Helen.

—Cuánto lo siento.

—Una era una chica con una hemorragia; estaba en el suelo de la sala de espera cuando llegué. Debió de dar a luz durante la noche. Se desangró hasta morir. No hemos podido hacer más que limpiar la sangre.

Paul aguardó un momento.

—¿Ocurren con frecuencia esa clase de cosas?

—No es insólito.

—¿Crees que ocultó el embarazo y que mató al bebé?

—Yo no creo nada —dijo Helen con acritud.

—¿Y el otro?

—El otro era un anciano con cáncer de colon. Quería morir en casa, pero sus familiares lo trajeron porque era demasiado para ellos. Lo cual en la India ya es decir.

Lo miró fijamente.

—Paul, ésa era la clase de escena que Albert quería evitar a toda costa: el estado terminal. No quería ni siquiera acercarse a esa situación. Los dolores a los que hacía frente ya eran bastante para él: los interminables viajes al cuarto de baño, la sensación constante de oclusión. ¿Entiendes? ¿O es que hace falta que te diga exactamente qué dosis suministramos a los pacientes cuando llega el momento?

Helen y Paul caminaban despacio en la noche cálida hacia la Puerta de la India. En cierto momento sus brazos se enlazaron. Una extraña mezcla de solemnidad y alegría despreocupada había descendido sobre ellos. Sonreían cuando los conductores de los mototaxis los abordaban.

—¡Señor, señora, hola! ¡Suban!

Se rieron con las travesuras de unos chavales pateando una lata. Pero no rompieron el silencio que se había instalado entre ellos. Cuando alcanzaron la explanada que rodeaba el arco iluminado por los focos, ignoraron al inevitable encantador de serpientes, a una chiquilla acompañada de un mono y un tambor, y se sentaron en la penumbra sobre la hierba seca, entre parejas y familias y niños que corrían detrás de balones.

Finalmente, Helen se tumbó boca arriba y cerró los ojos.

—¿Por qué no te dije sencillamente que me dejaras en paz? —suspiró—. Hubiera sido mucho más sensato.

Paul no contestó. A pesar del clamor del tráfico y los gritos de los vendedores ambulantes, la noche había adquirido una quietud peculiar, que sin embargo los llevaba a alguna parte, igual que un río calmo. Dejó que siguiera su curso.

—Con lo que ahora sabes podrías meterme entre rejas.

Miró a la mujer, tumbada con los brazos estirados, los párpados trémulos en su rostro cansado. A Paul aquel cansancio le agradaba. Sus pómulos eran suaves y altos. Las rodillas, justo por debajo del dobladillo del vestido, estaban bien torneadas. La cara interna de la muñeca era del blanco del marfil.

—¿Por qué iba a querer hacer eso nunca? —ahuyentó con la mano una mosca que trataba de posarse en el pelo de Helen.

Al cabo de un breve silencio, ella dijo:

—Bueno, pues háblame de tu novia —se removió un poco para acomodarse—. No hablas mucho de ella. Para ser un hombre enamorado.

Un vendedor empujaba un carrito refrigerado y cantaba en voz alta el precio de los helados. Otro hombre llevaba una cesta con guirnaldas de flores que trataba de prender a cada muchacha que pasaba. La noche titilaba llena de gritos repentinos y brillantes resplandores en medio de una tibieza de un color cálido, líquido.

Al ver que Paul seguía sin contestar, Helen dijo con sequedad:

—Mira, empiezo a preguntarme si el biógrafo inquisitivo no trata de entablar algo con la viuda para averiguar todo lo que pueda sobre el objeto de su proyecto.

Paul se echó a reír. El brazo de Helen sobre la hierba parecía llamarlo. Sin pensarlo, alargó la mano hasta que la yema de su índice le tocó el pulso. Ella dio un respingo, luego frunció el ceño tras los ojos cerrados.

—¿El biógrafo ha considerado esa posibilidad, debo suponer?

—Se le pasó por la cabeza en cierto momento, sí.

—Lo intentas con todas las mujeres, ¿verdad, Paul?

—¿Qué? ¿Obtener información de sus difuntos maridos?

Ella sonrió.

—Sexo.

—¡Ah, eso!

Sentado con las rodillas recogidas cerca del mentón, Paul dejó que la yema de su dedo trazara el recorrido de la vena desde la mano abierta hasta el codo.

—Kulwant es igual —dijo Helen—. ¡Y eso que se supone que los sijs son tan dignos y castos! —se advertía en su voz un deje de indignación.

—Se supone que todo el mundo debe ser casto.

—Eso es cierto —asintió ella.

Una vez más guardaron silencio. Paul contempló el discurrir del tráfico, a la chica alejándose con el mono atado a una correa. Helen yacía inmóvil, con los ojos cerrados, sintiendo el suelo contra los hombros y la cabeza, escuchando sonidos incorpóreos.

—Entonces, ¿por qué el señor Biógrafo no lo ha intentado conmigo?

—Señora James, ¡por favor! —exclamó él, burlón.

—Me refiero a que todo este tiempo en la India sin una mujer... Debe de ser un verdadero padecimiento.

—¿Cómo sabes que no ha habido ninguna mujer?

—Tienes razón. No lo sé.

—Pues no la ha habido.

—Aún sigo sin saberlo —repuso ella con serenidad.

—Cierto —accedió Paul—. A pesar de todo, en cuanto a la dama en cuestión se refiere, la viuda, quiero decir, y al margen del respeto del biógrafo por su dolorosa pérdida, lo cierto es que ella dejó sobradamente claro en un momento dado que él no era de su agrado, e incluso le dijo en dos o tres ocasiones que sentía que su vida se había acabado, algo que en apariencia excluía cualquier aventura.

—Eres halagador —dijo Helen—. Es por mi edad. No, por favor, no pares —Paul había apartado el dedo de su muñeca.

Paul sopesó la situación.

—A mí me gustas —dijo al fin con naturalidad—. Supongo que no tengo costumbre de mezclar el trabajo con el placer.

—¡Embustero! Apuesto a que lo has mezclado todo con todo una docena de veces.

—Tal vez no una docena.

Ella no contestó, disfrutando de la oscuridad tras los párpados cerrados, del olor ligeramente acre de la tierra reseca, del roce del dedo en su brazo. Por último dijo:

—En realidad, sí deberías escribir un libro sobre Albert.

—Vaya, ¿ahora resulta que debería?

—No una biografía. Una especie de perfil. Sobre sus ideas y su carácter. Los logros más importantes. Así te harías idea del hombre tan delicado y espiritual que era. A diferencia de ti —y,

sin ningún matiz especial en su voz, añadió—: Entonces entenderías lo que quiero decir cuando dije que mi vida se había acabado.

Paul se palpó los bolsillos de la americana, encontró los cigarrillos, dio la vuelta al paquete para sacar el encendedor. El humo le supo bien en la noche cálida con toda aquella vida bullendo alrededor.

—Veamos —dijo con aires de eficiencia—, una vez más, el nombre de mi damita bostoniana es Amy, ¿de acuerdo? Amy Henderson, y mide uno ochenta más o menos. Es esbelta, rubita, canta en un grupo que hace una especie de rock con toques jazz, sacaron un cd que tuvo buenas críticas y apenas ventas, trabaja a media jornada en la oficina del gobernador. Fervientemente liberal. Fuma como un carretero. Vive con otras dos chicas de su misma edad. Mujeres jóvenes que van de un lado a otro. Dice que no quiere niños, pero sin duda los querrá en caso de que encuentre a un hombre y se vaya a vivir con él. Puede que sea yo, puede que no.

Mientras hablaba, Paul observó la cara de Helen.

—Adelante.

—Eso es todo, me parece.

—No has dicho por qué te gusta.

Con una mano apoyada en su brazo, la otra guardando el encendedor, Paul habló con el cigarrillo apresado entre los labios:

—Es fácil entenderse con ella. Ojos chispeantes. Lo pasamos bien. No exige esfuerzos.

Helen frunció el ceño.

—¡Pero podría ser lo mismo con cualquier chavalita de veintiséis años!

—¡Eh! ¿Dónde está la línea de puntos? —repuso él con una risotada—. ¡Firmo ya mismo!

—¿Y te casarías con alguien por esas razones? ¿Que te diviertes, que no has de hacer esfuerzos?

—No voy a casarme la semana que viene. De hecho, hace unos meses que no la he visto. A lo mejor cuando vuelva resulta que ha encontrado a otro.

—¿Y por qué casarse, en cualquier caso? Has dicho que no quiere tener hijos. Puedes divertirte sin necesidad de casarte.

—Cierto —Paul reflexionó—. Supongo que el matrimonio es algo que aún no he captado bien. Tengo hijos a los que apenas veo porque mis ex mujeres tienen nuevos maridos que juegan a hacer de padres. Quieren olvidarse de que existo —dejó de hablar unos instantes, para luego añadir—: Algo que me atrajo de Albert, que me llevó a acometer una biografía suya, fue vuestro largo matrimonio. Quería escribir sobre eso.

—¿Por qué? ¿Qué te impresiona tanto de ello? Tus padres deben de haber estado juntos el mismo tiempo, si no más.

Paul dio una calada profunda a su cigarrillo.

—Mis padres están metidos hasta el tobillo en el barro del convencionalismo. No, hasta las cejas. Ellos son la América de clase media. La presión que los rodea los mantiene unidos: la hipoteca, el club de golf, la Iglesia..., sobre todo la Iglesia. En el caso de Albert y tú, se trata de la combinación del matrimonio y vuestra absoluta independencia. Sois los dos contra el mundo, por el mundo entero, ahí afuera inmersos en el constante cambio, una historia desvinculada del todo de

cualquier trasfondo real, sin ningún sostén. Eso es lo que todo el mundo sueña de un matrimonio, en mi opinión. De hecho, ese aspecto tiene para mí tanto peso en el libro como las ideas de Albert. Especialmente ahora... —Paul titubeó, mientras seguía con los ojos el recorrido de su dedo por la vena azulada del antebrazo de la mujer—. Especialmente ahora que me has contado cómo murió —se interrumpió de nuevo—. Eso sí tuvo que ser un acto de amor.

Helen cerró los párpados por debajo de los párpados. ¿Cómo había podido decir aquellas palabras? Se hundió en una oscuridad más profunda, la oscuridad de su dormitorio cuando todo quedó decidido y zanjado, la tibieza de aquel último abrazo. Bajo sus caderas y sus hombros, el suelo duro del parque se desvaneció. Sólo el índice de aquel americano tocándole el brazo conservó una parte de su presente y la mantuvo a flote. Mientras se hundía le hubiera gustado explicar toda suerte de cosas. La verdad, le había contado muy poco. Pero, claro, entonces él escribiría todas aquellas cosas. Le habría gustado contarle lo hermoso que había sido. Sin embargo, en tal caso habría tenido que explicarle la desdicha que lo precedió.

Con voz distante, murmuró:

—Un matrimonio duradero puede convertirse en una carga.

—Lo mismo que uno pasajero —saltó él al vuelo.

—Cuando vas de aquí para allá todo el tiempo, viviendo en los lugares en los que nosotros vivimos, confías exclusivamente en el otro para todo. Todo se cifra en esa otra persona. A veces resulta insoportable. Sobre todo cuando esa persona cambia, cuando tú cambias.

Paul no dijo nada. Había advertido cómo sus conversaciones oscilaban y giraban en círculos. Tal vez debía simplemente dejar de hablar.

—No siempre las cosas fueron fáciles —dijo ella.

Inmersa en la oscuridad tras los párpados, aguardó su pregunta. El biógrafo quería detalles. Al ver que Paul no decía nada, continuó hablando:

—A veces, en un matrimonio de treinta años, te descubres preguntando: ¿de verdad puede seguir adelante, realmente para toda la vida? Se convierte en algo así como una eternidad. Y en un interrogante.

Él seguía sin responder. Su dedo continuaba el ir y venir lento por la piel de la cara interna del codo. Es él quien me mantiene aquí, pensó, cuando podría estar hundiéndome en el abrazo de Albert, frotando mi mejilla contra la barba incipiente de Albert. Fue vagamente consciente de los sonidos del tráfico y de las risas de la gente: los vendedores callejeros, el débil tañido de la flauta del encantador de serpientes. La criatura estaría desenroscándose desde el fondo del cesto, alzándose a ciegas al son del lamento seductor al tiempo que ella se hundía en los brazos de su marido. Era tan poderosa la sensación de su presencia. Abriré los ojos y estará aquí, pensó.

Sin embargo, el dedo insistía, errando suavemente arriba y abajo por su brazo. No se le consentiría hundirse. Los sonidos cobraron de nuevo intensidad.

Helen sacudió un poco la cabeza y con mayor firmeza dijo:

—Además, ya sabes, Albert lo veía siempre todo en términos de patrones y trayectorias —titubeó—. La palabra *trayectoria* le encantaba.

Paul no hablaba. Sin una pregunta contra la que mostrarse evasiva, Helen vacilaba; tenía la

impresión de avanzar a tientas por habitaciones a oscuras.

—Cómo algo acababa, cómo acaba cualquier cosa —murmuró—, te mostraba cuál había sido la trayectoria, quién era una persona. Albert siempre decía eso. Es la silueta lo que queda cuando la cosa desaparece. Eso era la forma para él, la silueta de algo ya extinto.

Ni siquiera entonces Paul respondió. Ahora tenía plena conciencia de contar con una nueva carta en su juego. El silencio. Se sintió fuerte y, al mismo tiempo, más atraído que nunca.

—Son cosas extrañas de las que hablar, ¿no te parece? —dijo ella. Su tono cambió—. De hecho, ahí es donde intervenía la fascinación que sentía por Shiva —por un momento volvía a presentar el trabajo de su marido en una conferencia, se ponía condescendiente—. Creador, destructor. La gente ve en ello una contradicción, pero para Albert la destrucción era lo que llevaba a término el acto de creación: igual que cortar una cuerda a la longitud adecuada.

De nuevo Helen suspiró. En su cabeza, los sonidos circundantes cobraban intensidad y la perdían como si fueran el ir y venir de las olas. No quería abrir los ojos. El roce del hombre en su brazo la mantenía allí, evitando que se hundiera. Pero no iba a mirarle. En cierto modo se había ahogado meses atrás en el profundo silencio después de que el aliento de Albert se detuviera, cuando se enfrió su abrazo. Y aunque le había parecido bello cuando la sedujo para hacerlo, en cuanto estuvo sola, tan pronto los brazos de él se tornaron pesados y quedaron exánimes, supo que había sido una terrible equivocación, una burla terrible, terrible. Fue el mayor error que Helen James había cometido en su vida, la burla más perversa que jamás había sufrido. En su prisa por quitarse del mundo, Albert lo había invadido todo; estaba en el olor de la hierba, en la densidad del aire de la noche estival, en el contacto de su cuerpo contra la tierra dura. Nunca iría más allá de Albert.

Sin embargo, quizás el americano ha comprendido, pensó ahora. ¿Por qué no hablar, entonces? Helen contuvo el aliento.

—Cuando dejamos América —empezó—, la idea era...

Se acercaba una sirena. El aullido, cada vez más próximo, amortiguó los sonidos más débiles. Paul se volvió hacia la carretera. A la primera sirena se le sumó otra. Un coche de policía se abrió paso en el semáforo y aceleró con un chirrido de neumáticos por Amber Road. Hubo una tormenta de cláxones.

—¿Decías? —Paul se volvió hacia ella.

Helen sintió alivio al oír su voz, pero el momento había pasado.

—Hablando de Estados Unidos —dijo—, si vuelves vía Londres, tal vez puedas verte con John y contarme qué tal le va. Creo que debería mantenerme alejada de él por un tiempo. Me da la sensación de que quería utilizar la muerte de Albert como una razón para atarse a mí. ¿Sabes? Es mejor que ahora sea independiente. Ya tiene edad para ello.

Paul apagó el cigarrillo en la tierra reseca.

—Ningún problema —dijo.

—¿Cuándo vas a volver, por cierto?

—No estoy seguro, depende.

—¿De qué?

—Sólo depende.

Helen respiró hondo, se armó de valor y abrió los ojos. Los focos que apuntaban a la Puerta de la India le dañaron la vista. Entrecerró los ojos. Parecía haber humo en el aire y pájaros moviéndose en la oscuridad. Tocándole aún el brazo, Paul tenía la mirada en otra parte. Vio la fuerte mandíbula del hombre encajada en la cabeza taurina, su pelo rizado apelmazado por el calor. Algo había atrapado su atención.

Helen levantó la cabeza. A unos veinte metros, un vendedor de flores había colocado una guirnalda de jazmín blanco en el cuello de una chica bonita. El joven sacó la cartera. Sentados en un corro, sus amigos se reían. La muchacha agachó la cabeza y se meció en un par de pasos de danza para celebrarlo, y las flores se balancearon a uno y otro lado.

Helen bajó la cabeza y cerró los ojos de nuevo.

—Tócame —dijo.

Paul se volvió hacia ella. A pesar de la multitud y del trajín y del tráfico incesante, la noche en Delhi encerraba algo lánguido y en suspenso, tras el tórrido calor del día. Estaban juntos suspendidos en la noche larga y tibia, flotando, se le ocurrió. Dejó el dorso de la mano subir sin rumbo desde el codo, por la cara interna y redondeada del brazo. Todo esto me impedirá escribir el libro, se dio cuenta. Ahora la mano descansaba sobre el hombro desnudo, junto al tirante del vestido, donde había una pequeña cicatriz. O tal vez sería un libro distinto.

—Tócame —susurró ella de nuevo.

Los dedos de Paul se movieron alrededor de aquella marca. Se deslizaron hacia el hueco sinuoso de su cuello. Helen suspiró. Él vio su pecho subir y bajar. Dentro de un momento se apartará, pensó. La mujer sonrió como si sufriera. Paul abrió la palma de la mano para adentrarse sin vacilación por la piel suave bajo el pelo. Empezará a hablar de Albert otra vez. Estaba seguro. Se apartaría.

Helen tensó el cuello contra su mano, de manera que los dedos penetraran inevitablemente en su cabello. A Helen le gustaba la fuerza de aquellos dedos venciendo su resistencia, resbalando por su pelo abundante. Paul advirtió la novedad que la situación encerraba; la mujer quería anularse apretándose contra él. No era que hubiese cambiado de opinión respecto a él, se daba cuenta. Era algo diferente y, acaso por vez primera, desesperado. Helen estaba desesperada. Le hubiera gustado hablar con ella, calmar la tensión, pero ahora era ella quien no quería. Arrojava el rostro ciegamente contra su mano desnuda. La extrañeza del momento lo excitó, y levantó la vista y miró alrededor por ver si alguien los observaba.

Helen prorrumpió en una carcajada. De improviso se incorporó, se puso en pie de un salto, se sacudió el vestido. Sus movimientos fueron tan bruscos que se mareó y tuvo que agarrarse al pelo de Paul para recuperar el equilibrio.

—¡Ay!

—Justamente me he acordado de algo, algo que dijo Kulwant sobre el príncipe Carlos y Camilla.

—¿Ah, sí? —repuso él secamente—. ¿Y qué era?

—Da lo mismo.

Se alejaba de él, caminando a paso rápido entre la gente que permanecía sentada o jugando en la hierba seca. Desconcertado, irritado, Paul la siguió. Helen caminaba desbocada, advirtió, igual que la noche en que se emborrachó. La siguió sin apresurarse, encendiendo otro cigarrillo. Al detenerse

para arrimar la llama a la punta del pitillo, se dio cuenta de que aquella noche se sentía en la India como en casa. Estaba a gusto. Le gustaba aquel escenario de vendedores ambulantes y familias en escúter, aquella mezcla de reposo y frenesí, el olor del polvo abrasado.

—¡Paul!

Helen se había detenido junto a un hombre que llevaba una bandeja. Estaba llamándolo.

—¡Ven!

Tuvo que sortear a un chico y una chica que comían de unos envoltorios de papel.

El vendedor estaba bajo el cerco de luz de una farola de líneas anticuadas. Ella le estaba pagando y, cuando Paul llegó, el hombre trató de ponerle un collar de flores blancas alrededor del cuello.

—No, no, no —dijo Helen entre risas.

Helen cogió las flores y se volvió a Paul. Se colocó repentinamente frente a él, levantó la guirnalda y la dejó caer sobre sus hombros. Antes de que se diera cuenta, los labios lívidos de Helen se apretaron contra los suyos.

Después la mujer retrocedió.

Paul tomó el collar de flores entre las manos. Helen lo miraba con expresión irónica e inquisitiva. A Paul no se le escapó la falsedad de aquella mirada.

—¿Se trata de alguna clase de ritual? —preguntó.

—Vamos a coger un taxi —repuso ella.

El 15 de febrero de 2005, a las 10:32, Jasmeet Singh escribió:

Querido señor Albert,

*Sudeep es muy agradable, pero tendré que casarme con un sij. ¡Un jat o nada, dice mi padre!
Espero poder ir muy a menudo.*

Jasmeet

El 15 de febrero de 2005, a las 09:46, Albert James escribió:

Querida Jasmeet,

Me alegro de que anoche lo pasaras bien. Fue muy prometedor. Preguntas qué hay detrás de todo. Es sencillo. Cada persona adopta un papel: pretendiente-princesa, ladrón-victima, musulmán-hindú, jefe-trabajador, gurú-discípulo, marido-esposa, araña-mosca. Luego, a medida que el drama llega a su punto álgido, hay una danza e intercambiáis los roles. No te preocupes del porqué. ¡Es un experimento! Simplemente, pasa un buen rato.

Todo el mundo empezará con un papel fácil inspirado en su propia familia o en su casta, luego cambiará. Veremos vídeos de gente que nos serán de ayuda. Y también de animales. Los animales resultan de gran utilidad, porque no ocultan sus sentimientos. Son, nada más. Tú y Ananya y Vimala podéis ayudar mucho con la danza. El momento de la inversión tiene que crear una sensación grácil, ceremoniosa, una especie de hechizo. Tiene que ser bello. Espero que los demás sean de tu agrado. Sudeep es un chico encantador, ¿no te parece? Está estudiando arte dramático en la universidad.

Gracias por venir, y mándale un saludo a tu padre.

Albert

El 15 de febrero de 2005, a las 09:07, Jasmeet Singh escribió:

Querido señor Albert,

Gracias por una noche tan agradable. Espero que sea de ayuda contar conmigo, aunque no entienda realmente qué es lo que hacemos. ¿Puede explicarlo? Gracias también por la cena.

Atentamente,

Jasmeet Singh

—¡Pero si hay cientos de mensajes! —murmura John. No ha dormido. Está aturdido y siente la cabeza pesada. Evidentemente, ésta es la revelación por la que ha venido a la India: esta chica, este ordenador. Igual de obvio resulta que no está preparado para afrontarla. No quiere leer los correos electrónicos de su padre. De repente, no quiere saber de él nada en absoluto. La noche con Sharmistha y Heinrich lo ha llenado de desconcierto. John necesita darse una ducha. Desea que esta chica fuera Elaine. No quiere conocer a extraños. Ojalá estuviera allí de vacaciones con Elaine. O con su madre. Le mandará un mensaje: «Pensando en ti, te compré un regalo».

Sin embargo, en este preciso momento la chica está en su habitación. Es bastante bonita, tiene una boca curvada y prominente de labios llenos, y el cabello negro azabache asoma por debajo de un pañuelo amarillo. Sin embargo, no para de llorar. John se siente inútil. No ha dormido. Debería haberme quedado en Londres, piensa. Al final, en el laboratorio todo se hubiera arreglado. Es culpa de su madre. Cada momento que pasa, este viaje lo enoja más con su madre.

—Iba a borrarlo todo —murmura la chica—, pero no pude. No podía destruir todo lo que escribimos.

Lo había seguido hasta su habitación. Hablaba con un acento muy marcado. No como Sharmistha. Sharmistha sonaba casi americana. John se sorprendió de que la recepcionista no hubiera objetado nada. Imaginaba alguna norma en los hoteles indios para prohibir que las chicas subieran a tu habitación, sobre todo si era individual. Este lugar es un antro, una conejera; huele a rancio. Necesita dormir. Hay calcetines y ropa interior tirados por el suelo, ropa sucia encima de la mesa. Es curiosa esa combinación de John y la India: un Ganesh de baratija al lado de su camiseta del Imperial College. La chica está sentada en la única silla, junto a la televisión. Viste pantalones anchos y blusón, su mandíbula robusta está un poco adelantada, tiene las finas manos enlazadas entre las piernas. Advierte que las piernas son largas y esbeltas. La luz procede de una ventana grasienta que hay en el lugar donde la habitación se estrecha, junto al lavabo. Es el reflejo del resplandor de las primeras horas del día. El aire acondicionado vibra con un zumbido. Necesito ducharme y dormir, se dice John. Estoy enfermo. Sabe que no lo está.

Se sienta en la cama con el portátil que la chica le ha depositado en las manos. La pantalla está encendida.

El 20 de marzo de 2005, a las 13:56, Jasmeet Singh escribió:

Querido señor Albert...

John quiere perder la conciencia.

—Éste es el ordenador de su padre, señor John —había dicho la chica—. La contraseña es JohnJames.

Sin embargo, ahora no puede dormir. Ni siquiera puede tumbarse. ¡Su nombre es la contraseña! O el nombre de su tío. La cuenta de correo electrónico está inundada de mensajes de Jasmeet Singh.

El 20 de marzo de 2005, a las 14:07, Jasmeet Singh escribió:

¡Es tan amable por haber contestado tan pronto, señor Albert!

—¿Y tú eres Jasmeet? —John pregunta como un tonto. Su ojo recorre la bandeja de entrada. Todos los mensajes proceden de la misma dirección.

Re: Sudeep

Re: Re: Sudeep

Re: Re: Re: Sudeep

Re: Casta y matrimonio

Re: Bandi Chhorh Divas

Re: Ananya y Vimala

Re: Telarañas

Re: Muerte

Re: ¡libertad!

Re: mi padre

Re: Re: mi padre

Re: ¡El amor!

Re: Re: ¡El amor!

Re: Re: Re: ¡El amor!

Re: Re: Re: Re: ¡El amor!

Re: Re: Re: Re: Re: ¡El amor!

Re: Re: Re: Re: Re: Re: ¡El amor!

Re: Re: Re: Re: Re: Re: Re: ¡El amor!

—Sí, ya se lo dije —contesta ella—. Soy yo. —Perdona, he tenido una noche dura. La chica echa un vistazo a la habitación del hotel, distraída y curiosa, enjugándose las lágrimas con el dorso del antebrazo. Los brazaletes tintinean. Una de sus rodillas ha empezado a brincar rítmicamente. La chica es una poderosa presencia física en una habitación tan reducida; hay algo animal y aniñado en ella. Bastante alta. El cuello es esbelto. John se pregunta qué se supone que debe hacer. ¿Espera que lea estos mensajes? ¿En su presencia? Hay demasiados. Hay para hacer un libro, y más todavía. Quiere saber lo que contienen, pero no quiere leerlos. Desearía haberlo sabido de buen principio. Tendré que plantarme ante mi madre, decide. Quiere que todo forme ya parte del pasado, como un examen para el que se estudia, se aprueba y cae luego en el olvido. En ese momento detecta un olor; la chica lleva un perfume, algo almizclado y diferente.

—¿Fuiste tú quien envió aquella carta?

—¿Disculpe, señor John?

—Recibí una carta de mi padre. ¿La echaste tú al correo? Llegó a Londres después de que muriera.

—Ah —la chica sonrío y sorbe con la nariz—. Escribió esa carta en el Neemrana.

—¿Dónde?

—¿No lo conoce? —parece sorprendida de veras—. ¡El Neemrana! Es una antigua fortaleza. Un hotel. Muy famoso. En la carretera a Jaipur. Acabó en mi bolso.

—No estaba terminada.

—Encontré la carta en mi bolso. No sé cómo fue a parar ahí. Su padre pensaba mucho en usted. Escribió la carta en el Neemrana.

La muchacha no aparta la vista de él mientras habla.

—Todo salió mal, señor John. Yo eché esa carta al buzón cuando él murió. La dirección estaba en el ordenador.

John no sabe cómo reaccionar. Ha vuelto después de una triste noche de borrachera y ahora se encuentra con este drama al que debe hacer frente. No puede evitar hacerle frente. Las cosas van a salir a la luz. Te guste o no. Mi padre está saliendo del ataúd. La caja ha estado incordiando y dando topetazos por el sótano inundado. John quiere acudir a su madre y exigirle saber quién es esta muchacha. Quiere mandar a su madre a poner orden en el sótano. ¡Explícame qué significa esta chica, mamá! La unión de sus padres era perfecta, era mítica. ¿Qué otra justificación podría haber habido para que siempre lo ignoraran, para que desaparecieran siempre juntos de un destino remoto al siguiente? John quiere estar junto a Elaine la noche en que nadaron en el río. Si Elaine está tirándose al japo se volverá loco. Sabe que se lo está tirando. John permanece sentado con la mirada absorta en la pantalla.

Re: Re: Re: Re: Re: Re: Re: Simetría

La joven india se pone en pie y va renqueando hacia la puerta.

—Me iré, señor John. Puede leer las cosas que escribió Albert.

—No, quédate —dice John. Tiene muchas ganas de estar solo, pero no con estos correos electrónicos. Lo asfixiarán. Se hundirá y se quedará apresado en ellos. No puede dejar que la chica se marche—. ¿Qué te ocurre en la pierna? —le pregunta.

—Un accidente.

Se ha quedado de pie junto a la puerta. No está bien cerrada. Se oyen ruidos de otras puertas cerrándose de golpe, de señoras de la limpieza que hablan a gritos por el pasillo.

—Quédate —repite John. En ese momento decide que debe sonsacarle la verdad. Prefiere con mucho oír la historia de sus labios a leer todos estos mensajes. Lo dejarán exhausto. Entonces dispondrá de la información que necesita para ir a ver a su madre—. ¿A qué te referías —dijo despacio— con eso de que eres responsable de que mi padre muriera?

Ella lo mira, enjugándose las mejillas con los dedos.

—Señor John, le he traído el ordenador. Ahí puede leerlo.

—Por favor, siéntate.

La muchacha se sienta en el borde de la silla.

—Nunca lloro —dice—. No pensé que fuera a llorar.

—¿Qué estaba haciendo mi padre? —preguntó—. Con esa investigación en la que participabas.

Ella menea la cabeza.

—Por favor, lléveme lejos de aquí. ¿Podría llevarme lejos, señor John? ¿Podría viajar a

Inglaterra con usted?

John está desconcertado.

—Vamos a comer —dice—. Estoy hambriento.

En la recepción, cuando John pregunta si pueden servirles el desayuno en el terrado, Jasmeet cambia. Habla en hindi con aplomo, pidiendo cosas, intercambiando comentarios enérgicos, tratando a la recepcionista como a una criada. Pide un pañuelo. En el cuenco de agua, el arreglo de pétalos del día consiste en triángulos malvas y azules que se cortan entre sí.

En las escaleras su cojera se acentúa. Es la rodilla derecha. No puede levantarla hasta el peldaño superior. La pierna izquierda debe ir siempre delante, y ha de arrastrar la derecha para volver a juntarlas. No obstante, los tobillos que emergen de los pantalones holgados son finos. Las sandalias blancas que lleva son preciosas. John trata de calcular qué número calza. Elaine tiene unos pies muy pequeños. Pies de niña. Los de John, en cambio, son enormes. Al empujar la puerta de hierro que da a la azotea, la chica parece no inquietarse por la luz deslumbrante y los cuervos, y no acusa sorpresa al ver el asfalto desnudo, la mesa de plástico solitaria.

Sopla una brisa cálida. Llega el camarero.

—¡Estos cuervos, señor, son horribles! —el hombre hace ademanes exagerados—. ¡Fuera, asquerosos!

Es un modo de mostrar que le hace gracia ver que John ha conseguido una chica. Es teatro. Se imagina que nos hemos acostado juntos. Mientras, John tiene la oportunidad de mirar a la muchacha con mayor detenimiento. Llega a la conclusión de que tiene veintipocos años; es mayor que Ananya, probablemente tenga mi edad. Jasmeet observa con ojos sagaces la vista que tienen desde el terrado.

—Creo que conociste a mi padre —dice al tomar asiento—. Cenaste con él el día antes del funeral de Albert. Se llama Kulwant Singh. Es amigo de tu madre.

—¡Claro! Dios. No había caído. ¿Aquél era tu padre?

—Sí —no sonreía.

—Estuvo hablando de la familia real. Médico, ¿verdad?

—Me he ido de casa —dice la chica—. No pienso volver.

—Te has ido de casa. No lo entiendo. ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

A John le late la cabeza. Han debido de ser tres o cuatro ginebras. Otros cuatro o cinco vodkas. Se sienta mirando a la joven fuerte sentada al otro lado de la mesa, vestida con una especie de pijama; el pañuelo amarillo que le cubre la cabeza ondea movido por la brisa caliente. Al no haber vivido nunca en casa, John nunca tuvo la oportunidad de marcharse. «Este verano no vengas —le

escribió su madre desde Chicago—. Tu padre no está bien». John quiere aporrear el ataúd de su padre, golpearlo con una piedra, tal vez, con un elefante de piedra, y asimismo quiere asegurarse de que permanece cerrado. No quiere leer esos correos electrónicos. Necesita una discusión.

Jasmeet lo mira a los ojos.

—Voy a ir a Londres, señor John, he decidido dejar la India. Tengo algo de dinero. Tengo un visado.

En la habitación había estado llorando. Ahora, iluminada por el resplandor de la azotea, se muestra dura y resuelta.

—Ya no pienso tolerar más a mi padre —dice. Su voz tiene una cadencia atractiva. Al principio John creyó que no hablaba muy bien; ahora se da cuenta de que es una forma de hablar.

—No sabe las horas y los años que pasó diciéndome cómo debe comportarse la hija de un sij: que si el Gurú Granth Sahib dice esto y que si el Papa Ji dice lo otro. Mi hermano hace lo que le da la gana. Estudia Derecho. Fue a un colegio mejor. Habla inglés mejor. Yo debo ser una secretaria, una esposa. Quieren casarme con un doctor jat. Pero cuando me lastimé la pierna, su familia echó pie atrás.

Se interrumpió.

—¿Le parece divertido? Me lastimo la pierna y ellos echan pie atrás —prorrumpió en una sonora carcajada—. Su padre, señor John, decía que yo era una muchacha loca. ¡Jasmeet, eres una muchacha loca de atar!

John no la sigue. Parece imposible que esta joven pueda haber tenido nada que ver con su padre, con un hombre que nunca se acordaba de subirse la bragueta, que llevaba zapatos sin calcetines, o sandalias con calcetines. No era un mujeriego. Distraído, ensimismado. Un santo sin religión. Y enfermo, al final. Un hombre mayor con cáncer de próstata, aquejado en sus partes más íntimas. John mira a la chica. Sin embargo, había más posibilidades con Jasmeet que con Ananya. Su actitud delata que sabe cosas. Sus ojos y el mohín pícaro de sus labios. Y su cuerpo.

—¿Cómo te lastimaste la pierna? —le pregunta. Le tirará de la lengua, pero sin que se dé cuenta. Cuando tenga lo que busca, irá directamente a ver a su madre.

—Salía de un autobús con prisas, no era en la parada, y una motocicleta, ¡zas!, chocó conmigo.

Aparta la mirada hacia el pretil, en dirección a la Puerta de la India.

—Iba con prisas, para encontrarme con Albert.

Antes de que John tenga tiempo de hacer un comentario, el camarero está de vuelta. Los cuervos alzan el vuelo para dar la bienvenida a la comida. El hombre trata de poner unas servilletas debajo de la tetera, pero el viento las arranca. Dos rectángulos de papel salen volando por el asfalto.

—Viento muy fuerte, señor. Puede que se avecine una tormenta de polvo. Debe ser precavido cuando el viento sopla en esa dirección, señor.

Dejó las bandejas en la mesa: huevos revueltos para John; para Jasmeet, una especie de patata frita con yogur y pepinillo. La muchacha come vorazmente con los dedos, arrimando la cabeza hasta casi rozar el plato. Tiene hambre. John advierte las mandíbulas fuertes, los labios elásticos. Sirve té. Le gusta la demencia de tomar té caliente en mañanas calurosas. Se le despejará la cabeza.

—¿Has madrugado? —dice—. Aún no son las nueve.

No entiende si de verdad ha querido decirle que aquella misma mañana se ha ido de su casa.

Ella habla con la boca llena.

—¿Cree que podrá llevarme a Inglaterra con usted, señor John? ¿Podemos ir sencillamente al aeropuerto y coger un avión para Londres? Tengo un visado. Albert me ayudó. Dispongo de algún dinero. Tengo veinticuatro años. Y tengo experiencia de administrativa. Puedo trabajar.

John no acierta a responder. Haciendo un esfuerzo enorme, dice:

—Háblame de mi padre y tú —empuja el tenedor hasta su boca. No está degustando la comida en absoluto. Su madre se verá obligada a tomarle en serio cuando acuda a ella con esto, cuando le diga: «¿Quién es Jasmeet Singh? ¿Qué significaba ella para papá?». Entonces tendrá que contarle cosas. Entonces volverá a Inglaterra con él.

Jasmeet mantiene la cabeza encima del plato, se llena la boca sin cesar. A John le sorprende lo roja que es su lengua. De un color muy vivo. Como el interior de una herida.

—Lea los mensajes, señor John —le dice—. Es demasiado complicado.

—No voy a enfadarme —protesta él.

—Por favor. Lo entenderá si lee los mensajes.

John no necesita entenderlo. Necesita saber.

—Lea los mensajes —repite ella, sacando una servilleta de debajo de un azucarero—. Me da cierto miedo viajar a Londres sola.

—¿Qué hay de esa investigación, pues? —pregunta John—. De ese experimento interpretativo —en realidad no le interesa para nada. No podría importarle menos la pretendida investigación de su padre. Era una pérdida de tiempo. El pobre tipo estaba acabado.

Jasmeet se limpia la boca. La brisa agita algunos cabellos sueltos que se le cruzan en los labios.

—Nos reuníamos en la Escuela de Arte Dramático de Delhi. Sudeep estudia ahí. Por la noche. Aprendíamos a interpretar cosas. Teníamos que crear catástrofes, decía él, y luego —titubeó—, luego bailar. Para revertirías, decía él —sacudió la cabeza—. Quería que todo el mundo lo aprendiera, lo denominaba un nuevo modo de comportamiento. Había cinco chicas. Cinco chicos. Sudeep podía explicarlo. Has de ver avecinarse un mal momento y luego bailarlo, bailarlo para que se aleje.

—No lo entiendo —dice John categórico.

—¡Ah, la verdad es que yo tampoco! —Jasmeet sonríe con la boca llena—. Todo el mundo tenía que traer una historia —traga, frunce el ceño—. A ver si puedo acordarme —se frota los labios con dedos delgados—. De acuerdo. Esto fue algo que contó Sudeep: hay dos musulmanes en la planta baja de un bloque de pisos; llevan mucho de casados, pero no han sido bendecidos con hijos, y en el piso de arriba hay una chica musulmana que está casada con un hindú de una casta inferior, hay muchos parientes que hacen ruido constantemente, siempre de celebración, siempre con festejos hasta altas horas de la noche, y ellos tienen además un bebé, que también es muy ruidoso, y las dos familias se insultan una a la otra, además porque éste era un bloque donde sólo vivían musulmanes, y la mujer musulmana de la planta baja cree que la chica de arriba no debería haberse casado con un hindú, y puesto que encima no tiene hijos, ese niño ruidoso la irrita, está todo el día limpiando y no soporta el ruido, tiene jaquecas muy malas, así que la pareja musulmana planea matar al bebé hindú y a la madre mientras el padre está ausente. Ésta es una historia real que ocurrió en el edificio donde vive

Sudeep. Yo hacía el papel de la joven musulmana casada con el hindú.

John se quedó mirándola. ¿De qué iba todo aquello?

—Teníamos que sentir todas las emociones con mucha intensidad, y entonces descubrir el momento de la danza. Debíamos encontrar un... un desencadenante, ésa era la palabra que usaba Albert. Antes de la catástrofe. Hay una danza donde te conviertes en lo opuesto a lo que has sido en la historia. Es una ceremonia. Haces de tu opuesto. Su padre estaba experimentando mucho. Decía que debíamos hacerlo hermoso, de otro modo no funcionaría. Debía ser hermoso.

—Mi padre estaba loco.

—O, por ejemplo —Jasmeet se estaba entusiasmando, estaba contenta de acordarse de aquello —, hay una familia donde el hijo se pelea con su padre porque quiere ser poeta, ¿sabe?, y por el contrario el padre quiere que sea un profesor de ciencia y discuten, y la novia del hijo, su prometida, que es muy bella pero es una esnob y teme ser pobre, está de acuerdo con el padre, el padre del novio... Puede que incluso le guste el padre y a él le guste ella, ya me entiende, ella es muy atractiva y él es un hombre poderoso. Y entonces el hijo empieza a beber mucho, está enfadado, enfadado de veras, y todo el mundo discute y él va a matarse para castigarlos. Yo era la novia y Sudeep el hijo y su padre era el padre.

—Ésa es la historia de mi tío.

Jasmeet lo miró con serenidad.

—Lo sé. Era su tío John —dudó antes de continuar—: Albert dijo que era un método capaz de convertir a un perro rabioso en un perrito faldero, o enseñar a una araña a deshacer su tela —se echó a reír—. Su padre se preocupaba profundamente. Pero también se entusiasmaba igual que un niño. Y además bebía mucho. ¿Sabe que quería hacer una obra de *Alicia en el país de las maravillas*, es así como lo llaman? Decía...

John no quiere seguir escuchando aquellas tonterías. Le duelen. Aparta su plato.

—Entonces, ¿por qué dijiste que fue culpa tuya que muriera?

Jasmeet sacude la cabeza.

—A lo mejor aprendí la lección que nos estaba enseñando. Quería impedir la catástrofe.

Paul cogió el ascensor al tercer piso, hojeó una revista en hindi en la sala de espera y vio al paciente anterior irse a las diez en punto. El joven no parecía en absoluto enfermo.

Paul aguardó a que lo llamaran. La revista era de papel satinado y al parecer versaba sobre astrología. Era uno de los pocos asuntos en los cuales Paul y sus creyentes padres siempre habían coincidido; lo que venía a decir que ellos pensaban que cualquier forma de adivinación era cosa del demonio, mientras que la idea de que su destino estuviera escrito en las estrellas a Paul le parecía una soberana estupidez.

Se acercó a la ventana. Soplaban un viento seco, que iba amontonando la basura, agitando las hojas de los árboles polvorientos. ¿Serían las circunstancias, se preguntó, o acaso un estado mental, lo que llevaba a alguien a consultar un sistema científico, o pseudocientífico, en el que no tenía fe de ninguna clase? De ser así, ¿cuál era aquel estado mental?

—¿Señor Roberts?

El doctor Bhagat era un tipo esbelto de treinta y largos años, vestido con un traje elegante y corbata. Irradiaba una seguridad enérgica.

—Señor Roberts, ésta es mi esposa, Bala —una mujer menuda le ofreció la mano con una sonrisa a un tiempo cordial y astuta—. Trabajamos juntos —explicó.

Paul tomó asiento enfrente del doctor, que se sentó detrás de un escritorio imponente. El traje era gris perla y la corbata amarilla. La mujer se instaló a un lado, bolígrafo en mano y con un cuaderno en el regazo. Todo estaba limpio y ordenado con pulcritud.

—Como le dije por teléfono —empezó Paul—, no vengo a título personal, sino para hablar de un paciente suyo que murió unos meses atrás. Albert James.

—Y, como sin duda mi esposa le explicó, las consultas que mantenemos con nuestros pacientes son estrictamente confidenciales.

—Me hago cargo —le dijo Paul—, y por supuesto le agradezco mucho que accediera a verme contando con tan poca antelación.

Se interrumpió. Con las cortinas bajadas y el silencioso aire acondicionado, la habitación transmitía una impresión de modernidad cómoda y práctica. Paul había esperado algo más extravagante, más acorde con un charlatán: drapeados, lámparas, figuritas icónicas.

—Estoy escribiendo una biografía del profesor James —dijo—. Su esposa creyó que tal vez usted podría contarme algo relevante.

—¿Es usted escritor? —inquirió el doctor. Mostraba la deferencia anodina de un profesional que se interesa por otro.

—Así es —Paul titubeó—. Siento curiosidad por la rama de la medicina que usted cultiva y por el motivo por el que el profesor James decidió acudir a usted.

El doctor pareció reflexionar sobre ello.

—Bala —pidió—, ¿puedes traerme el historial del señor James?

Había estantes independientes para las carpetas azules, las verdes y las rojas. La de Albert era

verde. Paul era consciente de que tal vez pudiese preguntar por el significado de aquellos colores; en lugar de hacerlo, inquirió:

—¿Le sorprendió la muerte de Albert?

El doctor abrió la carpeta y empezó a hojear anotaciones y recibos. Se le marcaban dos hoyuelos encima de la comisura de los labios.

—En realidad no supimos que el señor James había fallecido hasta la llamada de teléfono de usted. La última vez que nos visitó fue... —echó un vistazo a la hoja de papel de encima—. El 15 de noviembre. Hace muchos meses —el doctor Bhagat levantó la vista—. Sin embargo, no, no me sorprende. Me entristece, sí, pero no me sorprende.

—Así pues, ¿estaba muy enfermo?

—¿Enfermo? —el doctor enarcó una ceja.

—Padecía cáncer de próstata.

La menuda esposa del indio se inclinó hacia delante:

—Lo cierto es que nosotros no pensamos ni hablamos de un paciente en términos tan limitados, señor Roberts. Un hombre no es sólo un cáncer.

—He hablado con su urólogo en el hospital Sir Ganga Ram —les dijo Paul.

—¿Tenía un urólogo en el Ganga Ram? —preguntó el doctor Bhagat—. Ahora sí que me sorprende usted.

—Había consultado a uno, sí.

—Ah. Consultado —el doctor frunció los labios—. ¿Qué constaba en el certificado de defunción? —inquirió.

Tomó a Paul desprevenido.

—No tengo ni idea —contestó.

—¡Ajá! —repuso el doctor—. Me interesaría mucho saberlo.

Paul reflexionó.

—Tal vez podría hablarme de él de un modo más genérico. Me refiero a la impresión que usted se formó de él, a cosas que dijo, sin traicionar la confianza que depositó en usted en calidad de médico, naturalmente. Aunque, por supuesto, el profesor James está muerto y yo soy un gran admirador de su obra. Puedo asegurarle que ésta será una biografía muy positiva.

—He tratado a cierto número de occidentales con el paso de los años —el doctor Bhagat se reclinó en el asiento, con las yemas de los dedos en el borde del escritorio, las piernas estiradas por debajo—. Por descontado, se crían en una cultura que confía prácticamente en exclusiva en los instrumentos científicos, en mediciones de determinadas sustancias químicas, en imágenes fotográficas de un cuerpo ajeno o en un área de alteración de los músculos o los órganos —el doctor dio muestras de meditar al respecto—. Una cultura a un tiempo sofisticada técnicamente, a veces de una eficiencia maravillosa en determinadas circunstancias, y no obstante primitiva en lo espiritual —se rascó la comisura de la boca—. Muchos vienen a la India huyendo de eso y se pasan al extremo opuesto: los místicos, los gurús, los centros de meditación, el opuesto exacto de lo que están acostumbrados. Es un poco ingenuo. Del fuego a las brasas, por así decirlo.

Paul aguardó.

—Quienes acuden a un doctor ayurvédico...

Cuando titubeó, su mujer intervino:

—Es porque se dan cuenta de la necesidad de un enfoque más integrado. Alopático y homeopático.

El doctor Bhagat se irguió en su asiento.

—El señor James no estaba enfermo, señor Roberts. No sólo estaba enfermo, para ser más exactos. Cuando menos en mi opinión profesional. Estaba lleno de *vata*. Rebosante. De *vata* bloqueada.

—Disculpe, ¿a qué se refiere?

—Es éter —dijo la esposa. El cuello alto de la blusa que llevaba le daba un aspecto un tanto remilgado.

—El *vata*, señor Roberts, es una energía que corre por nuestro cuerpo y que debe mantenerse en circulación constante. Uno de los cinco elementos clave. Necesita estar equilibrada y equilibrar a los demás elementos. En el señor James, el *vata* no fluía. No es algo inusual. Se estancaba y se emponzoñaba. Lo que sí era inusual era la intensidad de esta circunstancia en el caso del señor James. Vino a verme y empezó a hablar de los síntomas de lo que usted denomina cáncer de próstata. Desde luego, él tenía esos síntomas. Estoy seguro de que eso no es ningún secreto y de que sin duda su esposa le ha confirmado a usted lo siguiente: la micción muy frecuente y difícil; ciertos dolores, algunos bastante intensos, sí, en la barriga, el abdomen, y una sensación general desagradable, a veces muy intensa, en la zona de la vejiga. De hecho, su problema era el *vata*. No podía fluir a causa de la batalla que se libraba en su mente. Una lucha ferocísima. Se lo dije apenas cinco minutos después de que entrara en esta habitación. O antes, incluso. Aun antes de que me contara sus problemas, yo se lo dije.

—Lo recuerdo —dijo su mujer.

—A causa de la batalla que se libraba en su mente —repitió Paul.

—Habría hecho falta ser ciego para no darse cuenta. Y además, con mi experiencia...

—¿Y en qué consistía esa batalla? —preguntó Paul.

—¡Ja! —exclamó el doctor Bhagat.

—Una batalla de estas características no se libra por algo concreto —explicó la mujer—. Es parte de su *prakruti*.

—La personalidad, señor Roberts. O, si quiere expresarlo con mayor delicadeza, podríamos decir la colisión entre la personalidad heredada y sus rasgos adquiridos. Sí. Una batalla grave puede manifestarse en tal o cual dilema; pero la batalla no concluye cuando el dilema se soluciona. No. La batalla simplemente busca el dilema, de manera que pueda aparecer en el mundo. Cuando un dilema desaparece, encuentra otro.

Paul era escéptico.

—Entonces, ¿cómo trata usted un estado como ése?

—Hay muchas maneras de tratar una acumulación del *vata* —el tono del doctor devino más pragmático. Daba vueltas a una pluma de atrás hacia delante entre los dedos—. Existen masajes en los que se emplea aceite mezclado con ciertas hierbas medicinales. Cuando el *vata* se concentra en la

vejiga y las áreas de la ingle, como en este caso, puede prescribirse también un enema de aceite: cien centilitros de aceite de sésamo con las hierbas apropiadas, que debe aguantarse en el colon tanto tiempo como el paciente pueda. Desde luego, no menos de cuarenta minutos.

—¿Enemas? ¿Y el profesor James lo hizo?

—Desde luego yo lo prescribí. Si lo hizo o no es otro asunto. Su apreciado señor James era como quien mira el interior desde fuera. Tal vez simplemente era curioso.

—Los occidentales valoran mucho la curiosidad —dijo la esposa.

—En cualquier caso —concluyó el doctor—, le advertí que esos tratamientos sólo serían paliativos. Debía encauzar la batalla de su mente.

—¿No tiene usted cura para eso?

El doctor Bhagat reflexionó.

—No es fácil curar el *prakruti*. En cierto modo, está pidiendo que un doctor deshaga la vida de alguien. ¿Se da usted cuenta? Existen enfoques, más que curas. La astrología resulta muy útil en estos casos.

—¿La astrología?

—Se sorprende usted, pero sepa, señor Roberts, que tengo mucha experiencia en el uso de la astrología, tanto en diagnósticos como en curaciones.

—¿Para las batallas de la mente?

—Es parte de la medicina ayurvédica, señor Roberts. El equilibrio de los elementos del cuerpo está sumamente condicionado por la posición de los planetas. Debemos entender con quién tratamos antes de procurar ayudarlo. Sin embargo, el señor James no consintió que le elaborara una carta astral y siguiera su línea.

—¿Acaso no creía en la astrología?

La esposa sonrió.

—Su profesor dijo que temía empezar a creer en ella si mi esposo la hacía con éxito.

—Se trata de la típica reacción contradictoria que sale de un hombre con una batalla en la mente —dijo riéndose el doctor Bhagat—. He ayudado a muchos pacientes similares con la astrología —repitió—, aunque nunca me había topado con un caso tan severo. Lamento que muriera. Era un hombre interesante.

Paul observó al doctor.

—Lo lamenta, pero no le sorprende, ¿verdad?

—No.

Paul trató de dejar traslucir su perplejidad.

—¿Puedo preguntarle por qué no, si ni siquiera pensaba que estuviera enfermo? No lo entiendo. Quiero decir, ¿puede uno morir a causa de ese... *vata*?

Hojeando sus anotaciones, el doctor pareció reflexionar de nuevo.

—El señor James no me contó nada acerca de su vida privada. Era muy reservado. Para ser honesto, no sabía siquiera que fuera profesor. Se presentó únicamente como el señor Albert James. Daba la impresión de ser un hombre modesto.

El doctor frunció el ceño, se rascó suavemente junto a los hoyuelos.

—Claro que no puedo dar a conocer todos los síntomas que presentaba; no, algunos de ellos eran poco frecuentes para la dolencia que él creía padecer. Me parece que sería incorrecto por mi parte revelar esas cosas; se me presentaron en confianza, y son de naturaleza íntima. Digamos... — balbució—. Sí, digamos que me dio la impresión de que la situación del señor James no era sostenible, sin llegar a entender realmente qué situación era ésa. Daba la sensación de que... ¿cómo decirlo? De que se le estuviera agotando el tiempo.

El hombre se relajó y la voz se le alteró.

—Pero ahora los problemas de Albert James se han resuelto, ¿no es así? De un modo u otro. O por lo menos se los ha llevado a otra vida, ¿verdad?

La esposa del doctor dijo:

—A menudo existen sentimientos profundos que nos impiden desear estar sanos.

Su marido añadió:

—Quizá lo más sencillo que podemos decir es que cierta manera de vivir que este paciente había desarrollado estaba tornándose insoportable para él. Eso puede suceder. Un hombre puede sostenerse sobre una sola pierna durante mucho tiempo —sonrió—. Aunque, según mi experiencia, es extraordinario todo el tiempo que algunas personas pueden pasar sosteniéndose sobre una sola pierna, e incluso correr a veces.

La exasperación de Paul alcanzó su punto máximo. Se levantó y buscó la cartera.

El doctor Bhagat no se movió.

—¿Tiene prisa, señor Roberts?

Habían acordado una tarifa de cuatrocientas rupias. Paul las contó.

—Tal vez podría explicarnos por qué escribe usted una biografía del señor James. ¿Qué es lo que le atrae de ese hombre?

—Usted mismo parece también un tanto inquieto —observó la mujer.

Paul se quedó de pie, pero levantó la mirada de la cartera. De acuerdo, pensó, y se sentó de nuevo. Se quedaría allí y exprimiría su dinero.

—Me había parecido —dijo Paul—, al leer el considerable corpus de textos antropológicos y científicos del profesor James, que había llegado más lejos que nadie en la comprensión de cómo se comportan las personas en relación a las demás personas. Además, tuvo una vida y un matrimonio fascinantes.

Hubo un largo silencio, como si el doctor y su esposa esperaran a oír más. Paul consideró que ya había dicho bastante. Finalmente, casi como si hablara para sí, el doctor Bhagat murmuró:

—Sin embargo, hay un problema, por lo que percibo.

—¿Un problema?

El doctor levantó la vista y habló con más aplomo.

—Hay un problema con lo que usted dice. No suena convencido. Usted dice «me había parecido», no «estoy seguro».

—Bueno —admitió Paul—, la verdad es que Albert James murió antes de que pudiera conocerle, y ahora que he venido a Delhi parece haberme metido en una especie de laberinto. No logro encontrarle.

—De nuevo «parece».

—Me refiero a que ésa es la sensación que tengo.

—¿Siente que su hombre muerto se oculta de usted?

Paul se encogió de hombros. El indio se divertía. Empezó a deslizar la corbata por entre los dedos.

—Creo que los muertos están muertos, doctor.

—Pero ha dicho que él lo estaba metiendo en un laberinto.

—En sentido metafórico.

—Ah —dijo el doctor.

—Metáforas —se sonrió la mujer.

Durante unos instantes, ninguno de ellos habló. El doctor Bhagat y su esposa formaban una pareja inteligente, pensó Paul. Habían impuesto un clima intenso, cargado. Al igual que le ocurría siempre que conocía a una verdadera pareja, trató de imaginarlos haciendo el amor. Era un hábito del que nunca se había desprendido desde que de adolescente descubriera con asombro que sus puritanos padres lo hacían entre las sábanas. Por primera vez a Paul se le ocurrió que, más que conocer a Albert James, lo importante hubiera sido poder conocer a Albert y a Helen juntos, ver cómo eran juntos, haberlos visto haciendo el amor, pensó. La idea lo distrajo. Algo le palpitó en el cuello.

—Creemos que hay algo más, señor Roberts —dijo el doctor.

—¿A qué se refiere?

—Hay algo que le preocupa.

Paul titubeó; luego pensó, por qué no.

—Estos últimos días —dijo— he empezado una relación con la viuda del profesor James.

—¡Ajá! —el doctor meneó la cabeza y se frotó los hoyuelos de las comisuras de la boca. Parecía casi exultante—. ¡Eso es de lo más interesante! —siguió sacudiendo la cabeza reluciente—. ¡Ahora ya sabes a qué atenerte —le dijo a su mujer con una risita jubilosa— cuando venga un biógrafo a escribir mi biografía, Bala! ¿O no? ¡Cuidado! ¡Cuidado!

La señora permaneció inexpresiva.

—Tal vez, señor Roberts... —el doctor recobró su ademán profesional, aunque seguía sonriendo—. Tal vez querría que le dibujara su carta astral. Podríamos examinar algunas de las decisiones que tiene que tomar. Ayudarle a salir de este laberinto.

Paul lo miró. Nada podría estar más alejado del espíritu que lo había llevado hasta allí. Nada sería más conveniente que saber cómo lidiar con el futuro.

—Lo pensaré —dijo secamente.

—Revisando estas notas —dijo entonces el doctor—, veo que he escrito aquí un comentario que hizo el señor James y que quizá pueda compartir con usted. No creo que suponga una infidencia.

—¿Sí?

—Aquí está. Veamos. Cuando le pregunté..., eso fue en nuestra primera cita..., cuando le pregunté por qué había acudido a mí, dijo que pensaba que la medicina ayurvédica era, y cito textualmente, «absolutamente encantadora» —el doctor frunció el ceño, acariciando de nuevo la corbata amarilla—. Una expresión extraña para describir una práctica erudita de siglos, ¿no le

parece? Absolutamente encantadora.

Al cerrar la puerta tras de sí minutos más tarde, Paul optó por las escaleras. No eran más que tres plantas. Sin embargo, entre el segundo y el primer piso, mientras bajaba los peldaños apresuradamente, oyó una voz que gritaba su nombre.

—¿Paul?

Paul se detuvo y volvió al rellano. Era una voz de hombre, pensó. Allí no había nadie.

Paul miró escaleras arriba, hacia la consulta del doctor Bhagat. Pero entonces cayó en la cuenta de que el doctor no sabía su nombre de pila. Aquí nadie sabe mi nombre, pensó.

Se quedó plantado en el rellano, con la respiración un poco agitada, deseando poder retroceder en el tiempo un instante. Paul. Paul. Se volvió y siguió escaleras abajo. Fuera, halló la calle convertida en un torbellino de polvo.

John quiere ir a ver a su madre ahora mismo. Alcanza a vislumbrar un final: un encuentro, una crisis, y luego a casa. Quiere precipitarlo y estar ya en el avión, de regreso. Muy pronto irá a algún punto de Internet y le mandará un correo a Simon. Pensará en una excusa: «Madre muy enferma». Este interludio no destruirá mi vida, decide. Escribirá un mensaje de texto a Elaine: «Estoy volviendo. Te quiero». Pero no se lo manda. Elaine ha escrito: «Si supieras cómo me está tratando ese mierda de Hanyaki te avergonzarías de tus acusaciones». Y en otro mensaje: «Dudo que llegue al estreno de la obra, ni hablar de aguantar hasta el último día». Cada vez que le escribe, más difícil se le hace a John contestarle, «TE ODIÓ», le dice Elaine. Debería acabar con esa historia.

Desenvuelve el chal de *pashmina*. El tejido que se desliza por sus manos es maravillosamente suave, tiene un tacto líquido; los bordados dorados guardan una intrincada simetría sobre el fondo lila. Son elefantes minúsculos, advierte. No se había dado cuenta. También ondean serpientes diminutas. Tres mil rupias. Elefantes en series de tres, con las trompas levantadas y enroscadas como serpientes alrededor de los bordes lilas, que se rizan con el dorado. Tejidos artesanalmente y bordados a mano por las muchachas de Cachemira. Además, hay una factura de hotel por pagar. John debería mirar más el dinero, pero no lo hace. Aspirando el olor a limpio del tejido, se imagina enrollándolo alrededor del cabello crespo, perfumado de Elaine, imagina los elefantes y las serpientes enmarcando su carita de elfo, sumamente inglesa. ¿Amo a Elaine, o no la amo? ¿Sé acaso lo que significa esa pregunta?

Primero debe acechar el interior del ataúd de su padre. La pantalla está encendida, «johnjames», teclea. «¿Olvidó su contraseña?» «johnjames». Detectaba las mayúsculas.

El 10 de mayo de 2005, a las 08:35, Jasmeet Singh escribió:

¿Puedes creértelo? ¡Sudeep intentó besarme anoche cuando te marchaste!

El 11 de mayo de 2005, a las 12:40, Albert James escribió:

Resolver tal o cual problema práctico no cambia nada, Jasmeet. De veras. Lo que importa es aprender a ser diferente. ¡Mejor aún, aprender a aprender a ser diferente!

El 11 de mayo de 2005, a las 17:20, Jasmeet Singh escribió:

Ahora debo darme prisa; tenemos que ir al templo a amasar el pan. (¿Puedo decir gurdwara? ¿Conoces esa palabra?)

John intenta leer los correos en orden cronológico. Se impacienta. Quiere únicamente los hechos, un esbozo de los acontecimientos, pero algo le impide revisar los últimos mensajes en primer lugar. Elaine siempre lee antes de nada las últimas páginas de las novelas. Sacas más partido de un libro,

dice, cuando no te preocupa cómo acaba. Así no te apresuras. A John le cuesta creer que la joven sij se haya ido de casa aquella misma mañana. No llevaba ninguna bolsa consigo. Se marchó después de desayunar como si supiera exactamente adónde iba. Cojeando.

«Una tormenta de polvo, sin duda, señor», insistió el camarero.

«Iba a encontrarme con tu padre cuando ocurrió», le dijo ella.

En realidad, John no quiere conocer los hechos, en absoluto. No le importa qué está haciendo la chica. Quiere ir a ver a su madre y convencerla de que vuelva a Londres con él. Se disgustará mucho con esta historia de Jasmeet. Necesitará consuelo. Estarán juntos. Elaine y mi madre se llevarán bien. Elaine admira a su madre. Mamá se dará cuenta de que ahora tiene sentido volver a Inglaterra. Ella le dirá a Elaine que perder el tiempo con el director japonés es una locura. John empieza a sentirse confiado.

El 16 de junio de 2005, a las 10:17, Albert James escribió:

Jasmeet, sé que estáis todos enfadados. Sin embargo, las distracciones son importantes. Abren las trampas. Los automatismos se destraban. A pesar de todo, nunca imaginé que Sudeep fuera a enojarse tanto.

John tiene que avanzar y retroceder por otros mensajes para averiguar de qué va todo esto. Resulta confuso, porque cada mensaje contiene muchos otros anteriores, y en tanto que el ordenador de su padre está configurado para que el mensaje más reciente aparezca siempre al final, el de la chica lo hace al revés, y el mensaje nuevo se añade en la parte superior. No hay una secuencia fiable. No le queda más remedio que ir mirando las fechas, moverse adelante y atrás entre el correo recibido y el correo enviado.

¿Tiene algún sentido? Ha comprendido que Jasmeet trabaja en una centralita telefónica contestando las dudas de clientes de todo el mundo acerca de problemas de *software*. A veces pega estas preguntas a los correos para que Albert James le explique cosas que no entiende; consultas procedentes de Hong Kong, Islandia, Portugal. Le pide ayuda:

El bios está enganchado en mod prov. La función herramientas del sistema yo no entrar en menú drop.

Las respuestas de su padre son patéticas. El pobre no tenía ni idea de ordenadores. Ella tuvo que darse cuenta. Así que las preguntas no eran más que una excusa para escribirle. Su padre pontifica sobre el desarrollo de una comunidad internacional que en última instancia se comunicará con el código computacional, en lugar de usar el lenguaje.

La diferencia entre lenguaje y código es la diferencia entre supervivencia y destrucción.

Dios sabe lo que quería decir con eso o por qué se molestaba en escribirle a aquella chica.

Jasmeet dice que está frustrada en su trabajo. Quiere hacer algo más creativo, pero la familia

sólo le ha costado la universidad a su hermano, y éste no hace nada. Su hermano es la criatura más holgazana de Delhi, de toda la India.

No estudia y no va al gurdwara. Mi padre está siempre alabando a mi hermano, pero Gobind no hace nada de nada, y además a veces mi padre le pega un coscorrón en la oreja. Le da fuerte. Gobind nunca devuelve el golpe, encaja la zurra. Pero no cambia su vida. Saca a mi padre de quicio. Sabes que los sijs se enorgullecen de trabajar duro.

Todo esto antes de que John descubra al fin que Albert James lo había dispuesto todo para que un chico fuera a la sala donde el grupo ensayaba una de sus historias y se burlasen de él. El chico, que normalmente trabajaba de limpiabotas en la estación de ferrocarril, tenía un silbato que no dejaba de soplar e iba de un lado a otro pavoneándose y haciendo muecas, luego estallaba en accesos de tos. Era evidente que no estaba bien, y parecía no saber una palabra de hindi. Tenía cara de mongol. Un extranjero. Mientras procuraba concentrarse en su interpretación, Sudeep había perdido los estribos. Bajó corriendo del escenario y quiso sacar al chico de la sala de ensayos por la fuerza. Hubo insultos. El muchacho se agazapó, aquejado de un tremendo acceso de tos. Albert James tuvo que intervenir y explicar que aquella distracción estaba planeada. El chico cobró por hacerlo. Entre tanto, él había grabado la escena en vídeo.

El 19 de junio de 2005, a las 12:15, Albert James escribió:

Sudeep demostró que ha perdido el sentido de lo que estamos haciendo, mucho me temo.

El 19 de junio de 2005, a las 13:56, Jasmeet Singh escribió:

A veces pienso que eres tú el que se burla de nosotros, Albert. De todos nosotros.

Había montones de correos similares. El hombre y la muchacha habían mantenido correspondencia durante meses. John se siente por encima de todo aquello pero cansado, tumbado en la habitación de aquel cuchitril con el ruidoso aire acondicionado. Todavía está resacoso, el estómago empieza a rugirle de nuevo. Por alguna razón, ha dejado el portátil encima del chal de *pashmina*. El teclado negro yace en un lago liláceo poblado de serpientes y elefantes dorados. Imagina, extrañamente, que lleva el chal a su viejo laboratorio y que cubre con él la centrifugadora. Imagina que las serpientes cobran vida en un lago de lilas, los elefantes nadan con las trompas en alto. ¿De dónde vienen estos pensamientos? John añora la apacible organización del laboratorio, la claridad de la tarea asignada, compartida con un equipo de colegas sensatos. Apartándose, va al escritorio y empieza a hacer un boceto rápido en el dorso de otro formulario de lavandería. La voz de su padre acude a través de estos correos electrónicos con mucha mayor nitidez que la que emana de sus artículos y sus disertaciones. John empieza a dibujarlo.

Le cuesta que el bolígrafo se deslice bien sobre el papel. Chupa la punta. Por un instante lo invade la sensación odiosa de estar tratando de recuperar un sueño que se niega a emerger a la

superficie, como si la mente arremetiera contra una pared oscura. Entonces, de pronto, con una docena de trazos tiene los labios, la nariz, los ojos adormilados, la mirada divertida, retraída. ¡Tiene a su padre! Las orejas de soplillo de papá, el cabello ralo. No puede creerlo. Nunca fue bueno dibujando, ni siquiera le gustaba. Su padre solía incluir dibujos en todas las cartas que mandaba mientras John estaba en el colegio: dibujos de insectos y animales y de nativos ataviados con los trajes tradicionales, a menudo inventados. John apenas se los miraba. En sus respuestas no dibujaba, simplemente preguntaba qué harían en vacaciones, si habría alguien en el aeropuerto; ése siempre era un momento de ansiedad, cuando bajabas del avión y no había nadie allí. Ahora el rostro de su padre se burla de él desde este pedazo de papel. Qué extraño. John observa a su padre en el dorso de la lista de lavandería de un hotel. Albert James: aquella sonrisa cómplice, atractiva, burlona. Traza con fuerza seis líneas rectas negras para encuadrar al hombre, en su ataúd. A continuación está dibujando ondas serpenteantes sobre todo el dibujo. La imagen empieza a anegarse.

El 3 de agosto de 2005, a las 08:42, Jasmeet Singh escribió:

Mis padres quieren que me case con un hombre de Jaipur, un sij jat, un khalsa. Es representante de una compañía farmacéutica en Ahmedabad. Es bastante agradable, supongo, muy alto, un poco encorvado. ¡Igual que tú, Albert! Él cumple con las cinco kas, como buen khalsa. ¡O-k! La gran pega es que en realidad no me gusta.

El 10 de agosto de 2005, a las 10:07, Jasmeet Singh escribió:

¡Sudeep es un bastardo!

El 14 de agosto de 2005, a las 09:10, Jasmeet Singh escribió:

Albert, lamento no haber ido anoche. No quiero ir más. Ya tienes a Ananya y a Vimala y a Bibi. Sudeep puede poner en ellas sus sucias manazas.

El 14 de agosto de 2005, a las 11:35, Albert James escribió:

Eres una persona muy especial, Jasmeet. Me entristecería enormemente que dejaras el grupo. Tienes una energía muy especial y hermosa, y eres la única sij. Es bueno para todos nosotros tenerte a nuestro lado. Todos tenemos esa sensación. Eres una bailarina maravillosa. Hablaré con Sudeep. Estoy seguro de que no pretendía ser irrespetuoso.

El 27 de agosto de 2005, a las 18:43, Jasmeet Singh escribió:

Avinash trata de negocios con mi padre y su empresa farmacéutica pagará para que mi padre vaya a Londres pronto. Todo el mundo muestra mucho interés en que me case con él. Avinash dice sus oraciones, incluso la Sandhana, y no se corta el pelo nunca (jamás de los jamases, ni siquiera las puntas más abiertas) y cuando viaja se lleva paratha y pakoras que su madre le prepara. Me

tocará prepararle la caja con el almuerzo el resto de mi vida. No quieren que trabaje después de casarme. Quedaré enterrada en vida, viendo la televisión y yendo al gurdwara, igual que mi madre.

El 27 de agosto de 2005, a las 18:52, Jasmeet Singh escribió:

PD: ¡Su barba me asfixiará!

El 29 de agosto de 2005, a las 14:01, Albert James escribió:

Imagina la evolución como un sendero a través de un laberinto de obstáculos, semejante a esos juegos de ordenador donde has de seguir creciendo y rearmándote y buscando puertas secretas, mientras te asaltan toda clase de peligros y nunca puedas quedarte quieta. Hay callejones sin salida y tienes que dar media vuelta y empezar de nuevo, y algunos callejones sin salida son más largos que otros. Bueno, ¡imagina que todos llevamos más de dos mil años siguiendo un callejón sin salida! Imagina que el callejón sin salida conduce a un monstruo que no podemos vencer nunca, ni aun con todos los frutos que hayamos encontrado. La catástrofe está ahora muy próxima. Pregunta: ¿podemos todavía dar media vuelta y retomar un sendero mejor?

John se pregunta qué impresión había sacado la chica de aquello. Parecía que todavía andaba tras Sudeep, a pesar de la pretendida aversión que sentía hacia sus largas manos. Jasmeet está llena de vida, John se ha hecho esa idea; es una coqueta, una reina en el arte del drama. Se tiene en muy alta estima. La excita el interés que despierta en los hombres.

Quiero a mi familia, Albert, pero a veces todo es muy aburrido, ya me entiendes. Las virtudes de los sijs. Se supone que los hombres y las mujeres son iguales, pero no es así. ¡Mi madre reza en el templo y cuece el pan y guarda para los pobres, y mi padre ve pornografía por Internet y gasta el dinero que le sobra en whisky!

Sandhana es cuando te levantas dos horas y media antes del alba, te das una ducha fría (muy fría) y luego te pasas una hora o más entonando un cántico con el nombre de Dios o el nombre de todos los gurús. ¡Los once, sin dejarte ni uno! ¡Durante horas! Mi padre alaba a Avinash porque cumple con la Sandhana antes de salir de casa a vender medicinas a los doctores prometiéndoles viajes gratis a Londres o Nueva York, a la vez que tiene el ordenador lleno de verdadera porquería (¡mi padre, no Avinash!). ¡Ni siquiera se molesta en cambiar la clave de acceso!

Había un mensaje angustiado de Albert James:

Queridísima Jasmeet, la verdad que no veo qué sentido puede tener que se lo digas a tu madre. Sólo le darás un disgusto. Estoy seguro de que en el fondo conoce al hombre con quien se casó, no sé si me entiendes. Corres el riesgo de destruir a tu familia.

¡Mi padre es un canalla! ¿Qué quieres decir con eso de que ella lo conoce? ¡Mi madre ni siquiera sabe cómo encender un ordenador!

Cierta barrera ha caído ahora entre la muchacha sij y el antropólogo entrado en años. A medida que lee, John siente una alerta y una repulsión que van en aumento. Hablan con más libertad. La chica le cuenta que su tío, el hermano de su padre, siempre la acosaba, pero que su padre fingía ignorarlo. No la creía cuando se quejaba. Las respuestas de Albert James denotan alarma, pero son cautas. No está claro qué piensa realmente de Jasmeet, pero contesta cinco, incluso diez correos electrónicos suyos por día. Al apartar la vista de la pantalla, John se distrae mirando por la ventana. El cielo ha oscurecido. El polvo se arremolina en torbellinos a lo largo de la calle. Cuando la cosa se ponga seria saldrá a echar un vistazo. No ha presenciado nunca una tormenta de polvo.

En la historia que estamos haciendo ahora, la verdad es que no veo por qué Indira se quedaría junto a un hombre como ése. ¿Es que quiere la pobreza? ¡¡¡¿¿¿Porque hay algo muy físico entre ellos???! Ya sabes a lo que me refiero. No creo que Vimala entienda su papel. No se enfurece lo suficiente. ¡Pero de lo que estoy segura es de que a Jamal le gusta insultarla! Si no nos das un texto como está mandado, Albert, algo serio pasará un día de éstos, ¡porque será como si ocurriera entre personas reales! ¡Lo haremos tan bien que acabaremos pegándonos unos a otros! ¡Entonces sí que tendremos la verdadera catástrofe!

¿Es cierto que Vimala es a veces doncella en tu casa? ¿Que tú le pagaste la escuela? Es muy bonita. Más que Ananya. ¿A la señora James no le molesta? Creo que Vimala está enamorada de ti.

¡Sudeep dice que sólo traes chicas bonitas! ¡Cree que tienes amoríos con todas nosotras! Sudeep no tiene más que una idea en la cabeza. Le dije que tú siempre eres un perfecto caballero. ¡A diferencia de él, el señor Zarpas!

¿Cómo es estar casado, Albert? Me gustaría conocer a tu mujer. Necesito comprender. Necesito decidir si voy a obedecer y casarme con Avinash. Vimala es la clase de chica que obedece. Dicen que debo decidirme ya, enseguida. Pero no puedo. Mi padre me matará. Sudeep dice que casarse es una locura. Es una persona moderna. Si mi padre supiera de Sudeep, ¡TE MATARÍA! Cree que estoy a salvo a tu cuidado preparando una representación teatral, y en lugar de eso... En el nuevo mundo no existirá el matrimonio, dice Sudeep, si es que todavía hay un mundo. Cree que el mundo acabará y que debemos disfrutar el ahora. Dice que llegará un momento en que nadie podrá respirar y no hay nada que podamos hacer al respecto, así que más vale divertirse mientras sea posible. Sudeep quiere que me apunte a la EAA, pero mis padres jamás me darían el dinero para eso aunque yo quisiera. No quiero ser actriz. No quiero casarme con Avinash. Quiero viajar, como tú, Albert. Tu vida es la vida ideal para mí. Tú has vivido en todas partes y eres un hombre bueno,

siempre con la misma mujer, no corriendo detrás de cada chica que pasa. ¡Envidia a tu mujer también! Siempre le has dejado hacer el trabajo que quiere. No se queda sentada en casa y no va al gurdwara. Mi padre dice que la señora James está loca por trabajar gratis todas las horas del día, pero yo creo que lo hace porque la mueve un amor auténtico por los pobres.

Sudeep dice que debería cortarme el pelo AHÍ, EN ESE SITIO. ¡JA JA JA! Una muchacha sij no puede hacer eso en la vida. Por cierto, no sé si sabes que mi padre se aclara el color de la barba para parecer más atractivo.

Han decidido la dote. Un pequeño apartamento en la colonia Indira Vikas. ¡Un apartamento! ¡Por Jasmeet! No puedo creerlo. No sabía que teníamos tanto dinero. Gobind está furioso. Padre me dijo que ahora yo era su favorita. Mi hermano es una vergüenza para el nombre de la familia.

¡Ay, soy una tonta! La dote es sólo la ENTRADA para el apartamento. ¡Avinash debe pagar la hipoteca de su sueldo durante TREINTA AÑOS! Los padres están todos conformes. Van a redactar un contrato. Hoy un cliente australiano preguntó si podía mandarle una foto. Le mandé ésta. ¿Crees que hice mal?

John abre el adjunto y aparece una foto. Muestra a una sonriente Jasmeet de mejillas redondas enmarcadas por su larguísimo cabello, abundante y hermosamente cepillado. La comisura de su boca se tuerce con coquetería, sus ojos irradian una calidez salvaje, hay una pequeña imperfección en la línea del labio superior. Puesto que la foto se ha abierto con el Visor de Imágenes y Fax de Windows, John clica en las flechitas hacia la derecha y la izquierda para ver qué más hay allí guardado: Jasmeet en una especie de ceremonia vestida de un rojo fastuoso; varios primeros planos de una araña amarilla en una tela donde brilla el rocío; diagramas de un sistema de retroalimentación termostática de creación continua; Jasmeet bailando de noche vestida de un morado y un verde chillones en un bajo escenario al aire libre, con dos chicas más; Jasmeet de pie junto a una mujer de más edad con un telón de fondo de picos montañosos; Jasmeet de colegiala, sentada en un *rickshaw* al lado de un niño gordo; Jasmeet, codo con codo con un joven presuntuoso vestido a la europea, acicalado y afeitado con esmero. John reconoce la cara del crematorio, al orador que estuvo a punto de caerse de la tarima. Sudeep.

Queridísima Jasmeet, ¿no podría ser que la felicidad estribara en seguir el camino que tus padres quieren que sigas? Siempre te prestaré la ayuda que pueda, si decides obrar de otro modo, pero la experiencia me dice que existe una sabiduría en estos acuerdos tradicionales. Yo sería muy feliz, por ejemplo, si mis padres hubieran escogido a alguien como tú para mí.

¡Qué cosas tan raras dices, Albert! ¿Cómo podrían haberme escogido a mí tus padres?

Lo bello es la idea de unirte a una pareja sin tener que actuar para conseguirla, sin

maquinaciones o apropiaciones. Eso es un don magnífico.

¡Mi padre también ve pornografía de chicos! Le odio. Y te equivocas. Vimala NO está contenta con el chico que sus padres han elegido para ella. ¡Me dijo que cree que es gay! Hay muchos gays, pero todo el mundo finge que no lo son. Decididamente está enamorada de ti, Albert, lo sabes. Siempre está hablando de ti.

Elegí Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas, Jasmeet, porque es la historia más próxima a lo que hemos estado haciendo, donde nada ocurre, todo se diluye en hermosos subterfugios. ¿Te das cuenta? Tal vez sea sólo así como algunas historias pueden durar largo tiempo sin acabar mal. Lo que quiero es introducir las cinco piezas que hemos estado ensayando en un marco similar al de Alicia, similar al de tantos sueños. De manera que uno de los protagonistas de nuestras historias sea siempre Alicia, o una persona parecida a Alicia. ¿Lo entiendes? Y siempre es ella quien inicia la danza, en los momentos precisos, para evitar que ocurran cosas. Entonces todos los demás personajes danzan a su alrededor.

¡Qué desastre! ¡Hoy un hombre intentó tocarme los pechos en el autobús! Debería haber autobuses sólo para mujeres, igual que en los vagones del tren. Yo le di un pisotón en el pie. ¡Era viejísimo! ¡Se armó un verdadero jaleo!

Creo que hiciste una mala elección al hacerle a Ananya actuar, y Sudeep también lo cree. ¡Es tan ignorante! No entiende verdaderamente tus ideas. ¿Es la que más te gusta? Estoy segura de que yo podría hacerlo mejor.

¡El australiano me mandó su foto! Se llama Sean. Es guapísimo de verdad. ¿Qué te parece? ¡A lo mejor demasiado mayor para mí!

John hizo clic en un adjunto y abrió una imagen en jpeg donde se veía a un tipo con aire de deportista, de treinta y largos años, con una camisa blanca abierta sobre un pecho macizo, con una cara cuadrada y complaciente y una mirada resueltamente sincera.

Tal vez deberíamos hacer una obra sobre mí, Sudeep y Vimala. ¡Aunque podría ser peligroso! Podría acabar con que yo mato a Sudeep, ¡en serio!

Jasmeet, ¿qué quieres que te cuente sobre el matrimonio? No puedo ayudarte. Es algo que la gente hace por impulso en la cultura occidental porque nadie ofrece un camino claro para nosotros y tampoco lo seguiríamos si lo hicieran.

Helen y yo nos conocimos cuando ella tenía tu edad y yo era un poco más mayor. Ella quería ejercer la medicina en países pobres y yo la admiraba mucho. Pasamos muchos años fascinantes

viajando por ahí y afrontando toda clase de situaciones. Te imaginas que simplemente hay personas enfermas que necesitan ayuda y te ves envuelto en toda clase de enredos políticos y culturales. Tienes que negociar con bandas que quieren proteger tu clínica o controlar quién trabaja allí. Siempre hay un médico local que difunde rumores negativos sobre ti. En Kenia quisieron quemarnos la clínica.

Leyendo esto, John reflexiona que su padre nunca le dijo nada de aquello a él. No sabía nada de un intento de quemarles la clínica. Pero igualmente Jasmeet no está satisfecha.

¡No me dices mucho, señor Albert! Sabes que quiero saber más. ¿Qué hay del sexo? ¿Alguna vez le fuiste infiel a tu esposa? Por favor, cuéntamelo. ¿No te gustaría practicar sexo con Vimala cuando va a tu casa? Debe de ser taaaan tentador. Sé que mi padre lo haría. Mi madre nunca dejaría a una sirvienta como Vimala en ninguna parte cerca de nuestro apartamento. Es demasiado hermosa. ¡Le dije a Sudeep que un día una mujer lo castrará! ¡Es un animal!

¿Te gustaría venir a verme bailar, Albert? Hay una velada de bhangra para celebrar un aniversario. Me descontrolo bastante cuando bailo bhangra. Te costaría creerlo. Podrías traer a tu mujer.

El sexo es hermoso, Jasmeet, pero difícil, y el sexo entre las personas que permanecen juntas muchos años es una cosa que va y viene.

Me aburriría. ¡Tal vez soy una pilla, como mi padre! Quizás por eso lo odio a veces, porque soy como él. En cualquier caso, no quiero ser como mi madre. ¡Es una alfombra! Sabes que Jamal me cortó el paso al salir del lavabo y me dijo que se muere por mí. Es demasiado descabellado. ¡Desde luego, jamás besaré a un musulmán!

Albert, acabo de leer tu mensaje sobre el sexo otra vez. Creo que es muy triste. Mi padre me ha dicho que hablaste con él por un problema serio. ¿Estás enfermo, Albert? Me gustaría poder curarte.

Sí, Jasmeet, sí, parece que estoy enfermo.

John se pone de pie y se acerca a la ventana. El aire se arremolina con la inmundicia y oleadas de arena corren como el agua por la carretera irregular. No le gusta leer esos mensajes. Dirigiéndose a la puerta titubea, se detiene, da media vuelta y, retrocediendo en la interminable lista, hace clic en un mensaje al azar.

Re: Re: Re: Puesta al día

El 25 de octubre de 2005, a las 17:55, Jasmeet Singh escribió:

¡Albert! ¿Sabes que eres de lo más divertido cuando imitas a Sudeep? De verdad, ¿te pones tan sexy como él!

Re: Re: Re: Re: Puesta al día

El 25 de octubre de 2005, a las 18:43, Albert James escribió:

Me encantan tus manos finas, Jasmeet. ¡Y qué bonito tomar juntos el té!

John menea la cabeza, hace clic de nuevo.

Re: Re: Re: Re: Re: Puesta al día

El 25 de octubre de 2005, a las 19:15, Jasmeet Singh escribió:

Ya mí me encantan tus ojos, Albert, cuando me miras siempre. Hay algo de locura en ellos.

John está al borde de un precipicio. No quiere ver ningún otro mensaje, pero lo hace; es uno de principios de noviembre. Sus ojos parpadean contra su voluntad por una pantalla llena de caracteres.

... como si me disolviera en la belleza, Jasmeet. ¡Jasmeet! Dulce flor. Cuando...

John se obliga a ponerse en pie y camina a trompicones por el pasillo. Se marcha tan hastiado que ni siquiera se detiene a echar el candado de la puerta.

—¡Señor John!

Tan sólo al empujar la puerta que daba a las escaleras se dio cuenta de que la chica estaba sentada en el vestíbulo. Con dificultad, se estaba poniendo en pie.

—¿Lo ha leído todo?

—Pensé que te habías ido a trabajar —dice él.

—Perdí mi trabajo cuando estuve en el hospital, señor John. ¿Ha leído los mensajes? Estaba esperándole.

—Algunos —dice—. Ahora voy a ver a mi madre.

Los ojos de la chica se abren con desmesura. La cabeza le tiembla ligeramente.

—¿Por qué? ¿Por qué va a hacer eso?

—¿El señor James?

De un pasillo oscuro a sus espaldas, emergió la más mayor de las recepcionistas del hotel. La dueña, probablemente.

—Disculpe, señor James.

John se volvió. Jugueteadando con un collar, la mujer se metió tras el escritorio y abrió el gran libro de registros.

—Lleva ya con nosotros una semana, señor, según creo. Exigimos el pago por semana. ¿Cuánto tiempo tiene previsto quedarse aún?

—No sé —titubeó John—. ¿Un par de días más?

La mujer le mostró una factura con la cifra 6800 garabateada al final. En rupias. John no es capaz de calcular cuánto es eso. La mente no le funciona.

—También está el desayuno —dice la mujer—. Debemos insistir en el pago al final de cada semana, señor. Usted se hace cargo —a su lado, un teléfono empezó a sonar. Lo cogió—. Hotel Govind, buenas tardes.

La joven sij se ha acercado a John rengueando y le toca el codo.

—¿Por qué va a ver a su madre?

—Pagaré esta noche —le dice John a la recepcionista al tiempo que ella tapa el auricular con una mano. Se le ha cruzado por la cabeza que debe sacar dinero en efectivo antes de darles su tarjeta de crédito. No debe quedarse sin efectivo.

Jasmeet parece al borde de la histeria.

—No puede salir con esta polvareda. ¿No ha visto la tormenta, señor John? No puede.

—Tengo que ver a mi madre.

Mientras caminaba hacia la puerta, ella lo siguió cojeando.

—Señor John, ¿no le gusto? —el hueco de la escalera es asfixiante—. ¡Pare, por favor! ¡Se lo pido por su padre!

John se volvió y respiró hondo. Jasmeet está un tramo de escaleras más arriba.

—No es cuestión de gustos —dijo él.

Al verlo indeciso, la chica activó una sonrisa radiante de verdad y empezó a bajar hacia él dando saltitos, como un pájaro herido, con una mano apoyada en la pared para no perder el equilibrio. No hay pasamanos.

—Habla igual que Albert —dijo resplandeciente de alegría, saltando y manteniendo el equilibrio—. Tiene su misma voz.

Cuando llegó a su lado se irguió y sonrió; su dentadura resplandecía; luego alargó una mano y le alisó a John la camiseta. Se había quedado levantada de un lado. Las muñecas de la muchacha eran finas al resplandor de una docena de brazaletes de colores. Los dedos se posaron un momento sobre el pecho de John.

—Quiero ir a Inglaterra. Tengo pasaporte y visado. Tengo todo mi dinero. Déjeme viajar con usted.

John dio de nuevo media vuelta y empezó a bajar las escaleras apresuradamente, aunque de inmediato aflojó el paso y dejó que lo alcanzara.

—¿Cómo es que tienes el ordenador de mi padre? —le preguntó con brusquedad. Entonces se le ocurrió que ni siquiera había mirado si había algún trabajo empezado en el aparato.

—¿No ha leído los mensajes? —se apoyó en él—. Me dijo que lo cogiera. Me dijo dónde lo dejaría. Estaba muriéndose. No quería que otra gente viera.

—Entonces, ¿por qué me lo has traído?

Ella dudó.

—Necesito ayuda, señor John. Albert siempre decía que me ayudaría si decidía marcharme. Usted es su hijo. Pensé que me ayudaría.

John meneó la cabeza. La chica es una distracción. Toda la India ha sido una distracción terrible del trabajo que debería estar haciendo. Debe aclarar las cosas con su madre y volver a Londres y al trabajo.

De nuevo, John empezó a bajar las escaleras. Ella se apuró a seguirlo. Hay cuatro plantas con el aire viciado, asfixiantes, la escalera gira una y otra vez pasando junto a viejas puertas de color marrón, sus pisadas resuenan en el calor. Al llegar abajo, al final de un largo pasillo, un hombre uniformado estaba apoyado contra la pared. Al verlos dirigirse a la puerta a paso rápido, le dijo algo en hindi a la chica, y ella contestó con una nota de exasperación.

—Dice que hay una tormenta fuerte.

John abrió la gran puerta. Al tiempo que ponía un pie en el vendaval de polvo, cayó en la cuenta de que se había dejado el móvil en la habitación. Se perdería los mensajes de Elaine. No importa. Elaine también es una distracción. Sólo lo esencial importa. Sólo el enfrentamiento que se avecina. Detrás de él, Jasmeet lo agarró de la camisa.

—¡Señor John! ¡Espere!

En la calle, el polvo arreciaba en ráfagas secas y cortantes, para después arremolinarsse y caer sobre el suelo como nieve oscura. John caminaba rápido. Había momentos en que todo se tornaba marrón e impenetrable, luego reaparecía la calzada con sombras móviles de bicicletas y coches y *rickshaws*. John casi había alcanzado la parada de taxis cuando recordó que necesitaba dinero. Necesita un cajero. Dobló por una esquina y siguió caminando. ¿Dónde sacó dinero la última vez? Se

oía la habitual cacofonía de cláxones. Una vaca se había refugiado tras un camión aparcado. Jasmeet lo seguía aún, cojeando, cubriéndose la cara con el pañuelo. John no se decide a qué hacer de ella. No puede decidirse. En ese momento, una ráfaga trajo tanta arenilla que le llenó la boca y tuvo que resguardarse en un portal. El viento soplaba con furia. John estaba triturando tierra con los dientes. Jasmeet llegó, se dobló por la mitad, su ropa holgada agitándose al viento.

—Entre aquí —dijo—. Entre aquí, señor John.

Era una especie de local donde servían comidas. Un ventilador de techo daba vueltas. Había un pequeño mostrador de madera añosa y estanterías altas con latas y frascos tras un cristal grasiento: en todas las superficies había anuncios de cigarrillos y refrescos que parecían sacados de los años cincuenta. Las mesas eran de madera y un anciano estaba sentado leyendo un libro.

—Quedémonos aquí —dijo Jasmeet.

Al tiempo que trataba de limpiarse el polvo de los labios, John tomó asiento. Le daba la impresión de tener una costra alrededor de los orificios de la nariz y en la comisura de los ojos. Todo en apenas un minuto a la intemperie. Detrás de las mesas, el pavimento se levantaba un par de peldaños y había hombres sentados en el suelo, comiendo de un mismo plato grande, hablando pausadamente.

Jasmeet se sacudió el polvo del pañuelo. En la estancia hacía calor. Las viejas sillas de madera están desvencijadas.

—Es un local iraní —dice la muchacha en voz baja—. Tendrán pasteles ricos.

La frustración de John va en aumento. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí? Quiere resolución. Mecánicamente, su mano se acciona en busca del teléfono y de nuevo se da cuenta de que no lo lleva.

—¿En qué puedo ayudarles? ¿Por favor? —el anciano echó atrás su silla con un chirrido y levantó la vista del libro que leía por encima de sus gafas. Mientras hablaba, una silueta negra pasó por el suelo como una exhalación. Salió disparada de debajo del mostrador y desapareció bajo los estantes en el rincón más alejado.

—Queríamos tomar té y pastelitos —dice Jasmeet.

—No tengo dinero —objeta John.

—Preferiría una coca-cola. No ha tomado coca-cola desde hace una semana.

—Ya pago yo —dice Jasmeet sonriente—. ¡No se preocupe!

Ahora la muchacha parece formal y satisfecha de sí misma. Estas oscilaciones de la angustia a la confianza están confundiendo a John. ¿Los otros han visto la rata, o sólo él? Desde luego era una rata, con total certeza. Trata de centrarse en la chica mientras ella vuelve a cubrirse el cabello con el pañuelo. Ambos tienen arena en los labios, alrededor de los orificios de la nariz.

—¿De verdad te has ido de casa? —le pregunta.

El camarero, o tal vez el dueño, estaba poniéndose en pie. Uno de los hombres del extremo más alejado de la habitación se acercó a la puerta, dijo unas pocas palabras, miró la tormenta de fuera, hizo una mueca y volvió.

—Sí. Ya se lo dije.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—Entonces, ¿dónde vas a dormir?

—Anoche dormí en el vestíbulo de su hotel. Llegué muy tarde.

—Pero ¿por qué te fuiste?

—Ha leído los mensajes. Ya lo entenderá.

A John le costaba relacionar a la chica que tenía delante con la autora de los correos electrónicos. Jasmeet lo mira con ansiedad e impaciencia, la boca inquieta y nerviosa, los ojos brillantes.

—Quiero decidir mi vida —dijo—. Seguro que usted lo comprende.

—Podrías acudir a Sudeep.

Ella se irguió con histrionismo.

—¿Sudeep intentó matarme después de lo que ocurrió con Albert!

—¿Lo sabe? ¿Sudeep?

—¿Todo el mundo lo sabe! Estaban celosos —Jasmeet suelta una risita—. ¡Podría casarme con usted, señor John, y quedarme en Londres! —titubea—. Si cierro los ojos cuando habla, podría ser Albert.

—Pero Sudeep vino al funeral. Habló bien de mi padre.

—Sudeep dijo que yo lo había matado. Que era culpa mía. Que yo había destruido a un gran hombre. Adoraba a Albert. Me llamó zorra.

A John no se le ocurre qué decir. Cuando el dueño del local coloca una bandeja en la mesa, se siente enfermo. La tripa. De repente, necesita con urgencia ir al baño. El hombre sonrió a Jasmeet, que le devolvió una preciosa sonrisa y empezó a servir el té en tazas desportilladas de una tetera de porcelana finamente trabajada.

La chica bebió y mordisqueó un pastelito bastante seco, sin dejar de mirarle. De nuevo acercaba la cara a la comida, en lugar de llevársela hasta la boca. Mojó el pastelito en el té y lo sorbió. Tiene un aire ardillesco. Y una extraña manera de mecerse ligeramente mientras está sentada, como si la moviera una música que él no alcanzara a oír.

John necesita un cuarto de baño.

—Albert estaba enamorado de mí —dijo al fin Jasmeet. Todavía tiene comida en la boca—. Pero no dejaba de decir que era una catástrofe. Bebía mucho whisky. Hubo una gran pelea entre Sudeep y yo. Me dijo que me mataría. La obra se echó a perder. Se canceló todo. Tal vez sí sea culpa mía. Mientras mi padre estaba en Londres fuimos al Neemrana. Albert me llevó. Fue fascinante. El Neemrana es un palacio fortificado, en la carretera a Jaipur. Ya se lo expliqué. Hay hermosos pájaros verdes y una piscina. La comida es realmente buena, de verdad. Y hay habitaciones preciosas con bellos muebles antiguos. Antiquísimos. Albert también estaba contento, comía mucho, pero además no dejaba de decir que era una catástrofe. Bebía sin parar. Estaba enfermo.

La chica dejó escapar un profundo suspiro.

—Quería que Albert me llevara a Inglaterra. Nadie ha sido nunca tan bueno conmigo. Su voz era exactamente igual a la de usted, señor John. Fue muy bonito estar con él. Contaba cosas de todos los lugares a los que íbamos, y entonces decía que era una catástrofe. Era una palabra que empleaba mucho.

Se interrumpió un instante.

—Albert dijo que estaba decidido a que nos fuéramos, a que viviéramos juntos en otra parte. Estaba contento. Estaba escribiendo una carta para usted para hablarle de nosotros. De que nos marchábamos. Pero luego nunca pudo terminar esa carta. Me dijo que tal vez la carta no era para usted. Yo me disgusté. Mientras, él seguía escribiendo otras cosas. Había un viejo escritorio en nuestra habitación. Albert no podía dormir. Tenía sueños extraños. Se despertaba a cada rato. Estaba contento, decía, pero no podía dormir a causa de sus sueños. Trataba de ponerlos por escrito.

Se interrumpió y tendió una mano hacia el otro lado de la mesa.

—¿Está escuchando, señor John?

John levantó la mirada. La chica tenía una miga en la comisura de los labios. Él se esforzaba por contener las tripas.

—¿Y qué más hicisteis, en esa fortaleza?

—Hay una piscina, allí. Dábamos paseos. En las proximidades hay un viejo aljibe con escaleras que bajan hasta el agua. ¿Lo conoce? Es muy famoso. Es como un gran edificio puesto del revés que se adentra en el suelo.

John no lo entendió, pero lo sorprendió la neblina que empañaba sus ojos. No era posible no creer a la chica.

—Descendimos abajo, abajo, abajo, todos los tramos de escaleras, es un aljibe muy profundo..., cogidos de la mano. Hay nueve pisos de profundidad. ¿Ha visto uno alguna vez? Es igual que un templo puesto del revés. Muy, muy antiguo. Bajas las escaleras. Nueve pisos. Pero al final ahora no hay agua. Es un antiguo pozo. Albert dijo que era como el paraíso —titubeó, recordando—. Le gustaba cogerme de la mano. Dijo que le gustaba mucho.

—¿Y? —John estaba sufriendo. Necesitaría plátanos otra vez. No pasteles.

—Le gustaba verme bailar. Bailé para él al pie de todos aquellos escalones. Junto al aljibe. No había nadie más. Dijo que aunque no hubiera agua, mi cuerpo era líquido. Líquido como una serpiente —se echó a reír—. Era hermoso sentirle mirándome. Decía cosas bellas. Dijo que podía oír el agua en mi danza. Era como un sueño.

John no quería realmente oír todo aquello. Su padre era mayorcito para aquellas cosas.

—¿No estaba enfermo? Debía de estar bastante enfermo en noviembre.

Ella recogía las migajas.

—No tanto. No estaba tan enfermo. Sólo padecía algunos dolores.

—Pero si...

—Albert estaba muy contento y muy... —exhaló un suspiro—. Tal vez pensaba en su madre, John. Albert tenía un destino trágico, creo yo. No sé cómo expresarlo.

—Entonces, ¿por qué dijiste que tú fuiste responsable de su muerte?

A Jasmeet se le empañaron los ojos.

—Lo dejé, señor John. Pensé: este hombre no puede decidirse, nunca se decidirá, ni siquiera puede acabar una carta. Pronto mi padre volverá de Londres. Se armará una buena. Un día había un conductor sij que volvía a Delhi y le pedí que me llevara. Pensé que así evitaba la catástrofe.

»Entonces volví a casa y después mi padre regresó y Avinash venía a comer con nosotros, todo

era horrible. Era horrible. Me decían que tenía que casarme. Empecé a desear haberme quedado con Albert. Pensé que tal vez después de estar lejos de él tanto tiempo se decidiría. Entendería lo que perdía. Había empezado a mandarme correos electrónicos de nuevo. Pensé que era una señal. Dijo que me amaba. Pero eso ya lo ha leído en el ordenador.

»Así que un día decidí ir a verle y darle una sorpresa. Tenía tantas ganas de verle. No pude resistirme. Cogí el bus a la universidad. Llovía mucho y yo tenía tanta prisa por bajar y correr hasta algún lugar donde guarecerme que no vi la motocicleta. Ya sabe. Zas. Pum. Entonces me desperté en el hospital y no pude ver a nadie durante días. Ahora ya no podré volver a bailar.

Jasmeet guardó silencio y se mordió el labio. En voz más baja, dijo:

—Creo que Albert murió de amor por mí.

Tan sólo la intensa incomodidad que le atenazaba el estómago evitó que John se echara a reír.

—La gente no se muere de amor, Jasmeet —dijo. Es la primera vez que ha usado su nombre. El absurdo de aquel detalle le levantó el ánimo—. ¡Y menos un intelectual torpón como mi padre!

El rostro de la chica se ensombreció.

John se inclinó hacia ella por encima de la mesa, a pesar de los retortijones.

—Sabes que mi padre escribió que el amor es tan sólo una palabra cargada en un juego comunicativo. No creía en el amor.

Jasmeet apartó su silla y permaneció sentada, muy quieta. Entonces lo miró por encima del hombro.

—Albert dijo que yo lo había cambiado todo en su vida. Me dijo que se moriría de amor. Lo escribió en su último mensaje. Lo verás en el ordenador.

—Más bien debía de pensar que se moriría de vergüenza si mi madre se enteraba —dijo John con brutalidad. Se puso de pie—. Tengo que ir al baño.

Al hacer la silla a un lado, a John le costó ponerse en pie erguido. La chica estaba disgustada. Mientras él se volvía a preguntarle al dueño dónde estaba el servicio, ella simplemente repitió:

—Albert me prometió que me ayudaría.

—Me temo que no hay luz en el servicio, señor —dijo el dueño. Se sorprendió de que hablara un inglés magnífico—. Yo no le aconsejaría que lo utilice, señor. Tenemos un pequeño problema con la luz.

—Necesito ir, de verdad —dijo John.

El señor dejó el libro y sonrió.

—Bueno, pues hágalo por su cuenta y riesgo, señor. Me temo que no es un cuarto de baño muy caballeroso, y no tenemos luz. Estoy esperando a que venga el electricista a repararla. Es una instalación muy vieja, ya se imagina, en esta parte de Delhi.

El estómago de John gemía. Era una cuestión de segundos, pensó, y al mismo tiempo se dio cuenta de la farsa de todo aquello: las ideas de su padre, aquella escena en la cafetería. Todo era una farsa absoluta. ¡Y dejé un trabajo serio por esto! En lugar de averiguar cómo inducir a un ribosoma a la esterilidad, él mismo había sido engañado hasta llegar a aquella situación, bastante grotesca y sin duda estéril. Las tripas le aullaban.

—Está en lo alto de la escalera, a la derecha —dijo el dueño, aún con una nota de advertencia en

su voz.

Obligando a sus intestinos a contenerse, John caminó rígido hasta la trastienda. Cuando se subían los dos escalones que separaban el área del restaurante, todo estaba mucho más sucio y agobiante. Los cuatro hombres sentados en el suelo parecían ser obreros de alguna clase, sin afeitado, tocados con turbantes flojos. Tal vez ellos también habían entrado a guarecerse de la tormenta. Habían acabado de comer y hablaban en voz baja, bebiendo de botellas de naranjada. Detrás de ellos, el espacio se escindía en pasillos oscuros.

—¿El lavabo? —farfulló John, avergonzado.

—¿Lavabo? —los hombres empezaron a hablar en hindi unos con otros.

—No lavabo —dijo uno de ellos meneando la cabeza. Indica con una seña la negrura que se abre a la derecha de John—. No usar servicio —hace un mohín y signos desalentadores con el brazo. Uno de los otros hombres se está riendo.

—Hay un lavabo, ¿no es así?

La cabeza del hombre se bambolea a modo de disculpa, como diciendo, lo hay, y al mismo tiempo no lo hay. John no aguanta más. Se dirige a la derecha, hacia donde señaló el hombre, y al cabo de unos metros de intensa penumbra encuentra una puerta.

—¡Señor!

John se vuelve. Con una absurda expresión adusta, los cuatro hombres asienten con la cabeza.

La puerta está cubierta de grasa, es de madera negra astillada, cerrada por un gancho metido en una arandela. John no tiene más opción que levantarla y abrir la puerta sacándola de los goznes. Al hacerlo, libera el olor más fétido que pueda imaginarse. Parece imposible no haberlo notado en cuanto entró a la cafetería.

Los intestinos no aguantarán. Habían aceptado esperar con la condición de que fuera cuestión de minutos, luego de segundos. Se habían convencido de que la evacuación era inminente. Mientras abre la puerta, siente un apretón irresistible. Los hombres se ríen a sus espaldas. El olor procede de una oscuridad negra como boca de lobo. No hay ni el más débil resplandor. Mecánicamente, alarga la mano hacia la pared en busca de un interruptor, y lo asombroso es que lo encuentra al momento. Sin embargo, al pulsarlo no se produce ningún cambio. ¿Y si la oscuridad es tan sólo un agujero? ¿Alguna especie de fosa? Puede ser enorme, o minúscula. Caerá en la inmundicia. Por hablar de catástrofes. ¡Pero se caga encima! No hay vuelta atrás. Da un paso, traspasa la puerta y la empuja para entornarla. Si de este lado hay un pestillo, ni siquiera se molesta en buscarlo.

No hay tiempo. La fetidez es insoportable. Igual que el calor. Hay un ruido escurridizo. Con la mano derecha tantea a la altura de la rodilla en busca de la taza. No hay nada. No respire. Ahora se inclina y aprieta la frente contra la puerta. Si no, se arriesga a perder todo sentido de la orientación. Se desabrocha los vaqueros, tira de ellos hacia abajo, se acuclilla, caga a chorro, mierda líquida, Dios, ojalá haya puesto el culo lo bastante lejos de los vaqueros, de los pies. Da una boqueada para recobrar el aliento. Hay más. Está en cuclillas, con una mano apoyada en la puerta, sacudido por escalofríos, le arden las tripas, un sudor frío empieza a humedecerle el cuello y las sienas.

Y no hay papel. John está tan furioso... ¿Cómo se dejó engatusar para que lo trajeran aquí? Primero la tormenta, luego este sitio terrible. Tal vez haya una manguera y un grifo en alguna parte, o

un cubo. Podría lavarse. Pero ¿cómo, si no ve? No puede subirse los pantalones sin más, está asqueroso.

El olor le da ganas de vomitar. De nuevo advierte un ruido de algo que se escabulle. Si me desmayara, podrían devorarme las ratas. Se está dejando llevar por el pánico. Es una pesadilla. Desde luego, merecería despertar. Sueños de agua que le rondan como una bendición o una maldición. Cogidos de la mano por las escaleras que descienden hasta un pozo seco. ¡Si podría morirme aquí!, dice John apretando los dientes. Quiere gritar. Había mierda flotando en el agua junto al ataúd de su padre. Ahora recuerda la escena vívidamente. El ataúd flotaba dando tumbos en el agua y la mierda. En un lugar como aquél, ni más ni menos. Se agacha en la oscuridad absoluta, a la espera de despertarse, a la espera de que todo se desvanezca. Por lo menos siente que se le alivian los intestinos.

De repente tiene la solución. Sí. No soy estúpido. No en vano el doctorado. Veamos. Se incorpora, desliza un pie fuera de la sandalia, busca el equilibrio precariamente en la otra pierna — nada fácil, sumido en la oscuridad total—, se baja los vaqueros y los calzoncillos y saca una pierna, luego se mete de nuevo la pernera del vaquero, después se calza la sandalia. Hay algo viscoso en la sandalia. Ahora respira hondo, a pesar del aire horrible. Entonces se oye lo que sin lugar a dudas es el sonido de una criatura. No importa. Ésta es la única solución. Repite la operación con la otra pierna. La pernera del vaquero y los calzoncillos fuera, luego se pone los vaqueros de nuevo. Simetría. ¡Equilibrio! Dios sabe lo que los vaqueros han podido recoger al tocar el suelo, pero ahora tiene los calzoncillos sueltos y limpios en la mano. ¿Adónde ha ido a parar la sandalia? Por un momento, el dedo gordo toca el suelo húmedo. ¡Por favor, la sandalia! Ahí. Puede limpiarse con los calzoncillos.

John calcula que, si los dobla con cuidado, puede disponer de tres intentos. Ha recobrado cierta compostura. Trabaja rápido pero con cuidado, tratando de no tocar la mierda. Nunca más. Cuando ha hecho todo lo que puede, arroja los calzoncillos a la oscuridad —sabe Dios lo que hay ahí, odia la India— y se sube los vaqueros. Mientras lo hace, algo le corretea por el pie, por el empeine del pie calzado con la sandalia, y en un acto reflejo lo pateo, golpeándose el dedo gordo contra la puerta. ¡Ay, por Dios! Hay tanto dolor en el cuerpo a la espera de desatarse... Está a punto de caer, se aferra a la puerta y de paso se clava una astilla que se desprende de la madera corroída. Desde luego es una astilla. Pero ya está hecho. Lo ha hecho, está bien, y va a ir a ver a su madre y luego directo a Inglaterra. Directamente de vuelta a casa.

Un momento después, cuando John emerge de la puerta y se halla frente a los cuatro hombres, en su cara se dibuja una sonrisa decidida, a pesar de todo. Los hombres le devuelven la sonrisa. El dueño levanta la vista de su libro con curiosidad. Jasmeet pregunta:

—¿Se encuentra bien, señor John? Está pálido.

—Necesitamos un taxi —dice John.

Helen había sabido que Albert no le contaba toda la verdad de su tormento. Sin embargo, tal conocimiento no era objeto de reflexión o elaboración. Estaba bajo llave. Había cosas que conocía sobre Albert, sobre su matrimonio, sobre toda su vida en común, que siempre habían permanecido bajo llave, desde el primer día, desde aquella primera noche en que él la había llevado en coche a la reunión política y luego desapareció para ir a su concierto. Aquella parte oscura de sí mismos y el hecho de que ella fuera consciente de su existencia tenían que estar presentes para hacer posible su matrimonio; del mismo modo, debía permanecer bajo llave. Era una de las condiciones de la vida que uno no cuestionaba. «Uno no cuestiona —había escrito Albert para una de las ponencias que ella había presentado en su lugar— los procesos mentales de la percepción de la imagen visual que momento tras momento construyen el mundo que nos rodea, aun cuando los experimentos han demostrado cuán falibles pueden ser tales procesos. Uno no los cuestiona porque hacerlo supondría el caos».

Helen se había preguntado, de pie frente a un micrófono leyendo aquello ante un respetuoso público académico, si Albert no habría hallado sencillamente otra de sus vías indirectas para decirle algo. Siempre había sentido que le hablaba en acertijos a través de su trabajo; que su trabajo, de hecho, iba dirigido sobre todo a ella. O más bien: era la necesidad de decirle cosas a ella sin hablarle directamente lo que hacía posible su trabajo. Y puesto que el método era indirecto, al mismo tiempo la invitaba a no comprender, o a encerrar su conocimiento en algún archivo que jamás pudiera abrirse. En cualquier caso, a seguir adelante sin cuestionamientos, incluso a pronunciar sus palabras por él en prestigiosas conferencias *como si en efecto estuvieran dirigidas a otros*. Lo importante era que ellos dos no debían hablar nunca. Para hacerlo, tenían que saber acerca de qué no se podía hablar. Eso a Helen se le daba bien. Si no se le hubiera dado bien, su matrimonio no hubiese durado. «Toda estabilidad conductual —había leído la conclusión de Albert ante aquellos catedráticos de Nueva York—, de hecho todas las interrelaciones operantes, se sostiene por tanto en sistemas de percepción falseadores, en la interpretación y la comunicación, de los cuales el lenguaje que vehicula este ensayo es sólo uno de ellos».

A Albert le encantaba, Helen había advertido durante el aplauso que siguió, dejar a un auditorio con un truco de magia, con el cual tanto él como los argumentos que acababa de proponer se desvanecían en una nube de humo; el momento de máxima brillantez intelectual en coincidencia con el retraimiento más drástico. Después sólo restaba ella, en la tarima, dispuesta a aceptar preguntas con sonrisa de circunstancias, igual que había aceptado las preguntas de aquel irritante americano desde hacía ya meses.

—Estás haciendo esto por mí, Helen —había susurrado Albert en la oscuridad de su última noche juntos—. No sabes lo agradecido que estoy —estaban cogidos del brazo. La tensión familiar había alcanzado su clímax. La tela que ambos habían tejido se hallaba en su momento más tirante y más frágil. La voz de Albert sonaba atormentada, seductora. Estaba dejando a Helen atrás. La jeringuilla estaba lista para borrarlo. Contar con ella para hacerlo era un acto de brillantez. Sería la primera

inyección que jamás le había dejado ponerle—. Helen, Helen, Helen —susurró—. Qué bella consumación.

Para ti, musitó ella a lo largo de las largas noches que siguieron; para ti, querido Albert, pero no para mí. La muerte de su marido no había sido ninguna consumación para Helen. Fue pura pérdida. Había parecido bello, pero sólo mientras sucedía, únicamente como cumplimiento de su deseo: morir en sus brazos, de su mano, en la fortaleza de su matrimonio, para consumir su propia historia como él quería. Y lo había querido con urgencia. Sin embargo, Helen supo después que había sido una equivocación terrible. El tormento de Albert no era el tormento del enfermo de cáncer, se obligó a reconocer. No era el temor corriente a una agonía lenta. Albert tenía años de vida por delante. Yo lo sabía, y aun así hice lo que me dijo. Fingí no saber. No le pedí que se explicara. No le exigí saber de qué tenía miedo.

¿Por qué?

Mientras Albert estaba vivo, Helen había podido fingir. O, más bien, había podido obrar de otro modo. Sin embargo, ahora que ya no estaba, el mecanismo se venía abajo. Día tras día la complicidad de antaño se deterioraba. Hay momentos ahora en los que Helen parece incapaz de poner un pie detrás del otro, en la clínica, en la calle; algún lubricante esencial se ha secado, no puede moverse. Recuerda el abrazo de Albert aflojándose, siente la mejilla de él contra la suya, hasta quedarse fría. ¿Por qué había querido morir? ¿Por qué a mis manos? Con la muerte de Albert, un conocimiento soterrado empezó a descomponerse. Eso es algo que no puedes simplemente incinerar y luego esparcir las cenizas por ahí. Debe volver sobre ciertas cosas. ¿Por qué si no había empezado a hablar con Paul?

Sin embargo, la fuerza de la costumbre le impedía a Helen llegar al lugar que Albert y ella habían aprendido a evitar con tanta eficacia. «La complicidad más fuerte —había escrito Albert a propósito del cambio climático— es la complicidad de la negación compartida». Había cosas que Helen sin duda sabía, cosas que percibía físicamente —por qué Albert y ella se habían unido, para empezar, por qué habían vivido toda la vida en el extranjero—, y ella daba vueltas alrededor de esas cosas; era imposible no hacerlo, dada la fuerza gravitacional que ejercían; pero no se sumergía y exploraba, no las desenterraba y les ponía nombre. De modo que había optado por hablar de Albert con el único hombre con quien en realidad no podía hablar, cuando menos no abiertamente, porque por descontado él pondría por escrito lo que ella le contara. Entonces su vida perdería todo el sentido secreto que encerraba, la singularidad que su extraño matrimonio le había conferido; entonces quedaría desnuda ante su hijo, a quien ni ella ni Albert habían mencionado en absoluto en los días en que se decidió su muerte.

Así que en lugar de explicarlo todo con franqueza, Helen había insistido en que Paul abandonara su proyecto, en que le prestara atención a ella en lugar de a Albert, en que advirtiera el entusiasmo y la ejemplaridad de una vida dedicada al servicio de los demás: su propia vida, no la de Albert. Aunque sólo fuera eso, cuando menos saldría al fin victoriosa de aquel debate de antiguo. Había incitado al biógrafo con detalles intrigantes al tiempo que lo había desalentado; había despertado su curiosidad y le había dicho que su biografía carecía de sentido. Había alimentado el misterio sin proporcionarle la clave para entenderlo. ¿Qué eran las divagaciones abstractas y retorcidas de

Albert, le había insinuado, al lado de la sonrisa de un chiquillo desposeído que volviera de las puertas de la muerte?, ¿de una niña con hepatitis que recuperara el lustre en sus mejillas? Y había utilizado también su cuerpo, los encantos que aún quedaran. ¿Por qué preocuparse por el muerto cuando a la viuda todavía podía sacársele algún partido?

Desde luego que había hecho todo eso, aun cuando no estuviera planeado. No era una mujer calculadora. La candidez del hombre lo había alentado. Y sus errores. Paul no tenía ni la más remota idea. Era un ingenuo. Sin embargo, nunca había esperado que el americano accediera, que incluso capitulara; no había esperado oírle decir con su voz áspera, arrastrando las palabras al más puro estilo yanqui: «Eh, por cierto, Helen, quiero aceptar tu invitación. ¿Sabes? Me gustaría ir a trabajar contigo a algún lugar remoto, si de veras hay posibilidades».

—¿Cómo dices?

Estaban almorzando. Helen había ido a la clínica aquella mañana, pero la tormenta de polvo había disuadido a los enfermos. Había pocos pacientes. Helen se sentía perdida cuando el caudal de sufrimiento se interrumpía. Había deambulado por la clínica durante un par de horas, visitando a los hospitalizados de su agenda, tratando una vez más de hablar con Than-Htay. El chico no mejoraba. La infección había respondido algo a los fármacos que le había conseguido, pero no recobraba la vitalidad. No tan enfermo como para que le dieran una cama, rondaba los alrededores de la clínica igual que un fantasma, acechando en las puertas, durmiendo a la sombra en el patio, mordisqueando un *chapatti* en la cantina.

Por lo general, un caso como aquél habría recibido el alta y quedado al cuidado de su familia, pero Than-Htay no tenía a nadie. Seguía sin hablar hindi. Ni lo intentaba. Si le pedían que barriera, sostenía la escoba con dedos flojos, como si no tuviera idea de para qué servía. Sus ojos brillaban, pero estaban ausentes. Cuando le pedían que ayudara a descargar una furgoneta y clasificar algunas cajas, se limitaba a mirar al vacío. También él estaba encerrado en alguna parte, pensó Helen, en el reino de algún trauma que ella jamás alcanzaría a columbrar. Albert habría logrado introducirse allí y averiguarlo. Quienes sufrían sabían al instante que a Albert se le podían contar las cosas. Entendían que no trataría de curarlos o despertarlos de su trance; así que le contaban cosas, se dejaban filmar. Comprendían que estaba allí sólo para mirar; no les arrebataría su precioso dolor. Es curioso que a mí nunca me filmara, pensó Helen. No grabó ningún vídeo del modo en que su mujer vendaba un tobillo, o limpiaba una úlcera con una gasa. Sin embargo, sus ojos siempre estaban puestos en mí. Era la mirada de Albert la que lo hacía todo posible, pensó Helen; aun cuando la burla estuviera presente.

Hacia mediodía había vuelto a casa en taxi a través de la arenisca que se arremolinaba en las calles. El viento empezaba a arreciar.

«Luego haré el turno de noche —explicó—. Me tomaré la tarde libre».

Paul la besó en la mejilla en la puerta y sonrió. El hombre era más caballeroso de lo que había imaginado, más corriente. Se sentaron a comer la comida que Lochana había preparado y él dijo:

—Helen, acepto tu propuesta, si es que hablabas en serio. Me gustaría involucrarme en tu trabajo por un tiempo. He decidido dejar lo del libro. Quiero pasar a la acción.

Helen estaba limpiándose la boca y sintió que la mano se le agarrotaba alrededor de la servilleta

de papel.

—¿Has cambiado tus planes? —no estaba acostumbrada a los hombres que se dejaban convencer—. ¿Sólo porque has pasado una noche en el lecho de la viuda? —sonrió con sarcasmo—. No puede decirse que fuera una experiencia mítica.

—Nada que ver con lo de anoche —dijo Paul. Frunciendo el ceño, echó la salsa encima de su arroz, atacó con el tenedor, comió. Con la boca llena, dijo—: Fui a ver al doctor Bhagat esta mañana. Tal vez eso me decidíó.

—Ah —Helen enarcó una ceja—. ¿Interesante?

Paul tragó el bocado, se limpió la boca, la miró.

—Dijo que no le había parecido que Albert estuviera realmente enfermo, pero que al mismo tiempo no se sorprendió de su muerte.

—Vaya —Helen clavó la mirada en la comida—. Qué... paradójico.

—Bastante. De hecho, me preguntó qué constaba en el certificado de defunción. Como causa.

—Para ser sincera, ni lo sé —apartó el plato a un lado, se levantó y fue a abrir un armario. Como si tal cosa, añadió—. Le hice a Kulwant redactarlo.

—Ah. Kulwant.

—Así que puedes preguntarle a él. Si te interesa.

Paul sabía que era una provocación y la dejó pasar. Titubeó antes de continuar.

—En cualquier caso, mientras me marchaba de allí... Bueno, decidí que hasta allí había llegado. ¿Sabes? Necesito hacer algo distinto, como me sugeriste. Necesito actuar, vivir de verdad, no ideas abstrusas.

Al tiempo que se volvía para hacerle frente, una oleada de emoción le tensó a Helen la garganta. Eso no lo había esperado: un hombre que estuviera de acuerdo con ella. Se acercó a sentarse, cogió de nuevo el tenedor, trató de sonreír.

—En realidad había estado pensando que seguramente fue una equivocación invitarte. Estás demasiado acostumbrado a la vida cómoda, al fin y al cabo —en ese momento lo miró a la cara—. ¿No es así, Paul?

Eso le hizo reír.

—¡Pues seguramente! —hundió de nuevo el tenedor—. Pero ahora necesito ensuciarme las manos.

—Los médicos hacen todo lo que pueden por mantener las manos limpias —murmuró Helen.

—Helen, no tengo en mente hacer operaciones a corazón abierto.

—¿Y Albert? —de repente, su voz adoptó el chillido escandalizado de una chiquilla—. ¡Quieres abandonar a Albert! ¿Después de todo el jaleo que montaste, molestándome todos estos meses? Sus ideas no eran abstrusas.

Paul estaba perplejo. Una vez más, tuvo que esperar a haber tragado antes de poder hablar.

—Mira, Helen, con el libro no voy a ninguna parte. Es hora de dejarlo de lado. Por el momento necesito aire.

Helen pareció casi desdeñosa.

—Pues no vas a encontrar mucho de eso en Bihar durante el monzón.

—¿Bihar?

—Hay una epidemia de kala-azar. Si leyeras los periódicos lo habrías visto. Están pidiendo cooperantes cualificados. Estaba pensando en ofrecermelo voluntaria —meneó la cabeza—. Ni siquiera sabes lo que es el kala-azar, ¿verdad?

—Me muero por enterarme.

—También se conoce como fiebre negra, una cosa fea. Es una infección que transmiten los mosquitos. Fiebre, aletargamiento, bazo inflamado, los labios y los ojos sangran. Es realmente espantoso de ver, huele pésimo y mata.

—Iré —dijo Paul.

Ella siguió mirando el plato.

—¿Porque necesitas aire?

—Exacto.

Helen quedó completamente abatida.

—¿Y tu damisela? Me temo que su nombre siempre se me escapa. Seguro que yo no soy tan excitante como ella —al ver que Paul sonreía con ironía, gritó—: ¡Eres demasiado narcisista para poder dejar de escribir!

—¡Eh, Helen! —protestó Paul—. No intentes disuadirme ahora que me he decidido. Quiero un cambio. Estoy entusiasmado ante esa idea. Dejemos la cuestión femenina al margen.

Helen se levantó y puso a hervir agua para el café. ¿Acaso el hombre pensaba que le contaría todo sobre Albert en cuanto dijera haber abandonado el libro, tal vez después de haber trabajado a su lado un mes o dos para «demostrarlo»? ¿Era un ardid? Sin embargo, sabía que Paul no era de esa clase de personas. Es avasallador, pensó, pero no es ruin.

La cucharilla tembló mientras Helen traspasaba el café instantáneo del frasco a la taza. ¿La muerte de Albert la ha atado o la ha liberado? ¿De verdad puede tomarse molestias con este hombre? O con cualquier hombre. Albert no había sido nunca avasallador; en cambio, era terriblemente seductor. Día tras día Albert te atraía a su terreno, hasta que una idea grotesca parecía razonable.

«Vamos a tumbarnos, amor», le había dicho aquella noche. Había estado atrayéndola hacia la cama. Llevaba meses inquieto. Había estado ansioso, alterado, distraído, distante. Helen no le había preguntado por qué. Luego, de repente, recobró la calma. Fue suyo de nuevo. Estaba decidido. Y había sabido que ella no insistiría en averiguar por qué deseaba aquello. «Tan sólo quiero que seas tú —repitió—. Quiero ser tuyo. Acabar. Estoy acabado, Helen, agotado. Es lo que quiero. Por favor». Se había duchado con esmero para que no hiciera falta lavarlo. Se había vestido con la ropa adecuada para que ella no tuviera que vestirlo. «Esto nos atará para siempre, y nos liberará a ambos —susurró Albert. Ella no hizo ningún comentario—. Vayamos a la cama», la había conducido de la muñeca.

—Vamos a tumbarnos, Paul —musitó Helen cuando hubieron terminado el café—. No hay otra cosa que hacer mientras dure la tormenta de polvo.

Paul había pasado la noche anterior en su cama, en la cama matrimonial de los James. Los dos habían hecho el amor con rapidez y sin palabras. Ella pareció obtener un placer puramente físico y mecánico. Para Paul fue inusual sentir que su libido no estaba en primer plano al desempeñar su

papel; era como si lo arrastraran, lo indujeran, no exactamente contra su voluntad, pero en respuesta a algo que iba más allá de ella. Helen llevó a cabo todos los movimientos, le enseñó lo que precisaba. Casi se vio obligado a ser pasivo, un actor pasivo. Después pareció que en realidad nada hubiera ocurrido, entre ellos dos todo estaba aún por decidir.

Ahora, al igual que ayer, Helen no quiso la luz. Corrió unas cortinas tupidas sobre el drama del polvo arremolinado de la calle. Sin embargo, no por timidez o por vergüenza. Era su cara la que desvelaba su edad, no su cuerpo. Desnuda, se arrojó ciegamente a los brazos del hombre más joven, apretó la nariz contra su cuello, los senos contra su pecho. Paul trató de calmarla y acariciarla, procuró que la mujer se relajara y respondiera; pero hoy cualquier contacto, cualquier sonido y olor la devolvían hacia Albert. La tensión creció. Paul no acertaba a entenderlo. La mujer estaba desesperada.

—¡No puedo! —gritó Helen, al fin—. ¡Quiero, pero no puedo!

Se apartó de él. Después de un largo silencio, dijo con serenidad:

—Así que supongo que ahora puede levantarse e irse, señor Periodista.

—Me llamo Paul —repuso él. Dejó una mano en el nacimiento de su espalda.

—Para un hombre ocupado como tú, esto debe de ser una enorme pérdida de tiempo.

—Estoy convencido —dijo él en voz baja—. Y siento curiosidad.

—Por Albert.

—Por Helen.

—Embustero.

—De acuerdo. Por Albert y por Helen. Y por nosotros dos.

Ella le dejó acariciarla. De vez en cuando le temblaba un brazo o una pierna. Estaba tensa, sin poder dominarse.

—¿Cómo puedes traicionar a tu linda novia así como así? —le exigió Helen de repente.

Paul no le contestó. Era una no pregunta.

—No es que yo no sepa ya todo lo que hay que saber sobre la traición... —añadió Helen.

Al cabo de otro silencio, Paul preguntó:

—Entonces, ¿cuándo nos vamos para Bihar?

—Estás demasiado gordo —farfulló ella.

Él se echó a reír. Helen yacía dándole la espalda y él la pellizcó suavemente en la cintura. No reaccionó.

Al cabo de unos minutos, Paul retiró la mano, se tumbó boca arriba. Se sentía tranquilo y en absoluto preocupado por el futuro. Era insólito. Estaba renunciando a una importante fuente de ingresos. Seguiría a Helen y observaría cómo emprendía su trabajo en Bihar. Aprendería y cambiaría. Por fin he escapado de mi vida, pensó. Mientras yacía en silencio, oyó el viento golpeando una puerta. Alguien gritaba en la calle.

Helen se volvió con brusquedad.

—Traicioné a Albert una docena de veces —dijo con sequedad—. Más. No creas que el problema es ése. Como si nunca hubiera hecho el amor con otro.

—Helen... —dijo él.

Sus ojos se encontraron.

—Tampoco lo ocultaba. No hay nada exclusivo en el sexo. Nuestro matrimonio iba mucho más al fondo que eso.

—Eres una mujer poco corriente —le dijo Paul.

Ella se interrumpió.

—Bueno, ahora puedes cambiar de opinión de nuevo y escribir tu libro.

—La infidelidad siempre tiene tirón comercial.

—¡Aaaaaaaaj! —chilló Helen. Le dio la espalda y dejó que su voz aullara desde el fondo del estómago—: ¡Aaaaaaaaj!

Y luego una y otra vez: un alarido poderoso, inarticulado. Entonces se convirtió en un gemido, más grave y triste. De cara a la pared, se llevó las rodillas al pecho y se las abrazó y gimió. Por último, tras un silencio de un par de minutos, le dijo:

—Márchate. Vete.

Paul ni se planteó marcharse.

—¡Vete!

Él sabía que ella no quería que se fuera.

Con voz coqueta, Helen dijo al fin:

—Te aburrirás de mí. Soy demasiado mayor.

Él no contestó.

—No puedo aportar nada a tu prole de hijos abandonados, ya lo sabes.

—Sin duda es un punto a tu favor.

—¡Te cansarás! —gritó Helen—. Te hartarás de aldeas miserables y campesinos torpes e ignorantes y de olores fétidos y porquería y gente muriéndose, muriéndose sin parar, gente indefensa con ninguna esperanza zumbando a tu alrededor como moscas, pidiendo siempre algo, siempre con las manos tendidas, suplicando, mendigando. Siempre, siempre, siempre.

Se había agotado.

—Si tú no te has cansado en todos estos años —preguntó Paul con serenidad—, ¿por qué iba a cansarme yo?

—¡Empezarás a estudiar las arañas!

—Ja. No lo creo.

—O a organizar representaciones teatrales para chiquillas voluptuosas.

—Eso suena un poco más tentador.

—Y poder así oler sus cuerpos jóvenes y picantes y alimentarte de su energía pujante y ciega.

Yacía rígida, desorientada. ¿Por qué había dicho una cosa tan fea? Se abrazó con ferocidad, hincándose las uñas en los costados.

Paul la vio y no obstante se sentía perfectamente calmado. Era extraño; por lo general la desdicha de una mujer lo ponía ansioso y le hacía sentirse culpable. En ese momento, sin embargo, no.

Entonces ella se dio la vuelta de nuevo y descargó un puño sobre el pecho de Paul.

—¡Maldito seas! —le gritó. Le pegó con fuerza—. Me haces decir cosas que no había pensado nunca antes. Maldito seas. ¡Vete! ¡Largo de aquí!

Paul izó su peso para sentarse y la agarró por las muñecas. Ella gritaba.

—¡Albert está aquí, a mi lado! ¡Siempre! ¡No hay sitio para ti! ¡No hay sitio! —se arrojó contra la cara de Paul, con los ojos y la boca desencajados. Él estaba cautivado por la intensidad de la situación, excitado ante su propia serenidad.

Y entonces sonó el teléfono.

Ambos se quedaron quietos. El cuerpo de Helen se relajó. Paul sintió que la tensión la abandonaba. Para ella fue un alivio que el teléfono estuviera sonando. Se levantó, rodeó la cama y salió por la puerta apresuradamente. Él la observó moverse, alta y pálida en la penumbra. Aun desnuda poseía una especie de reserva madura.

—¿Hola? —contestó.

Estaba en el salón, no alcanzaba a verla. Paul buscó sus pantalones y, sin pensar en pedir permiso, encendió un cigarrillo. Se sentía bastante bien. ¿Quién hubiera pensado en esto cuando llegó a la India, cuando cogió un taxi al crematorio, planeando su libro? Iba a cambiar de vida.

—No —la oyó decir—. Lo siento. Dios mío. No, no lo sé. Ojalá pudiera ayudarte.

Helen siguió repitiendo aquellas fórmulas una y otra vez. No, no era un buen momento para pasarse por allí. No. Tenía guardia de noche. Pronto debía volver a la clínica.

—Kulwant —anunció al volver—. Jasmeet se ha escapado de casa. Su hija. Al parecer se llevó mucho dinero.

—¿La bailarina?

—Ex bailarina.

Helen lo miró. Paul vio que volvía a ser ella.

—Disculpa la histeria —dijo.

—No hay problema. Me vengo de ti fumando en tu cama —Paul sonrió. Echó la ceniza en la tapa del paquete de cigarrillos—. Seguro que la chica ya es mayorcita para irse de casa, si eso es lo que quiere.

—Es un padre protector —dijo Helen—. Son sijs.

Fue a echar un vistazo por entre las cortinas. La polvareda arreciaba con fuerza. Las siluetas de los edificios de enfrente aparecían y desaparecían.

—Quería que le diera los teléfonos de alguna otra gente con la que Albert la había puesto a hacer cosas. Esa historia sobre teatro, sea lo que fuera. Teme que se haya escapado con uno de los chicos. Pero yo no tengo ningún número.

—Estarán en el móvil de Albert —dijo Paul.

—No lo tengo.

—¿Ni el portátil ni el móvil? En alguna parte tuvo que dejarlos.

—No podría importarme menos. Que se vaya con el chico. Es una tontuela coqueta, y quieren casarla con un tipo devoto y gris metido en ventas farmacéuticas. Obviamente, se fuga.

Helen volvió a la cama y se sentó con la espalda apoyada en el cabezal, cruzando los brazos. Al cabo de un momento o dos, habló con voz serena.

—Cometiste una equivocación, por cierto, sobre cómo ibas a encarar el libro.

—¿Ah, sí?

—Te habría ido bien si empezabas por donde te dije. Con la muerte de su hermano.

Paul levantó la mirada.

—Te contaré una historia —dijo Helen.

—Adelante.

Ella lo miró. ¿Qué trataba de conquistar? Frunció el ceño.

—Poco antes de irnos a Kenia, justo al principio, Albert me llevó a conocer a sus padres. Fue la única vez que los vi. Nos habíamos casado sin decírselo a nadie, en una oficina del registro. Albert dijo que la única manera de hacer algo a lo que su padre no pudiera poner objeciones era presentarle un hecho consumado. Lo temía bastante, me parece. Da igual, la cuestión es que vivían en una gran casa en Headington Hill, en las ricas afueras de Oxford, y resultó que su padre estuvo encantador, bastante cortés, en absoluto preocupado de que nos hubiéramos casado o nos fuéramos a África, en realidad nada interesado. Habló todo el rato de su investigación. Era un experto en dominantes y recesivas y le preocupaba enormemente que yo comprendiera a conciencia lo que entrañaba todo aquello. Hablamos durante horas. Sin embargo, su mujer, la madre de Albert, no paraba de hacer aspavientos, interrumpiendo una y otra vez. Era una mujer diminuta, de verdad bellísima para sus años. Albert no cesaba de alborotarle el pelo, era mucho más alto que ella, claro, y repetía a cada momento: «No te preocupes, Flor, Helen cuidará de mí. Kenia está bien». Ella era mayor que el padre, creo, unos cuantos años. Él la llamaba Flor y ella a él Trapiés. Me pareció repugnante. Albert y yo nunca nos llamamos más que por nuestros nombres, Albert y Helen.

Paul entornó los ojos. Disfrutaba escuchando su marcado acento inglés. Le confería a su voz un tono duro, excitante.

—En cualquier caso, por la tarde, cuando sus padres estaban fuera, Albert me enseñó los antiguos dormitorios de su hermana y su hermano. Tuvo que buscar las llaves, porque estaban cerrados. Era evidente que había aguardado a propósito a que sus padres salieran. Bueno, la habitación de Amelia resplandecía con flores recién cortadas encima del tocador, junto a una fotografía con su retrato. No era muy bonita, nada que ver con su madre. Era más bien una versión femenina de Albert. Allí estaban sus libros, un viejo aparato de estéreo, un palo de hockey. Esa clase de cosas. Era mucho mayor que Albert y él no había estado muy unido a ella. Murió cuando él tenía sólo... ¿cuántos?

—Catorce años —dijo Paul.

—Exacto —Helen se interrumpió—. Sin embargo, la habitación de John era un horror. Cuando la abrimos, el polvo se desprendió de lo alto de la puerta y se levantó en remolinos del suelo. Las cortinas estaban echadas, estaba oscuro y olía a humedad y había ropa desbordándose de los cajones, libros abiertos tirados en el suelo, telarañas por todas partes. Debía de estar cerrada desde su muerte, hacía siete u ocho años. Incluso la cama seguía deshecha y cubierta de una gruesa capa de polvo; la toqué y se me quedaron prendidos hilos de pelusa en los dedos. Entonces Albert me mostró una foto encima de la mesilla de noche; era la única cosa de la habitación que había sido limpiada. Era Bridget, la chica por la que John había perdido la cabeza. Una verdadera belleza. Albert dijo: «Bueno, ya te lo he enseñado», y luego cerró de nuevo la puerta.

—Extraño.

«Bueno, ya te lo he enseñado». En cuanto Helen hubo pronunciado esas palabras, oyó la voz tranquila de Albert diciéndolas de nuevo. A pesar del calor, la recorrió un escalofrío.

—Sin embargo —dijo Paul—, poco importa todo eso ahora que he decidido no escribir el libro. ¿Verdad?

Helen clavó la mirada en su pecho peludo sobre las sábanas. ¿Quién era aquel hombre para ella, sino el biógrafo de Albert?

—Sobre lo que acaba de ocurrir... —empezó a decir.

—Olvidalo.

—No, no me estoy disculpando —Helen titubeó—. Simplemente quiero explicarme. Porque hay algo que... que me ha estado volviendo loca, para ser sincera, y que hace que todo esto... contigo... sea tan difícil.

—Escúpelo —dijo Paul con una sonrisa.

Con prontitud inesperada, Helen dijo:

—Albert y yo no habíamos hecho el amor desde hace..., tal vez, cinco años.

—Ah.

—Esa parte de nuestra vida se interrumpió. O mejor dicho, él la interrumpió. Nunca hicimos el amor en esta cama, por ejemplo. Nunca.

Permaneció sentada de brazos cruzados, meciéndose ligeramente contra la almohada.

Al final, Paul preguntó:

—Pero ¿eso no es normal, tal vez, en un matrimonio de tanto tiempo? Imagino que puede haber un momento en que simplemente pierdes el interés. En el sexo, me refiero.

Ella no contestó.

—Yo dejé de hacerle el amor a mi segunda mujer justo después de la luna de miel. Nunca puedo entender cómo nos las arreglamos para tener un hijo.

Helen meneó la cabeza.

—Para nosotros era importante.

—¿Y su enfermedad? —sugirió Paul—. No creo que el cáncer de próstata dé ganas de practicar el sexo.

Ahora ella se rió con amargura.

—Kulwant dice que lo primero que hacen la mayoría de los hombres cuando se les diagnostica es agenciarse una nueva mujer. Para demostrarse que siguen vivos. Para algunos hombres, en realidad, es un empujón para una libido estancada.

—Qué interesante. Entonces puede que hiciera eso y se sintiera culpable.

—Albert nunca se sintió culpable, porque jamás hizo nada. En todo caso, era eso lo que lo atormentaba. No hacer nada —se le entrecortó la voz—. Estaba más y más atormentado, hacia el final. Su trabajo se descompuso, por así decirlo, en una docena de proyectos extraños. Se iba a los *ashrams* a todo correr y volvía frustrado y rabioso. Padecía toda clase de achaques. No dormía durante noches y noches, estaba siempre en el cuarto de baño, durante el día deambulaba de aquí para allá sin rumbo.

Paul estaba perplejo.

—¿Qué decía cuando le preguntabas al respecto? Sobre el sexo. Sobre la ausencia de sexo.

—No le preguntaba. Al principio me dije si no sería algún tipo de experimento, para ver cómo reaccionaba yo. Albert era capaz de algo así.

—¿Y cómo reaccionaste?

—Esperé. Me concentré en mi trabajo. Traté de leer lo que él estaba escribiendo, con la esperanza de comprender. Sin embargo, estos últimos años prácticamente había dejado de escribir. Aparte de las anotaciones en los libros de otros. Una vez dijo que completar una frase entera desde la mayúscula inicial hasta el punto parecía una forma de violencia, una trampa para atrapar moscas.

—¿En qué lugar dejaría eso a Proust? —bromeó Paul.

Ella sacudió la cabeza.

—Sabe Dios cómo se suponía que enseñaba en la escuela si no creía en escribir frases enteras.

—¿Podría ser que, al igual que Gandhi, empezara a pensar que el celibato era necesario para cumplir con su labor?

—Albert detestaba a Gandhi, odiaba la idea de la cruzada, de ser bueno para un propósito.

Al cabo de un rato, Paul se aventuró:

—Tal vez se había enterado de las traiciones que mencionaste.

—¡Si siempre lo supo! —Helen sacudió la cabeza de atrás adelante, como para combatir una idea desagradable, y luego añadió—: Yo misma se lo contaba. Tal vez incluso lo hacía para excitarle. En parte.

—Esto queda fuera de mi repertorio, me temo —admitió Paul—. Pensé que venía aquí a escribir sobre un antropólogo genial y su adorable y angelical compañera cooperante.

—¡No seas idiota! —zanjó Helen. Después continuó—: Albert quería que yo fuera más allá de la realidad. Decía que, puesto que me pasaba el día alrededor de la muerte, era comprensible que tuviera amantes.

—¿Kulwant era uno de ellos?

—De vez en cuando. Pero Albert lo sabía. Sabía que no era nada. Por Dios, sabía que Kulwant es un idiota. Puedes verlo por ti mismo. Un idiota simpático, pero un idiota —Helen se dio unos golpecitos en la cabeza contra la pared—. Me pregunté si tuvo algo que ver con el juicio. Empezó justo después de aquello. Se acabó, mejor dicho. El sexo. Deberíamos haberlo celebrado. Lo absolvieron, su reputación quedó a salvo, si es que eso le interesaba a alguien. Comenzamos a viajar de nuevo. A Albert le encantaba viajar. Ay, ¿por qué? —de repente Helen alzó la voz y gritó—: ¿Por qué? ¿Por qué me hizo algo así? ¿Por qué?

Paul no dijo nada.

—Yo lo defendí a toda costa en Chicago.

—A lo mejor no quería ayuda.

—No, estaba agradecido. Me di cuenta de que lo estaba.

—A lo mejor deseó haberse follado a la chica.

—Eso es lo que uno diría. Pero él nunca lo habría hecho.

—Tú tenías amantes. Él podría haber...

—Los demás hacían cosas —dijo con acritud—, pero Albert no. Vivía para estar cerca de mí

viviendo.

—Admirando y burlándose de tu ajetreada vida.

—Exactamente —asintió, guardó silencio un instante—. En cierto sentido, me chupaba la sangre.

—Y te disgustó que dejara de hacerlo.

Helen meneaba la cabeza despacio de un lado al otro. En voz grave, murmuró:

—Albert se apartó de mí. En su mente. No sé adónde se fue. Los últimos seis meses fueron horribles. Justo al final volvió a mi lado, y fui feliz. Había estado tan atormentado... Creo que fue por su sensación de fracaso. Su padre había alcanzado metas muy altas, con el trabajo, con las mujeres, con la familia; su hermano había tenido la valentía de cortarse las venas. Así es como Albert lo veía. Era capaz de ver el suicidio como algo positivo, una victoria, una ceremonia. Le obsesionaba el ritual. Al final de todo empezó a hablar de amor otra vez, de fundirnos en un solo ser. Los dos. Nuestro matrimonio era su obra maestra, su destino. Era arte, un relato, una trayectoria. Y me hizo tan feliz que volviera a mí.

Helen gimió.

—Se murió en mis brazos. Nuestras caras estaban juntas. Podía sentir su aliento en mi mejilla. Al final pasé toda la noche tumbada a su lado. Recuerdo el momento exacto en que el aliento expiró, en que los brazos se quedaron exánimes. Lo sentí irse. Lo vi. Lo vi. Igual que alguien que se va de la habitación. Me incorporé y lo preparé. De haber podido, lo habría incinerado aquí mismo, con nuestros propios muebles. Sí, lo habría hecho. Me habría ido con él si hubiera podido. Créeme. Igual que en un estúpido satí. A veces me gustaría haberlo hecho. Dios mío, ojalá lo hubiera hecho.

—Helen —Paul abrió la boca para seguir hablando, pero ella se desmoronó sobre él, sus cuerpos quedaron atravesados. Ella yacía a propósito encima de él. De repente Paul halló su cara apretada contra el estómago de la mujer.

—Muérdeme —le pedía—. Muérdeme hasta que sangre. Por favor.

Paul reconoció la misma actitud desaforada que cuando le había arrojado las flores la noche anterior, la misma impostura. Obedientemente, abrió la boca y sintió cómo se hundía en su piel.

En ese mismo momento sonó un timbre en la puerta.

QUINTA PARTE

La tormenta

La Vieja Delhi volaba en pedazos. Sus paredes de arenisca se habían disuelto y ululaban su liberación. La visión iba y venía con cada aliento, con cada ráfaga. Un minarete un locutorio telefónico un puestecillo de té giraban en remolino por los aires en tormentas de polvo y basura. Las tripas de John también se habían disuelto. Estaba dolorido. Jasmeet lo cogía de la mano, o él a ella. Y la cabeza le daba vueltas. Los pensamientos aparecían se atropellaban desaparecían con los escombros en el aire opaco. Los ojos se habían estrechado hasta convertirse en meras ranuras. Combatía el viento, el aire ácido que le raspaba la garganta, la lengua. Arenilla, hojas, pétalos: una y otra vez el mundo se recomponía antes de ser arrasado de nuevo. En la primera esquina que alcanzaron, un poste de telégrafo yacía abatido en una maraña de cables. El viento cargado de polvo arremetía contra una cabra atrapada, que balaba entre los cables rotos.

—Debemos volver al hotel —suplicó la muchacha.

En medio del tumulto, John guardaba una intensa alerta. Sonaban sirenas. Cruzando la calle, se apretó un brazo contra la boca para impedir que le entrara el polvo, respiró su propia piel. Empieza y acaba con el aliento, recordó. La otra mano se aferraba a la de Jasmeet. ¿Por qué papá había escrito aquello? ¿Por qué sigo recordándolo? Caminaban agazapados. Entonces, una cortina de polvo se desvaneció y reveló media docena de mototaxis negros y amarillos cobijados entre un murete y una hilera de acacias. Tiró de la chica en aquella dirección y ella avanzó rengueando y dando saltitos tras él. Por el aire volaban objetos de tamaño considerable: un periódico, una lata de coca-cola. Esto es lo contrario de mi laboratorio, la idea golpeó la mente de John. Lo opuesto a mi trabajo en equipo y a las condiciones controladas. Se sentía eufórico. Qué volubles son mis emociones. Sobrevivir a la experiencia del lavabo lo había puesto así. O es que soy yo mismo quien está en la centrifugadora. Sonrió. Por encima de sus cabezas, las ramas de acacia se agitaban frenéticamente. No estaba asustado. Éste era el mundo de mi padre, pensó de repente. Todos los fenómenos se precipitaban alrededor de sus sentidos. Sí, eso era lo que había. La verdad es que no le importaba quedarse sin dinero. Que hicieran lo que quisieran. Dando traspies, John apartó una lona para meterse en el primer mototaxi de la hilera. El pequeño vehículo se meció mientras se deslizaban en el asiento.

—¿Dónde está el conductor?

—Los conductores están esperando a que amaine el viento —dijo Jasmeet. Se agarraba la rodilla con fuerza—. Nadie está conduciendo ahora. Los motores se ahogarían con el polvo.

John quería ver a su madre en aquel preciso instante, en aquel momento de clarividencia, de volatilidad. Ahora sabía qué decir; o, más bien, lo que dijera sería lo correcto. No se cohibiría, no dejaría que su incomodidad, ni tampoco la severidad de su madre le arrebatara lo mejor de sí mismo. Me quedaré en Delhi contigo, le diría. ¿Por qué no? Podía decir cualquier cosa. La comunicación sería inmediata y plena. Le hablaría de su padre y Jasmeet. Sí. Era imprescindible. Pero de repente se le había ocurrido: quizás mi padre sí había dado con algo. Al estar aquí, en India, en esta tormenta. Había dado, por así decirlo, con *todo*.

La mente de John experimentó una sacudida súbita: su padre perdió el control deliberadamente,

se sumergió en todo a propósito. ¿Sería aquél el experimento, entonces? Era ridículo. Como científico, su padre era ridículo. Mejor le hubiera ido escribiendo teatro como hacía su hermano, a decir por cómo siempre imitaba a la gente. Me quedaré en la India y continuaré el trabajo de papá, le diría a su madre. ¿Cómo se le pasaba por la cabeza semejante idea? ¡Eso sería lo opuesto a ti, lo contrario de lo que quieres decir!

John quería llevarse a su madre de vuelta a Londres. Debía comprobar, pensó, lo que había quedado en el ordenador de su padre. Una explicación, en alguna parte. Había sido una pérdida de tiempo leer aquellos correos electrónicos. ¿A quién le importaban los sentimientos de su padre por aquella chica? Tal vez hizo bien en follársela. Quizás eso fuera también un experimento. Jasmeet era bonita. A lo mejor me la tiro yo también. Al mismo tiempo, sabía que su mente podía volver en cualquier momento al punto en el cual estuvo apenas segundos antes. Era una vergüenza. Era absurdo. Amas a Elaine. Se inquietó. No sabría ni lo que sentía ni quién era hasta que abriera la boca para hablar con su madre.

—¿Cuándo vendrá el conductor? —preguntó—. ¿Dónde está?

—Debemos esperar, señor John. Más vale que se lo tome con calma. No conducirán con una tormenta como ésta. Se quedarán a cobijo.

Trató de quedarse sentado, quieto, pero quería moverse al compás de sus pensamientos, moverse rápido.

—¿Y eso, qué es? —preguntó. De unos cordones de torzal rojos y dorados colgaba un surtido de baratijas pintadas por encima del manillar. Aquellos adornos chabacanos se mecían de un lado a otro cuando el *rickshaw* era sacudido por el vendaval. Jasmeet levantó la vista de su rodilla.

—Adornos religiosos —dijo. No era un asunto de su interés—. Todos los conductores los llevan. Era evidente que le dolía la rodilla.

John se inclinó hacia delante. Una minúscula figurita roja y dorada llevaba serpientes alrededor del cuello. Había una sonrisa idiota dibujada en el rostro. John alargó el brazo y apresó la siguiente entre los dedos. Un Ganesh en miniatura iba a lomos de una rata. Era de madera lacada. Eran colores brillantes.

—Es un milagro que el tipo vea algo entre toda esta porquería cuando conduce —comentó John.

—Todo el mundo lleva sus adornos —dijo Jasmeet de nuevo—. Para que les traigan buena suerte.

John examinó una figura femenina sentada encima de... ¿qué? ¿Un búho? ¿Cómo se les ocurrían aquellas combinaciones? ¡Ahí había una mujer con un exceso de brazos cabalgando sobre un tigre! ¿Cómo iba a traer eso buena suerte? Sin embargo, era una distracción estúpida.

—Iré a buscar al conductor —le anunció a Jasmeet.

Mientras hablaba, el mototaxi se estremeció sacudido por una ráfaga violenta y la muchacha le enlazó los brazos alrededor de la cintura para retenerlo.

—No vaya —apretó la cabeza contra su cuerpo—. No debe hablarle a su madre de mí. Pensará lo peor. Mi padre me matará. En serio. Me matará. Se pone fuera de sí. Recuerde, su madre y mi padre son amigos. Son amigos íntimos.

Al ver que John no contestaba, la chica suplicó.

—Por favor, lléveme a Londres —luego, casi con ira, añadió—: Nunca encontrará a nadie mejor que yo, ¿sabe eso, señor John? ¿Adónde va a encontrar a alguien como Jasmeet?

John no contestó. Al levantar la lona de la capota para ver el escenario de fuera, vio un mundo tan frágil que podía acabar arrasado en un instante; se disolvería igual que un sueño, que un momento se apodera de tu mente y al siguiente se ha desvanecido. Un viento como éste debe de barrer un millón de telarañas, pensó John. La muchacha lo agarraba con firmeza.

—Tengo que irme —dijo él.

—Su padre y yo nunca mantuvimos verdaderas relaciones sexuales —susurró Jasmeet—. Espero que no sea eso lo que ha pensado, señor John.

La hubiera estrangulado. Simplemente porque estaba decidido a ir a ver a su madre, Jasmeet se echaba atrás. Primero alardeaba, le enseñaba las cartas de amor de su padre, y luego lo negaba. Aun así, John la dejó que lo abrazara e incluso se acurrucara contra él mientras permanecían sentados esperando al conductor del mototaxi. Sentía el cuerpo tenso y entumecido. No sabía lo que ocurriría cuando viera a su madre. No sabía qué iba a decirle, en quién se convertiría, de qué manera reaccionaría ella. Eso sería decisivo. Su madre se disgustaría. Tal vez él gritaría. Se pondría de rodillas. Jasmeet apretaba su suavidad y su olor contra él. En ese momento, John tomó conciencia de su olor, del penetrante aroma dulzón de su piel; sin embargo, no ejercía sobre él poder alguno. Su cabeza estaba cerrada a cal y canto en otra parte.

—Albert decía que no podía hacerme el amor porque pensaba en mí como en su hija, o la novia de su hijo.

—¿Qué?

Hubo un fracaso de cristales.

—No dejaba de repetir que era como un sueño, lo que había entre él y yo. Era real y no era real. A la vez.

Está mintiendo, pensó John. Se lo está inventando. Apenas le prestaba atención.

—Decía que me veía como tu chica, señor John. Le gustaba pensar eso. Por eso no podía hacerme el amor. Empezó cuando interpretábamos la historia de su hermano, John. ¡Sudeep se puso tan celoso! Albert lo imitaba realmente bien. Quería ayudarme, del modo en que un padre ayuda a sus hijos, llevándome a Inglaterra.

—¡A mí no me ayudó nunca en nada! —soltó John con brusquedad. Volvió a descorrer la lona de la capota y vio que el viento había arrastrado una alfombra hasta el poste de un indicador y simplemente la sostenía allí, aleteando.

Al cabo de unos instantes de silencio, Jasmeet dijo:

—Me gusta, John. Me gusta mucho.

John sintió crecer la violencia.

—Déjeme quedarme esta noche en el hotel —le susurró la chica—. Puedo dormir en el suelo, luego podemos irnos a Londres —se levantó la blusa y mostró una bolsita atada al cinturón. Era de un rojo brillante plastificado, en contraste con la lisura tersa de su barriga. La desató y sacó un pasaporte. John vio un fajo de dinero—. Sólo tenemos que comprar el billete —dijo Jasmeet.

Permanecieron sentados. No había indicio alguno de que fuera a amainar, ni rastro de conductor.

De vez en cuando se oían cláxones, sirenas, gritos. John imagina a un hombre levantando la lona.

—A los jardines de Lodhi —le dice.

El hombre monta y el mototaxi empieza a rodar con lentitud a través de la polvareda. Sin embargo, tan sólo lo había imaginado. El vehículo sólo se mecía con el viento. Ve la lona levantarse de nuevo. Aparece una cara morena, un hombre con los labios manchados, los dientes torcidos, un ojo sin vida. Es el conductor que lo llevó el día que se encontró con Ananya.

—A los jardines de Lodhi —le dice—. ¡Rápido!

—¿Qué? —dice Jasmeet. La chica lo rodeaba con el brazo, con la cara apoyada contra su pecho. Había estado hablando. Todavía estaba contando cosas sobre ella misma y su padre. Acerca de Sudeep, de ir a Inglaterra—. A lo mejor me caso con usted, como él imaginaba —John no la había estado escuchando—. Antes de que sea demasiado tarde, decía su padre.

—A los jardines de Lodhi —murmuró John. El rostro de piel morena sonreía desde el otro lado de la lona.

—¿Qué?

—Nada —dijo John.

Sonrió avergonzado. Sabía que allí no había nadie. La chica lo sostenía. La lona del mototaxi se ha vuelto morada; es la cortina del crematorio. John la contempló, a la espera de que volviera a aparecer la cara del indio. O la cara de su padre. Recuerda al encargado de la funeraria, con el gorro de lana amarillo. Debería haberle pedido que abriera el ataúd. En lugar de eso, se había quedado sentado, inmóvil, en el asiento trasero del coche, con su madre.

—Respeté el decoro —musita John. Se le grabó el recuerdo del porte elegante y distante de su madre tras el velo negro. Inmediato e intenso, el recuerdo lo recorre en una oleada—. No estoy aquí —anuncia. Recuerda el curioso ambiente perturbador, teatral que se respiraba en el cementerio, con sus ángeles Victorianos, sus figuras encapuchadas yaciendo sobre las lápidas—. Quizá podría vivir en el cementerio —murmura—. Con los demás desposeídos.

—¡John! —grita Jasmeet—. ¿Qué le ocurre?

La había apretado con fuerza. ¿Eso había hecho? Tan sólo tiene una conciencia vaga de haber estrujado a la chica con cierta violencia. El viento mecía el carrito del mototaxi. Se daba cuenta de la desazón ominosa que se había apoderado de su cabeza. Su dolor de cabeza es un frente meteorológico. La tormenta se aproxima. Sus pensamientos están enmarañándose en las ramas de acacia. Son pensamientos que el aire levanta del suelo polvoriento a medida que se acerca la lluvia. Los enrolla en un poste y los prende allí para que aleteen al viento. Se sentía enfermo de expectación. El viento se lleva las telarañas de la mente, pensó. Debía buscar refugio.

—¿Dónde, dónde podemos buscar refugio?

—¿Qué ocurre? —preguntó la chica.

—Estaba recordando su funeral —John meneó la cabeza. Su voz suena distante y mecánica. Siente la mandíbula rígida. No debe permitir que ella comprenda.

—¿El funeral de quién?

Entonces John recordó a las colegialas. Sus pies menudos pasando en tropel a su lado. Uniformes verdes y dorados. Estaba reviviendo el funeral. Qué jovencitas tan preciosas. Qué hermosos pétalos

esparcieron sobre su ataúd. ¿Por qué hay tanto amarillo en la India?, se preguntó. Vio rostros pintados de color azafrán.

—¿Por qué llevas un pañuelo amarillo? —inquirió.

Jasmeet levantó la mirada y sonrió.

—Me gusta el amarillo. Siempre visto de amarillo.

Las flores significaban algo, a John no le cabe duda. Ahora sabía que debería haber besado el ataúd. Cuando menos. Ésa era la solución. Si lo hubiera besado, hubiera dejado de rondarle. Si hubiera besado la madera pulida, no se habría enconado en el sótano con las aguas residuales y estancadas. El agua estaba en su mente. ¿La chica no la huele? Y mejor aún hubiera sido ver el cadáver. ¿Por qué su madre se lo había impedido?

«Albert era mi vida —había dicho su madre. Le había impedido ver el cadáver de su padre a propósito—. Y yo fui lo mismo para él».

John no es nada, había querido decir. En lugar de ver a su padre, John puede ir a ver las tumbas sufíes, John puede ir al Taj Mahal y recrearse con su *jawab* y su mezquita. John puede ver otras tumbas, pero no la de su padre. Su padre ha quedado esparcido en el río. Ha desaparecido. Su padre se ha escapado para siempre, disolviéndose en el agua. La unión perfecta de mis padres me excluyó a mí, pensó John. Cuanto más lo excluían, más imposible resultaba dejarlos solos. Tembló, aunque el aire era caliente, el viento era caliente, el polvo es caliente y áspero. Tembló sin poder controlarlo.

—¡Señor John! —gritó Jasmeet.

Llevaba unos momentos llamándolo. Ahora se había enderezado y lo sacudía. John trató de concentrarse en las baratijas del conductor, que se balanceaban en la parte delantera del vehículo. ¿Por qué esa mujer diminuta tiene tantos brazos? Es una araña encima de un búho.

—John! ¡Señor John!

Aun a contracorriente, John hizo un esfuerzo inmenso por ser él mismo, por recuperar el sentido.

—Jasmeet —dijo. Su voz era forzada—. No puedo volver a Inglaterra contigo —hablar lo agotaba—. Tengo novia en Inglaterra. Vamos a casarnos. Mi madre va a venir a Inglaterra a nuestra boda.

—Volvamos al hotel —dijo Jasmeet—. Por favor.

Entonces a John se le ocurrió de repente que su madre estaría en la clínica, no en casa. ¿Por qué sigo pensando que mamá está en casa, cuando nunca está en casa? Siempre estaba fuera, con los enfermos y los moribundos. Con astucia preguntó:

—¿Jasmeet? ¿Dónde está la clínica donde trabaja mi madre?

—Cerca de Shadhanad Marg —dijo ella.

—¿Y dónde está eso?

—Es la carretera que va de la estación a Chandni Chowk. Junto a la vía del ferrocarril.

John sabía dónde estaba la estación de tren. No se hallaba lejos del Govind. Podía ir allí caminando en quince minutos.

Se sentó rígido, calculador. En el exterior retumbó un trueno.

Jasmeet estaba nerviosa. Con timidez preguntó:

—¿De verdad va a casarse, señor John? ¿Cómo se llama su prometida?

Parecía decepcionada de verdad.

John sentía que la lucidez iba y venía. Carece de sentido decir cualquier cosa, le dijo una voz. Las palabras fueron pronunciadas con serenidad y convicción, como desde el otro lado de la mesa en una estancia donde todo está en calma y es razonable. Carecía de sentido decir cualquier cosa. John escuchó lo que decía la voz y en el acto vio cuán cierto era. Era una voz sabia. Hablar no conduce a nada. A fin de cuentas, ni siquiera había estado escuchando realmente a aquella chica, ¿verdad? Y ella tampoco lo había escuchado a él. ¿Por qué decir nada? Tan sólo quiere aprovecharse de ti. Ha estado contándote mentiras. Elaine había mentido, sin duda. Todos los mensajes que manda Elaine son falsedades. Los mensajes de texto se inventaron para mentir. John se dio cuenta de eso enseguida. Es demasiado fácil. Entonces lo asaltó una imagen del cuerpo de Sharmistha, su desnudez bronceada le inundó la mente. Está justo a su lado. Los labios de la mujer cubrieron los suyos. La melena está desparramada sobre su cara. Y John da un respingo al sentir el contacto de la mano de Heinrich.

—¡No!

—¡John! ¡Señor John!

John contempló el pañuelo amarillo de Jasmeet. ¿Cómo se las había arreglado su padre para escapar por el hueco entre el amarillo y el morado?

—Vale, volvamos al hotel —dijo John atropelladamente.

—¡Ay, sí!

La dejaría allí. Diría que bajaba un momento a recepción y se iría a pie a la clínica de su madre. Para cuando Jasmeet se diera cuenta de que se había ido sería demasiado tarde.

Jasmeet se deslizaba ya por el asiento para salir. Echó atrás la lona y bajó de un salto.

Mientras abandonaban el cobijo relativo del muro, John vio que la ancha explanada de Connaught Circus era entonces un lago de arena que fluía en olas rápidas, y que nadando por ellas, con la cabeza en alto y el cuerpo cimbreado en ondas líquidas, había una serpiente, una larga serpiente. De un metro. Tal vez metro y medio. Se deslizaba sin esfuerzo por el polvo anaranjado, con la cabeza oscilando rítmicamente de atrás hacia delante, y el fluido culebreo, de un resplandor amarillento, le recorría a continuación todo el cuerpo.

John estaba fascinado. La criatura parecía fundirse con el polvo, y sin embargo lo surcaba. Jasmeet no la había visto. Tiraba del brazo de John. Él permanecía de pie, quieto. Recordó los dibujos del libro que su padre había garabateado: serpientes y rayos. Aquélla fue la noche en la que le pedí a Elaine que se casara conmigo. Fue cuando cogió los tres elefantes y entró en el dormitorio de su madre.

Tironeado por Jasmeet, con la mirada aún fija en el lugar donde la serpiente había desaparecido, John se maravilló ante aquel asombroso estado de cambio constante, violento y fluido, oscuro y brillante, y reconoció en la terrible tensión que le oprimía la cabeza, en aquella sensación de presión y náusea, pero también de perspectivas que se abrían, tomaban forma y se disolvían, un recrudescimiento de lo que experimentó aquella mañana en que el muchacho le había vendido los tres elefantes. Debía comprar otro juego en cuanto volviese a tener dinero en la cartera.

En menos de diez minutos estaban de vuelta en el hotel.

—Usted no está bien, señor John —metiéndose en el vestíbulo a toda prisa, la chica le sonrió con

desconcierto y ternura—. Me recuerda tanto a Albert. También él tenía momentos malos.

John estaba impaciente. En las escaleras pensó: la chica arrastra el pie apostada, no es coja. Era una treta que había ideado para dar lástima. Se inventó también aquella historia de la nuera. Era una trampa.

—Habitación diecisiete —dijo John en recepción.

Había un hombre joven de guardia. Alguien a quien no había visto antes.

—Bajaré ahora mismo a saldar la cuenta de la semana pasada —le dijo John al hombre en voz alta. Ésa sería su excusa para salir. Después, acercándose a la habitación, vio que no había puesto el candado, la puerta estaba entreabierta. La abrió de un empujón y de inmediato supo que el ordenador había desaparecido, sí, y también su teléfono. El chal de *pashmina* ha desaparecido.

Jasmeet no entendía nada. Tan sólo veía que su caballero inglés rubio gritaba. John se precipitó hacia la ventana. El cielo estaba oscuro. Carece de sentido decir nada, repite la voz serena. No digas nada, John. Es la voz de su padre. Relampagueó. Todo me ha sido arrebatado, pensó. A John se le dan cosas únicamente para martirizarlo. Se le entrega la belleza, tan sólo para arrebatársela luego. ¡Cómo se burlaba su madre cuando sus novias lo dejaban! Cómo se reía.

«Bueno, esperemos que esta vez funcione», había dicho aquella noche con una sonrisa. Se mofaba de él.

John se volvió a Jasmeet, gritando, agitando un brazo. En las paredes hay dibujos de animales extraños. Hay dibujos de figuras con orejas de elefante, con serpientes en la cabeza, con más brazos de la cuenta. Hay ratas y aves raras. Papá. Papá ha estado aquí, pintando en las paredes. Papá se ha llevado su ordenador. Se venga de que yo lo haya dibujado. Dios. ¿Dónde está el dibujo que hizo de su padre? ¿Dónde está?

Jasmeet está en la cama, llorando.

—Señor John. Señor John. ¡Basta!

Cuando ella alza el rostro él ve que la nariz y la boca están sangrando. John retrocede alarmado, luego corre al cuarto de baño a vomitar.

—Estaba tan convencida de que iba a encontrarle aquí —repitió la joven. De pie junto a la ventana, no salía de su asombro—. Pensé en darle una sorpresa. Y ahora..., no se me ocurrió en ningún momento que... ¿Y qué hago ahora? No sé qué hacer.

Guardó silencio. El viento había amainado y arreciaba la lluvia. Junto a ella, Paul vio el taxi enfilarse por la calle tres pisos más abajo y a Helen caminar rápido desde la puerta para meterse en el vehículo al tiempo que cerraba el paraguas.

—¡Me siento tan estúpida! —se lamentó la joven—. Me hacía tanta ilusión venir.

Habían probado a llamar al teléfono de John, pero estaba apagado. Ella le había mandado un sinnúmero de mensajes para decirle que estaba allí. Los vería en cuanto lo encendiera.

La chica se sentó.

—Creí que le demostraría que me importa. Pensé que se alegraría mucho.

—Es un gran paso —reconoció Paul—, coger un avión hasta la India.

El americano la miró. Era una criatura curiosa, casi demasiado esbelta, y sus gestos adolecían de una brusquedad extraña, como si pasara con rapidez de una pose a la siguiente. En aquel momento estaba quieta, aunque se advertía en ella la tensión de un gato agazapado a punto de saltar. Por encima de unos vaqueros ceñidos y unos pocos centímetros de cintura desnuda, sus pechos eran más grandes de lo conveniente, y llenaban más de la cuenta la ajustada camiseta. Daba la impresión de ser afectada hasta la exasperación. Paul sonrió.

—Espero no haber asustado a la señora James —comentó la chica.

—Creo que para eso haría falta algo más —la tranquilizó—. Está muy curtida.

Había transcurrido más de una hora desde que sonara el timbre de la puerta. En cuestión de segundos, Helen había pasado de la conmoción extrema al más puro sentido práctico. A Paul le gustaba eso.

—Debe de ser Kulwant —había dicho, metiendo los brazos en un albornoz—. Pídele que no haga algo y ten por seguro que lo hará.

—¿Quieres que me haga humo? —dos veces divorciado, Paul estaba acostumbrado a la farsa de las aventuras adúlteras. Había empujado a chicas debajo de la cama y en una ocasión lo pillaron a él metido en un armario.

—¿Por qué iba a quererlo? —preguntó Helen, ciñéndose el cordón a la cintura. No podía importarle menos lo que pensara la gente.

Pero al abrir la puerta se encontró frente a frente con una mujer joven que cargaba una mochila y una bolsa de plástico de Boots.

—¿La señora James? —le preguntó la chica—. Soy Elaine Harley, la novia de John.

Paul se había quedado en la puerta del pasillo a contemplar la escena. Había una ligera asimetría en el rostro de la chica, como si hablara por un lado de la boca. Pecas claras salpicaban su piel lechosa y la nariz, fina, no estaba del todo recta. Helen reaccionó con educación y calidez.

—¡Oh, qué maravilla! ¡Claro, Elaine, pasa!

Ofreció asiento a la muchacha. Le trajo agua de la nevera. Le dijo que debía de estar cansada.

—¿Qué sorpresa maravillosa! Cielos. John habló mucho de ti cuando estuvo aquí en enero. No tenía ni idea de que veníais de visita.

La sonrisa de Elaine se congeló.

—Pero... ¿no está aquí? —recorrió el apartamento con la mirada.

Helen acababa de sentarse.

—¿Quién, John? —vio la cara de la chica—. No. ¿Acaso debería estar?

Elaine se estremeció.

—¿No está aquí? ¿Ha salido de viaje a alguna parte?

—John está en Londres, ¿o no? —preguntó Helen—. Eso es lo último que sé de él.

—Oh... —balbució la joven—. Ay, Dios...

Pasaron unos momentos antes de que consiguiera explicarse. Una mano se levantó y toqueteó el lóbulo de la oreja. John se había ido hacía diez días, dijo al fin.

—Fue bastante repentino. Dejó una nota diciendo que se marchaba a la India. Pensé que se refería a que venía aquí.

—No, para nada.

Helen no parecía desconcertada, advirtió Paul, ante la ansiedad de la joven, y tampoco por el comportamiento extraño de su hijo. Su actitud apenas cambió. Era cordial, pero distante.

—No he tenido noticias de John desde hace semanas —calló—. Evidentemente ha habido un malentendido. ¿Estás segura de que no quieres echarte un rato? Debes de estar agotada.

—¿Pero dejó su piso, y su puesto en el laboratorio! —la chica estaba asustada—. Eso era todo lo que tenía. Usted debe mantener contacto con él, seguro.

Miró a Helen como si hubiera podido pasársele por alto que su hijo estuviera en Delhi, o incluso en otra parte de aquel mismo edificio.

—Lo siento, pero no, John no me cuenta nunca nada. Vaya lío, la verdad. ¿Me dices en serio que has venido aquí a propósito para buscarle? —sin embargo, Helen consultaba entonces su reloj—. Caramba, me temo que tendré que irme a la clínica enseguida. Hago la guardia de la noche.

Elaine estaba perpleja. Helen preparó té. A todas luces le costaba prestarle a la chica la debida atención.

—Quizá se trate nada más que de una escapada juvenil —sugirió con aire distraído, mientras volvía de la cocina al salón—, al sentir que necesitaba vivir experiencias, ¿no crees? —los hombres hacían esa clase de cosas, dijo, y no era ninguna novedad que John carecía de experiencia en la vida—. Lo único que ha hecho siempre es estudiar.

Elaine permaneció sentada en silencio, incapaz de asimilarlo.

—En realidad John no ha trabajado por dinero en su vida —siguió Helen, sirviendo el té. Hablaba mecánicamente, repitiendo sin duda cosas mil veces pensadas y dichas—. Espero que no te deba nada... No se trata de eso, ¿verdad, querida? Tal vez decir que iba a la India fue tan sólo..., no sé..., una excusa —Helen frunció el ceño—. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a venir a la India? No tiene ninguna razón para estar aquí —se levantó y fue de un lado a otro metiendo sus cosas en el maletín. Sin mirar a Elaine preguntó—: ¿Habíais discutido, tal vez?

La chica admitió que sí, un poco.

—Le molestaba que yo estuviera tan ocupada. Con los ensayos, ya sabe. Estoy metida en una obra. Se estrena dentro de un par de semanas. Quería que estuviera con él todas las noches, pero ésta era mi primera oportunidad para llegar realmente a algo.

—John siempre fue un niño que exigía mucha atención —asintió Helen—. Por cierto, éste es Paul —finalmente se acordó de presentarlo. Paul seguía de pie, apoyado en el quicio de la puerta que daba a los dormitorios—. Paul está alojado conmigo por el momento. Está recabando datos para un libro sobre mi marido, quien como sabes...

Helen se calló y sonrió, como si la frase ya estuviera completa.

—Lo lamento mucho —dijo Elaine—. Encantada de conocerle —le dijo al hombre corpulento, que en aquel momento se acercó hasta ella con una galante inclinación de cabeza. Tras una pausa, la chica dijo—: John estaba muy consternado. Sobre todo por no haber podido verle antes de que ocurriera.

—¿Ver a quién? —dijo Helen con el ceño fruncido.

—Perdón, me refería a su padre, antes de morir. Estaba muy... Por eso, cuando vi su nota, donde contaba que venía a la India, pensé que querría pasar un tiempo con usted. Dijo que apenas habían tenido tiempo de hablar cuando estuvo aquí.

—Sólo pudo ausentarse dos o tres días —dijo Helen.

Paul la observó con detenimiento.

—Cielos —se apresuró—, más vale que vaya a vestirme. Me temo que andamos muy escasos de personal estos días. Voy a llegar tarde.

Por un momento, a Paul se le cruzó la idea de que Helen debía saber dónde estaba su hijo, pero que por alguna razón no quería decírselo a la chica. De lo contrario, ¿cómo podía preocuparle tan poco su desaparición? A menos que estuviera aún enfrascada en el estado anímico de media hora antes. En cualquier caso, la admiraba por la decisión de ir a trabajar a pesar de todo. Helen no consiente que las circunstancias la desborden, pensó. Otras mujeres a las que conocía estarían fuera de sí.

—Si lo llamo con mi teléfono —decía Elaine— a lo mejor no responde. No ha contestado a mis mensajes. Pero tal vez si lo intentara otro...

—Dame el número —ofreció Paul.

—Sí, Pruébalo —dijo Helen abrochándose la hebilla del cinturón—. Seguramente se ha ido por ahí solo —cogió sus zapatos, junto a la puerta.

Paul tecleó el número del Reino Unido en su móvil y llamó. Aguardó al chisporroteo de las ondas en busca de conexiones, luego oyó una voz grabada.

—Lo tiene apagado.

Helen no pareció sorprendida ni decepcionada, acaso ni siquiera interesada. Levantó el auricular del teléfono y llamó a un taxi. Con ganas evidentes de estar sola, se quedó de pie dedicándoles una sonrisa impostada mientras hablaba en hindi, luego colgó, se acercó al sofá y se sentó encima de un cojín frente a la chica.

—Elaine, querida...

De improviso, extendió los brazos para salvar el espacio que había entre ambas, tomó las manos de la joven entre las suyas y esbozó una sonrisa más afectuosa.

—Elaine, estoy segura de que esto no es más que alguna clase de malentendido, o un fallo comunicativo. ¿Sabes una cosa? —era el tono que empleaba para tranquilizar a los pacientes cuando abandonaba la guardia al final de la jornada—. John habló con tanto entusiasmo de ti cuando estuvo aquí, de verdad... Me contaba que eres una actriz maravillosa, y lo feliz que se sentía de estar contigo, y yo me alegré mucho por él, por supuesto. Veamos, ¿tienes algún lugar donde pasar la noche? Andamos un poco justos de espacio en este piso, me temo.

Elaine no había buscado alojamiento. El avión llegó con horas de retraso, dando vueltas y vueltas en círculo a causa del mal tiempo. Estaba tan convencida de que John estaría allí.

—Da igual. Veamos, para esta noche Paul se ocupará y te buscará un hotel, ¿verdad, Paul?

—No hay problema —contestó Paul de inmediato.

—Y entonces mañana pensaremos con calma entre todos qué es lo que hay que hacer y cómo podemos averiguar dónde está John, para que te quedes tranquila —en ese momento daba la sensación de que Helen le hablara a un chiquillo.

—Gracias —balbució Elaine.

Erguida, con un vestido blanco, Helen echó un vistazo a su alrededor para comprobar si olvidaba algo. Sí, el paraguas.

—Los taxis sólo han de doblar la esquina —dijo—, más vale que me dé prisa.

Paul y Elaine se quedaron a solas con media tetera aún por tomar. Permanecieron junto a la ventana viendo cómo el coche arrancaba.

—Sé que está muy comprometida con su trabajo —dijo Elaine por último. Se sentó a la mesa y se miró los dedos—. John la admira muchísimo. Siempre me cuenta historias de ella.

—Es una mujer excepcional —coincidió Paul—. Y Albert James era un hombre excepcional —por un instante le dio la impresión de haberse convertido en una suerte de acólito. Los James eran una religión.

—Intenté leer uno de sus libros. John me pasó alguno. Pero parecía bastante difícil.

—Depende de cuál —dijo Paul—. Los primeros son más accesibles. Como sucede con la mayoría de los autores.

Le parecía extraño que Helen hubiera mencionado que recababa información para la biografía de Albert, cuando de hecho él le había dicho ya tres o cuatro veces que no pensaba escribirla.

—En realidad —lo asaltó una necesidad repentina de decirlo—, he desechado la idea de escribir sobre él. Voy a dedicarme uno o dos años a la cooperación. Helen va a buscar algo para mí —titubeó, preguntándose por qué estaba contando aquello—. Tal vez la India tenga ese efecto en la gente —se rió sin mucha convicción—. Ándate con cuidado.

Elaine no le había estado escuchando.

—¿Puedes probar a llamarle de nuevo? —preguntó—. A lo mejor ya lo ha encendido.

Paul sacó el móvil y pulsó la tecla para repetir la última llamada. Siguió sin obtener respuesta.

—¡Ay, no lo entiendo! —la chica se puso en pie de un salto otra vez—. Siempre tiene el teléfono encendido, siempre, incluso cuando duerme. Le encanta recibir mensajes. A menos que lo haya perdido, claro —agarrándose el cabello con una mano, fue corriendo hasta la ventana, como si pensara avistar a su novio en la calle—. Estaba tan convencida de que estaría aquí... ¿Cómo puede desaparecer así?

—¿Pensaste que había venido a ver a su madre?

—Ha estado un poco raro desde que su padre murió. No sé. Estaba segura de que había vuelto aquí. No dejaba de hablar de su madre.

Paul no sabía qué decir. Era consciente de que la chica sin duda veía en él una figura paternal y amigable, y al mismo tiempo se preguntaba si de veras encajaba él con aquella descripción. Cuanto más distraída estaba la joven, más salvaje y atractiva se hacía a sus ojos.

Elaine dio media vuelta, vaciló, volvió de nuevo a la ventana. Sin embargo, el dramatismo de la situación la liberaba de su inhibición habitual. En un hilo de voz dijo:

—Lo cierto es que se le había metido en la cabeza que yo salía con otro. Eso era parte del problema, quiero decir. Todo se mezclaba.

—Ah —dijo Paul.

—Era una estupidez. Creí que había venido aquí para castigarme, por así decirlo. Para ponerme a prueba. Por eso vine.

—Será mejor que busquemos un hotel, ¿no te parece?

Mientras hablaba, un teléfono entonó La Marsellesa. Era el móvil de Elaine. Puesto que lo había dejado en el sofá, Paul lo cogió y se lo tendió a la chica, que fue hasta él presurosa. Miró la pantalla. Frunció los labios poniendo morritos; volvió hacia la ventana y contestó en voz baja, apartando el rostro de él.

—No, lo siento, ahora no puedo hablar.

Era una voz distinta a la que Paul había oído hasta entonces, eficiente y a la defensiva.

Elaine cortó y se quedó contemplando la lluvia.

—Entonces, ¿esto es el monzón?

—Es demasiado pronto —dijo Paul—. Hay estos pequeños amagos, pero el calor volverá, me temo. Vamos a ver si conseguimos algo en el Centro Internacional de la India. Está cerca y deberían quedar habitaciones libres. Éste no es un mes de turistas.

En cualquier caso necesitaban un taxi. Paul telefoneó. Elaine se quedó de pie, escribiendo un mensaje de texto. Levantó la vista.

—¿Es caro? —preguntó.

Al tiempo que hablaba con la compañía de taxis, Paul sonrió y negó con la cabeza.

Cenaron en el comedor del Centro Internacional. Paul había esperado media hora larga en la recepción, mientras Elaine se registraba e iba a su habitación. Se había sentido muy seguro de sí mismo durante la tarde, convencido de un cambio trascendental en su vida. Ahora estaba en vilo, necesitaba pensar; sin embargo, la chica estaba sola y sería poco amable dejarla a su suerte. Helen

no lo querría, decidí.

Paul estudió su sólida silueta en el reflejo del cristal de la puerta. Experimentó la consabida extrañeza del rostro en el espejo: ¡aquél hombre extraño, entrado en carnes aunque con buena planta! Empezaban a vérsese unas cuantas canas en las sienes, pero tenía aún un pelo abundante, aún viril. Sería bueno probar una vida distinta en compañía de Helen, musitó. Le gustaba el desafío que le planteaba la ironía incesante de la mujer. Disfrutaría demostrándole que podía manejarse en condiciones adversas. Perderé peso. Tal vez en un nivel inconsciente, se le ocurrió a Paul de pronto, lo que más le había atraído hacia las ideas de Albert James fuera la invitación tácita al suicidio profesional: convencido, tal y como a todas luces lo estaba James, de lo pernicioso que era el clásico afán de certidumbre del periodismo, de lo inútil de pretender dominar la mente de las personas, de convencerlas de esto o aquello, uno podía relajarse y renunciar. Paul era consciente de haber puesto siempre mucho empeño en convencer a la gente, tanto en el terreno profesional como en el personal. Era consciente, también, de que cuando escribía trataba de seducir a los lectores. Necesitaba que sucumbieran a su manera de ver las cosas. Y, además, era ambicioso. Al fin y al cabo, toda su vida había sido un intento de reivindicarse convenciendo a los demás. No importaba de qué. Eso era lo que tanto le había impresionado de Gandhi, su capacidad de convencer a la gente. Y eso era lo que sin duda James detestaba de él. Si te liberas de esa compulsión, pensó Paul de pronto, si escapas a esa necesidad de engatusar y convencer y seducir, lo que quede después serás tú, tu verdadero ser.

El vestíbulo del Centro Internacional estaba tranquilo aquella noche, y el ordenador al pie de la escalera estaba libre. Paul lo recordaba de años antes, cuando trabajaba para el *Globe*; la conexión era lenta y el teclado estaba pegajoso. Recordaba tener que esperar mientras otros acaparaban el chisme. La anciana recepcionista observaba cortésmente mientras el americano caminaba de un lado al otro y merodeaba enfundado en su americana húmeda.

—No hay problema si desea conectarse, señor —le sugirió al fin. Sujetaba pedacitos de papel con clips.

—Lo cierto es que no estoy alojado en el Centro —le dijo Paul.

—No hay problema, señor, si está usted esperando a un huésped.

Paul se acercó al ordenador, aunque titubeante. Amy habría escrito, seguro. Siempre lo había pasado genial con Amy, pero no se planteaba siquiera pedirle que fuera hasta allí y lo acompañase a Bihar.

Todavía indeciso, Paul encontró sus cigarrillos y encendió uno. Albert James había considerado que cada acción es determinante y fatal en potencia: cada paso que daba una persona era irreversible, toda experiencia era irrevocable. A mí todas las relaciones me dejan indiferente, pensó Paul, es como oír llover. Inhaló profundamente. Por compulsivo que fuera, nadie lo convencería nunca de que dejara de fumar.

Había un cenicero encima de un pie de hierro labrado, junto al banco del teclado. Paul hizo girar la punta del cigarrillo con suavidad para desprender la ceniza. Le gustaba hacer eso. Siempre podrías escribirle a tu madre, se rió para sus adentros, decirle a mamá que su chico malo va a dedicarse un poco a la caridad. ¡Eso animaría a la viejecita! Sin embargo, ¿por qué le importaba aún

lo que pensarán sus padres? ¡A mi edad! ¿O acaso a todo el mundo le ocurría, se preguntó, todo el mundo se limita a aguardar una oportunidad de cambiar los papeles y pregonar lo bueno que es?

Sumamente consciente de ser un hombre de cierta edad esperando a una muchacha más joven en el vestíbulo de un hotel, Paul esbozó apenas una sonrisa torcida. Por un instante, al pie de la escalera junto a la pantalla del ordenador, se formó una impresión de sí mismo en perfecto equilibrio entre su antiguo yo confiado, trabajador, seductor, y un ser ascético, alguien que se ha desprendido por completo de todas las ataduras: un Paul más delgado, más tranquilo y silencioso, sin duda mejor, en una aldea embarrada, cumpliendo con diligencia lo que Helen James le decía que hiciera, tomando a aquella mujer excepcional como modelo, aprendiendo de su nutrida experiencia. Lavaría a los enfermos. Olería sus vómitos y sus heces. Después puedes escribir sobre ello, se dijo con mayor sinceridad; entonces tu trabajo cobrará una autenticidad que hasta ese momento acaso no ha tenido nunca realmente. Entonces no tendrán más remedio que tomarte en serio. Siempre lo habían considerado cumplidor pero mediocre, un oportunista. Después de una experiencia como aquella, sería más convincente.

Paul miró su reloj y se preguntó si Elaine estaría dándose una ducha o vistiéndose con mayor esmero. No le disgustaba el gesto infantil que hacía la chica al tirarse de una oreja, ni la intensa curvatura de sus labios cuando había tecleado un mensaje de texto como si diera estocadas. Decidiéndose al fin a sentarse frente al ordenador, trató de columbrar las consecuencias económicas de no tener ingresos en todo un año.

La pantalla era de la vieja variante catódica. Paul invocó el Gmail y, acababa de teclear su dirección y contraseña, cuando le alcanzó el chirrido de suelas de goma apresurándose por las escaleras de cemento.

—Perdón por tardar tanto.

—Descuida.

Quedaba claro a primera vista que Elaine había debido de pasar buena parte del tiempo tratando de refrescarse la cara después del llanto. Llevaba una falda hasta la rodilla, pero con zapatillas de deporte.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Paul con tono alentador; luego gritó—: ¡Aaaaj! ¡Cuarenta y tres mensajes, no es posible!

—Si quieres acabar de trabajar, me quedo leyendo algo —propuso la chica.

Al bajar con el cursor, Paul vio el nombre de Amy media docena de veces.

—Estaríamos aquí hasta mañana —dijo. Salió del correo—. Vayamos a comer.

Como puede ocurrir en la India, en el comedor del Centro el aire acondicionado funcionaba con tal furia que ambos temieron acabar congelados. Así que, mientras esperaban la comida que habían pedido, Elaine volvió a su habitación a buscar una chaqueta. Al regresar no sólo traía la chaqueta, sino que también se había puesto perfume. Un perfume dulce, de chica, advirtió Paul.

—Y he traído un pañuelo para ti —dijo con una sonrisa.

Le tendió un cuadrado de seda rosa. La voluntad de mostrarse alegre tan sólo hacía más obvia su ansiedad.

—No estoy seguro de que esto vaya a ser bueno para mi reputación —se rió Paul, envolviéndose

el cuello con el pañuelo de buena gana. El aire era decididamente frío.

—¿Y qué reputación tienes?

—Mmm, tal vez sea mejor que no te cuente.

—El rosa queda monísimo con esa camisa marrón —le dijo Elaine—. Pegan.

—Monísimo es la palabra, me temo —dijo mientras lo anudaba. Sonrió de oreja a oreja—. Sin embargo, supongo que la imagen afeminada está de moda.

Ella frunció el ceño.

—No pareces afeminado en absoluto —dijo. En ese momento, el móvil la avisó de la llegada de un mensaje. Lo leyó y de nuevo se apresuró a contestar con dedos pequeños y rápidos. Paul vio que tenía las uñas completamente mordidas. Sostuvo el teléfono con las dos manos delante de la cara.

Después de que llegara la comida, mientras masticaba el primer bocado, Elaine le dijo:

—Pues háblame de cómo es eso de ser escritor, Paul —utilizó su nombre con determinación, como si temiera olvidarlo—. No he conocido nunca a un escritor. Háblame de ese libro sobre el padre de John.

—Pensé que te lo había dicho, he decidido no hacerlo —repuso Paul.

—Ah, vaya —se quedó de nuevo meditabunda—. John se llevará una desilusión.

—En cualquier caso, hay bien poca cosa que uno pueda decir acerca de ser escritor. Al final, una forma de megalomanía se parece mucho a cualquier otra.

—¿Qué se supone que significa eso? —fruncía el ceño, al parecer dispuesta a hablar en serio.

—Ah, el modo en que la gente persigue la fama —dijo encogiéndose de hombros—. Escritores, actores, todos somos iguales.

—No estoy para nada de acuerdo —protestó—. Los actores que conozco...

De repente bajó la mirada hasta su plato y las mejillas se le agarrotaron, como si la lengua hubiera dado con algo desagradable en la boca.

—En realidad, yo también he abandonado un proyecto.

Paul aguardó mientras ella comía otro bocado. No le era desconocida la escena de una joven que atravesaba por una crisis. En el pasado, esas chicas habían sido presa fácil; se agarraban a cualquiera que les levantara la autoestima.

—Me marché de los ensayos hace dos días —la voz de Elaine era firme, aunque crispada—. Iba a ser mi primera obra. Mi gran ambición.

Él se quedó mirándola.

—Entonces, ¿por qué hiciste eso?

De nuevo Elaine se llevó una mano a la oreja, ladeando la cabeza. Parecía no darse cuenta de lo infantil de su gesto.

—Llevábamos meses ensayando y aún no hacía nada bien. Al menos así era como lo veía el director. Supongo que llegó un punto en que ya no pude aceptar más críticas —forzó una sonrisa—. Así que perdí a mi novio y mi trabajo la misma semana. ¿Qué te parece?

—Palo doble —accedió Paul.

—Decía que yo nunca *era* realmente el personaje, que simplemente lo interpretaba. Que imitaba al personaje. Pensaba que la gente no sería capaz de distinguir, como si yo me estuviera burlando de

la obra — consiguió esbozar una media sonrisa—. En realidad es una historia bastante estúpida.

—¿Todo eso lo decía el director?

—Hanyaki. Es japonés. Dice que decidí ser actriz tan sólo para que la gente pudiera ver lo buena que soy imitando a personajes de los que estoy muy por encima.

—Y no es así como tú lo sientes, evidentemente.

—No vas a la escuela de arte dramático durante dos años —dijo Elaine— y haces horas y horas de clase para demostrar que eres capaz de imitar.

La chica estaba otra vez al borde de las lágrimas. Paul le sirvió un poco de vino.

—Y ahora estás en la India —dijo con voz llena de promesa.

—Me largué en medio del ensayo. Hace tres días. A la mañana siguiente me fui directa a la embajada india a hacer cola para un visado.

—Bueno, marcharse así requiere valor. Por no mencionar lo de subirte a un vuelo de larga distancia.

—Más bien requiere desesperación —dijo ella. Se rió con nerviosismo. La chica no había dado muestra de un interés particular por el menú indio, pensó Paul, ni sorpresa ante los arreglos del gran comedor de techo bajo, ante los sonidos y los olores característicos de la India. Sintió lástima por ella. No podría haber estado más fuera de lugar.

—Bueno, a veces hay que actuar por impulsos —dijo con aire filosófico—. Lo cierto es que eso mismo sentí cuando decidí dejar el libro. Era una decisión que tenía que tomar, a pesar de lo mucho que me había entusiasmado la idea de escribirlo.

Elaine dejó el plato a un lado.

—Perdona, pero para ser sincera sólo puedo pensar en dónde está John —en un arrebató, añadió—: En realidad, me había pedido que me casara con él. Ya sé, es una locura, ¿verdad? Lo cierto es que me descolocó. Fue hace unos meses, de hecho fue cuando estuvo aquí para el funeral. Ahora yo venía a decirle que sí. Quiero decir que poco a poco he ido haciéndome a la idea, quería aparecer en la puerta de la casa de su madre y decirle que sí, cuando menos lo esperara, y cuando llego... ¡ni siquiera está ahí! Y encima me mintió al decirme adónde iba.

Paul vio la confusión en sus ojos. Exhaló un suspiro.

—Qué lástima, la verdad, porque habría sido una historia preciosa —aguardó un momento. Debía conseguir que la chica pensara, en lugar de que siguiera simplemente padeciendo—. Entonces, ¿por qué razón concreta habría venido aquí? —preguntó al fin—. Es decir, su madre no estaba enferma, ni nada parecido. Por lo que dices, tenía un puesto en una investigación que para él era importante. No lo capto. Aunque, la verdad, no entiendo por qué iba a decir que venía aquí si no era así.

Elaine se miró los dedos.

—Se había vuelto taciturno —dijo—. No sé.

Sacudió la cabeza.

—¿Quieres oír algo curioso? Soy capaz de imitar casi a cualquiera, de verdad, siempre he tenido habilidad para eso, pero no soy capaz de imitar a John. Nunca he podido. Como si realmente no pudiera... pillarle. No sé, a lo mejor eso significa que le quiero, ¿no crees? —Elaine sonrió con pesadumbre—. Y en cambio he visto a su madre, ¿cuánto?, diez minutos, y podría pasarme la vida

imitándola.

Paul observó a la chica. Cuando sus ojos se encontraron, él enarcó una ceja.

—Adelante, pues.

—¿Qué? ¿Que la imite?

—¿Por qué no? Sería más divertido que llorar.

—De acuerdo.

Elaine pensó por un instante. Cerró los ojos y se quedó muy quieta. Entonces su cara se relajó un poco y de algún modo dejó de ser asimétrica. Los labios se tensaron y se hicieron más estrechos, los ojos se dilataron, la nariz era más adusta, más puntiaguda, los hombros se elevaron por encima de la mesa y se ensancharon. Con una voz completamente distinta, más brusca, profunda, más aristocrática, dijo:

—Hay muchísimo trabajo por hacer en la clínica, lo siento. ¡Cielos, voy tarde! Vamos tan escasos de personal... Pero, Elaine, querida, descuida y no te preocupes, estoy segura de que todo esto no es más que un pequeño chispazo comunicativo. Permíteme telefonar para pedir un taxi. ¿Hola? Habla Helen James. Sí. Exacto. Enfrente de los jardines Lodhi —dijo unas pocas palabras en jerga fluida, que sonó vagamente a hindi—. Ahora, sí, si no le importa, en cuanto sea posible, hay gente que depende de mí, gracias, gracias, es muy amable por su parte —luego, como si hablara a alguien a distancia, continuó—: Paul se ocupará de ti, ¿verdad, Paul? Asegúrate de que Elaine encuentra un hotel decente, y trataremos de resolver el problema de John mañana.

Paul prorrumpió en una carcajada.

—¡Fantástico! Has dado en el blanco con ella. No puedo creer que sólo la hayas visto una vez.

Al mismo tiempo, recordó cómo había estado Helen aquella tarde, angustiada, convulsa, y cómo se había recompuesto de inmediato cuando sonó el timbre de la puerta. Qué tranquilizador, pensó Paul, que por muy afligida que estuviera, Helen James no fuera la clase de mujer que pidiese jamás que cuidaran de ella; nunca haría que uno se sintiera culpable.

—Tienes un verdadero don —alentó a la chica.

—¡Pero eso era precisamente lo que Hanyaki detestaba! Ya ves. Decía que era demasiado obvio, y que yo era condescendiente con la persona a la que imitaba. Pensaba que tenía complejo de superioridad. Que, de alguna manera, yo señalaba con el dedo a los personajes, en lugar de convertirme realmente en ellos.

Paul se preguntó si a la joven la inquietaba más su situación en el trabajo que su novio.

—Tal vez sea sólo un problema con este director —la tranquilizó—. A algunos actores les ocurre, por lo que he oído —entonces, por instinto, preguntó—: ¿No sería él el tipo con quien John pensaba que tenías una aventura?

Elaine se quedó mirándolo fijamente.

—¿Cómo lo has sabido?

Paul se encogió de hombros. La chica había dejado el cuchillo y el tenedor y se había llevado las manos a las mejillas. Había algo muy pueril en las uñas mordidas. A continuación Elaine recorrió el restaurante con una mirada cargada de intención.

—¡Qué elegantes son las mujeres gordas! —dijo. Con aplomo deliberado imitó el gesto de

echarse un chal al hombro, haciendo una pequeña reverencia con la cabeza, al estilo indio. De inmediato adoptó un aire adulto, incluso anciano. Y yo que creía que no estaba mirando, pensó Paul.

Elaine volvió a la comida. Un instante después, le dijo:

—Lo curioso con la familia de John era que, aunque nunca llamaban por teléfono ni escribían correos electrónicos y apenas se veían, él estaba asombrosamente apegado. Siempre hablaba de ellos. Quiero decir de un modo en que yo nunca hablo de mi familia. Nadie conocía a John sin que al cabo de dos minutos supiera que era el hijo de Albert James. Y supiera también de su madre. Estaba muy orgulloso de ellos. Por eso estaba tan convencida de que lo encontraría aquí.

Paul coincidió en que era curioso.

—¿Te apetece ir al centro —preguntó— si ha parado de llover?

—Y me siento tan estúpida... —se lamentó Elaine—. Pienso, si me hubiera comportado de otra manera, un poquito distinta, o... o si hubiera visto venir que iba a marcharse, si lo hubiera sospechado, nada de esto habría ocurrido. Nada de esto.

—Si la gente viera venir lo que le espera —la consoló Paul— no tendríamos historia, ¿no te parece?

En aquella fracción de segundo se le ocurrió que en eso debía de consistir precisamente el proyecto de Albert James, a fin de cuentas: en no tener más historia.

No iba a ser una noche cualquiera. Helen no estaba tan ciega como para no advertir un cambio de color en el aire, un cambio de tiempo. Sin embargo, no había nada decidido aún. Se subió al taxi y contempló los estragos de la tormenta, las ramas partidas, las señales de tráfico caídas, la basura derramada por doquier. Observó la lluvia cayendo con fuerza sobre el paisaje desastrado, a los perros merodeando alrededor de las alcantarillas anegadas. Había visto todo aquello antes. No pensó nada, y al mismo tiempo supo que la noche estaría llena de pensamientos. No debería haberle hablado a Paul con tanta franqueza. Una línea de defensa había quedado arrasada. Un ejército de arrepentimientos preparaba el asalto final. Adelante a toda costa, se dijo Helen.

Pagó al conductor a las puertas de la clínica y, como de costumbre cuando hacía la guardia de la noche, firmó su entrada con una hora entera de antelación. Llevó a cabo una serie de acciones mecánicas que le infundían tranquilidad. Se quitó los zapatos, abrió su consultorio y se puso la ropa del hospital, los zuecos que usaba en el trabajo. Echó un vistazo al registro de admisiones, fue a la sala y caminó entre las camas, saludando con la cabeza a los que conocía, examinando los informes de los que no, mientras escuchaba a la enfermera del turno de tarde, una musulmana de mediana edad enfadada por que las visitas llevaran comida y lo dejaran todo hecho un asco.

—¡Deberíamos imponer un poco de disciplina aquí dentro! —insistió—. Le ruego que hable con ellos, doctora James; haga el favor de recordarles nuestras normas.

Helen advirtió que Than-Htay ocupaba aquella noche una de las camas.

—Ha estado tosiendo —dijo la enfermera. Bajó la voz—: Sangre.

El chico siguió a Helen con los ojos, pero no habló.

Se acercó a la bulliciosa familia hindú que había llevado un surtido de dulces y tarjetas a una tía enferma. Helen sonrió y ellos guardaron silencio.

—Buenas noches, señora —dijo uno de ellos.

En voz baja, Helen les recordó las normas, las horas de visita, el número de amigos y familiares permitido, lo que podía o no podía llevarse a la sala de los pacientes allí internados.

—Lo sentimos mucho, señora —se disculpó de inmediato el más mayor del grupo.

—Enseguida nos vamos —prometió otro.

—Es culpa mía, señora —dijo la enferma—. Hoy es el aniversario del fallecimiento de mi pobre esposo y estamos recitando el *puyá* por él.

La enfermera meneó la cabeza mientras la familia salía en piña por la puerta, riéndose y llamándose al silencio unos a otros.

—Connigo fueron groseros —se quejó.

—Te mandaré a alguien para que barra el suelo —dijo Helen.

Volvió a consultas externas y se quedó mirando mientras un anciano doctor de gorro blanco distribuía pastillas y administraba inyecciones a quienes acudían a la clínica después de la jornada laboral. No habían venido muchos con el mal tiempo, le dijo el doctor. Un chaval que había perdido un brazo desvió la mirada y habló en voz alta mientras le curaban el muñón. Había olores penetrantes

a la ropa mojada y desinfectante. Helen salió a tomar un té con Martin, el cooperante holandés, que le habló de un caso que les habían derivado desde un hospital estatal local durante la tarde. La mujer padecía cáncer de colon. Los médicos del hospital público la habían abierto para operarla, habían echado un vistazo, la habían cosido de nuevo y la habían mandado allí a morir.

A Helen le gustaba Martin. Le gustaba su acento holandés, su seriedad. Se dio cuenta de que parecía costarle irse a casa tras cumplir con sus horas de trabajo. Tal vez le apeteciera conocer a Elaine, pensó. Podía enseñarle la ciudad. Helen no iba a pensar en John. Si su novia no sabía dónde estaba su hijo, ella desde luego tampoco. Estaba claro que no quería que nadie lo supiera. Helen esperaba fervientemente que no estuviera en Delhi. No hay nada para John en Delhi, pensó. Está mucho mejor lejos de mí.

Le preguntó a Martin qué plan tenía para aquella noche. Iba al cine.

—Algo de Bollywood —estaba intentando aprender un poco de hindi. Comentó—: Tú ya llevas mucho tiempo aquí. Conoces la lengua y todo.

—Cinco años nada más. Vine con mi marido, que estaba metido en una investigación. Antropología.

—Qué interesante. Me encantaría conocerle.

—Murió justo después de Año Nuevo.

A Helen le pareció extraordinario que otro miembro de la plantilla no conociera aquellas circunstancias alrededor de las cuales giraba su existencia. Sin embargo, ¿por qué iba a estar al corriente? Martin había llegado en marzo.

—No, no te preocupes, por favor —lo tranquilizó—. Es sólo que ahora no me decido entre quedarme aquí en Delhi o seguir mi camino.

—Supongo que te has ganado el derecho a volver a casa, a tu país.

Helen negó con la cabeza. El joven irradiaba una solemnidad encantadora. Su brazo desnudo sobre la mesa estaba cubierto de vello rubio. La cucharilla se hacía sumamente pequeña entre sus dedos.

—Nunca pienso en el trabajo en esos términos —dijo—. Se me había pasado por la cabeza ir a Bihar, a echar una mano con el kala-azar que tienen allí. No sería difícil sustituirme aquí, y conozco el kala-azar, podría ser útil.

—Es muy valiente por tu parte.

—No se trata de valentía. Es lo que he hecho siempre.

Muchos cooperantes, por lo que Helen había observado con los años, venían a demostrarse algo a sí mismos, a hacer penitencia, tal vez, y luego volvían a su país sin dinero en los bolsillos pero con una pequeña fortuna en capital moral: toda la vida, siempre que la desigualdad levantara su rostro acusador, podrían decir que habían dedicado a los pobres del mundo todo un año de su tiempo. Helen nunca iba a volver «a casa». Nunca le daría esa satisfacción a su madre.

Le dio las buenas noches al holandés y repasó la lista de material rutinario con el médico de la guardia de la tarde. El doctor Naik era un tamil atildado y menudo, de piel muy oscura, con un bigote bien recortado, dientecitos cuidados y unos dedos que delataban una prolija manicura. Pasaron revista al inventario de fármacos de emergencia: antibióticos, anticoagulantes, morfina. Cada vez que

Helen veía los paquetes verdes y blancos de insulina sentía agudizarse su conciencia, el conocimiento que anidaba en su interior la recorría como una corriente poderosa. «Hazlo esta noche, Helen. Esparce mis cenizas en el Yamuna, a su paso por la ciudad, junto al resto de la porquería».

—Catorce cajas —contó.

—Bastantes para dar muerte a un adorable elefante —se rió el doctor tamil.

Se apresuró a marcharse y Helen pasó un rato de pie en la ventana, viendo caer la lluvia en una estrecha callejuela. Caía sin cesar, como si llevara a cabo un proceso de limpieza lúgubre pero decidido, formando hilillos en el ladrillo y los tablones, repiqueteando en el plástico ondulado. Pensó en el agua arrastrando el polvo y la suciedad de la ciudad hacia el río, hacia el mar. Estaría lloviendo fuerte sobre el monumento a los niños muertos bajo el puente de Wazi, llevándose la mierda y las cenizas, las semillas secas y los pétalos caídos. ¿Por qué su trabajo en la clínica había perdido el significado tras la muerte de Albert? ¿Era acaso porque ella misma había abierto la caja verde y blanca y había administrado el fármaco con sus propias manos? La había engatusado para que traicionara su vocación, y ahora ya no podía seguir ejerciéndola... ¿Era eso? ¿O había sido una prueba para ver si de veras obedecía, igual que Abraham e Isaac? Tal vez no debía hacerlo realmente. Quizás debía detenerme en el último momento. «A lo mejor Albert no quería tu ayuda», había dicho Paul. Helen no acertaba a entenderlo.

—Te echo de menos, Albert —musitó—. No debiste dejarme así. No debiste inducirme a hacerlo.

A las nueve de la noche tomó oficialmente el control de la clínica. El doctor Naik se había ido. No estaba sola, en cualquier caso. Había una enfermera de noche, y más de media docena de empleados del servicio dormía en el patio trasero o, en noches como aquella, en esteras en la cantina. Tantos años atrás necesité a Albert para escapar de Inglaterra y mantenerme alejada, reflexionó. Para huir de mi madre y de mi hermano. Ah, pero fue mucho más que eso. Fue inexplicable. De repente se apoderó de Helen una agitación enorme. Qué terrible pérdida de compostura había sido irse de la lengua con aquel americano pegajoso.

—Yo no soy así —dijo en voz alta—. Me niego a ser así.

Un hombre joven había sido admitido por la tarde con dolores intensos en los muslos. A las diez la enfermera le tomó la temperatura y la tensión, y le administró otra dosis de sedante y anticoagulante. El proceso diagnóstico empezaría al día siguiente. Aquella no era una enfermera con formación plena, sino una estudiante de Medicina que adquiriría experiencia, otra chica musulmana. Ésos eran los atajos que debía tomar la clínica. Helen la mandó a la sala de personal a descansar. Habló unos minutos con una madre que yacía en una estera junto a la cama de su pequeño.

—Se pondrá bien a partir de ahora —le dijo Helen a la madre—. Ya ha pasado la crisis.

Llevaba toda la vida diciendo aquellas cosas. Luego fue a sentarse al lado de Than-Htay.

Las luces del dormitorio iluminaban tenuemente las veinte camas, provistas todas de los cobertores verdes y las sábanas blancas propias de las instituciones. Las ventanas estaban abiertas para que entrara el frescor que pudiera traspasar las cortinas impermeables. El zumbido de los ventiladores de techo y el tamborileo de la lluvia se mezclaban con los suspiros y los ronquidos de los pacientes. Un hombre de unos cuarenta años yacía despierto mirando el techo, con el turbante aún

enrollado sin perder su forma sobre la estantería baja que había a su lado, mientras el cabello largo y canoso se desparramaba enmarañado sobre la almohada. Una adolescente daba vueltas de un lado al otro. Albert había pasado sentado así muchas guardias nocturnas en aquella y en otras clínicas, en parte para ayudar cuando andaban escasos de personal, en parte porque le interesaba saber hasta qué punto el comportamiento condicionado por la cultura penetraba en los hábitos de sueño. Era otro de sus excéntricos proyectos. Los musulmanes que se levantaban en plena noche a rezar, por ejemplo. ¿Dormían de una manera característicamente musulmana? Albert era del todo capaz de pasar la noche en vela observando y tomando notas, para llegar luego a casa e imitar un ronquido o, en una ocasión, a un sonámbulo. A veces hablaba en voz baja a un enfermo que no podía dormir; el idioma no era la cuestión; siempre podía decirle al devoto en qué dirección mirar a la Meca. Helen había admirado su solicitud y su discreción.

Sin embargo, en otras ocasiones había engañado a Albert durante las guardias nocturnas. Hacía el amor con doctores jóvenes y agradables como Martin, e incluso con doctores no tan agradables, incluso tipos cerdos, egoístas y movidos por el ansia de poder como su propio hermano. Le gustaba hacer eso, que aquellos hombres la desearan, practicar el sexo y no sentir nada por ellos, nada en absoluto. ¿Por qué se lo había contado a Paul? ¿Por qué poner tu vida al descubierto con el hombre que podía coger una pluma y escribirlo todo? ¿O era acaso precisamente porque podía hacer eso? Nunca volvería a casa a encontrarse con su odiosa madre, con su hermano fanfarrón e ignominioso, con todos los horrendos valores y actitudes intrigantes, profundamente hipócritas, del mundo de su niñez.

Sin embargo, ¿por qué lo odiaba tanto?

Sentada en un taburete en la sala poco iluminada, junto a la cama de aquel joven enfermo, a Helen la asaltó cierto asombro al darse cuenta del modo en que se había criado, de la clase de persona en la que se había convertido. ¿Cómo había ocurrido?

—Hablábamos de todo en la teoría —dijo en un susurro—, ¿no es cierto, Albert? Hablábamos sin cesar sobre cómo las personas desarrollan personalidades distintas en sus distintos países y circunstancias diversas, sobre cómo cada mente se integra con sus orígenes. Pero nunca hablábamos de nosotros mismos. Nunca hablamos realmente de mi familia, de mi guerra con mi madre y Nick.

Helen murmuró aquellas palabras en voz alta, como si su marido estuviera allí, junto a ella.

—Y nunca hablamos tampoco de la habitación de tu hermano, ahora que lo pienso —a pesar del interminable análisis de toda forma posible de comunicación que Albert llevaba a cabo, de hecho nunca habían hablado de la fotografía de la funesta novia a la que alguien le pasaba un paño.

«Ya te lo he enseñado», había dicho él al tiempo que cerraba la puerta, y la conversación se zanjó para siempre.

En ningún momento a Helen se le pasó por la cabeza dejar a Albert por los otros hombres con los que mantenía relaciones sexuales, los doctores, administrativos, en ocasiones incluso pacientes. Ninguno de ellos había poseído ni una décima parte de la inteligencia y la ternura de su marido. Ninguno de ellos sabía cómo combinar la sabiduría y el silencio. Hablaban por los codos. Querían obtener información sin comprender. Bla, bla, bla. Su madre también hablaba sin parar. Helen detestaba a los habladores. Nick siempre alardeaba interminablemente de sus novias, sus coches, su

dinero. Su hermano era un cretino. Era el silencio de Albert lo que me sostenía, comprendió, su discreción decidida. Qué extraño.

No debo hablar sin ton ni son con el americano, decidí.

—No lo hagas —se ordenó Helen—. No hables con él.

Albert sabía mucho, pero guardaba silencio. Era su silencio, unido a ese conocimiento, lo que resultaba tan cautivador. Albert había comprendido la relación de Helen con su madre y con su hermano. Sin hacer mención de ello, supo que ella debía abandonar el campo de batalla. Tenía que irse de Inglaterra. No había necesidad de discutir el porqué. De lo contrario no habría hecho otra cosa en la vida que luchar contra ellos; me hubiera devorado. No habría conseguido nada.

Sí, Albert lo entendió, Helen lo recordaba. De hecho, le costaba pensar en algo que Albert no hubiera comprendido. Su conocimiento abarcaba el mío. La única ironía era que, al final del día, nada de aquella intuición extraordinaria se hubiera convertido en un verdadero hito científico. Al final del día, Albert había fracasado. «Toda comunicación relevante —había leído en uno de sus artículos para una conferencia en Los Ángeles— ocurre sin el lenguaje, o tras el lenguaje, o a pesar del lenguaje». Pudo ver que los eruditos no lo entendían. Aquellas cosas eran difíciles de demostrar. No se parecían a una habitación que pudieras mostrar plagada de telarañas, a una fotografía en una mesilla de noche.

—Escribías tus artículos para mí —dijo Helen en un murmullo—, ¿verdad, Albert?

Durante toda su vida de casados, Helen había estado convencida de que su marido pasaría a la historia por ser uno de los más grandes pensadores de su época. Se había sentido a salvo con él, orgullosa de él, orgullosa de haberse casado con él. Y, en lugar de eso, Albert no había conseguido nada. Todo el pensamiento de Albert había quedado en nada. La putilla de Chicago le había destruido, le había agotado de toda su energía. Un hombre con aquella habitación cubierta de polvo a sus espaldas jamás hubiera tocado a una prostituta menor de edad. Helen lo sabía. Sabía que era su padre el que limpiaba el polvo de la fotografía. No había hecho falta que Albert se lo dijera. ¿Qué podía hacer ella, salvo trabajar como una posesa para limpiar su nombre? Entonces, justo cuando la batalla estuvo ganada, Albert había dejado de hacer el amor. Había interrumpido cualquier contacto físico.

—¿Por qué? ¿Por qué hiciste eso, Albert?

Helen permanecía sentada, quieta, en la cama de Than-Htay, escuchando la respiración y las vueltas y los suspiros súbitos de sus pacientes, enlazando y desenlazando las manos. Albert no pasó nunca una noche en una cama de hospital, recordó. Ni una sola vez. ¿Acaso no era extraordinario?

Cerró los ojos. Ahí venía de nuevo. El pensamiento regresaba, el pensamiento en el que desembocaban todas las demás cosas que pasaban por su cabeza: no fue por miedo al padecimiento físico por lo que Albert le había pedido la muerte. Ésa es la verdad y debes afrontarla. No fue por temor al dolor y a los fármacos.

—Era por el final de nuestra unión —susurró Helen—. ¿A que sí, Albert?

O, más bien, Albert no iba a permitir que acabara, no mientras siguiera con vida. Aquél era el padecimiento que no quería soportar, ni que lo soportara ella; aquello era lo que no debía ocurrir. Su unión no debía acabar. Si alguna vez tuvimos una verdadera ceremonia de unión, cayó en la cuenta

Helen, aunque ahora no dijera las palabras en voz alta, fue cuando Albert había dicho: «Hagámoslo ahora, Helen. Hagamos algo que no pueda deshacerse jamás».

Than-Htay tosió. La tos lo despertó. Se convirtió en un acceso. Con el pecho sacudido por las convulsiones, el adolescente se incorporó sobre los codos en la penumbra. Otros en el dormitorio se agitaron en sus camas. Helen se puso de pie y le colocó una mano detrás de la cabeza, lo izó un tanto, le limpió la boca con toallitas de papel. Recuperando la respiración, sus ojos no acusaron sorpresa al verla allí. Sin embargo, su expresión era de resignación y derrota.

—¿Estás bien?

El chico tosió. La caja torácica se tensó.

—¿Te sientes bien? —le preguntó en hindi, en gujarati.

No respondió. No articuló palabra ni hizo signo alguno.

Aun cuando no oiga gran cosa, tiene que haber visto mis labios moverse, pensó Helen. Debe de saber lo que le estoy preguntando.

El chico se recostó de nuevo en la almohada. Había una mirada de reproche en sus ojos. Quiere morir, pensó Helen. O aguarda la muerte. No tiene nada. Ni familia, ni fuerzas, ni futuro. Todos sus recuerdos son malos.

Helen se puso en pie, cruzó la sala y giró a la izquierda en el pasillo. Caminó con paso enérgico hasta su despacho, al final, entró, abrió con llave un armario y bebió a morro de una botella de Royal Challenge. Se detuvo, sosteniendo el tapón por encima del cuello de la botella, como a punto de volver a enroscarlo, y bebió de nuevo. Tanto Albert como ella se habían convertido en bebedores asiduos en los últimos años. La rutina los ayudaba a pasar el día, y luego se abría aquel hueco entre el trabajo y el sueño en que uno bebía. Hablaban mucho cuando bebían, pero nunca de las cosas de las que no debía hablarse.

Helen dio otro trago largo y se miró en el cristal barato del armario. Vio la botella apretada entre sus labios, el destello suave de los ojos por encima.

—Me trataste como a un dios, no como a un hombre —susurró Albert.

Helen se puso rígida y bajó la botella. ¿Cuándo había dicho Albert aquello?

—¿Albert? —lo llamó en un hilo de voz.

No atinaba a recordarlo. ¿Lo había dicho? ¿O es ahora? ¿Ha dicho eso ahora?

—Me trataste como a un dios, Helen.

La bebida se le ha subido a la cabeza. Sin embargo, era cierto que lo ponía en un plano distinto. Siempre lo hice, desde el principio.

¿Acaso se oculta en las sombras, a sus espaldas? No se volvió. ¿Podía estar observándola?

Había tratado a Albert como a un dios. Sí. Por encima de la moralidad, por encima del conflicto. Todos los demás hombres no eran nadie. Paul no era nadie, pensó. Paul iba buscando un dios cuando se volcó en Albert; pero Albert se apartaba siempre de gente así.

Ahora el americano trataba de hacer de ella una santa.

Helen había querido que John idolatrara a Albert. En cambio, el chico lo criticaba. John era petulante y estaba lleno de resentimiento. Se aferraba a mí y lo criticaba. No debo vivir con Paul, decidió Helen. Empezaré a decir chorradas. Empezaré a deshacer todo lo que hicimos juntos. En ese

momento vio que en realidad ése era el único modo de darle un sentido al futuro: deshacer lo que había hecho con Albert. Tenía que soltarlo, dejar que menguara y se convirtiera en algo más pequeño y más humano.

—Pues bien, no lo haré —dijo entre dientes. Era horrendo. Era una farsa. Levantó de nuevo la botella, tomó de nuevo un trago largo, enroscó el tapón otra vez y la guardó en su armario.

Than-Htay no quiere vivir, se dijo Helen. Era curioso que Albert nunca quisiera hijos propios y en cambio encontrara hijos sustitutos por todas partes, tanto chicos como chicas. Se había hecho amigo de Than-Htay de inmediato. Le gustaba trabar amistad con personas que no pudieran seguirle, personas que no trataran de ser discípulos intelectuales. Los discípulos incomodaban a Albert.

Puesto que los pacientes estaban tranquilos en aquel momento, Helen podría haberse tumbado un rato; tenía un colchón en su despacho. La enfermera haría sus rondas a medianoche, a las dos, a las cuatro. Entonces se oiría la llamada a la oración desde la Jama Masjid, la llamada a otro día sin Albert. A las seis llegaría el doctor Devi. Sin embargo, todo eso parecía muy lejano. Aquellos pensamientos habían traído una idea. No, no es una idea nueva, no es nueva en absoluto; por el contrario, Helen es consciente de que no ha pensado en otra cosa desde que murió su marido.

Fue hasta la sala y abrió la pequeña habitación del servicio que daba al patio trasero de la clínica. Descorrió el pestillo de la puerta principal, la empujó unos pocos centímetros y atisbo el exterior. La lluvia no daba muestras de amainar. Las grandes plantas, en sus tiestos, se estaban llevando una buena tunda. Había buganvilla y jazmín. Había hierbas aromáticas frescas para la cocina de la clínica. Entre cuatro paredes altas de ladrillo, el patio estaba oscuro y apartado, aunque hasta allí se filtrara el ruido de la ciudad. Los interminables bocinazos de Delhi se habían reanudado tras la tormenta; se oyó el ruido del agua que caía por un canalón roto, gritos y risas del edificio de enfrente, donde titilaban luces detrás de las cortinas en el segundo y tercer piso.

Helen escuchó. Tras este patio, ella lo sabía, había una presión de población enorme, la Vieja Delhi, un sinnúmero de personas viviendo en la pobreza, muchos de ellos musulmanes que habían sobrevivido a la Partición.

—Un día de violencia sectaria puede barrer todas las vidas que has salvado en treinta años —musitó. Sin embargo, tal cómputo carecía de sentido. Carece de sentido buscar razones a lo que has hecho. Lo has hecho y punto.

No quiero ver a John, decidió. No debo. Helen siente ahora que su hijo está cerca. Percibe que está en Delhi. Ha venido. ¿Qué está haciendo aquí?, se preguntó. ¿Por qué me persigue?

—John es una carga —dice en voz alta.

Por su propio bien, lo mejor sería que no me viera. Necesita liberarse de estas raíces, o de este desarraigo. Las explicaciones no ayudarían en nada. Con la muerte de Albert he perdido la facultad de mantenerme callada, era consciente de ello. Había perdido su equilibrio. He empezado a hablar por los codos. Pues bien, no debe hablar por los codos con John. Terminantemente, no debes hacerlo.

De repente, una carcajada estridente y aguda resonó desde el otro lado del patio. Una voz se alzó por encima del tamborileo de la lluvia, luego otra. Era una voz desgarradora de mujer, después un hombre rugiendo su apreciación. Un instante más tarde alguien puso música, un sonido vibrante. La gente se divertía, vivía, tal vez pronto estarían haciendo el amor.

Than-Htay nunca hará el amor, pensó Helen. La idea acudió con la fuerza de algo que simplemente se sabe, sin más. El chaval nunca haría el amor. Y tampoco debo yo.

Than-Htay ha pasado por cosas, Helen caviló, que le han arrebatado todo deseo de vivir, todo deseo de hablar. Estaba en el pasado. Era incurable.

Qué extraño haber traicionado a Albert con tanta facilidad mientras estaba vivo, y sobrellevarlo tan penosamente ahora que estaba muerto.

Era por el hecho de que Than-Htay no tuviera deseos de vivir, pensó entonces Helen contemplando la lluvia, que Albert no lo había empujado a volver a la clínica a recibir tratamiento. No resultaba extraño. Albert no temía la desesperación de los demás. De haber estado con vida en aquel momento, Helen habría arremetido contra él con fiereza por esa decisión. Habríamos discutido encarnizadamente. Ahora, no obstante, sin que él estuviera presente para combatir, se dio cuenta de que parte de ella siempre había estado de acuerdo con Albert, parte de ella había sospechado siempre que estaba en lo cierto.

¿Por qué siempre se burlaba de mí? Sabía que mis protestas eran vanas; no pude nunca pelear con él hasta el fondo. Ahora era como si Helen tuviese que ser ambas personas en una, debía discutir consigo misma dentro de su cabeza del modo en que Albert solía discutir con ella; debía observar como observaba él, burlarse de sí misma como él lo hacía. No podía evitar burlarse de sí misma.

Era extenuante.

En la oscuridad, un cuervo había empezado a graznar. El sonido era extraño en medio de la lluvia negra. Se levantaba y caía monótono, cra, cra, cra, hasta que apenas fue un sonido sino un ritmo, una invitación a la oscuridad y a la lluvia. El tañido de la cítara se extinguió. Una ventana se había cerrado. En su lugar, el ave animaba la negrura, posado en alguna cornisa, quién sabía dónde. Confería un pulso a la lluvia. Helen imaginó su buche, hinchándose y contrayéndose. Cra, cra. Entonces oyó un batir de alas. Llegó otro pájaro. El sonido se redobló. El ritmo adquirió fuerza, semejante a las aguas que confluyen en una crecida. Cra, cra, cra, cra.

Si por lo menos Albert estuviera de verdad a mi lado, pensó. Aquéllos eran los momentos en los que se había sentido fuerte y amada por él, a su extraña manera, los momentos en que se sentía ella de veras, por oposición a él; no cuando había tenido que medir sus fuerzas con hombres de menor valía que sólo combatían por el placer y el poder. Fui con otros hombres a fin de volver a Albert, murmuró. Qué extraño.

—Eras un dios —le dijo—, ésa es la verdad.

Siempre observando, siempre pasando por alto las cosas como un demiurgo. Helen recordó haberle cerrado los ojos por última vez.

—Ver por los dos es duro —murmuró Helen.

Salió al patio, bajo la lluvia. Le habría gustado ducharse con ella. «Quiero disolverme en el río», había dicho Albert. La corriente se lleva el día consigo. Albert había mencionado ciertos sueños, pero no le había prestado atención. Él no quería que ella prestara atención a todo lo que decía. Sueños de inundación y creación, sueños de crecidas, borrón y cuenta nueva. Volvió el rostro hacia el cielo y la lluvia fresca le dijo lo inflamadas y tensas que estaban sus mejillas.

—¿Doctora James?

—Souk.

—He estado buscándola por todas partes. El joven está tosiendo, doctora.

Helen cerró la puerta a los cuervos y se apresuró a volver a la sala. Than-Htay yacía de costado, con las rodillas replegadas en el pecho, mientras tosía convulsamente y esputaba en pedazos de papel. Helen le tocó la frente, comprobó el pulso. La piel estaba macilenta, los ojos inyectados en sangre.

—Lo pondré en mi despacho —dijo—. De lo contrario los despertará a todos y asustará a los más pequeños.

La enfermera se sorprendió.

—¿Cómo va a descansar usted, doctora?

—Descuida —dijo Helen—, no tengo sueño. Iré a buscar una estera —luego, volviendo al chico, dijo en voz baja y dulce—: Than-Htay.

Envolvió al chico en una manta, le puso la almohada en una mano, encontró sus zapatillas y lo condujo despacio por el pasillo hasta su despacho. Era consciente, mientras lo sostenía del brazo, de la fragilidad de sus hombros y del olor a enfermedad de su piel húmeda. Era consciente de dedicarle más tiempo y atención a aquel muchacho enfermo que el que había tenido para su propio hijo, aunque a cambio nunca había obtenido una sola palabra. Tal vez era por eso. El muchacho era tan sólo su enfermedad, su silencio. Aquello la atraía.

En su despacho desenrolló el fino colchón que usaba en las guardias nocturnas. Él se quedó sentado en el borde de una silla, sacudido por temblores violentos.

—Tumbate, Than-Htay —le dijo. Tuvo que soltar la almohada del puño con que la aferraba.

Permaneció allí estirado, temblando y tosiendo. Helen apagó la luz. Por unos momentos se quedó mirando, luego se quitó los zuecos y se tumbó a su lado. Tan sólo entonces se dio cuenta de que estaba mojada por la lluvia. Tenía la bata empapada.

El colchón era estrecho y apenas había sitio para los dos. El chico estaba aletargado por la fiebre. Sin embargo de repente se dio media vuelta y la abrazó a ciegas, se apretó contra sus ropas mojadas.

Helen quedó cara a cara con él, abrazada a su cuerpo huesudo, adolescente, y a la enfermedad que exudaba. ¿Quién es este chico en realidad?, se preguntó Helen. ¿A quién imaginaba él a su lado?

Su mejilla rozaba la mejilla del muchacho. Sentía su mal aliento. Bueno, había tenido más de un amante con halitosis. Mi aliento debe de oler a whisky, pensó. Una mano le agarró los dedos y al hacerlo se sintió más conmovida que en cualquier momento con Paul.

Helen exhaló un hondo suspiro e intentó simplemente estar allí para el chico, estar presente. Ella había entregado su vida a combatir aquel sufrimiento. «Un enemigo que no te defraudará nunca dándose por vencido», había comentado Albert.

Albert está aquí en las sombras. Sí.

—Nuestra unión no ha terminado aún —susurró Helen—. La mantienes viva con tu muerte.

Paul, en cambio, se había dado por vencido enseguida. Paul había accedido a hacer exactamente lo que ella le había sugerido y, de algún modo, aquello la había llevado a empezar a hablar sin sentido, liberándose de su carga como una estúpida, como una estúpida de remate. Su hijo también se

daba siempre por vencido y, cuando lo hacía, de nuevo ella sentía la urgencia de decir cosas que no debía, de abrirle su corazón.

Gracias a Dios que no había hablado con él cuando vino para el funeral. Había habido un momento.

—No hablaré nunca —murmuró Helen, abrazando con fuerza al chico mudo.

Se desabotonó la bata, se la quitó y atrajo a Than-Htay hacia su piel. Estaba ardiendo. No iría nunca a los lugares que debían permanecer sagrados y silenciosos. No quería cambiar. No diría nunca, Albert y yo sólo éramos así por tal o cual trauma, por culpa de esta madre, de ese hermano. No.

—No quiero volver a amar.

La decisión fue tomada en aquel momento. Helen James se disolvería en cambio en la enfermedad de aquel chico, en su cuerpo mórbido y en su hediondo aliento tuberculoso. Fuera alcanzaba a oír la lluvia y los cuervos; sentía el rumor distante de la ciudad y la fuerza del río, con sus lavanderas y sus piras funerarias.

Paul había esperado que la lluvia amainase, pero no había sido así. Al pensar que Elaine necesitaba distracción, hizo que el taxi los llevara más allá de la Puerta de la India, y luego remontara y descendiera por el complejo del Parlamento. Vista tras las ventanillas empañadas a través de la lluvia constante, remota en su pomposidad iluminada con focos, la inmensa pila de arenisca del Raj parecía disolverse en la templada y húmeda noche india. Después viraron de nuevo y enfilaron hacia el casco antiguo por los Ghats, mientras el taxi viejo traqueteaba con ruido y salpicaba por el asfalto irregular.

—Ése es el monumento a Rajiv Gandhi —señaló Paul.

El tráfico era intenso y la lluvia brillaba al bies en el aire iluminado. Más curiosos le parecieron a Elaine los animales empapados en los márgenes de la carretera, los hombres que prendían fuegos bajo tenduchos improvisados. Sin embargo, incluso aquellas visiones mantenían su atención sólo por momentos. Al cabo de unos minutos tomó al hombre de la muñeca.

—¿Crees que deberíamos avisar a la policía?

La mano de la chica estaba tensa y viva y fue un placer para Paul sentir su tacto en la piel. Sentado junto a ella en el taxi, podría haber estado viajando con cualquier chica del plantel de jovencitas con las que había salido en el transcurso de sus dos matrimonios y a partir de entonces, todas más o menos de la edad de Elaine, todas infinitamente deseables.

—Quiero decir que, se mire por donde se mire, ha desaparecido —Elaine insistía—. ¿O no? Se marcha abandonándolo todo, dejando una nota con un destino falso para que nadie vaya a buscarlo. Creo que habría que informar a la policía.

—Lo hablaremos con Helen mañana —dijo Paul—. Mira la cúpula a tu izquierda. La Jama Masjid, la mezquita más importante de Delhi.

—¿Y si se ha suicidado?

—¿Qué dices?

—Ya sé que es ridículo, pero ¿y si ha hecho algo a la desesperada, porque pensaba que lo estaba engañando?

Paul la tranquilizó.

—La gente no hace esas cosas, Elaine. Puedes creerme. Amenazan con ello, pero nunca lo hacen. Mira, me quedé por lo menos un año más de lo debido con mi segunda mujer porque decía que se mataría. Llévenos a la izquierda, siguiendo la vía —le dijo al conductor inclinándose hacia delante; el coche iba ya a paso de peatón—, y luego vuelva por las calles laterales hacia Connaught Place.

Con o sin paraguas, la gente se afanaba para pasar entre el tráfico. Había hombres trabajando para quitar de la calzada una enorme valla publicitaria que el viento había derribado junto con todo su andamiaje. La noche era un barullo de bocinazos y de animado desorden.

—Echa un vistazo a la mole de la derecha —le dijo Paul a Elaine—. El Fuerte Rojo. De los mogules. Es colosal.

Sin embargo, Elaine no estaba para distracciones.

—Pues su tío lo hizo —dijo con patetismo.

—¿A qué te refieres?

—Su tío se suicidó. Le viene de familia. Quiero decir que ¿por qué iba a desaparecer y no responder a un solo mensaje durante semanas? Siempre contestaba a los mensajes. Aunque fuera para discutir. A lo mejor lleva todo este tiempo muerto.

—Elaine —la atajó Paul con firmeza—, no seas tan truculenta. Hace falta una configuración mental bastante inusual para querer morir. Y luego un coraje de mil demonios para hacerlo de verdad. Yo nunca he conocido a nadie que lo hiciera. Al final, no importa lo deprimidos que estén, a la mayoría de la gente le encanta la vida.

Mientras decía estas palabras, Paul se dio cuenta de que, a todos los efectos y propósitos, el padre de John también se había suicidado. Y lo había hecho, Paul lo presentía sin asomo de dudas, amando la vida y puede que en absoluto deprimido, o no en el sentido corriente del término.

—E incluso si de verdad lo hubiera hecho —siguió—, por verlo desde el lado oscuro, tampoco sería culpa tuya, ¿verdad? No quiero parecer insensible, sólo digo que las decisiones de los demás escapan a nuestro control, no vale la pena darle más vueltas. ¿De acuerdo? No te atormentes.

El conductor miró por encima del hombro.

—¿Le llevo al emporio artesanal, señor? ¿Creo que su hija gusta joyería? Sólo mirar cinco minutos. Es bueno para usted, señor: llueve muy fuerte.

—No, sí que sería culpa mía —anunció Elaine con voz rotunda—. Lo sería. Y tanto que sí —no dio muestras de oír lo que el conductor había dicho. Mirando por la ventana no vio la multitud que se arremolinaba, estridente bajo las luces de neón, los curiosos atuendos por los que el agua resbalaba.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo iba a ser culpa tuya?

—Cosas muy bonitas en este emporio. Sólo mirar cinco minutos, señor.

—Porque sí tenía una aventura. Sí le estaba engañando.

—*Pashmina* verdadera, tallas de madera, muy poco común. Pendientes y collares de plata.

Elaine se había echado a llorar. Paul captó el estremecimiento que se quedó de su cuerpo. La tomó de la mano y la estrechó mientras el taxi se abría camino hasta el desvío a Chandni Chowk, y luego aceleraba hacia Mukherji Marg.

—Nada de compras hoy, me temo —le dijo al conductor.

En un bar caro situado en plena Connaught Place, Elaine desgranó una confesión minuciosa. Paul sentó a la chica en un reservado con velas y la proveyó de pequeñas golosinas picantes y vodka helado. En el claroscuro que formaban dos llamas nerviosas y las volutas retorcidas del humo de la cera, sus pechos, bajo la ceñida camiseta negra que los contenía, parecían aún más grandes y, pensó Paul, vibrantes.

—No habría sucedido si John no hubiera estado fuera —le dijo la chica. Entonces se sentía desesperada, por su carrera y todo eso, su falta de carrera, pero en cierto sentido también se había sentido abocada a hacer travesuras—. ¿Sabes? Soy diferente cuando estoy cerca de John y cuando estoy lejos de él. Cambio —en realidad, apenas sabía con certeza cómo se sentía, dijo Elaine, o no

con exactitud. Suspiró—. A menudo, simplemente no lo sé.

En cualquier caso, había ido a una audición. La enésima. Se había presentado a tantas. Y había actuado mal, creía. A veces te ocurre. Les plantean a los candidatos unas cuantas situaciones para que las interpreten: imita a una persona que descubre que es todopoderosa, a una mujer que acaba de perder a su bebé, a un chico poniéndose maquillaje —ésa era divertida—, a un fanático preparándose para la inmolación.

—Había que leer un discurso también, una especie de escenario posterior a una catástrofe de la que sólo hay un superviviente —Elaine hizo un mohín—. Dios, estuve de pena.

No salía de su sorpresa cuando la secretaria del director la llamó al día siguiente.

Paul la escuchaba. Le gustaba oír las historias de la gente, es decir, las historias de las chicas. Disfrutaba escuchando sus tribulaciones. Al fin y al cabo, lo cierto era que nunca había hecho nada para seducir a ninguna de sus mujeres, no acababa de entender por qué las atraía. Las escuchaba; las mujeres jóvenes eran prácticamente las únicas personas a las que Paul escuchaba. Les daba el consejo paternal que correspondía a un hombre de más edad, tal vez dejaba caer indicios de una vida privada intensa y llena de complicaciones que sobrellevaba a pesar de todo. Y de algún modo siempre ocurría. Abandonaban sus problemas por él. Por fugazmente que fuera.

Ahora, mientras Elaine describía su primer encuentro con el director japonés, la actitud brusca del hombrecillo, su extraño apartamento —«¡muebles negros y alfombras blancas!»—, Paul trató de imaginar el imprevisible estado de ánimo en el que la joven inglesa debía de hallarse: primero había tomado aquella decisión, sumamente impetuosa, de venir a Delhi, una decisión desesperada, a su parecer; había sobrevivido a un viaje larguísimo y lleno de turbulencias; entonces se había encontrado con que su novio no estaba allí, después de todo, como le había hecho creer; después, la madre del chico se había deshecho de ella con prisas y se la había endosado a un americano entrado en carnes pero medianamente atractivo que ahora no dejaba de llenarle la copa.

Está hecha unos zorros, se dijo Paul.

Hanyaki había sido muy halagador aquella tarde, dijo Elaine.

—Decía todo el rato que había en mí una fluidez poco corriente. Como es lógico, me gustó. Quiero decir que me lo he jugado todo por ser actriz. Hablamos durante horas.

Elaine lo pensó un instante.

—Es un hombre especial, Hanyaki. Muy sofisticado. Lo sabe todo. Me encanta su acento. Está muy marcado, no aprendió nunca el inglés como es debido y, sencillamente, le da igual. Me encanta que no le importe en absoluto. En cualquier caso, me hizo pensar en lo joven que es John. Demasiado joven para mí. Ni siquiera es un hombre hecho y derecho. La segunda vez que quedé con él, había una botella de champán y pensé, qué demonios. Estaba de tan buen humor porque me hubiera dicho que me daría el papel... Estaba eufórica. Como si ya hubiera triunfado.

Paul asintió con ademán comprensivo, dando un sorbo de su bebida. Le ofreció un cigarrillo y la chica aceptó, aunque enseguida se dio cuenta de que no era fumadora. Por último, Paul dijo:

—Sin embargo, los ensayos no fueron muy bien.

Los ojos de Elaine brillaban a la luz de la vela.

—La verdad es que no sé por qué te estoy contando esto. No se lo he dicho a nadie más, a nadie,

y ni siquiera te conozco.

Paul inhaló el humo.

—Justo porque no me conoces, es evidente.

Se hizo un breve silencio. Elaine pescó una aceituna en su vodka. Paul observó cómo se la llevaba a la lengua.

—¿Y bien?

—Bueno, cómo explicarlo, es una locura... Cuanto más apasionado era en la cama Hanyaki, y lo era..., tiene un piso en Gloucester Place, si es que sabes dónde cae..., más desagradable se volvía en los ensayos. Parecía dos personas distintas. Era tan..., nunca he experimentado el sexo igual. Bueno, tampoco es que haya tenido tantos novios, la verdad. Años luz mejor que John —frunció el ceño—. John es un poco rápido, para ser sincera. Y después en el escenario era horrible, delante de los demás. Se convertía en un tipo simplemente desagradable.

—Qué raro.

—Me desquiciaba.

—Ya imagino —Paul reflexionó—. A lo mejor no quería que los otros actores supieran que tú eras su favorita.

—¡Pero si todos lo sabían! Sabían que estábamos liados. Él no lo ocultaba en absoluto. Todo lo contrario.

Mientras hablaba, a Paul se le ocurrió que aquél era justamente el tipo de incógnita comunicativa que hubiera hecho las delicias de Albert James. Meneó la cabeza.

—Entonces tal vez estaba enfadado consigo mismo por mezclar el placer con el trabajo. Reafirmaba su autoridad.

—Ay, mira, yo qué sé —saltó Elaine con un gruñido que pareció salir de las profundidades de su estómago—. La cuestión es que el mismo día en que empecé con esa historia, o más bien el día antes, John me pidió que me casara con él.

Paul se echó a reír.

—Ésa sí que es buena. ¿Y cómo se enteró? John, me refiero.

—Vio a Hanyaki rodearme la cintura con el brazo cuando entrábamos en un pub. O eso es lo que dice.

—¿Y nada más? —Paul enarcó una ceja—. Tú lo negaste, imagino.

—Claro. Una y otra vez.

—Entonces John no sabe nada realmente, ¿me equivoco? Un brazo rodeando una cintura no significa nada. Yo mismo podría rodearte con un brazo al salir de aquí —dijo Paul—, o de pie en la puerta contemplando la lluvia, y alguien que nos viera podría imaginarse toda clase de cosas, pero no por fuerza significaría nada. Nadie va a matarse por haber visto a alguien poniendo un brazo alrededor de tu cintura.

—No —accedió Elaine vagamente. Con un profundo suspiro, añadió—: Pero parecía saberlo. Saberlo de verdad. Estaba convencidísimo.

Paul la miró a los ojos.

—¿Y no se te ocurrió aprovechar esa oportunidad para dejarle?

—¿A John? —sostuvo la mirada y frunció el ceño—. Se me ocurrió, sí. Pero no sé, la verdad... la verdad es que John me gusta, a mi manera. Siento un «nosotros» cuando estoy con él. Además, Hanyaki no paraba de decir que estaría loca si le dejaba, a John, quiero decir. Dijo que era muy raro encontrar a un hombre joven con una vocación tan fuerte.

De nuevo, Paul sonrió. Qué bien se conocía el terreno.

—Pero ahora te manda mensajes desde Londres suplicándote que vuelvas.

Con la cabeza señaló al teléfono rojo reluciente que la chica tenía encima de la mesa junto al codo y que abría y cerraba con un chasquido cada pocos minutos.

—¡No es por mí! —aulló Elaine—. Es por su obra. Estrenamos dentro de dos sábados. En Hammersmith. Y, por cierto, es terrible.

—¿La obra? ¿Quién la escribió?

—Él. Con otro tipo japonés. Un novelista famoso, parece ser. Todo ocurre en un aeropuerto, aunque nunca sabes en cuál. Confluyen cinco o seis historias: pasajeros, personal de limpieza, gente de facturación; hay amor, equipajes perdidos, todo lo que se te ocurra. Entonces un terrorista suicida los hace volar a todos por los aires. Ahora mismo todo el mundo escribe sobre terroristas suicidas. Es tremendo.

—Si quiere que vuelvas por la obra, no puedes ser tan mala, ¿no te parece?

—No lo sé —gimió Elaine—. Me quiere para la obra, pero sólo tengo un papel secundario, soy la mujer que pierde a su bebé en la explosión, y entonces también querrá sexo, ¿o no? Y no seré capaz de negarme, porque entonces me dará una patada en el culo y volveré a la casilla de salida sin haber hecho nada de nada. Y encima a todo el mundo la interpretación le parecerá pésima de todos modos.

Paul pensó en ello.

—Quizá no quieras acabar con esa aventura. Quizá te gusta.

—¡Ay, qué sé yo! —Elaine sufría, y aun así se descubrió riendo al mismo tiempo. Se tironeó con fuerza de una oreja—. Claro que me gusta. Pero primero quiero ver a John. A lo mejor sólo con verle puedo volver y hacer la obra. Pero necesito verle primero y entender lo que hay entre nosotros. ¡Y no está aquí! Dios, ¿por qué no le dije que me casaría con él cuando me lo pidió? ¿Por qué?

—Pues porque no querías.

Paul transigió y le tomó la mano con actitud paternal desde el otro lado de la mesa.

—Estoy seguro de que si John y tú os queréis, al final todo saldrá bien. ¿A que sí? Por el momento, ¿por qué no volver y hacer la obra? Lo importante es que ese tipo te quiere en el escenario. Por lo menos habrás conseguido algo. John volverá. En cuanto a la aventura, puedes tomarla o dejarla prácticamente con el día a día.

—Quiero contarle la verdad —dijo ella.

—No lo hagas —contestó Paul con rapidez—. Espero que no se lo dijeras en un mensaje, ¿verdad?

—Quiero decírselo a la cara. Así podré pasar página.

Paul mantuvo su mano sobre la de la chica y la apretó con cierta urgencia.

—No debes, Elaine, de veras —era la primera vez que la llamaba por su nombre. Empezó a

hablarle de cuando le había contado a su primera mujer que tenía una aventura—. Con el tiempo me di cuenta de que sólo quería herirla. Era una especie de castigo. La hice infeliz por nada.

—No sé... —repitió la chica—. La vida es demasiado complicada. Nunca creí que iba a ser así.

—¡Vamos a fumar un narguile! —sugirió Paul retirando la mano. Sonrió y ya había pedido uno antes de que ella hubiera entendido siquiera lo que era un narguile. Mientras aún estaba explicándose, un camarero trajo la pesada pipa de la barra y limpió la boquilla con gran aparato. El cuenco estaba ya encendido—. Sólo has de aspirar hondo las burbujas —le dijo Paul—. El humo pasa a través del agua, ¿lo ves? Es más agradable que un cigarrillo, sobre todo si no tienes costumbre de fumar.

Elaine hizo otro intento por animarse.

—Parece un cruce entre candelabro y aspiradora —dijo entre risas.

El bar estaba cada vez más concurrido y tenían que alzar la voz. Elaine puso morritos y se llevó la boquilla a los labios, e hizo reír a Paul chupándose las mejillas y bizqueando. Mientras la soltaba, le dio un mareo.

—¡Dios! —tuvo que sacudir la cabeza y volver a sentarse. Cerró los ojos unos instantes, luego los abrió riendo—. Todavía llevas mi pañuelo rosa. Estás muy gracioso.

—Me estoy acostumbrando a él —sonrió Paul.

Entonces, casi con indignación, ella le dijo:

—He hablado demasiado de mí. Siento que me he desnudado, y tú en cambio no has dicho nada de ti. No es justo.

—Pues ¿qué es lo que quieres sabes?

Elaine sorbió de nuevo la pipa.

—Quién eres —dijo sin más.

—Eso es una larga historia.

—Cuéntamela.

Paul pidió dos copas más.

—Te vas a aburrir —le advirtió. Respiró hondo con cierto aire melodramático—. En pocas palabras, yo era un niño de mamá en una familia sumamente religiosa. De pequeño esperaban que fuera clérigo, pero en realidad aquello era una especie de escuela para la mentira. Me refiero a que cuando la gente exige el comportamiento perfecto, ¿qué remedio te queda sino fingir que eres mejor de lo que de verdad eres? Para complacerlos. Entonces llega el día, claro, en que quieres castigar a todo el mundo por el esfuerzo que te ha llevado.

Puesto que Paul había dicho todas aquellas cosas tantas veces delante de tantas chicas, mientras hablaba lo embargó la sensación de estar a un tiempo presente y no presente, de ser honesto y deshonesto. Estaba en el bar con Elaine, fumando un narguile, bebiendo vodka, al tanto de los pechos de la chica y del andamiaje de su sostén, pero a la vez estaba a una distancia considerable, observándose serenamente a sí mismo con ella, o tal vez con alguna otra chica en algún otro momento del pasado. Con Amy, incluso. Y con toda probabilidad Helen James estaba junto a él en aquel puesto de observación, dondequiera que estuviera; sí, Helen estaba a su lado mientras se escuchaba a sí mismo hablando encantadora y persuasivamente con Elaine; y mientras hablaba, la mujer madura

introducía comentarios irónicos, observaciones sarcásticas, porque penetraba en todo; penetraba en el rollo que estaba soltando, y no dejaba de advertirle que cortara de una vez. Sin embargo, ella también lo estaba disfrutando, pensó Paul. Y él disfrutaba de sus comentarios, por cortantes que fueran. Sabía que en el fondo Helen no quería que él cambiara ni un ápice, no quería que se convirtiera en un hombre bueno. Era una especie de competición, y en realidad Helen utilizaba aquellos comentarios irónicos para ejercer el dominio sobre él, acaso como una forma de seducción, al igual que él, de un modo silencioso, incluso casi en contra de su voluntad, le estaba tendiendo redes a la chica. «¿Liberación de qué en favor de qué?», había escrito Albert James en aquel correo electrónico de los comienzos. Tal vez no hay espacio, se halló Paul pensando de repente, más allá de la compulsión y la persuasión. Salvo quizás la muerte.

—Supongo que sonará a que he tenido novias a espuertas —terminó unos minutos más tarde, divertido y contrito—, pero lo cierto es que, curiosamente, siempre fueron ellas las que me atraparon, ¿sabes? En serio. Entonces, en cuanto estoy con alguien, en cuanto se supone que tengo que serles fiel, no te quepa duda de que ya estoy intentando engañarlas. Supongo que no es más que una manera de comportarme que aprendí.

—Podrías desaprenderla —dijo Elaine, aspirando del narguile una vez más.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —repuso él con un suspiro—. Aunque en realidad era en eso en lo que pensaba más o menos con lo de hacer ese trabajo de cooperación en Bihar. Vivir como un monje durante un tiempo. Apartarme del mal camino —Paul lo decía con sinceridad, y simultáneamente vio de inmediato lo buena que era la frase.

—Suenan a escurrir el bulto —protestó Elaine. Hablaba en voz más alta ahora. En el reservado flotaban las volutas azuladas del humo y tenía el pelo despeinado porque no dejaba de atusárselo con la mano. Había bebido mucho—. Creo que deberías volver y casarte con esa tal Amy —le dijo con seriedad—, y obligarte a darle una oportunidad a esa historia —cada vez más acalorada, no parecía darse cuenta cuando los tobillos de ambos se rozaban por un instante bajo la mesa.

Hacia la una, Paul pidió la cuenta.

—Debes de estar cansada —le dijo.

Fuera, un portero sostenía un paraguas enorme y los acompañó tomados del brazo hasta un taxi. Elaine se deslizó por el asiento.

—Al Centro Internacional de la India —anunció Paul.

—Centro Internacional, señor. ¿Dónde está, señor?

—En los jardines de Lodhi —dijo Paul.

El taxi era un viejo Fiat. La lluvia golpeaba sobre la fina chapa del techo. El motor hacía un ruido ronco, rasposo, y la suspensión caía alarmantemente hacia el lado del conductor.

—Típico —murmuró Paul.

Apenas habían llegado a Tolstoy Marg cuando el vehículo dio unos estertores y murió en un semáforo. Elaine se echó a reír. Estaba sentada cerca de él. El conductor giró la llave del contacto, hablando para sí entre dientes mientras el motor de arranque giraba y giraba. Después de cuatro o cinco intentos, el trasto cobró vida con una sacudida. En el semáforo siguiente se volvió a calar.

—¿Va todo bien? —inquirió Paul.

—Muy bien. Muy normal, señor. Más viejo coche, señor. Carburador.

—Qué carraca tan encantadora —se rió Elaine. En voz baja al oído de Paul hizo una imitación perfecta del hombre—: Muy bien, muy normal, señor. Más viejo coche para más viejo hombre, señor.

Paul le dio un apretón en el brazo. Siguieron avanzando por una carretera ancha donde relucía el agua embarrada y estaba sembrada de ramitas rotas. El conductor tenía un rostro joven un tanto hosco bajo el trapo azul y desaseado que le cubría la cabeza. Parecía ofendido por que Paul hubiera puesto en duda su vehículo. O tal vez había alcanzado a oír un retazo de la imitación de Elaine.

—Siempre enciende otra vez, señor —sentenció con dignidad herida—. No se preocupa más.

Elaine estalló en risitas ahogadas.

Con la chica medio recostada en él, Paul se preguntó qué ocurriría cuando llegaran al Centro Internacional. No le importaba en exceso. Mi carrera va a la deriva, pensó. Nunca antes había comenzado un proyecto y lo había abandonado.

Era curioso que no estuviera más preocupado. Y no echo de menos a Amy en absoluto, meditó.

Entonces, mientras pasaban la Puerta de la India, cuyo parque estaba aquella noche desierto debido a la copiosa lluvia, recordó algo que Helen había dicho la noche en que habían estado sentados juntos en el césped: «Sería peligroso que alguien como tú siguiera a Albert demasiado lejos», había dicho.

El coche tosía y se estremecía de nuevo. De repente los dedos de Elaine estaban en su cuello.

—Tienes una pinta demasiado ridícula con ese pañuelo —no podía sacudirse aquel ataque de risa—. ¡No puedo creer que todavía lo lleves puesto!

Al incorporarse y acercarse a desatar la tela rosada, había arrimado la cara muy cerca de la de Paul. Pudo sentir su aliento ebrio en los labios. Paul protestaba con poco entusiasmo:

—No estires, Dios, me vas a estrangular. Ay.

Las bocas de ambos estaban verdaderamente cerca. Entonces el coche se caló de nuevo. No en un semáforo esta vez, sino mientras aceleraban para dejar uno atrás. El conductor maniobró con el volante para acercar el vehículo a la cuneta, atravesando un charco profundo.

Elaine se sentó de nuevo con un movimiento repentino, riéndose aún. Soltando maldiciones entre dientes, el conductor empezó a castigar el motor de arranque. Tras una docena de intentos, Paul dijo:

—Creo que será mejor que busquemos otro coche.

—Para nada, señor. Todo muy normal.

—Dios —Elaine volvió a la tierra—. Estoy agotada.

—Sólo un momento, señor. Coche viejo. Siempre arranca.

Esperaron mientras el hombre no dejaba de darle al contacto. Paul ya había tenido suficiente.

—Mira, estamos a menos de un kilómetro del piso de Helen —dijo—. Vayamos caminando y desde allí llamamos a un taxi.

—Está lloviendo muy fuerte, señor —dijo el conductor.

Paul le pagó la carrera y salieron. No tenían paraguas, pero la lluvia era templada. Mientras Elaine rodeaba el coche y deslizaba un brazo debajo del suyo, ya se habían empapado.

—¡Coche viejo! —lo imitó entre risas—. ¡Siempre arranca!

«Querido Paul».

La carta no iba dirigida a él.

John había tenido una premonición. Se había despertado en la más completa oscuridad, y pasó un rato largo sin tener ni la más mínima idea de dónde se encontraba. No estaba asustado. No se sentía preocupado. Por el contrario se despertó inundado por un bienestar intenso, de sanación. No estás enfermo, decidió. Después de todo. No ha habido ninguna catástrofe. Entonces se dio cuenta de que se trataba del bienestar posterior a la pesadilla. Sí. Había estado leyendo mensajes de amor, en su teléfono, pero que no iban dirigidos a él. Llevaban el nombre de otro. Elaine estaba a su lado mientras él leía los mensajes; ella sabía que lo sabía, y no obstante no daba muestras de avergonzarse.

—Pues será que los he enviado al número equivocado —dice.

Eran mensajes apasionados. Elaine ni siquiera estaba angustiada. Lo abrazó igual que si aquél fuera un asunto sin importancia. Estaban en la cama, y John leía aquellos mensajes una y otra vez, mensajes que no sólo iban dirigidos a otro hombre, sino que además estaban escritos en un idioma distinto, del que él no sabía una palabra, de hecho, se trataba de un alfabeto diferente, compuesto no tanto de grafías como de insectos diminutos, flores, zapatos, animales, un alfabeto dotado de una hermosa simetría, incrustado en la pantalla de su móvil, con hermosos colores, y los mensajes de amor incomprensibles —es un amor que no comprenderé jamás, pensó— se formaban y se volvían a formar en el caleidoscopio de su teléfono. Elaine estaba junto a él, sonriendo y burlándose, y John se despertó en la más completa oscuridad y con una gran sensación de alivio.

Sólo una pesadilla. Ninguna catástrofe.

Sin embargo, hay alguien a su lado. John sentía una ligera presión contra su espalda. Es una presión femenina, pensó. La olió. Yacía tumbado, absolutamente relajado. Una gran oleada de atrocidades había pasado por encima de él, lo había recorrido por dentro y por fuera, dejándolo íntegro y en paz y respirando a pleno pulmón.

Algo malo ha acabado, pensó. El aire es fresco. Estoy mejor. Había que abrir la ventana. Finalmente distinguió los contornos de la habitación en la oscuridad. Sí. Aquella habitación. El Govind. Había sufrido un trastorno. Se retorció un poco, luego se quedó inmóvil. Palpó con la mano a sus espaldas. La chica. ¿Cómo se llamaba?

Jasmeet.

Entonces, el tránsito a la realidad fue tan abrupto y cruel como el tránsito de la pesadilla al despertar había sido sanador y apacible. Resbaló, por poco se cayó de la cama. Estoy completamente vestido, advirtió en ese momento. ¿Qué había sucedido?

Fue al cuarto de baño dando traspies y encendió la luz. Sus enseres de aseo estaban desperdigados por todas partes: en el plato de ducha, en el lavamanos, en el suelo. La cuchilla de afeitar estaba en el váter. Alguien había restregado dentífrico por el pequeño espejo.

Clavó la mirada en el garabato rosa. Un pensamiento terrible se apoderó de él y se precipitó de

nuevo hacia el dormitorio. Filtrándose por la puerta abierta, el tubo fluorescente del cuarto de baño arrojaba un halo espectral sobre el cuerpo de la muchacha. En unos pocos pasos veloces estuvo a su lado. Permanecía inmóvil. John bajó la cabeza. Inmóvil, pero respiraba. Jasmeet dormía profundamente, respirando con suavidad, vestida de pies a cabeza.

Una vez más lo inundó el alivio. La joven es bella. Es una criatura de Dios, musitó. ¿Por qué acudían a él aquellas piadosas palabras? John no es creyente ni por asomo. Recordó algo y miró la pared. No había nada escrito en ella. No hay animales o monstruos. Echó un vistazo a la mesa, a los estantes. El ordenador había desaparecido. Sí, entonces eso sí había sucedido de verdad. El robo había tenido lugar. Y mi teléfono, y el chal de *pashmina*. Los había dejado encima de la cama. Tendrías que haber dado parte. Por lo menos al hotel.

De repente, rodeó a toda prisa la cama de nuevo y se arrodilló para examinarle la cara. Hay un pequeño corte en el labio superior, un cardenal en la piel oscura.

Sufriste una especie de ataque, se dijo. Hiciste cosas sin tener conciencia de que las hacías. La idea lo llenó de inquietud. Cosas violentas. No eras tú mismo. Tal vez la abofeteaste. John no había pegado nunca a nadie. No era de esa clase de personas. Sin embargo, la chica se había quedado allí a pesar de todo. La chavala es valiente, pensó. No sabía qué conclusión sacar. A lo mejor le gustas. Vio el monedero rojo brillante sujeto a su cintura. Estaba tumbada de costado. Tal vez no tiene ningún otro sitio adonde ir. ¡Qué criatura tan perfecta! Se acostó con tu padre, pensó John.

Miró la hora en su reloj. Las seis menos cuarto. En efecto, vio por la ventana que empezaba a clarear. El día despuntará enseguida. Habré dormido..., ¿cuánto, doce horas? Puede que más. Debí de desmayarme. Jasmeet podría haberse ido sin problema. Podría haberse llevado cualquier cosa suya que hubiera querido. En lugar de eso, lo había tumbado en la cama y luego se había echado a su lado. Tiene que ser fuerte para haberme arrastrado hasta aquí. A menos que llegara por mi propio pie y ahora no me acuerde. Se quedó mirándola, y en ese momento le pareció que la chica gozaba de su sueño. Estaba disfrutando del sueño como de un baño perfumado, o de un dulce masaje. Dejó escapar un suspiro y se removió en la cama, y el olor cálido de su aliento y de su piel llenó el aire.

John retrocedió. Quería marcharse antes de que se despertara. Se sentía ya lúcido, aunque frágil, voluble, hambriento. Tenía un hambre canina.

¿Dónde están mis sandalias?

Una estaba en el suelo, junto a una de las de Jasmeet. Contempló la pequeña y elegante sandalia blanca de la joven. La sandalia de una chiquilla. ¿Dónde está la otra? No quiere tener que hablar y explicarse. Sentía a la muchacha como una amenaza, por alguna razón. Aquella pequeña sandalia blanca era una amenaza.

John buscó por el suelo. ¿Dónde está? Ah, debajo de la cama. Respirando hondo se agachó y la sacó, luego se la calzó en el pie y bajó las escaleras a toda prisa.

—Voy a un cajero a sacar dinero para pagar la factura —le dijo a la recepcionista. Era la misma mujer que el día anterior le había pedido que liquidara la cuenta. No levantó la cabeza de su cuenco de pétalos.

Encontró un cajero automático en la segunda esquina. Sus dedos teclearon las contraseñas. El dinero salió. Era tranquilizador. Igual que si estuviera en Edgware Road. Los billetes eran nuevos y

de vivo colorido.

Entonces, en el primer puesto de comida, engulló un pan pastoso y una especie de yogur y tres pastelitos fritos.

—Ése —señaló—, y esto, y esto y esto.

No prestó atención al nombre de las cosas, no hizo ningún caso a la higiene. Se detuvo en otro puestecillo y volvió a comer. Comió frituras, carne, pastelitos, de nuevo algo dulce. La comida se le pegaba en los dientes. Tenía la boca llena. No recordaba haber comido con tanta hambre, con tanta rapidez.

Atiborrado el estómago, se puso en camino hacia la Vieja Delhi. La ciudad resplandecía ahora, reluciente y vaporosa por la humedad cálida de la mañana. Debe de haber llovido fuerte. En todas partes había superficies rotas que se reflejaban en los charcos. Vagamente recordó el rayo premonitorio. Había mirado por la ventana, sí, y había visto serpientes surcando el cielo.

Ahora se detuvo en un puesto de fruta y compró plátanos, melocotones. Luego en un mostrador de té. *Chai* dulce. Estaba malísimo. Reventaré, pensó John, pero se sentía bien. Apoyado en el mostrador del puesto de té, vio cada árbol, cada pared y cada coche lacados por una luz brillante y húmeda. Veía el contorno sólido de los objetos y veía su superficie bañada por un resplandor que encandilaba a pesar de la suciedad. El lugar estaba mugriento, pero reluciente. Sin duda es una buena señal, decidió John. Todo irá bien.

A su izquierda, un mono se agazapaba en el escalón de una estrecha bocacalle. En ella reinaba todavía una agradable penumbra. No estoy lejos de las tumbas sufíes, cayó en la cuenta. Recordaba la callejuela, o eso creía. Recordaba a los hombres que entonaban el cántico extraño y ajeno, el hipnótico son de los tambores. El son de los tambores es también una especie de malla metálica resplandeciente echada por encima de cosas sólidas y pesadas, cosas que no van a moverse. «Después de cientos de años, la tumba del profeta y poeta es aún un imán para los creyentes», recordaba a alguien diciendo aquello por encima del son de los tambores, a alguien hablando igual que un folleto turístico.

Debió de darme un ataque, se dijo John. Me dio un ataque, del mismo modo que caes en un agujero y te despiertas en el hospital. Era una suerte que no hubiese provocado daños graves. Debo disculparme con Jasmeet, se dijo. Deshacerme en disculpas. Sí, la ayudaré a sacar el billete a Londres. Podemos viajar juntos. Mamá vendrá también. Serían un trío feliz.

Pagó al chico del puesto de té. Ahora se sentía fuerte. Caminó con ligereza dejando atrás a los hombres que conducían largos carretones por las calles angostas. Carne y productos frescos del mercado, ladrillos y cubos y neumáticos de bicicleta. Se asombró de lo largos que eran aquellos carretones. Todo repiqueteaba. Todo parecía pesado y tan reluciente que hería los ojos. ¿Cómo demonios los empujaban? Y en ese momento un hombre sorteaba el tráfico con cinco o seis cajas encima de la cabeza.

Tuve alucinaciones, comprendió John de pronto. Aunque toda Delhi es una alucinación sin fin.

Encontró la estación de trenes, se abrió paso a través de la muchedumbre que se empujaba en el exterior, se detuvo junto a una pared, desconcertado, tratando de recordar. Al fin se orientó y caminó entre los viajeros de aquella hora temprana de la mañana, cruzó el largo puente sobre las vías y giró

a la izquierda.

Sí, allí era donde había visto a la niña sacando liendres del pelo de su madre. Ellas también golpeaban un tambor. ¿Dónde estaba el nombre de la calle? Empezaba a hacer calor de verdad. ¿Por qué no pondrían los nombres de las calles en algún lugar visible? He comido demasiado, pensó.

Entonces vio una dirección en la fachada de una tienda: Shadhanad Marg, 405. Bien. En una esquina, había dicho Jasmeet. Era una calle larga, que se extendía en medio de la calima resplandeciente siguiendo la vía férrea. Mamá llegará sobre las siete, se dijo, conociéndola. Era madrugadora. No tendría que esperar mucho. Me siento preparado para cualquier cosa, decidió.

Unos diez minutos después divisó la gran cruz roja en una pared de ladrillo toscamente enjalbegada. La calle era un barrizal de escombros y descomposición. Aquí y allá había perros y otros animales olisqueando, al rebusco. Había un cerdo pequeño muerto en una alcantarilla. Los cuervos empezaban a congregarse. Estaban posados en la valla herrumbrosa que discurría junto a la vía del tren.

He de verla antes de que me dé otro ataque, se decía John. Había perdido cualquier sentido de lo que debía decir así como del por qué decirlo. La salvación estribaba en encontrar a su madre, en enfrentarse a ella, en llevársela de vuelta a Inglaterra. Entonces John ya nunca volverá a perderse.

Había una verja con candado en la esquina, y una docena de personas estaban ya acuclilladas fuera, tratando de mantenerse alejadas del barro. Aquí tiene que ser. Están esperando a que abran consultas externas, se dijo John. Están esperando para visitar a sus parientes enfermos.

Fue directo a la verja y tocó un timbre. Esperó. Tal vez este desquiciamiento sea una vieja dolencia recurrente, pensó, del mismo modo que la tuberculosis reaparecía después de años de letargo. La locura durmiente se mantiene viva en los sueños, y de pronto sale e irrumpe en tu mundo diurno. A fin de cuentas, no le había parecido nada extraordinario. No le había sorprendido de veras ver serpientes en el cielo y dibujos en las paredes. Tal vez la cordura sea el paréntesis, pensó John. Las demás personas tras la verja no le prestaron atención.

Una especie de vapor había empezado a ascender de la calle embarrada. El aire estaba adquiriendo un aspecto lechoso. La nitidez de la mañana perdía intensidad. John llamó de nuevo. La locura está viva en los sueños, pensó, a la espera de un momento de debilidad para aflorar. Aguarda a que se abra una grieta en tus defensas. Entonces revienta y se derrama sobre ti como un río desbordado. Inunda tu ser cotidiano. Un laboratorio es un paréntesis dentro de un paréntesis, pensó John. ¿Por qué le iba tan rápido la mente? ¿Por qué me digo estas cosas extrañas? Recordaba sobre todo una profunda sensación de asfixia. Por favor, Dios mío, no dejes que vuelva. Había empezado al sentarse en el *rickshaw* con Jasmeet, había ido a más y al fin lo había desbordado al entrar en la habitación del hotel. Había quedado abatido y asfixiado. Le había sobrevenido la presión de una ola gigante al romper. Él estaba en el corazón de la ola. Todo lo que había hecho después no había sido más que un intento por luchar para salir de allí.

—Hola. ¿Señor?

La verja estaba entreabierta. Una carita se asomaba y lo miraba.

—La clínica abre a las siete, señor.

Otros se habían puesto de pie de un salto y se arracimaban alrededor.

—Soy John James —dijo—. Mi madre trabaja aquí. La doctora Helen James. He de verla urgentemente. Es muy urgente. Tal vez podría esperar dentro, si no ha llegado todavía.

Era un anciano con un holgado turbante rojo de Rajastán, con la chaqueta desabrochada, los ojos enrojecidos pero alerta.

—La doctora James ha hecho la guardia nocturna —dijo—. Pase, señor. Bienvenido.

Mi madre está aquí. El corazón de John dio un salto. ¡Ahora! La vería enseguida. La aventura tocaba a su fin.

El anciano echó de nuevo el candado de la puerta, a pesar de que apenas faltaban unos minutos para las siete. Estaba encorvado, tenía las piernas arqueadas.

—Tiene que quitarse los zapatos, señor.

—Sí, perdone.

¿Por qué lo olvidaba siempre? A la derecha de la puerta había tres estantes de zapatillas verdes de algodón. Se quitó las sandalias. El portero aguardó. No había ningún par donde cupieran los grandes pies de John. Adormecido por la emoción, se embutió un calzado extraño y siguió a su guía dando traspiés.

—No sé si la encontrará en planta o en la consulta, señor —el hombre se rascó una maraña de pelo que asomaba bajo el turbante. Miró su reloj—. En planta —decidió.

Empezaron a caminar por el pasillo. De repente, John quiso huir. El lugar apestaba a desinfectante. Quiere huir, pero sólo porque sabe bien que es demasiado tarde para eso; ya está dentro. Todo le arrastra hacia el momento decisivo. No hay más distracciones. La India ya no se interpone entre su madre y él. Apenas los separa un breve tramo de pasillo.

A John no le quedaba más remedio que arrastrar los pies para que no se le salieran las zapatillas. A su derecha, la pared estaba cubierta de carteles en hindi; a su izquierda, unas ventanas de cristales sucios daban a un patio gris. Un lugar miserable que parecía de otro mundo. Su madre sí que iba a llevarse una sorpresa, pensó. Tengo cosas que contarle que le cambiarán la vida. Ahora no le quedará más remedio que escucharme. Era su madre la que no tenía escapatoria.

El portero abrió una puerta de vaivén. La luz del día se descomponía en una malla de rayos finos por las persianas entornadas. Se posaba en listas sobre las camas verdes donde los pacientes se movían o dormían. John vio a un chiquillo agitándose de un lado a otro, a su madre sentada junto a él. Una mujer joven y alta de bata blanca con la cabeza cubierta por un pañuelo se dirigió hacia ellos. El portero le habló en hindi. Ella también consultó su reloj.

—No sabía que la doctora James tuviera un hijo —dijo.

—Vivo en Londres —le contó John.

—Qué suerte para usted —dijo la enfermera sonriendo—. Pero la doctora James todavía está en su consulta —le dijo al portero—. Creo que ha tenido una noche mala. Había un chico muy enfermo.

—Es urgente —dijo John entre dientes—. En relación con mi padre.

—Le acompaño a consulta —dijo el portero—. Por aquí.

Había alguien barriendo el pasillo en ese momento, luego tres chicos pasaron apresuradamente llevando sartenes de masas humeantes con guantes de horno.

—¡Rashid! —gritó alguien.

Doblaron una esquina.

—El consultorio de la doctora James —anunció el portero. Llamó con los nudillos y se hizo a un lado para dejar pasar a John.

—¡Rashid! ¡Los cubos!

John empujó la puerta. En el interior, la habitación estaba a oscuras.

—¿Mamá?

En el aire cargado se respiraba un olor extraño, medicamentoso.

—Mamá, soy John.

De repente alerta, dio un paso atrás. No está aquí, decidió. No había nadie en la habitación. Pero se había quedado solo. El portero se había marchado con prisa, sacudiendo su manojito de llaves como un sonajero.

John entró de nuevo. Con la mano buscó a tientas un interruptor en la pared, pero no lo encontró. Un hilo de luz que penetraba en el cuarto al nivel del suelo empezó a revelar el relieve de las sombras del mobiliario. Había un gran escritorio directamente frente a él. A su izquierda vio el destello de una vitrina de cristal, y debía de haber un ventilador girando despacio por encima de la cabeza, oculto.

Sobre todo, estaba el olor. Un olor fuerte. Era extraño. El aire estaba viciado. John dio un paso adelante y puso la mano sobre algo blanco. Una hoja de papel yacía sobre el escritorio con una fina pluma negra al través. ¡Qué deliberado parecía! Igual que un cuchillo. John apartó la mano y, volviéndose, vio que la luz entraba por debajo de la persiana cerrada de una ventana de doble hoja. Detrás del escritorio alcanzó ahora a ver la esquina de un colchón.

—¿Mamá?

Moviendo un poco la cabeza, vio un pie. John se quedó quieto. No, no quería despertarla. Había un tobillo blanco desnudo. Dio un paso atrás y cogió el papel del escritorio. No quería molestar a su madre si había tenido una mala noche. De pie, muy quieto, tomó conciencia del desafortunado instante del dormitorio con los elefantes en la mano. Debería haberme disculpado.

—¿Mamá?

No le contestó. Ha pasado una mala noche, se dijo John, y duerme profundamente. Era ese sueño profundo y reparador de primera hora de la mañana. También Jasmeet disfrutaba de su sueño. Podías ver cómo su cuerpo se abrazaba y se saboreaba a sí mismo.

Sin saber cómo actuar, John se descubrió cogiendo el papel del escritorio. Se movió por instinto y con gestos bruscos. Agarró el folio. La pluma se alejó rodando y cayó al suelo. Cuánto ruido había hecho, parecía mentira. Contuvo el aliento. ¿Se había despertado? Su madre trabajaba tan duro... Sólo se oía el chasquido y el runrún del ventilador, que giraba despacio.

John miró el trozo de papel que tenía en la mano. Toda la hoja estaba escrita. Se lo llevó a la altura de los ojos. Los renglones se alineaban con pulcritud. Era su letra, seguro. «Querido Paul», leyó. La carta no iba dirigida a él. «Tras mucho...».

Sin embargo, estaba demasiado oscuro para leer sin forzar la vista. La luz procede de abajo, no de arriba. El suelo junto a la ventana está iluminado, y todo lo demás queda en penumbra. ¿Quién era Paul?, se preguntó. De verdad que no debo despertarla si ha tenido una mala noche. ¿Qué importaba

si aplazaba su encuentro una o dos horas? ¿De qué tengo miedo?, se preguntó: «Siempre te da miedo preguntar, John». Le pareció oír la voz de su madre. «Tú nunca preguntas nada».

—¿Mamá? —la llamó en un susurro. Sabía que no bastaría para despertarla, pero que si estaba despierta, lo oiría. Entonces preguntaré. Preguntaré para saberlo todo. Eso es lo que le pediré.

John aguardó. Y le preguntaría si lo quería, pensó; sería directo y abierto; le pediría que volviera a Londres con él.

—¿Mamá?

Al no obtener respuesta, reuló hasta el pasillo, con la carta en la mano. «Querido Paul», leyó. Era la letra de su madre, sin lugar a dudas, limpia y mesurada y decidida.

Querido Paul,

Tras mucho pensarlo, he decidido prestarte mi apoyo para la biografía de Albert. Será más sencillo escribir si no estoy yo de por medio. La vida de Albert merece una biografía, aunque sólo sea porque hizo todo lo posible para no acaparar la atención y ocultar su genio. Había visto a su propia familia hecha pedazos a raíz del enfrentamiento entre su hermano y su padre, un enfrentamiento en el que una chica se vio involucrada de un modo bastante espantoso y, aunque nunca me habló de los detalles, sé que toda su investigación antropológica y conductual nacía de la inquietud por conocer cómo llegan a acontecer esas catástrofes y cómo pueden preverse y evitarse (tal vez esto explica cuánto le interesaban los tabúes).

Por algún extraño azar —porque, en el fondo de todo, siempre hay un encuentro casual—, por algún curioso azar, Albert devino mi destino y yo el suyo. Para ser sincera, nunca alcancé a comprender cómo era posible que el mundo entero no lo adorara. Era un hombre que me ayudó muchísimo, me perdonó otro tanto e incluso crió como propio a un hijo que debía de saber que no era suyo. Aunque no creía en nada más allá de este mundo, su deseo más hondo era una vida agraciada con la ceremonia y la belleza, y creo que, en su muerte, creamos en efecto una ceremonia de alguna clase, un acto de amor, tal y como tú, con una intuición que confieso me sorprendió, de inmediato lo describiste.

Estos últimos meses he intentado liberarme de aquella ceremonia así como de Albert, pero cuanto más empeño pongo en seguir con mi antigua rutina y recuperar mi apetito por la vida, más siento que esas cosas me eran dadas sólo cuando Albert estaba ahí. Descubro también que ninguna ceremonia existe por sí misma. Cada una llama a la siguiente, al igual que las festividades de un calendario. Hoy arrecia la lluvia tras una larga temporada de sequía. Llovía también aquella noche de enero. A mi lado hay un hombre joven que conocía a Albert y que sé que anhela seguirlo por el río del olvido. Antes de ponerme demasiado poética, voy a mostrarle el camino.

Así que ya tienes tu historia, Paul. Ya tienes tu libro. Te serviré mucho mejor que un viaje a Bihar. Tienes novias e hijos a los que volver. No estás hecho para la clase de trabajo que yo hago. Eres demasiado vano, y lo harías a raíz de una vanidad invertida, para presentar batalla contra ti mismo. A modo de despedida, muchas gracias por el halago de tu atención. Te lego todos los papeles, vídeos y cintas de audio de Albert. Puedes quedarte con todo lo que encuentres. A cambio,

te estaría sumamente agradecida si te ocupas de la incineración. No hay recursos económicos de los que disponer.

Con cariño,

Helen

P. D.: En ocasiones he albergado la sensación de que Albert te envió para indicarme este camino. Sé que se trata de una idea rara e irracional, pero quería compartirla contigo. Albert siempre creyó que una tarea la desempeña mejor quien no sabe que ha sido designado para ella. Cenizas en el río junto al puente de Wazi, por favor.

John leyó y releyó la carta tres, o hasta cuatro veces. ¿De qué trataba? Al parecer, no era capaz de leerla de principio a fin, despacio y con atención, como hacía siempre con cualquier trabajo relevante. Las palabras repelían y desviaban sus ojos, de manera que se veía saltando a un par de líneas más arriba, o a tres más abajo, ahora a la izquierda, luego a la derecha; no acertaba a fijar la vista y pasaba apuros para hacer encajar los retazos y las miradas fugaces: la lluvia, el río, el puente de Wazi, una familia despedazada por el enfrentamiento.

John sacudió la cabeza, frustrado. El pasillo empezaba a llenarse y él estaba en medio. Pasó un carrito pesado, cargado con pequeñas porciones de arroz en papel de aluminio. Había una enorme tetera de peltre. La gente se afanaba por ponerse en la cola. Un hombre llevaba a un niño en brazos, mientras que otro trotaba tras él agarrado a sus pantalones.

John volvió a meterse en el despacho de su madre y cerró la puerta tras él. Había una llave en la cerradura y, por algún instinto funesto, la echó. De nuevo lo sorprendió el fuerte olor medicamentoso, dulzón y desagradable. ¿A qué se refería con eso de que cuando no estuviera de por medio? ¿Acaso pensaba volver a Londres? *Un hijo que debía saber que no era suyo.* ¿De qué demonios iba aquello? ¿Tengo un hermano? ¿Por qué no puedo leer como es debido? La carta estaba escrita con bastante claridad. No había una sola corrección en la página. Una vez más, se llevó la carta a los ojos, pero de nuevo la luz de la consulta era insuficiente. La letra segura y vertical de su madre se difuminaba en una maraña de jeroglíficos. ¿Incineración? Recursos económicos. No entendía a quién iba dirigido todo aquello, ni por qué.

John permaneció de pie entre la puerta y el escritorio. No había nada en su superficie salvo un estetoscopio, unos papeles impresos en una alta pila y una caja plana con guantes esterilizados. John tocó uno. Era una goma del color de los condones, un marrón traslúcido y elástico, pegajoso. No había habido nunca nada de particular en los armarios de sus padres, recordó, cuando había rebuscado en ellos con la desmedida curiosidad del adolescente: la mesita de noche, los cajones y las cajas guardadas. Lo había revisado todo en un sinfín de ocasiones. Los amigos de la escuela habían alardeado de sus descubrimientos: cartas reveladoras, pornografía, incluso una pistola. En cambio, la curiosidad de John había topado con la opacidad fría de la unión perfecta que formaban sus padres, con sus vidas irreprochables.

Aún de pie junto al escritorio, con la carta todavía en la mano, John se sentía incapacitado, paralizado. Ahora miraba el estetoscopio. Decididamente tenía un aspecto correoso que recordaba a una serpiente.

—Dentro de un momento estarás enfermo otra vez —musitó—. Las serpientes te ponen enfermo.

Tengo que despertarme ahora mismo, pensó. Se sentía al borde del pánico. No, es a ella a quien tengo que despertar ahora mismo. Vamos, venga, ponte a hablar, a gritar, haz algo, antes de que tu mente se resquebraje de nuevo.

Todo era tan frágil. John alberga en ese instante la certeza de que hay algo que debe comprender, algo que debe asimilar en su interior, pero a ser posible sin venirse abajo, sin hacerse pedazos. Si pudiera descifrar qué es, igual que si se tratara de un gráfico en un informe, pensó, un listado de los que manejaba en el laboratorio... Si pudiera leer fría y serenamente lo que tengo que aprenderme... En lugar de eso, lo tiene borboteando en su interior, saldrá despedido como el vómito. ¿Por qué demonios había comido tanto? A John lo apresa el temor de que en cualquier momento la conciencia se ahogue en la convulsión.

—¿Mamá?

Una vez más, empezó a rodear el escritorio hacia donde ella yacía dormida. Enseguida volvió a ver el pie. No se ha movido. Había una pantorrilla delgada y blanca. Pero a partir de ahí todo estaba en penumbra.

Se detuvo. Ahora que había visto de dónde procedía la luz, John podría haberse acercado fácilmente a la ventana para subir la persiana, exponerlo todo a la luz con un tirón. Lo sabe. Seguro que mamá estará encantada de ver a su hijo, aunque no haya dormido bien. ¿Por qué duda, entonces, moviéndose centímetro a centímetro para bordear el voluminoso escritorio?

Porque temo molestar, claro. En el suelo, junto al colchón, ve media docena de cajitas, verdes y blancas, amarillas y blancas. Su ojo las capta, pero carecen de significado.

—¿Mamá?

John se agachó, pero de inmediato reculó de un salto.

Estaba desnuda. Es la primera vez que ha visto los muslos y las nalgas desnudas de su madre. Se asustó. También ha visto algo más. Tiene ganas de vomitar.

John se retiró de nuevo tras el escritorio y se quedó de pie apoyado en él, tapándose la boca con la mano. Estás soñando, se dijo. Decididamente siente la náusea. Esperó. Empezó a respirar hondo, con fuerza. No vomites. Espera. Respira. Estoy soñando.

John jadea, jadea y espera. Es la espera de alguien que se dispone a zambullirse. Eso lo comprende. Alguien que tiritara en la orilla. Prepárate para la impresión cuando el agua te golpee. Si no se zambulle, las orillas se desmoronarán en cualquier caso y quedará sepultado.

O tal vez deberías irte, sin más, se dijo. Vete. Abandona la habitación. Mamá no se despertará ni verá que la has visto desnuda, ¿verdad? Vete y espera fuera a que se despierte. Eso es lo que haría un buen chico.

—¿Mamá? —gritó, y bordeó el escritorio dando traspiés. Estas estúpidas zapatillas que ha cogido no le van. Tropezó. Se enganchó un dedo del pie en la esquina de una esterilla y a punto estuvo de caer encima de los dos cuerpos. Se golpeó la rodilla. El ruido la despertará.

No lo ha hecho.

John se quedó mirando la escena. Tuvo que taparse de nuevo la boca con una mano. Su madre estaba completamente desnuda, abrazada a una figura flaca, larguirucha, rematada en una cabeza con el pelo negro cortado al rape. John se detuvo y contempló la piel luminosa de la mujer en la profunda penumbra.

—¿Mamá?

Estaba abrazada al hombre sobre el estrecho colchón. Su brazo le rodeaba los hombros, le abarcaba los muslos con la rodilla.

—¡Mamá! ¡Por Dios!

¿Por qué no se despiertan de una vez? Se puso de rodillas, la cogió del hombro y la zarandeó.

La piel está fría y ligeramente viscosa. John se quedó quieto. Otra vez le costaba respirar. ¿Qué hace mamá? Esto es distinto del sueño de Jasmeet, pensó. No hay la misma vibración, no hay el mismo placer.

—Por favor, despierta —dijo en un susurro.

Era un chico, advirtió ahora, no un hombre. ¿Quién es? ¿Será ese tal Paul? Luego se incorporó de nuevo. No querían verle allí cuando se despertaran, desde luego. Para ellos sería un shock. Que los descubrieran. No, debía despertarlos y desaparecer en el mismo instante, para no ofenderlos.

De repente estaba furioso. ¿Cuándo me ha abrazado así mamá? ¿Cuándo la he visto yo desnuda? Es el hijo que mencionaba la carta, pensó. *Un hijo que debía de saber que no era suyo*. Este chaval es de piel oscura. No puede ser de papá. ¿Es por eso que nunca querían que los visitaras?

La espalda y las nalgas suaves de su madre parecían curvadas con suma precisión, extrañamente jóvenes. Era una chiquilla. ¿Cómo podía parecer tan joven?

—¡Mamá, despierta!

Dijo ahora estas palabras a voz en cuello. Se sentía exhausto.

—Nunca se despertará, John —dijo una voz.

John dejó de gritar y se quedó a la escucha. No oyó nada. La luz que se filtraba por debajo de la persiana era ahora más intensa. Reinaba en la habitación un silencio profundo. Pero es el silencio de los que optan por guardar silencio. No el silencio de la ausencia. Son las sombras perturbadoras. O igual que cuando llegas a un lugar, a un claro, a un bosque, a la habitación de la planta de arriba de una casa abandonada, y sabes que alguien se oculta ahí. Sí. Puede que haya más de una persona. Se apresuraron a ocultarse aquí cuando te oyeron llegar. Se las ingenieron para desaparecer en el momento exacto en que llegaste. Es de ti de quien se esconden, John. Siempre. Estaban escondiéndose en la penumbra, ocultos y burlones.

—¿Papá? —gritó. John se tambaleó sobre sus pies—. Papá, ¿eres tú?

Estaba temblando. Sin embargo, se dio cuenta de que esta vez no había enloquecido. La habitación estaba en silencio. Al menos de momento. Están en letargo, se dijo de las dos figuras que yacían en el colchón. No era el mismo sueño que el sueño de Jasmeet, no era un sueño de presencia y suspiros suaves y una frente que se fruncía y se alisaba. Están en letargo, luego cobrarán vida de repente.

Los contempló. El hombre era un muchacho, un adolescente, extranjero, terriblemente escuálido,

en absoluto atractivo. En cualquier momento se incorporarán y se frotarán los ojos y sentirán vergüenza.

John mantuvo la mirada fija en ellos, frunciendo el ceño. No te tumbas desnuda junto a un hijo, dijo para sí. Carecía de recuerdos de cercanía con su madre, no conservaba en su memoria el olor de los abrazos antes de ir a la cama. Había dos jeringuillas en el suelo, más allá de la almohada. La mente de John se ofuscaba y se despejaba.

John todavía no quiere comprender, pero muy pronto será imposible no hacerlo. Lo presiente. Siente aproximarse la crisis. El muchacho llevaba pantalones cortos. Estaba esquelético. Sus brazos endebles permanecen estirados a los costados; los de ella, en cambio, rodeaban al muchacho; las cabezas de ambos se apretaban en una almohada individual. John se agarró el pelo con las manos. Sus cuerpos son un nudo que él no es capaz de desatar.

Alguien llamó a la puerta. John se quedó quieto. El pomo giró y empujaron desde fuera. La puerta estaba cerrada con llave.

—¡Por favor, señora! Traigo un poco de *chai*.

Debe verle la cara. De nuevo, John se arrodilló junto a ella. Puso la mano sobre sus hombros. Debe separarlos. La piel fría le hizo estremecerse. Estaba rígida como la masilla. Los brazos estrechan al muchacho con fuerza, viscosos y rígidos. Sabe que no duermen. De repente, agarró el cabello de su madre y tiró de él.

—¡Mamá, te lo pido por Dios!

—¡Señor! —gritó una voz desde fuera.

La cabeza se tensó hacia atrás de golpe y el cuerpo se giró a medias. Los ojos de su madre estaban abiertos, vidriosos; la boca se contorsionaba en una sonrisa burlona. Inmediatamente la soltó. Sin embargo, el cuerpo se quedó donde estaba, en suspenso. Los pechos, pensó. Estaba viendo los pechos de su madre. Había pedido ver el cadáver de su padre, no el de su madre. Eran pechos redondos, firmes. En modo alguno viejos. Los pezones se distinguen a primera vista. Se está riendo de mí. John oyó a su madre reírse. La oyó sin asomo de duda. Una risita borboteó de los labios de su madre, y después un hilillo de fluido grisáceo. En una fracción de segundo lo comprendió; lo vio todo con la claridad del experimento perfecto y, antes de darse cuenta, la había abofeteado, estaba golpeando el rostro de su madre.

—¡Maldita seas!

—¡Señor, señora! —había más de una voz, ahora. El pomo de la puerta se sacudía furiosamente. John no tenía ni idea de lo que gritaba, sólo de que sus brazos eran una furia de golpes, las manos le dolían.

Paul despertó de un sueño intenso. Le daba la sensación de que acabara de dormirse. Un teléfono vibraba, taladraba. Paul no sueña nunca, se enorgullece bastante de no soñar nunca. Estaba en la cama, en Boston, con su segunda mujer, su bebé pequeñín, cuando se oyó una voz. Paul había empujado el edredón a un lado y había empezado a bajar las escaleras, descalzo, a la escucha. ¡Paul! Era la voz de un hombre. Mientras bajaba las escaleras, el bebé se había echado a llorar. Oyó a su mujer arrullándolo. Paul bajó apresuradamente tramo tras tramo de escaleras. Estaba desnudo. Nunca llegaría al final. El débil gimoteo del bebé, las palabras dulces de la mujer quedaban cada vez más distantes a sus espaldas. Los escalones se le aparecían cada vez más oscuros, más oscuros y estrechos, y se hundían en las profundidades. Sus muslos rollizos pasaban rozando las paredes a ambos lados. Paul sabía que ya no era su casa. ¿Cómo podía ser? Entonces sus pies chapotearon en agua, sintió una brisa en las mejillas. Un río corría en la profundidad de la piedra y, de nuevo, una voz lo llamó desde la oscuridad.

¡Paul!

Sonó el teléfono. Paul se incorporó y miró el reloj. Las siete y veinticinco. En efecto, había dormido apenas unos minutos, sólo lo que había durado el sueño, tal vez. ¿Cuándo duran los sueños largos? Se sentía zarandeado y esperó a que quien llamara se diera por vencido. Helen no telefonaría a aquellas horas, desde luego. Paul necesitaba dormir después de una noche larga y sumamente estúpida. A mi edad. Sin embargo, el timbre no cesaba. Paul se arrastró hasta el salón.

—¿Hola?

—Hola. Hola. ¿Quién es?

—Soy Paul Roberts. Me temo que Helen...

—¿Es usted pariente de la doctora Helen James?

—¿Quién llama, por favor?

—La policía. La policía de Delhi. ¿Es usted pariente de la doctora Helen James?

—Soy un amigo —dijo Paul. Trató de aclararse las ideas—. ¿Ha ocurrido algo?

—¿Usted no es un pariente suyo?

—Ya se lo he dicho, soy un amigo. Un amigo de la familia —añadió.

—¿No hay ningún pariente de la doctora James en este número?

—No, no hay ningún pariente aquí. Sólo yo.

—¿Usted es amigo de la doctora James?

—Sí.

—Por favor, venga a la clínica Sudha Dutta enseguida. ¿Sabe dónde está? ¿En Shadhanad Marg? ¿Lo conoce? Sí. Muy bien. Se lo explicaré cuando llegue. No, por favor, venga ahora. Es una orden de la policía. Ahora. Sin pérdida de tiempo.

Mientras volvía para sentarse en la cama, Paul se preguntó por qué se sentía tan... ¿qué? ¿Alterado? ¿Culpable? O tal vez sólo estuviera extrañamente desorientado. ¿Qué demonios quería la policía? ¿Acaso el teléfono había suscitado el sueño? Buscando sus zapatos, tomó conciencia de

envidiarle a Elaine su padecimiento juvenil, de envidiarle a Helen su intensa angustia adulta. Qué mujeres.

—Carezco de intensidad —se dijo en voz alta, y recordó lo que la chica había dicho apenas un par de horas antes: «Simplemente me parecía irreal».

Porque la velada había dado al fin un beso. Al entrar en el piso de Helen, hacia las dos de la mañana, riéndose de la aventura de recorrer a pie las aceras sembradas de los destrozos de la tormenta bajo la lluvia cálida, se había vuelto hacia ella y ella había dado la impresión de aceptar su insinuación. Se habían besado.

¿Y bien?

El cúmulo de su experiencia le decía a Paul que un beso decantaba las cosas hacia un lado o hacia el otro: dos personalidades se encontraban desnudas en los labios, e inmediatamente sabías quién era el otro, o cuando menos quién sería para ti. Sabías si iba a haber sexo.

Paul se había vuelto hacia Elaine tal vez por impulso, tal vez respondiendo a un cálculo (aunque tales categorías habían perdido significado hacía mucho tiempo). La boca de la joven se acercó a la suya; se probaron, se abrieron uno al otro. Había en ella una calidez nerviosa y urgente, la ansiedad y la confusión de la velada estaban concentradas en sus labios. No le había rechazado. Dejó que los brazos de Paul la rodearan, dejó que sus cuerpos se apretaran uno contra el otro. No hubo resistencia. Debió de durar por lo menos un par de minutos.

—Estamos calados hasta los huesos —dijo ella entonces.

—Te traeré una toalla.

Había ido presuroso hasta el cuarto de baño, con la cabeza llena de cuestiones logísticas. ¿Aquí? ¿Ahora? ¿A qué hora volverá Helen a casa?

Volvió con un albornoz. Habría que contemplar el problema de los pelos de Elaine en la almohada. De su perfume, tal vez. A Paul le gustaba cuidar esos detalles.

Elaine seguía de pie en el felpudo, junto a la puerta, donde Helen dejaba sus zapatillas de andar por casa.

—Será mejor que me vaya al hotel —le había dicho.

Paul le tendió el albornoz.

—Anda, sécate —le dijo—. ¿Qué ocurre?

—Por favor —dijo ella—, llama a un taxi.

Paul no era de los que insistían, y sin embargo estaba sorprendido.

—Ha sido un beso bonito —dijo con suavidad.

Ella logró esbozar una sonrisa y morderse el labio al mismo tiempo. Abrió la boca, titubeó:

—He venido a encontrar a John.

Paul le tendió la toalla.

—Hermosa y esquiva criatura —dijo con fingida gravedad—, dame un minuto para cambiarme, y luego llamaré a un taxi y te acompaño.

Había ido a su habitación. Mientras se secaba y se vestía, había sido muy consciente de su sobrepeso, de ser un cuarentón en toda regla. A su alrededor se alineaban los libros de Albert James, plagados de sus anotaciones enigmáticas. El problema de James, decidió de repente, es que nunca se

había divertido.

Cuando volvió, Elaine seguía con la misma ropa mojada, la cabeza ladeada mientras se secaba el pelo con la toalla.

—Tu precioso pañuelo rosa —dijo Paul.

Estaba empapado, por lo que el rosa se oscurecía y era casi escarlata. Ella lo miró, hizo un mohín, se lo embutió en un bolsillo.

—De verdad que te quedaba mono.

—¿Seguro que quieres irte?

Asintió. Sin embargo, resultó que nadie contestaba en la compañía de taxis. Un mensaje grabado explicaba que entre semana permanecía cerrado de dos a seis de la madrugada.

—¿Y bien? —preguntó Paul—. ¿Qué hacemos?

Elaine accedió a quitarse la ropa mojada, a ponerse el albornoz, a sentarse en el sofá.

—Esperaré despierta hasta las seis —le dijo—. Tú ve a la cama.

Paul era demasiado caballeroso para dejarla sola. Y, además, tal vez la chica cambiara de opinión.

—¿Whisky o té? —le ofreció.

Prefirió el té. Se cruzó de piernas, envuelta en el albornoz, vigilando taparse bien, levantándose las solapas para cubrirse el escote, remetiéndose los faldones entre las piernas. Los movimientos intensificaban una atmósfera de intimidad doméstica, similar a la que se crea entre un padre y una hija.

—Dios mío, qué silencio hay aquí —dijo Elaine. Entonces, como enfrascada en alguna otra conversación paralela, siguió—: No decidiré nada hasta que vea a John.

—¿Y si no le encuentras?

Empezó a explicar que había rechazado la propuesta de matrimonio de John cuando se la hizo porque le parecía demasiado precipitada, no encajaba con su futuro como actriz. Era ambiciosa, y él le había parecido alterado, distinto a como solía ser. Era tan joven. Ahora había perdido a John, y tal vez también su ambición.

—En cuanto vuelvas a Londres recuperarás de nuevo todo tu entusiasmo —le aseguró Paul—. Sobre todo cuando oigas a tus padres diciéndote que consigas un trabajo como Dios manda —se echó a reír—. Por ejemplo yo, si volviera a Boston en lugar de ir a Bihar, puedes apostarte el cuello a que en unos días estaría esbozando una propuesta para algún libro nuevo. Volvería con mi novia de allí.

—Entonces, qué, ¿es sólo cuestión de dónde estés? —objetó ella.

—De dónde eliges estar —puntualizó él.

Paul interpretaba al caballero, y al mismo tiempo disfrutaba de la visión de la piel enrojecida de Elaine en la base del cuello, de la palidez de sus pies pequeños, de sus deditos prietos con las uñas mordidas, aferrados al móvil con la esperanza de una respuesta de su novio.

—Hablando de elegir lugares —dijo—, si estás cansada podríamos tumbarnos en la cama grande. No te tocaré. Prometido.

Ella sacudió la cabeza.

—No te fíes de mí —dijo él con una sonrisa.

—A lo mejor no me fio de mí misma.

Alentado, Paul se puso más serio. Hacía tiempo que no pasaba toda una noche despierto. Tal vez la personalidad cambia en las horas previas al amanecer. O quizás él no tuviera personalidad, lisa y llanamente. James había sugerido, empezó a contarle, que sólo somos capaces de entendernos a nosotros mismos en relación con los sistemas comunicativos de los que somos presos.

—Es una postura pesimista, pero también se atisba una posible salida: si cambias de repente la tónica de tu comportamiento, el sistema queda expuesto, el resto de la gente que lo conforma se siente confusa, y la maquinaria, que se ocupa de garantizar su propia perpetuación, se paraliza. No sé si me sigues.

Elaine negó con la cabeza. No había entendido nada que tuviera que ver con el padre de John, dijo. Paul se puso de pie de un salto, fue a las estanterías y sacó unos cuantos libros. Su entusiasmo era auténtico, y al mismo tiempo lo movía un poderoso deseo físico de estar cerca de la chica, de oler su piel.

—Fíjate en cómo escribía encima de todo lo que leía.

Se sentó a su lado en el sofá y abrió un tomo pesado. Ella miró los garabatos de los márgenes y se las arregló para descifrar lo que ponía.

—«La reconciliación nunca es espectral» —¿qué demonios podía significar aquello? Era un libro acerca de la Partición. Aún sacudiendo la cabeza, comentó—: John creía que era un genio.

—De eso no cabe duda.

—Pero que lo había desperdiciado completamente al no involucrarse en un equipo de investigación serio.

En el margen de una página donde se abordaban las negociaciones que llevaron a la independencia india, James había escrito: «La sintaxis y la semántica se diluyen en la contemplación».

Elaine tuvo que darle la vuelta al libro para seguir la letra apiñada que rodeaba una fotografía de Nehru. «El vivido deseo de muerte del arte...».

—Bueno, al menos espero que él sí supiera lo que quería decir —dijo con un suspiro.

Entonces torció los labios en una expresión que podría haber sido maliciosa, o simplemente irónica.

—Pero te diré una cosa: cuando John, o tú ahora, empezaba a hablar de él, me parecía siempre fascinante y... —titubeó antes de añadir—: Sexy, de alguna manera.

—Lo tendré en mente —sonrió Paul.

Tres horas más tarde, de improviso, cuando la acompañó escaleras abajo hasta el taxi a primera hora de la mañana, ella lo besó de nuevo. No quería que la escoltara hasta el hotel, le dijo. Se había vuelto a poner la misma ropa mojada, con apenas una mueca divertida y un escalofrío teatral. Sin embargo, al llegar al portal se volvió hacia él y abrió los brazos. Podía reconocerse el mismo beso de antes, y fue claramente también un beso de despedida, como si la promesa y el adiós se hubieran superpuesto de algún modo. Le susurró al oído:

—Lo siento. Simplemente me parecía irreal.

Paul había subido las escaleras aprisa y se había tumbado en la cama. Estaba enfadado consigo mismo. En el curso de la semana anterior, más o menos, había decidido cambiar y ahora, casi en el acto, había quebrantado su resolución. Se sentía confuso. En toda esta aventura, se dijo, la única persona con alguna solidez y coherencia ha sido Helen. Helen era la misma en todos los lugares y en todos los momentos; Helen vivía y salvaba vidas, mientras que Albert no hacía otra cosa que observar y tomar notas.

—Ve a Bihar —dijo en un susurro—. La vida te ha traído un gran cambio.

Incapaz de dormir, Paul se había hallado repitiendo esos mismos fragmentos.

—La vida te ha traído un gran cambio. Tienes que ir a Bihar. Basta de coleccionar mujeres. Basta de jugar a vivir. Este fracaso con Elaine marca un antes y un después. Ve a Bihar. Ve con Helen. La vida te ha puesto a Helen y Bihar en tu camino.

Cualquiera que fuese la postura que adoptara en la almohada, al cabo de unos pocos segundos empezaba a sentir un latido en el oído. Bihar. Bihar. Se tumbó boca arriba. Bihar era un sitio miserable, solado por la pobreza. Así lo imaginaba. Tenía la vida solucionada, pensó Paul: los libros, Amy. ¿Por qué tengo que hacer esto?

Dio vueltas de un lado a otro, pero las palabras se sucedían automáticamente: «Ve a Bihar. Cambia de vida. Ve a Bihar». Luego, de repente, se hallaba en una cama distinta. Estaba otra vez en su casa de Boston, de nuevo con su segunda esposa, su hija recién nacida, y una voz gritaba su nombre desde el sótano, desde las profundidades del suelo: Paul.

—A saber —murmuró Paul, colgando el teléfono y encaminándose al cuarto de baño a hacer pis. La policía de Delhi. Nunca había tenido muy en cuenta los sueños. No hace falta apresurarse, pensó. Nunca había tenido en muy alta consideración a la policía de los países en vías de desarrollo. Años de periodismo le habían familiarizado con el apetito de éstas por el melodrama y la cinta roja, en especial cuando había extranjeros involucrados. Sería cualquier objeción por los papeles o el permiso de trabajo de algún inmigrante. Paul se preparó un café y luego llamó a un taxi.

Había dos vehículos de la policía en la calle, frente a la clínica. Aún indeciso entre la alarma o la irritación, Paul fue conducido hasta la sala de espera de las consultas externas.

—Por favor, quédese aquí —le dijeron con sequedad—. Vendremos a hablar con usted muy pronto.

Antes de que se le ocurriera objetar algo, los hombres se habían ido.

Paul miró a su alrededor. Los bancos apoyados contra las paredes desnudas estaban todos ocupados, y una docena o más de hombres y mujeres esperaban pacientemente sentados en el suelo hablando en voz baja, masticando, rascándose, estableciendo un vínculo cálido pero, a ojos del periodista americano, ajeno.

Se acercó a la ventana y permaneció allí de pie, mirando a través de los barrotes verticales y el cristal manchado hacia el sendero de ladrillo y barro que separaba la entrada y la verja. No era un paisaje nada bonito, pero mejor que cruzar la mirada con los ojos llenos de curiosidad silenciosa de los indios de la sala de espera. Le irritaba la manera en que todos lo escrutaban, sumidos en aquel

silencio colectivo. Entonces, a pesar de que el ruido le llegó amortiguado, vio a cuatro policías que salían dando un portazo por la entrada principal del edificio, a unos veinte metros a la derecha. Dos de ellos agarraban a un joven por los brazos, un hombre blanco con un cabello rubísimo. La cabeza se le balanceaba de uno a otro lado y caminaba con paso vacilante, como en una especie de trance. Otro policía caminaba delante, y otro atrás.

Paul observó y frunció el ceño. Los policías empujaron al chico para que traspasara la verja y se metiera en un coche. Algo ha ocurrido. Se volvió y buscó a alguien en la sala con quien poder hablar.

—¿Alguien sabe por qué está aquí la policía?

—¿Qué es eso, señor? ¿Perdone?

Quien le hablaba era un hombre demacrado que caminaba con muletas. Paul repitió la pregunta, subiendo un poco la voz.

—¿Sabe usted por qué está aquí la policía?

Todo el mundo empezó a hablar. En hindi. Algunas personas bromearon a su costa, no le cupo duda. Por último, un hombre más joven sentado en el suelo dijo:

—Nadie sabe. Tal vez un crimen, señor.

Una enfermera llegaba cada cierto tiempo para llamar a los pacientes por número. Todos llevaban su número en la mano. Pasó casi una hora antes de que un policía llegara y le dijera a Paul que lo siguiera hasta el otro extremo del edificio. En una habitación que era poco más que un cubículo, un policía de mayor rango hablaba por el móvil.

—Le agradecería que me dijera de qué va todo esto —lo instó Paul en el mismo momento en que el hombre terminó su conversación—. ¿Dónde está Helen? Helen James.

El hombre llevaba un uniforme caqui y una gorra de visera. Unas gafas de montura gruesa le conferían cierto porte al rostro picado de viruela. Su bigote era una señal de autosatisfacción.

—¿El señor...?

—Roberts.

—Ah, sí, mi compañero habló con usted por teléfono.

—Por favor, he estado esperando...

—Señor Roberts, debo hacerle una o dos preguntas.

El hombre era seco y autoritario. A Paul le ofreció asiento al otro lado del escritorio un joven policía encargado de tomar notas. Con el teléfono aún en la mano, su superior prefirió quedarse de pie. Había muchos hombres de uniforme yendo y viniendo; un médico asomó la cabeza y se marchó aprisa.

—Está usted alojado en el apartamento de la doctora James. ¿Es eso correcto?

—Sí.

—¿Hace cuánto que está allí, señor Roberts?

Paul trató de hacer memoria.

—Tres semanas, día arriba o abajo.

—¿No reside usted en la India?

—No.

—¿Y cuál es el propósito de su visita?

Paul se armó de paciencia.

—Estoy recabando datos para una biografía de Albert James, el marido de Helen James —titubeó. ¿Qué otra explicación convincente podía dar de sí mismo?—. Murió hace poco.

—Ajá —el policía frunció el ceño—. Una biografía. ¿Es usted escritor, pues?

—Escribí un libro sobre Gandhi.

—Gandhi —el hombre enarcó una ceja—. ¿Es usted pacifista?

—No especialmente.

—No es usted pacifista.

Paul se exasperó.

—Oiga, ¿podría decirme qué está ocurriendo?

La petición fue ignorada.

—¿Cuándo murió exactamente el esposo de la doctora James?

—En enero. Creo que el 17 de enero.

El agente se colocó junto al hombro de su joven ayudante, como para comprobar lo que estaba escribiendo. Tal vez su inglés no fuera perfecto. Sin levantar la vista, le preguntó:

—¿Y cuáles eran sus relaciones con el hijo de la doctora James?

—¿Con John James?

—Ignoraba su nombre, señor Roberts. Le he preguntado cuáles eran sus relaciones con él.

—Ningunas. No he llegado a conocerle.

—¿No conoce al hijo de la doctora James? —el policía levantó una ceja poblada y sonrió con afectado sarcasmo, como si hubiera pillado a Paul en un desliz—. Usted es un invitado de su madre, pero al hijo no lo conoce.

—John vive en Londres.

—¿De veras? ¿No me diga? Sin embargo, precisamente ahora está en Delhi.

—¿Ah, sí? —sólo entonces se le cruzó a Paul por la mente que era a John a quien se había llevado la policía—. Helen no sabía que su hijo estuviera en la India —dijo al instante—. No mantenían contacto.

—Vaya, ¿es eso cierto? ¿Madre e hijo no mantenían contacto?

—No.

—¿Y él no se alojaba en la casa de su madre?

—No, pero... —Paul se interrumpió.

El policía lo observó.

—¿Y usted no sabe dónde se alojaba?

—¿Cómo iba a saberlo, si no sabía que estuviera en Delhi?

Con un brusco cambio de tono, el policía le preguntó: —¿Dónde estuvo anoche, señor Roberts? —empezó a tamborilear con los dedos sobre el escritorio. Paul titubeó.

—¿Necesita saber dónde estuve? ¿Para qué, si no es mucho preguntar? ¿Qué...?

—Señor Roberts, debe cooperar. Se trata de un asunto de extrema gravedad.

—De acuerdo —Paul respiró hondo—. Pues bien, ayer por la tarde llegó una invitada al apartamento de la doctora James, la novia de su hijo, de Londres.

Al darse cuenta de que el policía lo miraba sin comprender, como si «novia» no fuera una categoría que reconociera, Paul se explicó:

—Una joven que es amiga íntima de John y de la familia llegó al apartamento de la doctora James, porque creía que John estaba en Delhi y pensó que estaría alojado en casa de su madre. De hecho, ésa fue la primera noción que tuvimos de que John pudiera haber venido a Delhi. Entonces, puesto que la doctora James ha estado esta noche de guardia aquí en la clínica, yo llevé a la joven a su hotel, y a cenar, y después, dado que nunca antes había estado en Delhi, dimos un paseo en coche por el casco antiguo.

El policía hallaba cierta dificultad en todo aquello. Se había quitado las gafas y las frotaba con un pañuelo, frunciendo el ceño, como si limpiar las lentes pudiera ayudarle a captar el sentido de lo que Paul le estaba contando. Al cabo de un instante, preguntó:

—¿Por qué vino esta mujer a Delhi, desde dónde viajó, cuántos años tiene, por qué la llevó usted a cenar y a mostrarle la ciudad?

—Como ya le he dicho... —Paul se daba cuenta de que la historia tal vez no cobrara mucho sentido para un hombre con la formación del policía— la chica, cuyo nombre es Elaine, es amiga íntima de la familia. Es posible que sea la futura esposa de John. En cualquier caso, vino de Londres a visitarlo. John le había dicho que estaba en Delhi, pero no dónde se alojaba —al ver que el policía parecía aún escéptico, Paul añadió—: En estas circunstancias fue una cortesía normal por mi parte acompañarla. No conoce la India.

—¿Y además la llevó en coche por el casco antiguo? ¿Con la lluvia?

—Sí. Luego tomamos una copa. Cerca de Connaught Place.

—¿La señorita corroborará eso?

—Por supuesto. Se aloja en el Centro Internacional de la India. Se apellida Harley, creo. No recuerdo el nombre del bar, pero desde luego podría guiarle hasta allí.

—¿Y a qué hora llevó a su señorita a casa?

—No es mi señorita —le corrigió Paul—. Veamos... —fingió pensarlo—. Volví al apartamento de Helen a la una y media, creo recordar.

—¿La una y media? ¡Sale usted con una amiga de la familia hasta la una y media! —había un sarcasmo decididamente desagradable en la voz del policía. Se rascó un extremo del bigote e intercambió una sonrisa con el joven que maniobraba sin descanso con el bolígrafo. Entonces le sonó de nuevo el teléfono—. ¿Hola?

Se dirigió aprisa a la puerta y habló con voz queda desde el pasillo. Un anciano de bata blanca llamó a la puerta, entró en la habitación, le entregó una carpeta al joven policía al otro lado del escritorio, dijo una o dos palabras en hindi y salió sin dilación.

El agente volvió a entrar y pasó unos instantes echando un vistazo a la carpeta que acababan de entregar. Gruñó en un par de ocasiones o tres, como si lo que veía no le satisficiera.

—Veamos —levantó la mirada—, ¿qué dijo la señora James cuando llegó esta amiga de la familia?

Paul era consciente de que lo invadía una enorme tensión.

—Helen se quedó muy sorprendida —dijo, eligiendo las palabras—. No tenía ni idea de que

John fuera a venir a la India. No esperaba la visita de esta joven. No sabía con exactitud qué clase de relación los unía.

—¿A la doctora James la alegró saber que su hijo estaba en Delhi?

—Seguía sin creer realmente que estuviera aquí.

De buenas a primeras, el policía dijo:

—Hubo una riña entre madre e hijo, ¿no es cierto, señor Roberts? No se ande con evasivas. La doctora James temía ver a su hijo en Delhi.

—¡No! —protestó Paul.

—¿Por qué nadie usó el teléfono y llamó al hijo? Esta situación no es creíble, señor Roberts.

—Su teléfono estaba apagado... —empezó a explicar Paul.

Sin embargo, en ese momento el teléfono del agente empezó a sonar de nuevo, y de nuevo el hombre salió aprisa de la habitación para hablar. Ya decididamente inquieto, Paul permaneció sentado sin moverse, consciente de la voz grave del pasillo y del joven policía concentrado en sus notas, haciendo correcciones, echando de vez en cuando un vistazo a aquella carpeta que acababan de traer. En la habitación se alineaban, desde el suelo hasta el techo, estantes de madera y cajas de medicinas. Entonces, desde la única ventana de la estancia, una ventana pequeña, le llegó el sonido de un vendedor ambulante que anunciaba sus mercancías en la calle.

—*¡Pa-tai-yei, pa-tai-yei!*

Paul escuchó, sin entender.

—*¡Ma-tai-yei!*

¿Por qué he soñado que una voz me llamaba?, se preguntó. La India estaba llena de voces apremiantes. ¿Un residuo de la infancia religiosa, tal vez? Llamadas, obligaciones. Luego, como si recibiera físicamente un suave codazo, recordó la historia de Helen sobre la marca en la mesa, los elefantes de piedra, el extraño comportamiento de su hijo. Después de todo, sí estaba en Delhi. De repente, Paul sintió crecer la alerta en su interior. La vela se había ladeado en la mesa y le había quemado la mano. «¿Crees que pretendía matarme?», había preguntado Helen. La cuestión le había parecido absurda entonces, melodramática, propia del carácter de Helen. Sin embargo, ahora había ocurrido algo. Un asunto de extrema gravedad.

—*Ma-ti-alli-yei!* —gritó la voz—. *Pa-tai-yei!*

Habían pasado cinco minutos. Aguzando el oído, Paul se dio cuenta de que el policía ya no estaba hablando en el pasillo. ¿Qué demonios está pasando aquí? Se puso en pie de un salto. El joven agente levantó la vista.

—Tengo que ir al baño —dijo Paul.

El hombre pareció dudar.

—Debe usted esperar —dijo.

—Tengo diarrea —le dijo Paul—. Es urgente.

Se escabulló hasta el pasillo. La gente se empujaba en las colas o caminaba con prisa de un lado a otro, pero ni rastro del policía. Debo encontrar a Helen, decidió Paul. Abrió una puerta y vio un armario oscuro, la cerró de nuevo.

—¿Dónde está la sala principal? —le preguntó a un hombre que llevaba una escoba y un carrito.

Sin detenerse, el hombre señaló con el dedo. Paul recorrió el pasillo a paso vivo, dobló una esquina y vio una doble puerta más grande. Estará aquí, seguro. Debería de haber acudido directamente a ella en cuanto entró en el hospital. Paul empujó las puertas.

A cada lado de la amplia sala había una hilera de camas. Sintió el aire agriado por los olores fuertes. Fármacos y vómito. En la tercera cama de la izquierda, a un hombre lo sacudían las arcadas. A su lado, una enfermera, una mujer joven bastante entrada en carnes, le sostenía la cabeza encima de una palangana de plástico. El hombre rondaría los cuarenta y tantos años, tenía el pelo empapado en sudor, los ojos inyectados en sangre, el cuello se le tensaba con cada espasmo, con cada intento de devolver. La enfermera le hablaba en voz baja, con el rostro muy cerca del suyo.

De nuevo, al hombre le vino una arcada. Un hilillo de vómito le salió por la comisura de la boca, chorreó por la barbilla y cayó en la manga. La enfermera le habló suavemente. Otros pacientes se habían apartado de la escena, tumbados en sus camas. Alguien leía una revista. Una anciana se había recostado para hacer su labor, una especie de bordado, una onda ancha y sedosa de azules y verdes. Parecía indiferente a la tos y los ásperos ruidos.

De repente, todo el cuerpo del hombre se convulsionó hacia atrás en un espasmo, luego se echó de nuevo hacia delante y el vómito brotó de su boca. A Paul se le antojó inesperadamente oscuro. Oyó el ruido que hizo al caer en la palangana de plástico. Debe de haber salpicado la cara de la enfermera, pensó.

Al paciente volvió a darle una arcada, aunque esta vez no arrojó. La enfermera era joven y le sostenía la cabeza con firmeza entre las manos abotargadas, mientras no dejaba de hablarle con dulzura. Bihar, pensó Paul. Se sentía fascinado por la escena, y al mismo tiempo le repelía. En Bihar, serás tú quien sostenga esa cabeza. A ti te salpicará el vómito. ¿Por qué? ¿Por qué quieres hacer esto?

—¿Señor Roberts?

Cayendo al fin en la cuenta de que lo llamaban por su nombre, Paul se volvió.

—Señor Roberts, estaba interrogándole a propósito de un crimen. ¿Por qué se ha marchado? ¿Quiere que lo ponga bajo arresto?

—Tengo que hablar con Helen —dijo Paul.

Los ojos del policía se entrecerraron. Parecía estar calibrando al americano.

—Sígame —dijo.

Una de vez más, condujeron a Paul por el pasillo. En esta ocasión doblaron a la izquierda. En unos instantes reconoció la consulta de Helen y enseguida vio que la madera de la puerta estaba astillada alrededor de la cerradura.

—¿Qué ocurre?

Un policía con un rifle le permitió traspasar el umbral.

—Puede acercarse a la cinta, pero no vaya más allá —le dijo el policía—. Estamos a la espera de que un experto examine esto.

Con las persianas subidas, la habitación estaba inundada por la luz del sol. Paul dio unos pasos hasta una cinta de plástico roja y blanca tendida desde un armario situado a la izquierda hasta el picaporte de la ventana de doble hoja de la derecha. Tras la cinta había un gran escritorio, pero

desplazándose hacia la derecha Paul vio dos cuerpos, uno a cada lado de un colchón de escaso espesor. En el extremo más alejado yacía un adolescente escuálido con ropa interior grisácea; su cabeza estaba echada hacia atrás, los ojos cerrados, la boca retorcida en una sonrisa de dolor. En la parte más próxima, bañado por un rayo de luz, el cuerpo de Helen se aparecía obscenamente extendido, los brazos y las piernas abiertos, como en cierta clase de pornografía particularmente desagradable. Desde la cara hasta las rodillas, la piel blanca presentaba extrañas motas; las extremidades extendidas parecían contorsionadas, la barriga estaba un poco hinchada.

En un acto reflejo, Paul se llevó una mano a la boca. No podía mirar, y tampoco apartar la vista. Sobre todo, no acertaba a entenderlo. El cuerpo exigía su mirada, al tiempo que la repelía. Parecía mucho más grande, más largo, más blanco y más presente —una presencia inmediata, material— de lo que jamás pudiera estarlo una persona viva.

—Helen —murmuró.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó el policía.

La voz del hombre era cortante. Estaba observando a Paul con detenimiento, pero él no prestaba ninguna atención. No acertaba a ver ningún camino que partiera de allí, ni tampoco veía cómo retroceder lejos de aquel cuerpo. La cinta de plástico brillante de atestados le impedía acercarse, pero tampoco podía dar media vuelta y salir de allí. Era incapaz de pensar. Los pechos de Helen estaban aplastados y deformados, su pubis crudamente expuesto a la luz deslumbrante de la mañana. Apenas el día anterior habían estado juntos en la cama.

—Su hijo la estaba abofeteando en la cara cuando echamos la puerta abajo —anunció el policía. Parecía satisfecho de ver al americano impresionado—. Se negaba a abrir.

—¿Su hijo estaba aquí?

—Sí.

—¿Abofeteándola en la cara? —Paul no entendía nada—. Pero ¿quién es el muchacho? ¿Qué ha ocurrido?

—El joven es un paciente del hospital.

—¿Un paciente?

—Señor Roberts, a cualquier hijo le disgustaría encontrar a su madre en este estado de desnudez, y además con un desconocido, ¿no le parece? Es demasiado evidente lo que ha sucedido. Por desgracia, John James se niega a responder nuestras preguntas. Ahora...

—Pero ¿cómo han muerto? Él no podría sencillamente...

Por el pasillo llegó el sonido de voces airadas. Los dos se volvieron. Se oyeron pasos y un golpe. Incluso en hindi, Paul se dio cuenta de que era alguien conocido. Esa voz le resultaba familiar. Un hombre gritaba, poniendo objeciones, insistiendo. Otras voces se levantaban en su contra. El pasillo les devolvió el eco. La discusión se acercaba aprisa hacia ellos. Hubo un grito, y luego Kulwant Singh se coló en la habitación. Su cara barbaba parecía desencajada, le brillaban los ojos, llevaba el turbante negro no recto del todo sobre su rostro redondo. Rechazando cualquier intento de impedirle el paso, incluso llevándose el culatazo de un rifle, levantó la cinta de plástico, se agachó para pasarla por debajo y de inmediato dejó escapar un bramido de dolor.

—¡Helen! —gritó—. ¡No!

Tres policías lo cogieron, pero Kulwant estaba ya agachado junto al cadáver. Gemía. Puso su cabeza junto a la de la mujer muerta. Le cogió la muñeca en busca de pulso, la dejó caer, abrazó el cuerpo contra el suyo.

—¡No! —dijo de nuevo con un alarido.

Paul observó, humillado por la energía de aquel hombre más corpulento y por su evidente dolor. Kulwant abrazaba el cuerpo desnudo en un frenesí de negación.

—¡No, no, no! —continuó.

El agente vociferó. Estaba estropeando la escena de un crimen. Por último, los dos policías más jóvenes consiguieron inmovilizarle los brazos, lo obligaron a soltar el cuerpo y tiraron de él. El sij temblaba como una hoja, su boca fuerte y carnosa se estremecía en medio de la barba entrecana. Un torrente de hindi manó de ella. Sus ojos estaban empañados por las lágrimas.

Paul escuchó. No entendió nada, salvo que Kulwant mantenía con Helen una relación profundamente emocional que a él le quedaba muy lejana. El hombre padecía enormemente. Entonces hubo un tira y afloja entre el policía y el sij. Kulwant parecía estar explicándole quién era y por qué estaba allí. Cuando el agente le lanzaba un comentario, Kulwant se lo devolvía con sequedad, con un tono cargado de desprecio. No lo intimidaba en absoluto. Por un momento, las poderosas muñecas del médico trataron de liberarse y forcejearon. Entonces dio media vuelta y se encaró con Paul.

—Estos idiotas están haciéndome preguntas sobre su hijo. No entienden nada.

Paul fue incapaz de reaccionar.

Kulwant arremetió de nuevo, se desembarazó de los guardias que lo custodiaban y agarró una de las cuatro o cinco bolsitas de plástico que había encima del escritorio. Contenía una jeringa, que el sij agitó frente al policía gritando, muy alterado. Nuevamente Paul no pudo seguir lo que se decía. Sus ojos fueron atraídos una vez más al cuerpo de Helen. Era rara la combinación de los brazos extendidos, la horrible desnudez y la inmovilidad cérea.

—El americano les confirmará cada palabra de lo que les estoy diciendo —Kulwant se volvió de nuevo a Paul—. Ésta es una tragedia terrible, terrible. Su marido la indujo a que lo matara hace seis meses, ¿no es así? Acabó con la vida de su marido porque él se lo pidió. Quería morir. Y sin duda le pidió que ella hiciera lo mismo. La incitó. He visto a Helen dándole vueltas a la idea durante muchos meses. He estado advirtiéndola muchas, muchas veces. Su marido era un hombre enfermo, ¿no es así, señor Roberts? Usted está escribiendo sobre él. Seguro que es consciente de ello. Era un tipo brillante, pero enfermo, con impulsos enfermizos, muy enfermizos, muy retorcido, muy temeroso. Llevo diciéndoselo a Helen muchos años. Ay, no puedo creerlo. Es culpa mía.

Apocado, Paul dijo:

—Estoy seguro de que Albert James nunca habría persuadido a nadie de que se quitara la vida. Menos aún a su esposa. Eso estaba más bien en las antípodas de su carácter.

—¡Pero todo su pensamiento iba en esa dirección! —exclamó Kulwant—. Y si no, ¿qué es esto? —una vez más esgrimió la jeringuilla y se volvió al policía—. Encontrará una combinación letal en esta jeringa. Estoy seguro. Probablemente insulina y Valium. Es muy rápido.

—Bueno, basta —dijo el agente, tajante—. Un hombre que lleva seis meses muerto no puede incitar a nadie a que se mate. ¡He dicho que basta! —repitió cuando Kulwant volvió a abrir la boca

—. Es cierto que hemos encontrado cuatro jeringas en el suelo. Serán examinadas, por descontado — el agente dejó transcurrir un breve silencio—. Sin embargo, hay otras preguntas que también exigen respuesta —se tocó el bigote un instante—. ¿Por qué el hijo no le dijo a su madre que estaba en Delhi? ¿Por qué esta mujer no ha dejado ninguna nota, si se trata de un suicidio? Si encontró a su madre muerta, ¿por qué el hijo cerró la puerta con llave? ¿Por qué se negó a hablar con nosotros?

Kulwant parecía repentinamente exhausto por sus emociones.

—Quizás haya una nota —dijo sin mucha convicción—. Aún no puedo creerlo. Es demasiado horrible. A lo mejor le ha mandado a alguien un correo electrónico.

El agente se policía se volvió a Paul:

—¿Cree usted que la doctora James ha podido suicidarse? ¿Hablabas de esa clase de cosas, el tiempo que usted pasó con ella?

Con gran lentitud, la mente de Paul empezaba a funcionar. ¿Había dicho algo Helen? Tal vez sí, y él no lo había comprendido.

—¿Qué hay del chico? —preguntó con tacto—. ¿Por qué iba a estar muerto el muchacho, si se tratara de un suicidio?

Kulwant dio media vuelta para contemplar los cadáveres. Se agachó, aunque esta vez no trató de acercarse.

—Dios del cielo —murmuró—. ¡Helen! —se llevó una mano a la frente, se ajustó el turbante, se irguió de nuevo—. No veo marcas en él —dijo con un suspiro—. No hay sangre. Verán que él también murió por una inyección.

Entonces, en el bolsillo de alguno de los presentes, un teléfono inició una melodía urgente. La melodía de una danza bhangra. Sonaba bastante alegre.

—Tiene que hacerse una autopsia —estaba diciendo el policía.

Kulwant hurgó en sus bolsillos, sacó el teléfono y miró la pantalla iluminada.

—¡Jasmeet! —pulsó una tecla, se llevó el aparato a la oreja e inquirió—: ¿Dónde estás, Jasmeet, en el nombre de Dios?

John estuvo retenido en una celda policial en Naya Bazar Road, a poco más de medio kilómetro de la clínica. Negó haber golpeado a su madre. Tal vez la había abofeteado en la cara en un intento por despertarla. Lo último que recordaba, según pudo al fin explicar a la policía tras más de veinticuatro horas de silencio catatónico, era agacharse para levantarla del suelo y tratar de ponerle algo de ropa. Su mayor disgusto había sido encontrarla desnuda. No, no podía precisar en qué momento se había dado cuenta de que estaba muerta. Puede que ni siquiera lo hubiera asimilado aún.

Sin embargo, sí, recordaba las preguntas que le hicieron, dijo John, y de veras que había tratado de contestar, pero había estado «bajo el agua», le dijo al policía. No era capaz de abrir la boca. La recepcionista del hotel Govind, declaró John, confirmaría que había pasado la noche en la habitación que ocupaba allí y que se había marchado poco antes de las seis de la mañana. Había venido a Delhi a ver a su madre, era cierto, pero no había acudido a ella enseguida porque temía el encuentro. No se había sentido bien últimamente. No podía decir por qué. Había asuntos importantes que su madre y él tenían que hablar. No, no podía decir cuáles eran con exactitud.

—Tal vez yo simplemente deseaba que él siguiera vivo —murmuró John.

—¿Por qué cerró con llave el consultorio de su madre? —preguntó el agente.

Estaban sentados frente a frente en una sala de interrogatorios. Había una grabadora encendida. John declinó el ofrecimiento de que le procuraran un abogado. No había hecho nada malo.

—¿Cerré con llave?

El agente estaba exasperado. Era la primera vez que lidiaba con un crimen en el que hubiera europeos implicados.

—Puesto que no había nadie más en la habitación, señor James, nadie más que estuviera vivo, sin duda tuvo usted que cerrarlo. Estaba cerrado con llave, por dentro.

—Supongo que la quería para mí solo —dijo John al fin. Titubeó y añadió—: Había tantos pacientes en el pasillo... ¿Sabe? Mi madre siempre estaba muy ocupada ayudando a los demás.

—¿Reconoció al muchacho que estaba con ella?

John guardó silencio. Bajó la vista y se miró las rodillas. Por último dijo:

—No lo había visto nunca.

—¿No sabe cuál era su relación con su madre?

—No.

Devuelto a la celda tras el interrogatorio, John no estuvo a disgusto. No le hizo asunto al calor sofocante del estrecho cubículo de cemento. Tampoco a los olores fuertes y desagradables. No se sentía escandalizado porque lo tuvieran detenido. No anhelaba compañía. Se tumbó en una litera. Las moscas son libres de posarse en mi cara, pensó, en mis labios y mi pelo. No me molestan. Se sentía a salvo allí, apartado del peligro, apartado, sobre todo, de cualquier obligación de pensar. No voy a pensar, decidió. No me importa.

En lugar de eso escuchó a los demás hombres a los que metían o sacaban de allí. Mantenía los ojos cerrados, como si durmiera. Se tumbó inmóvil boca arriba en el fino colchón, con las manos

enlazadas sobre el estómago. Había literas para seis. En cierto momento hubo once hombres en la celda. Los camastros crujían. Una llave giraba de vez en cuando en la cerradura con gran estrépito. Los prisioneros iban y venían, protestando. Era agradable no entender ni una palabra de lo que decían. Hablaban sin cesar y se tiraban pedos y discutían y sorbían el catarro. El estómago lo tengo bien, advirtió John. La disentería había pasado. La peor cosa posible ha sucedido, pensó, y ya ha pasado. En cierto momento recordó con sobresalto que había una carta en el bolsillo trasero de su pantalón, una carta que no iba dirigida a él. Querido Paul... ¿Quién era aquella persona? Se le nubló la mente. Sintió la ansiedad en aumento. ¿Y si le requisaban la ropa? Hasta el momento, sólo lo habían cacheado para comprobar que no llevara armas. En cualquier caso, no sacaría la carta ni pensaría para nada en ella. Me dejaré llevar, decidió.

Respirando sin ruido sobre el duro catre en el transcurso de la tarde asfixiante, y de la larga noche que siguió después, John empezó a sentir que su cuerpo no yacía en una cama sólida, sino que flotaba en el aire o en el agua. Le dio la impresión de que viraba hacia este o aquel lado, empujado, como si siguiera una corriente o lo balanceara una marea. Durante la noche tomó conciencia de que las manos, unidas sobre la barriga, se habían hundido en lo profundo de su cuerpo; eran una sola cosa con sus tripas y sus órganos. Sintió las manos en el interior de la barriga. Estoy en un capullo, susurró. Todo el cuerpo se había licuado y se convertía en un fluido caliente que lo abrigaba.

John James permaneció retenido en la comisaría de policía durante cuarenta y ocho horas, luego fue puesto en libertad sin cargos después de que una autopsia dictaminara la hora y la causa de la muerte de su madre. El cuerpo de la mujer había recibido varios golpes de consideración, informó el médico que llevó a cabo el examen, pero eso había ocurrido algunas horas después del deceso. En una breve reunión matutina, dos agentes de rango decidieron que la policía de Delhi tenía mejores cosas que hacer que ahondar en un delito tan oscuro. El muchacho estaba trastornado. Las dos víctimas eran ciudadanos extranjeros. No había parientes exigiendo justicia.

Guiado hasta la entrada de la comisaría hacia las once de la mañana, John se quedó atónito al ver a Elaine esperándolo fuera. Estoy enfermo otra vez, pensó.

Elaine quería saber si estaba bien.

—¡John, ay, John! —sonreía y lloraba y lo abrazaba y lo besaba. La boquita veloz se apretó contra su mejilla, contra su nariz—. Qué fantástico volver a verte.

Aturullado y envarado, John no acertaba a comprender cómo su novia había llegado tan pronto. ¿Quién se lo había contado? Su nombre tomó forma en sus labios, pero no fue capaz de pronunciarlo.

—Hola, soy Paul Roberts —se presentó el hombre que estaba junto a ella. Se quedó de pie un instante, tendiéndole una mano que John no estrechó—. No me conoces, pero tenía planes de escribir una biografía de tu padre. He estado alojado en el apartamento de tu madre estas últimas dos semanas.

Finalmente, John recuperó la voz.

—¿Podemos irnos, por favor? —preguntó.

En el taxi, sentado entre los demás, mantuvo la guardia.

—John —repitió Elaine—. Dios, cuánto me alegro de que te hayan soltado. Estaba preocupadísima.

Sin embargo, John acababa de acordarse del Govind.

—Lléveme a Bhavbhuti Marg —se inclinó hacia delante para explicarle al conductor dónde estaba—. Ahora, por favor.

Cuando llegaron, insistió en subir solo. Nada más iba a recoger sus cosas, dijo, y a pagar la factura. No había razón para que nadie más fuera con él. Pidió si podían prestarle dos mil rupias. Paul sacó de inmediato la cartera del bolsillo y contó los billetes.

Subiendo las escaleras hasta el hotel, a John lo inquietó la posibilidad de que Jasmeet estuviera aún en su habitación. La había tratado mal, y la chica no tenía adonde ir. Le vendría con peticiones. Hablaría de billetes de avión. Saldría corriendo y le haría frente a Elaine.

Se detuvo en un rellano polvoriento, donde alguien había clavado un Ganesh en miniatura a una vieja puerta marrón. El dios sonreía con su estúpida sonrisa de elefante. Al otro lado de la puerta, alguien se echó a reír. John oyó claramente la risa, y también música. Se quedó mirando la absurda imagen, aquella trompa gigante y la sonrisa rechoncha. ¿Por qué había arremetido contra Jasmeet? Ella no tenía ninguna culpa. ¿Y cómo vas a estar tan contento cuando tu padre te ha cortado la cabeza y en su lugar ha puesto algo grotesco? ¡Tres elefantes, señor! Oyó la voz animosa del vendedor ambulante. Familia feliz, señor. *Un hijo que debía de saber que no era suyo*, había escrito su madre. En el interior del pensamiento de John, justo en el meollo líquido donde bullen las ideas, apareció un dolor sordo.

—Cemento —se halló diciendo entre dientes. Y luego, inesperadamente, añadió—: Adelante a toda costa, John.

—¿Qué señorita? —le preguntó con frialdad la mujer de la recepción.

—Seguro que se acuerda, la chica que me esperó. Pasó una noche en la recepción.

La recepcionista se puso a ordenar unos papeles.

—La señorita dejó el hotel unas horas después de usted, creo recordar.

—¿No dejó un mensaje? ¿No ha vuelto por aquí?

—No, señor.

John quedó decepcionado de repente. Ahora sentía que necesitaba ver a Jasmeet con urgencia. No podía recordar por qué, pero había una razón. ¿De verdad había propinado golpes y patadas a su madre, como dijo el policía? ¿Cómo iba a dar patadas a nadie con aquellas absurdas zapatillas del hospital? El dolor floreció en su mente. Era de un color violáceo, semejante a una flor abriéndose en el agua, impidiendo la posibilidad del reflejo, obstruyendo la corriente. De ninguna manera iba a darle la carta al americano.

—Tengo que liquidar la factura —anunció John con serenidad.

—Muy bien, señor James.

La mujer abrió una carpeta y extrajo un papel con varias anotaciones a mano: sus desayunos, las pastillas para la disentería que le habían comprado, los plátanos. Tecleó cifras en una pequeña calculadora. Las uñas de las manos estaban pintadas de verde, el sari era de un suave color melocotón, en contraste con el marrón lechoso de las muñecas. Como siempre, el cuenco de agua lleno de pétalos temblorosos descansaba sobre el mostrador, junto a su codo. Aunque distintos, pensó John, los dibujos de vivo colorido eran siempre los mismos. Mientras esperaba a que la hostelera

contara los billetes, contempló la geometría puntillista suspendida sobre la piel transparente del agua. ¿Cuál era la lógica de ella? ¿Y si los pétalos ocultaban debajo algo horrible?

Colocando su dinero en un cajón, la hotelera sonrió. Seguro que había temido lo peor cuando John desapareció. Ahora se mostraba generosa de ánimo.

—Su habitación ha sido desalojada para otro cliente, señor James —su rostro rollizo era cálido y maternal. Los labios generosos se fruncieron y dibujaron una sonrisa—. Todo quedó guardado en su bolsa. Compruébela por favor antes de irse. Debe decir si echa algo en falta —levantó el auricular y habló en hindi con tono enérgico.

John sintió que le habría gustado mucho quedarse hablando con la mujer. Siempre lo había atraído, de repente tomó conciencia de ello. Educada y eficaz, con su sari y sus trabajados brazaletes, su propia discreción era una forma de intimidad; como si, precisamente por no mencionar la naturaleza turbulenta de su estancia, le sugiriera con tacto que estaba al corriente de todo, su disposición a ayudar. John la observó mientras escribía una última nota, mientras se apartaba de la nariz un mechón de su espléndido cabello —qué bella la joya brillante hendida en la piel oscura—, pero al final no dijo nada, y ya un anciano había aparecido por el pasillo trayéndole la bolsa de viaje. John le dio veinte rupias.

—Por favor, revíselo todo ahora —le advirtió la hostelera—. Me disgustaría mucho enterarme de que falta algo.

John se sentó en el sofá bajo de la recepción y abrió la bolsa. Su ropa, aunque sin lavar, estaba doblada. Habían recogido sus artículos de aseo y los habían cerrado con cremallera en el neceser. Tal vez era el momento de mencionar el ordenador, pensó, y el teléfono y el chal de *pashmina*. No lo hizo. Echando un vistazo distraído a sus pocas pertenencias, se dio cuenta de que en realidad había tenido ganas de ir a la habitación y ser él mismo quien ordenara sus cosas, o tal vez simplemente echarse unos minutos en la cama.

Luego abrió el bolsillo lateral de la bolsa y encontró el listado de la lavandería con el dibujo de la cara de su padre. ¡Así que no se lo habían llevado! Se quedó mirando el pequeño boceto. No recordaba que había colocado a su padre en el ataúd; incluso lo había sumergido bajo las ondas serpenteantes del agua. No vi el cadáver, pero lo dibujé. Lo enterré. Turbado, John dobló el papel aprisa y se lo metió en el bolsillo trasero, junto a la carta de su madre. Cerró la cremallera de la mochila y se puso de pie.

—Gracias por meter mi ropa en la maleta —le dijo a la hostelera—. Ha sido muy amable por su parte.

—No hay de qué, señor —dijo ella.

En el apartamento de su madre, John aguardó simplemente a que el americano se marchara. Paul había mencionado mudarse a un hotel.

—No quiero incordiaros a vosotros los jóvenes, pero estaré a la vuelta de la esquina si necesitáis cualquier cosa —su móvil y los números de su hotel, dijo, estaban en el cuaderno al lado del teléfono—. John, me imagino lo terrible que es todo esto para ti —añadió Paul en voz baja, de

pie en la puerta a punto ya de irse—, pero está pendiente la cuestión de los preparativos del funeral. Esta mañana sale ya el cadáver de tu madre. Les dije que lo mandaran a la funeraria. Deja que te dé el número también.

John no contestó. Permanecía inmóvil al lado de la mesa, mirando las estanterías cargadas de libros y cintas de vídeo al otro lado de la habitación. Cuánto polvo tenía todo. Como atraído por ella, sus dedos hallaron la marca que había dejado al estampar el elefante de piedra contra la mesa. Tanto mamá como papá han escapado de mí, pensó.

Entre tanto, la anciana sirvienta trajo el té en una bandeja inglesa. John había olvidado su nombre. Colocó los manteles individuales y las tazas y la gran tetera blanca encima de la mesa.

—Entonces, ¿te parece bien —preguntó Paul con practicidad no carente de delicadeza— si dispongo la misma clase de ceremonia que ella organizó para tu padre? ¿En el crematorio cristiano? Aquí hay que hacer las cosas sin pérdida de tiempo, ya lo sabes. Habrá de ser para mañana, pasado mañana a lo sumo.

John debió de asentir. El americano le dijo algo en voz baja a Elaine, luego se marchó.

Acabaron el té. Tras unos momentos de silencio, Elaine empezó a explicar que había abandonado la obra en la que estaba trabajando y había decidido ir a Delhi a buscarlo.

—Fue una premonición, tal vez —dijo—. De repente me di cuenta de lo importante que eras para mí.

John paseaba la mirada por las estanterías, por el peso de los libros de su padre, por la extraña desnudez del mundo de sus padres. Ambos estaban muertos.

—¿No quieres hablar?

Sonó el timbre de la puerta. Era un zumbido agudo y anticuado. Habían llegado la hija y la nieta de Lochana. La anciana sirvienta les abrió la puerta. Vimala se acercó a estrecharle la mano a John, luego a Elaine. La chica parecía ansiosa por hablar, pero se limitó a sentarse a la mesa y a abrir y cerrar las rodillas bajo los pantalones rosas que llevaba, mientras su madre trataba de hablar con John acerca de Lochana.

—Usted volverá a Inglaterra ahora, según creo —la mujer hablaba con brusquedad con una voz grave y apremiante—. ¿Y qué va a ser de mi madre, señor? Lleva cinco años trabajando para la señora James. A su edad no le será fácil encontrar otro lugar.

—No tengo ni idea, de verdad —dijo John. Se sentó de nuevo—. Yo no tengo dinero, y mis padres no dejaron nada en absoluto —abrió las manos en un gesto de indigencia. Estaba secretamente complacido de que su madre no hubiera hecho planes en relación a la sirvienta.

Al ponerse en pie para marcharse, Vimala preguntó en voz baja:

—¿Puedo coger un libro, señor John? En recuerdo de su padre. Ya sabe que yo también lo ayudé en su investigación.

—Coge lo que quieras.

Sin titubear, la chica caminó hasta la pared más alejada y se agachó hasta la estantería más baja. Se movía con una gracia natural y líquida. Una mano delgada se movió rápida por los lomos de los libros, luego la chica exhaló un suspiro y sacó un ejemplar de *A través del espejo*.

—Es muy amable por su parte —dijo, irguiéndose de nuevo—. Gracias, señor John.

Cuando las mujeres se fueron, John le dijo a Elaine que necesitaba descansar. Se levantó y fue al dormitorio pequeño, la habitación de invitados. Durante cosa de una hora, Elaine se quedó sola, sentada en el sofá. Leyó un mensaje en el móvil, pero no lo contestó. Se acercó a la ventana y contempló el calor sombrío. Había bloques de pisos diseminados al azar por entre la maleza oscura y las calles sin señalizar. El cielo se cernía bajo y sereno, el paisaje era de un tono ocre rojizo, vacío.

Elaine se volvió hacia los estantes de la sala y buscó algo que leer, cualquier cosa. *Homus Hieranchicus*, encontró, de Louis Dumont. Se sentó de nuevo, ojeando las páginas, incapaz de concentrarse. El índice le señaló un capítulo que llevaba por título «Uniones conyugales». Trató de leer las líneas iniciales: «Recordemos que no se toleran ni las relaciones sexuales prematrimoniales ni el adulterio». Giró la página del revés para seguir una frase garabateada en el margen. Se advertía una urgencia crispada e inquietante en su escritura torcida: «Vivir es castigar». Elaine frunció el ceño. El padre de John era rarísimo. Dejó el libro y, sin llamar, abrió la puerta del dormitorio.

—¿Por qué viniste a la India, John? No me has contado nada —mantuvo el tono más calmado de que fue capaz—. ¿Por qué no contestabas a mis mensajes? ¿Por qué no viniste a ver a tu madre hasta ayer? ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

John estaba tumbado boca arriba, con las manos enlazadas bajo la nuca. Se incorporó un poco y abrió la boca; luego la cerró de nuevo.

—Sabes que ella no tenía ni idea de que estabas aquí. Tu madre. Yo la vi. A lo mejor no has caído aún en eso. Llegué pensando que estarías aquí. La vi justo antes de que se fuera al hospital. Me dan escalofríos. Sé que no la había conocido hasta entonces, pero a mí me pareció completamente normal. ¿Qué ocurrió, John? ¿Por qué hizo lo que hizo?

Su novio la miró, pero de manera que sus ojos no pudieran encontrarse. Miraba su cuello, su cintura, miraba a alguien que se hubiera colado por la puerta.

—¡John! Es terrible, sé que debes de estar muy impresionado pero, por favor, hablemos un poco... Mírame, por favor, me estoy volviendo loca.

Él suspiró, titubeó aún, luego por fin la miró a los ojos y dijo:

—Quiero embalar todos los libros y las cintas de mi padre. Quiero ponerlo todo en cajas y mandarlo a Londres. Tendremos que encontrar algunas cajas, o tal vez llamar a una empresa de mudanzas. Podemos hacerlo esta tarde.

Elaine seguía de pie, en la puerta. La pequeña habitación apenas tenía muebles, aparte de la cama y de unas sólidas estanterías de bricolaje.

—¿No prefieres darle todo eso a Paul? —preguntó—. Al menos de momento. Por si acaba escribiendo la biografía, quién sabe. Sería más fácil dejar que él se encargue de eso.

John negó con la cabeza.

—Mi madre no quería que escribiera un libro. Y yo tampoco.

—Ah —Elaine estaba sorprendida—. Pensaba que habías dicho que era una buena idea.

—No.

—Pero ¿dónde demonios los pondrás? —lo cierto es que no quería que mandara aquellos libros

a Inglaterra.

—En alguna parte. Los guardaré en algún sitio. A lo mejor en casa de mi abuela. Tiene una casa grande.

La chica se acercó y se sentó en la esquina de la cama. Habló con sentido práctico.

—Mira, John. Tengo que decidir si voy a volver pronto, en uno o dos días, a hacer mi obra. Te he dicho que había renunciado, pero insisten en que la haga. Me están mandando mensajes. He de tomar una decisión.

John no contestó. Elaine puso una mano sobre la suya, posada sobre la manta.

Entonces él se incorporó de golpe.

—Tengo que embalar esos libros. Tengo que ponerme en contacto con el propietario del piso y cancelar el contrato de alquiler. Hemos de comprobar cuándo puede celebrarse el funeral y asegurarnos de coger el primer vuelo que salga después. Y hemos de encontrar a alguien que lo pague y que pague para que los libros vayan también en ese avión —la miró—. Vamos.

—Helen James era, con diferencia, la mujer más extraordinaria que he tenido nunca el honor de conocer —dijo Paul desde la tarima en el funeral, a la mañana siguiente.

John vio a Jasmeet sentada junto a su padre, a su derecha. De vez en cuando la chica volvía hacia él una sonrisa resplandeciente, como si aquél fuera un feliz acontecimiento, como si entre ellos existiera una complicidad especial. Llevaba un sari amarillo pálido con una blusa azul. Kulwant parecía consternado, y con frecuencia pasaba un brazo alrededor de los hombros de su hija. Sharmistha y Heinrich estaban juntos, detrás.

—Vine a Delhi, como probablemente sepan, a estudiar la obra del marido de Helen, el antropólogo Albert James. Sin embargo, con el tiempo no pude evitar tomar conciencia de que no era posible hablar de Albert al margen de Helen. Sus vocaciones distintas, en ocasiones contradictorias, debían verse como tallos que se entrelazan y se sostienen uno al otro. Sé que en más de una ocasión sentí una envidia profunda por el maravilloso vínculo que los unía, una relación de pareja que los llevó por el mundo y los ayudó a superar un sinfín de situaciones difíciles. Todos imaginamos, me parece, lo dura que para Helen tuvo que ser la muerte de Albert.

Era la primera vez que Paul dirigía un discurso parecido en un oficio religioso. Se sentía bastante cómodo, e incluso bastante emocionado por sus propias palabras.

—Sin embargo, no puedo creer que su muerte prematura respondiera a un plan. El día mismo en que murió, Helen me habló de sus planes de ir a Bihar y trabajar allí en un pequeño hospital. Incluso hizo un esfuerzo considerable para convencerme de que sería justo y apasionante entregar algo de mi tiempo e ir allí a ayudar también. No me cabe duda de que hablaba en serio sobre el proyecto y de que, sea lo que fuera que ocurrió la noche de su muerte, debió de ser el resultado de un momento de desesperación —Paul titubeó—. A modo de tributo a Helen, me he comprometido a hacer lo que ella propuso y pasar por lo menos un año en Bihar. Obviamente, no prestaré la ayuda que hubiera prestado ella, pero haré todo cuanto esté en mi mano.

—Y una mierda —le susurró John a Elaine. No se sumó al pequeño aplauso que dieron los

presentes mientras Paul bajaba de la tarima.

—¿No vas a hablar? —preguntó Elaine. El americano había sido el tercero en subir a decir unas palabras. La chica parecía ansiosa ante el formato de la ceremonia, del mismo modo que John lo había estado en el funeral de su padre, seis meses atrás.

—No.

—¿No crees que la gente no lo verá con buenos ojos?

John se encogió de hombros.

En ese momento, el doctor Coomaraswamy estaba diciendo que cuando dos grandes espíritus vivían juntos sobre la tierra, tendían a hacerse diferentes a fin de complementarse y completarse. Cuando uno moría, se producía un desequilibrio y un anhelo en ambos lados de la gran línea divisoria, tanto abajo, en la tierra, como arriba, en el éter.

—Y una mierda —susurró John de nuevo.

—No, ha dicho una cosa muy bonita.

—En cuanto a la naturaleza extraña de la partida de Helen —concluyó Coomaraswamy, y bajó la cabeza para mirar a la pequeña congregación por encima de sus lentes con montura al aire—, no estoy seguro de que respondiera a un acto de desesperación. No estoy seguro de que debamos lamentarlo. La teosofía nos enseña que los Maestros guían nuestras acciones y prestan atención a nuestras necesidades más profundas —guardó silencio—. Ahora, este río también ha acabado por desembocar en el mar.

—La belleza no pinta nada en todo esto —murmuró John.

—Deberías decir algo, John —repitió Elaine—. Era tu madre.

—No.

Kulwant Singh subió a la tarima con la agilidad de un luchador.

—Damas y caballeros —se volvió a uno y otro lado, con los puños apretados delante del pecho—. Amigos. Estoy muy consternado por lo ocurrido. Y estoy furioso. No puedo decir con palabras lo furioso que estoy. Helen era una mujer hermosísima. Sí, también era divertida. Estaba llena de vida. A veces tomábamos whisky juntos después del trabajo. Hace mucho que la conozco. Cinco años. A veces íbamos a desayunar después de la guardia nocturna. A Helen le gustaba reír y oír chistes buenos. No era una esnob. No era remilgada. Durante muchos años, esta mujer trabajó durísimo para ayudar a la gente, ayudaba a los más pobres, y no pedía nada a cambio. Me parece que tampoco cobraba por su trabajo. Ni siquiera pedía la admiración de los demás. Es inusual. No pedía medallas. ¿Cuánta gente daría tanto y pediría tan poco? Nada, incluso. Su muerte es verdaderamente muy triste, y muy absurda. Y estoy furioso porque ni yo, ni ustedes, ni toda la gente que conocía a Helen nos dimos cuenta de que esto iba a ocurrir. Deberíamos haberlo evitado. Helen era una mujer reservada, sí. Era muy discreta. No decía con frecuencia lo que le daba vueltas en la cabeza, parecía una mujer sumamente fuerte, no pedía ayuda o compasión, y sin embargo deberíamos haber comprendido. Esto es una condena para todos nosotros. Helen tenía aún mucho por lo que vivir. Tenía un hijo magnífico, John James. Él está hoy aquí. Es un hombre estupendo. Muy inteligente. Podemos imaginar su dolor. Tenía amigos que le tenían afecto. Hay muchos de sus amigos hoy aquí. Sólo me gustaría que Helen se hubiera apoyado en nosotros del mismo modo que tantas personas se

apoyaban en ella, siempre. Dios no podía desear esto —dijo el sij con vehemencia súbita, concluyente—. A Dios no le gustan las muertes horribles.

Por un momento, Kulwant pareció incapaz de continuar. Abrió la boca, la cerró, la abrió de nuevo.

—Echaré mucho de menos a Helen. Muchísimo —el hombretón dio media vuelta de repente, se arrodilló, apretó la cara contra el ataúd y lo besó.

John agachó la cabeza y la sostuvo entre las manos. Estaba herido en lo más hondo, paralizado y cohibido. No levantó la cabeza cuando el sij bajó de la tarima y de nuevo la pequeña congregación aplaudió cálidamente. No levantó la vista mientras el doctor Yellaiah empezaba a explicar cómo, cuando el coste de las medicinas superaba el presupuesto de la clínica, Helen James pagaba el tratamiento de un paciente de su bolsillo.

—Recurría a su propio dinero, o al de su marido. Incluso en el caso del pobre muchacho que murió con ella —prosiguió el doctor con un hilo de voz aguda—, Helen James había pagado para procurarle antibióticos especiales, con la esperanza de que vencieran la resistencia que la vertiente de la enfermedad del muchacho había desarrollado.

John no levantó la vista. Atrapado en la maraña de la situación misma, del *déjà vu*, permaneció inmóvil y mudo mientras el hombre del Consejo Británico decía unas pocas palabras en voz apenas audible, luego mientras Aradhna Verma hablaba durante quince interminables minutos acerca del compromiso de Helen con los campesinos pobres y con varios proyectos ambiciosos que en aquellos momentos patrocinaba la Sociedad Gandhi, a los que los presentes podían hacer llegar sus generosas donaciones. Incluso en el momento terrible en que el ataúd partió, John no levantó la mirada. Permaneció sentado, rígido.

—Es hora de irse —Elaine le tiró de la muñeca.

No se movió.

—Hay una chica que quiere hablar contigo.

John estaba tieso como un palo. Elaine le sonrió a la joven india y se encogió de hombros, y Jasmeet se volvió y se apresuró a alcanzar a su padre.

—John, otro grupo tiene que entrar. Debemos irnos, de verdad.

Pues John se quedaría a ese otro funeral. Se quedaría allí a todos los funerales.

Todo el mundo se había puesto ya de pie. La mayoría había alcanzado ya la puerta y emergía a la sofocante luz del día. Entonces Paul Roberts volvió a entrar, recorrió el pasillo con paso apurado y llegó hasta el banco donde Elaine seguía sentada al lado de su novio.

—Deberíamos irnos —dijo el americano.

Elaine puso cara de desesperación. John permaneció sentado, inmóvil. Tenía el cuello gacho, las mejillas enterradas en las manos.

—Si John está de acuerdo —dijo Paul con delicadeza—, cuando las cenizas estén listas me ocuparé de que sean esparcidas en el río, donde ella echó las de Albert, según creo.

—No —John se incorporó y se volvió hacia él—. No. John no está de acuerdo. Las cenizas se quedan en el crematorio.

Las horas que restaban para el vuelo fueron horas de extrema ansiedad para Elaine. Los acontecimientos le habían arrebatado todos los referentes certeros. Al marcharse a la India, les había pedido a sus padres que no la llamaran, que dejaran de inmiscuirse en su vida, y ellos así lo habían hecho. Imaginaba que estarían furiosos y, mientras que en el vuelo de ida se había regodeado en el placer que eso le daba, ahora la llenaba de inquietud. Hanyaki, por su parte, le había mandado mensajes prácticamente a todas horas durante días. La necesitaba para la noche del estreno. Sin embargo, el día del funeral sus mensajes se habían interrumpido. Tal vez había encontrado a otra. Y, ahora, John no quería hablar con ella, no decía nada. Había ido hasta allí en su busca, pero él no era ya el chico al que había conocido en Maida Vale; ya no era el joven estudiante de doctorado, la apuesta segura, el amigo estable.

—¿Qué ocurrió, John? —le preguntaba. Se sentía vulnerable—. ¿Qué te pasa?

Él apretaba los labios y encajaba la mandíbula.

Elaine estaba desnortada. John se movía de habitación en habitación con desgana, con rabia, mascullando frases para sí. Agarró una escoba y barrió. Los libros y las cintas de vídeo estaban embalados y ya habían sido despachados. Paul se había encargado de mandar una compañía de mudanzas. Los hombres habían llenado tres cajones de embalaje, y tras ellos había quedado un montón de polvo y rincones repletos de telarañas. John barrió moscas muertas y desechos de signo diverso. Incluso levantó la escoba para pasarla por la barra de la cortina.

—¿Para qué? —protestó Elaine. Quien viniera después haría una limpieza minuciosa, de todos modos. John la miró, pero no dijo nada. Movi6 la nevera y barrió la porquería que había detrás—. John, por favor —le suplicó—. ¿Por qué estoy aquí, sino para estar contigo? ¿Por qué no hablamos?

Volviendo del crematorio, Paul se había sentado junto a la joven pareja en un taxi. Lo violentaba el comportamiento del joven. Había pagado los vuelos a Heathrow, y aún esperaba que le dieran las gracias. Había pagado también los gastos del funeral. No era una suma insignificante. Le habría gustado hablar inteligentemente con John acerca de su padre, de su madre, de lo ocurrido, de cómo los dos serían recordados por la posteridad, acerca de los papeles que se mandaban a Londres —¿dónde pensaba guardarlos?—, acerca de un posible libro —¿quién podía decir lo que deparaba el futuro, tras su regreso de Bihar?—. Sin embargo, el chico era hostil, incluso maleducado. No he hecho nada para merecer ese trato, de eso Paul estaba seguro. Incluso llegó a compadecerse de la encantadora Elaine.

La tarde se hizo interminable. John caminaba de un lado a otro. Estrellaba la escoba contra el zócalo. Debería salir, decidió Elaine, aunque la intimidaba la idea de aventurarse sola por la ciudad. A lo mejor podría llamar a Paul ahora, pensó. La llevaría de nuevo al centro histórico para aquella última noche. Al menos vería algo. No había visto nada de la India. Y él era un hombre interesante, lleno de historias. La negativa de John a reconocer que ella estaba allí y su furioso ir y venir por las dos o tres habitaciones eran una fricción continua sobre sus nervios.

Hacia las siete, ya oscurecido, sonó el teléfono. Heinrich y Sharmistha los invitaban a cenar.

—No, gracias —dijo John, y colgó. Cuando empezó a sonar de nuevo, se agachó y desconectó el cable.

—¡Por Dios, John! —exclamó Elaine—. ¡Yo también existo, sabes!

John llevó el teléfono hasta la cocina y lo guardó en un armario.

—¡Habrá que comer, por lo menos! —gritó mientras lo seguía.

John no tenía necesidad.

Elaine se quedó mirándolo. Lo que le había sucedido a John era realmente terrible, pero eso no justificaba lo mal que se estaba portando. Elaine encendió el televisor y trató de seguir un programa. Hablaban acerca de quitar los puestos de comida de las calles de Delhi. Por lo menos mañana cogemos el avión de regreso, pensó. Después dejaré a John.

Entonces John se había sentado a su lado. Era ya de noche y, sin la luz del día, los colores de la pantalla se reflejaban en su rostro. Elaine se volvió y vio lo tenso que estaba. Y mientras miraba cómo se movían sus labios, los músculos que trabajaban alrededor de la mandíbula y el nervio temblando junto a la ceja, supo que aún no se había dado del todo por vencida con él. Su madre se ha suicidado, pensó. En compañía de un adolescente. ¿Cuánto puede afectarte eso?

—¿John? —probó suerte.

No obtuvo respuesta.

Daban una telenovela en un batiburrillo de hindi e inglés. John tenía la mirada fija en ella, no se reía. Elaine dijo en voz baja:

—En realidad vine aquí a aceptar aquella propuesta de matrimonio que me hiciste. ¿Te acuerdas? ¿Cuando me enviaste aquel mensaje?

John respiró hondo.

—¿Por qué crees si no que iba a coger un avión para venir a la India? Por eso dejé la obra. Para aceptar tu propuesta.

La cara de John seguía inexpresiva. No le importa, decidió ella. Hasta se habrá olvidado. Fue hace meses, y ella le había dado un no rotundo. ¡Qué lección de la vida!

Luego John se levantó y se alejó de nuevo, esta vez para meterse en la cocina. Elaine estaba asustada y enfadada y se sentía estúpida. Sin embargo, había decidido aferrarse a él. Está hechizado, y John romperá por fin el conjuro. O quizás fuera ella misma quien estuviera bajo el poder de un hechizo.

John volvió de repente a la habitación.

—Vayamos a caminar —anunció de improviso. Ya se dirigía hacia la puerta—. Salgamos de aquí.

Elaine se puso las sandalias y corrió escaleras abajo tras él. Al salir del bloque de pisos, la carretera no estaba iluminada. Las aceras de cemento estaban rotas y llenas de baches. Elaine tropezó.

—¿Adónde quieres ir?

—A ninguna parte.

El aire olía a ropa quemada y a aceite. Todavía hacía calor. Los coches pasaban en oleadas temerarias que liberaba algún semáforo distante. Al cabo de unos minutos pasaron al lado de un animal muerto junto a la alcantarilla. John se agachó y lo tocó con un dedo. Un perro.

—No lo toques, John.

—Sólo está muerto.

—Mira las hormigas —gruesas hileras de insectos marchaban por la acera, con los culos levantados—. Sabe Dios qué infecciones debe de haber.

John se puso de pie y echó a andar de nuevo.

—¿Sabes adónde vamos?

No respondió.

—¿Y si nos perdemos?

Él se encogió de hombros.

Pasaron una valla publicitaria enorme bajo la que había un quiosco destartado y sucio. Había coches aparcados en el barro y los hombres se apoyaban en una alambrada y bebían a morro de las botellas. Un par de mototaxis aminoraron el paso para llamar su atención, pero John los ignoró. Luego, en medio de una tregua, un pavo real graznó. Graznó de nuevo.

—¡Ay, madre mía! —murmuró Elaine. El grito procedía de detrás de un muro bajo. John no se volvió. No dijo palabra.

Poco a poco, sin embargo, y a pesar del calor y el sudor, Elaine empezó a sentirse mejor a medida que caminaba. Empezó a sentir que por lo menos estaban juntos, los dos. Aun sin hablar ni tocarse, seguían moviéndose a la par, caminando juntos en la misma dirección, por la misma carretera. Decidió simplemente confiar y caminar. Confiar y caminar. Llevándola a alguna parte, John asumía la responsabilidad de llevarla de vuelta.

Entre tanto, la longitud de las calles era sorprendente. Elaine no había pensado en la India en aquellos términos. Las calles se prolongaban hasta la eternidad en líneas desalentadoramente rectas, dejando atrás feos bloques de pisos, desguaces, solares desiertos con árboles torcidos y la colada tendida en alambres. Los cruces ocasionales eran espacios abiertos en penumbra, y no parecía haber nada que distinguiera unos de otros. Camiones oscuros pasaban con estruendo en pequeños convoyes. No había señales. Un autobús despidió nubes de humo a su paso. Dos chicos colgaban a uno de los lados, gritando. Pasaron cerca de unas diez o doce mujeres mayores que permanecían acuclilladas juntas en el barro seco de la acera, comiendo. Tenían una cabra atada con una soga a un viejo bloque de cemento. Una de las mujeres levantó la cabeza y los increpó, pero John siguió su camino.

—Si cogiéramos un taxi, podríamos ir al centro y tomar una copa o lo que sea —dijo Elaine—. Estoy famélica.

Entonces John se detuvo al fin; la miró. Por último dijo:

—Por favor, Elaine.

A partir de ese momento, el silencio fue más fácil.

Recorrieron las calles solitarias del sur de Delhi. No doblaban a derecha ni a izquierda, simplemente caminaban, Elaine no tenía ni idea de en qué dirección, al parecer alejándose de todo. Había asomado una luna pálida, pero el paisaje feo parecía despedir un resplandor enfermizo que le perteneciera por entero. Elaine empezó a contar los postes de telégrafo, las paradas de autobús inclinadas junto a las diminutas bocacalles. La idea de que tendrían que desandar todo el camino empezó a oprimirla. John está caminando hasta el agotamiento, pensó. Está caminando para huir de la conversación, para huir de la vida.

La carretera describía una ligera subida desde hacía unos minutos, y en ese momento se dieron cuenta de que estaban en un puente. El asfalto se había distanciado de la tierra, que se extendía por debajo. A su derecha, un único pasamanos de acero atravesaba los postes de cemento.

—Agua —dijo John.

Elaine miró hacia abajo. Hendido en las profundas riberas, alcanzó a vislumbrar apenas el destello vidrioso en medio de la oscuridad. Se respiraba olor a humedad.

—¿Es el río?

—No lo creo.

Permanecieron de pie mirando hacia abajo. En precario equilibrio sobre los terraplenes, media docena de animales en penumbra pacían en parches de hierba. Era difícil distinguirlos con precisión. Búfalos, tal vez. Unos cincuenta metros más atrás, una luz titilaba en el interior de lo que parecía ser una carpa o una chabola.

—El Yamuna es más ancho —dijo John—, con grandes planicies de arena a ambos lados. No creo que pase por aquí.

Buscó por el borde de la carretera, encontró una piedra pequeña y la dejó caer más allá del pasamanos. Les alcanzó el ruido apagado de la piedra al tocar el agua, pero no vieron nada. La luz de la luna no parecía reflejarse en aquella agua. Estaba muy por debajo del puente. John dejó caer otra piedra, y otra más. Elaine agradecía que hubiera parado de caminar. Entonces volvió a inquietarse al ver que John se limitaba a quedarse inmóvil apoyado en el pasamanos. Sin pensarlo, le preguntó:

—¿Por qué no quisiste echar las cenizas de tu madre al río?

John no contestó, pero se volvió hacia ella. Vio ensombrecerse su cara y luego, con un movimiento rápido, John se palpó el bolsillo trasero de los vaqueros. Sacó un par de trozos de papel y, sin desdoblarlos, los rasgó con dedos veloces y nerviosos, primero por la mitad, luego otra vez. Alargando el brazo hasta más allá de la baranda, dejó que los trocitos cayeran revoloteando por el aire en calma.

—Debe de ser un canal, o una riera —dijo después. Se inclinó hacia delante, preguntándose si se vería el papel en el agua. Sí. La blancura de los pedacitos diseminados captaba los destellos ocasionales del tráfico que pasaba.

—No se echa porquería al río —dijo ella como una tonta.

John se apoyó sobre el pasamanos.

—¿Se mueve?

Ella miró.

—No.

Los pedazos de papel permanecían aún quietos en la oscuridad que se extendía debajo de ellos. El agua despedía un olor fétido, a bajamar.

—¿Recuerdas...? —empezó a decir John, pero entonces tuvo que aguardar a que pasara un camión lento y ruidoso. Una oleada de calor los recorrió—. ¿Te acuerdas de la noche en que nadamos en el río?

—El agua estaba viscosa, daba repelús —dijo ella riéndose.

—Aunque seguro que mejor que aquí.

Ella miró de nuevo las motas de papel.

—Se han movido, mira. Un poquito de nada. Se alejan. Corre en aquella dirección.

—¿Nadarías aquí? —preguntó él.

—De ninguna manera.

—¿Nadarías aquí por mí?

Elaine estaba confundida. La voz de John se había alterado.

—¿Qué bien haría eso?

Él se quedó callado.

—¿Y tú? ¿Nadarías en esta cloaca por mí?

John alargó la mano y la tocó.

—Volvamos. Es un camino largo. Mañana hay que ponerse en marcha pronto.

En el piso de los James, John se quedó en ropa interior y se tumbó en el sofá, listo para dormir. No quería ir a la cama con ella. Elaine fue al cuarto de baño, se dio una ducha, se lavó el pelo con esmero y se lo envolvió en una toalla. Se lavó los dientes. Al llevarse un vaso de agua a la boca, hallando en la cara del espejo una expresión meditabunda y concentrada poco habitual en ella, la asaltó una imagen de sí misma dispuesta a llevar aquel vaso todo el trayecto hasta Maida Vale sin derramar una sola gota. ¿Por qué no? Ése sería un buen ejercicio de mímica, pensó vagamente, atravesar el mundo con un vaso de agua lleno hasta el borde en la mano. Podría ser una comedia, o una historia aterradora. Llenó el vaso de nuevo y lo sostuvo con el brazo estirado. La mano mantenía el pulso firme. El líquido ni siquiera temblaba. El vaso en su conjunto era perfectamente transparente. Entonces pensó que, si se marchaban al día siguiente, no había ninguna razón por la que ella no debiera aparecer en la obra, al fin y al cabo. No era posible que hubiesen encontrado a nadie que la sustituyera y se aprendiera todo en cuestión de horas. Todavía sosteniendo el agua, volvió caminando al salón y se dirigió hacia el pequeño dormitorio donde había dormido la noche antes.

—Buenas noches, John —dijo en voz baja.

John tenía los ojos cerrados.

—Ellie —dijo.

Ella se detuvo.

Sin abrir los ojos, John dijo en un hilo de voz.

—Mi padre tuvo una novia antes de morir. Leí algunas cartas. Era una chica muy joven.

—Vaya —dijo Elaine volviéndose hacia él. Parecía muy tranquilo. Titubeó antes de añadir—: ¿Y eso te disgustó?

—Bueno... —yacía inmóvil en el sofá, parecía concentrado en permanecer muy quieto—. Es sólo que no puedo imaginar qué se pensaba que estaba haciendo con alguien casi cuarenta años más joven. O por qué demonios esa chica iba a interesarse en él.

Algo en el tono de su voz la hizo estremecerse, y dejó que una gota de agua le resbalara por los dedos. Al fin preguntó:

—¿Lo sabía tu madre?

El rostro de John mantenía una tersura serena.

—No tengo ni idea.

—A lo mejor no fue nada importante. Tan sólo una especie de tropiezo.

—Y luego que ella muriera con ese chico tan joven a su lado —John hablaba con calma y sin levantar la voz—. Es muy extraño, ¿no te parece?

Elaine guardó silencio entonces. Se daba cuenta de estar concentrada en mantener el brazo firme, y al mismo tiempo pensó que en realidad carecía de sentido, porque ya había derramado un poco antes incluso de cruzar la habitación, ni hablar de atravesar medio mundo.

John abrió los ojos. La miró allí de pie, entre el sofá y el cuarto de invitados, y de repente sonrió.

—Dios, ¡qué pies tan diminutos tienes!

Ella trató de reír.

—Eso has dicho siempre.

—Lo siento —dijo él—, pero desde hace ya meses es como si constantemente estuviera intentando despertar —pensó un instante—. Pero antes de despertar tengo que recordar el sueño que he tenido, y no soy capaz. Cuando ese tipo ha hablado esta mañana, el sij, no sé por qué, pero tuve la certeza de que iba a ocurrir. Algo horrible. Luego, pasó.

Elaine aguardó, sosteniendo el vaso con más calma. Al cabo de un momento, dijo:

—Me pareció realmente bonito lo que dijo ese hombre, el sij. ¿Cómo se llama? Me refiero a que fue una muestra de cuánto la quería la gente.

John cerró los ojos de nuevo y se quedó inmóvil.

—¿Quieres un poco de agua? —preguntó ella.

—No, gracias —le dijo él.

A la mañana siguiente, tan pronto facturaron se anunció un retraso. Alguien había ocultado una bomba en el cochecito de un niño en Heathrow. Esperaron tres horas mientras British Airways llevaba a cabo sus propios controles de seguridad. Incluso con el aire acondicionado, el calor resultaba molesto, y tuvieron que dejar botellas y líquidos de todo tipo.

—Habremos de devolverle a Paul el dinero —dijo ella cuando al fin embarcaron en el avión—. Ha sido muy generoso por su parte, ¿no crees?

—No me gusta —dijo John.

Elaine se abrochó el cinturón de seguridad. No ahondó en la cuestión. Había algo cortante e indomable en John que antes no estaba. Sin embargo, mientras el personal de vuelo se consagraba a la parafernalia de la seguridad a bordo, John se echó a reír y sacudió la cabeza.

—¿Sabes una cosa? Ahora que lo pienso, no puedo creer que vinieras a Delhi para decirme que querías casarte conmigo. No puedo creer que hicieras eso. Fue una locura. Estás loca.

—Bueno, pues lo hice.

—Te das cuenta de que estoy sin blanca.

—Lo sé.

Él vaciló.

—Tal vez sea una estupidez, pero estaba seguro de que estabas liada con el japonés.

—Bueno, pues te equivocabas.

Mientras el avión despegaba, John miró hacia abajo por la ventanilla y trató de ubicar el río. Era primera hora de la tarde, y la ciudad estaba encharcada en la humedad. Era difícil distinguir nada con precisión.

—Te compré un chal —dijo por fin—, *pashmina* pura, pero me lo robaron, junto con el móvil. No tengo mucha suerte con los regalos, ¿eh?

—Más bien parece que soy yo la que no tiene suerte —dijo Elaine.

Los pasajeros se acomodaron para la larga travesía. Las pantallas encima de sus cabezas iniciaron la representación gráfica del avance del avión en el largo viaje a Londres. *Me rondan, acaso a modo de bendiciones* —John recordó la letra angulosa de su padre— *sueños de ríos y mares*. Por un instante, imaginó a Albert James de la mano de Jasmeet, mientras descendían un tramo de escaleras tras otro, adentrándose en las profundidades de la tierra. Un templo puesto del revés, había dicho ella. El pozo se había secado hacía siglos. La chica ha vuelto con su familia, pensó John. Entonces se acordó a su madre, con el brazo enlazado a aquella figura oscura y joven sobre el colchón.

Mirando la pantalla, fijándose en la línea roja que partía de Delhi en dirección al norte, en las cifras que indicaban la velocidad del viento, la temperatura exterior, la hora de llegada prevista, John se sintió súbitamente tranquilo. Éstas son cosas en las que pensarás toda la vida, cayó en la cuenta, cosas que permanecerán en letargo y luego despertarán de vez en cuando. Desde luego era positivo haber tomado posesión de los papeles de su padre, se dijo con convencimiento. Cuando menos ejercía el control sobre ellos.

Les sirvieron una comida. La consabida e inverosímil película de amor india empezó. Una familia de brahmines insistía en las sutilezas de la casta. A su apuesto hijo, bastante necio, le traía sin cuidado. Estaba cortejando a una cajera de supermercado de improbable belleza cuyo padre era alcohólico. Era una tragedia potencial, que acabaría en comedia y risas. John le hizo a Elaine un gesto para que se quitara los auriculares.

—Creo que escribiré la biografía de mi padre —le dijo.

—¿Cómo?

—Escribiré un libro sobre él. No ahora, sino algún día.

Ella frunció el ceño con expresión inquisitiva.

—Bueno, a fin de cuentas era tu padre.

—Puede que incluso dé algún dinero —añadió John.

—¿El chal que compraste era así? —preguntó Elaine, señalando la pantalla.

John miró. La afortunada chica del supermercado bailaba sola en un bancal de la montaña, enamorada, agitando un espléndido chal que el joven brahmín le había dado para que se disfrazara durante sus encuentros clandestinos.

—No, mucho más bonito —dijo él.

—Descríbelo, entonces. Dime cómo era.

John pensó. En realidad le costaba visualizar cómo era el chal, y aún más duro era recordar el

estado mental en que se hallaba cuando lo compró. Se acordaba, en cambio, del momento en que lo había tendido sobre la cama del Govind y había puesto el ordenador de su padre encima; ciertas cosas las hacías como si obedecieras órdenes o cumplieras con un ritual. Era extraño.

—¿Si no eres capaz de describirlo, cómo voy a creer que lo compraste!

—Vale. Espera un momento.

John se esforzó entonces por recordar la situación en la tienda donde lo había elegido, al tendero sacudiendo y desplegando un deslumbrante diseño tras otro ante sus ojos confundidos.

—Venga, creo que ya lo tengo. Veamos: era de una especie de color violeta, un lila pálido, con bordados dorados minúsculos. Por eso lo compré. Por el color. Pensé que el lila pálido quedaría precioso con tu pelo y tu piel. Lo vi y pensé sin más: Elaine.

—¿Aunque no contestaras a mis mensajes?

John se encogió de hombros.

—El lila es un color que va mucho conmigo —dijo Elaine.

—De hecho —añadió, recordando entonces algunos otros detalles—, fue sólo cuando lo desplegué, más tarde, en el hotel donde me alojaba, cuando vi lo bonitos que eran los bordados, ¿sabes? Los había visto, pero aún no los había interiorizado. Siguiendo los bordes había serpientes minúsculas entrelazadas, con una cría de elefante en cada esquina. Tópicos, supongo, pero muy bonitos. Y la tela era como si se te escurriera entre los dedos, igual que si fuera agua. De verdad, tenía un tacto líquido cuando la deslizabas por las manos. Igual que un líquido que pudieras apresar.

—Dámelo —dijo Elaine de repente—. Vamos. Quiero mi regalo. Necesito un pañuelo bonito. Dámelo.

—Ya te lo he dicho, me lo robaron.

—Dámelo, bobo.

John la miró. Elaine le hablaba rozando la beligerancia, pero sonreía.

—De acuerdo —John titubeó, luego dijo con cierta gravedad—: En realidad pensaba esperar a que volviéramos, Elaine. No estoy seguro de que éste sea un buen momento para regalos. Ya sabes, con todo lo que ha pasado.

—No, lo quiero ahora mismo —le dijo Elaine—. Quiero que me mimes y me consientas.

Con aparente renuencia, John se inclinó en su asiento y rebuscó en el bolsillo de las revistas de a bordo.

—Espera un momento —dijo—. No me acuerdo de dónde lo guardé —parecía desconcertado, sin dejar de rebuscar—. ¿Dónde está el dichoso paquete? Ah —suspiró con alivio—. Aquí está.

Con cuidado, extrajo un envoltorio blando y se lo entregó a Elaine. Ella lo cogió de sus manos, rozándole la yema de los dedos. Acarició el papel arrugado, sopesó el paquete, tanteó su grosor, lo olisqueó con nariz inquisitiva.

—Me encanta el papel morado del envoltorio —dijo. Luego se lo puso sobre el regazo y, con delicadeza, empezó a deshacer un lazo de cinta amarilla. Pasó apuros con el nudo, porque estaba demasiado prieto. Miró más de cerca. Frunció el ceño—. Ah —entonces encontró uno de los extremos y tiró de él metiéndolo por la lazada. Levantó la mirada y sonrió. John observaba sus muñecas finas cubiertas de vello claro, su boca pequeña y traviesa, en la que el labio superior

describía una leve mueca de sorpresa—. ¿De verdad es para mí?

Quitó el lazo, se lo enrolló en un dedo y se lo metió en un bolsillo, como si pensara usarlo de nuevo en algún regalo futuro. Ya con más urgencia deshizo el envoltorio, que crujió con un ruido alegre; a continuación se detuvo y dejó escapar un grito ahogado de placer.

—Ay, John. ¡Johnny!

Alzó el chal invisible de su envoltorio. Era precioso. Se lo acercó a la mejilla y cerró los ojos al sentir en su piel el roce suave del tejido. Exhaló un suspiro y lo desplegó, pliegue tras pliegue lila, como una gran flor abriéndose, hasta que sus brazos quedaron extendidos y cubiertos de belleza.

—Tejido a mano —murmuró John— por las muchachas de Cachemira.

Elaine cogió dos puntas en diagonal y las unió con cuidado, y, consultando un espejo que había aparecido en la parte trasera del asiento de enfrente, entrecerrando los ojos, poniendo morritos con sus labios despiertos, empezó a enrollárselo alrededor del pelo y lo anudó bajo su barbilla puntiaguda de niñita inglesa. Pasó la mano por encima de las orejas para allanar una arruga de la tela, y alisó los extremos bordados que colgaban por debajo de donde los había anudado.

—Y los elefantes —preguntó John— y las serpientes, ¿te gustan?

Elaine alzó un extremo de la tela y se lo llevó cerca de la boca, bizqueó tratando de mirar hacia abajo y dio un respingo, como si las exóticas criaturas estuvieran retorciéndose por su ropa.

John se echó a reír.

Aún alisándose el pañuelo sobre el cabello, admirándose en el espejo, volviendo la cara primero a un lado y luego al otro mientras sus ojos permanecían prendidos al reflejo de su carita de elfo, Elaine lo miró de pronto. Resplandecientes y divertidos, sus ojos miraron hasta el fondo de los suyos. John trató de comprender. Elaine enarcó una ceja, ladeó la cabeza. Luego frunció el ceño. ¿Por qué le gustaba aquella curiosa asimetría, tan propia de ella?

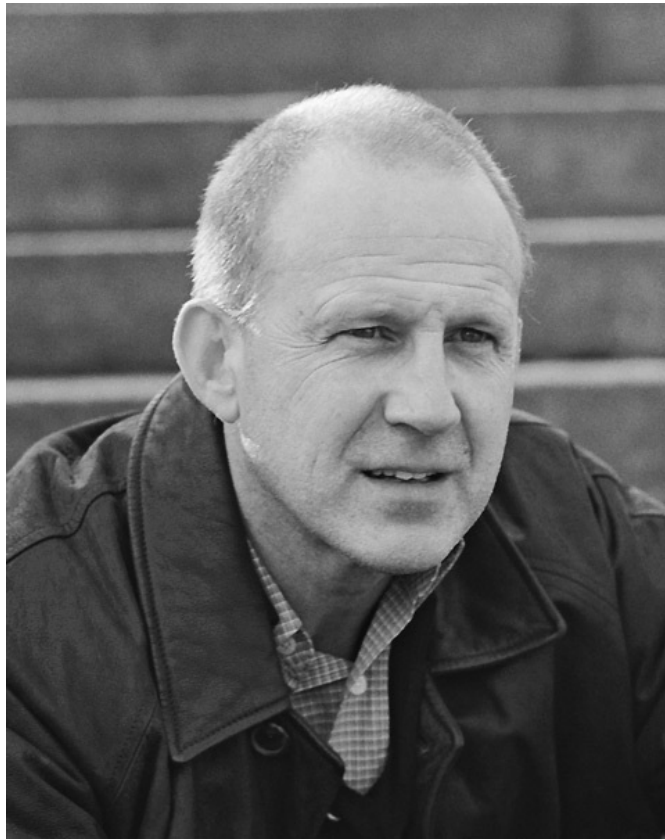
Con movimientos veloces, Elaine se quitó el pañuelo y agitó la melena. Lo desplegó de nuevo y, alzando la tela líquida por encima de la cabeza con las muñecas levantadas en un gesto lleno de gracilidad, le hizo una seña para que se reuniera con ella allí debajo. Podría haber sido la lona de una tienda lo que sostenía en alto, o una red, o la sábana sedosa de un lecho nupcial.

—Bésame, John —le dijo—. Bésame bajo el agua —su voz lo instaba a ser expeditivo.

Respirando hondo, John cerró los ojos y se zambulló sin titubear.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento más afectuoso a Rana Dasgupta, por la pronta y paciente ayuda que me brindó.



TIM PARKS. Nació en Manchester en 1954. Creció en Londres y estudió en las universidades de Cambridge y Harvard. Desde 1981 vive en Italia. Es autor de diez novelas, dos libros de crónicas sobre la vida en el norte de Italia y dos colecciones de ensayos: *Adultery and Other Diversions* y *Hell and Back*. Traductor al inglés de autores como Moravia, Tabucchi, Calvino y Calasso, Tim Parks es asimismo profesor de traducción literaria en la Universidad de Milán.